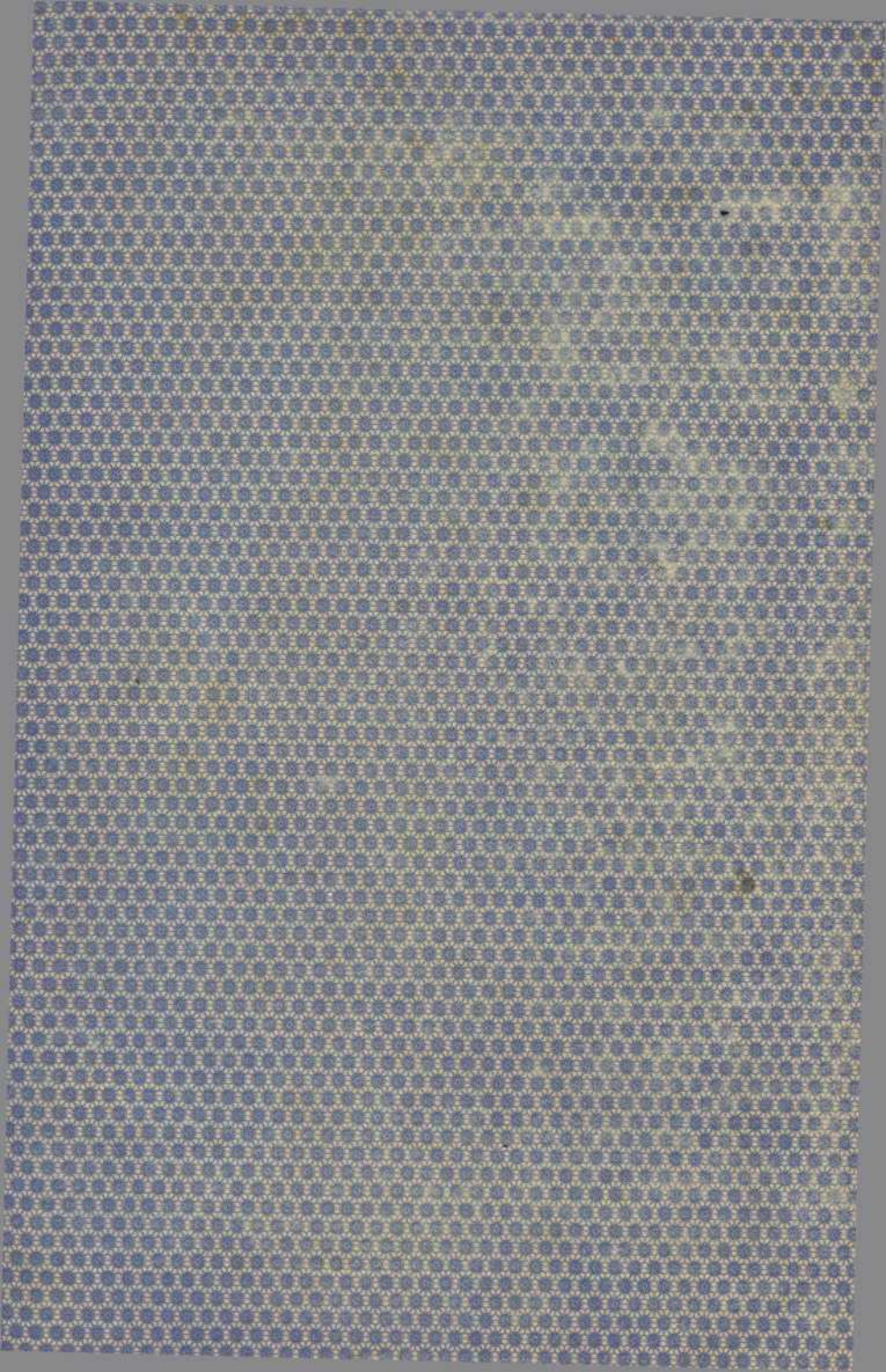
ENCUADERNADO
BMÉ TOMÁS
SAN MIGUEL, 8
PALMA



DGCL
A
(V.1)

c.1154334
t 118655

TERESA DE JESÚS


CASA EDITORIAL
MADRID
EXCMA. IZ.

JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ, EDITOR

TERESA DE JESÚS

LEYENDA RELIGIOSA, HISTÓRICO-NACIONAL

POR

A. BRAVO Y TUDELA

Que sea para gloria y alabanza suya.

A. J. G.

Tomo I

ADMINISTRACIÓN
CALLE DEL FÚCAR, NÚMERO 3
TELÉFONO NÚMERO 1.080

MADRID

Esta obra es propiedad del Editor, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

IMPRENTA DE PEDRO NUÑEZ ESPÍRITU SANTO, 18

R. 93408

PORTADA.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 6. Madrid

_Yo Teresa de Jesus.
_Pues yo Jesus de Teresa

PREFACIO

Hacer llegar, principalmente á las clases medias, á los hijos de la industria y del trabajo, los ejemplos, las enseñanzas de la insigne y esclarecida doctora TERESA DE JESÚS:

Revelar al pueblo cristiano, aprovechando las ingenuas confesiones de la gran Santa, lo que fué su vida:

Demostrar á cuantos la aman y reverencian, cuán acreedora es á su respeto y admiración:

Llenar, con el auxilio de sus doctos panegiristas, lo que su humildad y su modestia no la consintió decir de sí misma:

Seguirla paso á paso por los senderos del heroísmo, de la virtud y de la gracia:

Hacer de todo esto un libro biográfico y laudatorio, narrativo y descriptivo, de costumbres hidalgas,

caballerescas y eminentemente españolas, perdidas en gran parte por desgracia, uniendo á todo ello el recuerdo de hechos históricos importantísimos, de personajes ilustres, de glorias nacionales... tal es nuestro propósito y nuestro pensamiento.

El lisonjero éxito de nuestras anteriores producciones histórico-religiosas [1], nos anima á escribir ésta, que esperamos acoja el público, en gracia de lo que significa en nosotros, responder, agradecidos una vez más, á sus favores y distinciones.

EL AUTOR.

Valladolid, Diciembre 1887.

---

[1] *La Madre de Jesús, María Magdalena* y *Los Apóstoles.*

LIBRO PRIMERO

DUDAS Y MISTERIOS

I.

El Santo Viático.

Había nevado copiosamente por espacio de muchas horas.

Se sentía un frío intenso, glacial.

Y no obstante, á la puerta principal de la parroquia de Santa María, de la villa de Madrid, esperaban impávidos y á pie firme varios lacayos y palafreneros, conductores de una suntuosa silla de manos, en cuyo frente se ostentaba escudo blasonado, á la vez que numeroso grupo de gentes diversas se iba agolpando en aquel sitio, ávidas de saber lo que sucedía, ó movidas por una fervorosa piedad.

En el ínterin que esto pasaba fuera del templo, en su recinto recorrían varias personas las naves de que estaba formado, recibiendo cirios encendidos para acompañar al Santísimo Sacramento, cu-

ya inmediata salida anunciaba una de las campanas con triste clamoreo y acompasado son.

Tocaba á su fin la tarde del 20 de Diciembre de 152..., viniéndose la noche encima mucho antes de la hora marcada en el Almanaque, á causa de los parduscos nubarrones que cruzaban el espacio, y á la densa niebla que se extendía rápidamente por las tortuosas y mal niveladas calles de la población.

El Ministro del Señor, revestido con los ornamentos sagrados, y esperado con impaciencia, salió al fin de la sacristía, se dirigió al altar mayor, sacó el copón cubierto con paño de seda bordado en oro, y después de mostrar á los fieles arrodillados la Santa Forma, se dispuso á abandonar el templo, precedido de los que llevaban los cirios, y seguido de muchas otras personas con farolillos de escasa luz, á quienes hubo de arredrar la desapacible temperatura que se dejaba sentir, obligando á hombres y á mujeres, sin faltar al respeto debido, á envolverse en sus mantos y á cubrir el aliento con el embozo de sus pesadas capas de paño fabricado en rústicos telares, pero resistente á aguas y á fríos, más aún que los perfeccionados de nuestras modernas fábricas.

Luego que hubo ocupado el sacerdote la silla de manos que á la puerta aguardaba, la comitiva se puso en marcha, escuchándose tan sólo el crujir de la nieve congelada y el agudo y penetrante sonido

de una enorme esquila que, manejada diestramente por un acólito de rechoncha figura, de rostro encendido y gruesos mofletes, hacía que los vecinos saliesen presurosos á los balcones, puertas y ventanas con variedad de luces, y que rezasen los más una oración por la salud del enfermo, que debía estar muy grave cuando á tales horas y con tal tiempo se le iba á administrar el Santo Viático.

Por esta época casi todas las ceremonias externas de la iglesia tenían lugar antes de la caída de la tarde, y nunca se aguardaba para administrar los Sacramentos á que se hiciese de noche.

A los lados de las portezuelas de la litera se colocaron, desde la salida del templo y con extrañeza de muchos, dos encubiertas damas que apenas si podían andar; pero que, devotas y recogidas, parecían soportar aquel martirio con resignación ejemplar, como si en ello tuvieran oculto y especialísimo interés.

Debían ser las tapadas señoras de notoria distinción y muy alta alcurnia, á juzgar por los trajes que lucían cuando el aire indiscreto arrollaba sus mantos, ó dejaba ver las primorosas hebillas de sus zapatos.

No llevaban ni faroles, ni cirios encendidos, y los palafreneros y lacayos las saludaron con respeto, no bien aparecieron en lo alto de la pequeña escalinata del religioso edificio.

Una de las encubiertas parecía de más edad y distinción que la otra, habiendo podido apercibirse

los más curiosos, que esta última cedió cortésmente el lado derecho de la silla á la primera, cruzándose, con este motivo, cuchicheos y murmuraciones entre los asistentes, poco acostumbrados á ver á tales horas y con un tiempo tan acerbo acompañar el Viático á gentes tan encopetadas.

No pasaron desapercibidos para las damas encubiertas estos detalles, por lo cual los referimos y circunstanciamos.

Atravesando por delante de los palacios que por entonces se alzaban en el sitio mismo que ocupa hoy el elegante edificio de los Consejos, y torciendo á la derecha, la devota comitiva entró por la calle del Fúcar, y avanzó en correcta hilera hasta llegar á uno de los dos cubos ó puertas que cerraban á la sazón la Villa del Oso y del Madroño: «Torre caballero fortísima,» que dice el maestro Juan López de Hoyos, á la que se denominaba Arco de Santa María, y fué en gran parte derribada posteriormente en 1569, para dar paso franco al lucidísimo acompañamiento de doña Ana de Austria, prometida de su majestad católica el gran Felipe II.

Muy cerca de aquella torre, casi tocando con el muro de macizo pedernal que la sustentaba, había un edificio, ni grande ni chico, de modesta apariencia, fábrica del siglo XV, ante el cual, advertidos oportunamente, se detuvieron los que iban primero, los que iban delante.

La puerta de aquel edificio era la única que estaba abierta de par en par, viéndose adornado el vasto zaguán con colgaduras de damasco, y tendidos á manera de alfombra, sobre las escaleras que daban acceso á la planta principal, cobertores de diferentes colores.

En los tramos y descansillos esperaban además los vecinos de la casa con velones, velas y candiles, la llegada del Santísimo.

Los que penetraron y subieron primero, atravesaron inconscientemente un estrecho corredor y se encontraron en una sala bastante grande, en la que se había improvisado un sencillo altar y había una cama de nogal macizo, con cabecera tallada, y en ella, recostado sobre blanquísimos almohadones, un joven de largos y sedosos cabellos, como los de una mujer, pálido, ojeroso y demacrado.

Aquél era el enfermo á quien se iba á administrar el Santo Viático.

Un caballete, armaduras, dagas y espadas, cascos, lienzos, muebles y tapices antiguos, arrinconados con cierto orden para evitar que estorbasen, indicaban que aquel aposento, convertido en alcoba, era, ó seguía siendo, el estudio de un artista, el cuarto de trabajo de un pintor.

Dejando paso franco al sacerdote, éste se llegó al altar, mientras las damas encubiertas se colocaron, la una enhiesta á la cabecera del lecho, y la otra arrodillada á los pies con el mayor respeto.

Sin descubrirse la primera, alzándose el velo la segunda, no cabía ya poner en duda que ambas se disponían á tomar una parte directa en la augusta ceremonia que iba á tener lugar.

La de mayor edad y categoría, de un modo íntimo y misterioso; la más joven, con el interés que inspira siempre á todo corazón medianamente sensible un acto semejante.

El enfermo, con los ojos cerrados, la respiración difícil y anhelante, no se dió cuenta de lo que pasaba en torno suyo, hasta que el ministro del Altísimo se acercó á él, y le dijo con voz cariñosa:

—Hermano; es Dios quien se digna visitaros.

Una mueca por extremo desagradable y significativa del joven postrado en el lecho, hizo estremecer á la dama encubierta, como si temiese ó esperase que el enfermo cometiera alguna indiscreción, alguna grave imprudencia.

No las tenía todas consigo, desconfiaba, y ya veremos más adelante que tenía para ello poderosos motivos, que tenía razón.

—Animo, hijo mío,—murmuró la tapada.

El teniente cura de la parroquia, sin oirla, prosiguió:

—¿Sois gustoso, hermano, en recibirle?

El preguntado no contestó.

Diríase que aquella honrosísima visita que tanto regocija á los buenos le molestaba; y como que le hubiese acomodado mayormente que en vez de procurársela le hubiesen dejado en paz.

La dama de la cabecera volvió á acercarse á su oído, y le dijo á media voz:

—No rehuséis este gran beneficio, hijo mío; aceptadlo por mí.

El joven se mostró resignado.

—Así debe ser,—añadió el sacerdote, fijo siempre en el cumplimiento de su deber, y suponiendo la aquiescencia del enfermo, cuyo mutismo atribuía á su estado de postración y gravedad.—Nada más grande, — prosiguió con fervoroso entusiasmo; — nada más grande que la bondad de nuestro buen Dios al buscar en ocasiones tales al que sufre y puede morir, si tal es su voluntad soberana... No hay para Él ni ricos, ni pobres; todos son iguales, y lo mismo llega á los palacios artesonados de los reyes que á la desmantelada choza del pastor... Aquí le tenéis vos, hermano, dispuesto á dárseos en alimento místico, en medicina que cura el alma, y si conviene sana el cuerpo... Vosotros, todos cuantos le habéis acompañado, — prorrumpió en voz más alta, — habéis hecho un acto meritorio en extremo, y debéis uniros en espíritu á los propósitos sinceros de este hermano nuestro; hacedlo así, yo os lo ruego.

Pronunciado este discurso, el administrante se dirigió de nuevo al altar portátil, descubrió respetuoso el copón, se arrodilló, se lavó las yemas de los dedos en un vaso de agua, y acercándose al lecho del enfermo, volvió á hablarle al oído por breves instantes.

¡Qué momento tan terrible y angustioso fué aquél para la dama encubierta!

Sin quitar su vista del rostro lívido y descarnado del enfermo, parecía querer infundirle con su mirada valor y docilidad.

—Reconciliáos,—dijo con acento insinuante.

—Y á poco el sacerdote, con rostro alegre, exclamó:

—Bien, bien; con poco que digáis, basta.

La dama tapada exhaló un suspiro de gozo y satisfacción al notar que el joven se acercaba al ministro y le decía algo que nadie podía oir.

Después de un rato el sacerdote exclamó:

—Eso no es pecado, hijo mío... Proseguid...

El enfermo continuó hablando; es decir, obedeciendo á la dama que estaba á su lado, confesándose, en una palabra, porque élla se lo había ordenado.

Reinó en la sala imponente silencio, hasta que el ministro le interrumpió con voz clara:

—Ahora, ahora,—dijo,—sí que podéis recibir al Señor.

Quitóse á la dama misteriosa un peso enorme del corazón, y sin poderse contener, tomó en sus manos aristocráticas una de las secas y calenturientas del que iban á viaticar.

—Hágase su voluntad, — murmuró, y se la oyó sollozar.

¡Lágrimas tiernas, expresivas y consoladoras que demostraban un gran cariño hacia el enfermo,



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 6. Madrid.

_Hágase su voluntad.

y las más arraigadas convicciones católicas en la que así se conducía y por tan extraños medios cooperaba á la obra del sacerdote!

Éste tomó la Sagrada Forma, la hizo adorar y la dió al joven que la recibió en su boca, mientras que de sus ojos humedecidos se deslizaban dos gruesas lágrimas, que viniendo á caer sobre la mano finísima y torneada de su asistenta, la abrasaron sin molestia, antes bien, causándola el más vivo placer.

La joven que estaba arrodillada á los pies del lecho, fija en el rostro del enfermo, al apercibirse de aquella muestra de la unción que le embargaba, conmovida á su vez, y con las manos cruzadas, lloró dulcemente haciendo aquel llanto mucho bien á su alma.

La sagrada y excelsa ceremonia había terminado.

El sacerdote hizo beber al comulgado un sorbo de agua, cubrió el copón, y dirigiéndose á los circunstantes, vuelto del lado del altar y de modo que lo oyera el enfermo, habló de esta manera:

—Regocijáos, mis queridos hermanos, porque Dios no abandona á los que le aman. Ha venido á visitar á éste, que lo es nuestro, en medio de las angustias de su enfermedad, para consolarle, para aliviarle, dando á sus debilitadas fuerzas el mejor de los alimentos. ¡Cuán bueno es este Padre que abandona su Tabernáculo para venir á habitar en

el pecho, en las entrañas de sus hijos! ¡Cuántas acciones de gracias debéis darle por la merced que acaba de concederos! No ha sido bastante que vierta su sangre toda sobre el madero santo de la Cruz para rescatarnos del pecado, sino que ha querido entregarse á nosotros por entero en la Sagrada Eucaristía... ¡Adoradle todos en el fondo de vuestra alma! Reconoced su poder, á la par que vuestra pequeñez y miseria, y ofrecedle vuestra vida. Que esta conformidad, con su soberana voluntad, sea prenda segura del bien que á todos os deseo. Amén.

—¡Amén!—repitieron los presentes.

Y el eclesiástico, tomando el viril en sus manos, volvió á salir majestuosamente de la estancia, y tras él los que habían en ella entrado, á excepción de la dama encubierta y de la joven arrodillada á los pies de la cama que, sin consultarlo previamente, permanecieron en la sala.

La comitiva volvió á Santa María ya completamente de noche, y toda aquella piadosísima gente se dispersó, perdiéndose en el confuso remolino é intrincado laberinto de edificios mezquinos, de caserones de adobes y callejuelas tortuosas que rodeaban la iglesia, casas sin orden ni alineación, calles desiguales, sin aceras, sin empedrado, sin luz, como no fuese la escasa que despedían los farolillos que alumbraban las imágenes que, en hornacinas churrigueresca en su mayor parte, alimentaba más el fanatismo que la sincera devoción de los

vecinos de la ya renombrada villa, cuya historia ya veremos que no es tan antigua como suponen algunos, hasta hacerla perder en la niebla espesa de los tiempos mitológicos, ni tan mezquina y pobre, que ya no mereciera en los comienzos del siglo XVI un lugar distinguido entre las más afamadas de su época.

Transcurridos algunos minutos en que ni el enfermo ni los que con él estaban pronunciaron palabra, éste, como si despertase de una pesadilla, se dirigió repentinamente á la dama que había cogido su mano entre las suyas; y la dijo con amargura:

—¿Estáis satisfecha, señora?

—Satisfecha y gozosa, porque habéis escuchado mis consejos.

—Yo agradezco vuestro interés; os debo gratitud y obediencia, y habría hecho mal en contrariaros,—y añadió:—Pero...

—¿No habéis sentido alivio, hijo mío?

—Opresión de alma, congoja de corazón, asfixia que ahoga... Eso no más he experimentado.

—No blasfeméis, por piedad.

—A vos debo la verdad.

—¿Y á Dios?

—¡Ah! tampoco á Él debo mentir.. Mas ese, ese altar, esas luces, la atmósfera pesada que se respira aquí, en mi estudio, me hacen daño... Ordenad, señora, que quiten todo eso, si conserváis ha-

cia mí un resto de compasión, y me haréis un gran beneficio, un gran favor.

Las frases del enfermo estremecieron á las dos mujeres, dejándolas heladas... Eran tan escépticas, tan impías, tan groseras, que el encanto en que se hallaban sumidas tiempo hacía, desapareció para trocarse en la joven en miedo, y en la encubierta dama, en acerba pena y compasión.

Era preciso, á pesar de todo, complacer al enfermo, y ésta última dio órdenes para que se quitase el altar.

El rostro del administrado expresó gratitud por lo que se hacía; pero en cambio su situación física empeoró rápidamente hasta el extremo de inquietar á las que le habían mostrado de un modo tan visible su cariño y su bondad.

Por fortuna entró en la estancia en aquel momento una anciana que debía ser la dueña de la casa, y anunció á las acompañantas del Santo Viático que la litera las esperaba á la puerta.

—¡Dejarle en estos instantes!—murmuró la tapada.

—Es tardísimo, señora...—añadió con respeto la joven.

—Dices bien... Tenemos que regresar á nuestra casa; mi marido nos estará esperando.

—El médico no tardará en venir.

—Decidle, señora, lo que ha sucedido... Y ahora, marchemos,—continuó la dama, volviendo la cabeza hacia el lecho en que el viaticado, recosta-

da la cabeza sobre los almohadones, más bien parecía muerto que vivo.

La joven, echándose el velo por el rostro, siguió á la que parecía de más edad y categoría, huyendo de ver al enfermo, cuyas palabras y cuya situación la causaban espanto.

La anciana acompañó á las damas tapadas hasta la puerta de la calle, y las saludó atenta cuando hubieron entrado en la litera, que era la misma que había conducido al teniente cura de Santa María con el Sacramento, y en la que todavía se percibía el aroma del incienso de que estaba impregnada.

—A casa,—dijo la encubierta con acento acostumbrado á mandar.

Y precedida de dos lacayos y seguida de otros dos con antorchas encendidas, partió la litera, dejando la calle en completa obscuridad.

La anciana, luego que hubo despedido á las señoras, cerró el portón, subió las escaleras de piedra, y penetrando en la sala en que reposaba el enfermo, guardó, sin examinarlo, en un buró, un bolsillo de seda, cuidando de no hacer ruido, y acabando de arreglar el cuarto, á fin de que se renovase el aire, abrió la única ventana de que el aposento recibía la luz del exterior.

Una ráfaga de viento apagó el velón de tres mecheros que llevaba en la mano, y el cuarto quedó en tinieblas.

No fué muy del agrado de la anciana este con-

tratiempo; la caridad hacia el joven, sólo la caridad, la permitió cerrar las maderas, apresurándose á pasar á otro gabinete, en el que varios vecinos, viéndola entrar, exclamaron:

—¿Pasa algo extraño?

—¿Qué ha sucedido?

—Venís inmutada.

—No... no,—murmuró la anciana.—El enfermo descansa, al parecer.

—Siempre sucede lo mismo,—dijo una vecina de buena edad y parecer todavía.—Después de recibir el Santo Viatico,—añadió,—todos los enfermos descansan.

—Es la gracia del Señor,—confirmó plenamente convencida otra de las presentes.

—No hay nadie que lo dude,—corroboró con asentimiento de todos un viejo que conservaba aún en sus manos el rosario de que se había servido para rezar durante la religiosa ceremonia.

Variando de conversación, dijo uno de los que no habían hablado:

—¿Pero podéis decirnos quiénes eran esas señoronas que han acompañado al gran Dios de cielos y tierra?

La anciana á quien se hacía esta pregunta, cogida de improviso, no supo al pronto qué contestar; rehecha á poco, y dándose aires de la mayor importancia, respondió:

—Eso no lo puedo decir yo.

—Parece como que sabéis algo...

—Os repito que no.

Y ponderando la suntuosidad del acto religioso con marcada intención, consiguió que no la volviesen á preguntar.

¿Sabía, en efecto, quiénes eran?...

Dejemos ya la casa contigua al Arco de Santa María, y comencemos á explicar en parte algunos de los acontecimientos que han servido de introducción á nuestra verídica historia.

II.

De cómo una buena obra puede dar margen á una trascendental resolución.

No eran los tiempos azarosos y turbulentos que corrían los más á propósito para tranquilizar á don Enrique Valdespinar, marqués de las Cuevas, que de vuelta de su paseo acostumbrado y al regresar á su palacio, había preguntado como siempre por su esposa.

—¿La señora?—dijo.

—No ha vuelto aún,—le contestó el portero.

—¡Imposible!—replicó su amo.—Tú no has guardado fielmente tu puesto, y si así fuese...

—Juro á su señoría, que...—balbuceó el criado.

Y don Enrique subió con cuanta rapidez le fué dable la escalera amplísima del edificio, dirigiéndose á sus habitaciones, que eran las mismas que las de su consorte doña Leonor del Águila, hermana menor de doña Catalina, casada con don Pedro Sánchez de Cepeda, personajes todos con los que, amén de otros muchos, hemos de relacionarnos en

el curso de esta obra, que ha de tener algo de fantástica y legendaria, de verdadera y de imaginativa, como las que anteriormente hemos dado á luz y han sido del agrado del público; pero en la que, advertir debemos, que no se hallará nada que sea impropio ni desdiga del pensamiento generador que la motiva é informa, como hoy se dice, de un modo esencial y principalísimo.

Estaban distantes los tiempos en que, como acontece hoy, muchos matrimonios encuentran preferible y del mejor tono vivir separados que unidos, tener aposentos y servidumbres distintas y verse tan sólo á las horas de visita ó de comer.

No: el marqués de las Cuevas y doña Leonor del Águila vivían, no sólo bajo un mismo techo, como Dios manda, sino en unas mismas habitaciones, haciendo una vida íntima, cariñosa y perfectamente feliz.

Y eso que el marido contaba bastantes años más que su esposa, hasta el punto de poder llamarse cuasi viejo al lado de su mujer.

Tenía él cincuenta y ocho años, mientras que la marquesa contaba únicamente ventiséis.

Su enlace había revestido circunstancias singularísimas.

Don Enrique era noble; doña Leonor no tanto; él rico, ella pobre, lo cual por entonces no era cosa muy común que sucediera.

Por este concepto, en nuestros días hemos ganado algo; pero no tanto como fuera menester.

Pesaba sobre el matrimonio una gran desgracia; no habían tenido hijos, y á esto se debía sin duda el que don Pedro Sánchez hubiese consentido en que les acompañase su hija María, apartándola cuidadoso de los enredos y asonadas que hacían más peligrosa aún la vida en los pueblos de Castilla la Vieja que en Madrid.

El marqués halló con zozobra é inquietud confirmado lo que le había dicho el portero, y esperó largo tiempo el regreso de su esposa.

Algo contribuyó á tranquilizarle el saber que había ido en litera y en compañía de su sobrina.

Y esto no lo decimos porque fuera celoso, ni dudar pudiera por un solo instante de su mujer.

Doña Leonor, joven y bella, era la honradez y la modestia personificadas.

Criada en una capital de provincia, no por ello carecía de la instrucción más sobresaliente que se daba por entonces á la mujer, y á luego se había connaturalizado con lo ceremonioso y atildado de su marido, á quien sus padres habían consagrado á la carrera diplomática, sin que á ella sintiera inclinación don Enrique, por lo cual había permanecido siempre en la Villa, siendo un modelo de hidalgos, con quienes se contaba siempre que había un contratiempo ó una calamidad pública ó privada que evitar, remediar ó socorrer.

El marqués y doña Leonor se habían casado por poder algunos años hacía, enamorándose él de ella

por su retrato y la minuciosísima relación que le habían hecho de la hidalga y honradísima familia de su padre don Pedro Sánchez de Cepeda, nieto de don Alonso Sánchez de Toledo, no por apellido patronímico, sino porque el bisuabuelo había sido de ciudad imperial, y de doña Inés, hija de don Luis de Cepeda, natural de Tordesillas, caballero Santiaguista, de donde provenían los condes de Mora y Villamena, de Alcolea, marqueses de Sanfelices, de la Torre de las Sigardas, Villacastel, con más los condes de Oropesa, duques de Alba y marqueses de Villafranca.

Había, pues, abolengos, méritos bastantes que decidieron á don Enrique Valdespinar á unirse en matrimonio con doña Leonor, aunque ésta no fuese rica ni llevase un título propio.

El marqués buscó compañera que le debiése algo, y realizó su enlace por conveniencia más que por razón de Estado, desmintiendo una vez más su vocación á la carrera á que le destinaron sus padres.

Que entonces, como ahora, rara vez imprimen á sus hijos sus primogenitores las inclinaciones á que les encaminan con más empeño y predilección.

Consuélense los que nos lean, con que sucedía en los tiempos antiguos lo que pasa hoy por regla general, atendido á que llega un período en la existencia del hombre, en que obra por cuenta propia, así se le fuerce y violente, ó se le ruegue y suplique, que para el caso es lo mismo, y son contados los que escuchan la voz de la razón y la convenien-

cia, ya sea movidos por sugestiones extrañas, por caprichos, por antojos ó por pasión.

Don Enrique no había dado un disgusto á sus padres; pero les dió, al negarse á ser diplomático, el mayor y más acerbo que pudiera darles.

Doña Leonor del Águila, y su sobrina María, hija de don Pedro Sánchez de Cepeda, eran las tapadas que habían acompañado el Santo Viático, y cuyos nombres no llegamos á revelar en el número anterior.

La litera que las conducía no podía avanzar á causa de la nieve que nadie había de cuidarse de barrer, ni quitar, hasta tanto que el agua ó el sol favoreciesen su desaparición, volviendo á dejar libre y expedito el tránsito público en la Villa, que sin ser todavía corte de los monarcas españoles, se honraba ya frecuentemente con hospedarles en el vetusto Alcázar, desde cuyas ventanas se dominaba un bello y pintoresco paisaje, y se sentían los finísimos y pulmoniacos aires del Guadarrama.

El espacio ó trayecto que separaba el Arco de Santa María, en donde vivían, no era largo, pero tuvieron que dar rodeos y hacer paradas, que le aumentaron considerablemente.

El palacio-caserón del marqués de las Cuevas estaba situado dentro del segundo recinto murado de Madrid; el que, según fama, había sido conquistado por don Alfonso VI de Castilla en las postrimerías del siglo XI.

Las sólidas murallas de este recinto, más amplio, pero no menos abrupto que el primero, duraron en pie hasta la época que estamos llamados á historiar al hacerlo de la vida de Santa Teresa de Jesús, «estrella esplendorosa de Alba, ornamento de la Iglesia Católica, lustre de la Orden Carmelitana y gloria imperecedera de la religiosa España,» que así la apellida un moderno panegirista, don Fray Bonifacio Moral, del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

De la existencia de tan sólidas defensas no cabe dudar, cuando hoy mismo, en nuestros días, han aparecido y aparecen con frecuencia, y se descubren restos que confirman su grandísima solidez, perímetro y dirección.

Obra de musulmanes, que no de moros, de godos ni de romanos, contábanse en su trayecto, hasta ciento veintiocho torres ó cubos, que las daban un aspecto imponente y formidable.

La silla de manos que conducía á las dos damas, luego que cruzó la estrecha calleja apellidada del Estudio de la Villa, la plaza de la Cruz Verde, vino, no sin tumbos ni tropezones, á dar en la calle de Segovia, siendo pasmosa la habilidad de los palafreneros para salvar sin riesgo los derrumbaderos de la Ventanilla y de Ramón, por donde tuvieron que aventurarse á marchar, torciendo luego por lugares más fáciles, más asequibles y que debían conocer muy bien.

No seguiremos paso á paso á las ya para nosotros

conocidas señoras, bastando decir que llegaron á su destino, al término de su ansiada y codiciada expedición, sin haber sufrido contratiempo alguno; es decir, á espaldas de la iglesia de San Andrés, cuya existencia databa, si no como hoy la vemos, de antes de la venida al mundo del excelso labrador San Isidro, patrón de Madrid.

Allí, en aquel barrio, uno de los que aún respiran mayor antigüedad y carácter en la que es corte actual de la Nación española, se alzaba la gran casa solariega del marquesado de las Cuevas, y en su amplísimo portal entraron los primeros lacayos con antorchas, y á seguida la silla de manos, de la cual se apearon presurosas doña Leonor y María.

El resplandor de las luces bastó para que el marqués bajase al zaguán y se apresurase á dar la mano á su esposa, lo cual patentizaba el cariño que la tenía y la zozobra en que había estado durante una ausencia tan larga á injustificada.

—¿De dónde venís, señora?—la dijo con afectuosa reconvención el noble.

—Os lo contaré todo,—le contestó su consorte.

Y se dejó conducir del brazo hasta las habitaciones superiores, mientras María se encaminó á las suyas para desnudarse y hallarse dispuesta para cuando la llamasen á rezar el rosario, lo cual se verificaba todos los días en el oratorio de la casa, con asistencia de los criados fuera de servicio, y antes de que se hiciese la colación.

Doña Leonor venía preocupadísima; se conocía que algo grave embargaba su alma y absorbía sus sentidos.

—Ahora me diréis cómo, por qué me habéis hecho temer algún grave contratiempo,—la dijo su marido cuando se vieron solos.

—¡Oh! sí... No debo ocultaros nada; vos lo debéis saber todo...—se apresuró á contestar la dama, que no podía ni sabía mentir.

No pensaba, empero, revelar á su esposo todo cuanto con la aventura ocurrida se relacionaba.

Existían para ello razones fundadísimas, disculpables, y que ya iremos conociendo.

Lo sucedido tenía antecedentes que ya circunstanciaremos; pero que por el momento no hacen al caso.

Doña Leonor no se imaginó nunca en que la sagrada ceremonia del Santo Viático durase tanto tiempo, se prolongara hasta tan tarde. Creyó, y era natural que así fuese, poder volver á su palacio antes del regreso de su marido; las cosas habían pasado de otra manera, contra su voluntad.

No cabía idear una disculpa, ni inventar un pretexto plausible que explicara su tardanza.

Habló sin rebozo, y dijo la verdad, aunque ocultándola en parte, que esto no es ni siquiera pecado venial, cuando está justificado por la necesidad.

—Pasábamos,—prosiguió,—por Santa María, en ocasión que la campana de la parroquia anunciaba la salida del Santísimo.

El marqués se descubrió respetuoso, y doña Leonor se santiguó.

—Hice parar la silla de manos, y María y yo penetramos en el templo. Repartían hachas y velas encendidas á los fieles; no las aceptamos; pero sin darme cuenta de por qué, me sentí inclinada á ceder nuestra silla al sacerdote que le tocaba administrar el Santo Viático.

—É hicísteis bien en ello, señora,—la interrumpió su marido.

—La tarde estaba terrible.

—Tanto, que yo no he dado mi paseo de costumbre.

—¿Por ello habéis venido sin duda más temprano?

—El frío no nos ha permitido pasear más que por las galerías bajas del Alcázar.

—María, á quien comuniqué mi proyecto, lo aprobó como vos, y me hizo presente que mi resolución nos obligaba á acompañar en ocasión tan poco propicia á la Majestad Santa... Élla joven, yo no vieja todavía...

—Os tratáis con dureza, esposa... aún sóis joven, y hermosísima por cierto.

—Gracias.

El marqués estrechó la mano que su mujer tenía descubierta, por haberse quitado el guante que la encerraba momentos antes.

—Proseguid,—añadió.

—Pues bien; nos resolvimos á hacer aquella

buena obra, y salimos cuando el administrante, uniéndonos á los que le esperaban...

—¿Y habéis recorrido á pie, sobre la nieve, la distancia que separaba la iglesia de la casa del enfermo?

—Así lo hemos hecho sin grave molestia, y con el recogimiento propio de nuestra sincera piedad.

—¡Bien! ¡muy bien! Apruebo sin reserva vuestro proceder... Esto cumple á los que aman al Señor.

—La ceremonia ha sido larga.

—¿Y era enferma ó enfermo el viaticado?

Doña Leonor, que aguardaba esta pregunta, le alegró que se la hiciese el marqués.

Había formado por el camino un proyecto, y todo comenzaba á salirla á las mil maravillas.

—Enfermo,—contestó dominando en parte su emoción. Lo que se proponía era grave, debía tener consecuencias, y cabía se le torciera en definitiva.

—¿Joven ó viejo?—volvió á preguntar don Enrique.

—Joven, muy joven.

—¿Rico ó pobre?

—Al parecer, un artista; creo que un pintor.

—Picáis mi curiosidad, señora.

—Al llegar al Arco de Santa María se detuvo la comitiva, y penetramos en una casa, no de mal aspecto... Allí, en el piso primero, y en una amplia sala había una cama de nogal, y en ella postrado

al que se dignaba visitar Nuestro Señor, nuestro buen Dios.

—¡Pobrecillo! ¿Muy grave, sin duda?

—Casi espirante... Tísico, ó con una aguda pulmonía al parecer.

—¿Buen cristiano?

—No tanto como debiera... La juventud...

—Está contaminada, es verdad... Y luego esos artistas hacen una vida poco á propósito para creer, y menos para observar... No obstante, el viaticado...

—Le rodean, sin duda, buenas gentes.

—¿Irían en el acompañamiento amigos suyos?

—Ni uno solo.

—¿Estarían en su casa?

—Tampoco...

—Vuestro relato me interesa cada vez más... Proseguid.

—¡Si hubiéseis visto á aquel joven! ¡Si hubiéseis presenciado, esposo, lo que pareció costarle el confesarse!

—¿Eso habéis observado?

—¡Oh! sí... Y confío haber contribuído con mis ruegos á hacerle recibir dignamente la Sagrada Forma.

—¿Vos?

—¿Os disgusta esto?

—De manera ninguna... ¿Habréis, además, socorrido al artista?

—En pequeña parte no más.

—¿Y eso?

—Porque tenía la seguridad de que al contaros lo sucedido, le socorreríais vos.

—¡Admirable! Me habéis adivinado como siempre, y os doy gracias... Ahora mismo...

—Don Enrique hizo ademán de disponerse á salir; su esposa le contuvo diciéndole:

—No; el tiempo esta crudo, y por el momento...

—¿Habréis advertido?...

—Que avisen, si el enfermo tuviese alguna novedad.

—Daré orden que no se cierre el postigo del portón en toda la noche.

—¿Y en caso?...

—Seré yo mismo quien acuda en su auxilio.

—¡Cuánto os admiro!—exclamó doña Leonor, tranquila ya de la zozobra que había experimentado.

—No hago sino corresponder al afecto, ¿qué digo? al cariño, al amor que me inspiráis.

Y el caballero, cada vez más enamorado de su mujer, la estrechó dulcemente y estampó un beso en sus labios.

—La del Águila respondió á aquella caricia con otra igual no menos apasionada.

Doña Leonor no podía continuar por más tiempo ocultando á su marido la existencia del viaticado; pero no la era dable tampoco romper por entonces un secreto que no la pertenecía.

Parecíale ofensa grave en su estado seguir protegiendo á hurtadillas á una persona sin dar de ello conocimiento á su esposo, cumplido y dignísimo varón, que tenía en ella puesta la más completa y absoluta confianza.

Lo que aquella tarde había sucedido, y veremos que no era casual, sino buscado de intento por la marquesa de las Cuevas.

Ni don Enrique ni María debían saber el móvil de aquella *buena obra* por lo cristiana, pero que á la vez se le imponía, debiendo surgir de ella un remedio á las angustias que la dama venía sufriendo tiempo hacía por llenar un compromiso sagrado, por llenar una obligación penosísima, impropia de sus años, un deber de todo punto inexcusable.

Tenía algo grave que ocultar á su marido, tan bueno, tan cariñoso y confiado con ella, y ese algo gravitaba sobre su alma como pesada losa de plomo.

Penetrada de los generosos sentimientos del marqués, ideó que convenía la ayudase inconscientemente en lo que ella no podía excusar ni dar á conocer, y con su talento y su virtud escogitó un medio, el más en armonía con sus levantados sentimientos y rectas intenciones.

Hizo, pues, aquella buena obra, y no la engañaron sus esperanzas, puesto que de esa buena obra surgió, según dejamos dicho, una *trascendental resolución* por parte de su marido, por parte de Valdespinar.

—Os ayudaré á seguir en la tarea por vos comenzada,—exclamó el marqués cuando su mujer hubo terminado.

Y los nobles castellanos de entonces, cuando daban una palabra, la cumplían siempre con la más absoluta fidelidad.

Y de que de este modo obraba siempre el marqués, tenía doña Leonor pruebas inequívocas y reiteradas.

Mucho complació á la dama encubierta de la casa contigua al Arco de Santa María, la galantería de su marido, á quien con su sencilla relación había hecho partícipe de sus deseos.

No apetecía por el momento más.

No estar sola, no estar aislada en una empresa que se iba haciendo superior á sus fuerzas, y, sobre todo, imposible de cumplir sólo por su parte.

La enfermedad del viaticado había venido á complicar las cosas de tal manera, que ya no bastaría á doña Leonor querer hacer ni tomar una parte personalísima y directa en la penosísima obligación que se había impuesto después de contraer matrimonio con el noble marqués.

Hacía algunos años que un antiguo criado de su marido, el mayordomo de palacio, la había ayudado; pero pocas semanas hacía que este fiel servidor solicitó de ella una audiencia privada.

La dama se la había concedido, no sin alarmarse.

Su corazón la hacía presagiar una desgracia, y su corazón no la engañaba jamás.

– ¿Qué ocurre, fiel Gonzalo?—le dijo en cuanto el servidor estuvo en su presencia.

—¡Ah, señora! Perdone si me he atrevido á suplicarla esta entrevista sin ser llamado como otras veces.

—Estás perdonado, y habla.

—Pues bien; es el caso que el protegido de la señora marquesa está gravemente enfermo.

—¡Qué dices!... ¿Cómo lo has sabido?

—Al ir á entregar á esa sencilla mujer, que tan generosos sentimientos abriga, la dueña de la casa de junto á la puerta del Arco de Santa María, al ir á entregarla la pensión de costumbre, ha salido á mi encuentro toda acongojada, y me ha dicho:

—¡El artista se nos muere!

—¡Cómo! ¿Lo has comprobado?

—Ya lo creo... He entrado en la habitación del joven y le he visto; de seguro no le conocería la señora marquesa si le viera. ¡Pobrecillo! Apenas ha podido saber quién era.

Doña Leonor quedó anonadada; despidió al servidor, y procuró averiguar lo que éste la decía.

El hecho era cierto: el pintor estaba postrado en cama hacía dos semanas, y su situación era en extremo deplorable.

Fué á verlo.

¿Ella?

Me preguntarán mis lectores, y debo asegurar-

les que la dama encubierta durante el Santo Viático había ido, en efecto, antes de aquella tarde á la casa en que la hemos visto con María, su sobrina, sin descubrirse el hermosísimo rostro, sin darse á conocer ni aun al enfermo.

¿Qué significaba esto?

¿Qué misterio encerraba lo que había sucedido y tenido lugar?

¿Cómo se atrevía, resuelta y decidida, á intentar que su marido conociese al mancebo moribundo con quien la ligaban lazos que el mayordomo Gonzalo sabía en todo ó en parte, á juzgar por el diálogo que entre ellos tuvo lugar?

¿Por qué de aquel diálogo resultó que doña Leonor no pudo contenerse, y fué á la casa del viaticado, y asistió voluntariamente á la sagrada ceremonia?

Preguntas son estas á las que contestaremos más adelante, anticipando tan sólo, que en ello no había ofensa ni desdoro para la honradísima castellana, á quien el marqués había elevado á su altura, siendo acreedora á semejante distinción.

Por el momento, es justo que la conducta de doña Leonor no pareciese la más correcta, ni lo que mejor cuadraba á una esposa que nunca debe tener secretos ni misterios para su marido.

Quizás hacía mal en esto la del Águila, y de ello habrían de sobrevenirla disgustos serios en su modo de ser, dulce, tranquilo y feliz.

Pero la fatalidad, más que su gusto, se había interpuesto en su sendero de flores, porque la vida no es nunca un paraíso, ni acá, en la tierra, estamos destinados á una lucha cumplida y duradera.

No era dable que el matrimonio las Cuevas fuese una excepción de la regla general.

Un poco de paciencia, algo de condescendencia y de bondad, y ya iremos aclarando las cosas, siquiera sea de un modo paulatino y convencional.

III.

Visita inesperada.

Pasó la noche sin accidente alguno que debamos referir.

El marqués, y especialmente su esposa, se habían despertado muchas veces al menor ruido que se sentía en la calle Sin Puertas, á que daban las ventanas de su aposento, calle que era en su mayor parte, á la sazón, de la propiedad del anciano don Francisco de Vargas, del Consejo que había sido de los Reyes Católicos, y lo fué del Emperador Carlos V, padre del célebre don Gutierre de Vargas Carvajal, Obispo de Plasencia y fundador de la Capilla del Obispo, ó de San Juan de Letrán, uno de los monumentos más notables que encierra Madrid.

A la mañana, el portero dió cuenta á sus amos de que nadie había llamado, y doña Leonor se tranquilizó, segura, por otra parte, que su marido cumpliría su oferta de visitar al viaticado de la tarde anterior.

Don Enrique no tardó en hacer sus oraciones de costumbre, en vestirse, oir misa y tomar el desayuno, y salió para la puerta del Arco de Santa María con grande alegría de la caritativa castellana, á quien su plan se iba cumpliendo con lisonjera regularidad.

Fuése élla á la parroquia vecina de San Andrés á pedir á la Santísima Virgen su valiosa protección, no sin rogar á Valdespinar que la diese cuanto antes noticias de su expedición, procurando regresar antes de la hora de comer, que era la del medio día en las casas donde había orden y acertada dirección.

A las doce de la pasada noche, el médico del viaticado volvió á enterarse de la situación del enfermo, y le halló descansando.

La patrona á quien doña Leonor había dado el bolsillo de seda, contó al doctor lo ocurrido, y éste murmuró:

—Veremos mañana.

—¿Teme su merced algún contratiempo?

—Todo pudiera suceder... De todos modos, bueno es que la ceremonia se haya llevado á efecto como decís.

Y se marchó, ordenando que se continuase el mismo tratamiento, caso que el joven se despertase, y si llegaban á reproducirse las angustias y los ahogos que hacían temer por su vida, le llamasen sin dilación.

Su celosa enfermera no se descuidó, y permaneció hasta muy entrado el día sin abandonar su silla, colocada á la cabecera del lecho de su huésped.

Cuando éste se dió cuenta de haber dormido como nunca, no pudo menos de convenir con doña Catalina Carvajal, que así se llamaba la que le asistía, que estaba visiblemente aliviado.

—¿Véis,—le dijo la buena mujer,—cómo influye en la mejoría del cuerpo la salud del alma?

—¿Y creéis que la mía está sana?

—Vaya si lo creo; ¿no habéis confesado?

—Es cierto.

—¿No habéis recibido el pan de los cielos, el manjar Eucarístico?

—No puedo negároslo, doña Catalina.

—Pues ésta, y no otra, es la explicación de vuestro alivio.

El joven movió la cabeza con aire de dudosa conformidad, y pidió agua.

—Siento mucha sed.

Doña Catalina le suministró un vaso, que el viaticado apuró con ansia.

—Hace muchos días que no podíais hacer lo mismo.

—Ese agua ligeramente templada, y con azúcar, me ha producido un verdadero placer.

—La fatiga no viene.

—Ni he tenido golpes de tos.

—Estáis mejor... Pero no conviene que os fatiguéis.

—¡Oh! cuanto me sucede es extraño... ¡Esa señora ejerce sobre mí una influencia increíble!... ¿Cómo ha venido aquí?

—Eso no debe inquietaros; lo principal es que haya venido.

—¿Os ha dicho su nombre?

—No... lo que me ha prohibido, es que se revele á nadie su proceder con vos.

—Parece dama principal.

—Y debe serlo, á juzgar por su traje, por sus maneras, y principalmente por su religiosidad.

—¿Creéis vos en la religiosidad sincera de los ricos?

—¿Por qué no?

—Se oculta, por lo general, bajo sus actos de piedad, un fondo de egoísmo y de hipocresía.

—No siempre sucede eso.

—Mi experiencia...

—Sois muy joven todavía.

—He viajado.

—Ojalá no hubiéseis salido de España.

—Sólo fuera de mi patria se aprende á no ser fanático.

—A pesar de vuestros juicios, esa dama...

—Sí, esa dama me ha hablado de un modo...

—Que os ha hecho confesar y recibir al señor.

—¡Su lenguaje! ¡Su interés!

—Han sido verdaderamente cristianos.

—¿No tendrá todo esto relación con los auxilios que recibo sin saber de dónde, ni de quién?... Au-

xilios que me avergüenzan algunas veces, que rechazaría si el arte no estuviese tan prostituído... Sólo se pintan cuadros religiosos.

—Y lo que es los vuestros, no lo son...—añadió sonriendo doña Catalina.

La llegada del médico á practicar su primera visita, interrumpió el diálogo que comenzaba á prolongarse demasiado.

Y eso que para nosotros parecía encaminado á ilustrarnos de pormenores que nos interesa conocer.

La prohibición, empero, de doña Leonor, era tan absoluta, que sólo permitía á la patrona y al joven desahogarse entre sí.

No habían faltado con nadie á la consigna y se prometían observarla con escrupulosa rigidez.

—Hola, hola, ¿qué es esto? ¿el enfermo habla?

—Ya lo creo,—contestó doña Catalina, levantándose como pesarosa de haber consentido al joven aquella larga conversación.

No había podido remediarlo; era habladora, y los sucesos de la víspera la tenían de tal manera sobrexcitada, que sólo de ellos podía ocuparse.

En hablar con el enfermo no había riesgo; en satisfacer la curiosidad de sus vecinos podía haberle, y por eso la hemos visto mostrarse tan prudente y reservada la noche antes, después de la ceremonia sagrada.

Al médico tampoco le dijeron cosa alguna, ni el enfermo, ni doña Catalina.

El doctor pulsó al viaticado, examinó su lengua, inspeccionó sus ojos, le hizo respirar con fuerza, preguntándole si le dolía el pecho, si sentía opresión de garganta.

—Nada, nada,—exclamó;—estáis mucho, pero mucho mejor que ayer.

—Yo mismo lo conozco.

—Y se resistía á observar vuestros mandatos.

—Tan grave me vísteis...

—Tanto, que ahora puedo decirlo sin imprudencia; creí que íbais á morir.

—¿Y ahora?

—Ahora, sin responder de vuestra curación, veo probabilidades de salvaros... Mucha prudencia, mucho silencio, mucho cuidado, y...

—¿Me aseguráis?

—De poder combatir vuestra anemia, y luego...

—¡Ah! doctor,—exclamó doña Catalina.—Me abrís el corazón, que le tenía acongojado.

Y el médico, después de extender una receta, saludó al enfermo y á la dueña de la casa, y salió de la estancia.

La patrona salió al recibimiento y pagó la visita al facultativo y las dos extraordinarias que había hecho la noche antes; era costumbre entonces, y lo fué hasta principios de este siglo, recompensar á los médicos en esta forma.

Aconsejando al joven que permaneciese tranquilo y sosegado, doña Catalina se dedicó á sus faenas

domésticas, como si hubiese pasado la noche descansando.

Hay naturalezas privilegiadas, y la de la dueña de la casa lo era, á pesar de sus años; trabajando toda su vida, el trabajo no la hacía impresión; si se la hubiera condenado á no hacer nada y callar, se habría muerto.

El enfermo obedeció á su celosa guardadora y se recogió, no sin pensar en los acontecimientos que habían servido de tema á su última conversación.

Serían poco más de las diez de la mañana cuando unos golpecitos, dados en el llamador de la puerta de la escalera, hicieron que doña Catalina saliese á abrir.

El que llamaba era un caballero bien portado, de fisonomía franca, de aire noble.

—¿Habita aquí un joven á quien anoche administraron el Santo Viático?—dijo.

—Sí,—contestó la que le había abierto.—¿Venís, señor, á enteraros de su estado?

—A eso vengo.

—¿De parte de quién?

—De mí mismo,—contestó después de una breve pausa el desconocido, en quien nuestros lectores habrán adivinado al marqués de las Cuevas.

—Pues está mucho mejor.

—¿Podría verle?

—No sé si debo...—murmuró doña Catalina.—El médico,—añadió,—no ha prohibido...

—En ese caso...

—Voy á prevenirle... ¿El nombre de su mercé?

—No necesito decirlo.

—Está bien. ¿Le anunciaré?...

—Un caballero que se interesa por su salud.

—¿Viene el señor á encargarle algún cuadro?

—Precisamente á eso... no. Además que ahora..

—Hace más de dos meses que no coge los pinceles.

—Id...

Don Enrique esperó en el recibimiento, mientras que la patrona notició al enfermo aquella visita inesperada.

El jovea, lleno de curiosidad, manifestó que se encontraba en estado de recibir al caballero, y sin hacerse rogar el noble, pasó á la sala que le había descrito su mujer.

—La misma cama, el caballete, los lienzos,—pensó para sí el marqués.

El viaticado se incorporó con algún trabajo, como persona bien educada.

—No os fatiguéis, joven,—dijo en alta voz don Enrique Valdespinar, y dejó su sombrero sobre una silla, acercándose al lecho.—He sabido que ayer...

—Sí; me administraron.

—Y vengo de parte de una dama que, movida por religiosa piedad, acompañó al Señor.

—¿Conocéis á esa dama?

—Es mi mujer.

El pintor no supo qué decir; aquella revelación,

después del misterio con que la señora procedía, era para él un enigma, era inexplicable.

—¿Y os ha dicho?...

—Que pasando por la parroquia de Santa María oyó tocar la campana del Viático, y como la tarde estaba tan fría se bajó de su litera y la cedió al sacerdote.

—¿Eso os ha dicho?

—Y que ella y una joven, casi una niña, que con ella iba, acompañaron al Santísimo llegando hasta esta casa, cuyas señas no he podido confundir.

—Eso es exacto... ¿el nombre de esa dama?

—Doña Leonor del Águila, marquesa de las Cuevas.

—¿Luego vos?...

—Soy el marqués.

—¿Y os habéis dignado?...

—Tanto mi mujer como yo, deseamos seros útil.

—¿Sabéis que soy pobre?

—Sí; que no trabajáis hace mucho tiempo, que estáis enfermo, que sois un artista...

—¿Y presumís lo demás?

—Presumo que una buena obra no debe dejarse á medias...

—¿Vuestra esposa os ha dicho que me conociese?

—No; antes por el contrario, me ha dicho no haberos visto hasta ayer tarde...

—¿Y os ha enviado?...

—Para hacerme partícipe de sus cristianos sentimientos... Vuestra patrona me acaba de revelar

que estáis mejor, y yo os ofrezco, sin tratar de ofenderos, mi amistad y mi protección.

Cuanto oía llenaba de dudas y de confusiones al enfermo.

—¿Qué significa la conducta de la desconocida cuyo nombre y rango acababa de saber?—meditaba en silencio, y su ingenio le hacía adivinar en todo aquello un misterio de que no debía darse por entendido.

—Yo os agradezco,—balbuceó.

—No tenéis por qué guardarme reserva alguna... Soy rico; pero no por ello he humillado jamás á los demás. Hago el bien por deber; el que tiene, es el que debe dar; lo que Dios nos concede no es para nosotros solamente, es para que, como meros administradores, lo acertemos á emplear... Yo sé que hay muchos que, codiciosos, guardan; otros disipan y derrochan: la marquesa y yo obramos de diferente manera. Si necesitáis dinero, yo puedo dároslo; si trabajo, cuando estéis en disposición, yo os lo proporcionaré, y si queréis tomar á cuenta de él alguna cantidad, en ese caso me seréis deudor en obras, en producciones de vuestro ingenio.

El enfermo estaba asombrado, jamás había oído aquel lenguaje en un noble, y no le daría crédito á no revelarse en las facciones del marqués, que hablaba con completa ingenuidad y con el corazón en la mano.

Aquella forma de ofrecer era delicada, y merecía corresponder á ella con hidalguía.

El proceder de la dama era discreto, y no cabía tampoco descubrir, indiscreto, lo que había tenido sumo cuidado en reiterar su formal empeño en que permaneciese ignorado.

Ya era mucho, y más que sobrado para él, conocer el nombre de su bienhechora; porque doña Leonor lo había sido para el enfermo de una manera tan cumplida, que, en medio y á pesar del extravío de sus ideas, le produjo una extraña impresión.

No había visto su rostro en las dos visitas que le hiciera antes de la administración del Santo Viático; pero el eco de su voz le había llegado al alma.

Aquella mujer no era como la mayoría; era una mujer excepcional.

Su marido se le presentaba no menos comprensible al hacerle aquella visita inesperada, y todo contribuía á llenarle de confusión y le obligaba á proceder con cautela.

Doña Leonor enviaba á su marido; le ocultaba que su presencia, la tarde del Sacramento, no era casual, ni consecuencia de sus anteriores visitas.

¿Qué misterio envolvía tan singular proceder?

—Señor,—dijo al fin;—vos me confundís con vuestros obsequios, y nunca sabré agradeceros bastante...

—De manera, ¿que aceptáis?

—Cuanto venga de ella y de vos...

—Gracias, gracias,—prosiguió el marqués levantándose y resuelto á marcharse.—No debo molestaros más.

—¡Oh! Vos molestar...

—Estáis muy débil, y una conversación larga os podría perjudicar... Volveré, volveré, no lo dudéis; ya sea solo, ó acompañado por mi mujer... Si os ocurre algo, Costanilla de San Pedro... Con un simple recado vuestro me tendréis aquí... Y si lo preferís, me entenderé con vuestra patrona, parece una excelente mujer.

—Me cuida como una madre.

—Pues hasta nueva vista.

Don Enrique estrechó la mano del pintor y salió de la sala, encontrando á doña Catalina en el corredor.

—¿Habéis visto qué milagro?—dijo ésta.

—Con efecto... eso me parece. Y el médico, ¿qué opina?

—Que si sigue cuidándose, responde de lograr salvarle... Pero no será la ciencia, será Dios, á quien debamos...

—Tenéis razón... Así, así es como se debe creer.

—Tanto más, cuanto él no quería.

—¡Cómo! ¿Rehusaba?

—Ha viajado mucho... Está contaminado.

—¿Él?

—Yo sentiría...

—Al contrario; lo que me decís me interesa más para continuar protegiendo al enfermo.... Mi esposa la marquesa me ha insinuado algo.

—¡Vuestra esposa!... ¿Vos sois marqués?

—¿Qué os admira?... Pero ese joven ha quedado solo y puede necesitaros... ¿Tenéis necesidad de dinero?

—De manera ninguna... Pero...

—Adios, señora, adios; soy el marqués de las Cuevas; mi señora, doña Leonor del Aguila, y yo vivimos en la Costanilla de San Pedro... Y vos ¿cómo os llamáis?

—Catalina Carvajal, viuda de un servidor de Su Majestad Católica, pensionada por el patrimon real en recompensa de los servicios de mi marido... Era un hombre...

—Está bien, basta;—dijo, cortando la palabra á la dueña de la casa don Enrique, y ganó el descansillo de la escalera.

Había estado con su prisa oportuno, pues de lo contrario, la pensionada hubiera cometido alguna garrafal indiscreción.

Llevaba buenas noticias á doña Leonor, y salió contento de la casa del viaticado el excelente marqués, á quien iremos dando con nuevos y mayores datos á conocer, así como á su joven y bellísima consorte, y á María, y al pintor.

Disgustó mucho á doña Catalina la brusca y repentina salida del marqués, y no contribuyó poco á que su lengua no se desatase, el asombro que le produjo la visita inesperada de aquellos personajes, á quienes debía mover un interés altamente plausible para dignarse venir á su casa.

Nunca, ni ella ni el enfermo, habían tenido relaciones tan encopetadas.

Y no porque se conceptuase de menos, que en mucho, y con razón, tenía sus añejas costumbres católicas y los servicios de su marido á los reyes don Fernando y doña Isabel.

—Todo esto,—decía en su sencillez,—lo ha traído el Santo Viático.

Y creía en ello «á piés juntillos,» como suele decirse.

¡Feliz ella!

¡Envidiable sencillez, que más sabia y discreta que la petulancia impía, atribuye todo á Dios, siquiera sea ello cosa que bien puede suceder sin la intervención de la Providencia, y sólo por el cumplimiento de sus leyes en general!

Cuando razonaba delante de su huésped de esta manera, el pintor se sublevaba, la acusaba, airado, de grosero fanatismo, pero no la convencía.

—Vos estáis tocado...—le añadía por todo argumento doña Catalina, señalándole la frente, y corría á continuar sus ocupaciones, no sin santiguarse y rezar algunas *Ave-Marías*, porque aquel joven á quien había llegado á tomar cariño, volviese al camino de la verdad.

Y eso que la Carvajal no podía adivinar hasta dónde llegaban los errores del joven, ni cabía dentro de su cerebro otra cosa que ser bueno ó malo; pero malo hasta cierta medida, no hasta el caso de no creer en los misterios, ni dejar de oir

misa los días festivos, ni ayunar en la Cuaresma y burlarse de monjas, frailes y sacerdotes.

Algo de esto había oído al viaticado en ocasiones diversas, y la traía inquieta y desasosegada.

—No soy yo quien pueda discutir con vos,—solía decir al mancebo, de quien por otros conceptos no tenía queja alguna, y toleraba ó condescendía con su charla sempiterna.

El joven la contestaba:

—Con vos sí que no cabe discutir... ¿Habéis discutido alguna vez? Piedad cobachuelera, de pacotilla, inconsciente y rutinaria la vuestra, yo sabría cómo echarla á pique.

—¿Cómo? ¡Blasfemo!

—Pues muy sencillamente: estableciendo enfrente de la vuestra otra Inquisición.

—Cuidado, que no os permito esas cosas.

—¿Os dejaréis atormentar y tostar por defender las telarañas de vuestro limitado entendimiento?

Y al decir esto, se reía; pero en casos tales doña Catalina no se contentaba con salirse del cuarto, ni de la casa; se iba á la iglesia, y se estaba horas muertas rezando, cuando no se confesaba, é indiscreta decía al confesor:

—Tengo en mi casa casi un impío, un hereje que me sofoca.

—Atraedle al sendero del deber.

—Si no acierto á contestar á sus salidas.

—Decidle que venga al tribunal de la penitencia.

—No sé si confiesa; pero creo que no.

—Despedidle.

—Me paga con puntualidad y en excelente moneda castellana.

—¿Es católico?

—Creo que sí.

—¿Lo dudáis?

—¡Ah! eso no... no lo dudo.

El confesor variaba intencionalmente de conversación, temeroso de que la penitenta traspasase los límites de su deber, revelando á más de sus pecados los ajenos, terreno en que el ministro, por poco experto que fuese, sabía que no le era lícito penetrar, ni pronunciar nombres propios, ni hacer de la manifestación de sus culpas propias otra cosa que una rápida, sencilla y leal manifestación.

Pero cuesta mucha paciencia á los confesores hacer entrar en brevedades tales á ciertas penitentes, á cuyo número pertenecía doña Catalina, á quien, por razones que no son del caso, no era hora tampoco de sin suma discreción conseguir enmendar.

IV.

En donde se comienza á decir algo importante acerca del pintor.

Hacía cinco ó seis meses que el viaticado, el huésped de doña Catalina Carvajal, se hallaba en Madrid.

Su venida había sido tan extraña, como cuanto se refería á la existencia anómala y singular del joven pintor.

El carácter del artista era, en gran parte, producto lógico y natural de su situación en el mundo.

No conocía á sus padres; y sin embargo, desde su infancia, una mano oculta, misteriosa, velaba por él.

Pero velaba de ese modo incierto, irregular y deficiente que nunca se estima, que jamás se agradece.

Una infeliz lavandera de los barrios bajos de la Villa fué la encargada de suministrarle el natural alimento; luego, de guiar sus primeros pasos; más tarde, de hacer que asistiese á la escuela.

Y de ella, sólo de ella, había recibido caricias, y besos ruidosos, espontáneos ciertamente; pero besos y caricias *pagados* al fin.

Periódicamente, el criado de una gran casa se presentaba en el miserable albergue de la nodriza, daba una cantidad siempre igual, y una vez entregada, se retiraba sin que nadie le siguiese ni se cuidase de indagar de dónde procedía aquella merced, aquella limosna.

Cuando el niño se hizo mozo y hubiera podido averiguar por sí mismo lo que á él sólo le interesaba saber, el criado no volvió á presentarse más, y compartió su pobreza con aquellas gentes, de quienes, conceptuándose una pesada carga, exigió que le dejasen aceptar una ocupación.

La casualidad le proporcionó que tropezase con un habilísimo artista extranjero que le confió el cuidado de su estudio, y más adelante el de moler los colores, limpiar los pinceles y barnizar los lienzos.

Fué poco á poco aficionándose á dibujar, hasta que un día su amo, que le sorprendió en aquella insegura y rudimentaria faena, le ofreció dirigirle en ella, adivinando en el rapaz disposiciones poco comunes para la pintura.

El salario que por sus servicios recibía, lo entregaba íntegro á sus bienhechores, quienes más de una vez en grandes apuros, pasados por aquel tiempo, se encontraron con socorros inesperados que no supieron á quién atribuir.

Ni una vez sola esos socorros llegaron á manos

de aquella familia en ocasión propicia para que el joven principiante pudiera interrogar al que los traía. Esto llegó á desesperarle.

Era evidente que no le tenían olvidado, y así se lo repetía sollozando la lavandera, por quien conocía de un modo incompleto los vagos pormenores que dejamos consignados.

La persecución que en España se hacía por aquellos tiempos á cuantos parecían sospechosos en materias religiosas, en asuntos de doctrina y de fe, hizo que su maestro le notificase un día que se ausentaba de Madrid con ánimo de no volver más.

—Yo no quiero abandonaros,—le contestó con resolución y entereza el mancebo.

—¿Iríais conmigo á donde yo os llevara?

—Sí.

—¿Y vuestros padres?

—No los conozco: mi existencia les humilla sin duda, les pena ó les es enojosa.

—¿Y con los que vivís?...

—Me estiman, pero tampoco me aman de manera que mi ausencia pueda lastimarles... Nunca olvidaré lo que por mí han hecho, y os lo diré con franqueza,—añadió,—los sacrificios que se imponen son para mi vanidad un torcedor.

—¡Sois orgulloso!

—Un poco: no lo niego.

—¿Os avergüenza vivir con éllos?

—¡Oh! eso no; mas...

—En ese caso...

—¿Me llevaréis con vos?—exclamó temeroso el mancebo de una respuesta negativa.

—Obtened antes la autorización de esas buenas gentes, y no tendré inconveniente en ello.

La condición no era difícil, y el joven logró sin un gran esfuerzo que sus padres adoptivos le dejasen marchar, le dejasen ir.

Se dió valiente maña para engañarles, ofreciéndoles volver rico, acaso con un porvenir asegurado que le permitiría afianzar su situación.

—¿Y está muy lejos donde váis, hijo mío?

—La distancia es lo de menos.

—¿Nos olvidarás?

—Eso es imposible.

—No tenemos derecho para contrariar su voluntad,—dijo oportunamente el marido de la nodriza.

Y la concesión fué un hecho.

La víspera de su marcha, al regresar á la morada de sus bienhechores, éstos le mostraron un puñado de oro, que para su viaje y el mejor pasar de su familia durante su ausencia habían recibido.

—Pero ese dinero...—murmuró el joven.

—Lo ha recibido la niña mayor cuando todos estábamos ausentes.

—¿Y quién lo ha traído?

—Un sujeto bien portado.

—¿El mismo de antes?

—No,—le contestó la lavandera,—por las señas que de él nos ha dado la rapaza.

No quiso el voluntario emigrante aceptar de aque-

lla dádiva cantidad alguna, y á la mañana siguiente se despidió de sus amigos, que lloraron mucho; pero que en interés hacia el mancebo no se conceptuaron capaces de resistir á su voluntad.

¿Qué podían hacer por él?

El joven, al ausentarse de España, lo verificó sin pena, sin dolor alguno.

En su corazón había brotado la chispa de la ambición, el deseo de crearse un nombre, de ver lejanas tierras, de vivir en ignorados horizontes, y con indecible satisfacción siguió á su maestro.

¿Dónde fué el personaje que viene ocupando en los preliminares de esta historia, y ha de ocupar en la prosecución de ella un papel tan importante?

Los humildes propietarios del hogar en que había morado hasta entonces, no lo supieron ó lo olvidaron presto.

Su completa ignorancia geográfica, explicar puede este detalle.

A alguien, empero, que el artista dejó en Madrid, no debió sucederle lo mismo, pues en más de una ocasión se vió protegido fuera de España de igual suerte que lo fué hasta entonces; es decir, ignorando siempre la secreta mano que le libró solícita de graves compromisos y serias dificultades.

Pasaron muchos años, y cuando su maestro, cediendo más al peso de ímprobos trabajos que á su edad, espiró en sus brazos y el mancebo se vió solo;

cierto día recibió una carta por la embajada de España, en la que se le invitaba á volver á su patria.

El trabajo andaba escasísimo, su protector había dejado más deudas y obligaciones que dinero efectivo con que solventarlas, y nuestro artista cedió al ruego delicado que aquella carta contenía.

La epístola, escrita por mano de una mujer, decía así:

«Venid, venid sin dilación á vuestro suelo natal, y acaso os será dable conocer á los que os dieron el ser. Los que han velado por vos, los que os han protegido siempre, conocen vuestro estado, no sólo pecuniario, sino religioso y moral, y desean salvaros... No desoigáis su voz... Habéis soñado, y es hora de despertar. El arte está mal. ¿Qué puede deteneros? Carecéis en ésa de amigos; á vuestra edad no se vive con holgura sin el auxilio ajeno, por talento que se atesore, por voluntad y decisión que se tenga... Estáis muy lejos de los que os quieren... Venid, venid sin dilación.»

La carta no tenía firma, y unida á ella iba una orden, en toda regla extendida, para cobrar una suma más que suficiente para ponerse en camino y poder regresar á España.

Aún resistió por algún tiempo aquella llamada nuestro altivo y orgulloso artista; rehusó hacer efectivo el dinero que se le enviaba; pero hubo un día, llegó una hora de suprema angustia para el así favorecido, y se decidió á adoptar, entre el suicidio ó el regreso á su patria, este último partido.

No sentía en su alma el más pequeño amor hacia los que de tal manera seguían velando por él; ¿pero quién, por loco é insensato que sea, no ansía tener un nombre, poseer un apellido?

El recurso estaba hábilmente empleado.

El mancebo sabía únicamente que se llamaba Juan; había, por consejo de su maestro, firmado sus cuadros con el seudónimo de «Hispaleto;» pero los lienzos se pagaban mal, y escaseaban de todo punto los encargos.

En tiempos de revueltas políticas y religiosas, de luchas tenaces é intrigas diplomáticas, el arte se asfixia y muere relegado á un obscuro y lóbrego rincón.

Por entonces la Iglesia católica, el Papado, era el único, el solo que alimentaba y sostenía á los artistas.

Nuestro Juan Hispaleto, nacido en el suelo clásico del catolicismo, se había hecho en Inglaterra lo que su maestro; había olvidado la religión hermosísima y sólo verdadera; era, cuando menos, un hereje, un impío, un renegado, un protestante.

Poco fijo en los principios católicos, atribuía sus desdichas á un culto que se le antojaba capaz de las mayores perfidias del alma en los que le profesaban, con tal de saber cubrirlas con un exterior hipócrita y mentido; y lleno de acerbo despecho, terminó por maldecir la creencia de los que, habiéndole dado el ser, le habían hecho tan poco feliz, tan desgraciado.

Era injusto; pero tenía disculpa en su poca edad y sus infortunios.

Si él hubiera sido el causante de ellos, su proceder hubiese sido inicuo.

Mucha culpa la tenían otros.

En aquel papel sin firma se vislumbraba una *esperanza*, la primera que se le había hecho concebir, y la que le escribió, alcanzó al fin la realización de sus deseos.

El mancebo, más que un malvado, era un ser digno de compasión.

Juan llegó á Madrid.

Se encaminó á los portales de la Plaza Mayor, donde en una posdata que contenía el papel, y que de intento no hemos transcrito anteriormente, se le anunciaba fuese antes del *Angelus*, ó sea el toque del medio día, y paseándose, aguardase un aviso que sería para su persona de suma importancia.

Llevaba largo rato paseándose al acaso, cuando de pronto un desconocido dejó caer á sus pies un segundo papel.

—¿Qué puede ser esto?—pensó entre sí; y mientras lo recogía del suelo, el que lo había arrojado, ó á quien se le había caído, desapareció.

Retirándose del bullicio del ya entonces frecuentado paseo de desocupados, desdobló el billete hallado, y al punto reconoció con sorpresa la letra de la carta recibida en el extranjero, y que le hubo decidido á venir.

—Todo está perfectamente calculado,—se dijo, y leyó aquel escrito, que sin duda era para él.

«Con el dinero que aún tendréis, decía, podréis vivir algunos días; disfrutadlo á vuestro antojo, y cuando os falte, id sin rebozo al piso principal de una casa que no tiene pérdida; pegada á los cubos ó macizos del Arco de Santa María. Preguntad allí por doña Catalina Carvajal, y hospedaros en su casa, donde no estaréis mal. Paciencia, discreción y sigilo, y no os pesará. Os lo asegura quien vela por vos.»

La misiva carecía de nombre, rúbrica ni señal alguna, como la anterior que conocemos.

El joven, á quien una vez dicho su nombre y seudónimo le designaremos en adelante con ellos indistintamente, no se olvidó, tan luego como llegó á la Villa, de visitar á sus bienhechores de la ribera del Manzanares; el marido y la mujer habían muerto y nadie supo darle razón del paradero de sus cuatro hijos.

Unos cuantos años habían bastado para borrar toda huella, todo rastro de aquella pobre familia.

¿Puede esto causarnos extrañeza alguna?... Haced la prueba, si os ausentáis por breve tiempo de una población crecida; preguntad por los vecinos, no de una casa determinada, casi de un barrio entero de gente menestral, y á veces hasta de la clase media, y os sucederá lo que con sus amigos sucedía al pintor.

Alguno de éstos vino en conocimiento de la familia por que preguntaba; pero la pérdida de los padres había dispersado á los dos únicos hijos que les sobrevivieron.

Quizás vivirían en Madrid. De la hija mayor se decía que se había casado con el hijo de un labrador de Castilla la Vieja; pero en resumen, ninguno dió razón suficiente al mancebo para poderla buscar.

Preguntó en la parroquia por el enterramiento de los esposos; inútil pregunta, los pobres no tienen sepultura especial, viven ignorados y se confunden sus restos en la fosa común; entonces, como ahora, el sacristán sólo pudo decir á Juan el día en que murieron él y ella; pero nada más.

Otro que el pintor, habría encargado algún sufragio por el alma de los difuntos; pero él no creía en el valor de las oraciones por los muertos, dogma consolador de la Iglesia católica, que mitiga en gran parte las amarguras desgarradoras de su separación.

Sí; no satisfecha nuestra Santa y previsora Madre con lavarnos del pecado original en el bautismo, perdonar nuestras culpas en el confesonario, darnos á Dios en alimento místico, y propocionarnos con el Santo Viático y la Extremaunción los medios para pasar sin riesgo del tiempo á la eternidad, nos exhorta á que, vívos, pensemos en nuestros hermanos difuntos, por si aún les quedase alguna mancha que purgar en el otro mundo.

En todo este engranaje completísimo de salva-

ción había creído en otros tiempos Juan. Ahora, á la sazón, no creía para su daño, para su mal.

En el cielo, se ama sin padecer; en el infierno, debe sufrirse sin amar; en el purgatorio, padécese amando, es decir, conociendo y esperando.

Nuestras oraciones, nuestros ayunos, nuestras limosnas, nuestras buenas obras, son medios poderosísimos para abreviar el sufrimiento de las almas no purificadas... ¿No es esto hermosísimo?

El caritativo Abraham esperaba á la puerta de su morada á los peregrinos para hacerlos entrar en ella, sin que tuviesen que pedirle hospitalidad.

Rafael condujo por sí mismo á Tobías, el mozo, y le restituyó á su patria después de darle una rica y hermosísima consorte.

El profeta Habacuch, sabiendo que Daniel padecía hambre en la cueva de los leones, le llevó la parte de la comida preparada y dispuesta para sus segadores.

El ángel del Señor rompió la doble cadena que oprimía al apóstol San Pedro, á pesar de la guardia y custodia de los soldados que sus enemigos le habían puesto, diciéndele:

—Toma tus vestidos y sígueme.

Y sabemos que las puertas de la prisión se abrieron por sí mismas, y cuando Pedro se vió libre, exclamó:

—Ahora conozco que Dios me envió su ángel para que me librase de las manos de Herodes.

Pues todo esto, y mucho más que esto, podemos hacer nosotros, vivos, por nuestros hermanos difuntos.

¡Juan no se cuidó de hacerlo así por sus bienhechores, que acaso necesitarían de sus sufragios!

Compadezcamos la incredulidad del artista, que le privó de tan dulce consuelo en medio de la pena que le produjo la pérdida de sus bienhechores.

Y por lo que hace á nosotros, no olvidemos lo que dejamos dicho, que es doctrina y dogma consolador de nuestra Madre Iglesia.

Después de algunos días hizo al fin lo que se le decía en el papel encontrado en las galerías ó soportales de la Plaza Mayor, y doña Catalina le recibió, advertida, con tanto agasajo como si le hubiese conocido siempre.

—No os preocupéis de nada, joven; en mi casa estaréis como si fuéseis mi hijo.

—Trabajaré para pagaros.

—Eso está bien; pero no hace falta.

—¿Me esperábais?

—Sabía, por lo menos, que podíais venir; una sala tengo de buenas luces, y lo suficiente capaz para vuestro estudio; en esa sala hay una alcoba pequeña, y en ella una limpia cama de nogal; venid y lo veréis todo, y si os agrada...

Juan encontró la sala inmejorable, la alcoba y la cama suficientemente abrigada y cómoda, y se ins-

taló en aquella casa, proporcionándose con el dinero que aún le quedaba cuantos utensilios necesitaba para pintar.

Así pasaron algunas semanas, cuando le sobrevino la penosa enfermedad que le colocó á las puertas de la eternidad.

Ya conocemos algo, siquiera en embrión, de lo que nos convenía saber para caminar con método y alguna mayor claridad en nuestro relato.

V.

Los sucesos marchan con peligrosa rapidez.

Cuando Juan Hispaleto cayó enfermo, pesaba sobre él un peligro inminente.

Las indiscreciones y habladurías de su patrona doña Catalina Carvajal habían hecho que muchas personas tuviesen por sospechoso de herejía al joven artista, no faltando entre ellas algunos familiares y dependientes subalternos del Santo Oficio.

La presencia de doña Leonor del Águila en la morada del sospechoso, aunque tapada y encubierta, bastó para detener el curso de un incidente que hubiera podido atraer sobre el forastero una desgracia.

La mañana estaba fría, y plomizos nubarrones anunciaban la fuerte y espesa nevada que al fin, como sabemos, envolvió en blanco sudario á la villa de Madrid.

No arredró á la esposa del marqués la crudeza

del temporal, y movida por impulso irresistible, llegó hasta la cabecera del lecho del enfermo, no sin asombro y desesperante curiosidad de la afligida doña Catalina.

—¿Quién era la tapada que así se entraba de rondón en su vivienda?—se preguntó.

Ordenaba con tal imperio, que se hacía preciso obedecerla.

La postración del artista era tan profunda, que no fué posible á la dama encubierta hacerle entender el objeto de su visita.

No se desanimó tampoco por ello la marquesa; volvió aquella misma tarde, y consiguió al fin que el enfermo se apercibiera de su interés, y aunque rebelde, escuchase sus cristianos consejos y oportunísimas exhortaciones.

Todo esto tuvo lugar la antevíspera del día en que hemos dado principio á nuestra historia.

Existían entonces, así como sucede ahora, en Madrid, asociaciones de señoras encargadas del socorro, del alivio de los necesitados y de la visita de los enfermos, y doña Leonor se hizo pasar á los ojos de doña Catalina y sus amigos por una de tantas, no sin que chocase á todos el misterio de la piadosa congreganta, y las precauciones que guardó para que no se la viese el rostro, para que no se la viese la cara.

La esposa del marqués fué rechazada en sus primeras tentativas por el enfermo; pero no por ello se dió por ofendida.

—¡Es la virtud misma!—exclamó doña Catalina.

Y sus amigos pensaron como ella.

Insistió, rogó, suplicó, hasta lograr que el artista la oyese.

Es verdad que su acento era tan dulce, tan insinuante; sus consejos tenían tal peso de convicción y de fervor, que habría sido crueldad insigne del mancebo mostrarse rebelde con quien de tal suerte se cuidaba del bien de su cuerpo y de su alma.

Si quien hubiera intentado convencerle hubiese sido un eclesiástico, un hombre, Juan le habría arrojado de su lado con entereza y con enojo; pero era una dama, y el enfermo fué siempre con las mujeres deferente y respetuoso.

En esto no había dejado de ser español.

La marquesa, además, se dió tan excelente traza para persuadir al joven, le hizo entender que estaba en un país católico, donde el escándalo de su resistencia podía traerle consecuencias lamentables, si, como era de esperar, recobraba la salud, que á la postre tuvo que ceder y consintió en recibir el Santo Viático, como hemos tenido ocasión de reseñar anteriormente.

Doña Leonor no era erudita; era sólo excelente católica, y los argumentos que empleó para someter al enfermo, más fueron de sentimiento que de razón.

Su triunfo fué, por esta causa, más pronto y seguro.

—Que sería fugaz, pasajero, del momento,— pensó.

Lo principal para la marquesa era conseguirlo, y lo consiguió.

Lo demás, como la oímos decir, «sería obra de Dios,» y lo dejó confiado á su voluntad excelsa y soberana.

La docilidad del joven podía acelerar la realización de un plan que había seguido con heróica perseverancia.

Comienzo, principio felicísimo fué para la marquesa el que las cosas tuvieron cuando don Enrique Valdespinar regresó á su palacio de vuelta de casa del artista, y pudo apreciar las impresiones que dominaban el corazón de su esposo.

—¿Habéis visto á ese desgraciado?—le preguntó con miedo.

—Le he visto,—la contestó el marqués.

—¿Y está mejor?—añadió la del Aguila.

—El médico, al menos, así lo ha significado y abriga esperanzas... Un poco de cuidado y de paciencia, y vuestra piedad, señora, tendrá digna y merecida recompensa.

—¿Según eso, estáis dispuesto?...—se apresuró á replicar la dama.

—Sí: dispuestísimo á que le otorguemos ambos nuestra decidida protección.

El rostro bellísimo y apacible de la marquesa se enrojeció ligeramente.

Doña Leonor no podía por entonces desear más. Que su marido compartiese con ella la penosa y difícil tarea que se había impuesto, era ya mucho; era quizás caminar los sucesos con demasiada y peligrosa rapidez.

No es un drama complicado y difícil el que nos proponemos desenvolver ante el curioso lector en los comienzos de este libro.

Drama íntimo, de verdadero empeño é interés, sí; pero cuyo mérito, si alguno llegase á tener, hemos de hacerle estribar en afectos comprimidos, unos; desviados de su cauce lógico y natural, otros; mantenidos aquéllos por la más alta idea del deber, de la abnegación y del sacrificio; producto los segundos del fanatismo y las preocupaciones del siglo.

Drama que tuvo su principio en época algo lejana, relacionados en gran parte con la existencia accidentada é insegura del joven artista.

La dolencia de Juan Hispaleto pasó por las más crueles alternativas; mejoras aparentes y recaídas peligrosas mantuvieron en perpetua zozobra á sus protectores, cuya intervención en los asuntos del pintor tuvo cuando menos una ventaja: la de hacer cambiar de conducta y proceder á los esbirros y servidores suspicaces y recelosos de la Inquisición.

—¡Ha recibido el Santo Viático!—se dijeron con extrañeza.

—¡Se ha confesado!—supieron con asombro.

—¡Ha recibido al Señor de una manera pública y solemne!—añadieron.

—¡Entran en su casa personas conocidamente católicas!

—¡Le socorren gentes como los marqueses de las Cuevas!

La conclusión, el resumen práctico de todas estas admiraciones fué, para los vigilantes escamados al principio, base para convenir en que nada, absolutamente nada tenían que hacer.

El joven estaba por este lado libre de todo riesgo.

Y que fué grande é inminente el que había corrido, ocasión tendremos de decirlo más adelante, de expresarlo después.

Doña Catalina, en desagravio de sus anteriores inconveniencias, contribuyó en mucho con sus noticias al cambio operado en los servidores leales de la mal conocida y calumniada institución, y por esta vez la charla sempiterna de la dueña de la casa contigua al Arco de Santa María, fué de gran provecho y utilidad.

Así sucede millares de veces con las parlanchinerías de ciertas gentes, lo que en definitiva no basta á disculpar los daños que ocasionan, siquiera sea con la mayor inocencia y candidez.

Don Enrique repitió sus idas á casa del viaticado, dando del resultado de todas ellas cuenta á doña Leonor, que ya no tuvo precisión de valerse de Gonzalo, ni ir en persona á velar por el joven que tanto la importaba.

¿Por qué causa?

Ya lo diremos oportunamente.

Por el momento nuestra misión de historiadores está cumplida.

Hemos dicho cuanto podíamos decir.

Llegó un día en que la juventud de Juan Hispaleto venció de una manera franca y estable la dolencia que le tuvo postrado en cama durante muchas semanas, en que el médico le ordenó tomar algún alimento, levantarse un rato, prolongar sus paseos por la sala, por el estudio, y, por último, salir á la calle con exquisito cuidado y precaución.

El curso normal de toda convalecencia.

—No cometeréis la imprudencia de salir solo,—le dijo el doctor.

Y don Enrique, que ya era un gran amigo del artista, le ofreció su compañía y su litera para mientras hubiese de ambas menester.

Los primeros paseos del convaleciente no fueron los de un pobre artista, sino los del primogénito de una familia opulenta.

—¡Cómo cambian los tiempos!—se le escapó decir á doña Catalina.

Y el marqués, al oirla, celebró aquella exclamación con cierta vanidad y no disimulado orgullo.

Don Enrique, que había recibido una educación no muy propia de los grandes de mediados del siglo XVI, era una mezcla casi inexplicable de la altivez y rigidez nobiliaria, y de la tolerancia y fa-

miliaridad de las gentes de su clase en épocas posteriores.

Su matrimonio con doña Leonor había sido el resultado de esta nota especialísima y singular del carácter y las ideas del marqués.

Habíanle dado sus padres maestros que le consintieron lecturas vedadas á la mayoría de los jóvenes, por aquel entonces, lo cual no debe sorprendernos, sabiendo el intento que tenían de dedicarle á la carrera diplomática, y aunque las inclinaciones de don Enrique no fuesen éstas, lo cierto es que el nivel de su cultura se salía fuera del marco en que, por lo común, se encerraba la de los grandes de la época.

Valdespinar era religioso, pero sin fanatismo; altivo y enfatuado de su prosapia, pero sin por ello rechazar el trato con personas que no pertenecían á la clase en que había nacido.

El enfermo tuvo ocasión de apercibirse de la tolerancia relativa de aquel señor, y esto explica la intimidad que entre ambos reinaba al término de su enfermedad.

Doña Leonor cuidó de destruir la cavilosidad primera que sus visitas promoviera: y en efecto, la impresión que produjeron se hallaba casi desvanecida y olvidada.

Los sucesos marchaban, repetimos, con alguna rapidez, y el talento de la dama tuvo que emplearse en procurar contenerlos en los límites de una conveniente naturalidad.

Desapareció, para conseguirlo, voluntariamente de la escena; se encerró en una indiferencia simulada; no se sirvió en aquel largo tiempo de Gonzalo; huyó de toda conversación con María acerca del viaticado, como si nada la interesara lo sucedido, y hasta aparentó reprender á su marido cuando éste le ponderó lo que el joven valía y lo mucho que le estimaba.

—Ved, don Enrique, que esos artistas...—le dijo un día con estudiada reticencia.

—¡Oh! Os aseguro, señora, que éste no se parece á los suyos,—la replicó Valdespinar.

—¿No teméis que llegue á seros gravosa su amistad?—añadió la dama.

—Es la suma delicadeza,—la contestó su marido.—Hay en ese joven,—prosiguió con entusiasmo,—un orgullo tan exquisito, una vanidad tan innata, que sólo colocándome á su nivel, es como admite mis obsequios; y por lo que hace á mi protección, es tan exigua, que no me ha costado el menor sacrificio... Su conversación instruye y deleita; ¡ha viajado tanto!

—¿Y no os ha hablado de religión?

—Sólo en ese terreno y en lo relativo á su infancia le encuentro reservado.

—¿Y de su familia, no ha dicho?...

—Únicamente que carece de ella...—No tengo nombre,—me ha dicho alguna vez con amargura; pero él ha sabido creárselo con su talento, con su aplicación, con sus pinceles... Yo he rehusado

por lo mismo inquirir nada acerca de sus ideas, ni respecto á sus primeros años... Hablamos de los adelantos de su salud, de sus ensueños de gloria, de sus planes artísticos, para luego que recobre la salud; y os aseguro, esposa amada, que las horas se pasan á su lado insensiblemente... Ya veréis, si aceptáis mis proyectos, cuán bueno es el que conocísteis por casualidad y en hora suprema... El que por vos, sólo por vos ha logrado cautivarme. Pienso traerle á casa, si esto no os desagrada.

—¡Eso más!—exclamó doña Leonor, sin poder contener su alegría.

—Sí, sí... Dejadme obrar, seguir los impulsos de mi corazón...

—Vos sólo, señor, mandáis en vuestra morada, —murmuró la dama.

—Y vos, señora, mandáis en mí.

Por más que estos ó parecidos diálogos agradasen á doña Leonor del Águila, veía avanzar la intimidad de su marido y la del joven artista con demasiada violencia, y la inspiraba miedo.

Era aquello lo que quería, lo que deseaba; lo que había procurado con ahinco, con afán, con constancia heróica; y no obstante, como acontece siempre que se ve acercarse un suceso gravísimo, aunque se funden en él venturas y dichas merecidas, temía, y le estremecía su realización.

¿Pasarían las cosas como la convenía?

¿No habría algún riesgo en que se rompiese, en

que se hiciese añicos su suspirada felicidad en el momento que la veía tan inmediata, ó por lo menos podía prometérsela y esperarla?

—Hace falta tiempo... Es preciso que el camino se haga...—reflexionaba al escuchar al marqués, y se violentaba, se comprimía para no revelar el júbilo que la embargaba.

Era la suya empresa titánica y expuesta á serios é inesperados contratiempos; llevaba además tantos años consagrada á ella, que nunca como á la sazón tenía necesidad de prudencia, de habilidad, de sigilo, de cautela y diplomacia.

Ya justificaremos cuanto decimos á su tiempo.

Un paso en falso podía malograrlo todo; desbaratar para siempre una misión que, cuando la conozcamos á fondo, habrá de parecernos superior á las condiciones ordinarias de la naturaleza humana.

El encanto, la fascinación del marqués de las Cuevas hacia el artista, crecía con el trato, se aumentaba por instantes.

El respeto hacia su mujer le contenía, y aunque el joven estaba ya casi completamente sano, no se decidía á llevarlo á su palacio.

Salían de paseo por los alrededores de la Villa, siendo el sitio preferido y más frecuentado por aquellos dos amigos de tan diversa edad y condición, y que no obstante se avenían tan bien, y se iban identificando sin querer, el que se extendía al pie del Alcázar, el florido Campo del Moro, que

venía á terminar en la pintoresca vega regada por el modesto Manzanares, que, partiendo de las sierras contiguas al lugarejo de que toma su nombre, entre Navacerrada y Becerril, viene á morir como avergonzado en el Jarama, cerca de Vacia-Madrid.

No podía sospecharse por entonces el porvenir de aquel modestísimo arroyo, no en cuanto á sus aguas, que no habían de crecer ni aumentar grandemente, antes bien llegarían á ocultarse bajo la arena hasta el extremo de haber puntos que pudieran vadearse cómodamente á pie, como sucede hoy, sino en lo que hace á verse honrado con soberbios puentes, verdadero sarcasmo de la suerte con respecto á tan exigua porción de agua, lo que prueba que hasta en materia de ríos, los hay con peor y mejor suerte, merézcanlo ó no justa y debidamente.

Túvola grandísima poco después de la época en que hemos dado principio á esta obra, pues Madrid se hizo definitivamente Corte, y con serlo, el Manzanares llegó á citarse hasta en lenguas extrañas, no obstante sus modestos servicios.

Pero como habían de ser, y son, servicios hechos á gentes de pro, de aquí los disculpables motivos de envidia, no sólo para el Ebro, el Tajo, el Duero y hasta el Guadalquivir, si los ríos pudieran abrigar pasiones y ser capaces de celos y envidias, sino para los moradores de las poblaciones que éstos últimos riegan, y á quienes llevaron, llevan y llevarán ventajas incalculables los de Madrid.

Gozaban fama de frondosidad y de condiciones

higiénicas y saludables las huertas y jardines que, comprados á los Vargas por los monarcas, se aumentaron por ello considerablemente, y no menos la Moncloa, á la sazón del Cardenal de Toledo, don Bernardo de Rojas Sandoval, y la Florida, que era de los duques de Alba, sitios todos para s cuales tenía permiso de entrada el marqués, ya euse á pie, en litera ó en carroza, según que él y los suyos quisieran ir.

Que en este particular, nuestras leyes patrias regularizaron y restringieron las franquicias á medida que lo reclamaron las costumbres ó el capricho de los reyes.

De todo sacaba partido el artista, y su cartera de *impresiones* iba enriqueciéndose con apuntes y bosquejos que encantaban al esposo de doña Leonor, y era motivo bastante para que sus diálogos no traspasasen los límites de una superficialidad ingenua y grata; de todo lo cual se alegraba la marquesa, cada vez más interesada en que ninguno supiese que ella había sido la tapada de las visitas que precedieron al Santo Viático.

Sólo Juan Hispaleto, con su sagacidad y su delicado instinto, al verse objeto de auxilios y protecciones secretas que desde la infancia le habían rodeado, y que por aquella época tomaron tan extraños giros, fué el que sospechó, en parte, que doña Leonor del Águila, esposa de don Enrique Valdespinar, podía tener algo que ver en cuanto de anómalo y singular le acontecía.

Y esa sospecha, que en otro podía haber dado margen á imprudencias y ligerezas, fué para el artista causa bastante para encerrarle en la más absoluta reserva.

—Sí; ella ha hecho con intención oculta cuanto la debo,—pensaba muchas veces;—no soy yo quien debo pagar con ingratitud sus beneficios... Ha venido cubierta y rebozada á mi casa... Ha logrado que su marido se haga amigo mío... Me cumple respetar todo esto,—añadía, y no iba en su proceder descaminado.

—Esperemos,—pensaba, y amoldaba su conducta á un juicio impropio quizás de sus años.

Ya veremos que, aunque joven, era Juan Hispaleto prudente y avisado; la desgracia es gran maestra de la vida, y el artista había sido muy desgraciado.

¡Esperar!... frase que, por lo demás, y á los veinticuatro años, se arraiga en el alma dulcemente acariciada, si se ha vivido como Juan había vivido, y de ello hemos dado algunos ligeros detalles en el número anterior.

El instinto finísimo del artista le condujo de la manera más admirable en todo, hasta el extremo de que doña Catalina Carvajal solía monologar con frecuencia.

—¡Está convertido! ¡Es otro!—Ó decía:—El Señor, al sanar su cuerpo, sanó su alma... ¡Qué cosas tan grandes hace Dios!

Por su desgracia, en cuanto al alma, la del ar-

tista no había cambiado; permanecía inficionada por el error y la mentira.

Y no hemos de extrañarlo, porque doña Leonor no había intentado convertir al enfermo; sólo la debilidad de su estado y la inesperada intervención de la dama en el asunto de su confesión y del Viático, habían hecho transigir al joven, no cambiar de ideas; que esto es siempre obra de largo tiempo y grandísima dificultad.

Juan había recibido de su difunto maestro dos educaciones distintas: la artística y la religiosa; y á no ser por su muerte inesperada, el joven no hubiera vuelto á España, de la cual tenía equivocadamente la más pobre y desventajosa idea.

Algo que no esperaba halló á su regreso, que comenzaba á apreciar, y era el desenvolvimiento de los sucesos sociales, de los acontecimientos políticos que traían revuelta la nación y que hirieron su corazón, predisponiéndole á tomar en ellos una parte tan activa como se lo permitían sus facultades y sus energías de alma; alma fogosa y apasionada, de valor y de hidalguía legendaria que, no sin razón, entusiasmaba al marqués.

Don Enrique hallaba, pues, en el joven, cualidades excepcionales que no sospechó jamás, y el artista, á su vez, descubría en el noble castellano otras muchas que le hacían estimarle.

El tiempo no transcurría en vano para uno ni para otro; les acercaba, les hacía estrechar en-

tre sí lazos fuertísimos que á la marquesa convenían.

Ambos eran lo que por entonces podía decirse dos hombres amantes de la libertad y del progreso; progreso y libertad, cuya noción ha cambiado por entero de entonces á hoy, por más que otra cosa se diga y mantenga por algunos con notoria inexactitud.

Pero no anticipemos lo que ocasión tendremos más oportuna y conveniente de consignar en esta obra, y volvamos á los casi diarios paseos de don Enrique y el artista.

No debía ser por entonces tan raquítico como hoy es el Manzanares, y ojalá que se hubiesen llevado á cabo los proyectos diversos que para aumentar sus aguas se han acariciado desde las postrimerías del siglo XVII hasta el presente, que otra cosa sería nuestro pueblo querido, otra cosa sería Madrid.

Que hasta en cosas tan pequeñas se han de mostrar en el hombre sus afectos é inclinaciones.

Eran amenas, entretenidas, y ejerciendo iban grandísima influencia en la intimidad y el aprecio de don Enrique y del artista, las excursiones que hacían por los que ya eran campos de vida y animación popular, y donde se celebraban fiestas tan renombradas como las de Santiago el Verde [1], de

[1] En 1.º de Mayo.

San Isidro [1], de San Dámaso [2] y de San Antonio de la Florida [3]; fiestas que describieron con sus inmortales plumas Lope, Rojas, Calderón y cien vates más, cuya enumeración sería prolijo y hasta cansado enumerar.

Y tan dulces emociones hicieron inmenso beneficio al convaleciente joven, y apresuraron por completo su restablecimiento y su salud.

Aspirando sus aires natales, el artista se sintió con nuevos y mayores bríos, comunicando á su noble amigo sus proyectos de tomar en serio los pinceles, de volver á pintar.

Diríase que el viaticado era un sujeto distinto del que, acosado por el hastío, la soledad y el hambre, había venido del extranjero á Madrid, siempre sin ilusiones, siempre agobiabo bajo el peso de una orfandad que no sólo había hecho el vacío en torno suyo, sino que hasta no le había permitido devolver el afecto que le demostraron personas á quienes sabía se remuneraba para cuidarle, y de quienes le separaban instintos, gustos, aficiones y alteza de miras, que desde niño anidaron en su alma, brotaron de su cerebro y acarició su fantasía sin saber por qué.

Todo había sido y era para el joven sin apellido, sin familia, *dudas* y *misterios*.

—¿Se desvanecerían al fin?—se preguntaba.

---

1 Cuándo y donde actualmente tiene lugar.

2 Camino de Carabanchel.

3 Junto al ferrocarril del Norte.

Y de su interior surgía cada vez más enérgica y aventurada esta respuesta:

—Sí, sí.

Y no era de extrañar que su cambio, dado lo poco que dejamos dicho, fuese siendo cada vez más acentuado, cada vez mayor.

VI.

María.

No conviniendo á doña Leonor del Aguila ir sola á la morada del artista la tarde en que se le administró el Santo Viático, se hizo acompañar de su sobrina María, y lo previno todo de tal suerte, que ésta ni sus criados se apercibieron del móvil oculto y misterioso que la llevaba allí.

Para la pobre niña, el suceso fué sin embargo tan imponente y grave, que la produjo honda sensación.

Arrodillada á los pies de la cama del enfermo, había visto, según sabemos, deslizarse por sus mejillas dos gruesas lágrimas, y aquella fisonomía pálida é interesante se grabó en su mente hasta el extremo de verla en sueños, y aun despierta, no poderla apartar de sí.

¿Era aquello espanto ó comienzos de amor.

La interesada no lo sabía.

A nosotros nos toca resolver, siquiera sea con

ciertas reservas, tan importante asunto, ya que la hija de don Pedro Sánchez de Cepeda y de doña Catalina, hermana de la esposa del marqués, ha de figurar como uno de los principales personajes de la parte legendaria de este libro.

Siempre que en concepto de novelistas nos vemos precisados á presentar al lector por vez primera á uno de los héroes de nuestras humildes producciones, nos interesa, más que retratarle físicamente, delinear los rasgos característicos de su fisonomía moral.

Y no porque las líneas y el contorno nos parezcan despreciables, sobre todo tratándose de una mujer, sino porque rara vez con ellos se forma idea acabada de personajes á quien se quiere pintar.

Luego, los gustos son tan diversos, tan varios, que es muy común no conformarse con los del autor.

En lo que hay siempre unanimidad de pareceres, es en lo que se relaciona con los sentimientos del alma y las bellezas del corazón.

María era rubia y blanca.

De regular estatura; ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada.

De ojos azules.

De expresión lánguida y meloncólica.

Y tendría cuando más dieciséis años.

¿Creéis que una joven con tales atractivos puede dejar de ser interesante?

No era, empero, María de esas mujeres que inspiran pasiones violentas, grandes arrebatos, vehementes y calurosos deseos.

Su sola presencia bastaba para predisponer á las gentes en favor suyo.

—Es bonita,—decían unos.

—Agradable,—aseguraban otros.

—Simpática,—convenían todos.

Además su voz tenía tal encanto, su conversación tal sencillez y naturalidad, que una vez vista no cabía olvidarla.

Frecuentar su trato equivalía á estimarla y á quererla.

¿No conocéis y tratáis infinidad de jóvenes como era María?

Hay muchas que se le parecen, y que constituyen el encanto de todo el mundo, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan.

No deslumbran, no brillan por su aspecto exterior, no enamoran á primera vista.

Detenéos, contempladlas un solo instante, y esto os bastará para pensar sin género alguno de duda:

—Esa mujer no es ni coqueta, ni irascible, ni caprichosa, ni imperante: esa mujer es buena.

Hablad con ella, obtened su aprecio, su estimación, y si estáis libre y sois á vuestra vez honrados y juiciosos, no podréis menos de sentir inclinación hacia ella; y luego cariño, confianza, amistad y amor.

¡Ah!... Si lográis que ella os corresponda, nun-

ca, nunca os arrepentiréis de haberla otorgado vuestro afecto, de haberla preferido para ángel tutelar de vuestro hogar y madre de vuestros hijos. Y es que las esposas cristianas que reunen las cualidades de María, hacen siempre la felicidad de sus esposos.

Don Enrique y doña Leonor, sus tíos, la amaban tanto y tan de veras como si fuese hija suya.

Estaba en su compañía hacía unos cinco ó seis años, y durante todo este tiempo no les había dado el más pequeño disgusto, ni les había hecho sufrir la menor contrariedad.

María era el encanto de su palacio.

Los asuntos políticos traían revuelta á Castilla, y sus padres juzgaron oportuno enviarla á Madrid.

Sin que la Villa hubiese dejado de participar de los movimientos y sediciones populares, fué sin disputa por entonces la población más segura y tranquila de España.

Los marqueses eran fervorosos creyentes, y don Enrique, que convenía en ideas con el padre de la doncella, simpatizaba y se entendía con él en cuanto se encaminase á destruir el predominio de los extranjeros, que tanto daño hacían al buen rey, al nieto de doña Isabel, heredero legítimo de la corona más importante de Europa.

Educado en Flandes el rey católico, fué largo tiempo víctima de las intrigas y las codicias mal encubiertas de quienes nada tenían que ver, ni les

importaban los usos, fueros y costumbres de sus leales vasallos.

Los patriotas como don Pedro y don Enrique, no hacían la guerra á don Carlos; la hacían á sus consejeros rapaces y aduladores.

No invocaban la palabra *libertad*, en el sentido que algunos pretenden sostener; pronunciaban esa frase, que tanto efecto produce en todas épocas y lugares, en el sentido más respetuoso hacia la monarquía y á la legalidad.

Eran castellanos españoles, legitimistas, á la vez que celosos defensores de su país.

¡Cuánto han cambiado las cosas de entonces á hoy!.

Cada cual, á su modo y manera, de los cuñados, había hecho por la causa de Dios y de su rey cuanto le había sido dable, sirviendo el de Ávila al de Madrid, y el de Madrid al de Ávila, y pagándose en entrañable amistad y sincero afecto sus mutuos y señalados servicios.

María era, repetimos, para don Enrique y doña Leonor, lo que hubiese sido una hija, si el cielo les hubiese concedido lo que la marquesa le había pedido con ansiedad al principio de sus bodas, lo que á la sazón bendecía al Señor por no haberla otorgado ni concedido.

—¡Qué grande es la sabiduría del Altísimo!—solía decirse muchas veces con alegría reconcentrada y sin que su marido la oyese.—No sabemos la mayo-

ría de las veces lo que le pedimos,—añadía,—y Dios bondadoso nos niega, impacientándonos con ello, y mirándolo como un grave mal.

Ya explicaremos estos misterios, que por el momento sólo nos cumple indicar.

Valdespinar y la del Aguila estaban conformes con su suerte, y más aún desde que tenían consigo á María.

La joven ànimaba su palacio, embellecía su mesa, y les hacía pasar largas horas de la noche, ora leyendo, ora tocando con singular maestría la cítara, instrumento dulcísimo que, hábilmente manejado, supera en sus tonos á la guitarra y á la bandurria, y es más enérgico y acentuado que el arpa ó el laud.

María tocaba la cítara á la perfección.

Algunas veces los padres de la doncella reclamaban su vuelta á Avila, pero entretenían les los marqueses con ofertas aplazadas, y para cuyo cumplimiento nunca se les presentaba ocasión.

Cuando se veían muy acosados, la preguntaban:

—¿Quieres tú irte?

Y ella se arrojaba en sus brazos por toda respuesta, por toda contestación.

No se atrevía á decir que no, pero Madrid la gustaba más que Avila; prefería la futura Corte del reino, á la triste ciudad amurallada, en donde recordaba haberse aburrido soberanamente.

¿Tiene esto algo de censurable?

En Madrid había tertulias, bailes, soarés, corri-

das de toros, de sortijas, torneos, comedias, paseos, verbenas, giras de campo...; en Avila, todo era silencio, monotonía, encierro, y, sobre todo, sustos, peligros y sobresaltos.

Y María, que recordaba bien todas estas cosas, por más que quisiese mucho á sus padres, no deseaba volver, ni dejar á Madrid.

Dad á elegir á cualquiera, á la edad que contaba la doncella, un pueblo de provincias y una capital de primer orden, y veréis cuán pocas piensan de diverso modo que la heroína á quien presentamos en acción en un momento crítico, en un instante supremo de su existencia y de su modo de ser.

Lejos de verificarse un cambio en los deseos de la joven, nunca como entonces estuvo menos propicia á dejar la Villa por la ciudad, á sus tíos por sus padres.

Pero ni doña Leonor ni don Enrique notaron el estado excepcional de su sobrina.

Es verdad que, por su parte, habían cambiado también, y el marqués con el artista, y doña Leonor con seguir de cerca la amistad íntima de su marido hacia el viaticado, tenían bastante para preocuparse, y dejaban muchas horas á María, que apetecía el aislamiento y la soledad.

La situación de su alma, el estado de su espíritu desde la tarde en que la dama la llevó á la casa contigua al Arco de Santa María, la predisponían á preferir encerrarse en su aposento de virgen,

á mostrarse en público, á divertirse, y á salir.

Allí, sin testigos, cuidando sus tiestos y sus pájaros, leyendo sus libros favoritos, gozaba la doncella; pero además de todo esto, se entregaba á sus meditaciones, y se preguntaba:

—¿Por qué, por qué la fisonomía de aquel desconocido no se aparta de mi mente?... ¿Por qué me interesó primero su salud y luego me complacía en saber que mejoraba, y hoy,—añadía,—hoy, que el marqués, mi tío, le acompaña y le quiere cada día más, esta amistad me regocija y agrada?...

¡Inocente!

María era más niña á la edad que contaba, que lo son al presente la mayoría de las jóvenes que se encuentran en su caso, y las pasa lo que á élla la pasaba.

Nada sabía del viaticado. Había aprendido su nombre, pero ignoraba su profesión, su jerarquía, sus bienes, su estado.

¿Qué es esto para una mujer?

Criada con extrema rigidez, educada después en una pensión de religiosas, á su salida prematura de aquella santa casa, las exigencias de los tiempos la habían traído á Madrid.

Apenas si la constaba la lucha contra los flamencos, que produjo la hermosa epopeya nacional que tuvo un trágico y desastroso fin.

La doncella no se daba cuenta de lo que la atormentaba y la complacía á un mismo tiempo.

Si una voz amiga la hubiese adiestrado, la hu-

biera abierto los ojos, como vulgarmente se dice, á la evidencia y á la realidad...

Pero la joven no tenía amigas: en este particular, sus tíos no habían sido menos escrupulosos que sus padres.

Sus tíos, en caso ninguno habrían osado revelarla lo que élla no acertaba á definir ni á explicarse.

Ya se nos figura ver sonreir á algunos de los que lean este libro, y tildarnos de cándidos ó exagerados.

Pero asegurarles podemos por experiencia propia, que lo que decimos acerca de la sobrina de los marqueses de las Cuevas, pasaba á mediados del siglo XVI á muchas jóvenes, y por fortuna pasa hoy, aun cuando no sea á tanto número de ellas.

Que no sólo las muchachas medianamente educadas, sino los jóvenes que no se anticipan para su daño, son cándidos é inocentes como lo era María.

Procuraremos explicarnos más claramente.

Las primeras sensaciones á la vida del alma y del corazón, casi de ordinario nos sorprenden, nos cogen de improviso; rara vez se acentúan hasta después de pasado algún tiempo, y casi nunca sin un acontecimiento que las haga expansionarse, salir de los limbos de una cándida ignorancia y de una natural timidez.

¡Cuán dichosas son esas horas, esos días, esas semanas que preceden á la certeza de una pasión!

Nunca se goza tanto en la vida como cuando se sueña, y sólo en sueños las cosas pasan á nuestro gusto y suceden como más nos lisonjean y satisfacen.

No despertéis, crueles, jamás al que sueña venturas y dichas que no comprende, si le amáis con certeza y en verdad.

Dejadle, dejadle dormir.

Prosigamos.

María, que había vivido soñando hasta la tarde del Santo Viático; que á la sazón vivía adormecida por los ensueños más gratos y más puros, á partir de la tarde de la nieve, sin darse cuenta y sin explicarse lo que en su inocencia juzgaba efectos de su sincera devoción y su arraigada piedad, María era dichosa, era feliz.

La presencia repentina del joven pintor la hubiera hecho estremecerse, huir.

Pero el artista no venía al palacio.

Ella, que había sido siempre caritativa para los desgraciados:

El inminente peligro en que le había conocido:

¿No eran causas bastantes para que le interesara?

Acaso la pérdida de la vida de un ser que cuenta pocos años, ¿no es siempre objeto de compasión?

Pues á esto atribuía la doncella lo mucho que le importaba el viaticado.

De aquí que, lejos de reprocharse, entendía que

cumplía el más sencillo y rutinario de los deberes, recordándole y preguntando por él.

El tiempo no disminuía, empero, sensaciones que debieron ser fugaces y pasajeras.

La certeza de que el enfermo no moriría, no era bastante á disminuir sus simpatías hacia él; antes bien, su transcurso las hacía doblemente duraderas y las acrecentaba y fijaba más.

—¿Por qué sucede esto?—se decía.

Y á pesar suyo no se tranquilizaba, y una zozobra inusitada la agobiaba de continuo y sin querer.

Aun no habiendo vuelto á ver al desconocido, su imagen y el recuerdo de aquella tarde la subyugaba y la complacía.

—Esto no es peligroso, esto no es pecado,—pensaba algunas veces.

Y el encanto de los recuerdos tenía para la doncella tal atractivo, que, lejos de inquietarla, se deleitaba en reproducirlos de continuo en su poética imaginación.

La joven iba así familiarizándose con el estado de su alma, sin que por ello hiciese traición á la rigidez de su conciencia, ni se aclararan los desconocimientos de lo que era el cariño, de lo que era el amor puesto en un hombre.

Si María hubiera llegado á juzgarse culpable y enamorada de Juan Hispaleto, sólo revelándolo á su tía, sólo diciéndolo á su confesor se habría tranquilizado.

Estaba serena, confiada, porque lo que sentía no

era, en su concepto, inclinación hacia el artista, sino nostalgia de algo sin nombre para ella dulce y embriagador.

Algo sutil, vago, incoloro, impalpable, no real y positivo, no humano y grosero, sino ideal y divino.

Si no habéis pasado, en la edad que la joven tenía, por ese preludio del cariño, no digáis nunca que habéis amado, que habéis querido.

—¡Verdad! ¡Verdad!—exclamará con nosotros todo el que repase sus memorias, si ha traspasado sin violencia el período de la niñez á la pubertad, ya sea el que nos lea hombre ó mujer.

Que en esto de afectos del corazón no hay diferencias de sexos, y diremos más, ni de clases ni de jerarquías, ni de personas doctas ó ignorantes, ni de ricos ni pobres, ni de nacidos en las ciudades ó en los pueblos, en las aldeas ó en los campos.

El nacer de los sentimientos nobles, puros y generosos, de las inclinaciones rectas del alma en determinadas épocas de la vida, es siempre el mismo.

Un misterio, un arcano, una duda.

Una zozobra, una inquietud indefinida, incierta, vaporosa, embrionaria.

Los que tienen la desgracia de tener en ese momento de la existencia un consejero traidor é insidioso; de leer un mal libro; de escuchar á un falso amigo, cabe que despierten más pronto, que traspasen la línea divisoria con mayor rapidez, que se

marchiten anticipadamente; pero aun todos éstos á quienes compadecemos, rara vez dejan de pasar por el estado en que María estaba.

Estado que por caridad debe procurarse respetar y prolongar; porque es el más grato, el más dulce de nuestra existencia.

Estado en que uno se reconcentra en sí mismo con egoísmo instintivo é inconsciente.

En que parece como que todo nos sobra y nos estorba, nos ofende y enoja.

María, encerrada en su aposento, no cuidándose nadie de ella, era feliz y venturosa.

Si esto la hubiese pasado antes, se habría creído muy desgraciada.

No la importaba desmejorarse y enflaquecer.

¿Se preocupaba ella de su cuerpo?

¿Había para la joven otra cosa que su alma y su corazón?

No se miraba al espejo como antes, ni se engalanaba con esmero, ni advertía la constante preocupación de su tía, ni la egoísta amistad contraída por el marqués.

Dejó luego de escribir á sus padres, y si lo hacía alguna vez, quedaba poco satisfecha de la redacción de sus epístolas, porque eran cortas, poco expresivas y cariñosas, cuando no advertía en ellas párrafos ó frases que por inconvientes debía suprimir y borrar.

No apetecía paseos ni distracciones, y si se los proponían, los rechazaba con disculpas, que si eran

atendidas, la causaban una alegría interior, un placer vivísimo.

—Hace mal día,—llegó á decir cuando el tiempo estaba excelente y el sol lucía en todo su esplendor.

—Llueve,—exclamaba, sin advertir que no había una sola nube en el horizonte.

—Salimos ayer...—cuando hacía dos ó tres semanas que llevaba reclusa en el palacio.

Doña Leonor y su marido reían estas salidas de la joven, sin darlas más importancia que el de un capricho, una rareza, una excentricidad.

—¡Cuidado si se hace hosca la niña!—exclamaba el marqués.

Y doña Leonor, como si aquel estado fuese el de siempre en su sobrina, replicaba:

—No lo he notado... María tiene, acaso,—añadía,—vocación hacia el claustro.

Y don Enrique sonreía con aire de incredulidad.

—Eso quieren sus padres,—continuaba luego con seriedad;—pero yo no opino por ello, y si pensase que las rarezas de María tuvieran por causa esa inclinación, la disuadiría de ello.

—Haríais mal, no es nuestra hija; la tenemos con nosotros por pura complacencia de nuestros hermanos, y fuera entrometernos en asunto que sólo á ellos incumbe.

—Eso es cierto,—murmuraba don Enrique.

Y así hablando y discurriendo, la fueron dejan-

do más libre aún que antes, y suscribieron á sus extraños gustos con mayor facilidad, no inquietándoles que la doncella acariciase su exagerada indignación hacia la soledad y el aislamiento.

A sus padres no se les hubiese escapado la situación de María.

Pero ni don Pedro Sánchez de Cepeda ni doña Catalina del Aguila estaban en Madrid, ni vinieron por entonces, ni aun llamaron á la niña cerca de sí por causas que diremos más adelante.

Tal era el estado moral de la joven; tal el de su corazón y de su alma, que es lo que nos importaba dar á conocer y bosquejar, como preliminar á los sucesos que han de sobrevenir después.

¿Lo habremes explicado y puntualizado bastante, á juicio de nuestros lectores?

¿Lo habremos dado á conocer de manera que la doncella sea para cuantos nos favorezcan con sus simpatías un personaje lo suficientemente importante para interesarles?

Si lo hemos logrado, nuestro propósito está realizado, y sólo nos toca, después de ello, continuar.

VII.

Coincidencias singulares.

Aquí... aquí... no; ahí no... Más allá...

Así hablaba doña Catalina Carvajal, dirigiéndose á un mocetón que había traído varios lienzos dispuestos para pintar, y que después de quitarles la cuerda que los sujetaba, no acertaba en manera alguna á darla gusto, por lo que se refería á su colocación.

—¿En este punto?

—No.

—¿Reunidos?

—Tampoco.

—¿Separados?

—Sí; pero...

El empeño de agradar por parte del ama de la casa contigua al Arco de Santa María era tan exagerado, que rayaba con frecuencia en enojoso y molesto.

Quería tanto á don Juan, había tomado una parte tan importante en el logro de su curación, que

todo se lo perdonaba ya y se lo consentía bondadoso el artista.

La sinceridad, la buena fe de aquella mujer, es de las que quedan pocas y sólo se ven, en caso, en los pueblos y aldeas, rara vez en las ciudades.

Era muy temprano.

El pintor no se había levantado aún, y faltaba tiempo á la viuda para arreglar su estudio; es decir, la sala que conocemos, y en la cual se administró al enfermo el Santo Viático.

Habían transcurrido desde entonces más de cuatro meses, y todo estaba en ella cambiado.

El lecho, la cama monumental, perteneciente á la época próspera y desahogada de doña Catalina, había desaparecido; del altar no quedaba vestigio alguno, y el caballete, arrinconado entonces, ocupaba á la hora presente un sitio preferente, recibiendo de soslayo la luz.

Los varios objetos que su pupilo estimaba hasta el extremo de conservarlos, no obstante sus repetidos apuros y escaseces, ostentaban su mérito, justificando por su riqueza la utilidad y el aprecio que de ellos hacía el amigo íntimo de don Enrique, del marqués.

La mañana estaba espléndida.

Mañana de Mayo en Madrid, clara, diáfana, pura, risueña y perfumada.

Se sentía el aroma de las lilas que en gran abundancia se cultivaban en los jardines de la Cuesta de la Vega, y millares de pájaros alegraban con

su gorjeo y su piar cariñoso á las lavanderas, que con sus enormes cestos ó talegos sobre la cabeza, ó debajo del brazo, se dirigían cantando al Manzanares.

Algunas de aquellas mujeres iban libres de peso, llevando por ellas la ropa, mozos de cuerda ó chicuelos de doce á quince años.

Sus compañeras menos afortunadas, las tenían envidia; eran más ricas, más holgazanas ó despilfarradoras, que de todo había en las que no soporban, vanidosas y engreídas, la pesada carga.

¡Siempre la desigualdad ó el privilegio!

—Vamos, al fin habéis acertado,—exclamó doña Catalina.

—Ahora la propina,—la dijo el mozo de cuerda alargando la mano, y la viuda le dió unas cuantas *tarjas*, moneda de cobre de escaso valor, única que casi circulaba por efecto de la sórdida avaricia de los flamencos, que se llevaban á su país, no sólo el oro de España, sino la plata, dejando exhausto el Tesoro nacional.

El mozo, considerándose espléndidamente recompensado, y sin quitarse la montera, se despidió, dejando á la patrona continuar su faena de limpiar y poner en orden la habitación.

Era aquello para doña Catalina empresa delicada, y en la cual empleaba largas horas; lo hacía, sin embargo, á las mil maravillas, pero con calma.

—Otras lo hacen todo de prisa y mal,—solía decir, y con esto se consolaba.

No concebía cómo algunas dueñas de casa estaban mano sobre mano gran parte del día.

—Así andará ello,—replicaba cuando la censuraban su proverbial pesadez.

El carácter, la hidalguía y altivez del joven artista, una vez recobrada por completo la salud, no le permitían permanecer inactivo.

Creíase en el deber de pagar cuanto antes al marqués de las Cuevas el dinero que le había anticipado, y le rogó con insistencia le proporcionase trabajo, ya que él, como casi forastero, no conocía en la Villa persona alguna que se le igualase en riqueza y posición.

Don Enrique desoyó por mucho tiempo sus pretensiones.

—No estáis fuerte todavía,—le decía.—Cuidáos por algunas semanas más, y después...

El joven no era de esos muchos artistas que cuando hay quien los dé, no se preocupan de adquirirlo con su laboriosidad y su talento.

Su maestro, si había extraviado sus ideas y sentimientos católicos, le dió en cambio ejemplos repetidos de constancia y de virtud que, lejos de olvidar, los practicaba el discípulo, captándose por ello las simpatías y el aprecio de cuantos le trataban.

—¡Qué lástima,—solía murmurar su patrona,—que este joven no sea en materias religiosas lo que debiera ser!

Pero aun en este sentido, don Juan estaba algo variado, y fuese por prudencia, por cálculo ó por tolerancia, era lo cierto que jamás se permitía la más pequeña indiscreción.

Los acontecimientos que llevamos narrados, le habían hecho impresión.

No hay nada como la desgracia para enseñar.

Dejaba de oir misa, de confesarse, de comulgar; no guardaba las prescripciones de la Iglesia, pero no ofendía á nadie, no murmuraba de nadie, ni faltaba en lo más mínimo á los respetos y consideraciones de la más exquisita urbanidad.

Don Juan se levantó aquel día más pronto que de costumbre.

Bullían en su cerebro multitud de ideas, de planes y de proyectos artísticos; la víspera había comprado los lienzos que doña Catalina hizo colocar con tan minucioso esmero y enfadoso cuidado al mozo de cuerda, que no adivinaba por qué aquellos bastidores toscamente clavados, merecían de su parte tanta consideración.

El artista apareció en la puerta vidriera de la alcoba, y su patrona dió un grito.

—¿Os habéis asustado?—la preguntó el joven.

—No os esperaba tan temprano,—murmuró doña Catalina, contrariada por no haber, según ella, concluído de arreglarlo todo.

—El tiempo está hermoso;—añadió Hispaleto.

—Pero las mañanas frías... En Madrid, ya de-

beríais saberlo, dice el refrán: «hasta el 30 de Mayo...»

—Ese refrán no reza con los pobres.

—Pero con los convalecientes, sí. Además, vos tenéis protectores, y en cuanto á mí, aunque no me pagáseis nunca, mientras yo tenga...

—Lo sé, y os estoy reconocido, doña Catalina.

—Pero yo no os hago falta.

—Me habéis atendido como una madre, y no temáis que, ingrato, lo olvide jamás.

—Sóis un modelo, eso es verdad... Sólo os falta...

—Ya sé lo que váis á decirme... Veremos, veremos... ¿Trajeron los lienzos?—preguntó el artista, variando con intento de conversación.

—Sí; aquí los he hecho poner.

—En cualquier parte, no os preocupéis de eso. ¿Son los mismos que dejé encargados?

Y don Juan reconoció los bastidores que había traído el mozo de cordel.

—Y qué, ¿pensáis pintar en ellos?

—Ya lo creo... Hoy mismo pienso bosquejar alguno de los asuntos que acaricia mi imaginación... Temo, sin embargo...

—¿Qué teméis?

—Que no gusten en Madrid mis trabajos.

—Pintad algo religioso; eso se vende muy bien. Vírgenes, santos, algún milagro.

—No es mi fuerte.

—De costumbres populares.

—Tampoco; no es mi género.

—Hechos de armas...

—Requieren condiciones especiales.

—Pues entonces...

—La elección de un asunto es difícil,—dijo Hispaleto,—más hablando consigo mismo que con doña Catalina, que había cerrado la ventana por evitar que dañase el relente de la mañana á su huésped; pero que no por ello se iba.

¡La gustaba tanto hablar!...

—Casi casi me habéis decidido,—prosiguió el joven,—y sin más colocó uno de los lienzos en el caballete, tomó un carboncillo y trazó en él unas cuantas líneas, que se apresuró á borrar.

—¡Qué lástima!—exclamó la viuda, que parecía retenida por una fuerza mayor; por la fuerza en élla tan enérgica como habitual, de la curiosidad.

Era habladora, según dejamos dicho, y curiosa, únicos defectos que se la conocían, porque lo de económica y pesada, no lo era en realidad.

—¿Tenéis que hacer por allá dentro?—la dijo el mancebo,—dando á entender que quería estar solo.

—Tengo tiempo,—contestó la viuda.

Y permaneció siempre en el mismo sitio, á espaldas del artista, que, resignándose al ver que no se iba, volvió á marcar varios contornos, que esta vez parecieron más comprensibles, más conocidos para la indocta dueña de la casa.

Don Juan llegó á prescindir de doña Catalina, y con rapidez febril, no queriendo que se disipase

su inspiración, en menos de tres cuartos de hora trasladó al lienzo un pensamiento.

—¡Qué bonito es eso!—casi gritó entusiasmada la patrona, que no se había movido durante tan largo tiempo del lugar que había ido escogiendo hasta ver mejor.

El artista volvió la cabeza y la preguntó:

—¿Os gusta?

Ahora ya no parecía incomodarle la presencia de doña Catalina.

—¡Mucho!—contestó ésta.

—¿Acertáis á comprender lo que esto significa?

—¡Ya lo creo! Sería una tonta, si no.

—Son cuatro trazos no más, sin colorido, sin expresión...

—Pues á pesar de ello, para mí todo está claro.

—Decidme con franqueza lo que pensáis.

—Pues si salta á la vista... Oidme... Aquello de la derecha es el altar portátil que mandásteis quitar tan de prisa... La cama, á la izquierda... Y en ella, vos reclinado sobre las almohadas... A vuestra cabecera, la señora encubierta, que supimos luego era doña Leonor del Águila, y... ¡Ah!... ¡Esto es bueno! La figura arrodillada es la mejor puesta de todas... No puede caber duda, es la preciosísima joven que la acompañaba... ¡Picaruelo!.. Aunque os estábais muriendo, lo recordáis todo perfectamente... ¡Excelente idea!... ¡Gran asunto para un cuadro!

—¿Lo creéis así?

—Es interesante y nuevo.

El aplauso de doña Catalina agradó al artista; sabía que el parecer del vulgo no es nunca despreciable en materias de literatura y de arte; lo que al pueblo gusta y conmueve, es siempre bueno.

Hispaleto profesaba ideas, en cuanto al gusto y á la crítica, acertadísimas, y de aquí que le complaciesen los elogios de aquella pobre mujer.

La mañana avanzaba.

Y ni doña Catalina tenía prisa para irse á sus quehaceres, ni don Juan por tomar el desayuno.

Él trabajando y ella viendo dejaron pasar las horas sin medir su transcurso.

Pronto iba á ser el aniversario de las bodas de don Enrique con doña Leonor del Águila, y el marido pensó, siempre enamorado, en hacer un obsequio con tal motivo á su mujer.

La delicada insistencia del artista le decidió á proporcionarle trabajo, y le ocurrió confiarle uno que de seguro tendría para la marquesa un verdadero encanto, y la proporcionaría un singular placer.

Perpetuar la fecha y el rasgo piadosísimo de su ida á casa del pintor; trasladar al lienzo el acto imponente y magnífico de recibir don Juan, su amigo, el Santo Viático, era un asunto íntimo, casi de familia, que á todos ellos debía agradar.

Una vez discurrido, don Enrique se dirigió á la casa adosada á los macizos del Arco de Santa Ma-

ría, con el fin de poner en ejecución sus designios.

—No se negará...—se decía.

Y caminaba de prisa, con la impaciencia de un niño que va en busca de un juguete por el que se le ha hecho tener verdadero afán.

Tocó varias veces con el llamador, y nadie salió á abrirle.

Volvió á golpear de manera más enérgica, y tampoco le contestaron.

—¡No estarán!—pensó, contrariado.—Don Juan no madruga; pero hoy ya es tarde... ¿Habrá salido doña Catalina?—se le ocurrió por último.

Y ya se disponía á retirarse, cuando la puerta de entrada á la habitación se abrió.

—¿Dónde estábais? ¡Gracias á Dios!—exclamó deteniéndose el marqués.

—¡Ah! ¿sois vos?... si lo hubiésemos sabido...

—He llamado muchas veces, y ya me marchaba.

La viuda, que era la que había abierto, no pudo disimular su alegría.

—Venid, señor; venid pronto,—continuó;—don Juan está trabajando.

—¡Cómo!

—Ha madrugado mucho... Ayer compró varios lienzos, y...

—¿Sin mi permiso?

—Váis á quedar atónito, sorprendido... Yo no podía oiros llamar; él, menos.

—Así me habéis hecho perder la paciencia aguardando...

Y guiado por el estrecho corredor, don Enrique, al penetrar en la sala, no vió la obra trazada por el artista.

—¡Buena es esa!—prosiguió en tono cariñoso,—¿Quién os ha autorizado para pintar?

—¿A que no acierta su merced lo que pinta?—dijo la patrona, dándose importancia.

—Veamos.

Y el marqués de las Cuevas quedó sorprendido ante el dibujo que tenía delante de sí.

Valdespinar no había sido testigo de la imponente administración del Santo Viático á su amigo, y sin embargo, adivinó en aquellas líneas, en aquellos trazos imperfectos de carboncillo, la idea misma que él había concebido.

—¡Coincidencia singular!—añadió á media voz. —Precisamente eso que bosquejáis, es lo que venía á proponeros... No necesitáis decírmelo... Lo adivino, lo deduzco, y será una obra magnífica.

—¿Pensábais?...—preguntó el artista.

—En encargaros un cuadro. A eso venía esta mañana, y vos os habéis anticipado por completo á mis deseos... Ese lienzo os lo compro desde ahora; es para mí.

El rostro del artista reveló una satisfacción inmensa, un júbilo indecible.

Su primera obra estaba colocada antes de dedicarse á ella.

—¿Os agrada?—preguntó.

—Me entusiasma;—le contestó el marqués.

Y don Enrique abrazó con efusión á don Juan, mientras doña Catalina, conmovida, hacía pucheros y murmuraba:

—¡Qué cosas pasan, señor! ¡Qué cosas!...

—Hay coincidencias extrañas... significativas, y esta es una, mi excelente amigo,—prosiguió Valdespinar.

Y comunicó á Hispaleto sus proyectos de sorprender á su esposa con aquel regalo en el aniversario inmediato de sus bodas.

VIII.

Premisas y consecuencias.

La obra del artista avanzaba de una manera rápida y segura.

Su mano, acostumbrada á manejar los pinceles, hacía prodigios de habilidad y de talento.

El tienpo favorecía grandemente sus trabajos, y era ya casí seguro que el cuadro quedaría terminado para la fecha precisa que lo deseaba el marqués.

Ni don Enrique, ni doña Catalina, ni los vecinos de la casa se mostraban, sin embargo, tan entusiasmados y satisfechos como al principio.

El viaticado había conseguido vencer ciertas dificultades en la composición, que se avenían mal con su modo de ser y sus ideas.

Examinado en conjunto y en detalle, la obra resultaba armónica, sobria, llena de verdad y colorido, pudiendo decirse con justicia que no había en ella nada reprochable.

¿Cómo, á pesar de esto, faltaba, en sentir de los pocos que la conocían, *algo* que no les llenaba, que no les satisfacía?

¿Era su juicio exacto?

El maestro que la casualidad había deparado á don Juan no pudo transmitirle lo que él no tenía; y era lo que precisamente avaloraba las obras artísticas y literarias más renombradas de la época.

La condición oscura, pobre y miserable de los encargados de velar la infancia del artista, contribuyó desgraciadamente á retardar el cultivo de sus facultades, el desarrollo de su entendimiento.

No existían escuelas gratuitas, y los dómines y maestros eran muy costosos y muy escasos.

La intermitencia, la irregularidad con que recibían los misteriosos donativos destinados á el alivio y sostenimiento de sus necesidades, les decidió, tan luego como el desheredado cumplió siete ú ocho años, á colocarle de acólito en una iglesia de los arrabales de la Villa, donde lejos de adquirir ideas levantadas acerca del respeto y devoción á las cosas santas, tuvo ocasión de ver la familiaridad y la irreverencia con que eran tratadas por los sacristanes y los compañeros de más edad que él.

No pudiendo darle ayos y preceptores, fué allí donde aprendió á leer y escribir por afición, costándole no pocos pescozones cada vez que por efecto de su aplicación se le llamaba, y no acudía en el acto, y no obedecía inmediatamente.

—¿Piensas ser obispo?—le decían irónicamente.

—Ven con nosotros á jugar,—añadían sus camaradas, y le tiraban la pluma, le vertían el tintero ó le rompían los libros.

Desde la sacristía pasó al estudio del pintor, discípulo aventajado de Giorgione Barbarolli, natural de Castellfranco, que floreció por los años 1477 á 1518.

Su nueva vida, la falta de creencias, y la ninguna práctica religiosa de su amo, acabó por sumirle en un indiferentismo absoluto y completo.

En tal disposición de ánimo abandonó á España y se fué al extranjero el mancebo.

Viajó mucho.

Estuvo en Milán, en Florencia, en Roma, en Nápoles y en Venecia, y, por último, su maestro y él fijaron su residencia en Inglaterra.

Esto acabó de perjudicarle, como tendremos ocasión de acentuar más adelante.

Juan admiraba los grandes maestros italianos; conocía las tres escuelas que se disputaban la primacía del arte pictórico: la veneciana, la florentina y la romana; trató y hasta conoció á muchos de sus más famosos representantes; pero siguiendo con preferencia las lecciones de su protector, su corazón, su alma y su cerebro no tuvieron casi nunca ni calor, ni vida, ni entusiasmo.

Cuanto su pincel producía era correcto acabado, irreprochable.

Pero nada más.

Ante su vista, durante su breve pero anómala y extraña existencia, el mundo se había cambiado, mientras él por una fatalidad ingénita permaneció estacionado.

La influencia de su protector y maestro fué absoluta, decisiva, contribuyendo á formarle en todos sentidos.

Algo quedaba allá en el fondo de su carácter de la madre patria, pero era tan poco, que apenas si se podía, sin un minucioso estudio, conocer y apreciar.

Cuando le presentamos en acción, el pintor no era de su época; el hombre no era de su siglo, y menos era español.

Respirando una atmósfera deletérea, escéptica, impía, renegaba y maldecía de cuanto se salía de los estrechos moldes de su cerebro, de su razón, de las exigencias inflexibles del arte y de la naturaleza.

Para Juan Hispaleto no había más que razón, naturaleza y reglas; toda otra cosa era delirio, extravío, cuando no ignorancia y fanatismo.

Por decirse algo, se decía *protestante;* pero no era en definitiva, en materias religiosas, otra cosa que librepensador, y en punto á pintura, copiador correctísimo de lo material, de lo tangible, de lo real.

Sus trabajos artísticos hablaban, pues, á los ojos de la cara; nunca, casi nunca al alma, al espíritu y al corazón.

Premisas y consecuencias eran estas de cuanto llevamos dicho.

¿Sería esto lo que echaban de menos las escasas personas que le veían avanzar en la obra que Valdespinar destinaba á su esposa doña Leonor del Águila para celebrar el aniversario de sus bodas?

Ya lo veremos más adelante.

¡Desgraciado el artista ó el literato que, cual sucedía á don Juan, rinde culto á lo que es sólo producto y obra de la naturaleza y la razón!

Hará obras estimables, escribirá ó ejecutará producciones de mérito, magistrales, si queréis; pero no aguardéis que esas obras y esas producciones arranquen aplausos espontáneos, ruidosos y esencialmente populares.

El pueblo quiere siempre y pide con delicado instinto al artista, al escritor, al músico, concepciones que hieran las fibras delicadas de su corazón, aunque no sean tan correctas é intachables.

Donde no palpita el sentimiento, no ve apenas nada; no le interesa, no le conmueve, no le agrada.

Pasa por delante de un cuadro ó de una estatua bien hecha, pero sólo bien hecha, sin detenerse.

—¡Es bella, es bonita!—dice, á lo sumo.

Coge un libro, comienza á leerlo, y lo tira sin concluirlo con enfado.

Escucha una pieza musical, y no la retiene: se le olvida.

Haced el experimento, y os convenceréis de ello.

Si el cuadro de Juan Hispaleto agradó en un

principio á don Enrique y á doña Catalina, fué sólo por la exactitud y la verdad; pero en el momento que comenzaron á notar que si era la fidelísima reproducción de una escena acertadamente escogida, lo era sólo en su parte material, su primer entusiasmo decayó, y ya no le prodigaron tan exagerados elogios.

El marqués venía todos los días al estudio del artista; mas no permanecía en él tantas horas.

Pretextaba un negocio, un compromiso cualquiera, y se marchaba.

Doña Catalina dejaba pasar días enteros sin hacer compañía á su pupilo, y los vecinos de la casa preguntaban rara vez, y por mera curiosidad, por los adelantos del cuadro.

El marido de doña Leonor no estaba satisfecho, aunque no estuviese arrepentido del compromiso contraído.

Por más que reconociese en el artista disposiciones poco comunes para el dibujo, para las líneas y el colorido, solía decir repetidas veces á doña Catalina:

—Noto un no sé qué en la obra de don Juan...

Y no pasaba adelante.

—Y yo lo mismo,—repetía la dueña de la casa.

Y en igual sentido se expresaban los demás.

Cuantas veces escuchaba don Juan tan desfavorables impresiones, las atribuía á ignorancia y vulgaridad por parte de los pocos que conocían y seguían de cerca el curso de sus trabajos.

Estaba habituado á que sus cuadros fuesen elogiados por inteligentes, no por profanos.

Y la desfavorable opinión de éstos no le desanimaba.

Proseguía siempre avanzando y pintando.

—¡Qué precisión hay en los detalles! —se le ocurrió más de una vez decir al marqués.

—¡Qué verdad en los muebles, en el lecho, en los más pequeños pormenores!—añadía doña Catalina.

—Ved esos cirios encendidos... Ese farol que ha dejado en el suelo el monaguillo... ¡Qué bien se aprecia el resplandor de las luces!—proseguía otro de los presentes.

—¡Oh! lo que á mí me encanta,—proseguía otro, —son los encajes del embozo de la sábana.

—¡Y los almohadones!... ¿Qué decís de los almohadones?

—Y...

Pero cuando sucedía esto, era casi siempre en los momentos en que el autor no estaba presente.

—Mirad, mirad las espadas.

—¡Y aquel bargueño entreabierto!...

—¿Y los tapices?

—¡Ah! Esos se tocan y se destacan admirablemente.

Estas conversaciones, si por acaso las oía el pintor, le producían lástima.

—No entienden... no saben,—pensaba, pero le inquietaba que *algo* dejaban por decir los que así

hablaban.—Les gusta, pero no van satisfechos, — calculaba.

Y sentía en definitiva que su cuadro no acabase de llenarles.

—Si fuese de su gusto, valdría menos...

Y, reaccionándose, concluía por consolarse.

¡Ah! Conocemos muchos autores de obras literarias y artísticas á quienes sucede lo que al pintor.

A quienes lo que más parece envanecerles, es que no acaben de llenar al vulgo de los mortales.

Y llaman *vulgo* á todo él que no se entrega por entero á ellos, y reconoce su mérito.

Consuelo es ese que no lo sería para nosotros.

Nosotros lo decimos sin ambajes; escribimos para el *vulgo*, es decir, para el común de las gentes, y de ellas apetecemos el aplauso, el elogio, la alabanza.

El desvío del pueblo hacia estos libros nuestros, nos entristecería, nos causaría pena, nos haría daño.

Don Juan era de los que se complacen en desafiar las iras de la opinión indocta, y ven á veces en sus reticencias, en sus prevenciones ó en su silencio, el mejor y más codiciado aplauso.

Esto es un error, una lamentabilísima equivocación ó una ridícula vanidad.

Satisfacer el amor propio cuando no se logra un éxito que se busca, y atribuir á mérito lo que es defecto, no lo concebiríamos si no lo viésemos.

Y esto, en autores de mérito, de genio, muchas veces: pero de genio singular y extravagante.

Todo el que hace una obra para el público, debe agradar al público, y esto no porque lo *pague*, sino porque negamos en absoluto que, por lo general, la mayoría carezca de recto sentido y de buen criterio.

Lejos, muy lejos de nosotros esa manera de concebir y ejecutar las obras artísticas.

Nosotros preferimos un libro, un lienzo ó una estatua cuando nos llega al alma, que cuando sólo nos recrea y deleita los sentidos.

Hablar á los sentidos no es siempre cosa baladí, cosa fácil, ya lo sabemos; pero compadecer debemos á los que no quieren voluntariamente dejar de ser esclavos de la forma y de la verdad real.

No podéis negarlo: hace falta, es indispensable en las obras artísticas, idea y forma plástica.

La sola *idea* no es bastante.

El *arte* perfecto, acabado en sí, y sólo por lo que hace á las líneas y al color, nada dice al espíritu ni al corazón.

Los verdaderos representantes del arte de su siglo, de su época, no eran para Juan Hispaleto más que unos idealistas ó unos visionarios.

Barbarolli entusiasmó á su maestro y le entusiasmaba á él.

Cultivaba con acierto los tonos salientes y vigorosos; era inimitable en el claro-oscuro, en la armonía del color; pero no podía pedírsele más, porque no daba más de sí.

Lo natural, lo anatómico, resultaba siempre; lo

espiritual, lo divino, casi nunca, ó por excepcionalidad.

Rafael de Urbino era el artista predilecto de su siglo; Juan Hispaleto le quería por su carácter; le admiraba por muchos conceptos; pero huía cuidadosamente de imitarle.

Pallagiolo, Lippi y Andrés del Castagno le agradaban mucho más, y no tenía inconveniente en sostener su parecer resuelta y acaloradamente.

¿Qué entendían de todo esto el marqués, y menos su patrona, y los vecinos de la casa?

—¡Profanos! ¡vulgarones!—exclamaba al fin, y no les hacía caso.

Reflexionando, empero, reconocía que su deber era agradar á don Enrique, y entonces sentía la indiferencia que en él notaba.

En cuanto á su patrona, cuando haciendo corro con los demás vecinos les preguntaba:

—¿Qué notan sus mercedes en ese cuadro?

Y los interrogados contestaban:

—Que no es lo que nosotros vimos, lo que nosotros presenciamos.

El pintor se mordía los labios de rabia, y más de una vez estuvo á punto de rajar el lienzo con su cuchillo.

Porque este dictamen era en suma más concreto, más digno de ser atendido y tenido en cuenta.

—¿Qué pueden echar de menos estas gentes?—decía entre sí, y no acertaba á dar con ello.

Concluyamos.

Juan Hispaleto, no podemos ocultarlo por más tiempo, carecía de ideas y sentimientos religiosos.

A fuerza de no practicar, había caído en el más deplorable indiferentismo.

¿Creía en Dios?

Si así era, lo disimulaba, no acordándose nunca, ni para nada, de Dios.

¿Era partidario de la *protesta?*

Así lo pensaba; pero si la protesta le agradaba, era porque de ella á la *negación* no hay más que un paso, y éste se da sin escrúpulo siempre que se quiere.

Por fortuna para el pintor, había venido á España, donde cabe que haya indiferentes, apáticos, hasta *ateos*, pero protestantes, jamás.

Y su amigo el marqués y doña Catalina, y los vecinos todos de la casa contigua al Arco de Santa María, eran españoles, en punto á catolicismo, hasta la médula de los huesos.

Como lo hubiese sido él, á continuar en su patria, á no salir de ella cuando lo hizo, y para su daño, con una persona como su maestro.

El artista seguía siendo extranjero en su propia nación, y si no había olvidado el idioma, era porque á su protector le gustaba en extremo, y nunca dejaron por ello de hablarlo entre sí.

Pero fuera de esto, el viaticado se apartó de todo lo que á ese idioma iba unido, y por fortuna va unido todavía, y ojalá no se separe ni desligue ni desuna jamás.

Lo que seguir debe envaneciéndonos y enorgulleciéndonos, ante todo y sobre todo.

Lo que constituye la levadura de nuestro carácter, y una vez perdido, nos haría caer en la más lamentable degradación y envilecimiento.

Proclamémoslo muy alto y de una vez.

El artista había dejado de ser *católico*.

¿Cómo había, pues, de dar realce, colorido, vigor, entonación, y sobre todo unción y verdad espiritual á un asunto esencialmente católico, místico y religioso?

Y era esto precisamente lo que, sin darse cuenta de ello, echaban de menos cuantos veían el lienzo, que por lo demás, avanzaba y prometía estar terminado para la época fija que lo quería don Enrique Valdespinar.

La memoria, la retentiva del joven era pasmosa.

A pesar del estado de gravedad en que se encontraba al ser viaticado, había dominado, con su ojo de artista, la escena que trasladaba al lienzo, y no así como quiera, sino hasta en sus menores detalles.

La disposición de las principales figuras que en ella intervinieron, no podía ser más exacta y precisa.

El golpe de vista era decisivo; fascinaba, subyugaba.

¿Y los retratos?...

El suyo era una obra perfecta, una obra acabada.

El contorno, la silueta de la dama encubierta, tenía una expresión apropiadísima.

El sacerdote estaba vuelto de espaldas mirando al altar; y este detalle no era casual, sino estudiado y muy estudiado; el artista no había querido verse obligado á representar la hostia ni el copón.

El monaguillo, el acólito, era un trasunto fidelísimo del joven rechoncho y colorado que asistía distraído, como él mismo en otros tiempos, á lo que, acostumbrado á presenciar diaria y constantemente, sólo deseaba que se acabase pronto.

Había en el cuadro un solo personaje, una sola figura, que el joven no se atrevía, no ya á concluir ni á terminar, sino ni aun á bosquejar.

Estaba indicada; pero no acometía jamás la tarea de darla color.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que aquella figura era la de María.

El ama de la casa no se atrevía á interrogarle sobre esta singularidad, ni el marqués tampoco.

¿Qué se proponía?

¿Qué pensaba?

Más de una vez se comunicaron sus impresiones sobre el particular don Enrique y doña Catalina, y por mucho que se devanaban los sesos, no sabían para cuándo aguardaba el pintor á concluir su obra.

—¿Qué misterio encierra su conducta?...—llegó á decirse Valdespinar.

Y estaba inquieto al calcular que sin aquella figu-

ra, el cuadro no se terminaría á tiempo para poder sorprender con él á su mujer.

Luchaba el artista entre el deseo y el temor; vacilaba entre la realidad y sus recuerdos, entre lo que sentía y le faltaba para expresarlo con el color.

Muchas mañanas se levantaba decidido á retratar á la doncella, y borraba luego lo que, sin que nadie le viese, llegaba á hacer.

—¡No!... ¡no es esto!—exclamaba con enfado,—y así pasaban los días sin fruto alguno.

¿Recordaba á María?

¿Se había borrado de su imaginación el encanto de aquel rostro de ángel?

La veía en sueños tal y como era; pero despierto no la podía retratar.

Y su instinto delicado le hacia comprender que de aquella figura dependía el éxito del cuadro.

Como él, lo pensaban los demás.

IX.

Una idea feliz.

Es forzoso decidirse... No hay tiempo que perder... Concluir la obra ó desistir de ella... Esto meditaba cierta hermosísima mañana del mes de Julio el artista, con la paleta y los pinceles en la mano delante de su cuadro, cuando la puerta de su estudio se abrió de golpe y apareció en ella el marido de doña Leonor.

El joven volvió la cabeza y se quedó sorprendido.

Su amigo no venía solo; traía consigo, recatada y encubierta, á una mujer.

—¿Dáis vuestro permiso?—dijo el marqués, teniendo á su lado, aunque un poco retirada, á la dama que le acompañaba.

—Podéis pasar sin ceremonia,—le contestó don Juan con acento afectuoso.

—¿Aunque os traiga una visita?

—Tanto mejor: pasad...

—Es que esta mañana me he resuelto á jugar el

todo por el todo... Con eso y con que no me lo agradezcáis.

—Según y cómo.

—Andáis tan tardío, que...

—En eso estaba persando precisamente,—murmuró el pintor.

—Pues bien, yo no desisto de mi empeño; vuestro cuadro me gusta y no quiero privarme de él... ¿Lo entendéis?

—Y yo os lo agradezco.

—Seamos francos.

—Hablad.

—Os falta un detalle, y no sé por qué...

—Os comprendo, amigo mío; y no me pesa memos que á vos... Hay cosas que no se explican, y suceden.

—Ahora veremos si he tenido ó no una idea feliz.

Y tomando de la mano á la encubierta, que, cortada é indecisa, permanecía como clavada en el dintel de la puerta, la obligó á avanzar.

El corazón del pintor latía con violencia; el de la persona que venía con el marqués estaba, por el contrario, oprimido y acongojado.

Cuanto la sucedía le parecía un sueño, una pesadilla.

Quería explicárselo y no podía.

Don Enrique levantó el velo que cubría su rostro, y el artista dió un grito sin poderse contener.

—¡Ella! —articuló con acento indescriptible.

—¡Él!...—repitió con acento de admiración la descubierta.

Y hubo unos instantes de silencio por parte de los tres; silencio que al fin rompió el de Valdespinar.

—Sí, ella... mi sobrina María, á quien, por lo visto, no sabéis ó no queréis retratar... Os la traigo para saber de una manera decisiva si es olvido ó miedo lo que os detiene, caballero.

—Olvido... ¡oh! no,—replicó con galante viveza el pintor.

—En ese caso no he acertado, y habrá de pesarme...

—De modo alguno, don Enrique... Olvido, nunca; vos lo habéis dicho, marqués... miedo, miedo era lo que cohibía mi mano.

—¡Esa es buena!

—¿Quién es capaz de retratar tanta belleza, tanto candor?... Y de memoria, de ningún modo.

—¿De suerte que aplaudís mi resolución?

—¡Oh! Con toda mi alma.

La joven no había podido ver aún el cuadro que estaba ejecutando don Juan.

Colocado en disposición de recibir la luz de la ventana de una manera conveniente, estaba puesto en dirección opuesta á la entrada de la habitación.

Su tío nada le había dicho del objeto de su salida, ni el por qué tan de mañana se hacía por ella acompañar.

Todo había favorecido sus planes.

La marquesa no estaba en su palacio cuando la había rogado se vistiera y le siguiese.

La sumisión y la obediencia eran ley para la joven castellana.

María estaba encendida, avergonzada, casi próxima á desfallecer.

Desde que hubo entrado en la calle del Factor, presintió que alguna cosa grave proyectaba su tío.

—¿Habrá adivinado mis preocupaciones?—pensó.—¿Deseará confirmarlas?... Pero en el caso de serle enojosas, no...

Y avanzó maquinalmente, como si fuese un autómata.

Así entró en el portal de la casa, subió la escalera y penetró en el cuarto que conocía perfectamente, por más que sólo la tarde del Santo Viático había estado allí.

Llevada al centro de la sala, en presencia del cuadro, casi terminado, fué cuando comprendió el pensamiento de don Enrique, y su alma alentó.

No era lo que se figuraba; su presencia en el estudio del artista tenía un objeto distinto que el marqués aclaró en seguida.

—Te he traído á casa de este joven,—la dijo,—para que pueda darme gusto. Mira,—y señalando la pintura prosiguió:—¿te agrada ese lienzo?

María no quitaba su vista del cuadro; le conmovía, y temiendo venderse rehusaba mirar á su autor.

—¡Reproducir aquella escena!—meditaba.—¡Ah! esto es algo más que una galantería.

Y al notar el vacío de su persona en el lienzo, adivinó que su tío la llevaba allí para que el artista la retratase.

Su vanidad de mujer se satisfizo.

—¡Una sorpresa!—se dijo, y disculpó sin dificultad ninguna la conducta y la reserva al marqués.

Juan Hispaleto, por su parte, miraba fijamente á la joven, y experimentaba una sensación que jamás había experimentado su corazón.

Don Enrique, contemplando á los jóvenes, concluyó por echarse á reir.

—Cualquiera diría que érais dos enamorados... —exclamó.

Y los que con él estaban experimentaron el efecto de una descarga eléctrica.

—¿Por qué?

¿Era verdad lo que don Enrique, por broma y sin creerlo acababa de decir?

¿Por qué, ni para qué negarlo?

De María ya sabemos algo de lo que la sucedía desde la tarde del Viático; lo que pasaba á Juan Hispaleto podemos adivinarlo sin dificultad.

Todo cuanto había sucedido era hijo de un sentimiento análogo al de la doncella, de un sentimiento igual.

La elección del asunto para su obra no era casual, ni se debía á que le pareciera preferible á otro cualquiera.

Si don Enrique no le hubiese encargado, lo hubiese pintado él.

Lo que María tenía, era amor; lo que el artista experimentaba, era amor.

Amor purísimo, amor dulce y santo; verdadero amor.

Y el marqués, si lo hubiese comprendido así, no habría llevado al estudio á su sobrina, al menos sin prevenirla y obtener su aquiescencia.

Quería en extremo á María; profesaba una gran amistad al artista, es verdad; pero de esto á colocarlos frente á frente, así de sorpresa, de sopetón...

Siguiendo la broma, prosiguió:

—¡Bravo! ¡bravísimo! Ahora veo claro; ahora lo comprendo todo... Tú, María, querías á éste, y éste te quería á tí.

Y hasta con infantil regocijo llamó á doña Catalina.

—Venid, venid,—continuó alzando la voz;—lo que sucede es peregrino, es gracioso.

Y volvió á reïr.

Los jóvenes estaban en brasas.

—¿Me llamaba su señoría?—respondio la dueña de la casa entrando tan aprisa y tan pronto como si hubiese estado escuchando á la puerta de la sala; que esto, dada su curiosidad, no nos atrevemos á negarlo.

—Sí, sí... os llamo, señora,—la contestó don En-

rique,—para daros una gran noticia... Mi cuadro se acabará ahora; estará dispuesto para el día que le necesito...

—¿Cómo sabéis?

—¡Ah! no es cosa difícil, ni mérito alguno el adivinarlo.

Y señaló á su sobrina y al pintor, que permanecían callados.

Por más que Valdespinar se expresaba con tanta vehemencia, no lo hacía porque creyese lo que decía; hablaba en tono de chanza, y no se apercibió, por tanto, del efecto de sus palabras.

Doña Catalina, más ladina ó más experta en asuntos amorosos, no dejó en cambio de notar algo singular y extraño en el pintor, su pupilo.

Es verdad que le veía á todas horas, y espiaba sus menores movimientos.

¿Tenía encargo de alguien para hacerlo así?...

Sorprendiendo algunos monólogos del artista; viéndole de continuo dibujar, trazar y hasta pintar, para luego borrar y destruir la figura única que faltaba en el cuadro, comprendió que Hispaleto luchaba consigo mismo, y que aquella lucha obedecía á algo que se relacionaba con la joven.

Nunca quedaba respecto á este punto satisfecho; lo que no había sucedido con los demás personajes ni detalles del cuadro.

—¿Por qué será ello?—se había dicho, y concluyó por atribuirlo á que, en medio de su estado,

de su situación, la presencia de María le había impresionado como ninguna otra.

—La cosa no tiene nada de particular,—la dijo alguien por sonsacarla y ocultando su despecho.

Y la Carvajal, que siempre que alguien pensaba por ella, ya no se cuidaba de pensar por sí, tuvo por cierta, por evidente su persuasión.

Y no dudó más de que aquellas vacilaciones fuesen principio de cariño, principio de amor.

Rara vez se oculta á una mujer el afecto que á un hombre profesa otra mujer.

Hubo otra persona, en efecto, que, cual sucedió á la viuda, se fijó en las impresiones del artista, y que con fútiles pretextos trató de inquirir, y descubrió algo que no le fué grato, y le traía por todo extremo inquieto y desasosegado.

Entre los acompañantes al Santo Viático figuró alguno de quien hasta ahora no hemos hecho mención, y á quien doña Catalina había dicho, al ser por él interrogada, más de lo conveniente.

Y añadir debemos, porque ocasión propia es de indicarlo, á quien la misma ama de la casa, haciendo traición á su pupilo, llegó á enseñar, indiscreta, el cuadro sin estar el artista presente, y le dijo cómo había escogido aquel asunto y como el marqués de las Cuevas lo apalabrara para sí. Y á enseñárselo no una vez, sino varias, confiándole, como dejamos dicho, hasta lo que ella sospechaba, con la buena intención que procedía hablando;

pero en suma con notoria imprevisión, escaso tacto y peligro para el mancebo y cuantos por él se interesaban.

Envuelto en sombras y misterio, el sujeto á quien nos referimos asistió á la ceremonia sagrada sin que nadie reparara en él.

Penetró entre los demás en la sala convertida en alcoba para sólo aquel acto, que, requiriendo amplitud, fué por doña Leonor acertadamente elegido para la santa ceremonia.

La traslación del enfermo desde su alcoba se efectuó con sumo cuidado, y sin que de manera alguna, presidida por el médico, le perjudicara.

Don Juan, sometido, dejó hacer á todos lo que quisieron en esto como en lo del Viático, sin poner de su parte la menor objeción.

El misterioso sujeto no perdió uno solo de los incidentes de la escena que aquella tarde tuvo lugar.

Vió descubrirse á María, sin que su llanto y su actitud pasasen desapercibidos para él.

Adivinó en los gestos de don Juan su desagrado, y la repugnancia con que accedió á confesarse y á recibir la Santa Forma.

¡Oh! Si los parlanchines supiesen el daño que hacen las más de las veces con sus indiscretas palabras, no hablarían en ocasiones mil; pero la intemperancia en el *decir*, es como todas las intemperancias de la vida, no bastando á excusarlas la mejor intención.

Si la frágil y condescendiente doña Catalina no

hubiera escuchado las sugestiones insidiosas y al parecer indiferentes de la persona á quien por vez primera aludimos hace un momento; si no le hubiera llevado á su casa, ni contribuído á evitar los recelos, las sospechas que, cual preludio de terrible tormenta, se agitaban en la mente y bullían en el cerebro del asistente al Santo Viático, y en el que nadie había reparado, otra cosa hubiera sido.

Pero la fatalidad no lo quiso así, y la fatalidad se impone, á pesar nuestro.

Ninguno se fijó en el asistente á la santa ceremonia, ni aun nosotros mismos, que en calidad de novelistas y de autores de este libro parece que debimos apercibirnos de su presencia.

Y del torvo mirar de sus ojos.

Y de las diversas impresiones que le agitaron, y que llegaron hasta el extremo de caérsele el cirio encendido que tenía en la mano, viéndose obligados los que cerca de él estaban á advertirle su peligrosa distracción.

Ni aun nosotros, confesarlo debemos, ni aun nosotros nos fijamos en el siniestro personaje.

Y no debe extrañarse esto, porque en casos tales no es difícil que un sujeto cualquiera pase inadvertido, pase desapercibido.

¡Hubo tanta gente! ¡El acto por sí revistió tal importancia!

Luego, es lógico que, dada su actitud, su aparente recogimiento al principio de la santa ceremonia, se atribuyese todo á devoción.

Y sus movimientos nerviosos, su desasosiego después, á interés, lástima ó piedad hacia el enfermo.

Además, si aquel hombre no hubiera vuelto con el pretexto de preguntar por la situación del viaticado; si el cariño hacia el artista no hubiese cegado á doña Catalina, tomando por vivo interés hacia su pupilo lo que más parecía oculta y misteriosa perfidia; si su defecto de hablar, hábilmente explotado, no hubiese contribuído en la Carvajal á cegar sus ojos...

Ella sólo, sólo ella podía haber evitado lo que hemos de decir más adelante.

Pero estas cosas no podían ocurrírsele á la inocente y cándida pupilera, y no se la ocurrieron, v tuvo además el mayor cuidado en no decírselas á nadie.

¡Ah! esto ya es más grave.

¿Conocía la Carvajal que vender al pintor no era en ella disculpable?

Así debemos suponerlo, sin juzgarla de ligero, cuando nada dijo de lo que aquel desconocido la intimó que debía callar, y llegó á amenazarla si se la escapaba alguna frase que descubriera lo que sólo ella y él debían saber.

Con esta sola amenaza, tratándose de un criterio mediano, habría sido bastante para caer ó al menos presumir las torcidas intenciones del oficioso indagador, del preguntón y del curioso. Doña Catalina concluyó, á pesar de todo esto, por dispensarle por entero su confianza.

Sucedía, además, que para la Carvajal, cuanto se relacionaba con el artista tenía una significación igual, lo cual la disculpaba en parte.

La dama encubierta, que resultó luego ser la esposa de don Enrique; la niña rubia y blanca, á quien el pintor no quería ó no sabía retratar; el marqués mismo... eran eslabones de una cadena que, según ella tenía pronosticado, al llegarse á unir, debían traer á su pupilo beneficios incalculables.

Su instinto en esto no la engañaba.

Mas la curiosidad insistente del misterioso personaje no debió ser nunca incentivo para fundar en ella nada bueno para don Juan.

Pues esto, que parece lo natural, estuvo lejos de suceder ni de ocurrírsele á doña Catalina.

—¡Qué suerte la de algunas personas!—solía exclamar.—Todo se les viene como rodado; todo se les viene á la mano...—Y recordando tiempos pasados, añadía con amargura:—No sucedía así á mi difunto, que en gloria esté. Aquel no tuvo suerte jamás; y una vez que por mi consejo estuvo á punto de ocupar un puesto mejor en el servicio de sus majestades Católicas don Fernado y doña Isabel, por poco no le cuesta la torta un pan. Vamos, si cuando yo digo... digo bien... Que unos nacen de cabeza y otros de pie...

¡Qué ceguera la de esta vulgarísima mujer!

¡Gracias que nos hemos apercibido á tiempo de lo que sucedía con respecto al desconocido!

¿Pero de qué puede servirnos? ¿Cómo utilizarlo?

El mayor mal consistía en que doña Catalina seguía, sólo en este particular, siendo prudente y reservada hasta la exageración.

¿Cómo, al menos por ahora, remediarlo en nuestra historia?

Seamos pacientes y continuemos la relación por este inciso entrecortada.

Pasaron los meses sin conocer el marqués ni el pintor lo que ocurría.

—Ya lo sabrán á su tiempo,—decía á la viuda el misterioso personaje de las preguntas y de las visitas ocultas al estudio del artista.

—¿Pero vos, señor, vendréis con buen fin?—llegó á preguntarle la Carvajal.

—Ya lo creo,—respondió el interrogado.

Y como doña Catalina sólo había hecho esta pregunta al que fué su marido, y éste cumplió su palabra afirmativa con religiosa puntualidad, la muy cándida creyó que todos eran como su difunto, sencillos, honrados é incapaces de ocultar bajo las apariencias más halagüeñas los más dañados propósitos y miserables intenciones.

Una vez persuadido el desconocido de lo que era la Carvajal, á las primeras de cambio se sirvió de élla sin hacer el más pequeño sacrificio, sin costarle una moneda de plata ni de oro, que unas y otras eran muy escasas, según dejamos dicho, en España, pero ni aun de cobre; que en este terreno se hubiera llevado chasco.

Pues doña Catalina habría entonces maliciado de él, y arrojado airada, resentida y furiosa de su casa al osado y persistente personaje.

Gran ladino y conocedor de las gentes demostraba ser el que así procedía con la pupilera, aprovechando con astuta sagacidad las ocasiones, que él hacía que parecieran casuales, de encontrarla en la calle, ó de llamar á su puerta cuando le constaba que estaba sola y que el artista tardaría en volver.

Entonces, y sólo entonces, aquel sujeto traspasaba el dintel de la habitación de la Carvajal, y se enteraba de los adelantos que hacía el cuadro.

—¡Trabaja mucho y bien!—exclamaba con la mayor naturalidad.

—¿Lo cree así su merced?—le preguntaba doña Catalina.

—A la vista está,—replicaba el desconocido.

—¡Qué manos, qué manos tiene!—proseguía entonces la viuda.—Y solía añadir:—¿Os gusta el cuadro?

—¡Mucho! Y por ello sigue interesándome cada vez más su joven autor.

—¿Interesa á su señoría mucho don Juan?

—No podéis figurároslo... ¿Pero acertaréis á decirme en qué consiste que no hace más que bosquejar esa figura que ha de estar á los pies de la cama del viaticado?

—Vea su mercé qué rareza; yo, como vos, no me la explico, y lo mismo sucede á los demás.

—¿Es la de aquella joven tan bonita y tan sensible, en quien apenas reparó ninguno?

—La misma.

—¿Sabéis su nombre?

—No.

—¿No os le ha dicho el marqués de las Cuevas?

—Don Enrique no me da tiempo nunca para hablarle, como me sucede con vos... Parece llano; pero, ¡ca! Al fin, noble... Yo los conozco bien. ¡Orgullosos siempre!... Qué diferencia de su mercé, y eso que no debéis ser un pobretón.

—Aún podría socorreros si lo necesitáis.

—Eso, de manera ninguna.. Guardad vuestro dinero; mi trabajo me basta, y si alguien me ofreciera un mísero ducado, lo rechazaría.

Y al expresarse así doña Catalina, se ponía seria; tan seria, que el desconocido comprendía que hablaba con sinceridad.

—Lejos de mí,—la decía entonces,—lejos de mí tratar de ofenderos... Sé lo mucho que valéis, conozco vuestro desprendimiento é hidalguía.

—No os creo capaz de semejantes intenciones.

Y satisfecha su curiosidad, su deseo ó su insidia, aquel hombre se marchaba, temeroso de que alguien le viese, de que alguien le sorprendiese en coloquios tales con doña Catalina.

¿Por qué huía? ¿Por qué se ocultaba?

La viuda no advertía la prisa y el recelo de aquel raro amigo que se había echado; su sagacidad «no pasaba más allá de sus narices,» como solía

decirla en vida con frecuencia su marido con tono cariñoso, para evitar que lo llevase á mal.

La armonía de aquel matrimonio era notoria.

—Tú eres el hombre más dichoso,—acostumbraban á decirle sus compañeros.—Tienes la clase de mujeres que más convienen.

—¿Y cuáles son esas?

—Las tontas...

Todos reían y celebraban la gracia.

—Eso no,—exclamaba con aparente seriedad el esposo de doña Catalina.—Mi mujer no es tonta.

—Pues lo parece

—En eso de apariencias hay mucho engaño.

—¿Pues qué es?

—Veamos.

—Que lo diga.

—Pues es... tontísima.

Y la opinión del que debía conocerla bien, se aplaudía con nuevas y ruidosas carcajadas.

Dejemos este punto para explanarlo con mayores datos más adelante, y prosigamos contando lo ocurrido en la aprovechadísima sesión que don Juan tuvo la vez primera que el marqués llevó á María á su estudio.

No sin encargar á todos el mayor sigilo respecto de aquel paso, que él no cesaba de calificar de *idea feliz*, para que no se enterara doña Leonor, su esposa, á quien se prometía sorprender con

el regalo escogido por él, demostración clarísima de lo mucho que la debía por haberle relacionado con el pintor.

La verdad es, que su propósito era delicado y escogido.

Hispaleto no esperó á que don Enrique ni María le autorizaran para pintar.

Dejó la paleta y los pinceles, tomó el carboncillo, y bosquejó en pocos instantes la figura que faltaba en el lienzo.

Su mano corría con vertiginosa rapidez y seguridad. Esta vez no vacilaba, no dudaba, no meditaba ni borraba.

Valdespinar y la Carvajal le miraban complacidos y maravillados.

Luego el artista cogió la paleta y los pinceles que había dejado, y en poco más de una hora, su cuadro adquirió nuevo aspecto: recibió, casi con sólo el trabajo de aquella mañana, la vida que le faltaba.

—Eso ya es otra cosa,—decía el marqués.—No puede nadie imaginarse,—añadía,—lo que contribuye un solo detalle al efecto de una composición artística.

—¡Si es toda una aparición!—exclamaba la dueña de la casa.

Y era exacta, exactísima esta frase inconsciente en boca de aquella mujer.

Ved prontamente demostrado en parte lo que dejamos dicho respecto á lo mucho que en mate-

rias de arte significa y vale una vulgar apreciación.

María permaneció quieta, inmóvil, sin darse cuenta de lo que hacía.

El artista aprovechó aquella mañana para dejar casi más que iniciado el retrato de la castellana.

Sólo su rostro, sólo su rostro, sólo su cara.

¡Cara y rostro de virgen! como lo eran las creaciones ideales y sublimes de Rafael.

Juan se dejó llevar de la *realidad*, como siempre; pero al presente, la *realidad* tenía, por maravillosa intuición del artista, *idealidad*.

Había en su trabajo exactitud, precisión, copia de la naturaleza.

Pero esta vez, del alma del joven, indiferente y fría, realista ó naturalista, que diríamos hoy, había brotado una chispa de fuego, un destello de luz, y en la copia fidelísima del retrato de María había sabido expresar, no sólo la verdad *real*, sino lo que sus facciones tenían de encantadoras y expresivas, de sublimes y espirituales.

Llegó un momento fatal: era tardísimo.

Se hizo imposible continuar.

El artista obtuvo de don Enrique la promesa de traer á María, para sacarla del todo parecida, alguna vez más, y con esta promesa, ella y el pintor se dieron por satisfechos.

—No podemos estar aquí por más tiempo sin excitar la curiosidad de mi esposa,—dijo el marqués.

—La cuestión está en que esta dama tenga gusto...—replicó con recelo el artista.

—¡Yo!... Si mi tío lo quiere...—murmuró María, y escuchó con regocijo las ofertas que de volver hizo á ambos Valdespinar.

X.

Para expresar... sentir.

Las prácticas piadosas y el cumplimiento de los deberes caritativos de doña Leonor, hicieron que aquella mañana regresase á su palacio más tarde que de costumbre, y cuando ya habían vuelto su marido y su sobrina de casa del pintor.

La salida de éstos pasó para la del Águila desapercibida, y los interesados guardaron sobre ello el más absoluto silencio.

¡Cuán lejos estaba la marquesa de suponer la grata sorpresa que la tenían reservada!

Valdespinar cumplió su oferta al artista, llevando á María varias veces á su estudio.

El cuadro debía estar terminado en breve; y ahora, ahora sí que agradaba á todos.

La figura de la joven, admirablemente sentida y magistralmente dispuesta, aparecía cercada de una aureola ideal que encantaba.

—¡Es élla!—decían.

Y así como antes notaban *algo* que les desagradaba, á la sazón apercibían tanto vigor, tanta belleza y armonía en la composición, que no cesaban de prodigarla elogios.

¡Su mismo autor estaba asombrado!

Nunca había recibido alabanzas tan unánimes.

—Sólo se expresa así cuando se siente,—exclamaba el marqués.

—¡Es una maravilla!

—¡Un prodigio!

—¡No cabe más!

Añadían doña Catalina y los vecinos de la casa contigua al Arco de Santa María.

Y tenían motivo para expresarse con tanto calor.

¿Desagradaba esto á Juan?

¿Molestaba á María?

De manera ninguma.

La joven y el pintor se congratulaban oyendo el parecer de los demás.

Y en ellos no era vanidad ni pueril presunción, sino convencimiento íntimo y secreto del motivo, de la causa verdadera de lo que valoraba el lienzo.

Uno y otro, sin hablarse, se habían adivinado, se habían comprendido.

Ella gozaba cada vez que iba á casa del artista; Juan la esperaba con ansia, y si por acaso tardaba en venir, se ponía triste y pensativo.

Una corriente eléctrica se establecía entre la modelo y el pintor.

—Colocáos de rodillas,—la decía Hispaleto con tono suplicante,—y ella le obedecía.

Y otras:

—Cruzad las manos...—Elevad al cielo la mirada... Así, así os quiero... Recordad, si podéis, lo que sentísteis cuando me administraron el Viático.

Y los ojos de la joven se arrasaban de lágrimas.

Todo cuanto sucedía era resultado de una homogeneidad de afectos, de una reciprocidad de mutuas simpatías que crecían y se arraigaban en los corazones de aquellos dos seres que no habían amado hasta entonces, y cuyo cariño espiaba con insistencia el desconocido á quien la Carvajal protegía de una manera inconsciente, pero que debía, en definitiva, serles funesta, serles fatal.

La casualidad hizo que viese la tarde del Viático la silla de manos de la marquesa parada á la puerta de la Iglesia, y ya sabemos cómo aquel hombre, arrastrado por una secreta intuición de su desgracia, había presenciado cuanto ocurrió en casa de doña Catalina.

No se escapó á éste la manera como Hispaleto llevaba su obra, y la desesperación estuvo á punto de venderle más de una vez.

Por su gusto, hubiera roto más de una vez el cuadro de Hispaleto.

Se contuvo, apretó los puños con rabia, se mordió los labios hasta hacerse sangre, y abandonó el estudio murmurando entre diente frases incoherentes, entrecortadas, amenazadoras, terribles.

—¡Se aman!—decía al bajar la escalera.—¡Se aman, no me cabe duda!...

Y meditó tranquila y lentamente una venganza, venganza tanto más segura y cierta, cuanto que, oculto en las sombras, le permitirían caer sobre los que se la inspiraban, cogiéndoles descuidados y de improviso.

El 8 de Septiembre era el aniversario de las bodas del marqués de Cuevas con doña Leonor del Aguila, y para esa fecha, Juan Hispaleto hizo solemnísima oferta á Valdespinar de darle concluído el cuadro, obra verdaderamente capaz por sí sola de hacer la reputación de un artista.

Don Enrique tenía para ese día proyecto de llevar á su palacio al pintor, y no ocultó su idea á los jóvenes.

La alegría de María y el pupilo de doña Catalina fué grande, al saber que se iban á poder ver con frecuencia, acaso diariamente y sin testigos.

Era cuanto los dos ambicionaban.

No podía caberlos duda de los sentimientos que abrigaban sus almas.

Si sus labios habían permanecido mudos y sellados por el respeto, sus miradas se encargaron de expresar sus afectos.

Se querían sin decírselo; se correspondían sin habérselo declarado.

Esto les bastaba; les era suficiente para su felicidad.

La turbación de la joven; su docilidad al seguir las menores indicaciones del artista; el rubor de sus mejillas; la emoción con que respondía á las frases siempre atentas y galantes del mancebo, eran para éste de un valor inestimable.

Para María habrían pasado desapercibidas muchas cosas si su tío mismo no se hubiera encargado de hacérselas comprender, contribuyendo á arraigar el amor en el corazón de la doncella.

—¡Oh! ¡Qué cambio se ha operado en ese joven! —la dijo un día al salir de casa de doña Catalina. —Yo, que le he tratado tantos meses, no le conozco. Pero lo que más me maravilla, es la manera como ha concluído su cuadro... Le he oído expresarse acerca de su arte de tal manera, que no le creí capaz de ser otra cosa que un hábil copista, y ahora resulta que es un hombre de genio, de inspiración y sentimiento... ¡Qué obra la que tengo destinada á tu tía! ¡Cómo va á gozar doña Leonor al poseer un recuerdo tan fiel y acabado de su generosa acción!

El marqués seguía no viendo lo que nosotros, mejor enterados que él, dejamos indicado.

Don Enrique había dicho además una gran verdad crítica, sin conocer su alcance.

—Para expresar... sentir,—le hemos oído exclamar, y en más breve tiempo no cabía decir más.

El pintor no había *sentido*, había *sufrido*. Hispaleto vivió hasta entonces sin darse cuenta de

otra cosa que de las asperezas de la vida, de las injusticias y los reveses de la suerte, de las decepciones de la fortuna, de las amarguras de la pobreza, y de las necesidades acerbas del trabajo.

Arrastrando la férrea y pesadísima cadena del infortunio, su corazón permaneció cerrado á todo sentimiento dulce y tranquilo, á toda pasión que elevara su espíritu y le permitiera desenvolver sus facultades.

Su fantasía careció de móviles que la avisasen; su genio, de campo á propósito para volar fuera de la grosera cárcel en que le colocaban su orfandad, el desconocimiento de su origen, de su apellido. Le faltaron en su infancia, y luego en su niñez, las caricias, los besos de una madre, los desvelos y sacrificios por su bienestar y su educación.

Su nodriza era una pobre mujer asalariada, que le amaba, sí; pero que quería más, mucho más á sus hijos; que esperaba el salario, la merced que la debían, y que siempre que la faltaba, la echaba de menos y no podía ocultar lo gravoso que le era quitar un pedazo de pan á los suyos para dárselo á él.

El marido de su ama era á su vez un honrado trabajador á quien multitud de veces había oído disputar con su mujer cuando se resistía á dejar que se estableciese, que se colocase en casa de su maestro y más adelante seguirle al extranjero.

Los chicos, sus hermanos de leche, le querían; pero no ignorando que ellos eran allí los primeros,

le miraban con cierto recelo y le tenían envidia si por acaso le hacían sus padres alguna distinción.

No podía exigir de ellos ni esperar otra cosa: las gentes asalariadas no dan casi nunca más de sí.

Vivió luego bajo el techo de su nuevo protector, y sólo el estudio, la aplicación y la constancia halagaban á su maestro.

—Estudia, aprende,—le decía de continuo.—No tienes familia, no tienes amigos,—le repetía sin cesar.—El día que yo falte,—le añadía,—te faltará todo, si no aprovechas el tiempo, si no recoges, avaro y egoísta, las lecciones que te doy... Yo no soy joven, y además estoy rendido, fatigado; he luchado, como tú tienes que luchar, por la vida, y caeré pronto.

La conducta de unos y otros era poco á propósito para crear ilusiones, y Juan no llegó á tenerlas jamás.

Viajó con la amargura y el desaliento en el alma; estudió los modelos, sin ver en ellos otra cosa que la forma.

No tuvo creencias sólidas; careció de fe; no practicaba... Había creado en torno suyo el vacío de la religión, de la familia, del cariño, del amor.

¿Tenía de todo ello la culpa?

Llegó la tarde del Santo Viático, precedida del interés misterioso y oculto hacia él de doña Leonor del Aguila.

El lenguaje de aquella mujer no fué el que em-

plea por lo común la filantropía, es cierto; pero á lo sumo, Hispaleto pudo atribuirlo á la caridad.

Pero el artista no creía en la *caridad*, ó, mejor dicho, iguoraba lo que era la *caridad*.

La encubierta dama demostró á las claras que no llegaba á la cabecera de su lecho por cumplir un deber impuesto ó aceptado por vanidad, por orgullo, por moda, por espíritu de rutina, por no ser menos, ó por el placer de los contrastes á lo sumo y cuando más.

No.

Si esto hubiera sucedido, Juan no la hubiese escuchado.

Era demasiado orgulloso.

La marquesa fué al modesto edificio adosado á los macizos muros del Arco de Santa María, por algo que surgía de su corazón, que brotaba de su alma.

Esto era evidente, palmario, y produjo en el pintor el efecto que debía producir.

¿Era piedad sincera y desinteresada?

¿Era caridad cristiana?

Sólo éllas son capaces de inspirar acentos que hieran, que impresionen, que arrastren, que seduzcan, que conmuevan.

Y el joven había accedido á cuanto aquella mujer le hubo aconsejado, sin gran violencia, por no tener valor suficiente para oponerse, ni para rechazar cuanto quiso decirle y como supo decírselo.

No hubo en cuantas frases pronunciaron sus labios, ni rutina, ni oficio.

Fué todo ello espontáneo, sencillo, eficaz y persuasivo.

—¿Es una santa, ó una hipócrita?—se preguntó Hispaleto; y hubo de reconocer que sólo la virtud es capaz de conducirse como doña Leonor se condujo en aquella ocasión.

El espíritu de Juan, á pesar de su dolencia, estaba tranquilo; su cerebro, despejado.

No fueron delirios de enfermo sus impresiones.

Vino después la ceremonia sagrada, imponente, grave, severa, tierna y conmovedora.

Y á su lado permaneció la tapada sin molestarle, sin hostigarle; pero alentándole y sosteniéndole.

Y allí, á los pies de su cama, un ángel del cielo, arrodillado, orando fervoroso por la salvación de su alma y la salud de su cuerpo; llorando, cuando, fijas en él sus miradas, vió que se escapaban de sus ojos dos ardorosas lágrimas.

La lucha había sido tenaz, prolongada, espantosa.

Sus resabios é ignorancias hicieron en élla el papel del mal; aquellas dos mujeres, el papel del bien.

¿Cómo resistir emociones tan contrarias?

Hirieron profundamente á Hispaleto todos aquellos sucesos.

Y la ida del marqués á su morada:

Y su trato noble y franco:

Y la imagen de María fija en su mente, grabada en su pensamiento de un modo tenaz é insisten-

te, cual á ella le había sucedido con la suya, pálida y demacrada, acabaron, si no por vencerle, por quebrantar sus escepticismos y prevenciones.

Por eso, al mejorarse y al recobrar su salud, se había dicho:

—¿Qué he hecho de mi parte para merecer tanto?

Y la gratitud y el reconocimiento se anidaron fuertemente en el corazón del artista.

Y pudo observar que no estaba tan solo como creía; ni tan desheredado.

Y se persuadió que existían en la tierra seres buenos, desinteresados, generosos é hidalgos.

En lo tocante á María, sus impresiones fueron tomando cuerpo, creciendo, agigantándose, hasta el extremo de preguntarse:

—¿Amo á esa mujer?

Y contéstale una voz interior:

—Sí, sí...

Lo que para la castellana fué un enigma psicológico, para Hispaleto fué una evidencia, una persuasión, una realidad.

No podía equivocarse; lo que sentía, lo que experimentaba, lo que la traía taciturno y pensativo, era *amor*.

Amor casto y puro; receloso, empero, de no ser correspondido.

Amor que no debía ni podía revelar en su posición oscura y pobre, osando haber puesto su corazón en un objeto tan alto, tan elevado.

Que guardaría eternamente en su alma, si era

preciso, si era menester, por más que conociese toda su fuerza é intensidad.

El cambio, la transformación del artista en su obra no se debía ya á lo que la *realidad* le inspiraba; ni á la hermosura, á la belleza indiscutible, evidente, del modelo; sino á los sentimientos que albergaba su pecho.

«Sentía, y por ello expresaba,» como había dicho el marqués.

Antes no sentía, y no expresaba.

A muchos artistas y escritores les sucede lo mismo.

Sabido es que los griegos atribuían al *amor* el origen de la pintura, cuya historia se pierde, en efecto, en las nebulosidades del tiempo y de la fantasía.

Pues bien; la fábula, por los griegos inventada, se reprodujo en gran parte en las nuevas aptitudes y condiciones estéticas del joven pintor.

Fué aquéllo en el artista el despertar de un sueño; el renacer á la vida intelectual, artística y moral respecto de las que hasta entonces había estado muerto.

El prodigio fué tan patente, el milagro tan notorio, que todos pudieron apercibirse, y se apercibieron, de su realización.

—¡Esa mujer le ha inspirado!—dijeron los amigos de doña Catalina.

Y al oirles el marqués, quedando perplejo por algunos instantes, exclamó para sí:

—¿Se amarán los muchachos?...

Y reflexionando, pensó:

Sería gracioso que yo mismo hubiera traído á mi sobrina á su estudio y que se quisiesen los dos.

Repasó entonces Valdespinar en su memoria los incidentes todos de la primera visita de la joven al estudio de Hispaleto, lo ocurrido durante las sesiones sucesivas, en las cuales había permanecido sin separarse de María y de Juan un solo instante, y se tranquilizó por completo.

—¿Quizás se amen?—reflexionó.—Pero si así fuese, su amor es un amor ideal, silencioso, callado, que permanece velado en el alma de los dos.

Y espiando con cuidado á los jóvenes, sorprendió sus miradas y adquirió la persuasión de que se querían.

—¡Brava cosa ha hecho! ¡Cuando Leonor lo sepa!...

Y luego, parándose algo más, se dijo:

—¿No es de ella, sólo de ella la culpa?... Nada nos tendremos que reprochar, si mis sospechas son ciertas, son verdad... Ella primero; yo después.

Como se ve, lejos de desagradar al marqués la recíproca inclinación de dos seres á quienes estimaba, á quienes quería á su vez, fué éste un descubrimiento que lo regocijó.

—Quien así logra transformarse como artista, se transformará como hombre, haciéndose digno

del cariño de un ángel como María,—pensó.

Y fijándose en la docilidad con que la doncella se sometía por completo á la voluntad del pintor, y á la suya, en cuanto á ocultar á doña Leonor sus idas al estudio del artista, cooperando efizcamente á que se efectuasen sin excitar sospecha alguna por parte de su mujer, adquirió doble convencimiento de que no se engañaba.

Una pertinaz dolencia retuvo en su palacio á la marquesa por algunas semanas, que aprovecharon don Enrique y María para salir juntos, á pretexto de haber aconsejado el médico á la castellana que pasease; logrando que, á mediados de Agosto, el cuadro quedara concluído, completamente terminado.

Valdespinar dió á su amigo un grueso cartucho de *águilas de oro*, y á la vez una carta, que le rogó no abriese hasta tanto que hiciera tiempo que se hubiesen ausentado del estudio su sobrina y él.

—Según eso, ¿no pensáis volver más?...—le preguntó Juan con amargura.

—Vuestra tarea ha terminado,—le contestó don Enrique,—el cuadro es mío; os le dejo, tan sólo el plazo preciso para que le barnicéis y se seque por entero; después me encargaré yo de mandar por él cuando os digo en ese papel.

El rostro del artista expresó un profundo sentimiento, un hondo pesar; el de María, una agudísima contrariedad.

Valdespinar pareció gozarse por algunos instan-

tes en la elocuente actitud de los jóvenes; después, les dijo de repente:

—Esto no quiere decir que yo no vuelva aquí, ni que uno y otro os dejéis de ver.

—¿Dónde? ¿Cuándo?—preguntó Hispaleto.

Y María esperó la respuesta cambiando de color.

—También hay un párrafo sobre eso en la carta que os suplico leáis, amigo mío.

Y como Juan se dispusiese á abrir la carta, lleno de impaciencia, le contuvo el marqués con un ademán imperativo.

—Tengo derecho á impedir que cometáis esa imprudencia,— dijo casi con enojo Valdespinar.

—Perdonad,—balbuceó el artista avergonzado.

—Y don Enrique, cambiando de tono, añadió:

—Ahora, despedíos como dos buenos amigos.

Juan tomó la mano de María, y la llevó á sus labios; la joven se puso encendida como la flor del granado al recibir el ósculo primero del enamorado, se echó el velo apresuradamente sobre el rostro, y salió del estudio.

Valdespinar, comprendiendo el tormento de su sobrina, la dijo apenas estuvieron en el portal y antes de llegar á la calle:

—Le volverás á ver.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! tío!—exclamó María abrazando al marqués.

Y la castellana esperó á que don Enrique, que no mentía nunca, cumpliese aquella promesa,

que, por lo oportuna, hizo mucho bien á su corazón.

Todo aquello, aunque pasó rápidamente, tuvo para nuestros personajes una grandísima importancia.

A partir de ella, la posición de los tres quedó definida, aclarada.

XI.

La carta de Valdespinar.

No bien salieron de su estudio el marqués y María, el artista corrió el cerrojo de la puerta que daba al pasillo, y en vez de contar las *águilas de oro,* se dispuso, desconfiado y trémulo, á abrir la carta de Valdespinar.

En momento tan crítico, dieron con suavidad dos golpes á la entrada en la sala.

—¿Quién llama?—preguntó amostazado el pintor.

—Soy yo,—contestó doña Catalina.

—Dejadme ahora;—la contestó don Juan.—Necesito estar solo.

—Es que hay aquí una persona que desea hablaros con premura.

—Que vuelva.

—Asegura que es urgente lo que tiene que deciros.

—Mañana.

—Insiste en pediros una audiencia.

El pintor hizo un gesto de resignación.

Conociendo á su patrona, encontró desde luego preferible salir pronto del paso, á insistir en su negativa; y guardando el papel que le había dado don Enrique, descorrió el cerrojo y abrió la puerta de la cámara.

De las sombras del corredor surgió la figura de un hombre alto, delgado, vestido de negro riguroso, y el rostro cubierto con un medio antifaz.

El artista se retiró maquinalmente algunos pasos para dejarle entrar.

La dueña de la casa no le acompañaba; se había alejado al sentir abrir la puerta.

En otra ocasión su conducta habría extrañado á su pupilo.

—¿Qué se os ofrece, caballero?—preguntó Hispaleto al recién llegado.—Y os llamo así, porque presumo que lo seréis, y os descubriréis para que os conozca, ó al menos vea vuestra faz.

—Nada os importa el conocerme ó no... Vengo á haceros una oferta, ó proponeros un negocio.

—Decid cuál sea, y marcháos luego... Tengo que hacer.

—Deseo adquirir una obra vuestra.

—¿Sabéis que soy artista?

—Lo sé.

—Vos diréis el asunto que...

—Le tengo escogido...

—No os comprendo.

—Os compro ese cuadro;—dijo con viveza el des-

conocido, señalando al que el marqués acababa de pagar.

Juan quedó asombrado.

—Está vendido,—respondió.

—No creo por eso haber llegado tarde...

—Es difícil entendernos.

—Si os lo pagase regiamente...

—De modo alguno; os digo que está vendido; ved aún sobre esa mesa el dinero...

—Poca cosa os han dado... Os lo pago mejor.

—No he contado lo que contiene ese paquete.

—Pues contadlo, y os doy tres, cuatro veces más... Podéis hacer otro para vuestro comprador; disculpáos con él como queráis; inventad un pretexto, y os quedaré reconocido.

—¿Me conocéis, caballero?

—No.

—En ese caso, os disculpo; soy incapaz de mentir, de engañar á nadie... El oro no es para mí, ni lo será jamás, una tentación.

—Ved que haríais un magnífico negocio.

—Vuestro lenguaje me hace creer que sois vendedor de cuadros, y, en ese caso, se explica vuestra tenacidad.

—Os equivocáis.

—Pues vos os engañáis, no menos, al suponerme capaz de un hecho infame... Me injuriáis... Salid.

La paciencia del artista se iba agotando; la ira se dibujaba en sus facciones.

—Cualquiera que no fuese yo, diría que me arro-

jáis de vuestro estudio...—replicó con sorna el del antifaz, el desconocido.

—Juzgad de mi conducta como mejor os parezca... No puedo venderos este cuadro, que ya no es mío, que pertenece á otro.

—¿Y hacerme de él una copia?

El enmascarado se batía en retirada.

—Tampoco,—contestó con energía Hispaleto.

—Os la pagaré doble que el original,—añadió insistente el importuno.

—No puedo complaceros.

—¿Y si triplicara la suma?

—Os cansáis inútilmente.

—¿Y si á pesar de vuestro empeño, el mío fuese mayor?

—¡Por Belcebú, que me váis impacientando!

—Es que deseo tanto esa obra vuestra, que estoy dispuesto á arrebatárosla, si os negáis á vendérmela.

—Intentadlo...—gritó fuera de sí Hispaleto; y tomando una daga de una panoplia que había en uno de los extremos de su estudio, se puso en guardia.

El enmascarado prorrumpió en una carcajada forzada, premiosa, sarcástica y cobarde.

—¡Tenéis el genio muy vivo!—murmuró.

—Y vos pesado en extremo...

—Os sulfuráis fácilmente.

—¿Olvidáis que me habéis amenazado?

—Fué por probaros... Sed razonable, joven... Suscribid á mis deseos.

—¿Que son adquirir esta obra?

—Sí.

—¿Y por qué no otra?

—Esa, y no otra, quiero.

Juan miró de arriba abajo al del antifaz, y le pareció joven.

Su barba, rubia y cerrada, no tenía una sola cana; sus cabellos, cuidadosamente peinados, eran los de un hombre de veinticinco á treinta años, y por su mente cruzó una sospecha.

Aquella sospecha fué una chispa que enardeció el corazón del pintor.

—Vuestra conducta,—dijo,—es singular... ¿Qué hay en ese cuadro que os le haga preferir á cualquier otro?

El desconocido no esperaba esta salida por parte de Hispaleto, y comprendió la trascendencia que podía tener el paso que acababa de dar,

Le interesaba no comprometerse; le convenía no descubrirse.

Por fortuna, la de Carvajal acudió á las voces de su huésped, y el encubierto aprovechó su llegada para salir de la estancia.

Su fuga acabó de irritar al artista.

—¿Quién es ese homlre?—preguntó á doña Catalina.

—Lo ignoro;—le contestó ésta, procurando que el joven no notase su turbación.

—Podíais haberme evitado el disgusto de recibirle.

—Yo ignoraba...

—Es un grosero, un importuno; si es que no es un ladrón.

—¡Ladrón! ¡ladrón! habéis dicho... ¡Oh! qué miedo.

—Siempre sois lo mismo; después de cometer una imprudencia hay que consolaros.

Preocupaba tanto á Juan la carta del marqués, que, olvidando el incidente de aquella extraña visita, ordenó á la Carvajal que saliese, advirtiéndola que no admitiese á nadie que preguntase por él ó quisiese verle.

Cuando la dueña de la casa volvió á salir, el desconocido había desaparecido.

Le conocía ella perfectamente; era el asistente al Santo Viático, el curioso, el preguntón.

—¡De buena nos hemos librado! ¡Qué imprudencia!—pensó.

Y por vez primera cruzó por su mente la idea de que aquel sujeto pudiera ser un enemigo oculto del pintor.

Su ceguedad había sido grande.

—Por fortuna, puede todo remediarse... Con no volverle á dejar entrar en el estudio de don Juan... ¡Torpe de mí! ¿Qué habrá ocurrido entre ambos? Él no se ha dado á conocer...—prosiguió hablando consigo misma,—y se propuso averiguarlo en la primera ocasión que se ofreciese para conseguirlo. Era tenaz en esta clase de resoluciones.

El mal estaba hecho; la escena debía tener consecuencias desastrosas para el pintor.

Mientras de la manera que dejamos indicada, discurría y razonaba doña Catalina, Hispaleto, abriendo la carta de don Enrique, la leía con vivísimo interés.

La carta decía así.

«Amigo mío: Os dejo la suma que hallaréis en ese cartucho, después de descontar del precio de vuestro magnífico cuadro lo que me debéis; aceptadla, pues; y ni aun así creo recompensaros el lienzo como merecéis... La mañana del 8 de Septiembre próximo enviaré por mi valiosa adquisición, y por vez primera os espero á comer en mi palacio, que es vuestro. Os suplico que no faltéis. Siempre de vos, amigo sincero,

VALDESPINAR.»

El regocijo embargó el alma del artista; tenía dinero, y aunque lo necesitaba, no se detuvo á inspeccionar cuánto era lo que le había dado el marqués.

—¿Qué me importa esto,—se decía,—al lado de la dicha que ese hombre noble y generoso me proporciona?

Y sin darse cuenta de ello, dirigió una mirada expresiva y cariñosa á su obra, bendiciendo la hora feliz en que la había concebido y el cómo la había ejecutado.

—No debo quedarme sin una copia del retrato de María,—discurrió de repente.

Y al momento preparó una tabla, donde se propuso, sin que nadie le viese, reproducir las hermosísimas facciones de la joven.

Nadie debía conocer su nuevo trabajo, y consiguió su intento, encerrándose en su estudio muchas horas, y guardando la tabla en un guardarropa, cerrado con llave, siempre que salía.

Preocupado con esta tarea, apenas abandonaba su casa.

El marqués dejó también de ir en su busca.

—¿Qué hará?—se preguntaba la Carvajal, y se desesperaba de no poder adivinarlo.

—¿Por qué no salís?—preguntó á su huésped, que se vió obligado á fingir una enfermedad cualquiera para librarse de las cavilaciones de la viuda.

Alguna vez tuvo también que disculparse con su amigo por negarse á salir con él.

Ansiaba que llegase el día prefijado, y sólo se preocupó por algunos instantes de hacerse un traje digno para presentarse en casa de Valdespinar.

Ya comprenderán nuestros lectores que no sería por su señora ni por el marqués, sino por María, tan delicada atención.

No habiendo vuelto á ver en tanto tiempo á la encubierta dama, la idea de que iba á conocerla le inquietó algún tanto.

—Debe ser joven y bella,—se decía.—Pero como María, imposible,—pensaba en seguida; porque

para Hispaleto no había en el mundo mujer ninguna que pudiera agradarle como la castellana; que es este achaque de enamorados; el de tener sólo por hermosa á la que se quiere, á la que se ama, no sólo siéndolo en realidad, como lo era María, sino ni aun careciendo de esta cualidad.

Esto explica la variedad de gustos que en materia de hermosura, de belleza y sinpatías existe, y sin lo cual no sería dable la preferencia que nos merece una mujer con relación á otras, y hasta llegarían á agradarnos todas de un modo igual.

No hay nada en que nos fijemos que no revele la alta sabiduría del Creador y la manera admirable con que lo ha dispuesto todo para nuestra dicha y nuestro bienestar.

El dicho vulgar de «la media naranja,» no es un absurdo ni una utopia.

Destruid en cualquier sentido las leyes que Dios ha grabado en nuestra alma, que ha escrito en nuestra conciencia, y al punto veréis destruída, ó perturbada, por lo menos, la sociedad.

Cumplid, por el contrario, vuestros destinos sobre la tierra; llenad vuestra misión en el mundo, y veréis surgir de vuestros actos más insignificantes la complacencia y la felicidad.

Hispaleto y María, desde que se conocieron se amaron; desde que se vieron por vez primera la tarde del Santo Viático, se consagraron el uno para el otro, y nada ni nadie podría separarlos, sino

de un modo violento, ó sea por astucia, muerte, ó fuerza mayor.

La carta del marqués revelaba el exquisito tacto, el mundo y la delicada penetración de don Enrique.

¿Cómo dejar de quererle Juan y María?

Se había apoderado de su secreto, y lejos de serle desagradable, favorecía el cariño de los jóvenes.

Esto era mucho, era más de lo que podían esperar y apetecer.

Descubrió Valdespinar en Hispaleto merecimientos extraordinarios: juicio, reflexión, talento, laboriosidad y honradez, y se persuadió que por todo ello acabaría por entrar en la buena senda en todos sentidos, hasta en lo de creer y practicar.

El era dichoso, muy dichoso, desde que se había unido en matrimonio á doña Leonor del Aguila; ¿por qué no había de serlo el artista, uniéndose á su sobrina?

El primer efecto de aquel cariño, de aquella pasión, de aquel amor, había sido hacer brotar en el alma del pintor la inspiración; á éste seguiría seguramente con el trato lo demás que de él había logrado su virtuosa mujer.

Porque bueno será que anticipemos que la vida de Valdespinar había sido muy borrascosa, por más que hubiese durado poco tiempo el extravío de sus ideas y el apartamiento de su deber.

Nada hay que cambie y transforme con más facilidad á un hombre, como el cariño de una mujer,

si esa mujer es buena, modesta, sufrida, silenciosa, de buen criterio, aunque no posea grande inteligencia, ni menos vasta instrucción.

En el hogar brillan más las virtudes domésticas que las grandes habilidades y los grandes talentos en la que el hombre escoge por esposa y para madre de sus hijos.

Apenas si hemos conocido un matrimonio dichoso, cuando la mujer es superior al hombre en materia de instrucción, ni aun en el caso de ser iguales en condiciones de talento é ilustración.

Por no pensar en esto, ante todo y sobre todo, hay enlaces funestos, consortes mal avenidos y malos padres.

Al elegir compañera, no todos tienen el tacto debido, ni la reflexión y el juicio necesario. Se dejan deslumbrar, seducir y hasta engañar por exterioridades que luego se desmienten, por cualidades que no resisten el trato diario, íntimo, familiar y constante de la vida conyugal; y cuando lo notan, cuando se dan cuenta de su error, es casi siempre tarde para enmendarle.

Los novelistas estamos obligados á hablar de todo en nuestros libros, y no hemos de desmentir nosotros, que lo somos, en estas obras, no sólo dedicadas á los buenos creyentes, sino al público en general.

El marqués de las Cuevas tenía una larga experiencia, un recto sentir, y no vaciló en escribir aquella carta que conocemos á su amigo.

Le faltaba tan sólo disponer las cosas de manera que no se disgustase doña Leonor, y á esto se consagró casi por entero desde que vió concluído el regalo singular que se proponía hacerla en el aniversario de sus bodas.

Una comida de confianza, de amigos íntimos; la sorpresa del cuadro; la presentación de su autor... esto era cuanto se proponía; y su esposa, á quien tenía acostumbrada á solemnizar siempre aquella fecha memorable, suscribió á cuanto quiso decirla el marqués; no extrañando que su marido desease aquel año, como los anteriores, demostrarla su cariño invariable, constante y fiel, cual cumple, en una palabra, á todo hombre bien nacido tener á su consorte, si élla le estima y corresponde como doña Leonor correspondía al amigo del pintor.

Ansiaban Valdespinar é Hispaleto que los días transcurriesen con velocidad.

Por lo que respecta á María, ¿qué diremos que no adivinen fácilmente nuestros lectores?

Les haríamos una grave ofensa deteniéndonos mucho sobre este particular.

La inocente criatura había pasado del desconocimiento de sus afectos, á la evidencia de su cariño y á la certeza del objeto amado.

Lo que la asustaba antes ignorándolo, á la sazón la complacía sabiéndolo; y por más que no preguntase á su tío, no había olvidado un solo instante su promesa.

Sin ella, no hubiera podido vivir.

—Le veré... Vendrá á nuestra casa... Hablará conmigo... ¿Cuándo sucederá todo esto?—se repetía, retirada en su aposento, sin cesar.

Y su corazón la hacía presagiar que sus ensueños de felicidad se realizarían pronto, acaso cuando el marqués hiciera el regalo del cuadro del Santo Viático á su mujer.

Contaba, afanosa, los días que faltaban para el 8 de Septiembre, y esta fecha la tenía impresa en su alma con caracteres de fuego, de amor, de pasión.

Y así es que ahora daba rienda suelta á sus esperanzas, muy al contrario que la sucedía antes de su segunda ida en compañía de su tío á la casa contigua al Arco de Santa María.

El beso respetuoso que había impreso Hispaleto en su blanca y delicadísima mano, la hizo comprender la vehemencia con que era correspondida, que en este punto las jóvenes, por inocentes é inexpertas que sean, no se equivocan con facilidad.

Aquel beso había sido para la castellana una elocuentísima declaración.

Pero la mayor, la más grande muestra del amor de Juan hacia María, estribaba en su obra de artista.

En este particular la evidencia se imponía.

Bastó que Hispaleto colocase en el lienzo la figura de la doncella, para que el cuadro adquiriese lo que no se aprende ni se copia, lo que es individual, personalísimo: la inspiración, el genio.

Esto lo comprendía la joven por instinto, y la enorgullecía, la congratulaba, la hacía feliz.

—María ha vuelto en sí,—solía decir doña Leonor á su marido.—Los paseos que ha hecho contigo la han sentado perfectamente. Hubo un tiempo que temí por su salud,—añadía la dama,—que estuve tentada por escribir á su padres, por decir á mis hermanos que viniesen por ella á Madrid... Ahora me alegro no haberlo hecho; porque esa niña es para nosotros una verdadera necesidad.

—Las cosas andan muy mal por Castilla,—le replicaba Valdespinar,—y lo mejor sería, no que ella fuese allí, sino que nuestros hermanos se viniesen por acá.

—¡Están tan apegados á sus terrones!—le objetaba doña Leonor.

—La tierra tiene eso; si no...

—¡Pobres gentes! No aciertan á separarse de ella, á abandonarla jamás.

—Por conservarla, luchan; por mantenerla, pelean.

—Y se dejarán morir.

—Todo me hace creer que sí. ¡Desgraciada España cuando ellos dejen por completo de ser felices!... La agricultura es el elemento más preciso para la riqueza, el bienestar y el engrandecimiento de los pueblos; la agricultura, *da*; todo lo demás, *pide*, *exige*, *demanda* y *quita*... Por eso yo, á pesar de vivir lejos de nuestras posesiones, de nuestros

terruños, estoy identificado con ellos y no los olvido nunca.

—Me complace que penséis así.

—Todo es para mí grato cuando os agrada á vos. Y á propósito,—dijo en una ocasión de repente Valdespinar,—se acerca el 8 de Septiembre.

—No necesitáis recordármelo, —añadió doña Leonor; —¿tendréis dispuesto vuestro regalo de costumbre, no es verdad?

—Este año pienso que os ha de ser muy grato; más todavía: que os ha de admirar.

—A que váis á tener la debilidad infantil de anticiparme...

—¡Ah, no! Este año, no... Para eso quiero reunir á mis amigos más íntimos.

—¿Los de siempre?

—Por de contado.

—¿No traeréis á nadie que no haya celebrado con nosotros el aniversario de nuestras bodas?

Y doña Leonor, que parecía como si adivinase algo de lo que su marido proyectaba, procuraba escudriñar el pensamiento del marqués con su dulcísima mirada.

Valdespinar estaba muy prevenido, muy en guardia, y no se dejaba sorprender.

—Nada temáis, —la decía, sin embargo, con marcada intención para desvariar á su mujer.

Y poco á poco, y siempre de común acuerdo y con unánime sentir, acordaron los pormenores del banquete, las invitaciones que debían hacerse, y

todo estuvo prevenido y dispuesto á gusto de don Enrique, y á satisfacción de María, con la cual el matrimonio consultaba estas cosas con el mayor gusto y la más sincera ingenuidad.

—¡Qué buenos son mis tíos! —exclamaba agradecidísima la castellana.

Y ya volvió á escribir alegre, expresiva y contenta á sus padres, que no la olvidaban nunca y esperaban verla pronto embelleciendo su hogar.

XII.

¡El 8 de Septiembre!

No debe prescindirse, ni echarse en olvido, que escribimos este libro con idéntico fin que los que anteriormente han aparecido nuestros de igual índole, del mismo género, y á los que el público ha dispensado una acogida en extremo deferente y bondadosa.

Pues bien; esas deferencias y esas bondades han puesto á prueba, como nunca, esta vez nuestro reconocimiento y gratitud, obligándonos, por circunstancias excepcionales, muy propias de este país de plagios y anticipaciones capaces de malograr toda idea, ó cuando menos de ocasionar y producir grandes trastornos, á lanzar antes de tiempo á los vientos de la publicidad la presente producción.

Cuando se nos propuso ensayar nuestrás débiles fuerzas escribiendo *La Madre de Jesús*, el editor de aquel libro, grande amigo nuestro, nos aseguró que había propuesto á un fecundísimo y acreditado

literato desenvolver aquel pensamiento, y se había negado, ó diferirlo por lo menos el complacerle.

Sólo con esta condición aceptamos, por nuestra parte, reconociendo previamente nuestros temores, á emprender aquella obra, con la cual hemos iniciado las sucesivas y posteriores.

No ha faltado alguien que nos imite después, escribiendo, si así parece, mejor que nosotros; pero utilizando, por lo menos, la idea que tanto trabajo nos impuso, y á que tanto nos costó imprimir interés y novedad.

Si acertamos ó no en aquella leyenda religiosa, imitación de *El Mártir del Gólgota*, de Pérez Escrich, nuestro maestro y amigo querido, dígalo el éxito fabuloso que alcanzó, y el que aún merece al público católico en general.

Hicimos luego *Los Apóstoles*, y aunque no tanto ni mucho menos que la anterior, no quedó desairada aquella producción, acaso porque su título no excita, no mueve ni despierta tan viva curiosidad.

Se nos pidió á seguida una composición más; hicimos *María Magdalena*, libro que ha penetrado en multitud de hogares y que se lee con avidez, en sentir de multitud de personas.

Tuvimos en dicha obra la debilidad de anunciar ésta, y hé aquí que ese solo anuncio ha bastado para querernos arrebatar la gloria de ser los primeros á ensalzar en forma legendaria, histórica y de novela, las glorias de una de las figuras más intere-

santes, más bellas y más poéticas del Santoral español.

Era forzoso resolverse, hacer un esfuerzo, quizás superior á nuestras débiles fuerzas.

Improvisar un libro, en medio de obligaciones que se nos imponen ante todo y sobre todo, diaria y constantemente.

Y esto no porque no hubiésemos pensado el asunto, ni hecho estudios sobre él, ni dejado de tomar apuntes y notas, y hasta hecho viajes con el fin de inspirarnos en los sitios, en los lugares mismos que *Teresa de Jesús* santificó y glorificó en vida; no.

Pero quisiéramos haber tenido mayor tiempo aún para escribir, y nuestro querido editor y los demás artistas para prevenir sus trabajos de ilustración.

Ni unos ni otros hemos podido aplazar nuestras respectivas tareas.

El dilema, una vez planteado, había que resolverlo valientemente, y le hemos resuelto.

Ayúdenos el público con su acostumbrada galantería, y esperamos cumplir como buenos en tamaña y dificilísima lid.

—Adelante...—se nos ha dicho por un carácter de hierro, por una voluntad enérgica, é impregnados de lo grandioso, de lo patriótico y nacional de la idea, adelante iremos, siquiera fuese con sólo el auxilio de nuestro entusiasmo y de nuestros propósitos.

Que aguijón, y aguijón fuertísimo, es para nosotros esa multitud de libros que arrojan, que vo-

mitan sin cesar las prensas españolas, y en los que, dando pasto á los *sentidos*, se olvida el alma, el corazón, el concepto moral y las creencias, cuando no se hieren y lastiman cosas tan sagradas con descaro y rudeza sin igual.

Deber imperioso es poner correctivo, si no tan valioso por mérito literario, al menos no menos entusiasta, á una cruzada tan terrible y perjudicial.

Literatura transpirenáica, que sólo cabe se mantenga y viva en pueblos gastados ó emponzoñados por un materialismo grosero, y ateismo desvergonzado.

Plaza, plaza... á esta obra nuestra, pobre y modesta, como es por ser nuestra; grande, empero, por los ideales en que se inspira é informa.

Ya hemos combatido ese género de producciones que se dicen *realistas* ó *materialistas*, no sólo con razonamientos, sino oponiendo género á género, gusto y moderaciones á extravíos y licencias inconcebibles.

Nos faltaba, empero, lanzarnos de lleno y sin miedo una vez más en ese camino, y hoy nos cumple hacerlo así en esta producción religiosa, y á la vez eminentemente española, en la que vamos á presentar el Prototipo de la espiritualidad y la santidad, empleándose en actos, en obras que pasman; escribiendo libros que asombran, y cuya fama llenan el mundo.

Y esto, de manera que *popularicemos* esa hermo-

sísima y encantadora figura que se adora en los altares, que se venera en infinito número de viviendas, que hace meditar á los sabios, á los literatos, á los artistas, inspirando á todos un verdadero cariño, un profundo respeto, y un legítimo y nobilísimo orgullo nacional.

Españoles y católicos eran los marqueses de las Cuevas; Juan Hispaleto, por más que se encontrara inficionado por el error; doña Leonor del Águila, María Sánchez de Cepeda del Águila, doña Catalina Carvajal, la dueña de la casa adosada a Arco de Santa María, entonces en pie en la hidalga y nobilísima villa de Madrid, y, por último, los deudos y los amigos todos de los personajes que hasta el presente hemos presentado en acción.

Por esto, la aurora del 8 de Septiemdre de 152... fué para ellos motivo de regocijo.

Y el cielo de la Iglesia santa, como el cielo de la naturaleza, brillaron aquel día con torrentes de luz, de cánticos y armonías.

Día sin nubes, sin celajes; alegre, risueño, feliz.

Deseado, anhelado, muy especialmente por la bellísima sobrina de los marqueses de las Cuevas, por don Enrique y por doña Leonor.

Procuraron éstos, como buenos católicos, consagrar las primeras horas de la mañana de aquel día, festejando el *gran suceso* del nacimiento de la Virgen Santa, de la madre de Jesús Dios.

No pudo sustraerse Hispaleto al ruego que le

hizo María la víspera de aquel día, escribiéndole por vez primera.

Ved aquí el contenido de su carta:

«Juan: Si me amáis, haced por mi amor lo que voy á deciros. Acudid al templo mañana á primera hora, y al mismo tiempo que yo confiese y reciba el pan de los ángeles, el pan eucarístico, oid misa vos; sólo esto os pido... Después de hacerlo así, venid sin temor al palacio de mis tíos, porque me habréis demostrado, como yo os lo demuestro por mi parte con esta súplica, que es santo y puro nuestro amor.

MARÍA.»

Hispaleto recibió la carta de la joven con miedo.

No la esperaba; le cogió desprevenido, y le sorprendió sobremanera..

Pero cuando la leyó con la avidez que inspira siempre esta primera prueba del cariño de una mujer á quien se ama, su asombro no tuvo límites.

María había adivinado las luchas que mantenia interiormente el escéptico, el descreído artista, y aquel golpe, aunque rudo en cierto modo, era certero para su alma y su corazón.

Los sucesos todos que le habían ocurrido desde su llegada á Madrid, eran muy bastantes para producir en su espíritu, en su conciencia, en su cerebro, una benéfica reacción.

Despertáronse enérgicos en el joven pintor los recuerdos primeros de su infancia; la piedad in-

consciente, pero ardorosa y entusiasta, de sus bienhechores.

Su amor al arte hizo que visitase los templos, viéndose varias veces obligado á tener que esperar que acabaran los Oficios Divinos, y hasta á oir las pláticas y sermones, algunos de los cuales le impresionaron por la elocuencia y el buen decir de los predicadores.

Respirando la atmósfera impregnada de incienso y flores de aquellos lugares santos; teniendo que confesar el fervor de los fieles; escuchando los suavísimos acordes de la música, Hispaleto, que era verdaderamente artista, había llegado á arrodillarse al alzar la sagrada Hostia, ó al bendecir el celebrante al pueblo con el santo viril.

Sobrevínole luego la enfermedad que conocemos, hallándole en tales condiciones de espíritu; y, aunque no con completo gusto, se resignó á los consejos de la dama encubierta.

Acaeció á seguida su mejoría, su convalecencia, el trato con Valdespinar, y durante todo aquel tiempo se rectificaron insensiblemente muchas de sus equivocadas ideas y extraviados conceptos.

Surgió en su mente, sin saber por qué ni cómo, la idea del cuadro que por coincidencia extraña y singular se propuso encargarle el de las Cuevas, y él había concebido antes.

Y su continuo meditar sobre la imponente ceremonia concluyó por hallarla digna del mayor respeto.

Lo que acabó, empero, de vencer, de seducir, de cambiar, de transformar artística y moralmente á Hispaleto, fué la precisión de retratar á María, á la castellana, que surgió en su vida, más como una aparición, como un ensueño, que cual criatura humana y ser real.

Llegó para el pintor un momento en que la vió más de cerca, en el que pudo persuadirse y cerciorarse de que la quería, que la amaba; y lo que fué para él más venturoso y decisivo, es que élla le correspondía.

Y aquel joven extraviado, pervertido, mas no muerto para la verdad, puesto que era capaz de sentir y amar, se rindió á la acción misteriosa y bondadosísima de Dios.

No por entero, no buscando á un sacerdote y diciéndole sus pecados, sometiéndose á penitencia y á enseñanza, como habría hecho un verdadero creyente para alcanzar el perdón é ingresar en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Pero acatando la creencia ajena, y presintiendo que sólo siendo católico podría hacerse dueño noblemente de la beldad que de manera tan asombrosa había retratado.

La carta inesperada de María, lo excepcional de aquella primera declaración de la joven, puso el sello á cuanto dejamos dicho.

Se dió por vencido; se entregó á discreción, porque su impiedad y escepticismo estaba sostenido por el hábito, por la costumbre, por la imitación,

por el ejemplo, más que por su conciencia, que le gritaba de continuo que su proceder no era bueno.

Creer, es una necesidad; pero el que no practica, aunque crea, permanece indiferente y frío.

La práctica aviva los sentimientos y los mantiene.

Hispaleto fué al templo vecino de Santa María, se lo encargaba así la que amaba, é hizo cuanto vió hacer, y hasta tuvo impulsos de confesarse y comulgar como los demás.

¿Oyó misa como era debido?... No podemos ni debemos contestar á esta pregunta.

Sondear el corazón humano, las intenciones, es obra difícil, y nosotros, al presente, no lo debemos hacer.

Momento llegará en que lo haremos resuelta y francamente.

Enfermo Hispaleto, se había sometido á doña Leonor sin conocerla; bueno y sano, se sometió á María, amándola.

No fué aquello, ni fué esto una verdadera *conversión* del artista, y por nuestra parte así lo conceptuamos; pero de esto á convertirse conscientemente, no había más que un solo paso.

Y cuenta que lo que escribimos no es invención nuestra; hacemos historia, por más que para algunos lo ejecutado por el pintor parezca una ficción, una novela.

A muchos sucede, á muchos pasa lo que á Hispaleto sucedió el día del Santo Viático y el 8 de Septiembre de 152...

No será esto suficiente, no será bastante para entenderse cambiada y transformada una persona; no lo negamos.

Se disiparán, se evaporarán tan excelentes disposiciones con suma frecuencia y suma facilidad; pero no halléis violencia alguna en cuanto venimos relatando, y lo damos como resultado de nuestra experiencia y nuestro conocimiento de las anomalías y los misterios del corazón humano.

Hacía muchos años que el artista se decía anticatólico; pero había sido creyente en su niñez y en su infancia; volvía sobre sí de una manera imperfecta, si queréis, pero volvía, como vuelven otros muchos por causas menos justificadas y excepcionales.

A la juventud, poco raciocinio, poca teología, poca exigencia; mucha bondad, mucha condescendencia... Atracción, cariño, tolerancia, y la venceréis fácilmente.

Si agregáis á todo esto sucesos extraordinarios, coincidencias singulares, dudas y misterios que hieran su buen sentido, que le impresionen:

Y hacéis que intervenga el cariño, el amor de una mujer como María, no os atreveréis sinceramente á tacharnos de visionarios, ni de exagerados, ni de fanáticos.

Precisamente por no serlo escribimos así.

Cuanto á Juan sucedía, cuanto hizo la mañana del 8 de Septiembre, á ruegos de la sobrina de los

marqueses y al dar principio á esta leyenda hemos relatado hiciera á súplicas y ruegos de doña Leonor, era *natural.*

Iremos más lejos aún, apresurándonos á reemplazar esa frase tan en moda, y que tantas producciones lamentables inspira, por otra más exacta... Era PROVIDENCIAL.

Era consecuencia de la bondad del Señor para con aquella criatura que venía arrastrando, largos años hacía, la cadena del infortunio por un pecado ajeno.

Y que en definitiva, no él, sino otro, el que lo cometió, es el que merecía y debía purgar.

Doña Leonor del Aguila no habló nunca con su sobrina del artista, sino para lamentar su indiferencia, su falta de fe, y de los temores que abrigaba acerca del fruto del acto á que habían asistido ambas la tarde del Santo Viático.

Después de esto, no habían vuelto á ocuparse de un suceso en el cual la marquesa hizo intervenir á María por no ir sola, porque la acompañase, y del que la joven no quería tratar con su tía por miedo de revelarla el estado de su espíritu y su corazón.

La del Aguila, al conducirse como decimos, por ocultar miras que más adelante conoceremos, no reparó, absorta en sus vacilaciones, en lo que á María pasó durante la ceremonia santa; ni en que aquello fuese el motivo, la causa del cambio operado en su modo de ser, á partir de la tarde me-

morable que el cuadro de Hispaleto debía recordarla de una manera enérgica y trascedental.

Apresurémonos á enlazar los dos acontecimientos más salientes en la nueva existencia moral de Juan desde su regreso á España: el del 20 de Diciembre de 152... y el del 8 de Septiembre del año siguiente, á que hemos llegado en nuestro relato.

Poned entre estas dos fechas los que tuvieron lugar, y convendréis con nosotros en la justicia con que le hemos consagrado tan preferente y minuciosa atención.

El mismo que hacía un año suplicó con empeño á doña Leonor que quitasen el altar portátil colocado enfrente de su lecho:

Que procurado había con especial empeño suprimir en la composición de su obra el Santo Viático, haciendo en vez de esto resaltar la parte puramente técnica y teatral del acto que se propuso reproducir y logró verificarlo de un modo tan magistral:

Juan, en fin, el día de uno de los misterios más hermosos, más bellos, más poéticos de la religión santa que profesamos, fué él mismo á la iglesia matriz de Santa María, ¡y oyó misa!

¡Qué cambio! ¡Qué transformación!

Resumamos sin temor:

¡Dichosa influencia la de la mujer en la tierra, cuando de una manera así se ejercita y sabe emplearse!

¡Vergonzosa y deletérea, cuando sólo sirve para avivar los sentidos y llevarnos á lo material, á lo grosero, á lo pasajero y deleznable!

Obra del heroísmo, de la abnegación y el sacrificio, fué la de doña Leonor.

Obra del cariño, del amor más puro y santo, fué la de María.

Hispaleto recogió el fruto del interés de aquellas dos mujeres en cuanto por entonces recogerlo podía.

Ya veremos de qué manera se encargaron las perfidias, las preocupaciones y las vilezas de los hombres de dañarle y destruirle.

Que para enseñanza de verdad y no de mentira escribimos.

Y contra todo lo malo y lo nocivo componemos estas obras nuestras, inspiradas en la mayor rectitud y en la sinceridad de nuestras creencias y convicciones más firmes y arraigadas.

XIII.

Mayores explicaciones.

Un escéptico, un descreído practicando actos de piedad y devoción!

—¡Un hereje oyendo misa!

—¡Esto es absurdo!

—¡Inconcebible!

—¡Puramente fantástico y novelesco!

—No nos lo haréis creer.

A los que tal manera razonen, les debemos *mayores explicaciones*, y se las vamos á dar cumplidísimas respecto al proceder de Hispaleto, del artista á quien hemos presentado hasta ahora con los caracteres más anormales y extraordinarios.

Y esto, no á capricho, sino porque tal era el tipo cuyo estudio moral merece, por nuestra parte, especialísima atención.

Personaje importantísimo en este libro, á quien hemos de ver figurar en sus páginas sucesivas de una manera movida, variada y singular, nos in-

teresa mucho que cuanto de él digamos se encuentre justificado para los lectores de un modo satisfactorio y natural.

No se habrá echado en olvido que el pintor estaba bautizado; que en su infancia, que en su niñez había recibido una educación católica, y hasta que en su mocedad había creído y practicado.

Los azares de su nómada existencia le pusieron en contacto íntimo y familiar con gentes que extraviaron sus ideas.

Que no creyendo ni pacticando, concluyeron por desviarle de toda creencia, y más aún: de toda práctica.

Esto es muy común, por desgracia, y no podréis negárnoslo, por poco que os hayáis fijado en el funesto ejemplo y la perjudicial influencia de las malas compañías en la juventud.

De nada se debe huir con mayor cuidado, en los primeros años de la vida, que de un mal amigo.

Joven, de imaginación fogosa, con aptitudes de verdadero artista, se decía *reformista*, sin cuidarse de la Reforma; se había dicho *protestante* en Inglaterre, por llamarse algo, como dejamos consignado; pero en realidad, no era ni esto ni lo otro.

No era *nada*.

Como sucede á tantos otros á quienes vemos y tratamos todos los días, sin que acaso nos choque gran cosa su proceder y su conducta, porque á ella nos tienen acostumbrados.

En el fondo, en los senos de aquella alma y de

aquel cerebro, empero, subsistían adormecidos los gérmenes de su primera educación y de sus sentimientos católicos; y sabido es que rarísima vez, que casi nunca se borran por entero ni se obscurecen por completo las enseñanzas é impresiones de nuestra primera edad.

Cuidad de sembrar en ella sanas ideas, y no dudéis un punto, que al fin y á la postre fructificarán.

Es ésta una esperanza de padre que nos sostiene y alienta en medio y á pesar de recientes decaimientos y sinsabores.

En tal situación de adormecimiento, de indiferencia, Juan había pasado largos años cuidándose muy poco, ó no cuidándose apenas, de cuestiones religiosas, dándolas escasísimo valer y casi ninguna importancia.

El *arte*, sólo el arte, llenaba su espíritu, preocupaba su imaginación y constituía su culto.

El arte, como forma plástica.

Apenas, ya lo hemos dicho, como expresión del espíritu y del alma.

Desde su llegada á Madrid, todo cambió para el pintor, y los sucesos que conocemos, influir debían en su espíritu, en su corazón y en sus acciones.

Ya lo hemos visto de un modo práctico y tangible.

A su edad, en ciertos momentos de la vida, se es de manera muy diversa que en otros menos fe-

lices y dichosos, é Hispaleto pasaba por ese período crítico, en el cual, sin violencia grande, se cambia y hasta se pasa de un extremo á otro sin dificultad, sin que sea preciso para ello una detenida meditación ni un gran esfuerzo.

Cuando aún se puede *sentir*, se piensa menos ó no se piensa.

No os inquiete tal fenómeno hasta el extremo de haceros desesperar.

Los que bregan todos los días contra estas cosas, ya en la cátedra, en los tribunales ó en el confesonario, seguros estamos que nos darán la razón.

Y que Juan *sentía*, nos lo ha demostrado el lienzo, el cuadro que el marqués había contentísimo destinado su esposa.

¿Por qué extrañar cuanto venimos refiriendo?

¿Por qué hallarlo absurdo é incomprensible?

Poco conocedores del corazón humano han de ser los que de cuanto decimos se asombren, y lo conceptúen violento é inconcebible.

El juego de las pasiones es raro en sí mismo, y, sobre todo, difícil de sintetizar aisladamente.

Cada caso es diferente, y la dificultad del novelista concienzudo, estriba en poderlo explicar.

El ruego, la súplica de María, hecha de manera tan inesperada y con el laconismo de la más profunda convicción, produjo en el ánimo del artista un efecto que, dada la situación de su espíritu, fué suficiente para que adoptase sin violencia una resolución.

¿Sería ésta como la del Santo Viático?

Quizás... Ya lo veremos después.

Doña Catalina vió vestirse al mancebo el día 8 de Septiembre con su traje nuevo, flamante, y la casualidad la llevó á la parroquia misma donde fué su pupilo.

Al encontrarse con Juan en el templo, su sorpresa fué grande.

¿Qué sabía ella de achaques de la juventud?

Para su limitado entendimiento, el mundo era muy reducido, muy diminuto, muy pequeño.

Cuando le vió oir misa, arrodillarse al alzar la Sagrada Hostia como hacían los demás, pensó casi en alta voz:

—¡Él al pie de los altares!

Hispaleto tuvo suerte.

Una numerosa congregación recibió aquel día el Pan eucarístico, y un sacerdote ilustradísimo se ocupó, entre otros asuntos oportunísimos, de enseñar á los fieles lo que es el santo sacrificio de la Misa.

¡Cuántos, llamándose cristianos, lo desconocen, lo ignoran ó lo han echado al olvido!

—«Se ofreció porque quiso,»—dijo el ministro, dando principio á su plática, que el pintor escuchó con suma atención.

Tema apropiadísimo al caso, y que el sacerdote tomó de Isaías [1].

---

[1] C. L. III, 7.

—No hay ejemplo,—prosiguió,—en los anales del mundo, ni le habrá jamás, de otro sacrificio que pueda compararse con el que Jesucristo hizo por nosotros. Apenas la luz había alumbrado la tierra, cuando perdimos, por la rebeldía del primero de los seres humanos, todo título á la felicidad y á la gloria. El cielo, airado, lanzó sentencia de reprobación y de muerte contra los hombres de todos los tiempos y lugares. ¿Qué hubiera sido de nosotros? ¿Qué fuera de nosotros después del ultraje hecho á la Divinidad? Exigía éste una reparación, pero una reparación capaz de reconciliar á la criatura con su Creador.

¡Cuánto tiempo hacía que Hispaleto no había oído hablar así!

—¿Se hallaría,—añadió el orador,—entre los mortales uno capaz de prodigio semejante? No; la humanidad parecía destinada á ser eternamente desgraciada... Oid: el Hijo del Eterno, Jesús-Dios, mide con ojos de misericordia la llaga hecha al hombre; sondea su profundidad, y comprendiendo que sólo un *Dios* puede curarla, se ofrece á su Padre como *víctima* de propiciación. Y *se hace* hombre en las entrañas divinas de María, cuyo nacimiento gloriosísimo celebramos en este día. Y gustoso padece hambre, sed, trabajos, humillaciones, ultrajes, y se deja morir por último en una Cruz.

Aquello era toda una primera y fundamental enseñanza.

El catequista continuó:

—Su bondad no acaba, no se da por satisfecha... y decide llevarla hasta la consumación de los siglos. ¿Cómo? Instituyendo el Santo sacrificio de la Misa y la Comunión; dándosenos en uno y en otro de un modo real y consustancial. Al morir en la Cruz fundó la religión santa que tenemos la dicha de profesar, y transmitió su poder á los encargados de reemplazarle en sus funciones de mediador entre el cielo y la tierra, ordenándoles que subiesen todos los días al altar elegido para inmolarse, como Él lo hiciera, sobre el Gólgota. Si no pudísteis, pues, presenciar el sacrificio que ofreció Jesucristo por nosotros en la montaña santa, podéis ser testigos diariamente, en nuestros templos, de aquella misma inmolación.

El pintor oía, cada vez más extasiado, la palabra divina, y doña Catalina le contemplaba con entusiasmo, con júbilo.

¡Pobre mujer!

Ella, que tanto le quería, que tanto se interesaba por su suerte, había de verle en breve sumido en la desgracia.

A la misma hora en que ambos escuchaban complacidos la instrucción sobre el Santo Sacrificio, que, una vez comenzada, no podemos menos de concluir, se fraguaba la más ruín intriga contra el artista, y era la Carvajal misma la que más había contribuído á su éxito y más fácil realización.

El sacerdote continuó:

—¡Qué multitud de ideas grandes y sublimes presenta á nuestra reflexión el augusto Sacrificio de los altares! ¡Con qué fuerza herirá vuestro espíritu y conmoverá vuestros corazones, si pensáis y creéis que es igual, que es el mismo del sacrificio de la Cruz!... En efecto; en el Calvario veo un Dios grande que ejerce las funciones de sacerdote; un Dios misericordioso que se hace víctima; un Dios todopoderoso que obra los mayores prodigios de amor. Ahora bien; en el sacrificio de la Misa se ve, como en el Calvario, el mismo sacerdote. Porque al designaros al Divino sacrificador que ofrece por nosotros la víctima en el altar, no os hablo de los hombres á quienes Dios ha honrado con el augusto carácter del sacerdocio, no... Por respetables y virtuosos que sean, son hombres; y por lo tanto, criaturas esencialmente imperfectas. Ningún hombre goza el privilegio de convertirse en el sacerdote eterno, de ser el primer sacrificador de la nueva alianza. Jesucristo es, hermanos míos, quien será, hasta el fin de los siglos, el Sacrificador inmortal de esta Iglesia, de que es Jefe. Él es quien se ofrece de continuo á su Padre por nuestras manos, y por esa razón lleva el nombre de sacerdote y le llevará por toda la eternidad. Moisés, según Pablo, sólo era un servidor á quien Dios se dignó hacer administrador de su casa, y lo mismo podemos decir de los sacerdotes de la nueva ley. No somos más que servidores á quienes el Señor ha confiado la dispensación de sus gracias

y sus misterios. El verdadero sacerdote de nuestra religión,—añade el gran apóstol [1],—aquel en quien reside el origen y la plenitud del sacerdocio, es Jesucristo. Y tan exacto es esto, que, al rogar por el pueblo los sacerdotes elegidos de entre vosotros, obligados estamos á rogar por nosotros mismos. Y esto, ¿por qué?... Un sacerdote más santo y más perfecto suple todos nuestros defectos y deficiencias. Y ese sacerdote es el Hijo de Dios, igual en un todo á su Padre. Él es quien se inmola, Él quien se sacrifica, Él quien se ofrece como víctima de propiciación.

Hispaleto, como todos los que escuchaban, no respiraba apenas, oían, y guardaban en su espíritu el efecto santificante de aquella palabra que parecía descender como rocío benéfico sobre sus corazones.

Alguno habrá para quien estas cosas parecerán pesadas; los que no se interesen por ellas pasen adelante, no nos lean; sabemos bien que es difícil escribir á gusto de todos.

Pero nos hemos impuesto un objeto esencialísimo, principal, en nuestros libros, y debemos cumplirlo: necesidad tenemos de predisponer á los que á ellos se suscriban, á cosas muy grandes, muy hermosas, y sólo de esta manera lo lograremos de una manera insensible, y por grados.

Que así hay que tratar á una generación á quien

---

1 Cuya historia legendaria nos proponemos en breve publicar.

se medicina, y conducirse en una época en que se publican obras bien distintas que estas que damos á la estampa, colocando á su frente el nombre de heroínas como *Teresa de Jesús*, maravilla de virtud y santidad por quien sentimos el más vivo entusiasmo.

Ella ha de hablar después; ahora hablamos nosotros; ¿pero cómo debemos hablar? inspirándonos anticipadamente en sus lecciones.

El Ministro se entusiasma, se exalta y exclama:

—Ved á Jesucristo morir en la Cruz para darnos la vida; ved correr su sangre divina en el Madero Santo para la salvación de los hombres. Mi creencia no es errónea, no. Está fundada en la palabra de Dios al instituir el sacrificio de la Misa. «Este es mi cuerpo, nos dice; esta es mi sangre.» ¿Quién se atreverá á rechazar las palabras de un Dios? Abrid los ojos de la fe, los que los tengáis cerrados, y sobre nuestros altares veréis aquel Cordero, que en otra ocasión vió el Apóstol San Juan tendido como muerto ante el trono de Dios; aquel Cordero que borró los pecados del mundo. En el sacrificio de la Misa, es Jesucrito quien, en estado de víctima, se sacrifica, según la predicción de Malaquías, en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra. En el altar, como en la Cruz, Jesucristo, víctima de amor, satisface la justicia de su Padre. repara las injurias que su Padre ha recibido, y restablece los intereses de su gloria. En él, como en la

Cruz, le ofrece en su persona á un Dios humillado á un Dios sumiso y obediente. En él, en fin, hace triunfar su misericordia. «Padre mío, exclama, yo me sacrifico por los hombres.» Palabras, dice San Jerónimo, que convienen á las víctimas, y que Jesucristo repite todos los días, y repetirá hasta el fin de los siglos, cuantas veces se ofrezca en nuestros altares. Lo que quiere decir: «Sí, Padre mío; por ellos estoy aquí, por los hombres en general, y en particular por mi Iglesia, y especialmente por los que veis en vuestra casa y cerca de vuestro santuario. Recibidlos, Padre mío, en vuestra gracia; son criminales, pero yo ocupo su puesto para satisfaceros.»

¡Oración hermosísima!

—Redoblad,—avanza,—vuestra atención; váis á ver en Jesucristo una mezcla inaudita de grandeza y debilidad, de debilidad en su cuerpo, de grandeza en su alma; é idénticas maravillas veréis en el sacrificio de la Misa. Jesús, durante su vida, obedece á los hombres y manda á la naturaleza, sufre el rigor de sus leyes y confunde el orden de los elementos. En la Cruz tiene las manos atravesadas por clavos, y parte la rocas; tiene los ojos cubiertos con las sombras de la muerte, y envuelve á todo el universo en la lobreguez de la noche; pierde la vista y eclipsa los astros; está pronto á entrar en la tumba, y abre los sepulcros de los santos; cae á los golpes de la impiedad, y se muestra á la vez autor de la vida. Y en el momento en que espira, consternada la natu-

raleza entera, rinde homenaje á su poder soberano.

—Habéis visto á Jesucristo en la Cruz, veámosle ahora en el altar... El sacrificio de la Misa, ¿ofrece menos prodigios? ¿anuncia menos poder? No: juzgadlo por lo que sucede todos los días en la celebración de ese augusto misterio... Un hombre habla, y Dios obedece. Pronuncia las palabras sacramentales, y queda en el acto convertida la sustancia del pan en el cuerpo de Jesucristo. ¡Prodigio de poder y de fuerza, prodigio de transustanciación, prodigio de creación y de destrucción! Dios dispone de los lugares como de los cuerpos. El pequeño espacio que abraza una Hostia consagrada, encierra todas las partes esenciales de un cuerpo humano, y ese cuerpo existe en la Hostia de un modo tan extraordinario y maravilloso, que está todo entero en el todo, y todo entero en cada parte; siempre uno, y siempre multiplicado; siempre el mismo, y siempre separado. La resurrección de un muerto no supone tan maravillosos cambios, tan sublimes transformaciones. Si hubiésemos oído aquellas palabras fecundas y omnipotentes, que sacaron de la nada todos los seres que vemos esparcidos por el universo: «Que la naturaleza sea, que la tierra produzca frutos, que el hombre sea hecho á imagen de Dios.» ¡Cuán alta idea nos hubiésemos formado del poder de Dios, cuyas palabras tienen la virtud de producir en un momento todo cuanto expresa!...

...Ahora bien, yo os pregunto: ¿Qué debéis

pensar cuando el sacerdote pronuncia en la Misa estas palabras no menos eficaces y no menos fecundas que las que obraron la creación del universo: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre?» ¿Cabe dudar de la eficacia de esas palabras?... El Dios que ha creado las sustancias, ¿no puede cambiarlas? El Dios que ha cambiado el agua en vino, la vara de Moisés en serpiente, las aguas del Nilo en sangre, ¿no podrá hacer que el pan y el vino se conviertan en su propio cuerpo y sangre? ¿Cabe que nosotros, mortales, sondeemos su poder, midamos su extensión y profundidad? Inclinad vuestra soberbia razón ante la palabra de un Dios. En la Misa, como en la Cruz, ostenta Jesús su poder, su grandeza, su misericordia; acatemos ese poder, esa grandeza y ese sacrificio.

El ministro iba á concluir:

—Los santos ángeles,—dijo,—sólo encuentran dicha junto al trono del Cordero; ¿es posible que los hombres se aburran junto al altar en que ese Cordero se sacrifica? Adorable en espíritu y en verdad, Él es el Dios grande, el Dios único; implorad su clemencia; Él es el Dios de las misericordias; colocad en sus bondades vuestra esperanza. Y viendo las santas disposiciones de vuestras almas, estad seguros que os cubrirá con la Sangre preciosa que vierte para la salvación del mundo, y á la hora de vuestra muerte os recibirá en sus tabernáculos eternos.

El ministro calló, y todos permanecieron mudos; sus postreras palabras se extinguieron en el espacio, y aún resonaban en el corazón de sus oyentes.

Entre ellos estaba el artista.

Se sentía emocionado bajo un estado moral inexplicable.

Se acercaron todos y recibieron una medalla conmemorativa de la festividad del día.

Aquella medalla tenía grabada una imagen y un nombre. Hispaleto la tomó de una manera inconsciente, por imitación, y al leer en ella el nombre de *María*, la llevó á sus labios, la besó, la colocó sobre su justillo de terciopelo morado, y salió del templo.

Preocupado, pensativo, ensimismado.

—El cielo y la tiera se regocijan,—se decía,—¿por qué no regocijarme yo?

Los israelitas cautivos suspiraban por su patria, y con lágrimas y gemidos suplicaban al cielo que se la devolviese. Dios escuchó sus ruegos y les envió un Profeta para anunciarles que presto tendrían un libertador.

De igual suerte Juan, por el amor y el ruego de una mujer, se sintió con ánimos para ir al templo.

Y la palabra divina acabó de predisponerle, acaso para cambiar de modo de ser y de sentir.

¿Fué su transformación un prodigio, un milagro? Nosotros ni lo decimos, di lo negamos.

Meros cronistas de una historia, en la cual hemos de ver y confesar el *prodigio*, el *milagro*, dejamos

á nuestros lectores el apreciar lo que á Hispaleto sucedió el 8 de Septiembre.

Y el por qué fué al templo.

Y oyó la misa que María le encargara.

De estos hechos hemos visto y conocemos muchos.

¿Debemos detenernos más en este punto?

¿Para qué?... Creemos haber dicho sobre él lo bastante.

LIBRO SEGUNDO

ENEMIGOS OCULTOS

I.

Encuentro aprovechado.

Nuestros lectores recordarán la manera brusca y repentina con que el amigo misterioso de doña Catalina abandonó el estudio del pintor, cuando le fué á exigir la venta de su cuadro.

Ganó rápidamente la escalera, y antes de llegar al zaguán, tropezó, no sin sentirse contrariado, con un sujeto que venía de la calle.

—¡Me habéis lastimado!—exclamó el atropellado.

—Perdonad...—le contestó el del antifaz.

—Estáis dispensado...—añadió cortés el ofendido.—Mas, ¡como váis tan de prisa! Y yo vivo en esta casa... ¿Venís del piso segundo?

—No; del principal vengo.

—¿Conocéis á la Carvajal? ¿Al artista, acaso?

—¡Preguntón sois!

—Me dedico á negocios, y pudiérais necesitarme.

—Lo que yo hé menester es que me dejéis el paso franco,—replicó con viveza el atropellador involuntario.

—Id en buen hora... Pero si alguna vez creéis que puedo seros útil, á pesar del pisotón, no os llevaré muy caro... Yo anticipo dinero casi por afición... No cobro réditos.

—¿Según eso, sois prestamista?

—Vos lo habéis dicho.

—Ahora me explico...

—Juzgué en un principio si habríais venido en mi busca... No hay nada perdido... Y si alguna vez vuestra merced, ó algún amigo, se le ocurre... Ya lo sabéis, Arco de Santa María, piso segundo, puerta del centro... Hay un botón junto al ventanillo... Con tocar en él ligeramente, basta...

—No lo olvidaré...

De súbito, y tranquilo al notar que nadie le seguía, el encubierto se fijó en el tipo que tenía delante, y por su mente pasó una idea.

—Aunque por ahora no tenga necesidad de vuestro dinero,—prosiguió,—quisiera indemnizaros del daño que, sin voluntad, os he causado.

—¡Hidalgo proceder es ese!... Si gustáis, podemos subir á mi cuarto. Vivo solo; allí no nos molestará nadie.

—Como gustéis.

—Aquí no debemos continuar.

—Id delante.

—Pudieran vernos, y...

—Sois prudente.

—La reserva es en nosotros un hábito, una necesidad... Os obedezco.

Y sin decir más, subieron ambos al piso segundo.

Obra tosca añadida á la casa para hacerla más productiva, dado el incremento que la Villa iba tomando.

Una vez en el descansillo, el que iba primero abrió la puerta indicada con un llavín que llevaba á prevención en el bolsillo de su ropilla, y haciendo entrar al que le seguía, la cerró sin que hiciera el más pequeño ruido.

Los goznes estaban engrasados, y la cerradura dada con aceite.

—¡Cosa extraña!—pensó para sí el del medio antifaz.

Recorrió el dueño de la habitación un pasillo igual al que había en el piso principal, y penetró, seguido siempre por su acompañante, en una sala algo más pequeña que la que el artista destinaba á su estudio.

La del piso superior recibía la luz de una ventana apaisada.

Junto á ella, y á la izquierda, había una mesa de nogal cubierta con un tapete verde; sobre ella, un enorme velón de tres mecheros, varios legajos con

cubierta de pergamino, un tintero y una salvadera de barro ordinario, y un vaso de vidrio con agua lleno de plumas de ave.

En el frente principal de aquel escritorio se destacaba un cómodo sitial de vaqueta, sujeta con clavos ennegrecidos; varias sillas primorosamente talladas esparcidas por el cuarto, y una colosal copa de bronce, con la ceniza aún de la última vez que en el invierno anterior se había encendido, completaban el mobiliario.

Las paredes, blanqueadas, no tenian un solo cuadro, desnudez impropia de la época: de las bovedillas, al descubierto, pendían algunas telas de araña, y una cortina de lienzo blanco cubría una puerta que parecía dar paso á una alcoba.

Al menos, así lo supuso el recién llegado.

Junto al rincón, y contiguo á la cortina, había un arca de nogal con dobles cerraduras doradas, y sobre ella una papelera colgada llena de libros de varios tamaños.

—Aquí podemos hablar sin testigos,—dijo el prestamista, tomando sin ceremonia alguna asiento en el sillón monumental, que parecía proceder de la celda prioral de algún monasterio.

El del antifaz, sin darse por ofendido ante aquel acto de marcada grosería, cogió una silla y se situó frente al que parecía dueño único y absoluto de aquel cuarto, que revelaba no hallarse al cuidado de mujer alguna.

El prestamista no la necesitaba, en efecto; comía

fuera, y él mismo se servía, repitiendo el adagio de «quien sirve á su caballo, no es lacayo.»

¿Era por esto? ¿Por codicia? Por otras causas más ó menos ocultas en realidad?

De todo había un poco en el aislamiento de aquel hombre.

Ocasión es que digamos, que el que ocupaba el sillón era un ser de pequeña estatura, de edad indefinible y pelo entrecano.

De frente ancha, ojos pequeñuelos, vivos y penetrantes, nariz chata, boca dilatada, labios finos y de ordinario cerrados.

Su serenidad habitual no era repulsiva, antes bien parecía que imprimía á sus facciones un tinte de gravedad que le hacía respetable.

Si se sonreía, su sonrisa inspiraba miedo.

Cuando quería parecer amable, lo echaba todo á perder por completo, mostrando una dentadura mellada, y unas fauces ennegrecidas como las de un perro de Terranova.

El amigo de doña Catalina, que no se había descubierto, que no se había quitado la media careta que cubría la parte superior de su cara, observando atento los rasgos, las líneas marcadísimas de la fisonomía del viejo, calculó que se las iba á ver con un astuto y ladino personaje, y resolvió mostrarse cauteloso y desconfiado.

Tenía, por otra parte, poderosos motivos para conducirse así.

—He querido,—dijo,—que nuestro encuentro casual nos sirviese de algo.

—Y habéis hecho bien; así me gustan á mí los hombres. Nada hay, en efecto, más perjudicial que perder el tiempo y la oportunidad de relacionarse. Toda mi vida he tenido presente esta máxima: «Vale más un buen amigo, que la joya de oro más preciada.»

—¿Sin duda porque vos vivís de los amigos?

—No siempre me sucede así; pero no quiero desmentiros por completo. Además, que «no hay hombre sin hombre.»

—Porque soy de vuestro parecer, me he dicho: El vecino de la Carvajal cabe que me ayude en algo.

—Contad conmigo...

—¿Incondicionalmente?

—Como queráis; «yo hago á pluma y á pelo,»—respondió con cínico descaro el prestamista, pensando para sí:—Nos vamos á entender.

—En ese caso podéis darme un consejo.

—¿Un consejo no más?... Parco sois en pedir. Un consejo «ni cuesta, ni vale dinero...» Nunca las dádivas de ese género me han arruinado.

—¿Habéis visto,—prosiguió el de la máscara, interrumpiendo al prestamista,—un cuadro que pinta el huésped de doña Catalina?

—Una vez tan sólo... ¡obra notable!

—Pues bien, he venido á comprarle ese lienzo.

-¿Vos?

—Sí.

—¿Pide mucho por él?

—No ha querido vendérmelo.

—¡Cosa singular!... Debe estar rico ese muchacho.

—¿Hace tiempo que habitáis en esta casa?

—No; seis semanas no más.

—Entonces...

—Doña Catalina me hizo entrar una tarde... Ahora recuerdo que me dijo que el artista tenía amigos, protectores. Y lo siento, porque ese joven habría necesitado de mí en otro caso... Yo le hubiese tomado sus lienzos á no tener comprador.

—Pues para el que ha pintado lo tiene.

—¡Mucho sabéis!... Yo, si he de deciros verdad, la charla de la pupilera me incomoda... Me ha salido al encuentro repetidas veces, y no la he preguntado.

—Pues bien, yo os lo diré. Esa obra está adquirida por el marqués de las Cuevas.

—¡El marqués de las Cuevas!

—Sí. Don Enrique Valdespinar.

El viejo prestamista varió de color hasta ponerse lívido, y se mordió los labios con sus desquebrajados dientes, murmurando:

—¡Valdespinar!... ¡Valdespinar! ¡Otra vez ese nombre!...

—¿Le conocéis?—le preguntó el del antifaz.

—Sí... Es decir, no...—respondió el viejecillo, recobrando su habitual estado.

Se había vendido; había ido demasiado lejos sin querer, y procuró, aunque tarde, destruir el efecto de sus palabras.

—Pues ese hombre vive en Madrid.

—Le creía...

—Inútil es que disimuléis. El nombre del marqués os ha producido un efecto extraordinario.

—Aprensiones.

—¿Tenéis contra él algún crédito?

El prestamista no pudo contenerse por más tiempo, é incorporándose hasta llegar á tocar casi la cabeza del encubierto, con voz cavernosa y acento reconcentrado rugió estas palabras:

—Sí... un crédito, vos lo habéis dicho; un crédito de sangre... Deudas de odio y de venganza, que habéis, sin saberlo, con vuestras palabras despertado en mi alma... Os debo mucho con haberos dignado honrar mi casa.

—¿Según eso?...

—Estoy á vuestra disposición por entero, caballero. ¿Porque vos lo seréis seguramente?

—A su tiempo os lo diré.

—¿Y por qué no ahora?

—Por razones que respetaréis sin duda.

—Como gustéis.

—¿De suerte, que odiáis á Valdespinar?

—Con todo mi corazón.

—Pues yo también odio y amo.

—¿Sois joven?

—Sí.

El desconocido, no por ello descubrió su rostro.

Veía de él lo suficiente el prestamista para apreciar que tenía los ojos azules; que su mirada era dulce como la de una mujer; la nariz aguileña, la barba poblada.

—Os debo esta confesión más...—añadió el viejecillo, tendiendo á su nuevo conocido una mano larga, huesosa, de afilados dedos, amarilla y descarnada.

El amigo de doña Catalina cogió con repugnancia aquella mano entre las suyas, y por lo helada le pareció la de un cadáver.

Instintivamente se apresuró á abandonarla.

—Creo que podemos sernos útiles el uno al otro. —Dijo por fin el prestamista después de una breve pausa.

—Pienso como vos.

—Nuestro encuentro casual...

—Será aprovechado.

—Esa es la frase.

—Para entendernos no necesitamos mucho más... Yo odio como vos; lo que no hago como vos, es amar... El amor no cabe en mi; dos afectos contrarios se repelen, si han de ser suficientemente grandes. Y en mí, debo confesároslo, el aborrecimiento es inmenso, lo llena por entero...También yo amé como vos decís que amáis, sólo que fué hace mucho tiempo...

—¡Oh!... Será curioso saber eso...

—Acaso os lo diga algún día.

—Ahora...

—No; decid vos primero.

—Pues bien; no quiero prolongar vuestras dudas... Odio al artista, á Juan Hispaleto.

—¡Brava cosa! ... Me lo había imaginado.

—Y amo á una mujer que el pintor ama.

—Tampoco eso me sorprende; tomadle la delantera.

—¡Imposibe! —respondió el del antifaz.

—Pronto os dáis por vencido.

—Es que los dos se corresponden.

—¡Ah! ¡Eso ya es más grave! ¿Lo sabéis?

—Me consta de un modo indudable. La joven que Hispaleto ama, es una sobrina de la esposa de Valdespinar.

El viejo se estremeció de nuevo, pero esta vez fué de júbilo.

—¿Decís que se corresponden?—murmuró pensativo.

—Sí.

Pasó un pequeño espacio sin hablar uno ni otro, transcurrido el cual, el prestamista exclamó:

—Pues bien, esa mujer será vuestra.

El del antifaz se alzó de la silla á impulsos de un sacudimiento nervioso.

—¿Me lo prometéis?—preguntó.

—Os lo aseguro... —le contestó el viejo.

—Contad con cuanto dinero queráis...

—¿Sois rico?

—Cuanto quiero.

—Os he dicho que no os llevaría caro, y ahora os afirmo que el conseguir lo que deseáis, no os costará nada.

—¿Y quién sois para hacerme con tal seguridad una oferta semejante?

—Un hombre que despierta de un prolongado sueño, que se siente renacer después de largos años de aguardar una ocasión para cobrarse esos réditos de sangre á que antes he aludido.

La fisonomía del prestamista infundía espanto.

—¿Sois español?

—Nacido en España soy.

—¿Cristiano?...

—¡Oh! eso, no.

El del antifaz se sintió herido por aquella contestación.

—¿Y tenéis el valor de decírmelo?

—En la certeza, en la seguridad de que no me venderéis; de que sois mío.

—¡Vuestro yo!—replicó indignado el joven.

—Mío, mío.

—Os engañáis... mentís...

—A vuestra edad, si se ama, no se tienen escrúpulos.

—¿Y si los tuviese?

—Dejarías de tenerlos ante la oferta que os acabo de hacer y que estoy dispuesto á cumpliros.

—Mucho confiáis...

—Conozco un poco el corazón humano... Oid:

habéis subido á mi cuarto con una idea, la cual brotó en vuestro cerebro instantáneamente, pero no tanto que no la dejáseis traslucir, y yo me apoderase de ella.

—¡Oh! parece que leéis en mi interior.

—Leo en un libro que hojeo de continuo, en que vengo leyendo hace muchos años.

—¡Un libro!

—Sí; el no siempre cerrado del corazón de las personas y los afectos humanos.

—¡Vuestro nombre!—gritó el del antifaz descompuesto.

—Yo no os he exigido el vuestro, caballero.

—Eso es verdad,—prosiguió desconcertado el joven.

—Conocéis mi profesión y debíais adivinar...

—¿Qué, sois judío?

—Judío soy.

Esta vez tocó estremecerse al encubierto.

—¡Judío!... ¡judío!—murmuró aterrado.

—¿Y qué importa eso?—prosiguió con tranquilidad el prestamista.—Judío convertido, absuelto, indultado.

—¡Ah! eso ya es otra cosa; me tranquilizáis.

—Os falta saber algo más... Lo que os he dicho es exacto; pero debo añadiros que soy judaizante.

—Esto pasa de raya, señor prestamista,.. Abusáis de vuestra posición cuando yo os he revelado...

—Un secreto á que respondo con otro, pues na-

die conoce ni puede sospechar que soy empedernido en mis creencias, en las creencias de mis padres, que nunca abandonaré por ninguna otra. ¿Lo entendéis bien? Ahora haced lo que gustéis... No os temo... Me pertenecéis.

—Abusáis de mi paciencia.

—Uso tan sólo de un derecho que vos mismo, y sin yo exigíroslo, me habéis otorgado.

El que así le hablaba tenía razón. El del antifaz no se pertenecía á sí mismo, y la halagüeña promesa que aquel hombrecillo le hiciera, le había subyugado.

—¡Judaizante!... ¡Judaizante!—repitió esta vez con mayor decaimiento.

—Si os arrepentís, nada ha sucedido... Retiro mi palabra. Os váis, y punto concluído... Ya véis que yo he jugado limpio.

—¿Y si os dijera?

—¿Qué?...

—Que mi deber es, sabiendo por vos mismo...

—¡Ah! cumplidle... si podéis.

—¿Me retáis?

—Os reto.

—¿Y si os delatara?...

—Cumpliréis vuestro oficio.

—¿Quién sois?—grito el provocado levantándose esta vez de una manera resuelta y amenazadora.

—Ya os lo he dicho,—contestó tranquilo y sin moverse el viejecillo,—un judaizante; ¿y vos?...

—No acabéis de decirlo, ¡oh! ¡voto al infierno!

—Pudiérais usar otro lenguaje.

—Uso el que se me antoja.

—¡Bravatas impotentes! No os tengo miedo alguno, aunque seáis juez, delegado pesquisador ó auxiliar oculto del Santo Oficio.

Aquel declarado y soez atrevimiento dejó helado al vestido rigurosamente de negro.

—Adelantáis demasiado.

—Os habéis vendido.

—Esa frase la retiraréis.

—De manera alguna. Nunca acostumbro hablar sin saber lo que digo.

—Reparad;—añadió el prestamista señalando al pecho del de la máscara.

Éste se miró maquinalmente al sitio designado por vez primera y lo comprendió todo.

Por debajo de su jubón, á medio abrochar, asomaba una medalla.

Aquella medalla era el signo, el distintivo de su posición oficial de su destino.

—No puedo seguir mintiéndoos,—respondió anonadado.

—A mí no se me miente nunca; tenedlo entendido. Desde que reparé en vos, sin conocer vuestro nombre supe lo que érais...

—¿Y no obtante?...

—Os he traído á mi casa.

—¿Fiábais en mí?

—En vos, no: hace tiempo que en los hombres no confío. Sabía que me necesitáis; que sin mí no

os atreveríais á hacer nada contra Hispaleto; ahora os añadiré que menos aún contra Valdespinar y su sobrina.

—¡Oh! tenéis razón.

—Yo paso por creyente, por católico: merezco la confianza de altos personajes; tengo mis documentos en regla; estoy garantido... No temáis, pues, al uniros conmigo, si es que comprendéis que nuestra unión puede serviros de algo... No hay en muchos como vos más sinceridad que en mí. Lo sé, y por ello nada malo os sucederá por serviros de mí, y yo servirme de vos.

—Vuestro nombre, os digo por última vez.

—Por hoy sabemos ambos lo que necesitamos... Mañana os contaré mi historia... Es algo larga, y si á pesar de ello seguís creyendo que puedo seros útil, vos lo decidiréis... Se acerca la hora de mis negocios y pudieran interrumpirnos,—añadió el judaizante.—Podéis iros.

—¿Me despedís?

—Os ruego que aplacéis hasta mañana el volverme á ver.

—¿Aquí?

—No.

—¿Dónde?

El prestamista trazó con la mayor naturalidad y sangre fría unas cuantas líneas en un papel; lo dobló cuidadosamente, lo cerró y se lo entregó al encubierto.

—En este papel lleváis,—le dijo,—la contesta-

ción á vuestra última pregunta... Si acudís á la cita que en él os doy, es que aceptáis mis servicios; si no, difícilmente volveréis á hallarme, aunque me busquéis... A no ser que os parezca preferible llevarme ahora con vos; que á ello estoy dispuesto.

—¡Ah! de ningún modo... Lo pensaré.

—Pensadlo... Hasta mañana os doy de plazo.

En aquel mismo momento sonó un tinbre agudo por cima del sillón de vaqueta que ocupaba el prestamista.

—¿Ese ruido?....

—Será un parroquiano... Idos, pues.

El del antifaz se dispuso á marcharse.

Su permanencia en aquella morada le iba siendo cada vez más intolerable.

Necesitaba respirar, tomar el aire.

Lo que le había ocurrido era inusitado.

Quiso volverse por donde había entrado.

—Por ese sitio, no...—le insinuó el viejecillo ya de pie.

Y alzando la cortina blanca, que parecía cubrir una alcoba, apareció á la vista de su visitante otra salida... una mampara.

—¿Tenéis una puerta falsa?—dijo con extrañeza.

—Que da al campo... Bajáis una escalerilla de caracol abierta en el macizo del arco, y hecho esto, no tendréis más que empujar una puerta... Salid por ella y no os cuidéis de más. Ella se cerrará por sí sola.

—¡Exquisitas precauciones!

—Los que viven como yo, las necesitan. Ya conoceréis otras.

Un nuevo sonido del timbre obligó al prestamista á empujar, sin ambajes ni ceremonias, al del antifaz, que avanzó algunos pasos y sintió que la mampara que cubría la cortina blanca se cerraba tras él sin hacer el menor ruido.

Cuanto le sucedía le tenía absorto.

—Pero nuestro encuentro ha sido aprovechado, —pensó,—y haciendo cuanto se le había dicho, se encontró en el campo.

Desconfianzas y precauciones.

No era en el singularísimo vecino de doña Catalina, en el inquilino del segundo piso de la casa en que habitaba Hispaleto, una baladronada ridícula la de asegurar que «conocía el corazón humano.»

De no ser así, ¿cómo se hubiese atrevido á dar á conocer sus ideas religiosas al del medio antifaz?

Su osadía parecerá inconcebible á cuantos conozcan ó cuantos sepan lo que era en aquella época un *auxiliar*, fuese más ó menos subalterno, de la Santa Inquisición, y lo que era un *judaizante*.

Ocasión tendremos de ir explicando estas cosas en el curso de esta obra, en la que hemos ofrecido ser verídicos, ser exactos, y lo seremos en todos terrenos.

Que afortunadamente no nos duelen prendas, ni para nada necesitamos faltar á la exactitud histórica.

Me diréis que ha habido abusos, extravíos, erro-

res, fanatismos; que se han desnaturalizado cosas, instituciones buenas, buenísimas en sí, hasta llegar en determinados casos á convertirlas en dañosas y perjudiciales.

Os lo concedemos.

¿Me negaréis, por ventura, que esto ha sucedido en todos tiempos, y quizás más que en ninguna otra época en la que nos encontramos, á la que hemos llegado?

¿Qué importa que así sea?

¿Para qué ni por qué ocultar ó desfigurar la verdad por eso?

Grande fué el siglo XVI, y grande es el XIX, con todos sus extravíos y sus deficiencias.

Y es que los hombres han sido, son y serán siempre los mismos cuando infringen, cuando desatienden ú olvidan los eternos principios de la moral y del derecho, de la recta razón y la justicia; cuando al conducirse de este modo lo hacen á sabiendas, por satisfacer sus pasiones, por enriquecerse, por vengarse, por odiar ó amar.

El de la edad indefinible era sagaz, astuto.

El del medio antifaz, ardoroso, apasionado, joven é inexperto.

Desde el casual encuentro del que odiaba y amaba, con el que sólo sabía odiar, este último se apercibió de la medalla que el primero llevaba mal oculta sobre el pecho.

Por esto le condujo á su cuarto con el fino ins-

tinto del que nada podía temer de parte de quien estaba seguro que le necesitaba.

No se figuró, empero, el prestamista, que iba á saber lo que desde su llegada á Madrid no había logrado averiguar, ó por razones ocultas no trató por el momento de inquirir, aunque le conviniera saber.

La visita de aquel día fué para él aprovechada, y así es que durante todo él se consagró á sus negocios con verdadera complacencia.

Estuvo hasta generoso con sus parroquianos.

Al anochecer salió de su habitación, cerró la puerta de su cuarto con un candado, y se fué á cenar tranquilo á una taberna ó casa de comidas, donde nadie podía sospechar quién fuese.

Los concurrentes á ella eran gente menestral y artesana, algún vividor de oficio, algún rufián, ó algún inexperto provinciano.

Siguiendo sus pasos, le veremos abandonar luego el figón, y perderse en medio de la oscuridad por calles y callejuelas en dirección opuesta al Arco de Santa María.

¿Dónde fué?

¿Permaneció muchas horas fuera de su morada?

Lo único que podemos decir por el momento, es que el judaizante no volvió hasta muy entrada la noche á la casa de doña Catalina, cuando ésta y el pintor estaban ya descansando.

Su desconfianza le hizo adoptar exquisitas precauciones.

Que aun dado lo poco que de él sabemos, no deben extrañarnos.

Cuando el amigo misterioso de la Carvajal se vió en el campo, se dirigió á un lugar apartado y desdobló el papel que le había dado el judaizante, leyéndole, no sin mirar en torno suyo por si alguien le pudiera sorprender.

¡También él desconfiaba y se precavía!

Aquel papel estaba concebido en los siguientes términos:

«Mañana, después de la caída del sol, salid al prado Toya, y antes de llegar á la santa ermita hallaréis un hombre que os saludará con esta palabra: «Paz.» Repetidla vos, y él hará lo demás. Cuidad de no llevar compañía, si no queréis evitaros un disgusto. Si decidís no ir, retiro mi palabra.»

El papel era una cita.

Una cita en toda regla; una cita formal, como le había dado á entender claramente el prestamista al entregárselo.

—¿Debo concurrir á ella?—se preguntó después de leerlo.

Y desde aquel instante sostuvo en su ánimo una lucha tenaz y encarnizada entre el cumplimiento de su deber y su sed no satisfecha de amor y de venganza.

¿Cuál de aquellos afectos era natural que triunfase?

No es dudoso adivinarlo.

El prestamista le había dicho que la sobrina del marqués «sería suya.»

Era cuanto ambicionaba, y lo sólo que recordaba.

Sus com promisos le obligaban á detener á aquel viejecillo, que se confesaba paladinamente enemigo de su Dios.

Pero ¿cómo hacerlo, después de la certeza con que le habia asegurado la posesión de María?

—¡Ah si ese hombre me cumpliera su palabra!... —se dijo al fin de largo tiempo de duda y vacilación.

Y esto nos demuestra que estaba perdido.

Perdido como católico, como auxiliar del Santo Oficio, y como hombre.

¡Perdido en todos sentidos!

Su cabeza ardía, su corazón latía con fuerza, y su alma parecía respirar alientos de próxima satisfacción y facilísimos triunfos.

—¡Mía!—balbuceaban sus labios.—¡Mía! á pesar de la rivalidad que existe entre nuestras respectivas familias. ¡Mía! no obtante ese funesto artista, enfermo en mal hora, y á quien la administración del Santo Viático proporcionó la dicha de que le conociese María.

Porque bueno será que anticipemos que el que de tal manera se expresaba, creía sencillamente que la ida de doña Leonor y de su sobrina á casa de Juan, la tarde que el pintor recibiera el Sacra-

mento, había sido casual, motivada únicamente por su sentimiento de piedad y de lástima hacia el eclesiástico, que con un temporal tan crudo estaba llamado á prestar los servicios de salida de la parroquia en aquella ocasión.

Doña Leonor así había logrado hacerlo creer á la Carvajal, y ésta así lo había dicho á todo el mundo.

Pasando por delante de la iglesia matriz de Santa María, el joven notó gente reunida, se aproximó, reconoció la silla de manos de la marquesa, penetró en el templo, se sorprendió al hallar allí á doña Leonor y á su sobrina, de quien estaba, como sabemos, perdidamente enamorado, y es fácil colegir lo ocurrido después, aunque no lo supiésemos en su mayor parte.

María había notado varias veces que aquel hombre la seguía; que se paseaba por delante de sus balcones; que asistía á misa á la hora y en los días en que iba con sus tíos á las Oficios Divinos; que se la aparecía, sin saber cuándo ni cómo, en los paseos, en los espectáculos públicos á que por salud ó por acaso concurría.

No había por ello de extrañarse; ya hemos dicho que contaba dieciséis años. La belleza de la hija de don Pedro Sánchez de Cepeda era tan poco común, que á otros jóvenes atraía y muchos la dispensaban idénticos obsequios y análogas distinciones.

Respecto del mancebo, cuyo nombre no había

querido revelar al prestamista, privándonos á nosotros de saberle, ó al menos de poderle decir en el momento, había pasado algo más; algo que, á inspirarle simpatías, habría sido suficiente para que María le desatendiese con mayor razón que á cualquier otro.

Doña Leonor dijo á su sobrina en cierta ocasión al salir del templo:

—Cuida bien de alentar en lo más mínimo á ese que nos sigue y nos molesta tantas veces.

—Ya sabéis, señora, que por mi parte...—la contestó la joven.

—Sí; tanto yo como tu tío nos hallamos plenamente satisfechos de tí; pero estás en una edad que toda advertencia y vigilancia es poca... Ese hombre es hijo de una familia enemiga de la nuestra, de tu padre sobre todo, y le darías un disgusto con...

—No tengáis cuidado,—replicó con acento ingenuo y resuelto María.

Y no se volvió á hablar más de aquello.

Las cosas no habían pasado, pues, adelante, bien á pesar del enamorado, que no tenía por qué vanagloriarse ni envanecerse de la más pequeña muestra de interés por parte de la doncella.

Esto mismo acrecentó su cariño.

La contestación seca que su padre le dió un día que ponderó ante él la belleza de la sobrina de los marqueses de las Cuevas, le dejó helado:

—Cuidado con fijarte en esa joven,—le dijo.—Bastaría eso para hacerte salir de Madrid.

Y quizás por esto, y para tenerle distraído y ocupado, le proporcionó poco después una ocupación, haciendo que se le nombrase para uno de los cargos del Santo Oficio.

Era, en efecto, el mancebo auxiliar *secreto* de la Inquisición, por nombramiento eclesiástico.

¿Quién había de decirle que las circunstancias vendrían á ponerle en el trance en que se encontraba, en el aprieto á que la casualidad le había traído?

Aquel día rehusó comer en compañía de sus padres, se encerró en su cuarto, y sólo salió cuando el autor de sus días le dió un encargo.

—¿Estáis malo?—le preguntó antes.

—No; he almorzado en casa de un amigo.

—Habéis hecho mal... Esos almuerzos no son sanos.

—Me recogeré temprano,—murmuró el joven.

—Haréis bien en ello... Cenad poco ó nada, y mañana entraréis en vuestra vida normal, que es la que os conviene.

Una vez libre, dueño de su voluntad el joven, preparó los sucesos de manera que en su casa no sospechasen lo que tenía que hacer al día siguiente después de anochecido.

Su padre era Corregidor de la Villa, y por su oficio tenía precisión de pasarse casi siempre una parte de la noche fuera de casa.

No estaban tampoco los tiempos de manera que una autoridad como la suya dejase de ser con frecuencia molestada.

Ya contó con esto el mancebo después que hizo formal resolución de concurrir á la cita del prestamista.

El enamorado era, ó se tenía al menos por valiente: á pesar de ello, se pertrechó con buenas armas para aquella jornada, no olvidándose de ocultar con mayor esmero que el día anterior la medalla que debía llevar al cuello por ley de juramento, y bajo pena de perder su destino si por casualidad se descubría su falta.

Arma era, por lo demás, aquel distintivo, y arma decisiva en casos dados.

Mostrarla en ocasiones, equivalía á librarse de muchos riesgos, y á poner en peligro á poderosos enemigos sin necesidad de batirse ni defenderse.

Y notorio es el abuso que de estas cosas se hace cuando, como al joven auxiliar secreto de la Santa sucedía, no se es muy escrupuloso en manejarlas.

Lo que en casos tales disculpa más á una persona, es lo que, para dejarlo de ser, movía al citado por el judaizante.

¡Amar, querer!... ¡Estar celoso y adivinar una celada!

Póngase á muchos en el lugar del joven, hijo del Corregidor que era de Madrid durante los años 1522 á 1528, y dígasenos después, si su gravísima

falta de miramiento estaba al menos disculpada.

Tomaron el judaizante y él sus *precauciones*, porque era natural que *desconfiaran*, pero habrían sido á sus propios ojos unos cobardes, si con el incentivo que les aguijoneaba hubiesen desistido de reunirse.

Así pensaban entre sí, mientras nosotros pensamos de distinta manera.

Lo *cobarde*, lo inicuo, era lo que iban á hacer, lo que se proponían.

El prestamista, haciéndose dueño del auxiliar del Santo Oficio; éste, no teniendo inconveniente en apadrinar á un judaizante.

El católico sincero, el hijo del hidalgo y viejo cristiano, del respetabilísimo don Juan Manrique de Luna, sucesor inmediato de don Martín Acuña y el licenciado Astudillo en el Corregimiento de la ilustre Villa, que sin ser aún corte fija y estable de los monarcas castellanos, era cuna y residencia predilecta de muchos de ellos, y de grandezas sinnúmero, y de hombres esclarecidos en armas, en letras y artes, cuya enumeración sería prolijo y enojoso relatar.

Distraídos, casi sin darnos de ello cuenta, hemos consignado el nombre y apellidos del padre del desdeñado por María, y nos alegramos de ello, porque así nos será más cómodo y fácil designarle sin confusión en el curso de esta parte de nuestro libro, en donde ya hemos ido hacinando dificulta-

des sobradas para mantener la curiosidad y el interés de nuestros lectores.

Que es ésta una de las exigencias de nuestros actuales escritos, y del compromiso que con el público tenemos contraído.

Exigid que los jóvenes se fijen á los veintiséis ó veintisiete años en los consejos de los padres, por lo que hace á las preferencias ó desvíos de una mujer, y no lograréis, sino muy rara vez, que atiendan sus consejos.

Existían rivalidades de opinión entre don Juan Manrique de Luna y los Sánchez de Cepeda; eran éstas antiguas y mantenidas con empeño por largo tiempo.

—¿Qué tengo yo que ver con ellas?—se decía el joven don Luis, que este era el nombre del auxiliar secreto de la Inquisición.

Y hallaba llano el seguir queriendo á María, que llevaba el apellido de los Sánchez de Cepeda.

Por idénticas razones el judaizante odiaba de muerte á los Valdespinar. ¿Qué le importaba vengarse en ellos directamente, ó en los suyos, ó en los que querían los suyos?

La mañana que siguió á la en que tuvo su entrevista con don Luis, cuyo nombre no le importaba desconocer, el judaizante no estuvo sino muy pocas horas en su casa.

Salió á comer, y ya no volvió á ella, según tenía de costumbre después de dar un paseo.

También desconfiaba, y se previno para la en-

trevista con el empleado de la Santa, temiendo de su parte; aunque remota, una traición.

—Estarás al acecho,—decía á un hombre de toscas apariencias la tarde misma de la cita.—Y no irás solo. Llevarás contigo gente armada y dispuesta para batirse en caso necesario.

—De suerte...

—Que si el joven ó los suyos os hacen resistencia, os vais contra ellos sin miramiento y sin cuartel.

—¿Les damos muerte?

—Al joven, de ningún modo... Tú, con algunos otros compañeros, le desarmáis sin herirle, le aseguráis y le traéis á mi presencia. A los demás importa poco que les matéis, y hasta que os aprovechéis de lo que lleven encima de algún valor. Tú dirás «Paz,» si viniese solo el que aguardo; y él te contestará «Paz». Es una consigna, ¿lo entiendes?

—Ya lo creo.

—Si no contesta lo mismo, no es él, y entonces duro con el que sea.

—¿Le matamos?

—Es como los enemigos no delatan ni estorban. Yo te esperaré tras la puerta de este albergue, que á nadie llama la atención por asemejarse á la choza de unos pobres guardadores de campo, y una vez dentro... á vigilar.

—De suerte que no nos retiramos.

—No; hay que apercibirse de todo cuando no se conoce bien á las gentes. Acaso, acaso venga solo; pero, ¿quién nos asegura que no vengan con él de-

lante ó detrás otros?... Que nadie se acerque á la casa hasta después que el aguardado salga.

—Bien; así se hará.

—La recompensa será buena.

—Lo creemos.

—Podéis marcharos.

El diálogo que acabamos de transcribir tenía lugar en un sitio extramuros de Madrid, junto al convento de Atocha, en el interior de un edificio que apenas si se veía al lado de unos grandes olivares que aún existen, si no aquéllos, por lo menos los hijos ó retoños de los de aquel entonces.

Lugar no frecuentado, y mucho menos por la noche.

Allí fué el prestamista después de comer, dió dos golpes repetidos, le abrieron la puerta, y penetró como lugar que le era muy conocido.

—Moisés os guarde,—le dijo una vieja apergaminada al abrirle.

—Jehová os asista, hermana,—le contestó el judaizante.

Y pocos instantes después se hallaba en una sala de aspecto singular abierta en las entrañas de la tierra, y que tenía precisión por ello de estar perfectamente alumbrada.

Una lámpara de bronce pendía del techo, y allí se sentó el prestamista como si también aquella fuese su casa.

La vieja le preguntó:

—¿Queréis verla?

—No; esta tarde ni esta noche, no.

—Sufre mucho.

—Que sufra y pene.

—Llora sin cesar.

—Hemos de hacer con ella un ensayo.

—Sus padres, sus hermanos, la buscarán.

—Que la busquen, ¿qué nos importa?... ¿Es que os da lástima?

—A mí lástima, bueno fuera. Ya estoy acostumbrada.

¿De quién hablaban aquellos dos seres á cual más antipáticos y siniestros?

¿A quién se referían con sus palabras?

—Ha caído una nueva ocupación, hermana... Espero esta noche á un joven,—prosiguió el prestamista.

—¡Hola! ¡hola! Eso es otra cosa... Yo creía...

—No tenéis derecho á creer nada; sigilo y obediencia; esa es vuestra ocupación.

—Lo sé; pero...

—Hacéis juicios temerarios... Pues bien; como os decía, esta tarde no me muevo ya de aquí. Tendréis preparadas unas copas, unas botellas de lo añejo y algunas confituras para cuando yo las necesite.

—¿Aquí?

—No, en el saloncito de dentro... Conviene que el que va á venir se impresione algo.

—Pues mal beberá y comerá si así es.

—Es una precaución más, hija de mi desconfianza... Ha de llegar cuando los frailes vecinos toquen á la queda, como si fuesen soldados de la Santa Hermandad... Qué más da; aun aquéllos armados y éstos con capucha, éstos pueden más.

—¿Creéis que los buenos religiosos?...

—¿Por qué los llamáis así?

—La costumbre.

—Es verdad; me olvidaba que también vos os librásteis de la hoguera.

—¡Oh! no me lo recordéis.

—¡Qué escena aquélla!

—Debió delatarnos...

—No me lo mentéis... Lo tengo muy presente... Acaso, acaso, no está lejos que yo, á la vez que me vengue, os vengue.

Y esta vez plegó las facciones del viejo la sonrisa terrible de que nos hemos ocupado antes.

La vieja se tapó los ojos por no verla; sabía que aquella sonrisa era preludio seguro de graves sucesos, y le espantaba.

—De suerte que me daréis vuestro permiso, señor...

—Os le doy.

—Hasta luego.

—Id en paz.

Y la vieja se ausentó con alegría del lado del prestamista.

Dejemos nosotros transcurrir el tiempo; pasar la

tarde; tarde larguísima de mediados de Julio, que dura hasta las siete y media.

Por fortuna, aquel día estaba nublado y duró menos, con alegría de nuestros personajes.

—¿Habrá tormenta?—pensó la vieja al salir de la estancia.—En ninguna parte mejor,—añadió,—que debajo de tierra para los que tenemos miedo á los truenos y á los relámpagos... Que venga lo que quiera, aquí estamos resguardados.

III.

Caer en el garlito.

La tarde llegó á ponerse amenazadora, imponente.

No se sentía aún el horrísono y amedrentador estampido del trueno.

Sólo con pequeños é irregulares intervalos, azulados, fosforescentes y prolongados relámpagos deslumbraban la vista é iluminaban de manera siniestra el espacio.

Era seguro que se iba á librar entre el cielo y la tierra una de esas formidables batallas que al hombre de más temple y corazón amedrentan.

Fué entonces cuando el hijo del Corregidor de la villa de Madrid se decidió á acudir á la cita del prestamista.

Las tinieblas se anticipaban; se venía con rapidez la noche encima.

Noche poco tranquilizadora, ciertamente.

Mas, ¿qué arredra ni contiene á un joven enamorado, á quien se ha dicho con acento seguro: «la que ambicionas será tuya?»

Y si esto se ofrece á quien no abriga esperanzas de poseer el ídolo de su corazón, el objeto ambicionado del alma, ¿qué habrá capaz de detenerle?

¿Deberes sagrados? Nunca.

¿Escrúpulos de conciencia? Jamás.

Esta es la juventud, entregada á sí misma, ciega á los consejos de la experiencia y de la gracia.

Un ruido violento, ensordecedor, se percibía en la tierra y parecía llenarla toda entera.

Caían pequeños, casi microscópicos pedacitos de nieve, que iban blanqueando el suelo.

De súbito estalló un trueno seco, semejante á una descarga de cien cañones; hubiérase dicho, si por entonces hubiera podido hacerse tal comparación, que cruzaba por cima de la cabeza de los habitantes de Madrid un tren á toda velocidad, atravesando un puente de hierro.

Don Luis se santiguó, redobló el paso, se embozó en su capa, y siguió adelante.

El huracán, acentuándose cada vez más, apenas si le dejaba andar.

—¡Dios mío! ¡Qué noche! —murmuraba.

Pero siguió desafiando el temporal, y marchando hacia adelante.

Las calles íbanse quedando desiertas, y cerrándose puertas y ventanas con temerosa rapidez.

El granizo aumentó de volumen, y, como caía oblicuamente, de nada le servía al mancebo el embozo ni el ala de su gran sombrero, que se había encasquetado hasta las cejas.

El pavimento se iba materialmente cubriendo de una capa blanca.

—Avancemos, avancemos, que esto pasará,—se decía el auxiliar secreto del Santo Oficio.

Y caminaba, aunque ya con mayor dificultad y embarazo.

Ínterin, el judaizante, asomándose á la puerta de la miserable casucha en la cual le dejamos esperándole, pensaba con inquietud:

—¿Si vendrá?... ¡El tiempo está fatal! ¡Está muy malo!...

Llegó á ser tanta la fuerza del turbión, que don Luis tuvo que guarecerse y esperar, para proseguir, á que el deshecho temporal pasase.

Llegó la noche, acaso antes de tiempo, obscura, lóbrega, según dejamos dicho.

Aquella tarde no hubo crepúsculo.

Muchos vidrios de las tiendas y las casas se hicieron añicos.

Sintióse al fin que la catástrofe se iba alejando.

Y al terrible espectáculo sucedió un silencio sepulcral, un silencio de muerte.

El cielo aparecía cubierto de una bruma tan espesa, que parecía de tinta.

Después del granizo, la lluvia.

—¡Esto ya es otra cosa!—murmuró el mancebo, y abandonó resueltamente su escondite.

No han variado hasta nuestros días gran cosa,

las avenidas que conducían por el Prado viejo á la ermita de Nuestra Señora del Atochal.

Nosotros las hemos alcanzado casi como debían ser el año del Señor de 152...

El galán desdeñado no tuvo que salir por la vieja puerta de Vallecas; tomó el camino que iba al Santuario y al por entonces recientemente construído convento, contiguo al olivar, que existía á la mano izquierda, y á luego de pasado el escarpado Cerrillo de San Blas.

Un puentecillo tosco de piedra servía para cruzar el hediondo barranco que al descubierto venía desde las afueras de Recoletos, y que permaneció en tal estado hasta época recientísima, ó sea hasta el tiempo de la invasión francesa.

Restos de este barranco se ven aún muy cerca de la estación del ferrocarril del Mediodía, padrón de ignominia que, como otros muchos; tiene aún la famosa capital de la nación, y la hacen parecer un olvidado villorrio.

Cosas son estas de nuestros ediles, que debemos censurar, ya que se nos ofrece ocasión de hacerlo.

Antes de llegar á la ermita de la venerada imagen, había una capillita que se denominaba del Santo Cristo de la Oliva, y que posteriormente se llamó del Santo Angel de la Guarda.

Allí estaban apostados los servidores del judaizante.

Al sentir los pasos del que venía, salió uno de ellos al camino, se acercó á don Luis, y le dijo:

—«Paz,»

—«Paz,»—repitió el hijo del Corregidor.

Y sin más, el primero echó resueltamente delante, seguido de don Luis, y á no larga distancia de ellos marchaban cinco ó seis embozados, por bajo de cuyas largas capas de paño pardo asomaban las fundas de sus tizonas, de sus anchas espadas.

—Solo venía,—dijo uno de ellos á media voz.

—¡Valor se necesita!—exclamó otro.

—Al desconocido no le aterran sin duda los imponentes desahogos de la madre naturaleza.

—Ni los peligros de un lugar solitario.

—Mejor para nosotros.

—Hubiese sido preferible tener que luchar...—objetó uno de los embozados, que hasta entonces no había desplegado sus labios.

—Y que hubiera habido botín... ¿no es verdad?—le contestó otro.

—El amo nos indemnizará,—añadió, para evitar una disputa que parecía próxima, el más viejo de los seis.

Mientras esto decían los escoltadores, los dos que iban delante avanzaban uno en pos de otro, siempre de prisa y silenciosos.

No había apenas en aquel sitio árboles; no existían caminos alineados como ahora.

Carretera, más que paseo; paseo ó carretera malísima, de mediados del siglo XVI.

A excepción del Prado de San Jerónimo y las frondosas alamedas que le circundaban, era aque-

llo un feo arenal bordeado por algunos huertos y tierras que blanqueaban por hallarse cubiertas materialmente del granizo que había caído.

Al término de aquella caminata dieron el guía y don Luis con las tapias blanquísimas del convento de religiosos dominicos, que poco tiempo antes se había alzado con licencia del monarca.

A la mano izquierda estaba la ermita ó santuario de la antiquísima imagen que algunos afirman fué obra de Nicodemus y de San Lucas, y que la trajo á España el Príncipe de los Apóstoles:

«Siete años antes
que nuestra Virgen finó.»

Suceso que puntualiza el poeta [1], añadiendo:

«Esta imagen con fervor
santo, dejaron posada,
cabe de la población
de nuesa antigua Madrid;
non dentro del pueblo, non;
que non es vulgo la Virgen
para entrarse acá con nos.»

Por si no tuviésemos ocasión más propicia y favorable de referir lo que se tiene por exacto acerca del hallazgo milagroso de Nuestra señora de Atocha, pondremos aquí, que un noble caballero, Gracián Ramírez, siendo dueño de las posesiones cercanas al sitio á donde habían llegado el auxiliar

---

[1] D. Francisco de Rojas, en la comedia titulada *Nuestra Señora de Atocha*.

secreto de la Inquisición y el fiel servidor del judaizante, vino tiempo hacía, de su casa de Rivas, por orden del rey, para reconquistar de los moros aquella parte de la Villa.

Mucho debió dudar del éxito de su difícil y arriesgada empresa, y no menos de la venganza de los moros infieles, caso de librar mal en aquella empresa, cuando no contento con encomendarse á la Santa Virgen, decidió, antes de obedecer al monarca, degollar por su propia mano:

¿A quiénes diréis?

¡Espanta consignarlo!

La tradición dice que á su mujer y á sus dos hijas, para evitarlas, en el caso de sucumbir en la demanda, las infamias de que pudieran ser objeto por parte de los enemigos á quienes se le mandaba combatir.

¡Ferocidad incomprensible hoy; pero muy propia de aquellos tiempos de rudeza, de hidalguía exagerada y de barbarie!

Sacrificó, en efecto, á los pedazos de su alma; decapitó, inhumano, á su esposa y á sus dos hijas, y arremetió desde el lugar de la ermita sobre los usurpadores ocupantes de su amado pueblo.

La lucha fué tenaz, encarnizada.

El triunfo, si no completo (que esta reconquista de Madrid no aparece comprobada en las crónicas), debió ser parcial, aunque no de escaso mérito.

La alegría de Gracián Ramírez se vió acibarad por el recuerdo de su acción.

—¡Para qué habré llevado mis temores y recelos tan lejos!—se decía el rudo soldado mesándose los cabellos y causando lástima á los que momentos antes habían admirado su arrojo y su valor en la pelea.

—Consoláos, señor, con el sano fin con que habéis procedido,—se atrevió á decirle, tratando de consolarle uno de sus capitanes.

Y Gracián Ramírez le contestó:

—Mi falta de fe en la Santa Imagen me ha extraviado hasta el extremo de cometer por mí mismo tamaña infamia.

Y añadió:

—Porque he sido un loco, un insensato, un miserable...

—Ánimos,—le repetían sus amigos,—si confiáis en la Santa Virgen del Atochal, cuyo descubrimiento habéis alcanzado.

Y reaccionándose su espíritu y derramando lágrimas, el famosísimo Alcaide se encaminó en devota procesión con los pies descalzos y la cabeza cubierta de ceniza á implorar perdón al antiquísimo Santuario.

Seguíanle caballeros y soldados en silencio, llenos de compasión hacia el marido y el padre desolado:

«Que es el llanto gran tesoro
para cohechar á Dios.»

Allí llegaron á las puertas de la reducida y mezquina ermita, y las hallaron cerradas.

Llamaron con insistencia, y al fin apareció en el dintel el ermitaño, anciano de luenga barba, cubierto de tosco sayal, ceñido por una soga de esparto.

La devota comitiva se detuvo, mientras Gracián Ramírez se adelantaba.

—Yo fuí quien las degolló,—exclamó, postrándose á los pies del viejo ermitaño.

—Y, sin embargo, la Virgen Santa os ha protegido...—le dijo éste.—Hombre sin fe, ¿estáis de ello arrepentido?

—Arrepentido estoy,—prosiguió el Alcaide, y se dice que añadió:

«Más hago yo en daros muerte
que vosotras en morir.»

Y luego prosiguió:

—Y al pie del Crucifijo que hay junto al Santuario las degollé... ¡Perdón, sacerdote del Altísimo, perdón!

Y sus desgarradores gritos llenaron de dolor al numeroso concurso que las escuchaba.

—¿Os confesáis culpable?—preguntó el ermitaño al noble caballero.

—Culpable he sido... lo declaro ante concurso tan consternado y para que le sirva de escarmiento.

Al oir expresarse así al valeroso cristiano, al notar que de sus ojos brotaba un mar de lágrimas, el ermitaño, alzando la voz, dijo con acento de convicción profunda:

—Tu fe te ha salvado... Entra en el sagrado recinto;—y abrió las puertas del lugar santo.

Y Gracián entró en la ermita.

Y en pos de él sus capitanes.

Y las gentes del pueblo, que habían acudido en gran número atraídas por los lastimeros ayes del padre acongojado.

Y fueron todos testigos del gran prodigio, del milagro que la Santa Imagen de Atocha había obrado.

Pues «allí, á sus pies, junto á su altar sacrosanto, estaban vivas y sanas la esposa y las dos hijas del caudillo pundonoroso que tan inhumana y fieramente las había degollado.»

La alegría de Gracián Ramírez fué inmensa, é indescriptibles sus muestras de gratitud hacia la devota imagen.

Y dijo, de suerte que todos le oyeran:

«Sin duda que vos quisísteis
Que á las tres haya finado,
María, para poder
Obrar después el milagro.»

Palabras que pone en boca de Gracián Ramírez el gran poeta, y nosotros las repetimos, como las anteriores, por creerlas la expresión más adecuada y oportuna de la situación en que debía hallarse el alma del caballero.

Dice, por último, la tradición, «que las resucitadas, en memoria del prodigio, conservaron durante todo el resto de su vida la señal ostensible é in-

deleble de las tremendas heridas que, para darlas muerte, las hiciera el cruel Gracián con su propia espada.»

El maestro Pereda [1], Lope de Vega y Salas Ramírez [2], traen este relato, que de seguro hallarán apropiado á este libro cuantos nos favorezcan leyéndole.

Después de lo dicho, ¿parecerá extraña la devoción que Nuestra Señora de Atocha inspira?

¿Considerará alguno violento cuanto los monarcas de España han hecho y hacen para enaltecer su culto y embellecer su santuario?

Creemos que no.

Es la Virgen de la Almudena patrona de la Villa, lo es la de Atocha de la Corte, y su santuario forma una de las más ricas joyas del Patronato Real desde don Felipe II, que lo aceptó para sí y sus sucesores, colmando de privilegios la santa casa, y estableciendo la piadosa costumbre de visitarla todos los sábados del año para rezarla una devota *Salve*.

¿Qué especie de ceguera se produce siempre en los pueblos invasores para hacer más palmaria su iniquidad y atraer sobre ellos el odio y la animadversión nacional?

---

1 En su obra *La Patrona de Madrid*.

2 En sus *Poemas heróicos*.

Los franceses ultrajaron la Iglesia y el convento convirtiéndolos en cuartel y caballeriza sin respeto alguno, y muchos pagaron bien cara aquella profanación.

En la actualidad se restaura la obra de Felip II y de Fernando VII por su majestad la reina regente, madre de don Alfonso XIII... ¡Loor á quien de tal modo se identifica y procura conservar una de las piadosas glorias de la patria!

El judaizante, en medio de su ansiedad y de sus dudas, vió llegar con placer al hijo del Corregidor, y despidiendo á sus criados, no sin antes gratificarles, hizo entrar al joven enamorado, murmurando con sonrisa diabólica estas palabras, que don Luis no comprendió.

—¡Es mío!...¡mío!

Y á la verdad que aquello no fué otra cosa que hacerle *caer en el garlito*.

Esto era lo que aquella cita y aquella emboscada significaban para el incauto Manrique de Lerma.

¡Insensato!... Iba armado de la cabeza á los pies, sin reflexionar que aquellas armas no habían de serle útiles, no habían de servirle de nada.

El que se pertrecha de tal manera y descuida voluntariamente defender su alma en casos tales, vendido y expuesto va á los más grandes riesgos.

Y que los tenía serios y formales el amante des-

deñado de María, pronto hemos de tener ocasión de demostrarlo.

El astuto prestamista, como hombre de experiencia, acariciaba terribles proyectos, y por ello su corazón saltaba gozoso dentro del pecho, después de largos años de estériles deseos, de odios reconcentrados y de anheladas venganzas.

Los de las largas capas y las tizonas formidables fuéronse, no menos alegres, á consumir el fruto de su cómodo trabajo en una taberna, de la cual no salieron hasta después de la salida del sol, habiendo bebido y jugado mucho; y no charlado menos, sin que su conversación, aunque la trasladáramos aquí, nos sirviese para nada.

Porque ninguno conocía al señor que les pagaba, ni ninguno de ellos, al parecer, había pasado nunca del umbral del mismo albergue en que el joven auxiliar secreto del Santo Oficio había entrado con aire desenvuelto y temerario desenfado, aunque dijese la vieja, al notar que tan buen mozo honraba su casa:

—Este no las tiene todas consigo... La procesión anda por dentro.

Siendo esta observación exactísima, porque, en efecto, el joven iba receloso, si es que no llevaba miedo.

Tenía amor y celos.

Tenía esperanzas y remordimientos.

Obraba mal, y el mal proceder es cobarde y temeroso siempre.

Las cabezas, trastornadas por el alcohol, hicieron cometer á los de las capas excesos tales, que pudieran dar con ellos en las cárceles de la Villa; pero los corchetes y alguaciles de aquellos tiempos eran como la gran mayoría de nuestros agentes de policía, sumamente sufridos y resignados, y no se cuidaron de ellos.

¿Participaron de sus libaciones!

Acaso; que la costumbre de fraternizar hasta tal punto los que deben impedir ciertos abusos, no es de hoy ni de ayer, sino que data de los más remotos y fabulosos tiempos.

Y algunos de los de las capas pardas estuvierou á punto de venirse á las manos, por tener «vino pendenciero.»

Sólo á éstos les obligaron á entrar en orden los alguaciles y corchetes, haciendo que se fuesen á sus casas, donde sus mujeres y sus hijos les esperaban llorando y sin cenar.

¿Qué importa á un jugador, ni á un borracho, que los suyos sucumban de dolor y se mueran de hambre?

Los jefes de familia, los maridos, los padres buenos se privan de todo placer, si éste puede ser dañoso para los suyos; pero los holgazanes...

¡Ah! éstos consumen el fruto de su trabajo sin

escrúpulo alguno en la satisfacción ciega y brutal de sus pasiones.

También esto es viejo y antiguo; sólo que hoy se ha hecho más general y más frecuente.

Vicios individuales que, por ser en inmenso número y repetirse con frecuencia, llegan á ser *sociales*.

Y de esos hay en la actualidad tantos, que ya, no nosotros los retrógrados y obscurantistas los deploramos, sino los más avanzados y los más despreocupados.

Y señalamos aquí, aunque sea á la ligera, una de las llagas de nuestro siglo, de nuestra época.

La depravación y el vicio de las clases acomodadas, por repercusión lógica y natural llega hasta las capas inferiores de la humanidad, y si no cohonesta, explica y atenúa el proceder de los que se producen como vemos producirse á muchos, á muchísimos, por la conducta ó el abandono de los que, teniendo y sabiendo más, debieran instruirles y darles distinto ejemplo.

No es el pueblo á quien con mayor dureza debemos flagelar los que escribimos con independencia y convicciones; no.

Es á los que han pervertido y emponzoñado, y pervierten y emponzoñan á las masas, explotando su candidez, su forzosa condición y su ignorancia.

A los que, en vez de darlas medios de ganar el alimento sano de espíritu y pan honradamente con su trabajo, para que lo sepan estimar y acierten á

emplearlo bien, extravían su razón y las hablan de *derechos*, sin exigirlas *deberes* más que cuando les conviene, y no pocas veces ametrallándolas.

¿Cuándo se desengañarán los incautos?

¿Cuándo conocerán á sus amigos y á los que son sus más mortales enemigos?

Libertad y progreso sin virtudes públicas, sin creencias, sin culto, sin resignación y laboriosidad, sin trabajo racional y apropiado... *Derechos sin deberes*... ¿Qué frutos pueden daros?

Lo que vemos, lo que nos aflige, lo que nos conduele, amando como el que más la libertad y el progreso, y habiéndolos siempre enaltecido y ambicionado para esta nuestra patria querida, por la que hemos estado y estaremos siempre dispuestos á sacrificarnos, es que cada vez nos apartamos más de ellos.

Procuremos ser útiles.

¿Cómo?... como nos es dable; escribiendo la verdad en estos libros tal como la sentimos, sin contemplaciones vergonzosas, ni transacciones indebidas.

La verdad á los de abajo, pero no menos la verdad á los de arriba, á quien nada pedimos, y que cuando cumplen sus deberes les admiramos, como admiramos y queremos, cuando cumplen los suyos, á los hijos del pueblo, nuestros hermanos.

IV.

El Judaizante.

Con sobrada razón el verdadero ó fingido prestamista se congratulaba por tener envuelto en sus redes al incauto mancebo don Luis, al hijo del Corregidor de la Villa, y auxiliar confidencial y secreto del Santo Oficio.

La presa se había hecho para él de suma importancia, desde que en su presencia había pronunciado el apellido Valdespinar.

¿Tenía el israelita alguna deuda personal con el marqués de las Cuevas?

Ya se lo hemos oido decir.

Deuda de odio, de sangre y de venganza.

Y eso que don Enrique no era su ofensor directo, como tendremos ocasión de ver.

¿Qué obstáculo es éste para un vengativo?

—Véngueme yo,—decía el judaizante,—y nada me importa la forma, ni que la víctima lo merezca ó no.

Al saber que el artista y don Luis amaban á

María; que ésta quería al pintor y no al hidalgo caballero; que la joven era sobrina de Valdespinar, y don Enrique era quien era, con la rapidez que conciben los malvados por perversión, por hábito y costumbre, concibió un proyecto, y la posesión del mancebo Manrique de Lerma le aseguraba casi por entero su realización.

—Viene á mí, luego es mío,—se dijo de nuevo y una vez más.—¡Mío por completo!

Y lo condujo con muestras de agasajo á la cámara subterránea que ya la vieja había preparado.

Don Luis había ido allí dispuesto á jugar el todo por el todo.

Los celos, cegando al desdeñado amante, extinguieron, ó por lo menos amortiguaron en él toda noción de equidad y de justicia.

Y no sólo esto, sino todo escrúpulo de conciencia.

Nada le importaba que su alma se condenase, con tal de lograr su anhelo, de poseer á la doncella.

Aquel viejecillo antipático se lo había prometido, y aunque fuese su mayor enemigo, ya vería el modo de deshacerse de él más adelante.

Por el momento no podía, sin ser un loco, desaprovechar sus servicios.

Bien sabemos que no es esta la pintura ni el retrato fiel de un noble, de un hidalgo, de un caballero de aquellos tiempos; pero no se eche en olvido que don Luis era un enamorado, y los enamorados han sido, son y serán siempre como tales, y bajo el acicate de sus pasiones, una excepción de la

regla general de los hombres, ya pertenezcan á las clases más encumbradas, ó á las más humildes de la sociedad.

¿Quién había de suponer que bajo las apariencias de una casa rústica, de una mísera cabaña de guardadores de campo; al lado de un célebre santuario, de un convento del Órden de Santo Domingo, recientemente erigido, se ocultase en las entrañas de la tierra un asilo misterioso, un rincón oculto, donde el judaizante tenía su estudio, su laboratorio?

Pues así; aunque parezca poco verosímil, era en efecto.

Que el *prestamista* no era sólo un codicioso, un avaro israelita, un falso y aparente católico; sino á más de todo esto, un gran químico y un sabio médico.

En su manera de ser accidentada é insegura, á causa del temor de que se descubriesen sus malas artes, siempre que venía á Madrid, ó cuando habitaba en Cordoba, en Granada ó en Sevilla, que en todas estas ciudades estaba avecindado, adaptaba su existencia pública á las apariencias de una profesión cualquiera; todas le eran iguales, le eran indiferentes.

En realidad, su principal ocupación, á la cual se consagraba con el más grande ahinco y cada día con mayor entusiasmo, era una sola.

El vecino de doña Catalina era un *israelita de*

raza; mesiánico apasionado, tenaz propagandista y enemigo del hombre cristiano.

Enemigo tanto más formidable, cuanto que había conseguido en todos lados hacerse tener por converso, por intransigente y fanático.

El gran error de muchos en nuestros tiempos no consiste en odiar y en anatematizar la hipocresía, sino en suponer que casi todos los *buenos*, por sólo el hecho de serlo y parecerlo, son *hipócritas*.

Opinión tan equivocada y vulgar, merece, de nuestra parte, un severo correctivo.

Que el combatir errores, de este género sobre todo, es en nosotros ya hace tiempo un compromiso formal y sagrado.

Se ve una persona piadosa, timorata, retraída, poco afecta á diversiones:

Que asiste á las iglesias; que confiesa y comulga con frecuencia... ¡Hipócrita!

Se sabe que esa persona no hace mal á nadie; que es honrada; cumple sus deberes sociales; no importa... ¡Hipócrita!

Que ejerce la caridad con sus semejantes; que hace limosnas; que prodiga consuelos; que concurre á los hospitales, á las cárceles, á las casas de los enfermos pobres... ¡Hipócrita!

Que lleva el alivio allí donde le consta que hay una lágrima que enjugar, sin esperar la demanda, la súplica ó el ruego... ¡Hipócrita!

Para los que así juzgan de las gentes, no hay

nadie bueno con sinceridad: todo es egoísmo, interés, falsía en el mundo.

¡Desgraciados!

Pero aún hay más: el desconocimiento de la virtud se lleva hasta el extremo de que el sacerdote que cumple su sagrada misión como ministro del Altísimo, y enseña y predica y hace cuanto puede por mantener el culto á la más grande altura;

Que no para, y se desvive y se sacrifica;

Y crea y edifica sin tener en cuenta el riesgo que sus obras y edificaciones puedan correr en un día dado, se le tiene también por hipócrita, falaz y embustero.

Esto no es sólo injusto; es absurdo.

Y no podrán negarnos que este absurdo se da y hasta ha llegado á ponerse de moda.

Que hay hipócritas... ¿Cómo negarlo?

Que es la *hipocresía* odiosa, infame y denigrante.

Al confesarlo así, no decimos nada nuevo.

Jesucristo la anatematizó de la manera más cumplida y severa.

Oid algunas de sus palabras:

—Vosotros,—dijo en cierta ocasión,—los que tenéis gran cuidado en limpiar lo de fuera del vaso y del plato, y lo interior de vuestros corazones permanece repleto de rapiña, de iniquidad y de impureza. ¡Cuán necios sois! El que hizo lo de afuera, —añadió,—¿no hizo también lo de dentro? ¿El alma no debe ser, por ventura, todavía más pura que el

cuerpo?—¡Oh, ciego fariseo!—exclama en otra ocasión ante un auditorio numeroso.—Limpia primero lo interior de la copa y del plato, y lo de fuera estará limpio. Purifica tu corazón, y sólo así todas tus acciones serán puras.

No satisfecho aún, dice á los hipócritas:

—¡Ay de vosotros, fariseos, que diezmáis toda hortaliza y hasta la hierbabuena, y la ruda, que valen tan poco, y descuidáis lo más importante de la ley, la justicia, la misericordia, la fe y el amor de Dios!... Necesario es practicar estas cosas antes que las otras. ¡Ciegos! —Tenéis,—prosigue fijo siempre en la misma idea,—tenéis gran cuidado de purificar lo que bebéis, por miedo de tragaros los mosquitos, y os tragáis los camellos... ¡Ay de vosotros, fariseos, que ambicionáis los primeros asientos en las sinagogas, y que se os salude en las plazas públicas!... ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, y fariseos engañadores, que con el pretexto de vuestras largas oraciones devoráis las casas de las viudas!... Por ello recibiréis castigo. ¡Ay de vosotros, doctores de la ley y fariseos hipócritas, que corréis mares y tierra por hacer un solo próselito, y luego que habéis hecho esto, le pervertís sin temor al infierno!

Y más adelante:

—¡Ay de vosotros, conductores sin luz, que decís: Si se jura por el templo, eso no es nada; pero si se jura por el oro del templo, hay obligación de cumplir el juramento! ¡Cuán insensatos y ciegos

sois! ¿Qué merece más respecto, el oro, ó el templo que santifica el oro? Y añadís que el que jura por el altar, no se obliga; pero si jura por la ofrenda que está sobre el altar, está obligado á cumplir su juramento. ¡Ciegos sois! ¿Qué merece más respeto, la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda?...

Y avanza en su instrucción y la completa diciendo:

—El que jura por el altar, jura por el altar y por todo lo que está sobre el altar; y el que jura por el templo, jura por el templo, y por Aquél que reside en el templo... Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquél que está sentado en él.

—Sois,—exclama henchida su alma de divina indignación,—sois como los sepulcros, que no lo parecen por fuera, y los hombres andan sobre ellos sin saber el terreno que pisan...

Y en otra ocasión:

—¡Ay de vosotros, doctores de la ley y fariseos embusteros, semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen muy hermosos á la vista de los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda clase de miseria y podredumbre! Exteriormente parecéis justos á los justos del mundo, pero vuestro interior está lleno de hipocresía y de iniquidad.

Hablando así Jesús, uno de los doctores de la ley tomó la palabra y dijo:

—Maestro, tus palabras nos deshonran.

Y Jesús le respondió entonces:

—¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que cargáis á los hombres con pesos insoportables, y no queréis que os toquen á vosotros con la punta de un dedo!

Y prosiguió:

—¡Ay de vosotros, que edificáis tumbas á los profetas, y adornáis las sepulturas de los santos, siendo vuestros padres los que les mataron!... Vosotros decís: Si hubiésemos existido en tiempo de nuestros padres, no hubiésemos derramado como ellos la sangre de los profetas. Y, sin embargo, vosotros mismos dais testimonio de que sois los hijos de aquéllos que mataron á los profetas, y de que queréis matarles haciendo lo que éllos.

—Acabad y colmad la medida de vuestros padres... ¡Serpientes, raza de víboras!—grita en fin. —¿Cómo podréis evitar el ser condenados al fuego eterno?

Después de estos irrecusables textos del Hombre-Dios, nada debemos ni podemos añadir.

¿Os expresaréis vosotros con mayor severidad y elocuencia?

El nuevo amigo que se había echado don Luis Manrique de Lerma era un *hipócrita;* que esto y no otra cosa significaba en definitiva un *judaizante.*

Hagamos un poco de historia sobre este punto, por lo que pueda convenirnos antes de proseguir más adelante.

Tenemos por cosa comprobada que existieron en nuestra patria los judíos antes de que Tito los expulsara de Jerusalén.

Toledo, Ávila, Segovia... conservan recuerdos indubitables de familias hebreas de época tan remota.

Adriano dispersó la raza judía por el mundo, acabando desde entonces su existencia como pueblo formal, como nación, como entidad política.

¿Ha vuelto á recuperarla? No.

A partir de este momento histórico, los judíos vagan errantes por la tierra sin suelo fijo que les sustente y mantenga por derecho propio.

La maldición del cielo es evidente; la cadena de su esclavitud y su infortunio, incuestionable.

Las aguas del Mediterráneo arrojaron á las playas españolas multitud de seres que llegaron á echar raíces formales entre nosotros.

¡Estéril esfuerzo, empero, el de Juliano por restablecer su templo!

La voluntad del hombre será impotente para oponerse y contrarrestar los decretos del cielo.

Avancemos un poco más.

Teodosio, á pesar de los consejos de San Ambrosio, concedió á los hebreos en España practicar su culto, alzar sinagogas, tener escuelas, ejercer industrias, y les dió otros muchos privilegios.

Los godos no fueron tampoco para el pueblo maldito rígidos ni severos censores; contra su tolerancia no sirvieron de gran cosa los Concilios de Toledo.

Wamba llegó al fin á expulsarlos del reino; pero ellos, *hipócritas* siempre, mintieron sumisión y alcanzaron que el Concilio Toledano XVII les autorizase para vivir en barrios ó juderías, en favor y protección de las cuales se promulgaron famosísimas leyes posteriormente.

¿Cómo correspondieron los judíos á estos nuevos favores, á estas gracias?

Hacemos rápida correría, y no podemos detenernos en pormenores que serían impropios de esta obra; pero comprobado está que árabes y judíos se aunaron millares de veces para combatir á los cristianos; que más ó menos á las claras les hicieron guerra sorda y sin cuartel.

Ilusos, los que no les conocían, les dejaron hacer; y aun avanzando la reconquista, como los judíos prestasen servicios de muchas clases á los valientes guerreros que sólo de pelear se cuidaban, su importancia se acrecentó aún más.

Filosofía, matemáticas, medicina... Sólo ellos las poseían.

Oro, pedrería... Sólo ellos los atesoraban.

Alcanzaron nobleza, ocuparon altas posiciones; lograron influjo, poder.

Alfonso VIII les otorgó iguales derechos de ciudadanía que á los cristianos en los pueblos que conquistaban [1]. Fernando III les autorizó para trasladar á Toledo su célebre Academia de Córdoba,

---

[1] Véase el Fuero de Cuenca, año 1190.

que había subsistido hasta entonces bajo la protección de los emires; Alfonso el Sabio se sirvió de los rabinos para componer sus famosísimas *Tablas*, premiando largamente sus servicios, y concediendo á sus lujosos palacios idéntica inviolabilidad que á los de sus más esclarecidos vasallos.

Bajo el reinado de Pedro I de Castilla reedificaron su famosa sinagoga de Toledo; y si bien, fieles al monarca justiciero, sufrieron la suerte de los vencidos en los campos de Montiel, ni aun entonces duró mucho ni fué tan dura su desgracia.

Siguieron siendo precisos, siendo necesarios, y á la vez enemigos irreconciliables del nombre cristiano.

Víboras ocultas, inoculaban el veneno sin que sus víctimas se apercibieran de ello.

Ya en los reinados de Juan I y Juan II hubo muchos judíos que, bajo capa de *convertidos*, cometían los más grandes sacrilegios y sustentaban las más funestas herejías.

Había convertidos judaizantes, y judaizantes que procedían de los cristianos mismos.

Estos falsos y aparentes cristianos; estos embusteros que, hipócritas y bajo reprobados medios lograban la confianza de los reyes, de los grandes y caudillos; que penetraban en la nobleza, en la milicia, en la magistratura, en los Consejos, y hasta llegaron á obtener cargos y dignidades eclesiásticas, y se hicieron recibir en las Órdenes monásticas:

Que se conservaban, no obstante, fieles á su religión y á su culto, ó le hacían traición y apostasía:

Que observaban sus prácticas en obscuros y misteriosos antros:

Estos eran los *judaizantes*.

¿Puede extrañarse que para ellos no hubiese piedad?

Su conducta llegó á castigarse con la muerte, aun antes de la creación del Santo Oficio, de que era auxiliar secreto don Luis cuando conoció al israelita, al judío, que, como ya sabemos, tenía una habitación en la casa de doña Catalina y otra en las inmediaciones del santuario de Atocha.

¿No os parece todo esto bastante curioso para haberlo consignado?

Hubo judíos que se bautizaron sinceramente; muchos conquistó para Dios San Vicente Ferrer, y convirtieron de veras los sabios dominicos, sus hermanos; pero la mayoría se hacían cristianos siendo judíos, ó fraternizaban con los judíos siendo cristianos, por miras ocultas, por intereses materiales, por cálculos humanos, lo cual explica lo que históricamente aparece comprobado, y es, que hubiese, entre el número de los *judaizantes* de una y otra procedencia, personas distinguidas en todas las jerarquías del Estado y hasta de la Iglesia.

No parece que hoy, en otro sentido, no acontezcan aberraciones y anacronismos semejantes.

Ya referiremos otras cosas no menos curiosas

bajo el punto de vista histórico, á la par que continuemos nuestro relato.

Que esta obra nuestra, como las anteriores, tiene un cuádruple carácter: religioso, histórico, novelesco y legendario.

El hijo del Corregidor de Madrid sabía cuanto dejamos consignado, y mucho más que hemos omitido en gracia de la brevedad. Era hijo aprovechadísimo de la célebre Universidad de Salamanca; era doctor; era letrado.

Conocía, pues, lo que significaba un *judaizante*.

Estaba obligado á perseguirlos y delatarlos por el cargo que ejercía.

Y, no obstante, á hurtadillas, sin que lo supiesen sus padres, en noche obscura y tormentosa se arriesgaba á ir á la casa que en el *Atochal* tenía el prestamista, el judío, y á la cual le había citado el día anterior en que por vez primera se habían conocido.

Le llevaba el amor, los celos, la promesa de que María sería suya; suya de grado ó por fuerza... ¡Ah! de grado, no; por la astucia, por el engaño, quizás por la violencia.

¿Podremos disculparle?

De manera ninguna; ni el hipócrita mismo le disculpaba.

Ambos á dos se tenían recíprocamente, y eran en realidad, por unos miserables.

El joven aparecía á los ojos del viejo, y el viejo á los del joven, como eran verdaderamente: unos

viles, unos cobardes. Sin Dios y sin ley; sin decoro y sin conciencia.

Ambos á dos no se creían obligados á guardarse respeto ni miramiento alguno.

Podían temer una perfidia, una traición, de la cual se prometían en todo caso librarse á su tiempo.

Tenemos, pues, unidos, enlazados por vergonzosos y denigrantes estímulos, á dos personajes de nuestro libro.

A dos ocultos enemigos de otros que hemos hecho figurar ya en la parte imaginativa, procurando hacerles simpáticos á nuestros lectores:

Por lo nobles, por lo hidalgos, por lo dignos, por lo virtuosos, por lo sinceros, por lo francos:

Por su talento, por su genio, por las cualidades de su corazón y de su alma.

Así es la vida.

Relaciones que se forjan al calor de los sentimientos más levantados.

Amistades que crea el interés y los más odiosos cálculos.

Aquéllas, pocas; éstas, muchas, muchísimas, demasiadas.

Indiferencias, frialdades, impresiones pasajeras, mentidos afectos y embusteros cumplimientos... Ésto en una medida que descorazona.

Nuestra misión es pintar la vida con sus asperezas, sus deficiencias y sus maldades, con sus escasos idealismos y sus contadas grandezas, presen-

tando las primeras con las limitaciones que nos impone el respeto á cuantos nos favorecen con su confianza, y á nosotros mismos; los segundos, con cuantos entusiasmos sea capaz, sea susceptible nuestra alma, bajo el influjo del profundísimo acatamiento que nos infunden, que nos inspiran y nos han inspirado siempre.

Que ha de llegar un instante, un momento solemnísimo en esta producción nuestra, como en las anteriores, en que aparezca, en que surja la hermosísima y principal figura cuyo nombre lleva al frente de sus páginas todas.

Y entonces hemos de necesitar y de pedir, más aún que al presente, benevolencia y atención para esta nuestra producción.

Libro arrojado sin miedo, sin temores, sin vacilación alguna á los vientos de la publicidad, cuando las aficiones artísticas y literarias de una gran parte del público, rubor nos causa decirlo, se muestran más favorables, más propicias á un materialismo descarado y rudo, que á un idealismo, que á un misticismo tan sublime como encarna en sí TERESA DE JESÚS.

Nos alienta, nos impulsa á proseguir escribiendo, el éxito de nuestras anteriores producciones, que se han abierto paso y adquirido carta de naturaleza en momentos que parecían los menos propicios para ser leídas.

Y aún todavía más el de ésta, que deseábamos y temíamos dar á la estampa, y hemos tenido y e

nemos que improvisar por circunstancias superiores á nuestra voluntad.

Improvisar en medio de ocupaciones que nos roban, no sólo el tiempo material, sino que son de carácter no menos urgente y preferente.

Y tan extrañas, tan heterogéneas á éstas, que aceptamos sin preocuparnos de nosotros mismos, que no pocas veces nos cansan y fatigan hasta abrumarnos y desear abandonarlas en brevísimo plazo.

¡Cuántos motivos vamos teniendo para hacerlo así!

V.

Pacto sacrílego.

Condujo el judaizante al auxiliar secreto del Santo Oficio á la sala que antes hemos indicado, y en la cual la vieja tenía dispuesto lo necesario para lo que en aquella época se llamaba un refresco.

No pasó desapercibido para el dueño de aquel singular edificio, rústico y pobre al exterior, amplio y con detalles de lujo y de riqueza en lo interior, la impresión que todo aquello producía al mancebo.

Valor y arriesgo se necesitaba para meterse en tan extraña morada y peligrosa ratonera.

Pero lo que infundió cierto recelo y marcado disgusto á don Luis, fué la especie de laboratorio de alquimista ó nigromántico, á donde el viejecillo hizo alto y le invitó á tomar asiento.

Por serena que fuese una persona, los grandes hornillos, las inmensas retortas, los alambiques,

aves y reptiles disecados, las calaveras y esqueletos humanos que allí había por todas partes sobre ménsulas y repisas adosadas á las paredes y pendientes de la techumbre, producían un fúnebre y desagradabilísimo efecto.

El edificio consistía en una rotonda central abovedada, de la cual partían, á manera de estrellas, varias galerías de arcos igualmente abovedados.

No era difícil suponer que en un principio pudiera haber sido aquella morada la bodega de alguna casa principal.

Pero fuera de esto lo que quisiera, á la sazón era uno de los nidos, uno de los escondrijos predilectos del judío, del cual se servía cuantas veces venía á la Villa, y siempre cuando así convenía al mejor éxito de sus múltiples negocios y de sus variadas y lucrativas ocupaciones.

En Madrid el judaizante no se había dado á conocer como médico, y, no obstante, ¡cosa singular! era en la Villa donde hacía sus principales experimentos y sus estudios fundamentales para proporcionarse drogas que alargasen la vida ó la pudieran cortar sin dejar rastro de su aplicación y su eficacia.

Como médico, el prestamista había hecho gloriosísimas campañas entre moros y cristianos; como alquimista, tenía una gran reputación, reputación, no entre gentes honradas, sino sólidamente cimentada entre personas de cierta posición, entre damas y caballeros principales, y, sobre todo, entre pocos

escrupulosos amantes y casi siempre adúlteros enamorados.

Madrid era para el júdío lugar á propósito para el logro futuro de sus más altas empresas, y eso que en la Villa no fué nunca más que un buen creyente y un modesto prestamista, que tenía precisión de sostenerse con el producto de su modestísimo trabajo.

Pintamos quizás un tipo poco común; pero que no era sólo de aquellos tiempos, sino que, en lo que cabe, los hay en los nuestros.

¿Qué tenía en Madrid el judaizante?

¡Ah! tenía la paciencia de esperar; de esperar, para saciar sus odios y sus venganzas, y á la vez conquistar prosélitos para su doctrina; para su culto y su religión.

Presentía que la Villa estaba llamada á ser Corte pasados algunos años, y para entonces se reservaba el desenvolvimiento completo de sus diferentes planes.

Una frase, una palabra de don Luis, bastó para, como había dicho, despertarle de súbito de su letargo.

Aquella frase, aquella palabra, fué un apellido que no tenía ciertamente olvidado; pero del que no creía ni había creído deber ocuparse en larguísimo tiempo.

El causante directo y principal de sus rencores, de sus odios y sus resentimientos de raza, de sus

deudas de sangre, debemos repetirlo, no fué don Enrique. ¡No era el marido de doña Leonor!

Pero el marqués de las Cuevas se le venía á la mano. Ofrecíasele una ocasión propicia, una coyuntura favorable para saciar sus pasados y mal dominados rencores, y se apresuró á aceptarla.

A aceptarla como él aceptaba todo: con astucia, con perseverancia, sin reparar en los medios.

Para el judaizante todos eran iguales, todos eran lícitos, todos eran buenos.

Y los que piensan como él pensaba, hacen en el mundo lo que se les antoja.

Lograd haceros temer y odiar, y lograréis mucho más que haciéndoos querer y amar.

—¡Un amante desdeñado!... ¡Un amante celoso!...—se había dicho.

Y frotándose las manos con satisfacción, añadió:

—¡Magnífico! ¡Magnífico! Instrumento dócil en mis manos; yo sabré utilizarte; yo sabré no desperdiciar tus pasiones.

Y pensando así, como dejamos dicho antes, el hebreo no se equivocaba; demostraba conocer á fondo el corazón humano.

¡Qué gran cosa es para un bribón conocer el corazón humano!

—Os agradezco en extremo,—dijo á don Luis luego que estuvieron sentados,—os agradezco la confianza que habéis hecho de mí, y corresponderé á ella, cumpliéndoos fielmente mi palabra.

Principio habilísimo para tener de su parte al joven hidalgo.

—Por eso y á eso he venido,—le contestó el mancebo,—tomando á su vez asiento.

—Algo más tendría derecho á exigir de vos, si no siguiéseis mirándome con recelo, y, sobre todo, juzgando cuanto veis de un modo engañoso. Estos utensilios que veis, son muestras de mi profesión, y no deben alarmaros. Son auxiliares naturales de mi ciencia: soy médico.

—¡Mágico!... ¡Nigromántico!

—Esos son nombres vulgares, más fantásticos que reales, y en los que no debéis creer... Yo soy un hombre práctico... No os negaré que algunas veces me he hecho, y hasta que me haré pasar por mágico; pero yo mismo me he reído de la credulidad sencilla de los que me han creído y puedan creerme un brujo. No lo pongáis en duda, joven; no hay más que embustes, apariencias, mentiras, ó verdaderos adelantos.

—¿Y los milagros? ¿Dónde me dejáis los milagros?

—Eso ya es otro terreno, en el que no quiero entrar.

—¿Vos no creéis en los milagros?

—Sí los creo.

—No acierto á comprenderos.

—Ya me comprenderéis si me tratáis; si no os limitáis, como pensáis, á serviros de mí, y llegamos á ser dos amigos sinceros.

—¡Amigos, vos y yo!.... Sólo habría un medio.

—¿Cuál?

—Creyendo vos en lo que yo creo.

—Ó vos viniéndoos con armas y bagajes á lo que yo creo y espero.

—¡Imposible!

—Día llegará, y no quisiera morirme sin ver la luz de ese día, en que nuestra dispersión merecida cesará; en que la Palestina nos será devuelta sin dependencias vergonzosas; en que el Mesías vendrá para otorgarnos el dominio del mundo.

—¿Aún habláis del Mesías?

—¿Y por qué no, si aún?...

—Callad... no blasfeméis, ó al punto os dejo.

—No insisto más; pero...

Y al expresarse así el viejecillo, hablaba con calor, con acento de convicción y seguridad tal, que Manrique creyó prudente, para evitar males mayores, variar el curso de la conversación.

¿En quién estaban las convicciones?

En el que para creer había estudiado, y no en el que creía por rutina, sin base sólida.

El engañado aparecía aquí persuadido; el que poseía la verdad, incapaz de sostenerla.

¡Cuántos hay como este último, y cuánto daño hacen!

—¿De suerte, que vos no créeis en la magia? ¿Que no la practicáis?—preguntó, huyendo de toda polémica el auxiliar secreto del Santo Oficio.

—No: practico la ciencia experimental, y en ella

he logrado hacer pasmosos descubrimientos... En mi arte de curar hago intervenir la astronomía y la quiromancia, hasta la cábala, si menester es; pero de las composiciones químicas que adormecen, que trastornan, no me sirvo ciega y sistemáticamente, como muchos... Poseo secretos terribles; he logrado combinaciones que hacen olvidar, soñar despierto en cosas agradables que, tomadas en ciertas dosis, se odia ó se ama según mi voluntad.

—¿Es eso cierto?

—Dispuesto estoy á demostrároslo, y para eso creo que hayáis venido. El espíritu, en resumen, no es sino una emanación astronómica que, unida á los cuerpos, hace obrar maravillas, fenómenos fisiológicos de gran valer... El corazón del hombre tiene tres ventrículos ó cavidades, y en una de ellas, en la principal, reside el espíritu.

Don Luis estaba cada vez más asombrado ante aquellos errores y aquellos disparates; errores y disparates, sin embargo, que han pasado por axiomas y por verdades, y de que hoy la ciencia verdadera ha dado buena cuenta, relegándolos al puesto que merecían.

¿Quién era el auxiliar de la Inquisición para oponerse á la charla seductora de aquel viejecillo, descendiente de los rabinos del siglo X, y cuya ciencia no había dado desde entonces un solo paso?

—Me dejáis absorto,—exclamó.

—¿Por qué, si no, os he ofrecido que será vuestra María?

El golpe estuvo tan hábilmente preparado, que produjo sus naturales efectos.

En este sentido, el mancebo se veía arrastrado, á pesar suyo, por el judío; y el hebreo sabía que su mayor fuerza sobre el auxiliar secreto del Santo Oficio, consistía en lo que sabía de más, por lo que el enamorado sabía de menos, á pesar de haber asistido á las aulas.

Tan cierto es, que los que van á ellas, sin estudiar, no aprenden nada.

—Mis hermanos,—prosiguió el prestamista,—al dividirse en sectas, como vosotros los cristianos, han perdido mucho... Yo aspiro á la unidad del judaismo... Eso de los dos talmudes, el de Jerusalén y el de Babilonia, no lo concibo; no hay más que un solo Talmud verdadero: la *Misna* y la *Guemara* comentadas; ese es el Talmud verdadero... Aquí le tengo; vedle...

Y el hebreo abrió un libro que, forrado en pergamino, había en efecto sobre la mesa, delante de la cual estaban.

Don Luis se sentía cada vez más subyugado.

—¿Y para qué me decís esas cosas?—preguntó.

—Pues es muy sencillo; para demostraros que yo no creo en la magia, como tantos otros de mis hermanos, en quienes la Inquisición ha hecho tantas víctimas por no dejar de ser visionarios. La magia se opone al Talmud, que la anatematiza con rigor... El libro que tenéis delante, es para mí divino.

—Algo conozco de él, y me parece que...

—Lo dudo; vos no conocéis nada.

—¿No se ordena en él, por ventura, que maldigáis á los cristianos tres veces al día?

—¿Y qué?

—¿No se os manda robarnos?

—No tengo para qué negarlo.

—Egoísmo y avaricia es vuestro credo.

—Pues yo, sólo en el Talmud creo.

—Para discutir estas cosas no os he venido á ver, — añadió con enfado el mancebo. — Podéis acabar.

—Puesto que lo deseáis, acabo. No en vano he dado á mi conversación un giro tan particular.

—Decidle.

—Pues para advertiros que sólo con una condición seréis dueño de María, y pondré á vuestra disposición mi ciencia y mis experimentos.

—Concluyamos presto; necesito volver á casa de mis padres antes que sea de día.

—Volveréis cuando queráis... Nuestra entrevista de hoy sólo tenía para mí un objeto.

—¿Me prometéis de nuevo hacerme dueño de la que amo?

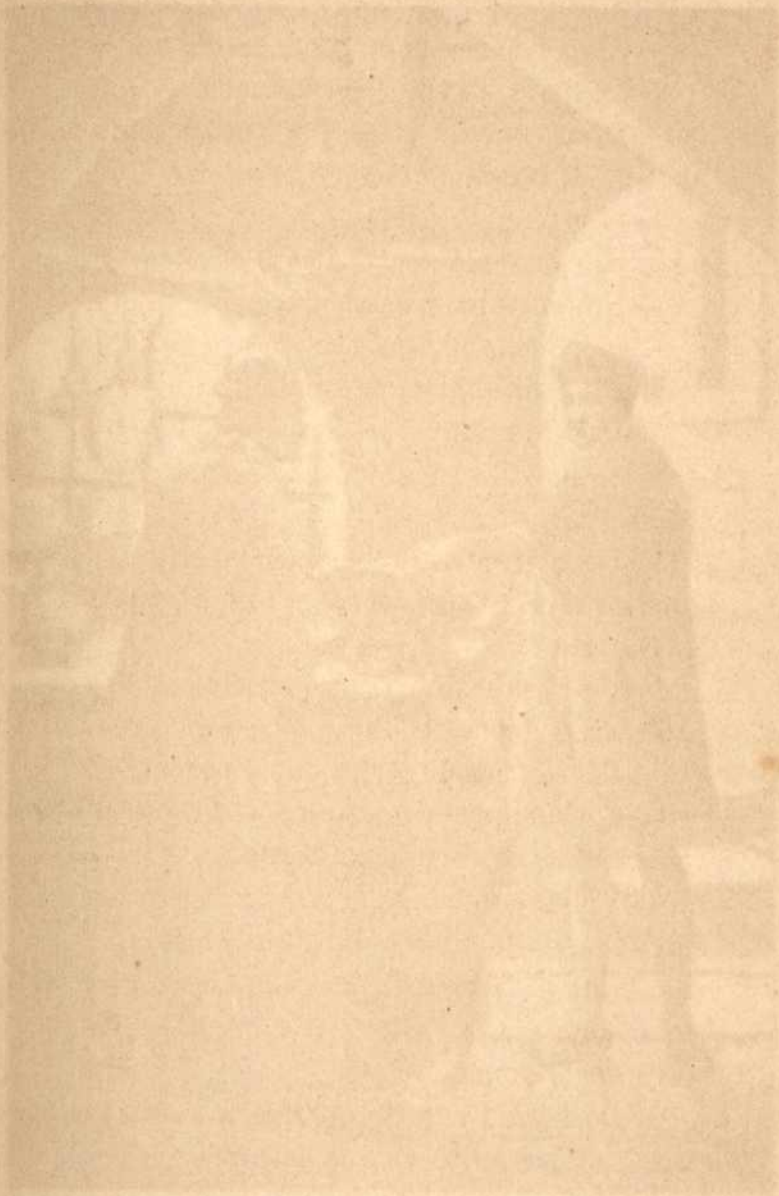
—Os lo prometo.

—Comenzad cuando queráis á realizar mis deseos... ¿Qué tengo yo que hacer?

—Ya os lo he dicho: una cosa sola.

—Os escucho.

—Pactar conmigo lealtad á toda prueba.





Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 6, Madrid.

El pacto.

—Os lo ofrezco.

No aguardó ni quería el judaizante otra cosa; ser por completo dueño de aquel joven. Y que lo había conseguido, ahora lo veremos.

—Sellad,—exclamó levantándose de su asiento, —sellad vuestro compromiso y nuestro *pacto* con un juramento.

—¿Cuál?—preguntó á media voz don Luis.

—¡Por el Talmud! ¿Juráis serme fiel y hacer cuanto yo os diga?

El prestamista pronunció estas últimas palabras con tan perfecta seriedad, que hicieron sonreir forzadamente al mancebo.

—Si no es más que eso...—murmuró.

—Pues juradlo así.

—Lo juro,—prosiguió el joven extendiendo su mano sobre el libro de pergamino.

—El *pacto* está hecho.

¡Pacto terrible, inexplicable por lo impío, por lo sacrílego!

Seguro estaba el judío de que el auxiliar secreto del Santo Oficio cumpliría su juramento.

El joven no tuvo inconveniente en suscribir á aquella oferta, que creía no le obligaba gran cosa, pero que sin querer le inspiraba terror, le infundía miedo.

Al pronunciar aquel juramento había sentido en su interior un frío intenso, y su mano tembló, á pesar suyo, al extenderla sobre el libro.

¿Qué influencia le subyugaba, á él, que no creía en el Talmud?

¡Ah! le subyugaba la creencia real del israelita y la vergonzosa apostasía suya.

Allí, en aquel instante, el judío seguía siendo mucho más que él; porque el hebreo creía, y él era un sacrílego y acababa de ejecutar ante un impío un acto vergonzoso y denigrante.

Y á la verdad, que no hallamos palabras bastante duras para calificar al embustero, al falso creyente, que de modo tan cobarde y pérfido se olvidaba de su Dios, del Dios único y solo verdadero.

¡Contraste singular, en el que venía á ser más grande, más digno, más simpático el fanático mesiánico que el sacrílego cristiano!

Y que así lo comprendió el vecino de doña Catalina al cerrar el libro, tranquilo y sosegado, y al ofrecer con ademán socarrón al enamorado que tomase un refresco, no tenemos precisión de encarecerlo.

—No tengo ganas,—dijo don Luis rehusando comer ni beber.

Su situación era difícil en extremo.

No se sentía con fuerzas para continuar en aquella estancia.

—¿Creéis que no os habéis obligado conmigo?—dijo cruel é impertérrito el viejecillo.—Pues os equivocáis de medio á medio...—añadió, ahondando sin piedad la herida de su nuevo amigo.—Si hubiéseis jurado sobre vuestro Evangelio, no os habría

creído. Jurando sobre el Talmud, os habéis ligado á mí por la magnitud de vuestro vengonzoso y cobarde sacrilegio.

Era así verdad, y tarde para retroceder.

El joven entonces lo comprendió todo, y se cubrió aterrado el rostro con las manos.

El judaizante, temeroso de haber ido demasiado lejos, prosiguió:

—¿Qué os importa lo sucedido, si no creéis haber hecho traición á vuestra conciencia? Por lo demás, lo que me importaba era asegurarme que no me la haríais á mí. Ya somos iguales; el *pacto* está consumado. No es hora de reparar en pelillos.

Y tendiendo la mano á don Luis como había sucedido en su casa del Arco de Santa María, el joven la estrechó, hallándola igualmente fría y resudosa, como la de un hombre espirante, como la de una persona que está próxima á morir.

—Concluyamos.

—Por mi parte está hecho cuanto por hoy me proponía, y si tenéis prisa, os podéis ir. No seré yo quien os detenga; al fin hemos de entendernos, y, en último caso, lo que sea de uno será de otro: será de los dos.

—¡Oh! ¡Esto ya es demasiado!—exclamó el mancebo sin poderse contener.

—La institución á quien servís,—prosiguió con calma el viejecillo,—trata de igual manera á los judaizantes que á los apóstatas, si por su desdicha caen en sus garras. ¡Sería chusco venir á vos!...

Después y todo, preciso es reconocerlo, sería merecido... ¡Ja! ¡ja!...

—Es que yo...—balbuceó el joven.

—Vos habéis cometido apostasía al jurar sobre el único y solo libro en que creo yo.

La evidencia se imponía y sujetaba con lazos de hierro al ciego enamorado.

—Yo no os he dicho que sea judío,—se aventuró á añadir.

—Pero convendréis, por lo menos, en que no podéis decir que seáis un buen católico.

El mancebo bajó la cabeza corrido y avergonzado.

Se hacía preciso rehacerle, animarle, impedir que se retractase, y comprendiéndolo así el prestamista, le dijo:

—Por esta noche podéis iros tranquilo... Ya os diré cuándo hemos de volvernos á ver, y entonces os convenceréis que si la magia no es verdad, lo son las ciencias ocultas y cuanto con ellas se relaciona... Desechad cuanto de lo que aquí ha pasado os pueda mortificar, y tomadlo como es en sí... Yo necesitaba persuadirme de vuestra absoluta adhesión á mi persona, y lo he conseguido... No debe esto extrañaros.

—¿Y si yo no quisiera?...

—Estáis comprometido á lo contrario... No cabe cambiar de rumbo.

—Solos estamos; puedo volverme atrás.

—Os equivocáis; lo tengo todo previsto para evitaros esa molestia.

—No os comprendo.

—Ahora os persuadiréis de ello.

El judío se levantó, y abriendo una mampara, aparecieron agrupadas varias personas que podían muy bien haber oído cuanto había pasado.

Don Luis ante aquellos testigos se sintió vencido, y se dejó caer sobre su silla anonadado.

El prestamista, después de una breve pausa, volvió á cerrar la mampara, y acercándose con la sonrisa forzada que le daba tan siniestro aspecto, tocó el hombro de su amigo.

Don Luis se estremeció como si le hubiera picado un reptil, y alzó la cabeza.

—Vos también, amigo, habéis de mí desconfiado y tomado vuestras medidas. No sé por qué, pues, os extraña que á mi vez haya yo tomado las mías... ¿A cuántos habéis dejado de la parte de allá del puentecillo de piedra que hay sobre el arroyo que baja desde Recoletos y cruza por delante del paseo del Atochal?

—¿Lo sabéis?

—Lo sé... ¿Qué papel lleváis oculto en vuestro pecho y bajo vuestro cerrado justillo de terciopelo?

—¡Oh! ¡Esto más!... Me entrego por completo á vos, soy todo vuestro;—gritó el enamorado, y estrechó por vez primera de un modo entusiasta y expresivo la mano del judaizante, quien le creyó

por completo; y despidiéndole hasta dejarle en la puerta de la casa rústica, le dejó ir diciéndole:

—Hasta el sábado de la semana que viene, que iréis á mi casa de junto al Arco de Santa María... Aquél será el verdadero centro de nuestras futuras operaciones para que María os pertenezca.

Don Luis, luego que atravesó el paseo sin encontrar á nadie, llegó al puente de piedra del arroyo, donde le aguardaban varios embozados.

—Podéis retiraros...—les dijo.—Ya no os necesito... Ya no me hacéis falta.

Y siguió su camino hasta su casa.

VI.

Manuscrito interesante.

Habían transcurrido varios días desde la última entrevista del judaizante y del auxiliar secreto del Santo Oficio.

Una noche, al volver á su casa don Luis, se encontró sobre su mesa de despacho un pliego bastante abultado.

—¿Quién ha traído esto? — preguntó á los criados, y ninguno supo darle contestación satisfactoria á su pregunta.

Abrió el sobre con inquietud, y cayó al suelo un papel doblado.

—¡Cómo!—dijo para sí, y recogiéndolo se apresuró á leerlo.

Decía así:

«Os envío por escrito una relación que no tendría valor para decírosla de palabra. Leedla detenidamente, y el resto lo sabréis cuando nos veamos.»

—Lacónico está el judaizante,—dijo para sí el mancebo, que en seguida conoció la letra de la car-

ta y del manuscrito, pues ambas eran de la misma mano.

La hora era á propósito. Cerró su habitación y se puso á leer, pasándose en aquella ocupación sin dormir toda la noche.

«Durante el invierno de 1591 los monarcas castellanos se retiraron á Sevilla para esperar la llegada de la primavera, resueltos á dar el último golpe al pueblo musulmán, apoderándose de Granada.

»Vivía por entonces en esta última ciudad un hombre cuya reputación de hábil curandero le fué funesta; pues habiendo enfermado gravemente una grande amiga de la reina, y ofreciéndosele riquezas sin tasa, accedió á encargarse de su curación.

»El tenido por sabio, era padre de una joven, único objeto de sus cuidados y sus cariños.

»Al ir á Sevilla la llevó consigo... ¡Ojalá no hubieran pasado así las cosas!

»Supieron los Reyes Católicos que el médico guardaba aquel portento de candor y de hermosura, y quisieron conocerle.

»La enferma iba recobrando la salud, aunque muy lentamente, y temiendo que padre é hija se volviesen á Granada, apresuraron la recepción.

»El padre tuvo un movimiento de orgullo y vanidad, y suscribió en mal hora á llevar á su hija á palacio.

»La audiencia se efectuó por la noche, y nadie vió á la joven desde su casa al alcázar.

»Precaución que resultó inútil.

»Conocedores los monarcas de la llegada de los invitados, por un joven de gallarda presencia que hacía servicio en calidad de gentilhombre, éste fué el encargado de conducirles á la presencia de don Fernando y doña Isabel...

»La fama de aquellos ínclitos soberanos infundió al padre y á la hija el mayor respeto.

»Por lo que hace al joven, mientras duró la permanencia en la cámara real de los forasteros, se mantuvo en un ángulo de la estancia.»

—¿A dónde irá á parar esto?—se preguntó el desdeñado amante de María, no hallando relación alguna entre la historia que leía, y lo que á él más viva y directamente le interesaba.

No por ello dejó el manuscrito.

Continuó leyendo:

—«Mucho te agradezco,—proseguía el papel;—mucho te agradezco,—se dignó decir la reina dirigiéndose al padre,—tu condescendencia, no sólo por haber venido tú, sino por haber traído á tu hija contigo. Te debo mucho con haber devuelto la vida á una de mis mejores amigas, y antes de que vuelvas á Granada, deseo premiar tus servicios.

—»Con sólo vuestras atenciones, excelsos mo-

narcas, me conceptúo pagado,—respondió el visitante.

—»Ya tardas,—prosiguió la reina,—en hacer que tu hija se descubra el rostro ante nosotros.

—»Así es la verdad,—la interrumpió don Fernando.

»Y el forastero alzó por sí mismo el velo que cubría á la joven.

»El efecto de su peregrina hermosura fué instantáneo.

»La soberana quedó extasiada; el rey miró á su consorte, demostrando su complacencia, y el joven caballero avanzó, sin querer, algunos pasos.

»El padre de aquel portento sintió vanidad, y bendijo al cielo por la merced que le había otorgado.

»Ambos eran judíos.

—»Mucho nos habían ponderado,—dijo Isabel, —¿no es verdad, esposo? á esta doncella; pero la realidad supera á toda ponderación y á todo elogio. Sus ojos negros, sus cabellos castaños, su boca pequeña, su nariz recta, ese ligero carmín que colora sus mejillas y el perfume que en derredor suyo difunde su candor, no lo ví jamás...—añadió la soberana.—Nunca impresión más grata experimenté en mi vida...

»Aquellas lisonjas acabaron de trastornar al médico, que, inclinándose, respondió á la soberana:

—»Reina y señora, nadie cual vuestra majestad pintó á mi hija. Nunca mis oídos escucharon me-

lodía tan grata como vuestra voz y vuestras dulcísimas palabras. No en vano la fama lleva con admiración á los confines de la tierra la opinión más elevada de vuestra sabiduría; pero á mi corazón ha llegado más alta aún la de vuestra amabilidad y condescendencia... Disponed de nosotros.

»Y la hija y el padre cayeron á los pies de los soberanos.

»Pasó un breve rato.

»Y doña Isabel exclamó entonces:

—»Tanta belleza y tanta candidez, junto á mi corazón estarán mejor.

»Y alzando á la doncella del suelo, la estrechó entre sus brazos.

»Cuando los forasteros salieron de palacio y volvieron á su morada, eran esclavos de los reyes de España.»

—Hasta ahora no veo claro,—murmuró casi en voz alta el auxiliar de la Inquisición,—el fin que ese judaizante se ha propuesto con hacerme conocer este manuscrito...

Continuemos leyendo,—prosiguió hablando consigo mismo, y lo verificó así.

«Tiempo hacía que el padre y la hija habían abandonado la regia estancia, y aún el gentilhombre permanecía en su puesto.

»Doña Isabel, al pasar junto á él para retirarse á sus habitaciones, le dijo con acento bondadoso:

—»Habéis cumplido vuestra obligación... Podéis retiraros.

»El palaciego, volviendo en sí saludó profundamente á los regios esposos, que se ausentaron comentando lo sucedido.

»No bien desaparecieron los soberanos, el caballero se precipitó hacia el sillón de la reina y recogió del suelo una joya que sólo él había visto caer, la llevó repetidas veces á sus labios, y guardándola en su escarcela, salió apresuradamente de la cámara real.»

—Esto comienza á ser curioso,—reflexionó por algunos momentos el hijo del Corregidor, despabilando los grandes mecheros del velón que alumbraba la estancia.

Hacía un calor sofocante, y se quitó la ropilla para estar con más comodidad; el contenido de aquel extraño manuscrito exigía paciencia, y nuestro don Luis se propuso tenerla.

Ténganla nuestros lectores, que no en balde hemos querido que se enteren de lo que el judaizante no se atrevía á referir, y hasta en muchos pasajes revelaba que su pulso había temblado al trazar aquellos renglones, y que más de una lágrima se había deslizado por sus mejillas, humedeciendo el papel.

Era aquello una penosa pero necesaria confesión del israelita, como tendremos motivos para apreciar más adelante.

«Mediaba la noche, y la luna iluminaba apenas con sus rayos la fachada monumental de un edificio de antigua construcción que se elevaba en la plaza del Rosario.

»Un gran balcón, dos ventanas, la puerta... todo estaba cerrado.

»Diríase que en aquel caserón no habitaba nadie.

»Un hombre, sin embargo, embozado hasta las cejas, llevaba largo tiempo paseando frente al palacio como si aguardase á alguien.

»La impaciencia le hacía murmurar algunas palabras.

»Sus pasos eran ya rápidos, ya lentos ó acompasados.

»A veces se detenía, miraba á la casa, y exhalando un suspiro, volvía á repetir sus paseos, mostrándose menos conforme con la paciencia que su conducta demostraba.

—»¿Será posible,—se dijo al fin, que ese hombre guarde de tal manera su tesoro que no consiga?... ¡Tan hermosa, tan bella, y no verla!... ¿De qué me sirve alimentar esta pasión con tan escasas esperanzas?... Llevo varias noches viniendo inútilmente á este sitio; todo permanece cerrado, mudo, silencioso como ahora.

Y añadió:

—»Creía ser correspondido, y ese consuelo se disipa, ese consuelo me va faltando. Jamás lograré olvidar sus ojos, su rostro expresivo, sus cabellos y aquella modestia, que la reina dijo bien, difun-

día en derredor suyo un encanto indefinible... ¡La amo, sí; la amo! Y á costa de cualquier sacrificio la volveré á ver.

»De súbito sintió un ruido y vió abrirse la puerta de la casa que con tal empeño rondaba.

»Su corazón latió fuertemente, y apenas si pudo aguardar á que el que salía recibiese órdenes, al parecer de otro que dentro estaba.

»Cerróse la puerta, y un hombre atravesó apresuradamente la plaza en dirección opuesta á la en que se hallaba el embozado. Quiso seguirle; pero fué vano su empeño, y tuvo que esperar de nuevo sin conseguir nada.

»Había oido decir al de dentro;

—»Pronto, volved pronto.

»Suponte, lector, cuántas conjeturas, dudas y zozobras se agitarían en confuso tropel en la mente del enamorado. Después de muchas noches de inútil esperar, aquel acontecimiento había sido el único que le había producido un momento de alegría.

»Se resignó, esperó de nuevo.

»Pasada como una hora, el caballero volvió á sentir pasos, y vió que entraban en la plaza dos hombres; en el uno reconoció al que antes saliera, al otro no le conocía.

»Dirigióse resueltamente á ellos, con ánimo de interrogarles; pero su mala estrella hizo que no llegase á alcanzarles; el uno entró en la casa que abrieron de dentro, y el otro, si bien consiguió detenerle, al verificarlo, se limitó á decirle:

—»Desearía, caballero...

»El desconocido le contestó:

—»Tengo mucha prisa.

»Y desasiéndose de su mano, entró á su vez en el palacio, cerrando tras sí la puerta.

»La frente del que esperaba se contrajo por la ira, sus manos empuñaron maquinalmente la espada, y su boca pronunció con fuerza una horrible maldición.

»Su tardanza, ó más bien la precipitación de los desconocidos, le habían hecho perder una vez más la ocasión de saber algo de lo que deseaba.

—»¿Qué derecho tengo yo,—se preguntaba algo más calmado,—para hacer que esos hombres se detengan por mí? Ni ellos me conocen, ni yo los conozco... ¡Oh! Dura cosa es esperar y querer. Conozco que soy un loco, un insensato amando á esa mujer que no profesa mi religión, que es la hija de un judío, y que además, su padre no reside en Sevilla... Y no obstante,—reflexionaba,—ha admitido mis señas, ha respondido á ellas desde ese balcón alentándome á seguir rondándola... Ha reparado en mí; sabe ó se presume que la amo... Adelante.

»Y volvió á pasear frente al palacio, en lugar de marcharse.»

Los novelistas contamos con gran libertad y medios para decir cuanto nos conviene decir y nos interesa averiguar.

La interesante narración que contenía el manuscrito, para dialogada entre el judaizante y el auxiliar secreto de la Inquisición era muy larga.

Luego, al viejecillo le convenía aprovechar el tiempo, ganar los días que había dado de plazo á don Luis para volver á verle.

Tenía algo que preparar para dar gusto al desdeñado amante, y á la vez quería que, al volverse á reunir, el joven conociese detalles que le habrían hecho perder sin fruto los días que faltaban para que Hispaleto entregase su cuadro.

«Unos treinta años tendría el embozado.

»Se había mecido en noble cuna, y cuantos caprichos tuvo fueron sin medida satisfechos.

»Su corazón no había amado nunca; muchas mujeres le agradaron, pero la impresión que en él había hecho la presencia de la que rondaba, era de aquellas que en realidad no se borran fácilmente.

»Los obstáculos que naturalmente debían oponerse á la realización de sus deseos, fueron para él mayor incentivo.

»La condición de la que amaba, la ignorancia en que estaba acerca de su nombre, añadían mayor fuego al fuego de su pasión.

»Tan cierto es, que nada conviene tanto á la religión y al amor, como el misterio; el misterio constituye el mayor atractivo y el mayor encanto para esos dos grandes resortes del corazón humano.

»Contrariado el rondador, hubiera deseado en

aquel instante hacer víctima de su desesperación á cuanto no fuese *ella*.

»Dió, ciego é irreflexivo, algunos golpes á la puerta del palacio; procuró ver atentamente por la cerradura; dió voces, gritos, imprecaciones, pero todo fué en vano; la puerta permaneció cerrada, el silencio volvió á reinar en la plaza, la luna siguió su marcha, y la aurora empezó á poco con su rosada luz á alegrar las aves, los ríos, las fuentes y la hermosísima ciudad de Sevilla, corte de los reyes de Castilla y Aragón.

»El nuevo día hacía que el labrador abandonase su tranquila morada, y algunos atravesaron cantando la plaza del Rosario.

»Aquellos cánticos advirtieron al embozado que debía ausentarse, y se volvió á su casa.

»Fué lo ocurrido aquella noche un saludable aviso para el médico, para el padre de la hebrea que tanto había agradado á los monarcas castellanos, y aquella misma tarde abandonó á Sevilla llevándose consigo á su hija.

»Sea porque elcaballero cortesano hubiese logrado sobornar algún criado durante la ausencia del hebreo; sea porque la joven, curiosa como toda mujer, le hubiese llegado á ver y se hubiesen entendido de alguna otra manera, lo cierto es que aquella resolución del padre no bastó para librarle de inmensas y futuras desdichas.

»¿Quién logra poner puertas al campo?

»¿Ni evita que el aire penetre en una estancia?

»¿Ni que el agua deje de mojar, ni que el fuego no queme?

»La rápida y secreta huída del judío, no bastó para impedir que los jóvenes siguieran comunicándose entre sí.

»¿Es que se amaban?...

»La evidencia de ello vino á sorprender al israelita cuando el mal había tomado incremento, cuando el mal no tenía remedio.

»Granada no era, ni aun durante el *cerco*, un lugar cerrado para los sitiadores, como no lo fué para los moros el campamento enemigo.

»Una noche... ¡terrible noche!... ocurrió en la morada del judío un suceso inaudito.

»Un hombre, al amparo de la ciega é ilimitada confianza de la hermosa, penetró en el jardín, llamó con sigilo á la puertecilla de un pabellón, y le abrieron desde dentro.

»Aquel hombre era el gentilhombre de los monarcas católicos; el mismo de quien el israelita había huído.

»¿Quién le esperaba?... ¡Ella!

»¡La hija con el mayor esmero y el mayor cariño cuidada!

»¡La huérfana en quien el padre tenía puestas sus miradas, fijo su corazón, fija su alma!

»Y él, mientras tanto, no dormía; estudiaba.

»¡Vana ocupación el estudio para quien tiene deberes y atenciones más sagradas!

—»¡Silencio!—dijo la pérfida, colocando el dedo

índice sobre su boca.—Mi esclava Judit,—prosiguió,—duerme sin sospechar nada... Evitad que se despierte.

—»¿Y vuestro padre?—preguntó el gentilhombre.

—»Mi padre fía en mí, como yo fío en vuestra palabra.

»Al hablar así la doncella, demostraba ser honrada.

»Y dejando abierta la puertecilla del pabellón, pareció esperar que el caballero estuviese por breve tiempo en la estancia.

»La felicidad del amante era demasiado grande para que no embargase sus sentidos y desease prolongarla.

»Tenía cerca de sí á la que adoraba, y más que despierto, se creía presa de un delirio, de un sueño del que temía despertar.

» La doncella se vió precisada á hablar de nuevo.

—»He cumplido mi oferta, cumplid vos la vuestra,—dijo con vivo acento y visible impaciencia.

—»¡Oh! no temáis. Por nada faltaría á mis juramentos,—replicó el cristiano.

—»Dadme presto la prenda perdida, y salid.

—»Un instante no más...—añadió con voz suplicante el caballero.

—»Por favor...—murmuró la joven.

—»Os obedeceré por completo, y saldré, si lo queréis... Mas oidme, y no me privéis tan pronto

del indecible placer de contemplaros... He logrado, no por medio de un ardid, sino por un motivo real y positivo, que me otorguéis esta gran merced... A nadie más que á vos podía entregar la joya que perdísteis en la cámara real.

—»Dádmela, y marcháos, por compasión... Era de mi madre, y sólo por recuperarla...

—»Costumbre es exigir en todo hallazgo algún premio por la devolución del objeto hallado.

—»Señaladle vos.

—»Pues bien; á la vez que la joya que os entrego, recibid este libro que os doy; y ofrecedme que lo leeréis sin que lo sepa vuestro padre.

»La demanda del caballero dejó perpleja á la joven.

—»¿Es eso tan sólo lo que exigís de mí en recompensa?...

—»Sólo esa promesa.

—»Pues os ofrezco hacer lo que deseáis.

»Y el cristiano dió un libro á la hebrea, y además, encerrada en un estuche de nácar y oro, la pulsera perdida.

»Al abrir la caja la judía, notó que, con el brazalete que fué de su madre, había otro dije.

—»¿Qué es esto?—preguntó.

—»Es un rosario.

»En aquel momento, la puerta exterior del pabellón se abrió de par en par.

»Y el padre de la hebrea apareció en ella.

»La joven huyó despavorida al verle.

» Y los dos hombres se quedaron solos, mirándose uno á otro y frente á frente.»

Lo avanzado de la hora hizo temer á don Luis que la luz encendida llamase la atención de su padre, cerró el manuscrito, la apagó, y se echó sobre su lecho casi vestido, no sin experimentar con ello una verdadera contradicción.

VII.

Continúa, y termina el asunto del anterior.

Tan luego como al siguiente día el hijo del Corregidor pudo encerrarse en su aposento, sin despertar sospechas y entregarse á la lectura por largo tiempo, lo hizo así.

El relato estaba escrito de manera que interesaba al joven cada vez más, aun cuando no alcanzase á entrever cuál fuera su desenlace.

—Cuando ese hombre me lo ha enviado, algún fin se propone...—reflexionó.

Y poco era necesario conocer al judaizante para opinar de aquel modo.

Persuadido, pues, que nadie le interrumpiría, tomó el legajo, lo abrió por la signatura que había puesto al recogerse la noche antes, y continuó leyendo.

«El padre, ofendido y burlado, fué débil esta vez, como siempre que se trataba de su hija, á quien, huérfana de madre y único vástago, úni-

co fruto de su matrimonio, amaba con delirio y loco frenesí.

»Ya no cabía dudar que los jóvenes se querían.

»Debió dar muerte al mancebo, y se contuvo.

»El cristiano habló, y con noble franqueza le hizo conocer el motivo, el objeto de su visita.

»Ocultó la dádiva del libro y del rosario. Se expresó con tanto respeto hacia la israelita, aseguró de tal manera que sus intenciones eran hidalgas al venir á aquella hora á su casa, única á propósito para no ser visto, que el astuto hombre de ciencia se dejó engañar.

»Y no sólo no castigó su osadía y vengó su honra ultrajada, sino que le dejó marchar, y él mismo le acompañó hasta dejarle sano y salvo fuera del jardín.

»¿Cómo sucedió esto?

»¡Ah! ¡Un crimen no hubiese remediado nada!

. . . . . .

»Años hacía que peleaban sin tregua ni descanso Fernando é Isabel.

»Dueños de Alhama, Loja, Vélez, Málaga, Baza y Almería; vencidos los caudillos más renombrados del pueblo sarraceno; vendido Boabdil á los soberanos de Castilla y Aragón, no era difícil calcular lo que sucedería.

»Exigido, como era natural, al Rey Chico el cumplimiento de su oferta de entregar á Granada, el conde de Tendilla, embajador extraordinario destinado para este efecto, llevó altanera nega-

tiva á Santa Fe, y esto bastó para romper con el *pérfido*.

»No cabía condescendencia ni aplazamiento.

»Sevilla, amotinada y en tumulto, pidió vengarse contra el Zogoybi, y Fernando, que no deseaba otra cosa, respondió á los suyos desde el balcón de su alcázar:

—»¡A Granada!

»Cinco mil caballos y veinte mil peones avanzando por Sierra Elvira bajaron á las llanuras de la ciudad, y á presencia de sus enemigos el rey armó caballero al príncipe D. Juan, su hijo, que sólo contaba doce años, y con él á muchos caballeros, que apadrinaron los duques de Medinasidonia y de Cádiz [1].

»No es hora de referir al por menor lo que entonces sucedió.

»Pasaron tantas cosas, que sólo un libro de grandes dimensiones puede contenerlas.

»Hubo por ambas partes, por moros y cristianos, hazañas tales, que sólo en mármoles y bronces merecen esculpirse.

»De la parte de los que acometían estaban el caballero, el gentilhombre que la hebrea había recibido en su camarín, mereciendo mercedes y recompensas muchas por sus rasgos de heroísmo en jornadas en las que se distinguieron de manera tan brillante el marqués de Villena, su hermano

---

1 Enemigos antes.

Alfonso Pacheco, el ya citado conde de Tendilla, Gonzalo de Córdova, Hernán Pérez del Pulgar, los condes de Ureña, de Cabra y de Cifuentes, Martín de Alarcón, Alonso de Aguilar, y tantísimos otros que sería imposible enumerar.

»Una noche del mes de Diciembre de 1592, el padre de la judía, sabiendo que la ciudad iba á ser entregada, salió á la calle gritando:

—»¡Ah de los traidores!

»Abdallals, de acuerdo con su gran Consejo (mexar), tenía pactado en secreto la rendición de Granada. A partir del 25 de Noviembre, sesenta y cinco días después, haríase entrega á los monarcas castellanos de las fortalezas, torres y puertas, bajo la condición de respetar las vidas y haciendas de sus moradores; el libre uso de su religión, de los ritos y prácticas musulmanas; la conservación de sus jueces y tribunales, de su idioma y de sus trajes, de sus escuelas, con canje de prisioneros, y otras muchas que al por menor traen los historiadores.

»El emir mandó prender al judío, y que fuese encerrado en una lóbrega mazmorra del Palacio, ínterin era juzgado severísimamente.

»La víspera de la rendición de la ciudad, el atrevido médico, aunque sólo habían pasado algunos días desde su rígido encierro, esperaba pálido y extenuado su última hora, y se acordaba de su hija, á quien debía dejar en el mundo abandonada.

—»¿Por qué habré sido tan loco y temerario?—se reprochaba; y al punto, en su interior hallaba

meritoria la acción que dió motivo á su encierro, y al hallarla justa, esto le consolaba.

»En buena edad todavía; dedicado al estudio desde sus primeros años; enemigo del nombre cristiano y fiel á las tradiciones de sus mayores, se veía encarcelado por haber gritado á un pueblo esclavo:

—»¡Mueran los tiranos! ¡Viva la libertad!—Gritos que nunca dió el servilismo, que siempre salieron del corazón, y fueron castigados millares de veces sin justicia, razón ni ley.

»Desde su vuelta á Sevilla, y á luego que se hubo persuadido de las desgracias que amenazaban á sus hermanos, una sola idea había dominado su cerebro, ambicionando para Granada la suerte de aquellas ciudades heróicas, donde tantos hombres se sacrificaron como mártires antes de sucumbir y de entregarse... ¡Numancia! ¡Sagunto!

»Esto quiso, esto se propuso al tratar de sublevar á los moros de Granada.

»En buen hora se había sacrificado por conseguirlo.

»Sus mejillas encendidas; su piel seca, renegrida y callosa; la nariz de un rojo subido; la fisonomía fija é inmóvil; los músculos en un estado de tensión convulsiva; la mirada inquieta, oblicua, sesgada y recelosa, todo, en fin, demostraba su lastimoso estado.

»Un día más, y aquel hombre, enterrado en vida, hubiera muerto.

»¡Ojalá hubiera sucedido así!»

Don Luis se sentía conmovido leyendo el manuscrito.

Aquel hombre le interesaba, y, á pesar suyo, se sentía inclinado á perdonar su ceguedad ante tanta abnegación y tanta grandeza.

Nada le iba en la contienda, no se trataba entonces de los suyos; y, no obstante, por defender á un pueblo envilecido se había atraído gustoso sobre sí las iras de un rey egoísta, que no se olvidó de él ni de su familia y amigos antes de entregar al pueblo en que había pasado sus mejores años y á quien amaba como si fuese el suyo propio.

No se ocultaban al auxiliar secreto del Santo Oficio lo mucho que en el proceder del israelita habían influído sus odios y sus agravios con respecto al amante de su hija.

Pero la verdad es que, de cualquier modo que se mirase, su conducta era digna de elogio.

«Próximo á espirar (continuó leyendo), el judío sintió que se descorrían los cerrojos y se abrían las puertas de su prisión.

»A pesar de la novedad del caso, no pudo moverse.

»Alzó la cabeza y notó la llegada del carcelero, y con él venía otro hombre alto, seco, y con un alfanje en la mano.

—»Mi señor me envía,—dijo el desconocido,—para notificarte tu sentencia. Oyela:

»Y se dispuso á leer un pergamino.

—»¿Para qué?—le contestó el prisionero.—Obedece y mata.

—»Aún hay quien se interesa por tí,—añadió el custodio de las prisiones.

—»¡Mi hija!

—»Sí; tu hija,—gritó una voz de la parte de afuera de la prisión;—y la joven se precipitó en los brazos de su padre.

»El carcelero y el del alfanje, por habituados que estuviesen á aquellas escenas, se retiraron con respeto, y permanecieron inmóviles.

—»Sé que voy á morir, hija mía, y lamento tu venida en tan fatal instante;—dijo el prisionero dirigiéndose á la doncella.

»Esta le contestó acariciándole:

—»¡Oh! ¿cómo pensáis que había de abandonaros, padre? He acudido al vazir, á Abul Cacim, al cadí de los caídes, á Aben-Comixa, á Boabdil mismo, y ninguno ha oído mis ruegos, mis súplicas, ni hecho caso de mis lágrimas.

—»Lamento que les hayas molestado... ¿Qué les importas tú ni yo?... Moriría tranquilo si no te dejase en la tierra.

»Un movimiento de inquietud de parte de el del alfanje hizo conocer á la joven que la suerte del autor de sus días estaba en manos de aquel hombre.

—»Padre, ¿queréis oir mi última demanda?

—»Díla.

—»Dejad que adorne vuestra garganta con este collar.

»¡Y la doncella, previa su concesión, puso á su padre el rosario que el cristiano le había dado!

»¿Es que se había convertido, ó que el pérfido la había hechizado?

»Sea de esto lo que fuese, no cabe negar que, á partir de aquel acto que el israelita autorizó con repugnancia, la joven se sintió más animada.

»Los preparativos de la ejecución no debían durar ni un solo momento.

»El hombre del alfanje se adelantó después de un rato de condescendencia guardada al candor y la hermosura, y con voz bronca dijo á la doncella:

—»Despedíos de vuestro padre, y salid de aquí; aunque seamos esclavos, no nos gusta ver esto.

»El instante fatal había llegado, y la joven parecía aún esperar.

»Su padre la rogó también que se marchase.

—»No presencies mi último suplicio; déjame solo.

—»¡Nunca!—gritó la hija del hebreo, y se abrazó á los pies del verdugo, que la rechazó con menos rudeza que fuera de esperar, atendida su condición.—Apiádate de él,—decía al del alfanje.

»Y corriendo luego á su padre, loca de terror y de espanto le estrechaba sobre su corazón.

»En esta lucha terrible pasó algún tiempo, y la luz del día penetró al fin en la prisión, alumbrando de un modo siniestro sus negras paredes.

»Iluminar debía, al parecer, la última escena del poder de Boabdil.

»¡Escena, como suya, de tiranía, de desolación y sangre!

»Digno remate de la voluntad de un cobarde.

»El compasivo sarraceno, impaciente y temeroso de ser castigado, se adelantó, y asiendo al hebreo ató sus manos.

»El preso se dejó torturar tranquilamente, y su hija, que veía extinguirse sus postreras esperanzas, se retorcía en tanto desesperada.

»El sarraceno trató de arrancar el rosario del cuello de su víctima, y la hebrea entonces, furiosa, sujetó sus nervudos brazos.

—»Acabemos pronto,—dijo el carcelero como quien se siente sin fuerzas para resistir tan largo martirio.

—»¡Oh! sí:—replicó el verdugo.

»Y ya esta vez rechazó con fuerza hercúlea y sin miramiento alguno á la delicada doncella, que casi rodó por el pavimento.»

—¡Esto es horrible!—exclamó casi en alta voz y sin poderse contener el hijo del Corregidor.—¿Para qué quiere ese hombre que yo conozca esta sangrienta historia de una manera tan minuciosa y detallada?

Nosotros debemos al lector que pueda hacerse una pregunta semejante á la que se hacía don Luis Manrique de Lerma, una explicación.

El judaizante era el que había escrito el relato que venimos transcribiendo, y habíalo hecho así

con el propósito de economizarse una larga y penosísima conversación con su nuevo amigo.

Necesitaba, como á nosotros nos ha convencido, que su aliado estuviese al corriente de cuanto aquel escrito contenía, y se lo envió en la certeza de que había de leerlo sin dejar una línea.

Para conseguirlo mejor, le dió la forma de una narración circunstanciada, evocando para ello todos sus recuerdos, ó copiando acaso algún otro manuscrito que conservaba, y del que se sirvió para llenar aquellas páginas.

Consiguió el objeto que se proponía; pues á pesar de lo largo de la historia, el joven, lejos de dejarla, aunque la interrumpió para salir á la mesa á comer con sus padres, terminada la comida volvió á encerrarse en su cuarto y prosiguió leyendo:

«El desgraciado padre sufría más por su hija que por él mismo, y hubiera dado gustoso la existencia por que la doncella no hubiera venido á su lóbrego calabozo.

»—¡Bárbaro!—gritó al ver caído al ídolo de sus entrañas; y á pesar de sus ligaduras y de su estado de debilidad, se arrojó sobre el sarraceno y le mordió desesperado.

»El verdugo sintió el dolor, y alzó el formidable brazo, armado de su tremendo y corvo alfanje.

»La joven, con las facciones desencajadas, los ojos fuera de las órbitas, arrodillada, con los brazos extendidos, exclamó casi sin alientos:

»¡Virgen Santísima! ¡Yo creo en tí, y te ofrezco hacerme cristiana si mi padre se salva!

»Aquella revelación y aquella oferta hicieron más viva impresión al judío, que el temor de su próxima muerte.

»Un segundo más, y su cabeza, segada por golpe certero, hubiese ido á parar rodando á donde su hija estaba, cuando súbito se percibió estruendo y gritería próxima; el estampido del cañón agitó el espacio, y un hombre, echada la celada, cubierta de polvo la armadura, entró el primero en el calabozo, y de un solo golpe, dado en el brazo del sarraceno, hizo que se le desprendiese el arma que esgrimía y se disponía á descargar sobre el israelita.

»En pos del caballero cristiano entraron en la prisión otros muchos que le seguían, y todos fueron regocijados testigos de la salvación del judío y de los transportes de alegría de su hija, que reconoció al punto en el libertador de su padre, al gentilhombre de la cámara real, al rondador de la plaza del Rosario de Sevilla, al que le había devuelto la pulsera de su madre, y al que dejado había el hebreo salir sano y salvo de su casa, debiendo haberlo matado.»

—¡Ceguedad incomprensible!—no pudo menos de murmurar el mancebo.—Porque quien esto ha escrito,—añadió á seguida,—paréceme que ha sido uno de los protagonistas del drama... ¡Oh! sí...—

prosiguió pensando.—No me cabe duda... La judía, no. ¡El padre! ¡el padre!

Y vió por fin claramente lo que la gran mayoría de nuestros lectores habrán adivinado hace largo tiempo. Es decir, que el autor del manuscrito no podía ser otro que el judaizante.

—¡Él, sólo él ha escrito esto! Porque sólo á quien esto ha sucedido, referirlo puede con tan sentidos y minuciosos detalles.

Se hacía forzoso continuar leyendo hasta concluir.

«Era el 2 de Enero de 1492 cuando Granada fué de los reyes de Castilla y Aragón, y en ese mismo día, el judío sentenciado á muerte por Boabdil fué salvado por el hombre que debía robarle su hija y hacerla su esposa en brevísimo plazo.

»Tres cañonazos disparados desde las torres de la Alhambra sirvieron de señal á los sitiadores para salir de los reales de Santa Fe y encaminarse á la ciudad.

»Y poco después, el gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, en unión del comendador mayor de León don Gutierre de Cárdenas, de varios Prelados, caballeros é hidalgos, y seguido de unos tres mil infantes, y jinetes en número considerable, recibía cerca de la puerta de los Siete Suelos, de manos del rey moro, las llaves de la última joya heredada de sus mayores, perdiéndola y llorándola «cual débil mujer, él, que no había sabido defenderla como hombre.»

Al llegar aquí, terminaba el manuscrito que ha ocupado en este libro el anterior y el presente número.

Don Luis quedó por largo espacio de tiempo pensativo; guardó luego el legajo cuidadosamente, y salió de su casa ansioso de respirar el aire libre.

No le cabía duda alguna de que el padre de la hebrea era el prestamista de la calle del Arco de Santa María; el dueño del subterráneo del Atochal: el judaizante, que no había tenido inconveniente alguno en revelarle que lo era, después de tenerle cogido entre sus redes.

Ahora, aquel hombre le inspiraba mayor curiosidad.

¿Y por qué no decirlo? mayores simpatías.

¿Qué había sucedido después?

¿Qué fué de la joven y del judío salvado de manera tan inesperada que bien podía tenerse y pasar por milagrosa?

¿Quién era el cristiano de la cámara real.

Nada decía el narrador, y su trabajo concluía con la intención manifiesta de acrecentar la curiosidad, después de haberla despertado de manera tan viva.

No había nombres en todo él, y don Luis casi se los forjaba y los añadía sin querer.

Era preciso, no obstante, resignarse y esperar al día señalado para ir de nuevo á casa de doña

Catalina, á quien una vez relacionado con su vecino el prestamista, no le convenía al auxiliar del Santo Oficio volver á ver, para no excitar sospechas que estorbar podían la realización de sus planes y los del prestamista.

Enemigos ocultos ambos de los seres á quienes odiaban por razones diversas, de las cuales ya conocemos algunas, y no tardaremos mucho ciertamente en conocerlas todas, no podían retroceder.

Los odios, los rencores del judaizante, tenían su origen en los acontecimientos que dejamos narranos, no inventándolos, sino tal y como su pluma los había trazado y había querido que los conociese el auxiliar secreto de la Santa, para irle amarrando más y logrando asegurar su adhesión incondicional y absoluta, cual le convenía y le era necesario.

VIII.

En el que se llega á saber lo que faltaba al manuscrito.

Esperó impaciente don Luis la llegada del día designado para ver por tercera vez al judaizante.

A la hora convenida fuése á casa de doña Catalina, pasó por delante de su cuarto, no sin sentir recrudecerse sus odios hacia el pintor, y subió al piso segundo con rapidez.

Se acordó de cuanto el prestamista le había encargado, tocó en el botón de cerca del ventanillo y abrieron al momento.

Era aguardado sin duda, y hasta quizás deseado por el dueño, que esta vez, como la anterior, se hallaba solo, y fué quien, después de cerrar la puerta, le guió por el pasillo hasta la sala que conocemos, y no hemos, por esta causa, de describirla nuevamente.

El judío saludó con su habitual sonrisa al auxiliar del Santo Oficio, y después de cruzarse entre

ellos breves y recíprocos cumplimientos, preguntó el judío al hijo del Corregidor:

—¿Habéis leído el manucristo?...

—¡Ah! ¿Según eso fuísteis vos?...

—¿No lo habíais adivinado?

—Ciertamente. Mas como carece de nombre...

—La letra...

—Sí, es vuestra. Pero habéis cortado vuestra relación en un momento...

—Me reservaba deciros y completar en este momento lo que en el manuscrito falta.

—Dispuesto me tenéis á escucharos; os lo aseguro.

—¿Os ha interesado?

—Vivamente.

—¿Y suponéis?...

—Que el padre de la joven sois vos.

—No tengo ya motivo alguno para ocultároslo.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el mancebo.

—Natam Gutiérrez.

Aquel nombre no era completamente extraño para el auxiliar de la Inquisición.

—¿Y el de vuestra hija?—volvió á preguntar el judaizante.

—Se llamó Sara.

—¡Cómo! ¿No vive?

—Murió hace algunos años,—respondió con visible emoción el prestamista.

—¿Casaría al fin con el caballero?

—Oid el resto de mi historia.

No deseaba otra cosa Manrique de Lerma.

Para eso había acudido á la cita con doble empeño y solicitud, presumiendo que iba á conocer importantes secretos del hombre con quien de modo tan extraño se había relacionado.

Tomó asiento en su sillón de cuero el amo de la casa, y don Luis se colocó frente á él como en su primera entrevista el día que se encontraron en la escalera ya cerca del portal.

Pareció reflexionar por algunos segundos el judaizante; evocar con repugnancia penosos recuerdos, y al fin dijo:

—Cuando me libraron de mi encierro, estuve por mucho tiempo enfermo; pensaron que moriría; pero mi robusta complexión y los cuidados de mi hija me salvaron... Al darme cuenta de lo que pasado había, supe, con dolor, que el 31 de Marzo de aquel mismo año se había dictado contra los judíos un decreto de proscripción, y que Sara, instruída por un fraile que se llamaba don Fernando de Talavera, estaba dispuesta á casarse con el gentilhombre... Dicen que yo autoricé aquel enlace, que consentí en renegar de la religión de mis padres, que me bautizaron... y no sé cuántas cosas más que no recuerdo, pero que mi hija me aseguró ser ciertas. Sólo á tanto precio podía permanecer en España; sólo bajo tan onerosas condiciones cabía conservar mis propiedades, mis riquezas; pero principalmente, ver á mi hija; y á todo

suscribí, menos á admitir en mi casa al autor de mis desdichas.

—A vuestro salvador, diríais mejor.

—¡Voto á!..—gritó el judaizante.—La generosidad que suponéis me hace daño aún, y al recordármela vos, habéis despertado en mi alma todo el rencor que en ella adormecido estaba... Escuchadme todavía por algunos instantes... Me bauticé, porque así lo quisieron, ó yo consentí en ello sin saberlo; pero mi razón, mi entendimiento y mi voluntad permanecieron siendo judíos... Judíos, como lo son hoy; como lo serán siempre... ¿lo entendéis?

—Ya me lo habéis demostrado bien á las claras.

—Los que como yo piensan no cambian nunca.

—Adelante.

—En medio de todo era dichoso, era feliz. Veía á mi hija, mantenía amistades secretas con los míos, y recibía inequívocas muestras del aprecio en que todos tenían mi consecuencia... Porque, como yo, había muchos bautizados que no dejaron de ser judíos... Sólo en este punto y en lo de transigir con el marido de Sara permanecí tenaz é inexorable... ¡Ah! se me olvidaba deciros que, sin saberlo yo, y cuando estaba muy enfermo, me trasladaron de Granada á Sevilla... Pasaron dos años, y mi hija...

El prestamista se detuvo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y don Luis se vió precisado á decirle:

—¿Murió?

—Sí,—respondió con ronco acento el judío.—Murió al dar á luz una niña.

—¿Que vive?

—No; que nació muerta, ahorrándose, acaso, la mayor de las desgracias: que, muerta su madre, fuese yo mismo quien la matase.

—Sois incomprensible.

—Me faltó el ídolo de mi vida, el encanto de mi existencia... Fué un favor más que debí al villano que logró hechizar á mi Sara. Desde entonces quedé libre, quedé desligado y en disposición de poder vengarme... No me concedió el cielo este placer...

El marido de Sara marchó á la guerra, y sucumbió con gloria peleando por su Dios, por su rey y por su patria... Se escapó así á mis iras, á mis rencores... Ahora será otra cosa; os lo aseguro, os lo prometo.

—Decidme su nombre.

—Lo sabréis muy pronto.

—¿Por qué no ahora?

—No he terminado aún... Era preciso que la medida de mi resignación y mi paciencia se llenase, y la casualidad proporcionó á otra persona, heredera del marido de mi hija, hacerme un nuevo servicio... Los de Babilonia nos decían en sus cartas [1] que perseverásemos en nuestras prácticas; y

---

[1] Una de estas cartas la hizo pública Martínez Silicio, Arzobispo de Toledo.

así lo hacíamos; que aceptáramos honores y distinciones de los cristianos; que siguiésemos atesorando cuanto ellos no sabían cultivar; y así lo efectuábamos.

—¿Faltando á vuestros juramentos?

—No; cumpliendo nuestros deberes... Una tarde se nos sorprendió á varios reunidos en mi propia casa; nos prendieron; nos formaron un proceso; se nos invitó á la retractación y á la penitencia... Algunos cedieron; yo no cedí, en unión de unos cuantos, y la víspera de ir á sufrir nuestro martirio, la persona á que he aludido me salvó de la hoguera, del suplicio.

—¿Y esa persona?...

—Fué el hermano, el heredero, como os he dicho antes, del marido de Sara.

—¡Oh! su nombre; decidme su nombre.

—Os lo diré.

—Presto.

—Oidle... El marques de las Cuevas. ¡Valdespinar!

—¡El tio de María!

—Sí; el mismo. ¡Siempre el mismo! Mi sombra fatídica; mi enemigo desde mi viaje á Sevilla desde Granada, cuando la codicia me sedujo y me tentó...

—¡Oh! sois como ninguno... ¡Odiáis á quien os hace bien!

—Odio á cuantos me han hecho daño; me han hecho mucho mal.

Don Luis se levantó de su asiento.

—¿Qué hacéis?—le preguntó Natam Gutiérrez.

—Romper desde este momento mis compromisos con vos.

—¿Eso pensáis?

—Eso pienso, y eso haré... Sois un villano.

El judaizante no se movió de su sillón; permaneció impasible, á pesar de la injuria grave que el auxiliar de la Inquisición le había lanzado al rostro.

Manrique dió un paso hacia la puerta de la sala.

Era noble, era hidalgo, era cristiano.

Sintió horror hacia una persona que se expresaba como el prestamista, y trató de librarse de él.

¡Pobre joven! Cogido entre las redes de aquel reptil, no pudo, á pesar suyo, desprenderse de ellas.

Veamos cómo sucedió esto.

El judaizante habló de nuevo.

—Sois muy dueño,—dijo,—de hacer cuanto decís... Id, delatadme, si queréis... Esta misma tarde el pintor sabrá que amáis á María.

—Lo mataré en desafío.

—Eso no es tan fácil... Además, que con matarle nada conseguís.

—La joven, muerto él...

—No por eso os amará á vos... Luego, yo no me morderé la lengua; contaré que habéis jurado ser mío sobre el Talmud.

—¡Juramento sacrílego!

—Vos lo decís.

—Ineficaz.

—Pero ante testigos, que asegurarán cuanto yo afirme... Id, pues,—repitió el judío con ironía.—No seré yo quien os detenga... La vida hace tiempo que me estorba; la existencia me pesa, me es odiosa. Moriremos los dos... vos, por apóstata; yo, por judaizante... La Santa no perdonará seguramente á uno de los suyos el delito más odioso: el de traición.

¡Frases tan ciertas como terribles!

Dejábalas caer el prestamista de su boca como gotas de plomo derretido, y se complacía al ver el efecto que hacían en el joven cristiano.

Si don Luis se hubiese marchado... si no se hubiera detenido, acaso se habría librado.

Pero no fué así; se detuvo, no se marchó, y las palabras del prestamista cayeron sobre su alma, agobiandola primero, calcinándola después.

El judío seguía demostrando conocer el corazón humano, y continuó hablando.

—María es una joven encantadora, pura, inocente... Es hermosa, hermosísima... Será de ese artista, que es un hereje, sólo convertido en parte por su amor.

—¿Hereje habéis dicho?

—Sí... De quien podéis veros libre sin riesgo alguno y con la mayor facilidad.

—Pruebas... Pruebas de lo que decís,—gritó Manrique de Lerma fuera de sí ante la perspectiva de un triunfo seguro.

—Las tendréis... Os lo prometo.

—¿Cuándo?

—Antes de que Hispaleto logre sus deseos... Antes de que ese cuadro en que la ha retratado sea del marqués.

—¿Me lo aseguráis?

—Os lo aseguro.

Don Luis cayó en la hábil celada de Natam Gutiérrez.

¿Cabe dudar un punto que aquel hombre conocía el corazón humano? ¿Que sabía herirle á tiempo y de manera irresistible?

¿Cómo él, tan sagaz, tan astuto, se había dejado burlar tanto tiempo?

¡Ah! Porque el cariño del padre no se parece á ninguno. Ciega, ofusca, trastorna, cambia.

Y el judío había sido padre de Sara.

Mientras estas cosas sucedían en el piso superior, en el segundo de la casa del Arco de Santa María, en el principal, bajo el pavimento en que estaban los *enemigos ocultos* del pintor, éste daba la última mano al retrato que pensaba conservar de la sobrina de doña Leonor del Águila.

Y acariciaba tranquilo, con deleite, una pasión llamada á purificarle. Al paso que la que don Luis sentía por la joven le arrastraba á su perdición, gracias á la habilidad incuestionable del judaizante, para quien la venganza era su verdadero culto y su principal religión.

Hemos concluído la historia, cuyos comienzos contenía el manuscrito.

Hemos dado á conocer casi por completo al judío, con quien el auxiliar secreto de la Inquisición había hecho un pacto sacrílego, y nada debe extrañarnos de cuanto suceder pueda á nuestros amigos los marqueses de las Cuevas, á María, á Hispaleto.

Se cernía sobre sus cabezas odiosa traición, venganza injusta, y se tramaba esa traición y esa venganza en las sombras del misterio.

Por dos seres á quienes no conocían unos ni recordaban otros.

¿Cómo librarse de ellas?

¿Cómo evitar sus insidias?

Don Juan era valiente, resuelto, decidido.

Amaba con puro cariño, y con pasión que le acercaba á Dios, á la hija de don Pedro Sánchez de Cepeda y de doña Catalina del Águila, tíos de la protagonista principal de esta obra, y eso que la misión de esta última, de la Santa, sobre la tierra, no había traspasado aún los umbrales de la casa de sus padres, ni era otra cosa que un como preludio de lo que había de ser después.

Los sucesos debían seguir, pues, por mucho tiempo su curso ordinario y normal.

Sin que élla interviniera en los que vamos relatando, no sin intención y propósito deliberado.

¡Ah! Quién sabe si los riesgos que amenazaban á los miembros de la familia de la gran heroína

cristiana, cuya vida nos proponemos escribir, eran asechanzas del enemigo del reposo humano, celoso ya de las glorias futuras de *Teresa*.

Y no es esta idea que anticipamos aquí, caprichosa presunción, ni cálculo aventurado y destituído de fundamento, no.

Los acontecimientos que después hemos de referir han de justificar, en gran parte, lo que ahora decimos por incidencia y de pasada, que por algo hemos dado principio á nuestro libro por estos curiosísimos *preliminares*, que esperamos no han de echar en olvido tan fácilmente los que los lean.

Que en todo se manifiesta el dedo de Dios, la voluntad del señor, y los altos fines del Altísimo para con los predestinados, para con los escogidos, como llegó á serlo *Teresa de Jesús*.

La perdición de don Luis era doblemente segura é inevitable, á partir del instante, del momento en que pudo y no acertó á librarse del judaizante.

Amaba con irresistible atracción; pero atracción grosera y carnal, á María, á la sobrina de doña Leonor.

Envidiaba, pero no con emulación generosa y noble, sino como envidian las almas ruines, la dicha del artista.

Cariño sin idealismo.

Celos sin grandeza.

Inclinación impura, rivalidad cobarde é incapaz de mostrarse cara á cara y frente á frente.

Todo esto había comprendido Natam Gutiérrez desde el momento en que el auxiliar secreto del Santo Oficio se encontró con él en el zaguán de la casa de junto al Arco de Santa María, y estaba seguro de aprovecharle para sus planes con completa certeza y confianza.

Planes *inverosímiles* para aquellos que no sean capaces, por fortuna suya, de comprender hasta qué punto el odio se anida en ciertas gentes, en términos de constituir en ellas una segunda naturaleza, como le sucedía al judaizante.

Nosotros, en el estudio forzoso de los procesos civiles y de las causas criminales, hemos tenido ocasiones de ver estos fenómenos psicológicos y morales con demasiada y dolorosísima frecuencia.

Natam Gutiérrez no tuvo más que un afecto, un cariño noble y legítimo: el amor hacia su hija Sara.

Amor egoísta y débil hasta la mayor debilidad y condescendencia; amor que raya en lo inverosímil, como su odio rayaba en lo absurdo de devolver mal por bien, ingratitudes por beneficios; dispuesto á hacer recaer sin escrúpulos sobre criaturas inocentes, sobre seres inofensivos, el rencor que no había podido saciar en el hombre que le arrebató á Sara y la hizo morir en el seno de la religión cristiana, que le era tan repulsiva y antipática.

Estamos los novelistas obligados á explicar, no

sólo los sucesos que referimos, sino los afectos y las pasiones que pintamos, con el realismo de la verdad, pero nunca con el ropaje hediondo del descaro y la desvergüenza.

En Natam Gutiérrez fueron tomando cuerpo y agitándose de día en día sus antipatías de raza, y muerta Sara, no hubo ya freno que las contuviera ni suavizara.

Era el alma de aquel hombre una vejiga henchida de torcidos propósitos y criminales designios; vivía para hacer el mal, y sólo amaba la existencia, porque le proporcionaba ocasión de ser el azote de los que le habían obligado á bautizarse, sin creer en el bautismo, á seguir en España por no perder el disfrute de sus riquezas y no separarse de la doncella á quien el cariño del gentilhombre había hecho morir en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Suceso que había contrariado al judaizante, hasta el punto de no perdonar al noble é hidalgo castellano su cariño á la judía y los beneficios que él y su familia le habían hecho, y que ahora, que conocía don Luis, no bastaron para separarle de él como debiera.

Y es porque el tipo del auxiliar secreto del Santo Oficio no era menos odioso y repulsivo que el de Natam Gutiérez.

Siendo la unión, la amalgama de estas dos naturalezas un riesgo y un peligro inminente para los personajes todos que hasta el presente hemos

citado en esta obra, y otros que hemos de citar inmediatamente.

La tercera entrevista de Natam y de Manrique de Lerma puso, pues, el sello á las dos anteriores, y cuando los dos amigos se separaron, ofreciéronse verse con frecuencia para ultimar los detalles de su recíproca satisfacción, ó sea: el uno, de su venganza; el otro, de su amor licencioso, carnal y grosero.

Venganza soñada y acariciada por larguísimo tiempo.

Pasión acrecentada por los desaires de María y su predilección marcada hacia el artista, siempre que éste, renegando por completo de su pasado, entrase de lleno en la senda del deber y en la práctica de la virtud, que, lejos de excluir el cariño, le engrandece, le santifica y legitima, hasta elevar la unión del hombre y la mujer que cristianamente se aman, á la categoría de un *Sacramento*, del que ocasión tendremos de ocuparnos más adelante.

IX.

La congelada.

NATAM Gutiérrez no estaba tranquilo; no estaba satisfecho.

El carácter irascible del hijo del Corregidor de Madrid no podía inspirarle confianza.

Le era forzoso comprometerle aún más de lo que estaba; evitar que después de conseguir sus deseos, cometiera una imprudencia, ó le jugase una mala pasada.

Fijo en esta idea el prestamista, encontró al fin un medio, al parecer seguro, de lograr su objeto.

Aunque muy de ligero, hemos hecho antes de ahora mención de una persona á quien el israelita guardaba, á quien tenía cautiva y oculta en su laboratorio contiguo al santuario del Atochal.

Nos cumple referir al presente cómo fué el hallazgo de esa persona, y el por qué el judío pensó en servirse de ella para acabar de fascinar al auxiliar secreto del Santo Oficio.

Sabía Natam Gutiérrez que, lejos de ser un lince don Luis Manrique de Lerma, le faltaba mucho para llegar á ser un hombre instruído y de talento.

El hijo del Corregidor había, como suele decirse, entrado en Salamanca, la ciudad de los teólogos y de los sabios, pero Salamanca no había entrado en él, por más que otra cosa supiese y se figurase.

Tenía la peor de las tonterías: la tontería osada y petulante.

Su papel de auxiliar secreto, de pesquisidor privado de la Inquisición, siendo su padre una persona tan influyente é importante, y él mismo doctor en ambos derechos, demostraba á las claras que sus aspiraciones eran limitadas, lo cual desmentía con sus aires y sus humos de sabiduría, ó sus merecimientos muy escasos.

Esto, esto último era lo exacto y verdadero.

El prestamista, que alcanzó desde el primer momento todo esto, anduvo muy listo para contrarrestar las deficiencias de su nuevo aliado.

Se reservaba despreciarlo después de haberse servido de él; destino común de los tontos desde el momento que les falta la protección y el auxilio de los que no lo son, y les utilizan, les atienden ó complacen por interés ó compasión.

Una noche de las más rígidas, de las más crudas del invierno, en la cual el prestamista venía á re-

cogerse, ya bastante tarde, al volver de una esquina, y á la incierta y opaca claridad de un farol que había delante de un Santo Cristo, sus ojos de lince divisaron en el quicio de una puerta un objeto, un bulto que excitó su curiosidad y llamó su atención.

Dirigiendo hacia aquel sitio los rayos de su linterna, llegó á persuadirse que allí, en aquella puerta, había acurrucada é inmóvil una persona.

Otro que Natam Gutiérrez, hubiese huído por miedo á la justicia.

El judaizante, no.

Avanzó resuelto hacia el lugar en que se observaba tan extraña novedad, y al punto adquirió el convencimiento que aquel bulto era una mujer, envuelta apenas en míseros andrajos, desnuda de pie y pierna; ¡aterida, dormida ó desmayada!... ¡Quizás muerta!...

Como médico, se apresuró á inspeccionar á la desconocida.

La pulsó; tocó sus sienes; oprimió con su mano el corazón, y, hecho esto, murmuró con la mayor imperturbabilidad:

—Su sangre circula todavía, si bien de un modo tardío é inseguro... Más bien que lesionada,—añadió,—me parece un *caso de congelación*.

Ya se disponía á continuar su camino, cuando, fuese por un movimiento de filantropía, impropio en él, ó por amor á la ciencia, se detuvo, comprendió que nadie podía ayudarle, y con grandes pre-

cauciones, y como quien conoce el peligro que hay á la menor comprensión de fracturar un miembro en casos tales, cargó con la congelada, que, por fortuna, no pesaba casi nada.

Tendría la infeliz, á lo más, de quince á dieciséis años; sus facciones, aunque contraídas y desfiguradas, eran correctas y delicadas.

—¡Hambre y frío! —se decía el judaizante, mientras practicaba aquella buena acción.—Y luego dicen,—pensaba,—que hay gentes caritativas en Madrid... ¡Mentira! Sólo hay egoístas y fanáticos.

Y pensó:

Y sabido es que el fanatismo es siempre cruel y despiadado.

Así discurría el israelita Natam Gutiérrez, cuya historia conocemos...

¡Ah! Veía la paja en el ojo ajeno, y no veía la viga en el suyo propio.

—Por esta vez al menos...—me objetarán algunos,—tenía razón.

No hagamos tan de prisa juicios aventurados, que bien podemos equivocarnos.

Personas hay que por hábito, por costumbre, obran siempre con una segunda intención; y que el padre de Sara era de los que así se conducían, tenemos ya sobrados motivos para saberlo, con cuanto de él dejamos dicho.

Natam Gutiérrez era como los rebuscadores de los muladares y rincones de las calles y plazas públicas; que por el momento, válgales ó no les val-

ga, lo recogen todo; hasta lo que menos parece pueden llegar á utilizar en provecho propio.

Su vida tenía tantos senos, tantos arcanos, que al recoger y llevar hasta su casa de junto al Arco de Santa María á la congelada, no debemos suponer que lo hiciera sin alguna intención oculta, y no como otro cualquiera en su caso hubiera procedido, no.

Sería hacerle demasiado favor juzgarle, ni aun por un solo instante, de esta manera.

Cierto que en las grandes ciudades pasan cosas que no se conciben ni se explican en los pueblos, en las aldeas de escaso vecindario.

Y Madrid, ya en 152... era una villa de verdadera importancia, y lo suficientemente grande para que, sin ofensa de los sentimientos nobles y cristianos de sus moradores, se diese el doloroso espectáculo que motivaba los juicios escépticos y descreídos del prestamista.

Él pensaba mal, porque los malos piensan siempre de los demás del mismo modo.

Si otra cosa sucediera, dejarían de ser malos.

Natam Gutiérrez, frío, calculista, escéptico, descreído; alimentando en su pecho odios injustos, reconcentrados, no satisfechos, no era juez imparcial y desapasionado para acusar á todo Madrid por un hecho aislado, y cuyos precedentes le eran desconocidos, como lo son aún para los que hayan pensado como él pensaba.

Estamos en el comienzo de una *aventura* noctur-

na que había de desenvolverse poco á poco y lentamente.

Porque en el desorden de sus ropas, en su desnudez misma, aquella criatura acusaba haber sido víctima, antes de acurrucarse y guarecerse donde la halló el prestamista, de sucesos terribles.

Y en sus facciones contrariadas se revelaba á las claras el más grande espanto, el mayor terror.

La desgraciada había corrido mucho; tenía los pies lacerados y ensangrentados.

Había luchado hasta desgarrarse y romperse las uñas de las manos.

El cansancio, el miedo, la fatiga, explicaban su estancia en el quicio de la puerta; el frío, el hielo, la baja temperatura de aquella noche habían hecho lo demás.

Sintió placer en detenerse donde nadie pudiera verla, y se detuvo, sin adivinar el riesgo que corría.

Acaso adormecida no notó que su piel se decoloraba; que su cabeza y pecho, después de crueles y agudos dolores, se hacían insensibles; que su respiración se interrumpió después de ser extremadamente fatigosa; que sus miembros se entumecieron hasta la rigidez, y sus vasos sanguíneos se congelaron.

Todos estos fenómenos y algunos más pasaron desapercibidos para la desconocida, y si Natam no la hubiera encontrado tan á tiempo, hubiese sobrevenido la muerte sin nuevos sufrimientos, por

la absoluta y completa paralización del sistema nervioso.

El judaizante llegó hasta su puerta, la abrió, subió la escalera, evitando hacer el más pequeño ruido, y penetró en su cuarto sin que nadie le viese ni siguiera sus pasos.

Una vez en la sala que conocemos, situada sobre la que servía de estudio al huésped de doña Catalina, al pintor, el judío no creyó prudente acostar en su cama á la congelada, como hubiese hecho otro cualquiera, acelerando de este modo el término de su escasa y comprometidísima existencia.

Quitó los legajos y cuantos objetos había sobre su mesa, cerró toda comunicación para evitar la más pequeña corriente de aire, y puso sobre la dura tabla el cuerpo de la pobre niña, que no daba señal alguna exterior y ostensible de vida.

Sólo un médico podía apreciar lo que la sucedía; sólo un médico hábil é inteligente podía salvarla.

El israelita lo era felizmente, y uno de los más sabios y prácticos de su época.

Procedió con esmerada detención el judío á desnudar por completo á la que, no sin trabajo, había logrado llevar hasta su casa, rompiendo cuantas ligaduras la sujetaban.

Hízose cuenta que el cuerpo inanimado de la congelada era un cadáver, y lo extendió sobre la tabla de su mesa, como si fuese la de un anfiteatro,

sin reparar en los delicados contornos de aquella criatura tersa y blanca como si fuese de alabastro.

Previniéndose de una singular paciencia, frotó con energía las carnes de la doncella, valiéndose para ello, ¡cosa singular! de témpanos de hielo cogidos en una ventana de otro aposento de su morada.

Quien habiera visto á aquel hombre ante una criatura que, á pesar de su enflaquecimiento y apenas incipiente desarrollo, era ya una joven bellísima:

Colocada en completa desnudez sobre la tabla de una mesa, y sumida en un tranquilo y aparente sueño;

Y no hubiera sabido lo que nosotros sabemos, que élla era una helada y él un médico, se habría admirado y hecho quizás malévolas conjeturas.

—¿La volveré á la vida?—se preguntaba.—

¡Cuantos compañeros míos desearían verse en mi caso; en presencia de un ser que apenas si respira, y á quien mi orgullo profesional acaso logre salvar... Quizás,—pensaba luego,—quizás haga mal. El abandono de esta niña me demuestra que no tiene padres; seres que la amen. Y por lo que á mí hace, yo no puedo sostenerla... ¿Para qué ni por qué he de echar sobre mí carga tan enojosa?

Y seguía maniobrando.

—La tendré,— dijo luego,—la tendré conmigo ínterin vuelve en sí y recobra la salud; pero luego... ¡Ah! lo que llaman la *caridad* se encargará de llenar el vacío que existir debe en torno de esta desdichada... Y la caridad oficial y reglamentada

ya sabemos lo que es: paliativo, no más que paliativo á las grandes desgracias... Eso no más.

Como razonaba entre sí el judío á la vez que procuraba devolver la flexibilidad á los miembros rígidos de la muchacha, razonan muchos, y en parte tienen razón, y no hemos de ser quien se la quitemos.

Si á las instituciones benéficas no informa un alto criterio y un fondo completo de amor al prójimo, influído é inspirado por la religión, no son sino paliativos, remedios empíricos, pasajeros, transitorios é ineficaces,

Pero de esto á que todo acto caritativo y benéfico, como pensaba Natam Gutiérrez, carezca de virtualidad, hay una gran distancia.

La distancia que hay entre el rigorismo de la letra del precepto de la ley, y el espíritu de ese mismo precepto y de esa misma ley.

El formulismo es bueno; pero antes, y sobre el formulismo, está la convicción moral y la noción recta y justa del deber.

No nos cansaremos en elogiar la práctica; pero tampoco transigiremos nunca con los que se satisfacen y contentan, ni con los que dan mayor importancia á la práctica que al fondo de las intenciones y los sentimientos íntimos del alma.

El violento ejercicio del judío se prolongaba tanto, que tuvo necesidad de despojarse de su ropón de paño, que le llegaba casi hasta los tobi-

llos, tomar algún alimento y descansar por breves momentos.

La suspensión, empero, de los frotes sobre el cuerpo yerto, congelado, acusaban un retroceso que se vió precisado el médico á apresurarse á conjurar.

—Adelante... adelante...—se dijo, animándose á sí mismo; y se despojó de otra parte de su ropa, quedándose en mangas de camisa para facilitar la operación emprendida.

Al cabo de algunas horas observó con júbilo que las partes más lívidas se ponían flexibles y pasaban del color violado al rojo.

El triunfo parecía próximo; parecía asegurado.

La respiración de la muchacha se hizo luego más perceptible; el pulso más regular y más frecuente.

Entonces fué cuando, tomando el cuerpo inerte de la doncella, le llevó á su propio lecho, único que había en el cuarto, pues ya hemos dicho repetidas veces que Natam Gutiérrez vivía solo.

Una vez en la cama la congelada, el judío tomó una franela fría y continuó dándola friegas ó frotaciones, en vez de servirse, como hasta entonces, de los témpanos de hielo, los cuales se vió precisado á emplear á falta del baño de agua helada que hubiera empleado, á serle posible y á tenerlo á mano.

Sacando de un cajón de su mesa unos pedacitos de éter alcanforado, los deshizo en agua y los aplicó á la enferma cual la ciencia prescribe, y con el más beneficioso resultado.

En tan minuciosísima faena pasó toda aquella noche y parte de la mañana siguiente.

Por más que oyó tocar el timbre varias veces, no acudió á la puerta, y dejó que creyeran que no se hallaba en su habitación.

Doña Catalina fué una de las personas que llamaron, alarmada por los ruidos que se sentían sobre su cuarto, y bajó diciendo al pintor:

—Será figuración nuestra; no responde nadie; ese pajarraco no debe estar en su cuarto.

Hispaleto, que no era curioso, que no conocía al prestamista, que no se cuidaba nada de los demás sino de lo que vivamente le preocupaba, oyó con desdén á la charlatana patrona, contentándose con decirla:

—Si no hubiéseis subido, no os hubiérais llevado chasco.

—Y si no me hubiesen querido abrir...

—Lo mismo. ¿Con qué derecho?...

—¡Ah! la justicia, y si no la Santa Inquisición, se encargarán de ello si prosigo escuchando...

Por fortuna para el prestamista, no tuvo precisión de producir nuevos y extraños ruidos.

Una vez en la cama la desconocida, dejó que la reacción viniese, que se produjese de un modo natural y lento.

Y solo entonces, colocado en su predilecto sillón de vaqueta claveteada á la cabecera del lecho en que se hallaba la congelada, y viendo que el día

avanzaba, pudo descansar de las fatigas de aquella noche dando algunas cabezadas.

Apresurémonos á consignarlo.

Fatigas físicas, corporales; de modo alguno morales.

Porque para el prestamista no había humanidad, ni prójimos, ni semejantes, desde que perdió á Sara.

No había más que seres de que en caso se servía, si le convenían, si le podían ser útiles, pero ni aun por los cuales se interesaba ni poco ni mucho, ni en sentido alugno.

Mal demostraríamos conocer al judaizante, si hubiéramos pensado de él de distinta manera acerca de cuanto había hecho la noche pasada.

La aventura era particular y extraña ciertamente; pero mirada bien, no tenía para él más que un interés de momento.

Buena la desconocida, se proponía deshacerse de élla, aun cuando fuese violenta y bruscamente.

Dicen los poetas, los autores de obras escénicas sobre todo, que los novelistas tenemos grandes ventajas; y no les falta razón.

Disponemos de todo el espacio que en materias de lugar y de tiempo nos habemos menester, convenga y queramos tomar, con arreglo al propósito que acaricie nuestra mente ó surja en nuestra fantasía y nuestra imaginación.

No obstante, no siempre podemos ni debemos usar

de tan amplias facultades, haciendo que el lector sufra y padezca sin deber padecer ni sufrir, cuando á ello no nos obliga la necesidad.

Natam Gutiérrez, indiferente, apático, cerrada su alma á toda sensación noble y generosa, habría seguido durmiendo al lado de la joven sin acordarse de lo pasado, si ésta no hubiese articulado algunas frases incoherentes que le despertaron, aun cuando sin llegar á oirlas clara y distintamente.

—¡Hola! ¡hola!—exclamó.—Parece que la helada va entrando en reacción abierta y franca; va entrando en calor... Ya lo esperaba así... ¡Canastos!... he debido dormir mucho rato.

Y restregándose los ojos, se levantó del sillón, extendió los brazos, bostezó, y sólo después de dar muestras tales de su escasa ó ninguna preocupación por el estado de la enferma, encendió una vela de sebo con el auxilio de una pajuela que despidió un olor pestífero, tanto, que le hizo toser por dos ó tres veces, y se acercó á la cama.

Ya era hora.

La infeliz postrada en ella sentía una sed abrasadora é insoportable.

—¡Agua!... ¡agua!—dijo con voz apenas perceptible y de un modo completamente automático.

—Poco á poco con eso del agua,—la contestó el judaizante, como si la joven pudiera oirle.

Demasiado sabía que no era prudente acceder á los deseos de la enferma, por lo cual salió en busca de un frasquito de aguardiente hastala co-

cina, volvió con él, desperezándose todavía, é hizo que la doncella bebiese sólo dos ó tres gotas, repitiendo, con intervalos cortos, la operación hasta por cuatro ó seis veces.

La congelada pareció calmarse.

Duró su postración completa todo aquel día y la noche siguiente, y el judío permaneció en observación, repitiendo:

—¡Qué aventura!

Y aun cuando llamaban á la puerta de su cuarto, no respondía.

Sólo después de muchas alternativas se oyó decir á la joven con alguna mayor conciencia de sus actos:

—¡Padre! ¡Madre!

Y se llevó la mano á los ojos como si tratara de enjugarse alguna lágrima.

¿Lloraba?

No.

Sus ojos permanecían cerrados y enjutos.

¿Se daba cuenta aún de su existencia?

No.

Pasaron cinco ó seis horas más, y de repente la pobre niña, abriendo los párpados desmesuradamente, y por vez primera, gritó:

—¡Madre! ¡Padre!

Y despavorida hizo ademán de lanzarse de la cama.

La fué imposible.

No se podía mover.

Los miembros tiernos y delicados de aquella niña carecían de fuerza, y durante muchas semanas aún, sólo ese grito escapado de su garganta, y cada vez con mayor angustia pronunciado, fué la señal de que en el fondo de su ser se reñía formidable batalla.

¿Era aquel grito una llamada?

¿Era un amargo reproche?

¿Era el acento de un amor puro y santo?

Natam Gutiérrez quiso darse respuesta satisfactoria á estas preguntas, ínterin seguía velando por la enferma como vela un practicante, ó menos aún, como vela un obregón ó un mozo de hospital durante las horas de guardia.

—¡Ya ni los triunfos, ni las conquistas de la ciencia me producen mella!—llegó á decirse con enfado, y se sonrió de la manera siniestra y repulsiva que sabemos.

Si en aquel momento la congelada hubiese vuelto en sí por completo, el rostro de su libertador le habría inspirado miedo.

X.

Problemas y dificultades.

La pobre niña recobraba lentamente la vida; parecía hallarse próxima á un cambio violento, importante, decisivo.

El ojo experto de Natam Gutiérrez percibió, empero, en ella algo de singular que le causó miedo.

Aquel cerebro, aquella inteligencia no estaba en su cabal y perfecto estado.

¿Era efecto del mal presente, ó de una dolencia anterior?

—¿Será una loca?—pensó el judaizante.

Y á luego temió si la desconocida, antes de hallarse en la triste situación en que la había encontrado por casualidad, sería una demente escapada de su domicilio, y á quien su mismo extravío habría hecho cobijarse indiscreta en el quicio de la puerta de donde él la recogió en aquella noche tan cruda, y bajo una temperatura glacial, que hubiese bastado por hacerla perecer.

Sus violentas sacudidas; sus espasmos; el ex-

travío de sus ojos, todo acusaba síntomas fatales.

El judío, á pesar de su indiferencia para cuanto á su prójimo se refería, no pudo menos de volver á interesarse por la joven; á examinarla minuciosamente.

Á la inacción del cuerpo parecía suceder una parálización del alma.

Á la rigidez de sus miembros, el extravío de sus facultades perceptivas, de su inteligencia, de su razón.

—Y si así fuese, ¿qué he logrado yo?—hablaba Natam consigo mismo.—La ciencia está en mantillas,—añadía,—respecto á los problemas pavorosos de la demencia... Yo que he estudiado algo, nada sé.

Y que así se expresase en el siglo XVI el judaizante, no debe extrañarnos, cuando hoy se sabe bien poco acerca de esta materia, y queda tanto por averiguar.

¿El alma del loco duerme, al dormir su razón, su inteligencia?

Casi estamos por creer que no.

No hablemos de los momentos lúcidos del loco, ni nos fijemos en los instantes en que el enajenado se muestra cuerdo y tranquilo al parecer.

Pensemos sólo en aquellos períodos en que desvaría, en que grita, en que desconoce á las personas que más quiere y ama.

¿Siente entonces?

¿Ó hay en él, por el contrario, una dualidad terrible?

Por si así fuese, ¿merece el loco que se le trate, que se proceda con él como ordinariamente se hace?

Natam Gutiérrez era un egoista; un hombre empedernido en el mal, incapaz de querer á las gentes, de amar á los hombres, de quienes no creía haber recibido más que agravios.

Pero el judaizante era un gran médico; era un sabio.

Lo acababa de patentizar en su triunfo sobre la materia inerte, casi destruída y vuelta á la vida por sus cuidados.

Ahora, en presencia de una nueva complicación, hemos de verle discurrir y obrar con menos acierto.

¿Á causa de qué? De sus preocupaciones sobre una dolencia que aún no está bien definida y diagnosticada.

Los primeros síntomas que observó en la joven, de enajenación mental, le preocuparon en extremo.

Y volvió de nuevo á sentarse á la cabecera de su lecho, que era su propia cama.

Las preguntas que dejamos hechas, hízoselas el prestamista.

Y dudó, como nosotros dudamos, si la desconocida, al mostrarse sujeta á la acción de aquellos fenómenos, tendría ó no la conciencia de sus actos.

No hemos visitado jamás un manicomio sin ex-

perimentar dolorosas impresiones, y sin que nos hayan asaltado dudas desgarradoras.

No hemos oído nunca discurrir de cierta manera acerca de la locura á los peritos en el arte de curar, sin sospechar si podrán ó no equivocarse en sus juicios y apreciaciones.

Cuanto los locos dicen de singular y extraño; cuanto hablan de anormal; cuanto se imaginan, ¿no es otra cosa que delirio y extravío?

Si así fuese, menos mal.

Pero si, por el contrario, el loco tuviese allá en su interior, en los recónditos arcanos de su ser y de su conciencia, realidad de lo que, á pesar suyo, no puede menos de hacer y de expresar:

Si, cual sucede en ciertos accidentes, lo viese y oyese todo tal cual es;

¿No valdría esta sola duda la obligación de tratar á los enajenados de modo distinto que se les trata por regla general?

¿Quién, si por acaso el loco no lo es más que en apariencia, á lo exterior, podrá medir su sufrimiento al apercibirse de cuanto pasa en torno suyo?

El *alienismo* se estudia hoy ciertamente con mayor ahinco que antes; el *magnetismo animal* y el *hipnotismo* son ramas de la ciencia experimental, que toman vuelos gigantestos; pero aún es poco lo que se hace, y debiera hacerse más.

Hay intervalos de lucidez, nos dicen:

Los hay de delirio inconsciente, se añade:

De completa y absoluta privación de inteligencia y perceptibilidad:

Material...

Lo concedemos.

¿Y moral?...

¡Oh! Esto creemos que se ignora, ó por lo menos no se puede asegurar.

Los locos nada dicen de cuanto les sucede durante sus accesos, al menos de manera que den á entender que han percibido la realidad de su estado; convenimos en ello.

Pero esto no es para nosotros una prueba rotunda, convincente, de que no se callan lo que se les pregunta porque lo ignoren, ó porque no lo quieran decir.

Y todo esto que decimos lo consignamos aquí, porque tales eran las reflexiones que en su interior hacía el judaizante al ver el nuevo estado de su protegida.

¿Deben hacérselas iguales los facultativos estudiosos?

¡Ah! Creemos que sí.

La enferma á quien Natam Gutiérrez venía observando levantó sus párpados, y en su mirada, que debía ser dulce y tierna antes, no había ahora vida, animación, ni reflejos de luz.

Sus labios repitieron de nuevo las frases que la hemos oído.

—¡Madre!... ¡Padre!—dijo.

Pero el modo de pronunciar estas palabras estaba lejos, muy lejos de ser un llamamiento, un grito de cariño ó un acento de amor.

—¿Tú nombre, niña?...—la preguntó el judaizante.

Y la doncella, por toda contestación, dió una carcajada seca, estridente.

Y á seguida volvió agitada, nerviosa, delirante, á querer lanzarse del lecho.

Y el judío, esta vez tuvo que sujetarla, á pesar de que aún carecía de fuerza suficiente para conseguir sus propósitos.

—¿Qué intenta?—reflexionó el médico, y comprendió que la joven quería huir.

¿De quién?

¿De él, única persona que estaba á su lado?

Sus ojos no le veían, á pesar de mirarle fija y atentamente.

Huir de algo que tenía como grabado, como esculpido dentro de su alma con caracteres de fuego.

—¡Dios de Jacob!—exclamó Natam después de algún tiempo;—mi obra va á resultar infructuosa, ineficaz... La he vuelto á la vida, he conseguido cuasi un imposible, ¿y ahora?... Ahora aparece que esta infeliz era antes loca, ó ha perdido la razón por efecto de su padecimiento. ¡Loca! ¡loca! ¡loca!—repitió con acento desgarrador Gutiérrez, é inclinó anonadado su cabeza sobre el pecho, desalentado.

¿Estaba loca la desconocida?

¿Lo había sido antes de congelarse?

¿Lo era ahora, después de recobrar la existencia que tuvo casi extinguida?

Ya iremos dando solución á estas dudas, que por muchos días martirizaron al judaizante.

Después de cambiar el tratamiento, Natam vió que no se equivocaba, y volvió á decirse:

—Y ahora, ¿qué hago? ¿Cómo retengo aquí á esta desdichada?... ¿Y cómo la abandono á su destino?... ¿A quién doy parte? ¿De qué manera justifico el que esté en mi casa?...

Y ante este cúmulo de dificultades lamentó su filantropía, ó la vanidad científica que le había movido á traer á la congelada á su habitación y á procurar salvarla,

—¡En mal hora la encontré en mi camino!—exclamó.

Tuvo por fin que salir en busca de alimento para él, de medicinas para la enferma, y mil veces estuvo tentado de llamar en los cuartos de los vecinos, y por pedirles auxilio, á doña Catalina Carvajal principalmente.

Una mañana el judaizante corrió un riesgo inminente de que se descubriera la permanencia en su casa de aquella infeliz.

La patrona del pintor, al verle subir de prisa, siguió sus pasos y se entró en su cuarto de rondón.

—¿Os pasa algo?—le preguntó.—¿Estáis enfermo?... Los vecinos son los primeros á quienes debe recurrirse, y si me necesitáis...

—No, gracias... He estado indispuesto ligeramente... Pero ya estoy mejor...

Todo esto contestó Natam sin acertar á satisfacer de otra manera á la curiosa y entrometida, á quien tampoco podía echar violentamente de su cuarto sin ser grosero y vender, como hubiese querido, como hubiese deseado.

—¡Cómo está todo esto!—prosiguió diciendo la Carvajal.—¡Qué abandono! ¡Qué desorden! Ya se conoce que no tenéis mujer... ¿Queréis que limpie un poco?...

—No hace falta... Me paso siempre así, y me va muy bien; gracias, gracias.

Y doña Catalina, á la vez que preguntaba, hacía cuanto iba diciendo sin esperar autorización alguna de parte de su vecino.

Luego quiso pasar de la sala al gabinete en que la desconocida se hallaba, por fortuna, tranquila y descansada.

—¡Ah!... no entréis en ese aposento,—exclamó el judaizante poniéndose delante de la puerta.

—¿Qué guardáis ahí?—le dijo la Carvajal con recelo; porque á la verdad aquel hombre la inspiraba miedo.

—Al demonio;—replicó el prestamista.

Y ésto, ó la forma con que debió decirlo Gutiérrez, bastó para que la vecina, dando un grito,

echase á correr, y ganando la puerta, y bajando á su habitación, se entrase en ella santiguándose.

—Se fué por fin,—exclamó el israelita respirando con alguna tranquilidad. Y añadió:—Esto no puede prolongarse; no puede seguir así...

Y fué entonces, en aquel momento y con tal ocasión, cuando surgió en la mente del judaizante la idea de sacar partido, de utilizar en provecho propio lo que parecía y era un insuperable contratiempo, una gravísima dificultad.

El carácter de Natam Gutiérrez se prestaba á estos cambios repentinos.

—Llevaré,—se dijo,—llevaré á la enferma á mi escondite del Atochal.

Más le valiera á la pobre no haber nacido, que caer en las garras de aquel ser odioso y repulsivo; demostración palmaria de que los bribones de todo sacan partido, hasta de lo que parece surgir en su daño y para su mal.

De lo que le contrariaba hizo Natam Gutiérrez un elemento provechoso para sus cábalas y sus enredos.

Y que en definitiva debía servirle para concluir de hacerse dueño del auxiliar secreto del Santo Oficio.

Así lo veremos muy pronto; así lo veremos inmediatamente.

Lo que el judío creyó locura en un principio, no

se acentuó en la enferma de una manera cierta y segura.

Presentáronse, en cambio, otros fenómenos, de que ya Gutiérrez se prometió sacar mayor partido y más segura utilidad.

Sobrevinieron en la desconocida sueños magnéticos y sueños nerviosos.

—¡Esto ya es otra cosa!—se dijo el prestamista, frotándose las manos.—En este terreno ya obraré sobre seguro, así como en lo de la demencia no.

Y no dudó ya en trasladar de su morada habitual á su escondite de junto al santuario célebre á la desconocida, sirviéndose, para verificarlo, del silencio, de la oscuridad de la noche, y valiéndose de la escalera de caracol, por la que don Luis salió al campo la vez primera que estuvo en su habitación y conversaron juntos los dos.

Durante la travesía no le ocurrió contratiempo alguno: la realizó con toda felicidad.

—¿Qué me traéis, señor?—dijo la anciana á quien el judaizante ordenó dispusiese su gabinete de experimentos químicos la noche en que el hijo del Corregidor acudió á la cita, y se realizó el pacto sacrílego que conocemos, y nuestros lectores no habrán echado en olvido.

—¡Un tesoro!—contestó el prestamista.—Un tesoro que cuidarás y guardarás con el mayor esmero, bajo pena, en contrario, de hacerte sentir mi desagrado.

Y desde aquella noche la joven quedó bajo la

inmediata inspección de la vieja guardiana del tugurio secreto del Atochal.

Al problema, al arcano pavoroso de la locura que dejamos indicado, sucedió en la congelada el del *hipnotismo* y del *zoomagnetismo*, no menos curiosos y singulares.

Arcanos ó problemas puestos hoy en boga, y sobre los cuales el vulgo tiene al presente tan equivocados conceptos y tan arraigadas preocupaciones como antes.

Para Natam Gutiérrez, los fenómenos de la demencia, como los de los sueños magnéticos ó hipnóticos, eran motivo de estudio; pero esto no por mucho espacio de tiempo.

Al punto los convertía en elementos poderosos de acción, por lo cual no debe asombrarnos que pensase en ellos para acabar de fascinar y subyugar por entero al ignorante servidor de la Inquisición.

Y que de todo esto teníamos necesidad de hacer mérito y previa mención, lo probaremos en el curso de nuestro relato, interrumpido en parte para dar á conocer lo que por sus enemigos ocultos se urdía y preparaba algunas semanas antes de que Hispaleto oyera misa á ruego de María, y don Enrique esperase dar á su mujer la grata sorpresa del cuadro del Santo Viático, y la no menos satisfactoria de la visita del pintor.

Comenzaban á estrecharse las distancias.

Se aproximaba el 8 de Septiembre, día señalado por el judaizante para poner término á las ansiedades, á las dudas y vacilaciones de don Luis Manrique de Lerma.

Y no sólo se hacía preciso acabarle de fascinar y hacer que una vez dueño de María no quisiera escapar, sino vencer las dificultades que ofrecía el abarcar de lleno el vasto complot de que era director absoluto el prestamista.

Que en último extremo, todo cuanto venía sucediendo y venía pasando, era casi en exclusivo y único beneficio de Natam Gutiérrez.

Manrique de Lerma; la joven salvada de una muerte cierta, y á la sazón presa de los más singulares fenómenos; la vieja que la custodiaba, no eran sino instrumentos dóciles de la enérgica voluntad del judío.

Le faltaba para envolver entre sus redes al pintor, su vecino de la casa contigua al Arco de Santa María, idear un medio de conseguirlo.

Para atraerse á María á una emboscada y poder entregarla á don Luis, sin que por ello dispusiera de ella libremente, que en el hijo del Corregidor fuese más poderosa su influencia que la pasión lúbrica y carnal que le inspiraba la sobrina de Valdespinar.

Pero lo que parecía casi imposible, era lograr que don Enrique, que el marqués, sintiera los efectos de su odio de manera que padeciera horrible-

mente, y que él pudiera gozarse en sus torturas y sufrimientos.

Y aunque todo esto era difícil, su tenacidad iba venciendo y preparándolo todo de manera que casi era seguro que nada quedaría incompleto en la obra de los enemigos ocultos de cuantos personajes han jugado hasta ahora en esta leyenda, y han debido, á nuestro juicio, inspirar al lector alguna simpatía é interés.

Aquéllos maquinaban en la sombra, en el misterio.

Éstos, lejos de ocultarse, se ostentaban á la luz del día, hasta el punto que, excepción hecha de doña Leonor del Águila, los demás sabían cuanto iba á suceder el 8 de Septiembre próximo.

Esto precisamente fué para todos el mayor mal.

Lo que decimos es muy sencillo, muy fácil de comprender, recordando que doña Catalina no podía guardar ningún secreto.

Que la Carvajal «hablaba por los codos,» es decir, por donde las prendas de vestir se rompen con mayor facilidad, y se hace más difícil su compostura, que esto significa la frase común y vulgar que hemos acentuado y usado aquí por lo gráfica y expresiva.

«Hablar por los codos:»

«Hablar como un descosido,»

Es ser como doña Catalina era para hablar: ligera, inoportuna, indiscreta.

¡Ah! ¡Cuánto daño, cuánto perjuicio había hecho la patrona de Hispaleto hasta entonces recibiendo ocultamente en su casa á don Luis!

¡Cuán útil llegó á ser á Natam Gutiérrez luego que éste, habiendo trasladado á la desconocida á su caseta contigua al cerrillo de San Blas, pudo ir simulando mejoría, y aceptó sus servicios con fingida amabilidad!

No las tuvo todas consigo la patrona del pintor en un principio.

Aquello del diablo fué forzoso que se lo explicara el judaizante como una chanza, y que la mostrara los rincones más ocultos de su vivienda para que se convenciera de ello.

—¡Lo dijísteis de un modo!—murmuraba todavía recelosa la Carvajal.

Y Natam Gutiérrez se reía.

—Podéis hacer aquí lo que gustéis...—la añadía con acento meloso;—limpiar, poner en orden los muebles.

—¿Me dáis permiso para tanto?

—Sí, con tal que no toquéis á mi mesa, á mis legajos, á mis papeles.

—¡Buena está vuestra mesa! Cualquiera diría que la habíais sacado á la calle en un día de lluvia torrencial, por lo deslucida que está y la humedad que guarda todavía.

Las precauciones que el médico había empleado para evitar que se conociese el uso que de ella hizo,

no fueron suficientes, por lo visto, para que doña Catalina no recelase algo.

Estaba, empero, muy distante de sospechar la verdad.

Luego, como al vecino le importaba tenerla propicia, llegó á confiarla la llave de su cuarto.

Y ya la Carvajal no le servía sólo cuando él estaba, sino que, curiosa en extremo, subía á brujulear, y ciertos olvidos padecidos por el judaizante, la dieron nuevos motivos para cavilar.

—¡Ropas de mujer!—dijo al hallar algunas prendas de las quitadas á la desconocida la noche en que la encontró congelada el dueño de la habitación y la trajo á ella con no poca ligereza é imprevisión.

Y es que, además del interés médico, llevó algún otro el prestamista al conducirse como lo hizo, que no hemos podido adivinar ni sorprender en él, por efecto de lo anómalo de cuanto entonces le sucedió.

—Yo no veo subir á este cuarto un solo pobre, —se decía la Carvajal, examinando aquellos guiñapos.—Y esto es de una indigente... Vaya usted á saber.

Algunos días después, curioseando doña Catalina, salió despavorida de la cocina del prestamista.

Natam Gutiérrez se dejó por olvido involuntario puesta la llave de una despensita en que la vecina no había entrado hasta entonces, y... ¡pobre mu-

jer!... ¡nunca la hubiese ocurrido abrir aquella puerta y entrar!

¿Qué vió?

Lo que más asusta á cualquier mujer de más ánimos que la patrona del pintor tenía.

Un esqueleto de hombre, casi completamente armado... Calaveras, aves disecadas, frascos...

—¡Qué es esto!—exclamó.

Y se bajó corriendo á su cuarto.

Y acaso no hubiese vuelto á subir, si el judío no la hubiese ofrecido no volver á dejar la llave puesta de aquella habitación; asegurándola, además, que aquéllo no era suyo, que se lo había encontrado allí al tomar el cuarto.

Y como la Carvajal recordase que habían vivido allí unos practicantes del hospital militar, quedó más tranquila por lo que hace á su vecino, que la fué sonsacando y explorando hasta saber cuanto le convenía acerca de los antecedentes y de la historia de don Juan.

Que en este punto, el judaizante tampoco se descuidó, como veremos más adelante.

Ni un solo palillo dejó por tocar; ni un solo cabo del hilo por asegurar.

Que era Natam Gutiérrez de los que no se descuidan en lo más mínimo, y lo piensan todo y lo aseguran todo.

—Echada la red, el resultado de la pesca será abundante...—llegó á decirse el israelita cuando

dominó en parte y venció las principales *dificultades* que se ofrecieron para el logro de sus deseos en los días que mediaron desde el en que halló, saliendo del cuarto del pintor, al hijo del Corregidor al auxiliar secreto de la Inquisición, y los postreros de Agosto á que hemos llegado.

LIBRO TERCERO

ODIOS INVETERADOS

I.

De «cómo cabe algunas veces herir dos pájaros con una sola pedrada.»

Graíale no menos inquieto y desasosegado á don Juan Manrique de Lerma la conducta de su hijo don Luis, que á Natam Gutiérrez el remate de su obra; el término de una empresa en que no había pensado al venir á Madrid, y en la que se vió comprometido por mero accidente y casualidad.

Y ya hemos visto que, por lo que hace al judío, no era hombre que cediera fácilmente ante ningún género de miramientos, de obstáculos ni dificultades.

Todos los vencía, todos los superaba con paciencia, con perseverancia, con tesón, con astucia y habilidad.

Odiaba el judaizante á Valdespinar, y no quiso

desperdiciar una conyuntura tan favorable como la que los rivales amantes de su sobrina María le presentaban para tomar venganza.

No podía esperar ni suponer que se le combinaran las cosas tan favorablemente para alcanzar sus designios.

De aquí su empeño en envolverlos á todos, reservándose el descartarse para después y más adelante de los que le estorbasen.

Hallábase una mañana en su despacho don Luis, cuando un criado le entró una carta, que al punto conoció que era del judaizante; la abrió tan luego como estuvo solo, y le alegró mucho su contenido.

Aquella noche le esperaba Natam Gutiérrez en su laboratorio.

—Ya es hora,—dijo á media voz,—de que ese hombre me demuestre que no se ha dormido.

Y como siempre, hizo de suerte que no sospechasen en su casa la ocupación que le había de retener fuera de ella por algún tiempo.

El Corregidor, que no logró que su hijo le dijese lo que le traía preocupado, lo que le había hecho desmejorarse de una manera ostensible, decidió seguir sus pasos, y procuró que aquel día el auxiliar secreto del Santo Oficio no sospechara ni se apercibiera que era espiado.

Pretextando un negocio, anunció que no cenaría á la hora de costumbre; ordenó que todos se reco-

gieran á la hora acostumbrada, y le esperase tan sólo su ayuda de cámara.

Hizo todo lo dicho con un fin oculto: con el de ver de coger infraganti á su hijo, si, por ventura, como temía, continuaba cortejando á la hija de uno de sus enemigos más irreconciliables.

Era el Corregidor de tan escasos alcances como su hijo, y tenía su misma vanidad.

El doctor, por sólo el título que la Universidad de Salamanca le había otorgado; que en esto de la concesión de títulos académicos, sin merecerlo, ha pasado siempre lo mismo, como en muchas otras cosas de que nos lamentamos hoy, con asombro, como si fuesen nuevas.

Don Juan Enrique de Lerma tenía puesta su fantasía en sus títulos nobiliarios y en su adhesión á los Flamencos, de que don Pedro Sánchez de Cepeda, como sus hermanos y Valdespinar, habían sido mortales enemigos, como afiliados á las ya derrotadas Comunidades castellanas.

Tenía deudas y rencores profundos con la familia, y no podía consentir que su hijo pensase en enlazarse con quienes, vencidos y todo, continuaban en actitud hostil con cuanto no era español y tenía visos de servilismo y humillación.

Llegada que fué la noche, don Luis se mudó de traje, y se armó como la vez primera que fué al Atochal.

Al costado, la espada de puño defendido por do-

ble cubierta; á su cinto, la afilada daga; sostenidas dos largas pistolas de chispa, cañón y baqueta cincelados, del ancho cinturón de cuero, don Juan no creía tener miedo.

No se olvidó de colocarse su distintivo de auxiliar secreto de la Santa, si bien lo ocultó, según su costumbre, reservándose hacer uso de él en caso necesario, y tranquilo y gozoso se encaminó á la puerta de Vallecas.

No había andado largo trecho, cuando su padre entró en su aposento, y registrando el traje que había tenido antes de salir, tropezó con la carta de Natam Gutiérrez.

Carta sin nombre, sin firma; pero en la cual se decía lo bastante para satisfacer al Corregidor.

«Os espera esta noche, después del toque de oraciones, vuestro,

El Solitario del Atochal.»

No era ésto lo que esperaba don Juan; pero comprendió que debía aprovechar los momentos y salió en pos de su hijo para explicarse aquella cita.

Buscando billetes de amor, tropezó con cartas que bien podían ser de más gravedad.

—¿Pertenecerá mi hijo á una de tantas asociaciones como existen en la Villa?—pensó.—¿Será un conspirador?—se dijo luego; y pertrechándose no menos que el mancebo, logró alcanzarle y seguirle á respetable distancia.

La dirección no era dudosa, y así, que le fué po-

sible dar con él sin que el joven pudiera imaginarse que el autor de sus días le seguía.

Hijo y padre caminaron sin tropiezo hasta el cerrillo de San Blas.

Don Luis, que era esperado, se entró en la casuca que ya conocemos; y su padre, el Corregidor, le perdió de vista sin explicarse su desaparición.

—¡A tales horas y en este sitio!...—murmuró.—¡Imprudente!... ¡Oh! ¡la juventud! ¡la juventud!—exclamó, y se propuso esperar, no sin antes dar mil vueltas sin fijarse en la caseta enclavada en el olivar.

Creyó primero si habría entrado en el convento de los Padres; pero vió que las puertas estaban cerradas.

Pensó luego si en la ermita; pero teniendo ésta rejillas de hierro en los postigos, era fácil apercibirse que en ella no había nadie, merced á la luz de las lámparas que alumbraban á la santa efigie que tanta veneración profesaban entonces y profesamos hoy los vecinos de Madrid.

—¡Ni en el convento, ni en la ermita!...—volvió á exclamar Manrique de Lerma; y siguió paseando.

La noche estaba hermosísima; noche de los postreros días de Agosto, serena, tranquila, y en la cual era grato respirar las emanaciones de un campo no tan seco y estéril como es hoy, uno de los más áridos de los alrededores de las cercanías de la Villa.

Aguardaba á don Luis Natam Gutiérrez, y no pudo apercibirse de que otra persona le seguía.

Ya por entonces el paseo de Atocha era un sitio frecuentado, y muchos disfrutaban en él y á aquellas horas grato solaz y esparcimiento.

Las precauciones de padre é hijo no eran por el sitio, sino por lo que uno y otro iban á hacer.

Don Luis, habérselas con aquel hombrecillo que no podía inspirarle confianza; don Juan, con los que engañaban acaso al mancebo, y con los cuales por prudencia no convendría, acaso, hacer alarde ni ostentación de su autoridad.

—Sóis puntual, joven, como siempre,—dijo el judío al enamorado de María al verle llegar.

—He de recogerme como siempre antes que vuelva á casa mi padre,—contestó el esperado.

Y luego que entraron ambos, se cerró la puerta.

—¿Supondríais, acaso, que os tengo olvidado?

—Empezaba á sospecharlo.

—Pues no es así... Os tengo muy presente; lo que hay es, que no siempre se puede... Si hubiese un solo negocio.

—¿Tenéis muchos?

—Más de los que me convienen, desde que os conocí á vos.

—El mío os interesa personalmente.

—En parte tenéis razón.

—Si así no fuese, por mi linda figura no hubiérais tomado mis amores con tanto empeño.

—Eso es verdad.

—¿Y seguís confiado en que María?...

—Será vuestra... Pero antes es forzoso que vos me ayudéis.

—¿A qué?

—A que el pintor no llegue á ir al palacio de los marqueses de las Cuevas el 8 de Septiembre que está próximo.

—¿Intentáis?...

—Evitar á todo trance que María é Hispaleto se vean, se comuniquen entre sí.

—Apruebo vuestra idea.

—El artista se cambia, se transforma; no es el mismo que era cuando vino de Inglaterra.

—¿Creéis?...

—Sé que entonces era luterano, como os tengo dicho.

—¡Oh! en ese caso...

—Vos podéis en ello más que yo.

—Hablad.

—Os diré mi idea; pero antes quiero que esta noche adquiráis el convencimiento de lo que son las ciencias ocultas, en las que vos no creéis.

—Y que el Santo Oficio está encargado de perseguir en lo que tienen de absurdas y supersticiosas.

—Eso os parece á vos... Pero si yo os dijese que cuento con su auxilio para haceros dueño de María...

—¡Ah! en ese caso...

—¡Todos sóis lo mismo!

—Os escucho.

—La cábala no es una mentira, joven... Hay encantadores, duendes, brujas y hechiceros...

—Eso lo creeréis vos.

—Y vos, si os lo demuestro, lo aceptaréis como yo.

—La cábala y el panteismo, si no son una misma cosa, se prestan mutuo auxilio y se identifican en muchos puntos.

—Así lo afirma la Iglesia.

—Que no se engaña nunca.

—No os he citado para discutir... Os he citado para que admiréis; y después...

—¿Para qué?

—Para que os sometáis á mí de una manera incondicional.

El judaizante no se proponía instruir al fatuo doctor; intentaba tan sólo fascinarle, arrastrarle, conociendo la limitación de su entendimiento y su escaso alcance.

No creía Natam Gutiérrez en las doctrinas que la *cábala* sustentaba acerca del origen del mundo, ni en la sustancia *ensófica*, de propiedades productoras, ni en los movimientos de concentración y de expansión, ni en los canales que á partir de ellos establecen la gran circulación universal, origen de los cuatro mundos concéntricos, cuya espiritualidad va mermándose á medida que llega á la materia; teorías que combatió Moisés de un modo

claro y racional, que habían de reproducirse en épocas posteriores y conspiran hoy contra la verdad.

Sabía bien el judío que de sus extrañas teorías metafísicas, los cabalistas sacaban deducciones teúrgicas y mágicas que les hacían creer en encantamentos, talismanes y milagros, obra de sus manos, producto de sus mismas alucinaciones.

No cabían en él, dada su larga experiencia y sus profundos estudios, preocupaciones que eran vulgares y comunes en su época. No aceptaba los *genios motores*, ni los cánticos que se escuchaban en el silencio nocturno de los bosques, ó bajo las bóvedas de grutas ocultas, ni en una multitud de sagaces invenciones, ni en drogas, ni en conjuros.

Pero Natam Gutiérrez se servía de todas estas mentiras para sus fines ocultos, para el logro de sus deseos y el aumento de su fortuna.

Porque el judaizante era avaro, codicioso, y seguía acumulando tesoros con objeto de aplicarlos á los fines que le aconsejaban sus hermanos de fuera de España, con quienes mantenía activa correspondencia, según dejamos dicho.

No hay peor ministro de un culto, sacerdote de una religión positiva, que el que no creyendo en ella la aprovecha con torcidas é interesadas intenciones.

Ejercia, pues, la *magia*, sin creer que fuera una ciencia formal, y aparentaba servirse con éxito seguro de los tres mundos, el celeste, el material é intelectual, como hacía á sus designios.

Y utilizaba en calidad de auxiliar á la vieja á quien confió la custodia de la joven congelada, verdadero tesoro que el azar le había proporcionado.

Creíase la guardadora de su retiro del Atochal *bruja*, como muchas otras en aquel entonces; aberración que si la historia no atestiguara como otras muchas, no se creería.

Y era á la vez nigromántico, evocando como tal los espíritus de los difuntos, empleando fórmulas y signos cabalísticos á semejanza de los arúspices antiguos, y el *sueño* y el *sonambulismo*.

Absurdos condenados por la Iglesia, y para cuya extirpación no fué entonces ni es ahora bastante la persuasión y la enseñanza.

Y era *alquimista* de un género seguro y cierto, puesto que amontonaba oro y oro con sus supercherías.

Con tales elementos, hábilmente manejados, Natam Gutiérrez era un hombre temible.

Don Luis, al volver á su laboratorio, se sintió sobrecogido sin querer, y conoció, aunque fuese tarde, el influjo que la voluntad del judaizante ejercía sobre la suya.

No discutió, pues, más; se dispuso á ver y oir, y el israelita á desplegar para los fines que ya conocemos, si preciso le fuera, el lleno de sus habilidades de prestidigitación.

Hizo primero aparecer un enorme gato negro,

á quien llamó y parecía entenderle en cuantas cosas le ordenaba ejecutar.

Llamó luego á la vieja que ya había visto el auxiliar secreto del Santo Oficio, y que atendiendo al nombre de Lamia no se hizo rogar, danzando en presencia del mancebo, con ridículas é impúdicas contorsiones.

Le faltaba su última estrategia, en la que más confiaba.

La aparición de la joven, en quien después de todos sus temores de que estuviese loca, había descubierto las más raras aptitudes para emplearla en su obra de persecución y de venganza.

Ordenó á Lamia que se retirase, y en aquel momento dieron tres golpes seguidos á la puerta.

Quedáronse estupefactos el judaizante y el auxiliar secreto de la Inquisición.

No podían esperar aquel incidente.

Nuevos golpes dados á la puerta, al parecer con una enorme piedra, les demostraron que el que los daba tenía derecho para llamar.

Natam Gutiérrez no era capaz de aturdirse por nada, y, sin embargo, aquella interrupción le trastornó por completo.

Gracias á la claridad de la luna, el judío, sirviéndose de un agujero hábilmente dispuesto para observar desde dentro lo que pasaba fuera, pudo ver al que llamaba.

—¡Es un caballero!—dijo admirado.

—¿Solo?—preguntó don Luis.

—Sí, solo.

El joven se acercó al sitio donde estaba Natam, y al punto prorrumpió en un grito que no pudo contener:

—¡Mi padre!

—¡Qué decís! ¡El Corregidor!

—El mismo.

La palidez mortal del mancebo disipó rápidamente en el ánimo del judaizante la sospecha de una traición.

—Abre... abre, Luis,—dijo el de fuera en voz bastante firme y clara.

—¡Ha conocido vuestro acento!

—¡Oh! ¡Somos perdidos!

—Abre, no temas nada,—volvió á decir el de fuera, que era en efecto el Corregidor, bien ajeno de suponer que su hijo hubiese ido allí con otro fin que el de acudir á alguna cita amorosa ó á cometer alguna otra insensatez ó calaverada.

Era forzoso tomar un partido, adoptar una resolución.

Hacer esperar al padre, ni al funcionario, era imposible sin riesgo.

Natam Gutiérrez se fué hacia la puerta; don Luis le contuvo.

—¿Qué váis á hacer?

—A jugar el todo por el todo.

—¿No véis que me exponéis y os exponéis?

—Si temiese de vuestra parte una traición...—prosiguió el judaizante.—Pero no.

—El enojo de mi padre contra mí será terrible.

—Ocultáos,—dijo de repente Natam.

—¿Dónde?

El judío abrió un gran armario, en el que con facilidad podía guarecerse una persona, á pesar de que estaba lleno de enseres, de frascos y otra multitud de objetos.

—Entrad aquí,—añadió empujando al joven,—y no salgáis hasta que yo, en forma de conjuro, os llame.

—Pero...

—Ni un momento más.

Y cerrando con llave el armario, Natam Gutiérrez se dirigió resueltamente á la puerta y abrió á don Juan.

Éste no vió quién le abría, y fiado en que su hijo estaba allí por haber conocido su voz, penetró sin escrúpulo y sin temor; era un padre severo, y trataba aún á su don Luis, á pesar de sus veintiséis años, como si fuera un menor de edad.

El judaizante no esperaba otra cosa.

No bien el Corregidor traspasó el dintel de la puerta, la cerró y pasó los fuertes barrotes de hierro que la hacían inexpugnable.

—Mi hijo... ¿dónde está mi hijo?

Y don Juan avanzó hacia donde se veía luz; y llegó hasta la sala de los experimentos mágicos sin encontrar ni ver á nadie.

Entonces comprendió su imprudencia.

Él mismo se había metido en un lugar que no conocía, en una casa que creyó una vivienda pobre y miserable, y se encontraba con que era un edificio subterráneo, en el cual ninguno podía sospechar la existencia de aquel salón, al que había llegado por una rambla que bajó rápida é insensiblemente.

Pero lo que le causó espanto fué que aquella rambla se alzó por sí misma y ocultó herméticamente el hueco ó puerta por la que había entrado.

El Corregidor de Madrid no era menos supersticioso é ignorante que el resto de la gran mayoría de sus administrados, sobre todo en las materias de que, aun cuando á la ligera, acabamos de dar en este número una sucinta idea.

Natam Gutiérrez, que había ya dado vuelta al edificio y observaba á don Juan desde un sitio conveniente, se apercibió del estado de su ánimo, y exclamó:

—Hé aquí *cómo cabe algunas veces herir dos pájaros con una sola pedrada.*

II.

Preliminares necesarios.

No sin motivo venimos dando alguna latitud á lo que podemos llamar verdadera introducción de esta obra.

Obligados por la índole y la forma especial de estas producciones á entrelazar la *historia* con la *novela*, el dejar ésta convenientemente planteada es en extremo conveniente y además una exigencia literaria.

Y esto es lo que precisa y primordialmente hemos hecho hasta ahora y hemos de hacer hasta concluir este libro, ofreciendo en el IV, ó sea en el siguiente, comenzar á dar á conocer los primeros pasos en el mundo, la niñez, y algo de la juventud de nuestra heroina, de *Teresa de Jesús*.

No por capricho, pues, sino intencionalmente, vamos delineando y presentando ciertos personajes profanos que han de continuar figurando después en el curso de nuestra narración, determinando, además, resoluciones importantísimas en la manera de ser de la gran figura, de la figura colosal que

nos hemos comprometido y estamos obligados á hacer resaltar principalmente, ante un siglo descreído y sin fe.

Tengan, pues, un poco de calma, los que pudieran impacientarse.

Sigan leyendo.

Que pronto, muy pronto, llenará las páginas de esta obra con sus brillantes resplandores la excelsa criatura cuyo título lleva, y al que atribuir debemos su éxito colosal y extraordinario.

Tenía razón el judaizante.

La fortuna le sonreía; la suerte se empeñaba en favorecer sus siniestras cábalas y tenebrosos planes.

Había logrado dominar al hijo, y á la sazón se prometía dominar al padre.

Presa de mayor estima, de más importancia, si el éxito coronaba sus intenciones.

Ya lo veremos.

Del éxito de los trabajos de Natam Gutiérrez aquella noche, dependía el ver ó no confirmada la expresión que había vertido y hemos colocado por epígrafe del número anterior.

Frase vulgar, pero expresiva y gráfica, y que el judío empleó para expresar la idea que le dominaba, el deseo que llenaba por entero su corazón y su alma.

Puesto á prueba su talento, su ingenio y su habitual dominio de sí mismo, se dispuso á desple-

garlo por completo, á no escasear, á no omitir medio para alcanzar un triunfo completo y decisivo.

Eran para el israelita los obstáculos, las dificultades, incentivo, acicate poderoso que le impulsaba.

Y como nunca estaba descuidado, como siempre vivía alerta y prevenido, no tuvo más que *querer* para *obrar*, y *obrar* para *conseguir*.

Se encontraba en su principal centro de acción; se hallaba instalado en su gran oficina, en el laboratorio experimental de sus recursos mágicos.

Contaba con medios extraordinarios, reunidos á fuerza de estudio y de paciencia, y de los cuales se había servido largos años para enriquecerse, y tenía poco que temer de parte de aquellos dos hombres, que bastaba verles tan sólo una vez para conocerlos.

Tenía, pues, casi la certeza de que nada le había de contrariar.

Además de ésto, desde que citó á don Luis, había tenido tiempo de organizarlo y disponerlo todo para una gran sesión.

Vamos, pues, á asistir á un espectáculo, á una verdadera representación teatral, á una velada de prestidigitación, dirigida por un sabio, no por un hombre vulgar ni por un charlatán.

Hubo en lo que vamos á referir parte de fantasmagórico; algo de científico.

Mucho dispuesto hábilmente; algo que no hemos de profundizar en este momento.

De lo que más adelante nos ocuparemos, con el alto sentido, con el recto criterio católico, único capaz de explicar ciertos fenómenos, de resolver determinados problemas, que no negamos puedan tener á veces un fondo secreto, misterioso, sorprendente, inexplicable, debido á los designios del omnímodo, del absoluto poder de Dios.

Ya para premio ó para castigo de las criaturas, obra suya admirable y perfecta; pero no siempre consecuente y fiel al cumplimiento de sus destinos ni al de su misión sobre la tierra.

No creyendo excusado repetir una vez más, que estas obras nuestras tienen el objeto, no sólo de deleitar, sino el de instruir, y que en todas sus páginas, así como en su disposición, como en su desarrollo y en su desenvolvimiento, llevamos como mira constante el acomodarlas á tan laudables y utilísimos propósitos.

La inesperada intervención del Corregidor en la jornada de aquella noche, sólo preparada y destinada para don Luis, hubiese contrariado á cualquiera otro que no fuese Natam Gutiérrez.

Vaciló, dudó, y al cabo encontró preferible hacerle entrar, á exponerse á un golpe de mano, del que al fin y á la postre poseía jurisdicción, autoridad, y contó de antemano con la certeza de que cuanto iba á ejecutar tenía que parecer prodigioso á la ignorancia supina de don Juan y de su hijo, en quienes resaltaba ciertamente, además de

ésto, una gran escrupulosidad, según fama en los mentideros de la Villa.

Sabía que á todo entendimiento vulgar seduce, atrae y alucina lo maravilloso.

Y con lo *maravilloso* contaba el judaizante en primer término para desplegarlo ante don Juan y ante su hijo.

«La falta de ilustración prepara la credulidad á recibir los prodigios; la curiosidad se excita; el orgullo se interesa; el amor á lo maravilloso seduce; la prevención arrastra; el terror la subyuga; el entusiasmo embriaga,» dice un erudito escritor á propósito de esta materia.

Y añade:

«¡Cuántas veces la casualidad, es decir, una serie de acontecimientos, cuya conexión no percibimos, y que por lo mismo permite atribuir un efecto á una causa que le es ajena; cuántas veces, repetimos, la casualidad, secundando á todos esos agentes del error, se ha burlado de la credulidad humana!»

Por esto, que es una verdad, el judaizante estaba casi seguro de salir airoso de su difícil y arriesgada empresa.

Natam Gutiérrez desconocía un secreto sobre el cual hemos hecho alguna ligera indicación antes de ahora.

El odio que don Juan Manrique de Lerma tenía al padre de María, á don Pedro Sánchez de Cepeda, hermano del que lo era de la protagonista prin-

cipal de esta obra, encaminada á ensalzarla y glorificarla cual merece, y á cuyo mejor éxito esperamos que han de contribuir estos preliminares.

Si hubiese conocido esta circunstancia, sus esperanzas de éxito habrían sido mayores.

Estaba de buenas, como suele decirse, y el curso de los acontecimientos de aquella noche le hizo á tiempo dueño de aquel secreto.

Ya diremos en breve cómo sucedió esto.

Nada había en la mansión subterránea del Atochal, á donde hemos visto llegar al padre y al hijo, que no tuviese una aplicación, un propósito hábilmente calculado.

El israelita reunía una multitud de aptitudes que le hacían en extremo peligroso.

Y aquel lugar apartado, solitario, de apariencias hasta humildes é inofensivas, le servía para mucho; pero para mucho malo, y para nada bueno.

Era aquel edificio, laboratorio químico y anfiteatro anatómico, unos y otros muy escasos en aquella época de suspicacias y recelos, motivados por parte de los poderes públicos, siempre acometidos, siempre cercados de enemigos, tanto más temibles, cuanto eran más hipócritas y solapados.

Sitio donde el sabio médico se ocultaba cuando le convenía; al que llevaba á sus víctimas; en el que congregaba y presidía reuniones, juntas y conciliábulos secretos, con la certeza de la más completa y absoluta impunidad.

¡Cuántos de estos escondites había entonces, y aún hay hoy!

Que los antros del vicio, los tugurios del juego, los recintos de las conspiraciones y de los crímenes han sido siempre parecidos, han sido y serán siempre semejantes.

El de Natam Gutiérrez, bueno es que digamos que constaba de dos partes.

Una, que constituía la vivienda aparente de un guardador de campo, y en la cual habitaba un matrimonio escogido para el caso, marido y mujer, fieles al propietario, por pertenecer al número de los judíos bautizados por consejo suyo y puro interés.

Otra que, al levantarse la rambla móvil por la que había bajado Manrique de Lerma, padre, atraído por la luz de la sala ó rotonda central, quedaba de una y otra parte completamente aislada, y de tal suerte, que nadie que no lo supiese podría sospechar que existiera allí un escondite, una guarida semejante.

La avaricia dominaba por completo al dueño de aquel edificio, hábilmente escogido, bodega ó cueva en su origen, y eso que desde la muerte de Sara no parecía que Natam Gutiérrez debiera querer ni ambicionar nada.

El avaro no se sacia nunca, aunque no tenga para atesorar otro móvil que la avaricia.

El judaizante, ya lo hemos dicho, tenía otros, que venimos poco á poco puntualizando.

Trabajaba sin tregua ni descanso para adquirir y acumular tesoros, como había hecho en Granada y en Sevilla, tesoros que le servían para vengar, según decía, los agravios hechos á los de su raza por los monarcas castellanos.

Su fanatismo le cegaba para no reconocer en todo caso las poderosas razones que los justificaban.

A la sombra, bajo el amparo de las concesiones por los reyes otorgadas, los israelitas que se quedaron en España hacían una guerra terrible é implacable á nuestra patria, explotando la sencillez y la rudeza de la gran mayoría de las gentes de aquel entonces, que sólo sabían *pelear* y *creer*.

Pelear por su Dios y por su rey.

Creer en su Dios y en su rey.

No podía pedirse á los más otra cosa, ni otra cosa daban de sí.

No exageramos en cuanto decimos; la historia, imparcial, confirma nuestros asertos.

Propio es de toda buena madre amparar y proteger á sus hijos; y sin la iglesia católica, que lo es cual ninguna otra, amorosa y tierna para los que á ella pertenecemos, España no hubiera llegado nunca á ser nación, á pesar de la capitulación de Granada; término y remate de la gran epopeya comenzada por Pelayo allá en las empinadas crestas y abruptas montañas de Covadonga.

Remate *material*, no término y remate *moral*.

Hecha, pues, la reconquista tangible, había que hacer otra más poderosa y cierta:

La conquista *moral*, sin la cual no era posible la *unidad*.

Y á esa obra grandiosa, patriótica y eminentemente nacional, contribuyó el exquisito cuidado y la maternal solicitud de la Iglesia, hoy, por lo que en tonces hizo, apasionada é injustamente calumniada.

Revindiquemos en este punto la verdad.

Que exacto era cuanto llevamos dicho y vamos á continuar refiriendo, por más que parezca fabuloso y exagerado.

Dábase crédito á cuanto Natam Gutiérrez se consagraba con astuta y tenaz perseverancia.

Detalle interesante y que no debe sorprendernos, porque hoy mismo, en medio y á pesar de nuestro decantado progreso y civilización, hay credulidades y fanatismos inexplicables.

Y los habrá siempre.

Si los hombres como el dueño del edificio en que los Manrique de Lerma habían entrado, hubiesen cultivado la ciencia por el noble placer de instruirse y de difundir entre sus semejantes el esplendor y la utilidad de las luces, no buscaríamos otra cosa en sus obras ni en sus trabajos que los vestigios de doctrinas, incompletas si se quiere, pero no obstante, puras y exentas de toda mezcla vil y nefanda.

Mas no sucede así.

El objeto del judaizante, el fin de todas sus acciones, como el de sus colegas, fué siempre con-

quistar una veneración y una docilidad ilimitadas; y todo cuanto ayudase á conseguirlo pareció legítimo, así los auxilios de la destreza y las astucias de la impostura, como el empleo de los conocimientos más sublimes.

Les era preciso conservar el cetro después de haberlo conquistado; mostrar por doquiera un poder sobrenatural, y ocultar la mano del hombre, aun cuando hubiera sido glorioso divulgar el imperio que su genio podía ejercer sobre la naturaleza.

Muy por el contrario, los recursos supremos de Natam Gutiérrez, allí, en el Atochal, como en su casa de junto al Arco de Santa María, donde se hacía pasar por prestamista, iban encaminados á un propósito torcido, reprensible, malvado.

La mayoría de las veces, la credulidad se adelanta al prodigio, la sumisión del asombro, á lo incomprensible y maravilloso.

Segun Natam tenía dispuestas las cosas, lo que vamos á referir era natural que sucediera.

Y como de ello dependía el resultado definitivo de la trama que se fraguaba por él, y en la que debían auxiliarle los Manriques de Lerma, la bruja que custodiaba á la congelada, libre por su destreza de una muerte cierta, y esta misma, de aquí que nos haya sido y nos sea preciso anticipar todas estas premisas, todas estas aclaraciones, para predisponer el ánimo del lector más exigente á lo que vamos á referir, á lo que vamos á consignar.

En todos tiempos y países, la astucia ha empleado el resorte de conducir á los hombres por medio de su credulidad, fingiendo participar de ella, sin más diferencia que la de variar las formas, á fin de acomodarse á los hábitos y á la medida de la inteligencia de los hombres á quienes se ha de poner en movimiento.

Y la astucia era en el israelita tan ingénita, que parecía y era la personificación de ella en su más genuina y lata expresión.

Mucho de lo que hoy pertenece al dominio de los pasatiempos y de las distracciones, era en la Edad Media, y se prolongó hasta algunos siglos después, del dominio de los embaucadores y taumaturgos.

Una voz salida de un subterráneo, del abdomen de un ventrílocuo, de un cofre ó armario acústico y resonante, de una estatua, de un androides ó cabeza parlante, se tomaba por acento sobrenatural y prodigioso:

Los suelos movibles, los ensayos de la navegación aérea, los ingeniosos aparatos de la mecánica y de la pirotecnia:

Las ilusiones de la óptica y de la perspectiva de los espejos, de la fantasmagoría; la hidrostática y la química, la medicina, la física:

Los dioramas, la cámara oscura, el magnetismo, la electricidad, el sonambulismo y el hipnotismo:

Los animales domesticados, la música y la poesía mismas:

Todo esto, colocado al servicio de la seducción y del engaño; del interés, del odio y de la venganza, dieron por resultado lo que Natam Gutiérrez se proponía lograr y conseguir la noche en que citó á don Luis.

El Corregidor de Madrid, su padre, se le vino á las manos.

No debe, después de cuanto dejamos dicho, sorprender lo que vamos á decir, y pasó en el edificio del Atochal.

Y ha de servir de tema á los números siguientes.

III.

Recursos mágicos.

Al error del entendimiento iba en Natam Gutiérrez unida la adhesión de la voluntad. Y á estas dos cosas, una ingénita y nativa perversidad.

El israelita no habría sido calificado por nosotros como *hereje*, si no se hubiera bautizado; hízolo, como muchos otros, por causa de egoismo y de interés, es cierto; pero lo hizo por su voluntad, y el dilema de renegar ó ausentarse de España, no ha de ser para nosotros razón bastante para disculpar su proceder y su conducta.

Apostatando pública y solemnemente de su creencia, y conservándola intacta en su espíritu, y rindiéndola culto en secreto:

Bautizado, y católico, y, por lo tanto, al obrar como lo hacía, heresiarca-judaizante para con la comunidad cristiana:

Hipócrita y embustero siempre.

El judío era un tipo de lo más odioso y repulsivo.

Y como éste había muchos, muchísimos, innumerables, poderosos é influyentes en el siglo XVI en nuestra patria, procedentes del judaismo, del mahometismo y hasta del mismo cristianismo.

¿Cómo contrarrestar su poderío, su influencia, sus intrigas y malas artes?

¿Cabía cruzarse de brazos ante enemigos tan formidables?

Colocáos en este terreno los que juzgáis á los altos dignatarios de la iglesia, y á los monarcas de aquel entonces, sin querer confesar las dificilísimas condiciones en que se encontraban, y decidnos después, si sois justos censurando, como lo haceis en todo y por todo, su proceder y su conducta.

¿No es, por ventura, la vuestra igual á la suya?

¿No imponéis por *fuerza* lo que vosotros queréis, cuantas veces se os antoja y lo podéis hacer?

No hemos disculpado jamás ni disculparemos la *violencia*.

Somos refractarios á ella por temperamento, por carácter; pero atenuación tiene algunas veces, y la tiene y la tendrá, sobre todo cuando se encamina á un fin laudable, noble, generoso y grande.

La violencia al servicio del mal, opresión y tiranía ha sido, es y será; cosas que no cabe disculpar ni cohonestar de manera alguna.

Ya véis si somos en esto lógicos y consecuentes.

Hay más aún, y esto nos conviene consignarlo aquí y decirlo muy alto; lo único que la Iglesia ha castigado, y sobre lo que ha ejercido *violencia* for-

zosa alguna vez, y siempre benigna relativamente, ha sido sobre el error y la herejía pertinaces, que no se han contentado con mostrarse á la faz del mundo, sino que han hecho *armas* contra ella, obligándola á defenderse:

Que es y será siempre la *defensa*, principio natural sancionado por la ley divina y humana.

Sigamos aún haciendo historia por un breve espacio de tiempo.

Los judíos y mahometanos de aquel tiempo no se contentaban con mantener y sustentar sus errores teológicos, como afirman algunos; no.

Cometían sacrílegas profanaciones, crímenes y violencias, cuya enumeración mancharían, si la hiciésemos al natural y como se acostumbra hoy, las páginas de este libro.

No todo lo diremos, ni decirlo podemos en este terreno, que no hemos de infringir á sabiendas lo que al decoro y á la honestidad debemos, por más que estén los archivos atestados de documentos auténticos é irrecusables de cuanto por los enemigos de la iglesia y de la patria se hacía entonces.

Violencias, delitos, crímenes vergonzosos, que la legislación ha castigado y castigará constantemente en los pueblos más atrasados y en los que de mayor cultura y adelanto se precien.

¡Cuántas mentiras y cuántos embustes se enseñan hoy al pueblo sobre estos extremos!

Y sobre todo y muy principalmente, en leyendas y novelas.

Ved por qué y para qué escribimos y publicamos éstas principalmente.

Reponer las cosas á la justa é imparcial medida de la verdad histórica, será para nosotros grata tarea, que á la *justicia* y á la *verdad* nos debemos, y por ella más que por otra cosa escribimos, cultivando aún, á trueque de enormes sacrificios de salud y de reposo, un género de producciones literarias que por fortuna vienen siendo del agrado del público, á cambio de olvidos y desdenes parciales que algún día cesarán, pero que hoy no pocas veces nos mortifican y desalientan [1].

Prosigamos.

El hombre es crédulo, y sólo así cabe explicarse el sinnúmero de errores y extravíos en que ha caído y cae tan fácilmente.

Es, por otra parte, naturalmente verídico, disposiciones que, unidas, le inclinan á la verdad.

La mentira, el engaño, se le resisten.

Esto es exacto.

Vienen, empero, las pasiones á perturbarle, y entonces se truecan, se cambian las antedichas pre-

---

[1] No hemos escrito nunca nada, absolutamente nada, que, á sabiendas al menos, no haya sido perfectamente ortodoxo. Nuestras obras científicas y literarias, nuestros numerosos artículos y folletos han llevado siempre el mismo sello. Hace unos cuantos años venimos consagrados como humildes obreros de la inteligencia, y como amantes sinceros y entusiastas de las letras, á un género de obras que constituyen una rama *especial* en nuestra bibliografía moderna nacional. Ahora bien: ¿Se estiman, por todos los que debieran, nuestros generosos esfuerzos por contribuir á la enseñanza popular católica?...

disposiciones, y es entonces cuando el hombre cae fácilmente en el error y el engaño.

He aquí otro axioma que no nos podéis negar.

La credulidad, como la inventiva, tienen sus límites, los cuales dependen del grado de cultura, no sólo del individuo, sino de la sociedad, del siglo, de la época en que se vive.

Nada más propicio al error que la *ignorancia*, de lo cual se deduce, que el instruir á los pueblos es el mayor y más inexcusable deber de los gobiernos.

Ya véis que no somos oscurantistas.

¿Cómo se cumple ese deber?

¡Ah! ¡Cuánto pudiéramos escribir acerca de este particular!

Pero sólo por incidencia y de vez en cuando, podemos hacer este género de excursiones históricas ó filosóficas.

La *ilustración* no se opone á la *creencia*.

Lo que la creencia hace, es saber distinguir el milagro de lo que es producto, no más del ingenio, de la paciencia, del estudio y del saber en el orden puramente humano.

Muchas de las cosas que alucinan, que engañan y sorprenden, tienen á la larga una explicación racional; lo cual, lejos de excluir, afirma el poder de Dios.

Vamos á referir hechos que convienen á nuestro objeto.

Que entran como elementos precisos y necesarios

de esta composición en cuanto tiene de *leyenda*, y con éstas y nuestras anteriores indicaciones, aspiramos á prevenir al lector que atreverse pudiera á tacharnos de mal intencionados.

No.

Lo que vamos á consignar ha sucedido, ha pasado.

Se ha tenido por más ó menos cierto.

Y ha influído poderosamente en la manera de ser de la época en que ha de desenvolverse la historia *milagrosa* de *Teresa de Jesús*.

Y nos convenía y nos conviene patentizar, que hasta de lo más sublime, de lo más santo y de lo más grande, el hombre abusa, lo bastardea y desnaturaliza.

Evitar esto, ha sido, es y será deber inexcusable de los hombres de bien en todos tiempos y lugares.

A cumplirle nosotros con la mejor intención y voluntad estamos dispuestos.

Y con cuanto venimos escribiendo lo demostramos.

El escenario estaba dispuesto.

El habilísimo actor Natam Gutiérrez, preparado.

Don Luis, encerrado.

El Corregidor, su padre, lleno de estupor y de coraje.

Imposibilitado de salir del subterráneo, por ha-

berse cerrado hermética y sólidamente el sitio por donde había bajado, atraído por la luz, al alzarse la rambla movible que le obstruía el paso.

Había oido la voz de su hijo.

Le habían abierto desde dentro.

Y sin embargo, don Luis no estaba allí, ni veía persona alguna en la extraña rotonda á que su mala estrella contra su gusto le llevara.

Era preciso sacar fuerzas de flaquezas y temores; apariencias de serenidad, de miedos y preocupaciones.

Posición falsa, violenta, comprometida, inesperada, y que no debemos echar en olvido para explicarnos lo que iba á suceder.

Cuantos objetos le rodeaban eran para él, por lo extraños y nuevos, poco tranquilizadores.

Había caído en un garlito, en una peligrosa emboscada, cuyas consecuencias no podía medir.

Su carácter, su respetabilidad, su autoridad, no le servían allí para maldita la cosa; eran una burla, un verdadero sarcasmo que contribuía poderosamente á mortificarle, á humillarle, á anonadarle.

Y lo que muchas veces le dijeron y no quiso creer, ahora lo veía confirmado.

—¡Que esto pase!... ¡Que esto suceda en Madrid! ¡Y á un cristiano viejo, á un noble, á un caballero como yo!—pensaba.

Y á punto estuvo de gritar, de llamar en su auxilio, de invocar sus fueros y preeminencias; pero hubo de arrepentirse por temor á mayores males.

Su impotencia era manifiesta, era notoria.

Someterse, ó perecer; entregarse á discreción, ó concitar iras contra él, que por lo mismo que eran ocultas, podían ser más funestas.

«Hizo de tripas corazón,» como dice el vulgo, siempre oportuno en sus dichos.

Y aunque algo pensó en lo que haría después, en lo que haría al verse libre, si es que llegaba á estarlo y no perdía antes la vida, que le era tan cara, por el momento miró en torno suyo, y después de un largo rato de silencio preguntó:

—¿Y mi hijo?... ¿Y mi Luis?

No tuvo contestación, y prosiguió:

—Yo he oido clara y distintamente su voz... No me cabe duda, era él.

Y Natam, que estaba situado en lugar á propósito para obligar al auxiliar secreto del Santo Oficio á cuanto le quisiera exigir, con tal de verse fuera del enojo y del castigo de su padre, le habló en voz baja; y el mancebo, aplicando sus labios á una especie de tubo que el judaizante le indicó, respondió al Corregidor lo que el habilísimo israelita le ordenó que dijera.

—Aquí estoy...

—¿Dónde?—preguntó don Juan mirando á todas partes.

—Aquí...

—¿No puedes salir?

—No; vos no podéis verme... y yo os veo á vos distintamente... me tenéis á vuestro lado.

Don Juan volvía asombrado, estupefacto y sobrecogido á escuchar la voz de su hijo, y no podía adivinar de dónde ni de qué lugar salía.

Apresurarnos debemos á consignar, para que el lector comprenda lo fácil y lo explicable de aquella farsa, de aquella comedia, que el armario en que había hecho entrar al amante celoso de María, era un singular é ingenioso *aparato acústico* sin tapa ó cubierta por la parte superior, con puertas de espeso y opaco cristal, que permitían ver perfectamente á la persona escondida en él, lo que pasaba en la rotonda sin que á ella la pudiesen ver.

La mecánica y la acústica, combinadas en aquel armario, hacían en el mueble un papel importantísimo...

La voz, saliendo de aquella especie de caja ó cofre resonante de que hemos hecho mención antes, adquiría variedad de tonos, de acentos, ya cóncavos, roncos ó sonoros.

Ya próximos, ya lejanos.

Y no era sólo aquel mueble el que contribuía á dar aspecto siniestro y aterrador á aquella estancia.

Natam Gutiérrez había llegado á reunir en ella, á fuerza de dinero, de constancia y de paciencia, aparatos de óptica, de perspectiva, de física y de fantasmagoría de que hacía uso, según convenía á sus designios é intenciones.

Sillas en las cuales el que se sentaba se veía imposibilitado de levantarse.

Espejos que representaban imágenes múltiples, naturales ó invertidas; otros que, puestos de cierta manera, perdían la propiedad de reflejar los objetos.

Cámaras oscuras; dioramas...

¡Ah! Poned todas estas cosas en manos y á disposición de un malvado, y os explicaréis fácilmente el efecto que producirían en dos personas como las que la suerte llevó aquella noche al laboratorio del judaizante.

Recursos mágicos, de los que debía sacar un gran partido Natam Gutiérrez.

Don Juan comenzó á sentirse mareado.

Su hijo decía verle, y él no veía á su hijo.

—Te engaña la ilusión,—dijo otra voz distinta, que era la del judío;—tu hijo no está aquí, está en tu casa.

—No es posible; le he visto llegar, he seguido sus pasos.

—Mentira.

—Y por haberme chocado esta casa, he llamado á ella, esperando encontrarle aquí.

—Todo ilusión... Cuando quieras, puedes retirarte.

—No veo puerta ninguna,—exclamó el Corregidor,—y de repente se abrieron varias.

Al principio se alegró; pero luego vió que todas estaban interceptadas por grotescas figuras que es-

pantaron á don Juan y le hicieron retroceder.

—¡Buen modo de dejarme salir!

—Faculta á tu hijo para que ame á María,—dijo la voz que salía del armario acústico.

—¿A la hija de don Pedro Sánchez de Cepeda?

—Sí.

—Jamás.

Pronunció esta última frase el Corregidor de tal suerte, que el judaizante comprendió que don Juan odiaba al castellano.

—¡Oh! ¡Qué gran descubrimiento!—dijo para sí.—¡El hijo y el padre son míos!—añadió con júbilo.

Y las puertas se cerraron de nuevo con la rapidez misma que se habían abierto antes.

Se colocó otra vez el judaizante en el puesto de don Luis, y prosiguió hablando:

—¿No eres amigo de Sánchez de Cepeda?—preguntó con acento socarrón y sarcástico.

—No.

—¿Y si el cariño que tu hijo la profesa se convirtiera en su daño?

—¿De qué suerte?

—Porque ella no le correspondiese.

—Lo cual celebraría sobremanera.

—Ama á otro, y ese otro es un malvado, es un hereje.

—¡Y hay quien se atreva á hablarme de herejía en este lóbrego subterráneo!

—Sí; quien á tí y á tu hijo estima.

—Pero de quien huir debemos, á juzgar por lo que nos pasa.

—No haréis tal, si os afirmo que lo que vosotros odiais, eso mismo odio.

—¿Y lo que creemos y amamos, crees y amas?

—Tú lo has dicho.

La astucia de Natam acabó por trastornar los cerebros algo hueros de los Manrique de Lerma.

Al judaizante, ¿qué le importaba echar una mentira más?

Ahora bien.

Los hechiceros, los adivinos, los curanderos, no son ni en nuestros días seres fantántiscos; los hay en todas partes, creídos, considerados, buscados y recompensados largamente.

Y el sortilegio y la adivinación pasan por cosa corriente allí donde no se adora al Dios verdadero y no ejerce su salvadora influencia la luz brillante del Evangelio.

No hacemos á nuestro antojo una relación inexacta y caprichosa.

Lo que describimos, y aún más que habremos de consignar todavía, pasó la noche en que, explotando el judaizante las pasiones aviesas y torcidas de sus víctimas, les preparó de tal manera con ellas en favor suyo, que desde aquel momento conceptuó, y no sin razón, su triunfo asegurado.

El armario acústico desempeñó en sus primeras maquinaciones un papel importantísimo.

Natam Gutiérrez mantuvo dentro de él, y merced á su mecanismo, un animadísimo diálogo con don Juan, y le atrajo á su proyecto de apoderarse de María y castigar en la hija ofensas del padre, así como él pensaba vengar en la sobrina de los Valdespinar, agravios de sus tíos.

Que la pasión de la venganza es ciega, y para saciarse, á veces con lo más exiguo y singular la basta.

IV.

Se complementa el tema del anterior.

Era ya urgente, se hacía preciso poner término á tanto embuste, á tanta ficción y superchería.

Ciertas situaciones, por lo violentas, no cabe prolongarlas sin peligro de verlas malogradas.

La alegría de Natam no le ofuscaba.

Sabía ser prudente y comedido en todo, y estas cualidades le habían servido de mucho en multitud de casos parecidos al en que se encontraba.

El Corregidor, que pudo ser un obstáculo y un peligro, no le ofrecía ya cuidado alguno.

Don Luis, sujeto por el temor de que el autor de sus días descubriese sus sacrílegos tratos y vergonzosas relaciones con el judaizante, al verse defendido por éste de manera tan completa como inesperada, se entregó sin reserva alguna esta vez y para siempre á su astuto amigo.

Faltaba, empero, al impostor, realizar por completo sus designios, y para ello había contado con

la joven á quien libró de una muerte segura, y en la cual descubrió aptitudes de un valor inapreciable.

Tenía á la vieja, guardadora de la parte oculta y secreta de su escondite, y al llevar allí á la desconocida, calculó, y calculó bien, que podía, en unión de la primera, hacer cuanto se le antojase.

¿Qué serían los embusteros si no encontrasen quienes les tolerasen y aparentasen creerlos?

¿Qué los embaucadores, los jugadores de manos, sin el concurso de los que con ellos llegan á confabularse?

El personaje de que tanto nos ocupamos, alma de la conspiración que se tramaba contra la dicha y la felicidad de los que vienen siendo hasta el presente nuestros amigos, no podía ser una excepción de los demás de su calaña.

Era tirano con los que caían bajo su férula, y si no lograba engañarles, les atemorizaba hasta servirse de ellos como quería.

La hechicería y la magia no han sido un mito, ni una impostura.

La Iglesia, condenándolas, es para nosotros la prueba más convincente de su existencia, ya que no tuviésemos otras, así antiguas como modernas que las completan y afirman.

El atractivo de los hechos extraordinarios es tan grande, que el hombre poco ilustrado hasta se aflige cuando se le saca de los ensueños maravillosos

para darle á conocer la verdad, y bastan las apariencias más frívolas para transformar á sus ojos en seres vivientes ó en hechuras de los hombres las obras inimitables de la naturaleza.

«Este atractivo, y la tendencia á la exageración, que es consecuencia suya, nos dice un autor casi desconocido en España; la tenacidad de la tradición, que recuerda como todavía existente lo que hace siglos ha cesado; el orgullo singular que tiene un pueblo en apropiarse para su historia las tradiciones fabulosas ó alegóricas recibidas de otros pueblos anteriores á él; las expresiones inexactas, y las más inexactas tradiciones de los antiguos relatos; el énfasis propio de las lenguas de la antigüedad, y el estilo figurado, atributo esencial de la poesía, es decir, del primer lenguaje en que los conocimientos y los recuerdos fueron transmitidos á la memoria de los pueblos; el deseo natural en los hombres poco ilustrados de explicar las alegorías y los emblemas, cuyo sentido solamente los sabios conocen; el interés que mueve, así las pasiones nobles como las pasiones bajas, á influir por medio de lo *maravilloso* sobre la credulidad de lo presente y del porvenir... tales son las causas que, separadas ó reunidas, han aumentado y acrecido los fastos de la historia respecto á un sinnúmero de ficciones prodigiosas, sin que los depositarios de las luces tuviesen necesidad de secundar esta creación con su impulso poderoso.»

Y más adelante añade:

«Para encontrar la verdad bajo las apariencias de un prodigio, bastará unas veces poner un hecho semejante, y del cual no se haya apoderado la superstición, al lado de la supuesta maravilla; y otras, separar los accesorios de que lo haya revestido alguna de las causas influyentes que dejamos señaladas.»

Herodoto refiere, que en la India, unas *hormigas más grandes que zorras*, minando en la arena para fabricar sus habitaciones, descubrían el oro que se encontraba mezclado con ella.

Un repertorio de relaciones maravillosas, que evidentemente ha sido compilado de originales antiguos, coloca en una isla inmediata á las Maldivias unos *animales grandes como tigres, y de una figura parecida á las hormigas*... Algunos viajeros ingleses han visto cerca de Grangué, y en unas montañas arenosas y abundantes en pajitas de oro, ciertos animales, cuya forma y hábitos explican las relaciones del historiador griego y del cuentista oriental.

Plinio y Virgilio describen á los *Seres* recogiendo la seda en el *árbol* que *la produce*; árbol que, según el poeta, es semejante al algodonero. La traducción demasiado literal de una expresión justa ha hecho por este medio que se considere á la seda como producto del árbol en el cual la deposita el insecto y los hombres la recogen. En este caso, el equívoco no ha creado más que un error; pero, ¡en cuántos otros casos análogos no ha podido formar prodigios!

Ctesias coloca en la India una fuente que todos los años se llena de oro líquido.

Los persas, y aun los griegos, encontraban una especie de gloria en beber con exceso sin embriagarse, y buscaban las sustancias propias para amortiguar los efectos del vino. Con este propósito, comían semillas de col, ó coles cocidas, y las almendras amargas eran empleadas también con el mismo objeto; y, según parece, con excelente resultado.

¿Qué cosa era la planta *Latacea* que daba el rey de Persia á sus enviados, y por cuya virtud les era todo facilitado por donde quiera que pasaban? Una insignia, una vara de forma particular, ó una flor bordada en sus vestidos, en las banderas que se llevaban delante de ellos, y que servía para anunciar sus títulos y prerrogativas.

Jahel dió de beber *leche* á Sísara, fugitivo y rendido de cansancio, en vez del agua que le había pedido, con el objeto de hacerle dormir.

El vino que ha tenido en infusión plumas de *tchin* es un veneno mortal: así lo afirman los escritores chinos, y la Historia refiere numerosos ejemplos de envenenamientos consumados por ese medio.

Al Norte del Misuri y del rio de San Pedro, cerca de las montañas azules, habita una horda que, al parecer, emigró de Méjico y de las comarcas limítrofes, en la época de la invasión de los españoles. Según sus tradiciones, penetró en el

interior de aquellas tierras en un tiempo en que las costas del mar eran infestadas por unos monstruos enormes que vomitaban relámpagos y rayos: de sus entrañas salían unos hombres que, por medio de *instrumentos desconocidos*, ó por un *poder mágico*, mataban á una distancia prodigiosa á los débiles naturales del país. Éstos observaron que los *monstruos* no podían caminar por la tierra, y para librarse de sus tiros, buscaron un refugio en aquellas apartadas montañas. Según se ve, los vencidos dudaron al principio si sus vencedores debían sus ventajas á un poder mágico, más bien que á mejores armas.

Acaso, y sin acaso, engañados por la apariencia transformaron en *monstruos* dotados de vida los buques que al parecer se movían por sí mismos; pero lo cierto es que desde entonces ha existido este prodigio en su creencia, fruto de la atrevida metáfora á que debieron recurrir para explicar un acontecimiento tan nunca visto.

Los emblemas, la historia natural, todo ha servido para producir prodigios que hoy ya no lo son en los pueblos civilizados.

Y podíamos citar innumerables ejemplos en demostración de la exactitud de los que dejamos rebuscados.

Es más:

La ciencia médica dió por largo tiempo el título de *enfermedades infernales* á ciertas perturbaciones gástricas, hipocondriacas, estéricas y nerviosas, y

admitió las *ilusiones diabólicas*, juzgando que los dolientes que padecían estos trastornos eran víctimas del espíritu infernal.

El poder del demonio no es tampoco una paradoja; pero es poder permitido por Dios y reducido á solo un *movimiento local*, nunca extensivo á la generalidad.

Los herejes, los protestantes, han mantenido gravísimos errores sobre la materia, adoptando los extravíos de sus jefes.

La Iglesia, por medio de sus concilios, tanto nacionales como particulares ó generales, ha fulminado severísimas censuras contra los magos y hechiceros, contra las brujas y los adivinos, llamándoles: «gentes sin temor de Dios, que extravían el criterio público y las creencias católicas con fines de mezquino interés ó de ilícitos deseos y dañados propósitos.»

No estuvo nunca, por otra parte, el poder *sobrenatural* que hemos de afirmar en esta obra más adelante, confiado á seres, á criaturas degradadas y envilecidas.

Ocasión tendremos de explanar esto que por curioso apuntamos.

La congelada era, como tenemos dicho, una criatura débil, extenuada; una niña enfermiza y que debía haber sufrido uno de esos sacudimientos, pasado por una de esas crisis que hacen profunda huella en el organismo humano.

Con suma facilidad caía la infeliz, después de violentísimos accidentes, en un estado narcótico y soñoliento que Natam Gutiérrez llegó á producir en ella siempre que le convenía y se le antojaba, empleando para ello el engaño, la seducción ó el miedo.

El magnetismo animal, cuya existencia es congénita con el hombre, como flúido que es de un orden igual á la naturaleza misma, idéntica hoy á como ha sido y será hasta la consumación de los siglos, era otro de los medios de que el sabio israelita se servía para utilizar á la desconocida.

Los faquíes de la India, las pitonisas egipcias los mismos profetas hebreos, los magos de la Persia y los genios de la Grecia, conocieron como Natam Gutiérrez las prácticas del magnetismo; Hipócrates mismo, el padre de la medicina, llegó á considerarle como un remedio heróico é infalible para ciertas enfermedades [1].

Natam magnetizó en diferentes ocasiones á la pobre niña, siempre agravando su estado en vez de mejorarla.

¿Qué le importaba á él la vida de aquella criatura que la casualidad había puesto en sus manos?

Porque nadie se cuidó de reclamarla, ni ella se quiso dar á conocer á su familia.

Del sueño magnético, la enferma pasaba sin gran violencia al sopor nervioso; y de éste al *sonambulis-*

---

1 Mesmer, de Delense, de Puysegur y de Deslón, merecen leerse.

mo lúcido y al *éxtasis magnético*, que es tenido como la perfección del arte.

En tal situación, hizo el judaizante aparecer ante los Manrique de Lerma á la desgraciada niña.

El éxito más feliz coronó esta última y definitiva estratagema.

V.

Ilusiones ó realidades.

Apresurémonos á completar esta parte de nuestro libro, á la cual si hemos dado una desusada extensión no ha sido sin un fin, sin un propósito deliberado.

Según tenemos ofrecido, muy luego, en el libro inmediato, nos proponemos comenzar la vida de la *Santa*, así llamada por muchos en España, como sucede con el *Apóstol* al hablar de San Pablo en toda la cristiandad, bastando citarlos de esta manera, para no confundirlos, ni casi tomarlos por otros.

Y como en la narración histórica de la vida de *Teresa de Jesús* hemos de afirmar hechos prodigiosos de naturaleza é índole diversa que los que ahora apuntamos, necesidad teníamos de predisponer al lector para no confundir lo *milagroso* por intervención divina, y lo más ó menos extraño por arte ó habilidad humana.

¿Lo conseguiremos por el medio que empleamos?... A un siglo positivista y descreído, ¿no será la manera más segura de convencerle, ya que no

de acallarle, el abordar con franqueza, con ingenuidad y valentía el parangón, adelantándose á no temerle y ofreciéndosele frente á frente?

No creemos equivocarnos en el procedimiento. Lo que ha sido y es obra de hombres, como tal la presentamos; lo que ha sido y pudo ser obra de Dios, sin vacilaciones ni dudas también lo escribiremos, y así no podrá nadie tacharnos de parcialidad, ni de hábil ocultación de aquello que no pueda convenirnos.

Á la inteligencia, á la razón y al estudio damos lo que debemos darla, á cambio de que ella se someta é incline con respeto la frente á cosas que vendrán á seguida y no podrá negársenos.

Véase, pues, por qué queremos agotar aquí todo cuanto la habilidad y el talento de Natam Gutiérrez fué capaz de hacer para fascinar y dominar á su antojo á los Manrique de Lerma, dominación que le convenía mucho, que le interesaba.

—Acaso,—se decía,—voy á emprender y á librar mi postrera, mi última batalla.

Y echó en ella el resto, como nosotros ponemos aquí, de cuanto respecto á las *ciencias ocultas* que el judío cultivaba se sabía y creía en aquel entonces, con datos curiosísimos, no sin trabajo rebuscados y reunidos [1].

---

[1] No debe echarse en olvido que todas nuestras leyendas religiosas, *La Madre de Jesús*, *Los Apóstoles*, *María Magdalena* y esta misma, las hemos escrito fuera de Madrid, con los elementos escasos que nos hemos podido proporcionar, sin bibliotecas, sin libros de consulta, é imprimiendo á la vez que hemos ido y vamos escribiendo.

La situación de los Manrique de Lerma, por más que parezca hoy extraña y violenta, era, después de cuanto dejamos dicho, verosímil.

Natam Gutiérrez, conociéndoles bien, llegó á dominarles; y una vez dominados, natural era que les convirtiera en juguete de su voluntad y sus caprichos.

Como tantos lo habían llegado á ser del judío en la singular mansión á que su mala estrella condujo aquella noche al padre y al hijo, sin que ni uno ni otro pudieran presumir lo que iba á sucederles, lo que iba á pasarles.

Tampoco el judaizante creyó que las cosas habían de caminar para él de un modo tan sencillo y fácil; y eso que á ello estaba acostumbrado, merced á los recursos que su talento había logrado acumular, y los cuales empleaba tan hábilmente que él mismo no sabía muchas veces si tomar por *ilusiones* ó *realidades* las cosas mismas que á los demás impresionaban tan honda y profundamente.

Nosotros tampoco hemos de formar empeño en que nuestros lectores juzguen *ilusión* ó *realidad* cuanto venimos refiriendo.

Cronistas verídicos é imparciales, nos amoldamos á las condiciones de la sociedad, del siglo, de la época que historiamos.

Momento llegará, repetimos una vez más, en que afirmemos, sin ambajes y sin reserva, el milagro, el prodigio, lo sobrenatural, lo divino.

Al presente nos ocupa lo humano, lo puramente

humano; y esto, en manos y á merced de gentes cuyo espíritu estaba, no sólo alucinado, sino pervertido, ó cuya credulidad podía entenderse hasta más ó menos fingida por lo codiciosa é interesada.

Sea de todo ello y de cuanto dejamos dicho en los dos números anteriores lo que quiera, es evidente que nada contribuye á mantener mejor en el hombre la ilusión y el engaño, que un mal propósito.

Y como don Juan y don Luis lo tenían en alto grado, de aquí que, más sereno, más tranquilo, más dueño de sí el judío, fuese él y no los Manrique de Lerma quien llevara ventaja, y ésta que fuese tanto mayor, no sólo por su saber y su larga experiencia, sino porque aun sus pasiones mismas estaban en Natam Gutiérrez al cálculo y la reflexión supeditadas.

De repente, cuando el Corregidor y su hijo menos lo esperaban, vieron descorrerse un cortinón que cubría una especie de tabladillo ó escenario iluminado de un modo fantástico.

En aquel lugar había un lecho, y sobre él, tendida una mujer.

¿Estaba dormida ó fingía estarlo?

Nosotros no nos atreveremos á decir ni lo uno ni lo otro de un modo seguro y cierto.

Porque de todo era capaz el judaizante.

Hábilmente escogido el momento de aquella aparición, no pudo menos de causar en los ya sorprendidos y admirados, impresión profunda.

Y la produjo decisiva y cual Natam Gutiérrez la esperaba.

La que en el lecho yacía era la desdichada niña á quien el israelita salvó de la muerte para reducirla después á un estado de dominación absoluta y tiránica que rayaba en lo increible.

Dominación moral y física.

Dominación de médico y nigromántico, ejercida sobre una naturaleza débil, empobrecida y extenuada; sobre un espíritu acoquinado y sujeto á todas las influencias del miedo, del terror y del espanto.

La vieja, con su ignorancia y superstición; la joven, con sus penosos recuerdos y el doloroso despertar de un letargo congestivo que, á prolongarse algunos instantes más, hubiera sido el sueño de la muerte, eran para el judío blanda cera dispuesta para todo lo que su maquiavelismo ideaba.

Y cuenta que sin ellas de nada le habrían servido las mil maquinaciones que ponía en juego para embaucar y sacar el dinero á sus víctimas.

Con condiciones tales la desconocida, cuya historia referiremos oportunamente, Natam obraba á mansalva y sin riesgo alguno.

Sus mismas industrias, no obstante hallarse prohibidas y condenadas, le proporcionaban amistades poderosas; trato con gentes que, aun cuando valiesen mucho, le necesitaban.

El israelita era, pues, en definitiva; era, en suma, una *potencia* de esas mil que hay en todos tiem-

pos, que no lo parecen; pero que son más ciertas que muchas otras ostentadas y cacareadas.

Tenía saber; ¡oro, mucho oro!... Hipocresía, engaño, apariencias modestísimas, una intención aviesa y una constancia sin límites... Juzgad sin pasión lo que en la vida son y significan estas cualidades reunidas.

Los Manrique de Lerma carecían, en cambio, de todas estas ventajas, á pesar de lo cual el padre era Corregidor de la Villa y el hijo auxiliar del Santo Oficio.

¿De qué les servía serlo si no lo merecían, ó aun mereciéndolo, en el terreno que nosotros la hacemos figurar en este libro, estaban ciegos y apasionados?

Cuando la joven apareció ante estos dos personajes, tenía los párpados cerrados, la boca entreabierta, rígidos los miembros, y más bien que sueño, anestesia parecía lo que á la infeliz tenía postrada.

El judío, siempre sin dejarse ver más que de don Luis, y esto no siempre, comenzó á manipular.

La pobre niña dió á luego señales de vida, si bien de una manera soporosa, tarda, torpe é incompleta.

Alzó los párpados, suspiró, miró en torno suyo; pero no movió ninguna otra parte de su cuerpo ni poco, ni mucho; nada.

Continuó así por algún tiempo.

Siempre quieta, inmóvil, aplanada.

Casi como antes.

—¡Qué nueva sorpresa es ésta!—exclamó el Corregidor, dominado por el más completo asombro.

—Observa y mira,—le contestó una nueva voz; una voz distinta, extraña, salida del armario acústico; voz que le infundía miedo.

Observó y miró cada vez más estupefacto.

A don Luis también le parecía cuanto le sucedía una pesadilla.

La tendida en el lecho, casi sin perder por ello su rigidez cataléptica, empezó á alzarse, sentándose primero, girando automáticamente la cabeza de derecha á izquierda; después alzó y bajó los brazos, como pudiera hacerlo un maniquí movido por ocultos resortes de un mecanismo diabólico ó un cadáver galvanizado.

No era sólo el Corregidor el sobrecogido de espanto; éralo don Luis, su hijo, á pesar de poder ver que Natam Gutiérrez, oculto tras una especie de bastidor, hacía gestos y contorsiones cuya significación no comprendía.

¿Eran pases y atracciones magnéticas las que, influyendo en la muchacha, la hacían producirse como lo verificaba?

¿Acaso entraba por algo el magnetismo en lo que á los ojos de los Manrique de Lerma pasaba?

—Como está ésta, me es fácil poner á María cuando quieras,—dijo en voz baja el judío al auxiliar del Santo Oficio.

—¿Y en ese caso?...

—Calcular puedes hasta qué extremo podremos disponer de ella.

La insinuación produjo su efecto en el ánimo del mancebo.

La joven se alzó por entero, se puso de pié, avanzó algunos pasos, salió del tabladillo á la sala y marchó hacia don Juan, que retrocedió al ver que se le venía encima.

—¡Aparta! ¡aparta!—exclamó el Corregidor extendiendo sus brazos hacia adelante, saliéndosele los ojos de sus órbitas y perdiendo la color, cual si no le quedase gota de sangre en las venas.

Como si obedeciese un mandato, la autómata retrocedió entonces, sin mirar, sin tropezar con ningún objeto; se sentó en el lecho y cayó sobre él quedando de nuevo como dormida y extraña á cuanto había á su alrededor.

—¡Esto es horrible!—murmuró el hidalgo.—Aquí interviene de manera visible Dios ó el diablo.

—Pues has de ver más todavía,—respondió la voz de antes.—Pregúntala y te contestará,—añadió el que hablaba.

—¿Ella?...

—Sí.

—¡Imposible!

—Haz la prueba y te convencerás que no te engaño.

El caballero reflexionó por un momento, y no se

le ocurrió por el momento más que una pregunta que dirigió á la magnetizada.

—¿Dónde está mi hijo?—dijo con acento temblo-roso y vacilante.

Don Luis iba á contestar, y Natam se lo prohi-bió con una seña harto significativa para que no fuese obedecido.

—Ya no está aquí...—dijo la dormida con voz tenue, con esa expresión que infunde pavor en los que escuchan á un adormecido, á un delirante.

—¿Pero ha estado?

—Sí, y no.

—¿Y ahora?...

—Está en su cama durmiendo tranquilamente.

—No puede ser; no ha tenido tiempo material desde que yo le he oido para llegar á casa.

—No ha ido él, le han llevado.

—¿Y ahora no puedo comunicarme con él?

—Si lo deseas, te hablará de nuevo.

—¿Cómo cabe que suceda eso?

—Lo que pasa aquí no puedo explicarlo yo

—¿Tú no lo sabes?

—Otro hay que lo conoce, yo no; yo le obedezco.

—Hijo...—exclamó don Juan sin atreverse á dar crédito á la dormida.

Natam ordenó entonces á don Luis que contes-tase.

Éste respondió:

—Padre,—dijo aplicando sus labios á uno de los tubos del armario acústico ó resonante.

—¡Oh! ¡es su voz!... ¡Sí! ¡su voz, aunque algo desfigurada!

—Yo soy, señor, el que os habla, como os hablé antes.

—¿Dónde te encuentras?

—En casa, y aquí estoy; allí en cuerpo, aquí en espíritu.

—Eso es una impostura.

—El poder que nos subyuga es grande.

Al decir las postreras frases, y en su voz natural, el auxiliar de la Inquisición expresaba lo que sentía, á la vez que era lo que á su oido casi le apuntaba el judaizante.

La enérgica voluntad del israelita seguía imponiéndose.

El influjo de su talento y de su ciencia, dominando.

Inmenso por sí; más grande aún por la docilidad de los que, por recursos tan extraños, tenía subyugados.

Créese por algunos; créese por muchos, que un individuo, en el estado en que la joven se encontraba, al parecer ó en realidad, que esto, repetimos, ni lo negamos ni lo afirmamos, adquieren varios dones: el de la doble vista entre otros, pudiendo referir los sucesos que acaecen á larga distancia de su presencia.

Risa nos causaría lo que aquí ponemos, si no hubiese sucedido, y aun pudiera suceder hoy mismo,

y se tuvieran y se tengan por exactas, relaciones de esta índole, relaciones análogas.

—¿Y puedo vengarme de don Pedro Sánchez de Cepeda?—se le escapó preguntar al Corregidor.

—En tu mano está lo que deseas.

—¿Qué he de hacer para ello?

—Obedecer al dueño de esta mansión, al dueño de esta morada.

—¿Cristiano ó hereje?

—Bautizado como tú.

—Sólo así puedo darle crédito... ¿Y mi hijo?

—Tu hijo será dueño de la que ama.

—¿Dándola su nombre?

—No.

—¡Deshonrándola!—gritó fuera de sí don Juan; y, arrepintiéndose, al punto se retractó añadiendo: —eso nunca, eso jamás.

—Pues sólo así lograréis vengaros.

—¡Nos engañas!...

—Lo veo así claramente;—afirmó con frase segura y firme la adormecida ó previamente ensayada.

—¿Lees en el porvenir?

—Y en el pasado leo.

—¿Eso es verdad?—preguntó el mancebo al judaizante sin poderse contener.

—Mi hijo habla...—exclamó don Juan al apercibir el murmullo que el joven produjo con sus palabras.

—Escucha y confía,—dijo Natam á don Luis,

siempre de suerte que su padre no le pudiera oir.

El enredo era completo, acabado; la farsa perfecta; el engaño y la seducción resultaban asegurados.

La indiscreción de don Luis hizo temer un descalabro al embustero, y ordenó á la niña por señas que no volviese á contestar á lo que la preguntaran.

No deseaba otra cosa la infeliz, que estaba rendida, sudorosa, fatigada.

Nubló la frente del Corregidor un pensamiento horrible, coincidiendo con el que á su hijo halagaba.

Los Manrique de Lerma se descubrían por completo, se identificaban.

¿Cómo no, si eran padre é hijo, y los dos odiaban?

El odio no tiene entrañas.

—¡Deshonrada!... ¡deshonrada!—repetían ambos, y aquella idea comenzaba á seducirles.

—¡Mía de grado ó por fuerza!... ¡Por bien ó por mal!—pensaba el auxiliar secreto de la Inquisición.

Y el judaizante veía claramente cuánto complacía á los dos la venganza.

Como lo vemos nosotros, y por ello lo consignamos aquí, fieles al deber de completar nuestro relato.

No cabe que se tome por patraña lo que escribimos.

En plena civilización moderna se reproducen escenas como las que acaecían con la casa rústica del Atochal.

Además, de que cuanto decimos estaba por entonces sostenido como cierto por el fanatismo y la ignorancia.

¿Lo que pasa en nuestros días puede atribuirse á la misma causa?

¿Os atreveréis á decirnos, si no, qué cosa es el *espiritismo?*

Del *mermenismo* al *éxtasis magnético* no hubo más que un paso que dar.

Creyéndose relacionado el hombre con el auxilio de su propia virtualidad con los espíritus, se fué del éxtasis magnético al espiritismo.

El fenómeno natural primero; el sobrenatural después.

Los ángeles, los demonios, las almas de los muertos; con todo se ha especulado, se especula y se especulará por los malvados para engañar á los incautos.

Y que lo eran don Juan y don Luis, nos han dado pruebas inequívocas de ello, colocados aquella noche bajo la acción habilísima del prestamista.

En vano preguntó otras cosas el Corregidor á la extasiada, á la sonámbula, ó diestramente magnetizada por Natam Gutiérrez; que de todo esto podía haber un poco en los actos en que la hemos visto intervenir.

Lo que había dicho ó la había hecho decir el is-

raelita, era para seducir, para engañar á personas más avisadas.

La cortina volvió á correrse, y tras esto la rambla se alzó, dejando paso franco á don Juan, que se apresuró á salir de aquel antro tenebroso en que no podía permanecer por más tiempo sin asfixiarse.

Las violentas escenas que habían tenido lugar, no convenia al judío prolongarlas.

Cuando don Juan se vió fuera, en el campo, era pasada la media noche.

La luna se había ocultado, y caía una lluvia finísima que le molestó demasiado.

El hidalgo no encontró á nadie en los alrededoree del Atochal.

Apresuró el paso, no sin recelo, y hasta que ganó el puente de la sucia alberca, y penetró en Madrid, merced á haber dado su nombre, no respiró con libertad, ni se conceptuó á cubierto de una sorpresa, de una traición ó una emboscada.

Fuése derecho á su casa, y sin decir á su ayuda de cámara una palabra, se dirigió al cuarto de su hijo, llevando una luz en la mano.

Penetró en él sin hacer el más pequeño ruido, y con sorpresa y estupor halló á don Luis en su lecho, profundamente dormido, como se le había anunciado.

VI.

El triunfo del judaizante.

¡Que tales cosas sucedan! ¡Que tales cosas pasen!—murmuraba don Juan al recogerse aquella noche, cabizbajo y mohino, á su aposento.

Quiso rezar sus oraciones de costumbre, y le fué imposible.

Mientras esto sucedia al padre, el hijo, que le vió entrar y se fingió dormido, se sintió libre de todo temor y resuelto á obedecer al judaizante.

El triunfo de Natam Gutiérrez habia sido completo.

Había engañado al Corregidor, y en cuanto á don Luis, á pesar de ver cuanto había hecho, no se sentía menos alucinado.

Y ésto, que parecerá á algunos inverosímil, tiene una natural y sencilla explicación, fijándose en las alucinaciones que padece el espíritu humano cuando le domina una pasión y se encarga de seducirle un carácter superior, una voluntad de esas

que se imponen, no sólo á los individuos, sino hasta á las mismas colectividades.

Sin la influencia avasalladora de ciertas energías, y la docilidad incondicional y hasta absurda de las que de ellas carecen, hay hechos en la historia que no tendrían posible explicación.

Y, sin embargo, no cabe negarlos.

Aun conociendo á fondo á determinadas individualidades, se las respeta y obedece sin resistencia alguna, y es de admirar cómo se prolongan determinados prestigios que no tienen razón de ser.

Y si esto pasa y sucede en todos tiempos, y á nuestra misma vista sucede y pasa; y si esto y no más que esto constituye la razón única quizás de la historia, ¿por qué extrañar cuanto llevamos dicho en los números anteriores?

Ya haremos notar la diferencia esencial de la *mentira* y la *verdad* más adelante.

Escribimos para muchos, y por ello aspiramos á abarcar el pro y el contra que tanta influencia tiene en los actos de la vida, en los sucesos humanos.

Hubo fascinación, aunque absoluta y completa, por parte de don Juan, explicable; la hubo por parte de don Luis igual, no obstante la parte que, dócil, tomó en los engaños de su padre.

Es más:

La seguridad de tener al autor de sus días propicio para el logro de sus deseos, contribuyó en el ánimo del mancebo para concluir de rendirse á discreción á favor del judaizante.

Y los sucesos extravagantes de aquella noche influir debían grandemente en el curso de los acontecimientos que hemos tenido necesidad de justificar y preparar convenientemente.

Don Juan Manrique de Lerma, y su hijo don Luis, lo mismo en el tugurio del Atochal que en su casa, siguieron alucinados y bajo el influjo de la acción maquiavélica del israelita.

Éste sabía que eran suyos por completo; que nada tenía que temer de su parte; que harían cuanto quisiesen con un solo requisito, con una sola condición: la de ayudarles á conseguir lo que por sí mismos no se conceptuaban capaces de hacer.

Y esto era cuanto apetecía el judío.

El Corregidor, vengándose en la familia castellana, que hacía largo tiempo le era antipática é irresistible.

El auxiliar secreto de la Inquisición, impidiendo los amores de su rival con María y alcanzando la posesión de aquella mujer, cuya imagen tenía constantemente ante sus ojos, despierto ó dormido, á pesar de su frialdad y sus desdenes.

Que amaba, que quería indudablemente á Hispaleto y á él no le hacía el menor caso.

—¡Oh! Esto era demasiado,—decía.

Y los celos trastornaron su cerebro, y sus groseros instintos le estimularon para no perdonar medio de alcanzar á María, á quien más que amar, codiciaba.

Al contrario del artista, que cada vez sentía hacia la joven una pasión más noble y pura.

Continuando en su obra secreta é insidiosa, oculta y perseverante, los personajes odiosos de esta historia veían aproximarse el día 8 de Septiembre; plazo fijado por Natam Gutiérrez para evitar que los planes generosos que acariciaba el marqués de las Cuevas se realizasen.

La complicación y el curso de los sucesos nos han apartado, al parecer, hasta aquí del tema principal de este libro, pero ya resarciremos á los que ansiosos esperen la aparición de *Teresa de Jesús*.

—No se reunirán ese día los amantes;—había ofrecido el judío á don Luis.—No se hará con el cuadro del Santo Viático, Valdespinar;—había añadido el vecino de doña Casilda Carvajal.

Y ante estas dos promesas, la sumisión del mancebo, pervertidohasta la médula de los huesos, parecerá ya perfectamente verosímil á nuestros lectores más exigentes y descontentadizos.

Que no se nos oculta la distinta calidad y condición de las personas á quienes dedicamos estos libros, y que mucho de lo que omitiríamos, gustosos para unos, se hace preciso y necesario para otros.

Exígese al novelista, sobre todo, que los hechos que consigna en sus producciones tengan una explicación buena ó mala, recta ó torcida, eficaz ó ineficaz, pero una explicación al fin.

Y hay quien repite sin cesar: de nada nos sirve el *efecto*, si se nos oculta, si se nos vela la *causa*.

De aquí, que cuanto hemos de continuar historiando como fieles cronistas, necesitáramos justificarlo anticipadamente.

Y no así como quiera, á la ligera, sino larga y minuciosamente.

El estado de ánimo, la situación de espíritu de los Manrique de Lerma, debía ser el principal elemento, el auxiliar más poderoso del solapado padre de la malograda Sara; y por esto, su trabajo más asíduo se encaminó á continuar explotando lo que tan por completo había logrado.

Su orgullo, su vanidad, la pequeñez y la ruindad de sus corazones, y la relativa cortedad de sus entendimientos.

El de don Juan, más cultivado; el de don Luis, peor que si no hubiese sido cultivado.

Porque sabido es, que no hay seres más fáciles de seducir y engañar, que aquéllos que, debiendo, no saben nada, aunque presuman que saben.

¡Cuán intolerables y perniciosos son los que, como al auxiliar de la Inquisición sucedía, y aun á su padre mismo, se ven, sin merecerlo, encumbrados!

Además de cuanto dejamos dicho, repetir debemos que los Manrique de Lerma creían en cuanto aceptaban entonces y aceptarán siempre los espíritus vulgares.

La civilización moderna hace maravillas, portentos á casa paso, todos los días; y, no obstante, esos portentos, no sólo son incomprensibles para el vulgo, sino que todavía se tienen por muchos por diabólicos y fantásticos.

Conceder debemos, y lo hacemos con el mayor gusto, que ya no impera ni domina en tan alto grado el asombro y la sorpresa de las gentes.

Ni lo que no se entiende se atribuye, como se atribuía en el siglo XVI, á las ciencias ocultas, á la magia, á lo que entonces era cosa común y corriente, atendida la herencia de épocas anteriores, sobradamente conocidas, para que en este particular debamos detenernos, debamos pararnos.

Pero de esto, á no ser evidente la subsistencia de la preocupación del temor y la sorpresa de las gentes, hay una distancia inmensa.

Los dóciles instrumentos de Natam Gutiérrez creían, pues, lo que no era extraño que creyesen lo que se creía en su tiempo, aun por personas más ilustradas que éllos y menos apasionadas.

Que es achaque propio de hombres, y lo será siempre, el de ser crédulos y entregarse incondicionalmente y sin reserva á los que saben sacar partido de su credulidad, y más aún de los delirios de su fantasía si aciertan á halagar sus pasiones.

A las causas por otra parte, que sumergían á los presuntos hechiceros en extravíos lamentables, agregábase un auxiliar que por sí sólo es suficiente, es capaz de reemplazarlas á todas:

La imaginación.

Es tal el poder de la imaginación, que algunos han querido explicar, por medio de sus desvaríos, todas las ilusiones mágicas.

Pero esto ya nos parece demasiado.

La imaginación combina las impresiones recibidas; mas no crea nada.

En los fantasmas del sueño, en los delirios que se forja el hombre despierto, la imaginación no acepta cosa alguna que antes no haya sido vista ó sentida, ó de que no se haya oido hablar.

El terror, la tristeza, la inquietud, la preocupación, son los únicos elementos que producen fácilmente ese estado intermedio en que los sueños constituyen verdaderas visiones.

Así lo afirman autores respetables, á quienes nosotros seguimos y copiamos con entera persuasión de que han estado y están acertados.

La *imaginación* hizo en los dos alucinados por el judaizante, que, á pesar de lo burdo, de lo grosero de algunos de los recursos por él empleados, no viesen la *verdad*, y se fijasen sólo en la *mentira*, revestida de tan varios accidentes y tan múltiples engaños.

Es evidente que la imaginación, tan poderosa sobre nuestros órganos, está igualmente sometida á la influencia perturbadora de éstos, cuando una enfermedad trastorna la armonía de sus funciones.

Y como enfermos de alma y de espíritu, pode-

mos considerar sin violencia á los dos Manrique de Lerma:

Y á la pobre niña:

Y á la vieja que la guardaba:

Y aun al mismo Natam Gutiérrez.

¿A éste también?...—dirán algunos.

Sí; al judío ciego y sistemático; al israelita impenitente, lo mismo que á los demás que hemos citado, si bien fuese en un sentido diverso, en un orden distinto y hasta si queréis más alto, más encumbrado; pero no por ello menos real y positivo.

Porque fanático y ciego se necesita ser para no abrir los ojos á la luz y á la evidencia; y tanto es así, que seguros estamos que habrá quien ahora mismo no se explique que haya judíos diseminados por el mundo, sin suelo, sin patria, y casi sin hogar propio y asegurado.

Y los hay en numero grandísimo.

Y esto, que ahora no se explica ni casi se concibe, se explicaba y concebía en el siglo XVI, dados los grandes privilegios que, perseguidos y todo, tenían los judíos en España.

Y, no obstante, seguían siendo enemigos del catolicismo y de la patria.

Y á causa de sus terribles y monstruosas apostasías se debió la creación del Santo Oficio, como á su tiempo diremos [1].

---

[1] Utilizando para ello, con permiso de su autor, una obra admirablemente escrita por D. Javier G. Rodrigo, titulada *Historia verdadera de la Inquisición*.

No estamos aún satisfechos; precisión tenemos de enriquecer y completar estas materias con mayores y más curiosos datos; que es deber de todo historiador y novelista abarcar los asuntos de tal modo, que sean comprensibles y explicables.

Y sentadas las *causas*, es fácil colegir los *efectos* que todas ellas en conjunto y en particular *produjeron*.

Es notorio, es evidente, y concluimos, que la *magia* ha influído de manera poderosa hasta en la gobernación de los pueblos.

Y el judaizante, que era médico, químico y alquimista, se hacía pasar por mago cuando así le convenía.

La Edad Media había dejado sobre este punto un contingente al siglo XVI demasiado grande para que un hombre tal como el que venimos pintando, no le aprovechase.

Consignemos algunos datos históricos acerca de esta materia, para terminar este número.

Los griegos impusieron á la ciencia que les habían enseñado los *Magos*, el nombre de *magia*, y atribuyeron su invención al fundador de la religión de los *Magos*.

Amiano Marcelino dice, que Zoroastro no hizo más que añadir mucho al arte mágico de los caldeos. Y añade, que en los combates sostenidos contra Nino por Zoroastro, rey de la Bactriana, se emplearon los secretos de la magia, no menos que las armas.

Según las tradiciones conservadas por sus sectarios, el profeta del *Ariema* fué objeto desde su cuna de las persecuciones de los magos, y la tierra estaba materialmente cubierta de ellos antes de su nacimiento.

San Epifanio refiere, que cuando Nemrod fundó á Bactria llevó á ella las ciencias mágicas y astronómicas, cuya invención se atribuyó después á Zoroastro.

Casiano habla de un tratado de magia que existía en el siglo v, y que se atribuía á Cam, hijo de Noé, y hace ascender al tiempo de Jarad, cuarto descendiente de Set, hijo de Adán, el principio de los encantamientos y de la magia.

Desempeña ésta, en efecto, un papel importantísimo en las tradiciones hebráicas.

Los antiguos habitantes de la tierra de Canaán habían incurrido en la indignación divina, porque usaban de encantamientos.

A la magia recurrieron para defenderse.

Y los amalecitas, combatiendo á los hebreos á su salida de Egipto, es tradición constante que se valieron de la magia.

Y Balaam, sitiado en su ciudad por los etíopes, se sirvió de ella con excelentes resultados.

La magia ha tenido constantemente una gran importancia en el Indostán.

Horts afirma, que la compilación de los *Vedas* contiene muchos escritos mágicos, y hace notar que las leyes de Manú, en el Código publicado por

Sir Jones [1], indican diferentes fórmulas mágicas, cuyo uso está permitido ó prohibido á un Brahma. También existe en el Indostán, desde tiempo antiguo, una creencia que se encuentra en la China: la de que, con la práctica de ciertas austeridades, los *penitentes* adquieren un poder temible y verdaderamente mágico sobre los elementos, sobre los hombres y hasta sobre los dioses.

La mitad de las numerosísimas leyendas de que se compone la mitología india, se refieren á *penitentes* que dictan las leyes y aun imponen castigos á las divinidades supremas.

Si del Oriente pasamos al Occidente y al Norte, encontraremos á la magia igualmente poderosa, y no menos generalizada. Con este nombre hablan los escritores griegos y romanos de las *ciencias ocultas* que poseían los sacerdotes de la Gran Bretaña, y por doquiera hay libros y leyendas que hacen sea no sólo verosímil, sino rigurosamente histórico cuanto dejamos dicho.

No juzguemos de los antiguos conocimientos por los nuestros.

La física, como ciencia experimental, no se conoció hasta el siglo último.

Los mágicos se nos presentan siempre apegados á sus libros, esclavos de sus fórmulas, y como verdaderos aprendices que sólo mecánicamente conocen

---

1 Capítulos IX y XI.

los procedimientos de su arte, sin saber distinguir la parte de ceremonias supérfluas que en ellos había mezclado la superstición ó la necesidad de imponerse.

Lo mismo los antiguos que los más modernos mágicos presentan estos rasgos característicos.

¿De quién habían recibido sus secretos, sus fórmulas, sus libros, su arte toda entera?

No lo preguntéis.

Aceptad el *hecho*, que por algo y para algo que á nuestro intento hacía, hemos procurado acentuarle y explicarle, valiéndonos de citas y comprobantes muy poco conocidos, tomados en parte de un libro rarísimo que la casualidad ha puesto en nuestras manos.

VII.

Detención de Hispaleto.

Las violentas, las vivas emociones que habían sufrido los Manrique de Lerma, no les dejaron descansar en toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando don Juan estuvo vestido, llamó á su hijo, hizo que se sentase frente á él, y le dijo:

—¿Saliste anoche de casa?

—Salí;—contestó con alguna vacilación el mancebo.

—¿Fuíste al paseo del Atochal?

—Allí estuve, como muchas otras personas.

—¿Y qué te ocurrió?

—A mí, nada...—murmuró con timidez el joven.

—¿Me víste á mí?

—¿Si os ví?...

—Eso pregunto.

—No.

—¿Dices verdad?

—Verdad digo.

El auxiliar secreto del Santo Oficio, que espera-

ba aquel interrogatorio, dueño de sí mismo esta vez, y adiestrado por Natam Gutiérrez, pudo mantenerse firme y resuelto; pero sólo por poco tiempo y hasta cierto punto.

Don Juan inclinó la cabeza pensativo.

La manera sencilla, y espontánea al parecer, con que su hijo le contestara, no tenía para él explicación.

Volvió á insistir.

—Tú me ocultas algo grave.

—Repito que no, á vuestra merced.

—Hablemos por vez primera con claridad,—prosiguió animando á don Luis;—no como padre é hijo, sino como dos hombres, puesto que ya lo eres, y hasta si quieres, como dos amigos.

El preámbulo, el exordio del discurso del Corregidor causó la mayor extrañeza á don Luis. Era tan nuevo, tan inusitado este lenguaje por aquel entonces, y más aún por parte de Manrique de Lerma, que sintió vacilar su aparente serenidad y estudiada sangre fría.

—Como gusteis,—murmuró.

—No han de ser siempre los hijos menores de edad para sus padres; ocasiones hay en que deben salvarse, ó al menos acortarse, las distancias... ¿Amas aún á la sobrina de Valdespinar?

Don Luis fué esta vez quien no tuvo valor bastante para alzar su frente.

—¡Oh! ¡La amas!... ¡la amas!... Tu silencio, el carmín de tus mejillas te delatan.

—¡Padre!...—exclamó el doctor salmantino cayendo á los pies del Corregidor.

Éste, dando un fuerte golpe sobre el brazo derecho del sillón en que estaba sentado, pronunció con energía estas palabras:

—¡Desobediente, y embustero!

Palabras que por el momento dejaron anonadado al que iban dirigidas.

—Desobediente, sí; embustero, no...—respondió al fin don Luis algún tanto repuesto.—Desobediente, porque ya que lo queréis así, debo deciros que al corazón no se manda ni se domina tan fácilmente... He intentado desarraigar esta pasión al saber que no os agradaba, y, sin embargo...

—Es decir...

—No debo mentiros; amo á María.

—Desgraciado... ¿Y ella?

—Ella no me corresponde; quiere á otro.

—¿A otro con preferencia á tí?—se le escapó decir al padre demostrando lo mucho que esto mortificaba su vanidad.

—Desdeñándome á mí.

—¡Oh! Eso ya pasa de raya; eso ya es otra cosa... Yo te prohibí esa inclinación, para que la vencieses, no para que te humillasen... ¿Porque ella sabrá que la has hecho la honra de mirarla con interés?

—Debe saberlo; yo al menos se lo he demostrado millares de veces.

—¿Y no obstante?...

—De María no tengo queja, señor.

—¿Pues de quién?

—De sus tíos, y muy particularmente de doña Leonor, á quien atribuyo cuanto á la joven sucede.

—¿Pues qué pasa á la hija de esos émulos irreconciliables y pertinaces de los amigos de nuestro excelso monarca Carlos I?

El padre y el hijo, al pronunciar el nombre del rey, se descubrieron con respeto.

—¡Oh, padre! ¿Queréis que sea franco con vos?

—Así lo deseo y lo exijo de tí.

—Pues bien; temo que María es víctima de un propósito deliberado de parte de sus tíos para casarla.

—¿Crées que les estorba?

—Creo que los marqueses la tienden un lazo con el fin de hacerla mujer de un hombre indigno.

—¡Eso más!

—De un artista pobre y miserable, á cuyo estudio la han llevado.

—¡Oh! Eso es inicuo.

—Y de cuyo catolicismo no estoy muy seguro.

—¿Se atreverían á tanto?

—Hay en todo ello un misterio que no adivino... Un hombre á quien no conocía, y que vive en la misma casa que el artista, me ha brindado con su protección y la he aceptado, como vos mismo la aceptásteis anoche para vengar agravios que desconozco del padre de María.

—¡Qué escucho!... ¿Luego confiesas?...—exclamó don Juan sorprendido.

—Sí, lo confieso todo; y vos, padre, debéis confesarlo también. Fuésemos ó no víctimas de una ilusión, lo evidente es que lo ocurrido anoche traspasa los límites de toda ponderación. Yo fuí al edificio donde vos llamásteis.

—¿En el Atochal?...

—Citado por la persona á quien me refiero.

—Sorprendí esa cita.

—¿Y por ello me seguísteis?

—Así fué, en efecto.

—¿Luego tampoco negáis eso?

—A esto debíamos venir á parar.

—Transijamos.

—Convenido.

—Pues bien; debo decíroslo todo. El dueño de aquel extraño edificio es un judío.

—¡Judío!

—Sí; pero judío bautizado como vos y yo. Sabio médico, hábil en el conocimiento de las ciencias ocultas, y que odia á los Valdespinar porque uno de éllos estuvo casado con una hija suya que se hizo cristiana, y otro le libró del suplicio... Vive ostensiblemente en una casa junto al Arco de Santa María, en cuyo primer piso habita en calidad de huésped mi rival.

—¿Y allí le has conocido?

—Por casualidad; es la persona cuyo auxilio he aceptado, y de ello no estoy arrepentido.

—¿Para?...

—Vencer á mi contrario.

Todas estas noticias, que aun no siendo nuevas para nosotros hemos tenido necesidad de repetir, hicieron comprender á don Juan que su hijo había dado con un medio magnífico para conseguir sus deseos, y que él no debía tampoco despreciar.

—Y ese hombre, ¿me aseguras?...

—Que es astuto y poderoso.

Las distancias se habían acortado; identificados el padre y el hijo, se entendian perfectamente.

Y concluyeron por convenirse en aquella conferencia que tan expuesta, tan peligrosa y arriesgada había sido para don Luis.

Y aunque don Juan no reveló por entonces á su hijo las causas de su odio á Sánchez de Cepeda, dióle á entender que con tal de lograr mortificarles accedería á todo, si él se comprometía á respetar á la muchacha y á no casarse con élla hasta que él lo autorizase.

A la juventud poco escrupulosa no la cuesta nunca trabajo prometer, y el mancebo no tuvo inconveniente en ofrecer al autor de sus días cuanto éste quiso exigirle.

Se mentían, se engañaban mutua y recíprocamente.

Había que caminar, que proceder con cierta prisa.

El mes de Agosto tocaba á su término; el 8 de Septiembre se venía encima.

Y el judaizante, que para los Manrique de Lerma pasaba por un elemento utilísimo de que podían deshacerse cuando les conviniera, no se durmió sobre sus laureles, como decirse suele.

Es preciso no echar en olvido la situación de España en aquella época, en aquellos tiempos.

Entre las tres grandes razas que poblaban la Península, la cristiana, la árabe y la judía, las dos primeras eran dignas de admiración por su denuedo, por su valor, por su heroismo; ambas debatían con las armas en la mano sus derechos, mientras que los judíos vivían á costa de la rapacidad y la codicia, lo mismo de los cristianos que de los moros.

Y ésto contribuía á pervertir, á relajar las costumbres, y á que hubiese desconfianzas y recelos, y á que nadie pudiera tener seguridad en otro cuando la apostasía y la mentira eran patrimonio común y medio insidioso de vengar agravios ó de obtener pingües ganancias.

Nada de cuanto dejamos dicho se comprenderá fácilmente sin conocer la historia de aquellos tiempos, y conocerla á fondo.

Mientras don Juan y su hijo necesitasen de Natam Gutiérrez, se servirían de él sin escrúpulos; ínterin al judío sirvieran el Corregidor y el auxiliar secreto de la Santa Inquisición, no se desprendería de éllos.

Les unía el interés mutuo, y ese interés mante-

nía entonces lazos, amistades y hasta parentescos inconcebibles, á no verlos confirmados de una manera tan notoria y tan palmaria, que no cabe ponerlos en tela de juicio ni desmentirlos.

Los moriscos y judaizantes eran amenaza constante, peligro inminente contra el sosiego y la tranquilidad de la nación.

No reconociendo principio de autoridad y leal sumisión.

Constituyendo pueblos diversos enclavados en el seno y el corazón mismo de la patria, la hacían una guerra sorda, latente y terrible.

Pero ésto no era obstáculo para que no se les respetase.

Se diferenciaban en su idioma, en sus trajes, en sus costumbres; es decir, en cuanto constituye los rasgos característicos y más esenciales de la *unidad* [1], y aun cuando aparentaran profesar la religión verdadera, profesaban, según dejamos dicho, en secreto, el culto de sus mayores.

Y á pesar de esto, nada fué suficiente para acabar con los mudéjares ni con los judíos en España.

¿Por qué?

Pues por amalgamas, por convenios como el que nosotros acentuamos aquí entre Natam Gutiérrez, judaizante, y nada menos que el Corregidor de la villa de Madrid y un auxiliar del Santo Oficio.

Convenios y amalgamas monstruosas, infaman-

[1] Era ley del Reino desde el Concilio VI de Toledo.

tes, absurdas; pero de las cuales la tradición y la historia nos ofrecen muchas, muchísimas en aquel entonces.

¿Qué fuerza no tendrían en el curso de los acontecimientos más sencillos, más íntimos y particulares aquellos tres seres que, debiendo repelerse, ciegos y fánaticos se unían y entendían sin embargo?

¿Dijo don Luis á su padre, que Natam era judaizante?

No tuvo necesidad de ello; y en todo caso, ya pudo ver por sus propios ojos que era un embaucador y un embustero.

Y en vez de perseguirle, padre é hijo le hicieron capa, sin escrúpulos ni reparo alguno.

Y suscribieron á cuanto les ordenó que hiciesen, éllos, que tenían una posición oficial importante y un merecido crédito.

—Vuestras mercedes me favorecen por ahora, y yo les ofrezco que alcanzarán sus propósitos,— les dijo Natam.

Y los Manrique de Lerma no tuvieron inconveniente en acceder á todo y en pasar por todo.

—¡Imbéciles!—murmuraba el judío cuando les veía dóciles y sumisos, pensando en lo que los dos, al parecer seducidos y engañados, reflexionaban y se decían particularmente.

Los estímulos de la maldad son poderosos, y discurriendo mal los tres, fueron preparando el te-

rreno para que nada bastase á contrarrestar su obra satánica, infernal, malvada y criminal.

¡Cuánto debe alarmarnos lo que sucede hoy en España, ante el recuerdo y el espectáculo de lo que sucedía entonces!

No había *patria*, porque no había *unidad* de sentimientos y de creencias religiosas; no había *patria*, porque no había *unidad de costumbres*, ni *unidad en nada*.

Hoy se aspira á *dividir* por cuantos ansían *destruir;* y el medio para conseguirlo, es restablecer las cosas al estado que tenían en el siglo XVI.

No se quiere ni pretende lo mismo, es verdad; pero se sabe que, destruída la unidad política y religiosa, no hay nacionalidad posible, y por eso los tiros todos se dirigen contra lo que tanto costó conseguir, contra lo que tanto costó alcanzar.

La preciosa herencia de nuestros padres, la unidad religiosa y política, es un obstáculo para muchas ambiciones; á destruirla se tiende, á acabar con ella vamos.

¿Qué podemos prometernos?

¿Qué podemos esperar?

¿Qué sucederá cuando por completo se haya alcanzado?

El judaizante, siempre dirigiendo la intriga, el asunto que tanto interesaba á él como á los Manrique de Lerma, se estableció de un modo definitivo en la habitación superior á la que ocupaba

Hispaleto, y se dió á cultivar de un modo tan íntimo, tan estrecho la amistad de doña Catalina Carvajal, que en pocos días ganó por entero su voluntad, lo cual ya hemos visto que no era difícil.

Y no fué ésta solamente, sino que, hipócrita y solapado, llegó hasta contraer alguna relación con el artista, alabando sus trabajos y hasta ofreciéndose á comprarle algunos cuadros en el caso de que lo necesitase.

—A todo me dedico, á todo me consagro;—le había dicho.

Y añadir pudo, sin faltar á la verdad:

A todo lo malo.

¡Qué ser! ¡Qué tipo tan odioso!

Tanto más terrible, cuanto que sabía no parecerlo cuando le convenía.

Desgraciadamente, el judío no era una excepción en el mundo, y aun cuando recarguemos las tintas, nunca llegaremos á dar exactitud completa al retrato.

Como él conocemos, no diremos que á muchos, por fortuna; pero sí á algunos, á quienes casi casi pudiéramos designar, como vulgarmente se dice, con el dedo.

Fijáos un poco en lo que decimos, y os pasará igual, os pasará lo mismo á vosotros.

Y eso que los que así son huyen de quien llegan á sospechar que los han conocido, ó pueden llegar á conocerles.

Los hipócritas, á quienes, según tenemos dicho,

flageló Jesucristo con su acostumbrada elocuencia, hacen en el mundo el papel más odioso y repulsivo; pero no por ello dejan de tener quienes de ellos se sirvan, en determinados casos, como los Manrique de Lerma se servían del israelita.

Su procedimiento, su sistema, ha sido, es y será siempre el mismo.

Con capa de dulzura y humildad penetran allí donde les conviene y hallan campo seguro que cosechar.

Se presentan gazmoños.

Van infiltrándose é ingiriéndose en la voluntad, como de quien no se sospecha riesgo ni peligro alguno.

A todo suscriben.

Todo lo elogian, lo encuentran bueno y lo aplauden sin reserva.

¡Cuánto se esmeran en parecer inofensivos!

Se ofrecen incondicionalmente; aparentan excusarse luego que saben que no molestan; hacen, si es preciso, algún servicio manual y mecánico.

No quieren saber nada, y lo escuchan todo; á todo aparentan avenirse con la mayor candidez, y por el solo placer de ser útiles y provechosos.

Víboras de la peor familia, de la peor casta; desenmascararos será siempre obra meritoria y digna del más grande elogio.

Dad á esta clase de hombres títulos, preeminencias, cargos oficiales, y acaso los desdeñen; les es por lo común más productiva la medianía. Pero si

por ventura los aceptan, no son en ellos ménos temibles y perjudiciales.

¡Cuánto pudiéramos escribir sobre esto!

El israelita, tratando á la Carvajal y á Hispaleto, llegó á saber muchas cosas que le interesaba saber, y apoderándose de su confianza pudo venderles más segura y fácilmente.

Ideó un recurso, infame como suyo, y sólo comunicó de él á sus amigos lo que hacía al caso.

El Corregidor y el auxiliar de la Santa le creyeron esta vez, é hicieron cuanto les ordenó el judaizante.

Estamos, pues; hemos llegado al 8 de Setiembre de 1529, aniversario de las bodas de don Enrique y doña Leonor, marqueses de las Cuevas.

Nuestros lectores no habrán olvidado lo que Hispaleto hizo aquella mañana á ruegos de María.

¡De cuán poco le sirvió!

Fué bueno, y á seguida le acometieron fundadísimos arrepentimientos por haberlo sido.

Obró como amante puro y leal; como buen católico, y á luego se operó en él una reacción violenta, terrible, de que nos ocuparemos más adelante.

Refiramos, para concluir este número y con él lo que pudiéramos llamar primera parte de nuestra producción, lo que aquella mañana aconteció al artista.

Tranquilo, esperanzado, feliz, lleno de ilusiones, de planes de regeneración y de enmienda, Hispaleto llegó á su casa.

Doña Catalina no había vuelto aún de la Iglesia, ó de sus ocupaciones.

Sirviéndose de un picaporte que solía la Carvajar dejar al judío y que pidió á éste, penetró en su cuarto, y esperó que el marqués enviase por su cuadro.

Llamaron á la puerta, salió, abrió, y se quedó sorprendido.

Digamos lo que causó su asombro.

Un delegado pesquisador, un notario de secuestros, varios alguaciles y el hombre del medio antifaz eran los que llamaban.

Todos agentes de la Inquisición; servidores todos del Santo Oficio.

—Sin duda se equivocan vuestras mercedes,— dijo.

Y esperó con ansiedad la respuesta; que aquella gente hablase.

—¿Vive aquí Juan Hispaleto?— preguntó el delegado, vestido como todos completamente de negro.

—Yo soy,— contestó el artista perdiendo el color.

—Dejadnos la puerta franca.

—No hay en ello inconveniente,—prosiguió el pintor; y todas aquellas gentes penetraron en la habitación.

—¿Vuestro aposento?

—Venid por aquí,—dijo, ya relativamente tranquilo el joven, á quien nada le remordía su conciencia, por más que lo que sucedía le pareciera extraño y hasta le disgustase instintivamente.

No parecieron dudar ni el notario ni los corchetes, y como quien sabe de antemano lo que ha de hacer, se dirigieron á la pequeña librería de Hispaleto.

—¿Son éstos vuestros libros?—preguntó el notario.

—Míos son; de arte tratan casi todos; podéis verlos sin dificultad alguna.

—¿No tenéis ninguno prohibido?—insistió el notario.

—Ninguno tengo.

Pasó un corto intervalo, y uno de los alguaciles exclamó, mostrando un volumen encuadernado en pergamino:

—Este joven miente.

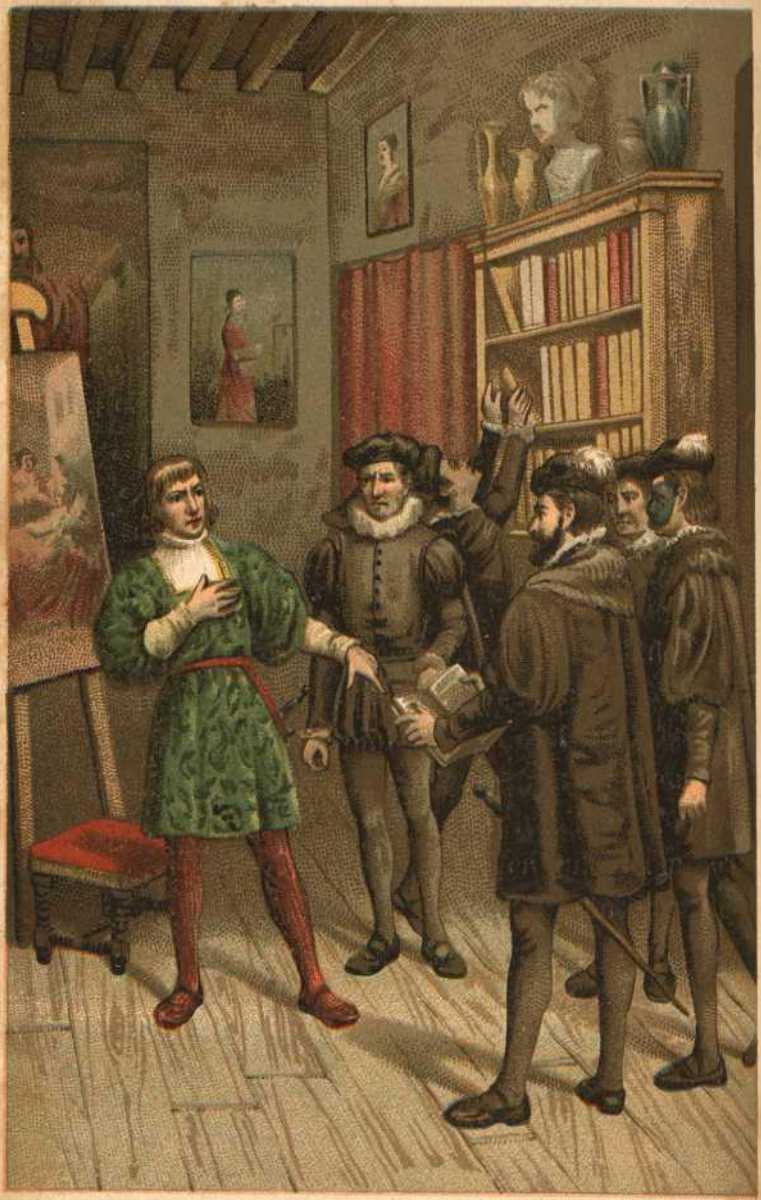
El artista se contuvo con dificultad.

—Véalo su señoría;—dijo entonces el notario al delegado pesquisador, mostrándole el volumen que el alguacil le había dado.

—Eso es lo que buscamos;—dijeron varios.

—¡De Lutero!—exclamó el delegado, luego que hubo reconocido la obra que se le presentaba.

—Esa obra no es mía, os lo juro;—dijo con viveza Hispaleto.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 6, Madrid

Daos por detenido

—Vuestra ó no, no podréis negar que se ha encontrado en donde habéis negado que existía.

—Os aseguro...—murmuró todo aturdido y confuso el artista.

Á pesar de lo cual, el delegado dijo con solemne acento:

—Dáos por detenido, en nombre del Santo Oficio.

Menester es conocer lo que en el año 1529 significaba y valía la institución que aquel hombre que la representaba, vestido de negro y cuyas insignias mostraba, para calcular el efecto de sus palabras.

El pintor se sintió anonadado.

Uno de los alguaciles le quitó la espada que tenía pendiente del cinto, sin que el artista opusiera la menor resistencia.

—Todo queda embargado;—dijo el notario de los secuestros.

—Menos ese cuadro,—replicó Hispaleto señalando el del Santo Viático.

—Ese cuadro no me le quisísteis vender á ningún precio, y ahora será mío;—le atajó diciendo el del antifaz.

El pintor sintió entonces no tener á mano su espada.

—¡Miserable!—gritó.

—Vuestro delator es ese,—dijo el delegado pesquisador; y añadió, dirigiéndose al encubierto:—descubríos.

El que había hablado obedeció y se quitó el antifaz.

—No le conozco,—prosiguió Hispaleto.

—Me llamo don Luis Manrique de Lerma.

—¿Juráis haber dicho verdad?—añadió el delegado.

—Juro.

No hacía falta más.

¿Quién había puesto aquel libro entre los que tenía el pintor?

¿Lo llevaban á prevención sus perseguidores?

¿Lo colocó Natam Gutiérrez furtiva y villanamente?

—Ya lo oís, joven; no es lo que oís una delación secreta y falsa; ahí tenéis al que la ha dado contra vos... Responderéis á los cargos que se os hagan... Vosotros cumplid vuestra obligación.

Y dicho esto, los alguaciles ataron las manos al artista y le hicieron salir de su habitación, mientras el notario de los secuestros cumplía su misión y varios dependientes iban liando efectos para llevárselos fuera de allí.

Don Luis marcó los que le pertenecían como delator, ó sea la tercera parte, y entre ellos el cuadro del Santo Viático.

Cuando Hispaleto salía del cuarto, doña Catalina regresaba de la calle, subía la escalera, y al ver abierta la puerta y gente de justicia en su habitación, gritó:

—¿Qué es esto? ¿qué sucede?

—Me llevan detenido,—la dijo don Juan.—Entregad mi obra, si vienen por ella, al marqués de las Cuevas... Es suya; se la debo... Y decidle lo que me impide aceptar su generoso ofrecimiento.

Hispaleto no volvió á proferir palabra y se dejó conducir á las prisiones.

Ocasión oportuna podía ser ésta para que dijésemos algo acerca de la institución del Santo Oficio.

Los sucesos se nos imponen; la necesidad de dar comienzo á la historia de *Teresa de Jesús* nos lo veda.

Sólo anticiparemos, que cuando la Europa entera ardía en discordias y en revoluciones sangrientas y se abrasaban los pueblos en la llama encendida en mal hora por Calvino y por Lutero, aquí se mantuvo algo la paz y el sosiego, merced á los servicios de la Inquisición, á quien es preciso estudiar más detenidamente que la estudian los que la combaten; y nosotros mismos, confesarlo debemos, no siempre hemos procedido con justicia en este punto, arrastrados por la opinión vulgar y el espíritu de rutina, que siempre es esto más cómodo que descender á apreciar por sí mismo lo que los demás dan por exacto y cierto.

Momento llegará en que nos rectifiquemos en parte de lo que en otras ocasiones hemos consignado y publicado acerca de este particular, que al

presente hemos podido apreciar con más exactitud [1].

No bien hubieron salido los agentes de la autoridad, el hombre de la media máscara, que, como hemos visto, era el mismo don Luis Manrique de Lerma, ordenó á los criados que llevaba consigo que cogiesen el cuadro del Santo Viático, y á pesar de las protestas, de los dicterios de la Carvajal, se lo llevaron, así como los demás objetos de la propiedad del artista.

Natam Gutiérrez, aparentando sorpresa y desconocimiento de cuanto sucedía, trató de consolar á la viuda, y lo hubiera conseguido, si una media hora después no hubiesen venido por el cuadro de parte del marqués.

—Se lo han llevado.

—¿Quién?—preguntó el fiel servidor de los Valdespinar, el mayordomo Gonzalo que acompañaba á dos criados de la casa de su amo para recoger la obra del artista.

—¡Á él... á él!...

—No os comprendo.

—Sí, á él... Y también la producción mejor de sus pinceles.

—¡El cuadro de mi amo!

—El mismo. ¡Ah!... ¡Y acaso tengo yo la culpa de todo!... Yo, que he dejado entrar á ese malvado...

---

1 En la obra de nuestro querido tío, Sr. García Rodrigo, que antes hemos citado.

Y doña Catalina se retorcía las manos, y se daba de cabezadas, mientras el judaizante se recreaba en su triunfo, y Gonzalo no se atrevía á dar crédito á lo que pasaba en aquella casa, cuyos vecinos habían acudido atraídos por la curiosidad, y comentaban cada cual á su manera lo sucedido.

Por ahora, en lo que hace á la leyenda, hemos dicho bastante.

LIBRO CUARTO

NIÑEZ DE LA SANTA

I.

La velada cristiana.

Se sentían ya los grandes y secos fríos del invierno, y la nobilísima ciudad de Ávila aparecía desierta.

Estrechada, reducida por sus elevadas y fortísimas murallas, reconstruídas de 1090 á 1099 por encargo de don Alonso VI dado á su yerno el conde don Ramón, esposo de doña Urraca, bajo la dirección de los maestros Casandro y Florián de Pituenga, utilizando los restos de las que fueron un día obra de fenicios, de romanos y musulmanes, Ávila era entonces, y es aún, á pesar del cambio de los tiempos, una de las poblaciones que conservan más carácter y sabor de antigüedad que nosotros hemos visitado.

Nada turbaba la quietud y el silencio de sus empinadas y tortuosas calles.

Nada la paz y el sosiego de sus honrados moradores, más místicos, más religiosos y más callados que nunca en la época en que tuvieron lugar los hechos que comenzamos á relatar.

Que hora era de suspender el curso de la parte novelesca y legendaria de esta historia, para entrar de lleno en su objeto principal.

Es decir: en la vida de TERESA.

Asunto por sí sólo «capaz y susceptible de una composición perfectamente artística,» como nos decía en carta autógrafa, que conservamos como documento de gran valía, un prelado insigne [1], mártir de su deber [2], y «en la que se pueden muy bien observar con toda exactitud las condiciones de unidad, uniformidad, desarrollo no interrumpido, interés siempre creciente y abundancia de accidentes y detalles que la embellezcan y exciten cada vez más la atención del lector... Pues,—añadía,—aunque se inventara, no podría darse cosa mejor dispuesta ni más ajustada en sus proporciones.»

Y decía verdad en esto el Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, Obispo entonces de Salamanca, con cuya amistad nos honrábamos.

«La dificultad está en acertar con el sentido é interpretación que hallamos de dar á esa admira-

---

1 En 25 de Junio de 1882, fechada en Alba de Tormes.

2 Siendo primer Obispo de Madrid-Alcalá.

ble existencia, tema al parecer agotado,—nos escribía otro insigne autor católico [1],—y que además no se presta fácilmente á las creaciones de la imaginación, que habrán de buscarse en episodios enlazados con la acción principal, recurso que es casi imposible hallar en una historia cuasi contemporánea, puesto que todavía existen parientes de tan ilustre heroina y de los personajes de su época, á quienes apenas si se pueden revestir con los encantos y los atractivos de la antigüedad.»

Lo intentaremos, sin embargo, ya que á tanto nos hemos comprometido.

Es de todas suertes altamente consolador que, en medio del extravío y la torcida dirección literaria de nuestros días, haya sido motivo bastante el colocar al frente de las páginas de esta obra el nombre augusto de

TERESA DE JESÚS,

para que esta humilde producción nuestra se abra paso, y se reciba con tal aceptación y con tan lisonjero éxito, que, si á mucho nos obliga, también nos alienta y fortifica en alto grado para seguir escribiendo, para no decaer un punto en nuestra fe y nuestro entusiasmo.

---

1 Nuestro queridísimo tío, el Excmo. Sr. D. Francisco Javier G. Rodrigo, antes citado.

Que notoria y evidente es, y no podrá desmentirla nadie, la *popularidad* de estos libros nuestros, pobres y deficientes como son, pero grandes por su fin, grandes por su tendencia, no sólo católica, sino eminentemente nacional y civilizadora.

Repasad, repasad los libros de suscripción de *La Madre de Jesús*, de *María Magdalena* y los de esta producción, y os convenceréis que no es vanidad de autor la que nos mueve á intercalar aquí este paréntesis.

Pues si acaso, y sin acaso, no hallárais en esos libros muchos nombres conocidos; en cambio encontraríais numerosos de *hijos del pueblo*, de excelentes esposas y ejemplarísimas madres é hijas de familia, que esperan ávidas los cuadernos conforme los vamos improvisando con trabajoso esfuerzo, para leerlos al amor del hogar ó del prosaico brasero.

Nosotros enviamos á los que así nos favorecen el homenaje de la gratitud más sincera.

Porque esto nos congratula en tan alto grado, que pedir perdon debemos á los que á pedantería pudieran achacar esta espontaneidad.

Debémosla grande y sincera á los que de este modo nos honran, no por lo que valemos. sino por lo que, para darles gusto, nos lleva y conduce de un trabajo á otro sin tregua ni reposo alguno.

El verdadero amor al pueblo, á las clases que aún sienten y creen, sin por eso renegar de nada legítimo y grande de cuanto á nuestro siglo ha de

dar fama imperecedera, merecidísima, y nosotros como hijos suyos no hemos de cercenarle, parécenos que consiste en procurar mantener y avivar en ellas cuanto es digno de respeto y aplauso.

No tenemos aspiración á otra cosa que á hacernos simpáticos á esas clases humildes á quienes otros extravían sin escrúpulos y sin conciencia, acrecentando con ello los graves peligros que nos cercan y que patrióticamente estamos todos en el deber de combatir y alejar.

Ahora, pues; ahora que vamos á entrar en la vida de la *Santa;*

Ahora que, suspendiendo los complicados hilos de una trama que esperamos contribuya á mantener el interés y la curiosidad profana del asunto mismo que en el orden religioso de manera tan expresiva ha sido aceptado;

Ahora como nunca nos cumplía consignar las causas, los motivos y las esperanzas con que emprendemos lo que á algunos ha parecido empresa por de más atrevida y arriesgada, y á la cual, no obstante, bondadosos, nos han empujado.

¡Reproducir la historia de un ser, de una criatura excepcional, admirable, sublime en el sentido de la santidad y de la gracia!

¡Hacer hoy una nueva apología del misticismo en una de sus más altas y augustas representaciones!

¡Escribir como libro de grato recreo y poético

pasatiempo la historia de una mujer que se encerró en el claustro á una edad en la cual, nobleza, bienestar y hermosura la lisonjeaban, y atraer debían con preferencia á la mortificación y al sacrificio!

¡Lanzar á la hora presente á los vientos de la publicidad la más grande antítesis del materialismo grosero que impera por doquier!

Y osar que se acepten, que se crean las excelsitudes, los prodigios y los milagros que el poder de Dios obró por mediación de *Teresa!*

¡Oh! Esto es demasiado.

Pues bien; eso que os asombra y extraña; eso que os parece increible, es lo que vamos á intentar hacer, á pesar de nuestras débiles fuerzas.

Y lo vamos á hacer en la plena seguridad de un éxito asegurado de antemano, y á despecho del pesimismo y de los recelos, cuando no de las escépticas y burlonas sonrisas de los incrédulos, por quienes lejos de sentir odio ni desdén, lástima y compasión sentimos.

El camino está franco y nos le abren, no nuestros talentos, que ninguno tenemos, sino la bondad de Dios en primer término, y luego eso en que no creéis vosotros, ó no queréis creer; eso que os parece difícil y aventurado en un sentido diferente de lo que parecía á otros á quienes nos hemos referido antes.

¡Ah! Es que en medio de mucho malo aún hay muchísimo bueno en el mundo, y principalmente en nuestra querida España, país privilegiado en

materias de creencia y de fe, para el cual escribimos y continuaremos escribiendo mientras nos sintamos con fuerzas y alientos suficientes, y hallemos quien apadrine esta clase de producciones que se salen de los cauces más comunes y ordinarios.

Era aún la hora primera de la noche.

Y en el amplio comedor de una casa antigua y solariega, contigua á las murallas de la ciudad por la parte del Mediodía, y que posteriormente perteneció á los moros, y éstos abandonaron por motivo de su expulsión en tiempos de D. Felipe III, se hallaban reunidas varias personas, cuyo conocimiento nos importa en alto grado.

Un enorme velón de bronce con los cuatro mecheros encendidos y colocado en el centro de una mesa de nogal cubierta con tapete de terciopelo carmesí, sujeto con gruesos clavos dorados, iluminaba la estancia.

Sentado en sillón de vaqueta con alto respaldar tallado, y junto á la chimenea, provista de gruesos leños encendidos, había un caballero de nobilísimo, severo y respetable continente.

Hombre de rostro afable, franco y expresivo; de mirada dulce y cariñosa.

Enfrente de él ocupaba silla de forma salomónica una dama «de grandísima honestidad» y de «hermosura harta,» y cuyo traje, á pesar de su juventud, era «como de persona de avanzada edad.»

Revelábanse en el hábito exterior, en el porte del

señor de aquella vivienda, las dotes que le caracterizaban; y en los de la esposa, que tenía enfrente de sí sentada, las virtudes que la adornaban; mostrando ambos á las claras ser tipos perfectos.

Él, de bueno y cariñosísimo padre de familia.

Y *élla*, de la mujer honesta, dulce y callada que ensalza el Evangelio en sus divinas páginas.

En derredor de la mesa ocupa lugar preferente una niña de rostro agraciado y modales distinguidos; otra blanca y sonrosada, y varios muchachos más de no muy diversa edad, en quienes tienen fijas sus cariñosas miradas de paternal solicitud el caballero y la dama.

De pie, ó sentados junto á los más pequeños, hay varios sirvientes de uno y otro sexo, á quienes lisonjea en extremo la distinción que se les dispensa tomando parte en aquella velada.

Todos esperan, todos aguardan con impaciencia el comienzo de la piadosa ocupación que allí les congrega, como acostumbrados á sacar fruto de los ejercicios de la noche, de ordinario cristianamente empleada.

Unía á todos los allí presentes, sin que por ello dejase de ocupar cada cual el puesto que le correspondía, el vínculo santo y nivelador de la doctrina católica, única que, á despecho de los utópicos delirios de ciertas escuelas modernas, hacer puede que se reverencien y estimen sin confundirse, amos y criados, nobles y pecheros, artistas y menestrales.

Al suave y templado calor de aquel fuego;

A la luz de aquellos mecheros cubiertos con pantallas movibles,

Se reunían de igual suerte todos los días del año, y antes de la colación ó cena, aquellas personas, entre las cuales se contaba la *protagonista* de este libro, TERESA, que más tarde se llamó en el claustro DE JESÚS, con cuyo nombre la designamos y seguiremos designándola.

Niña á la sazón de seis á siete años.

Futura maravilla de su siglo; admiración del orbe cristiano.

Y cuenta que no por esto que decimos, esa niña fuése un ente imaginario, ni una creación caprichosa y fantástica, el *ser* llamado á resaltar en primer término en los cuadros tranquilos y edificantes que vamos á trazar con tosco pincel y pálidos colores, en horas robadas al descanso: no.

Alma apasionada; corazón encendido; imaginación viva y exuberante:

Criatura privilegiada, sí; pero real y corporal á la vez:

Que se nos ofrece y presenta con fisonomía propia:

Que se nos da á conocer por concepciones admirables, por obras portentosas é instituciones benéficas:

Por revelaciones, por actos, misterios, confidencias y prodigios innegables,

TERESA DE JESÚS fué un conjunto *excepcional;* ex-

plicable, empero, como obra de *Aquél* que todo lo puede y todo lo da en recompensa de extraordinarios merecimientos, á que todos, con perseverancia y buena voluntad podemos aspirar, siquiera sea en menor grado.

Apresurarnos debemos á consignarlo.

Intentamos presentar á una generación «que apetece la realidad de las cosas,» un tipo *verdad*; un tipo perfectamente humano, no obstante hallarse enriquecido con los dones, con las prerrogativas de lo *sobrenatural*; siendo en sí y por sí una prueba innegable de lo que á los espíritus fuertes de nuestro siglo parece que se resiste.

Gustan ahora, se nos dirá por algunos, esas concepciones del genio, esos ensueños de la mente, en cuya pintura el arte y el talento lo hacen todo.

Se desdeña, proseguirán diciendo, lo que no es producto de la virtud y el heroismo cristiano.

Conmueve, cautiva é interesa más que la *verdad*, la *ficción* y el *engaño*.

Ya lo sabemos.

No hay obstáculo ni inconveniente alguno en identificarse, si es preciso, con los delirios, con los caprichos y hasta con las extravagancias de un autor.

Y la historia, esa gran maestra de los siglos, como la llamaba Cicerón, nos presenta en diversos sentidos, reunido en una sola personalidad, cuanto cabe idear de más grande y sublime, de más bello

y conmovedor, de más poético é interesante; y hay muchos, muchísimos, capaces de contradecirlo.

Pues adelante, y siempre adelante.

Y cuanto decimos, sucede más aún que en concepto y sentido alguno, en el terreno de la *religión*, cuyos horizontes no tienen límite, cuya extensión y grandeza no será dable abarcar nunca en toda su magnitud.

Pues valor, que todo ello en suma no nos importa nada.

Entre los que se hallaban en el comedor de la casa solariega de la ciudad de Ávila, la noche en que comienza este libro, hemos dicho que llamaba poderosamente y atraía la atención, una niña encantadora, de seis á siete años, «de rostro lleno y ovalado; de fina y blanca tez; de ojos vivos y penetrantes; de pelo negro y sedoso; de cejas espesas y arqueadas, tersa frente, nariz pequeña, boca graciosísima y manos primorosamente modeladas.»

Y su nombre era *Teresa*.

Nombre dulcísimo y cadencioso de pronunciar en nuestro riquísimo idioma castellano.

El libro que la niña tenía delante estaba encuadernado en pergamino, y no parecía que Teresa esperase otra cosa que una orden de sus padres para abrirlo.

El tañido de la campana de una Iglesia próxima hizo que el más caracterizado de los circunstantes se alzase de su asiento, y descubriéndose respetuo-

samente, pronunciase esta sublime invocación, despues de persignarse:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y lo dicho por él lo repitieron devotamente los demás allí reunidos.

El dueño de la casa, que era el que se había alzado, prosiguió:

—El ángel del Señor anunció á María, y la Señora concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Y añadió:

—Dios te salve, María.

Y siguiéndole todos, dijeron al unísono:

—Llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres, María, entre todas la mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

—Yo soy esclavo del Señor,—volvió á decir el caballero;—hágase en mí según tu voluntad.

—Y los demás añadieron:

—Santa María, Madre de Dios, rogad por nosotros, pobres pecadores, ahora y siempre, y á la hora de nuestra muerte.

—El verbo se encarnó y habitó entre nosotros

—Dios te salve, María.

—Amén.

—Amén.

¡Qué hermoso es todo esto, y cuán olvidado está hoy!

El noble castellano, después de la plegaria, se

sentó, y los que en la sala estaban le imitaron, santiguándose al verificarlo pausada y lentamente.

Siguió una breve pausa, como si aún meditasen los más en la oración que acababan de pronunciar, y á poco, el jefe de la familia, dirigiéndose á la niña que tenía el libro de las tapas de pergamino, la dijo:

—Teresa, hija mia; lee, como tú sola sabes hacerlo, el santo del día.

La preciosa criatura abrió gozosa el libro.

Todos parecieron pendientes de sus labios y cada cual tomó la postura que le pareció más adecuada, para no perder ni una sola sílaba de lo que la niña leyera.

Era el 10 de Diciembre, y tocaba el turno en el *Santoral español* á una esclarecida mártir de la Iglesia; á una heroina ilustre en los fastos piadosos de la historia patria.

No hemos de reproducir en esta obra el panegírico de Santa Eulalia, virgen y mártir, nacida á fines del siglo III en la ciudad de Mérida, hija de una noble y piadosísima familia lusitana, y á quien la Iglesia conmemora y solemniza entusiasmada en el día que dejamos indicado.

Conocerán muchos de los que nos lean las singularísimas prendas que adornaban á Eulalia, y su deseo vivísimo y constante de recibir el martirio desde los más tiernos años de su vida.

Durante las primeras páginas de aquella intere-

santísima historia, la infantil lectora, de precoz inteligencia, acomodó su entonación, moduló su voz con sosiego y tranquilidad.

Mas al llegar al momento en que la célebre Eulalia, de acuerdo con una muy grande amiga suya llamada Julia, abandonó secretamente la casa de sus padres, y ambas hicieron una penosa travesía por senderos ocultos y pedregosos para presentarse al tirano, confesarse hijas de Jesucristo, enemigas de los dioses y sufrir el martirio, Teresa no pudo ocultar su emoción, y agolpándose las lágrimas á sus hermosos ojos, exclamó:

—¡Oh! ¡Cuán bella industria! ¡Qué proceder tan digno de ser imitado! ¡Esto es admirable, elocuente, sublime y conmovedor!

Cuantos oían admiraron las palabras de la tierna lectora, y sus padres fijaron en ella sus miradas con visible inquietud.

—Prosigue, hija mía,—dijo después de un breve rato el caballero, como si quisiera ahuyentar de su cerebro los temores que le asaltaron.

Y la niña continuó leyendo los pormenores escrupulosamente recogidos y encomiados por el célebre poeta Prudencio, acerca del martirio de Santa Eulalia, causando profunda sensación en cuantos de aquella boca infantil les escuchaban.

Lo cual consistió, y se explica perfectamente, dado el modo con que la lectora, apenas abierta su inteligencia á los preludios de la razón, supo acentuarlos, marcando los pasajes más terribles del

formidable relato con una expresión y un fervor tal, que todos los pudieron apreciar y comprender perfectísimamente.

Parándose unas veces, precipitándose otras para hacer más palpable, más tangible la titánica resistencia de la mártir y la tenaz barbarie de sus verdugos, hizo la niña que su auditorio no perdiese un solo incidente, el más pequeño detalle de la narración.

Y á todos se les arrasaron más ó menos los ojos de lágrimas tiernísimas y edificantes.

Terminado el martirio de Eulalia, Teresa cerró el libro y guardó silencio.

Silencio elocuente y expresivo, que sabe Dios cuándo hubieran roto los circunstantes, si de repente no hubiesen sonado dos fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle.

—¿Quién será á tales horas?—exclamó el caballero con verdadera inquietud y alarma.

Que los tiempos no eran para vivir desprevenidos y descuidados, y en esto de alarmas, los de entonces con los de hoy no debían llevarse mucho que digamos.

Y abriendo por sí mismo el balcón que daba sobre la puerta de entrada, el dueño de la casa preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

El viento no dejó oir á los de dentro la contestación que dió el que estaba en la calle; pero en-

trándose el noble castellano, ordenó á uno de los criados que bajase á abrir la puerta.

—¿Es gente sospechosa?—dijo la dama.

—No.

—¿Has conocido al que llama.

—Sí; y en verdad que el que á tales horas y con un temporal tan crudo venga á visitarnos, me extraña.

—¿Temes alguna mala noticia?

—Prevenirnos debemos para todo.

Y como se sintiesen ya pasos en la escalera principal, el caballero no prosiguió aquel brevísimo diálogo, mantenido con prudencia y á tenue voz con su esposa.

Les convenía que los niños no se apercibieran en todo caso de nada.

II.

Abolengos y genealogías.

Habiendo dado principio á nuestra obra por la parte imaginativa y legendaria, necesidad tenemos al presente de retrotraer los sucesos á un período anterior, con el fin de enlazar luego las dos acciones, entremezclarlas sin violencia y responder así á las exigencias literarias que nos hemos impuesto en estas producciones.

De las personas que estaban reunidas en el comedor de la casa solariega de Ávila, la noche del 10 de Diciembre de 1521, sólo hemos dicho el nombre de *Teresa* [1], y nos cumple consignar ahora el de las demás.

Eran las dos más caracterizadas y principales, los padres de la niña que tan magistralmente había sabido leer el santo del día.

Llamábase él don Alonso Sánchez de Cepeda, y élla doña Beatriz Dávila y Ahumada.

---

1 En griego *Milagrosa*.

Apellidos ilustres, y de los cuales descienden por líneas más ó menos directas de uno y de otra, individuos que viven hoy y que tienen á gloria, con sobradísima razón, tan ilustres abolengos.

Don Alonso fué hijo de don Juan Sánchez de Cepeda y de doña Inés de Cepeda, abuelos paternos de Teresa.

Don Juan fué, á su vez, hijo de don Alonso Sánchez de Toledo y de doña Teresa Sánchez, que sólo tuvieron un hijo, don Juan, abuelo de la Santa.

Don Luis de Cepeda, caballero santiaguista y natural de Tordesillas [1], hizo que el nombre de dicha villa constituyese un título nobiliario, que conservan aún los condes de Alcolea y los marqueses de Sanfelices; descendiendo de esta prosapia por el apellido Cepeda, los condes de Mora y Villamena, marqueses de la Torre de las Sirgadas, Villacastil, Salar, y también las casas de los Toledos, de los condes de Oropesa, la de los duques de Alba y la de los marqueses de Villafranca.

La ascendencia materna de Teresa, no es menos digna de ser citada que la paterna.

Doña Beatriz, su madre, era hija de don Juan [2]

---

[1] Punto en el cual esta obra ha sido acogida bondadosísimamente, según nuestras noticias, y en el que residen vástagos ilustres de los Cepedas, de que hablaremos. Se cree que Santa Teresa fué engendrada en Tordesillas, de cuya villa fué su padre Corregidor perpetuo.

[2] En algunos pergaminos se dice Mateo.

de Ahumada y doña Teresa de las Cuevas ó de las Casas, á cuyo apellido se agregó el de Dávila por ser común á muchas distinguidas familias castellanas.

Añaden otros [1] el apellido Cordovilla, lugar del nacimiento de Alvaro de Ahumada, célebre en la conquista de Granada.

Don Juan Blázquez Dávila, hijo de Fernan-Núñez, tercer visabuelo de Teresa, descendía de don Vela Núñez y doña María González, cuartos abuelos de la Santa, y doña María de Sancho Esteban ó Esteban Domingo, apellidos célebres en Ávila por haberlos dado fama insignes adalides y cuadrilleros.

Doña María Ahumada se sabe casó en Ávila con don Diego de Tapia, contador que fué de la Real Casa.

¡Qué valor tan escaso tendrá para algunos cuanto vamos diciendo!

«Cada uno es hijo de sus obras,» se dice hoy.

Y aun cuando en el fondo haya en esto algo de verdad, no podrá negársenos que también es exacto el adagio vulgar de:

Nobleza obliga.

¡Cuántos hay que, renegando antes de orígenes ilustres, si llegan á significarse en el mundo se los atribuyen ó procuran á subido precio y aun á cos-

[1] Según Fr. Jerónimo de San José.

ta de violentar la exactitud cronológica y la verdad!

No es esto tan raro que pueda tacharse de exageración nuestra.

No fué, empero, por sus *abolengos* y *genealogías* por los que brilló la hermosísima y precoz lectora de la velada tenida, allá en Ávila, por la época en que aparece por vez primera en esta obra.

Ante Dios y para Dios, no hay mayor nobleza ni más esclarecida que la del alma; ni mayores jerarquías ni prosapias que las de la virtud y las buenas obras, y los piadosos y honrados comportamientos.

Linajes y alcurnias son para el Creador por sí solas y con relación á la criatura, palabras vanas, aun cuando en la tierra significaran más aún que valen y significan.

La Iglesia coloca sin distinción en los altares á sus hijos ilustres, sean nobles ó plebeyos: es decir, sin mirar sus títulos.

Porque nada hay como la Iglesia para nivelar las clases, aunque otra cosa se diga en contrario por los que no la quieren, por los que no la aman.

¡Ah! A nosotros nos admira cómo no se la quiere y se la ama cada día con más entrañable afecto, siquiera fuese por gratitud, y porque fuera de élla, todas las del mundo son contradicciones y anomalías, injusticias y errores, mentiras y engaños; mientras que en ella y por ella, todo es verdad, sinceridad, atracción, equidad, justicia é igualdad.

Los que en sus puras y sublimes doctrinas se inspiran *rectamente*, son en las esferas todas de la actividad y de la vida humana, útiles y provechosos para sí y sus semejantes, sin egoismos, ni propósitos torcidos, ni intenciones aviesas.

¿Podéis decirnos otro tanto de vuestras escuelas y vuestros partidos?

¡Alabanza y loor á nuestra madre!

De lo que dejamos dicho, se deduce que los apellidos de Teresa eran: Sánchez, Toledo y Cepeda, por su padre; Dávila y Ahumada, por su madre.

Y estos otros por orígenes anteriores: Blázquez, Las Cuevas y Álvarez.

No se han extinguido estos apellidos; se han perpetuado, y á través de los tiempos, y á la sazón, son muchos los que los llevan con legítima vanidad, y á cuantos con ellos se honran, nosotros les enviamos desde estas páginas un saludo respetuoso.

Al escoger por asunto principal de esta obra un tema casi de ayer, reciente y nacional, no se nos han ocultado la ventajas y los inconvenientes que pudiera tener; procuraremos aprovechar las primeras y eludir estos últimos con la más escrupulosa detención.

Vamos á ocuparnos de gentes, de ciudades, villas y lugares que á gala tienen los timbres gloriosos de la Santa en el orden humano; pero que á la vez los tienen en más, por venir de Teresa, que supo

con sus virtudes añadirles mayor realce é imperecedera virtualidad.

Al trasladarlos aquí minuciosamente, cronistas seremos de la *verdad*; no temáis que ésta perjudique, ni á la leyenda ni á la historia, dando á ambas, por el contrario, un tinte de nacionalidad y sabor local que han de hacerlas más instructivas é interesantes, si acertamos á entretejer con ellas una nueva corona para la que es ornamento de la Iglesia y timbre de la patria.

En la fachada principal de la casa en que tenía lugar la velada cristiana, interrumpida por el inusitado llamar del que don Alonso reconoció al punto, y cuya voz bastó para tranquilizar á los allí reunidos, se ostentaba *escudo de armas*, que nos cumple describir para que nada falte en nuestro libro de cuanto el más apasionado de la Santa pueda exigir y apetecer.

Ved, pues, la explicación de aquel escudo, tomada íntegramente de documentos de la más rigurosa exactitud:

Primer cuartel á la derecha.—**Sánchez** por padre.

«Es cosa cierta y generalmente recibida, que los apellidos *patronímicos* de España se formaron según la costumbre de los godos, es decir, de los mismos nombres. Así, que *Sánchez* viene de *Sancho*, como *Pérez* de *Pedro*, *Martínez* de *Martín*, *Blázquez* de *Blasco* y *Álvarez* de *Alvaro*.

»El apellido *Sánchez* es noble en Aragón y Navarra, pero lo es aún más en Ávila, donde un *Sancho* ó *Sánchez* fué uno de los caballeros que más contribuyeron á su restauración y población por los años de 1083, como consta de su historia [1], en la cual se nombra á *Sancho Sánchez Zarraquines*, oriundo de Vizcaya, y primo del Obispo de Ávila *don Pedro Sánchez Zarraquines*.

»Otro *Sánchez*, quizá del mismo tronco, fué uno de los más famosos en las cuadrillas ilustres de Ávila, llamado también *Blasco Ximeno* ó *Ximeno Blasco*, descendiente de *Nuño Rasura*, juez que fué de Castilla [2], de quien tiene su origen la casa del marqués de *Velada*, grande de España. Su primer hijo, *don Gómez Dávila*, segundo marqués de *Velada*, era hermano del Obispo *don Sancho Dávila*, que lo fué de Cartagena, Jaén, Sigüenza y Palencia, y á quien la Santa escribió varias cartas, como pariente que era suyo, de lo cual blasona, y *don Martín de Ximeno* pone sus armas de seis roeles con fondo azul en campo de oro, en sus anales de Jaén, aunque después hayan variado estas familias su número hasta poner trece y aun más. También se ostentaban estos seis roeles en el escudo de armas que estaba sobre la puerta de la casa de los padres de Teresa [3], con la diferencia que allí se hallaban en el más bajo cuartel á la mano izquierda, y don

---

1 Ya sacaremos de ella partido oportunamente.

2 Ariz: *Hist. de Ávila.*

3 Hoy Iglesia.

Manuel Medina, rey de armas, los colocó en el primero á mano derecha, como parece muy justo, por ser armas paternas y de tan ilustres casas.»

Segundo cuartel de la derecha.—**Cepeda** por padre.

«Muy cerca de Astorga está *Cepeda*, lugar que tomó su nombre de esta familia, ó la familia de él, por ser la principal que había, ó haber sido sus fundadores. Sus armas y blasones son un *León*, al que después añadieron ocho aspas por la batalla de Baeza, ganada contra los moros el día de San Andrés del año 1227, en reconocimiento de la protección del Santo y en reverencia del aspa ó cruz en que murió el Apóstol. En la lápida de la de los padres de Teresa se veían dos cuarteles, con león: el primero, y á la derecha en la parte alta, es un león con ocho aspas orleado, y el segundo, que es el inmediato, otro león sin aspas, circunstancia que se cree consista en haber querido significar los dos estados de este blasón, el de león con aspas y el de sin ellas. Algunos opinan que el león sin aspas es propio de la nobilísima casa de los Toledos, como procedentes de los reyes de León; pero de cualquier modo que sea, ya hemos visto cuán enlazados están estos ilustres apellidos, *Sánchez*, *Dávila*, *Toledo* y *Velada*.

»Un sobrino de la Santa, llamado *don Francisco*, casó con *doña Orofrisia de Mendoza y Castilla*, de quince años, dama hermosa y discreta como nos dice la Santa, sobrina del duque del Infantado, prima hermana de la madre del duque de Albur-

querque, que era don Beltrán de la *Cueva*, sexto de los de esta gran casa, virrey de Aragón, y su hermana doña Isabel de la *Cueva*, mujer de su primo hermano don Pedro Girón, duque de Osuna, y doña María Cárdenas y Castilla, cuarta nieta del rey don Pedro de León y Castilla.

»Hemos citado asimismo el apellido de los *Cuevas*, que llevaba la Santa por línea materna, constándonos de un modo cierto, que ya por entonces debía dicho apellido estar enlazado con el duque de Alburquerque, cuyo sexto vástago fué don Beltrán de la *Cueva*.

»Y de todo esto tenemos comprobantes ciertísimos, recogidos con avidez por los más ilustres y apasionados panegiristas de la Santa.

»Por esta doña Orofrisia, casada con el sobrino de Teresa, se volvió á enlazar con Alburquerque y Osuna, y no menos con el del Infantado por el apellido, que llevaba la novia, de *Mendoza*; pues el tío, duque del Infantado, que lo era de la novia, se llamaba don Iñigo de *Mendoza*, quinto duque de esta nobilísima casa, y de donde vienen doña Isabel, doña Mencía y doña Juana de Mendoza, á quienes trata la Santa de parientas, y lo eran del Infantado, de Feria, de Alba y de Béjar.

»Los marqueses de Velada y de las Navas, también mencionados por la Santa, eran don Pedro Dávila, segundo marqués de las Navas, cuarto conde del Risco, y don Gómez Dávila, segundo marqués de Velada, después Grande de España.

»Todo lo cual aparece consignado en el Nobiliario de Haro [1].»

Tercer cuartel de armas á la izquierda.—**Dávila** por madre.

«Ya hemos dicho que bajo este apellido *Dávila* se incluían muchas familias, que para distinguirse de los que no estaban en cuadrilla de Ávila se llamaron *Dávilas*, y de éstos viene el bisabuelo materno de la Santa, don Juan Blázquez Dávila, y los roeles de la casa de *Velada* y de otros. Asimismo le competen, como propias, las tres fajas ó bandas que hay en este cuartel de armas, y en el escudo de la casa de sus padres estaban en el cuartel más abajo de la mano derecha. Estas fajas, dicen algunos ser las armas primitivas de los Toledos, varonía de la Santa; propias también de las casas de los *Muñozes*, caballeros godos, de quienes vienen los marqueses de las Navas, cabeza de la cuadrilla de Ávila por Esteban Domingo, padre de Blasco Muñoz ó Blázquez Muñoz. También le convienen á Teresa por Dávila y Ahumada, descendiente de Blasco ó Blázquez Muñoz, que venía de los caballeros Núñez, Vela y otros, cuyas armas son las tres fajas.»

Cuarto cuartel de armas á la izquierda.—**Ahumada** por madre.

«Éste es el apellido del que hay menos noticias auténticas; mas por tradición se sabe, que un ca-

[1] Compendio de los Girones y Quitana, *Nobleza de Madrid*.

ballero Hamado don Fernando, con solos tres hijos suyos defendió un castillo, que quemaron los moros, y á favor del humo y oscuridad se salvaron, y por esto tomó el Ahumada por apellido, y los reyes les dieron por armas un castillo ó torre echando llamas y humo por puertas y ventanas. Después añadieron tres corazones, y al pié unas aguas azules con su orla de sangre, alusivo todo al valor de la defensa, ó quizá á la conquista de Córdoba por Álvaro Ahumada, ó Álvarez Ahumada. También se añadieron cuatro estrellas de oro, que figuraban al padre y los tres hijos, y un brazo armado con espada sobre el escudo.

»Otra familia, ó rama de los Ahumadas, había en la villa de Ahumada, á quienes dieron nombre en la Merindad de Villa Diego, bajo la peña Damaya ó Amaya, y los de este apellido estaban libres de pagar cierto pecho ó vasallaje, en prueba de su nobleza, ó por haber sido fundadores del pueblo. Traen éstos por armas tres luceros de ocho puntas en campo azul, aunque algunos ponen cinco, luego añadieron una cruz negra en campo de plata, cuyo significado se ignora, si no es que fuera por seguir el uso antiguo de los caballeros que se distinguían por las cruces, su figura y colorido. Por este apellido eran parientes de la Santa los vizcondes de las Torres de Luzón, los Marqueses de las Amarillas, Salvatierra, Casa Tabares, los condes del Mérito, San Rafael, y los Ahumadas de Andalucía.»

Hizo poco ó ningún mérito de estas cosas la Santa en cuya vida nos engolfamos ya resuelta y decididamente con el mismo ardor que si no andase en manos de tantas gentes lo que ella misma escribió, y á lo cual sólo vamos á permitirnos añadir lo que su modestia calla; porque estos asuntos son siempre nuevos é igualmente interesantes.

La Santa, en sus hermosísimas *Memorias*, que así podemos titular al precioso *libro de su vida* [1], nos dice á propósito de cuanto llevamos expuesto, que Dios la dijo:

«Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo.»

Y añadió:

—«Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él.»

Y á seguida la dijo:

—«¿Por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de Mí? ¿O habéis de ser vosotras [2] estimadas por linajes ó por virtudes?»

Y estas palabras profirió el Señor cuando á la Santa mortificaban ciertos escrúpulos y miramientos de preferencia humana, con motivo de la fundación de Toledo [3], con lo cual dice: «Nuestro Señor me quiso dar *luz* en este asunto, y mostró cuán poco al caso harían delante del juicio de Dios estos li-

---

1 Publicado por vez primera en 1562.

2 Aludiendo á las religiosas sus hermanas en J. C.

3 De la cual hablaremos á su tiempo.

najes y estados,» haciéndola con ello, «una reprensión grave.»

Reprensión como de Dios, y con la cual nos ilustra y enseña que no debemos dar preferencia á abolengos y genealogías sobre noblezas de corazón y de alma, en todo tiempo ensalzadas por la Iglesia y glorificadas.

¿Sucede en el mundo esto?

Hoy, que tanto se cacarea de igualdades y nivelaciones imposibles, se va contra lo que única y solamente las hace posibles acá entre nosotros.

No nos mintáis, hipócritas y orgullosos, lo que no sentís, ni es verdad á pesar de vuestras doctrinas; que otra cosa que decís y escribís practicáis, y otra cosa es escribir ó hablar, y otra poner en práctica lo que con facilidad se consigna en el papel ó se siente al hablar.

Nuestra experiencia, de más de medio siglo, nos ha enseñado mucho; y ante todo y sobre todo, á no dar crédito á otra cosa que á la honradez y á la virtud en la tierra, y sólo tenemos por completamente sinceras las que son cristianas.

Desdeñó Teresa en cuantas ocasiones trató de esto, sus títulos nobiliarios, no permitiendo que el P. Gracián relatase los que la pertenecían.

Nosotros, empero, que escribimos para todo el mundo, no podíamos omitir estos curiosos detalles, cuyo vacío hubiese extrañado á muchos y tenido por una falta imperdonable.

Los que, impacientes, esperaban la aparición de Teresa en esta obra, ya pueden estar seguros que no ha de faltar en ellas, á sabiendas nuestra, pormenor ni detalle que les obligue á completarlos en otros lugares.

De *ella* en primer término hemos de sacar cuanto escribamos, y el resto lo tomaremos de sus fieles cronistas y sus apasionados de mayor crédito; sobre todo, de aquellos que tuvieron la dicha de ser testigos de cuanto se cuenta y refiere de la Santa.

Hagan, los que hidalguía y nobleza ostenten, lo que Teresa hizo de los blasones y pergaminos que sin disputa tenía por su linaje y abolengos.

«No asunto y materia de *vanidad*, sino motivo y razón de *virtud*;» como escribe la Santa.

Y su satisfacción será legítima y plausible, no teniendo por ella motivo de censura y reproche, que así tomados los *abolengos* y *geneolagías*, siempre serán estímulo para su modo de proceder.

Que en esto hay mucho que no es preocupación, y á todos sin distinción satisface más tener una ascendencia noble y honrada, que cubierta con los negros crespones de la perfidia, de la traición ó del crimen.

Hasta en esas pobres viviendas en que el pan se amasa con el trabajo y con las lágrimas, enorgullece y consuela un abolengo sin mancha.

Decid á los humildes, á los desheredados, mal de sus ascendientes, y les veréis alzar erguida la frente, empapada con el sudor que les causan sus rudas

tareas, y repeler con noble altivez vuestras injustas suposiciones.

Y esto que escribimos, lo hacemos para lectores *españoles*, como en serlo nosotros tenemos orgullo y alteza sin tasa.

¡Español!... sinónimo es de hidalgo y noble, porque negarnos no podéis que lo fueron en sumo grado nuestros mayores.

Y á costa de grandes, de heróicos sacrificios y egregias hazañas, tales timbres conquistaron.

Enaltecidos siempre con lo de ser hijos de la Iglesia católica.

Religión, nobleza y libertad, sentimientos son eminentemente nacionales, y desarraigarlos será difícil, si no imposible.

A mantenerlos vivos han contribuído en todos tiempos, y contribuyen hoy los buenos escritores.

En su número quisiéramos se nos contase, y á merecerlo aspiramos, poniendo y cifrando en ello nuestro mayor empeño.

III.

En el que se dice brevísimamente quiénes fueron los parientes más inmediatos de la Santa.

Aún tenemos que añadir algo más de curioso é interesante respecto á los personajes que por su parentesco con Teresa han de figurar en la parte histórica de esta obra, cooperando en cierto modo á su gloria; la cual abarca tantas y tan diversas condiciones, y todas las hemos de compendiar, si hemos de cumplir nuestros compromisos.

No nos exijáis una gran profundidad, ni una indigesta erudición; que escribimos, como hemos dicho millones de veces, para el pueblo, y al pueblo, más que hacerle *pensar*, conviene hacerle *sentir*, á fin de que abandone sin trabajo lecturas en las que se le extravía y pervierte por análogo procedimiento.

Los desdichados héroes del crimen, los tipos execrables del vicio le cautivan, y es por la forma con que algunos autores de indisputable talento aciertan á ofrecérselos y presentárselos.

Nosotros venimos aspirando con más limitados recursos á conseguir ese mismo objeto; pero con relación á los héroes de la virtud y la santidad, haciéndoseles admirar, presentándoles de suerte que, tomándoles afición, les sirvan de *ejemplo* que contrapese el de los que se le ofrecen con tanta frecuencia simpáticos sin deber y sin serlo en realidad.

El padre de Teresa, don Alonso Sánchez de Cepeda, estuvo casado con doña Catalina del Peso y Henao, de quien hubo dos hijos, nombrados Juan Jerónimo y Pedro, y una sola hija, llamada María.

Viudo don Alonso á una edad en que no cabía, sin riesgo para él y para el bienestar y la fortuna de sus mismos descendientes, permanecer en tal estado, casó de segundas nupcias con la ya citada doña Beatriz, la que tuvo doce hijos por el orden siguiente:

Hernán ó Hernando, Rodrigo (el más querido de la Santa), Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín, Juana, otra hermana y otros dos hermanos.

Teresa ocupa el cuarto lugar, ó sea entre Lorenzo y Antonio, llevándose unos con relación á los otros el tiempo de una sucesión natural y casi no interrumpida.

Aun cuando de algunos de los hermanos de la Santa tendremos que ocuparnos en diferentes ocasiones, anticiparemos aquí algunas noticias curiosas, que, como muchas de las anteriores, tomamos

de una preciosa *hoja* [1], que con el título de *¡La mujer grande!* vió la luz, con ocasión y durante el centenario de la muerte de la ilustre escritora [2].

Don Hernán Ruíz de Ahumada fué soldado esclarecido en la guerra del Perú, donde le fueron concedidos varios terrenos como conquistador, y aun cuando se dice por algunos que murió allí, consta por otros documentos, y la genealogía de doña María Teresa Navarrete y Valdivia, marquesa de las Atalayuelas en Córdoba, que casó con doña Leonor de Xerez, natural de Ávila, de la cual tuvo sucesión, que se ha continuado hasta nuestros días.

Don Rodrigo obtuvo el grado de capitán y marchó á América, otorgando antes su testamento, dejando, si moría, por heredera á su hermana doña Teresa, la más querida. Se halló en la conquista del Perú, y se cree fundadamente que no tuvo la dicha de regresar á España. Cuando murió Rodrigo, decía la Santa de él que había muerto mártir, y logrado la corona que correspondía á sus nobles pensamientos y santas ocupaciones.

Don Lorenzo también pasó á Indias con grado de capitán, y fué tesorero en la provincia de Quito, donde casó con doña Juana de Fuentes y Guzmán, de quien tuvo tres hijos. Éste logró la fortuna de regresar á la madre patria, y como diremos oportunamente, ayudó mucho á su hermana en las

[1] La tercera.
15 de Octubre de 1882.

fundaciones de la Reforma, y particularmente en la de Sevilla.

De vuelta á su patria, compró un lugar á una legua de Ávila, llamado la Serna, donde vivió retirado y en oración. Por las cartas de la Santa se verá cuán grande llegó á ser su perfección y cómo obedeció á su hermana, quien tuvo que reprenderle por haber hecho voto de evitar todo pecado venial, extremo que demuestra su gran virtud, de la que da la Santa en la carta que escribió á María de San Josef, priora de Sevilla, el año 1579 á 4 de Julio, poco después de su muerte, y en la que dice: «que murió de un flujo de sangre; que sólo pensaba en cosas de Dios; pues lo demás le cansaba, y por lo mismo se estaba en la soledad de la Serna: que su oración era continua, y que Dios le hacía tantas mercedes, que ella se espantaba: que hacía más penitencia que la que quería la Santa, la cual se gozaba cuando pensaba en su muerte, pues parece sabía lo poco que había de vivir.»

Sus restos yacen en la capilla de San Josef, de Ávila.

Don Antonio, según nos dice la Santa y hemos de ver á su tiempo, influyó en su ánimo para que fuese monja, y ella, á su vez, le inclinó á que se hiciese fraile; concertando ambos el irse una mañana muy temprano al monasterio en que había de entrar la Santa, y así lo hicieron, y luego que él la dejó, se fué al convento de Santo Tomás de

Avila, de PP. Dominicos, tomó el hábito, y á poco tiempo murió, siendo religioso.

De don Pedro sólo se sabe que sirvió al rey de España en la conquista de las Indias, que casó en Pasto, volvió á España á pedir mercedes al rey por sus servicios, y luego murió.

Don Jerónimo pereció en la conquista del Perú valerosamente, y, según dice la Santa, «*como un santo*» y «*está en el cielo.*»

Don Agustín, capitán muy esforzado en Chile, salió vencedor en diezisiete batallas. Hallándose de gobernador recibió una carta de Teresa, en la cual le decía que dejase el gobierno, si no quería perder la vida y el alma; lo dejó, en efecto, y luego que salió, sus enemigos mataron á su sucesor. Después quiso pretender otro cargo allí mismo, y recibió nueva carta de su hermana, en la que le decía:

«Hermano mio, no tome oficio en Indias, porque me ha dado á entender el Señor, que si lo toma y muere en él, se condenará.»

Con esto dejó la pretensión y se vino á España, en cuyo tiempo murió su hermana la Santa. Como no pudo hallar mejor recompensa de sus grandes servicios, admitió por fin un gobierno en Tucumán; «mas Dios, que miraba por su alma, y le quería salvar, le envió una enfermedad, luego que llegó á la ciudad de los Reyes; conoció ser esto castigo, y sometiéndose á él, se preparó para morir. Luego se le apareció Teresa, que le asistió y no le dejó hasta la muerte, y se lo llevó al cielo.» Todo lo cual

depone con juramento en las informaciones de la canonización de nuestra heroina el P. Luis Valdivia, de la Compañía de Jesús, que lo confesó al morir.

Doña Juana fué tan virtuosa como los anteriores, y la Santa la amó muy tiernamente por ser la más pequeña, y por haberla criado ella misma en la celda de su convento de la Encarnación, encaminándola á la virtud. Salió de su compañía para casar con don Juan de Ovalle, persona principal, de quien vienen los marqueses de Valverde, Monroy, Herrea y de Cerralbo. Tuvieron tres hijos, y ayudaron mucho á la Santa en la fundación del primer convento de Ávila, y se carteaban con frecuencia. En una de dichas epístolas, dice la Santa de esta hermana suya, que era «muy honrada, valerosa y un ángel.» El marqués de Castellar está unido con la Santa por los Ovalles, y todavía hay Ovalles en Andalucía y Extremadura.

De los hermanos de padre, don Juan Jerónimo, al que la historia llama don Juan Vázquez de Cepeda, murió de capitán de infantería; don Pedro murió oscurecido, y doña María casó con don Martín de Guzmán Barrientos, el cual murió de repente, y sabiendo la Santa que su hermana moriría del mismo modo, la fué previniendo poco á poco, y sin decirla la revelación, la infundió la costumbre de confesarse muy á menudo, y la sirvió tanto, que aunque á los cinco años murió sin confesión,

sólo estuvo en el purgatorio ocho días, según lo vió y lo dice Teresa. De ésta, dice la Santa que era mayor que ella, que tenía mucha honestidad y virtud, y que estuvo en su casa cuando iba á curarse, porque la quería en extremo, lo mismo que á su marido; y la acompañó á Becedas en la cura de su enfermedad.

También nos habla la Santa de su tío Pedro, que estaba en Hortigosa, de quien dice era muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien el Señor disponía para sí, y que en su edad mayor dejó todo lo que tenía, y fué fraile, y acabó de suerte que se puede creer goza de Dios. Este tío de la Santa fué uno de los que más contribuyeron á su perfección, pues la dió un libro del P. Osuna [1], que determinó á la Santa á seguir tan áspero camino.

De todos los hijos de don Alonso Sánchez, sólo se sabe que tuvieran hijos varones dos, que fueron don Lorenzo y doña Juana, pues don Hernán ó Hernando, de quien viene la marquesa de las Atalayuelas, doña María Teresa Navarrete y Valdivia, no se sabe ni consta que tuviera hijos varones, y sí solo á doña Leonor Ahumada, casada con don Luis de Soria. Don Lorenzo tuvo á don Francisco, don Lorenzo y doña Teresa, sobrinos de la Santa; esta última fué carmelita descalza, como su tía, y se llamó como ella, Teresa de Jesús, de quien la Santa habla mucho en sus cartas. Doña Juana, su

[1] *Tercera parte del Abecedario, que trata de la Oración de recogimiento.*

última hermana, tuvo á don Gonzalo, don José y doña Beatriz, que fué también monja carmelita descalza, y tomó el nombre de Beatriz de Jesús.

A don Lorenzo le escribió la Santa muchas veces; don Francisco casó con doña Orofrisia de Mendoza, parienta del duque del Infantado, de quien dice la Santa «fué muy codiciado por sus buenas prendas y virtudes.» Doña Teresa fué la última sobrina, hija de su hermano don Lorenzo, que á los diez años entró en el convento de seglar, aunque la Santa lo repugnó al principio; hace de ella muchos elogios en sus cartas, y en una dice:

«Ya está acá con su hábito que parece duende de casa, y su padre no cabe de placer; tiene una condición como un ángel, creo se ha de servir el Señor de que esta alma no se críe en las cosas del mundo.»

Con esta niña llegó á tener gran alivio y consuelo la Santa, pues siendo después novicia, decía de ella «que ya era mujer, que crecía en las virtudes, capaz de dar consejos, pues hablaba Dios por ella con el ejemplo y valor que tenía para todo.»

El primero de los hijos de su hermana doña Juana, fué don Gonzalo, en quien la Santa hizo un gran prodigio siendo niño, y durante la fundación de Ávila; después fué muy santo y murió en Alba en 1590, en donde fué enterrado.

El segundo hijo de doña Juana, y sobrino de la Santa, fué don José, que tuvo la dicha de morir en los brazos de su tía á las tres semanas de nacer.

La tercera hija de doña Juana fué doña Beatriz, que deseó mucho la Santa que se hiciese monja, cumpliéndose sus deseos después de su vida, pues tomó el hábito en Alba en 1584, á los veinticuatro años de edad, con el nombre de Beatriz de Jesús, y murió muy santamente después de un rapto extraordinario, asistida en sus últimos momentos de la Virgen, de San José y su Santa tía, ya canonizada. Su muerte tuvo lugar en el convento de Santa Ana, de Madrid, año de 1639, á los setenta y nueve de su edad, donde fué Priora, conservándose incorrupto su cuerpo.

Tuvo Teresa otras muchas parientas religiosas y de gran santidad, cuyas vidas se leen en la historia de la Orden carmelitana.

¿Cómo podrán parecer enojosas las noticias que, tomadas de fuentes auténticas, dejamos consignadas, cuando como preludio de otras más detalladas que han de venir después, nos ponían en el caso y en el deber de anticiparlas?

Numerosísima y dilatada fué la parentela de Teresa, y casi toda ella virtuosa y *esclarecida*, cual si participase algo de la excelsitud de la Santa.

¿Y por qué no asegurar como cierto lo que es, aun en el orden humano, tan racionalmente probable?

La influencia benéfica se deja, á nuestro juicio, sentir, como la deletérea y mala en la atmósfera, en el aire puro ó corrompido en que se respira.

Y esa influencia vivifica, regenera ó mata de un modo que, según las preocupaciones del mundo, es *fatal*, y según el criterio católico, sin dejar de ser libre, cabe que sea providencial en muchos casos y multitud de circunstancias.

Sí; en torno de aquel ser á quien acabamos de presentar en acción, y que, cual capullo de flor, comenzaba á abrirse al calor de una virtud prematura, se respiraba ya y respiraron luego sus parientes todos, próximos y lejanos, el aroma de la santidad en su más alto grado.

Su vida, su historia, nos convencerá de la exactitud de cuanto dejamos escrito.

Descartados ya de cuanto era preciso para iniciar nuestro conocimiento con los nuevos personajes que van á figurar en torno de Teresa, prosigamos diciendo lo que ocurrió después y vino á interrumpir de manera brusca é inopinada la velada cristiana.

IV.

De cómo nos importa ir enlazando la historia y la novela con la vida de la Santa.

No bien se presentó en el comedor de la casa solariega de Avila el que había llamado á la puerta de la calle, se produjo una ruidosa expansión de alegría en los hijos de don Alonso y doña Beatriz, que corrieron á estrechar entre sus brazos al recién llegado.

—¡Tío!

—¡Tío, querido!...

Dijeron casi al unísono todas aquellas voces atipladas y angelicales en su mayor parte.

Y el así titulado no se dió reposo por algún tiempo para poder corresponder á las manifestaciones de cariño de sus sobrinos, á quienes quería en extremo y le correspondían como corresponder siempre los niños á los que les tratan con afabi dad y con dulzura.

Besando á unos, cogiendo y alzando al nivel de su boca á otros, sin cuidarse para nada del som-

brero y de la capa, que cayeron al suelo y recogió un criado.

Don Pedro Sánchez de Cepeda, hermano de don Alonso, casado con doña Catalina del Aguila y padre de María, que era el de tal manera agasajado, olvidó casi el objeto de su visita á hora tan desusada, por el placer de acariciar á los niños, haciéndose preciso que el padre de aquella bulliciosa prole se adelantase hasta don Pedro y le tendiese su mano para que los pequeños cesasen en sus demostraciones, y el caballero en la dicha de corresponder á ellas.

—Basta, basta...—dijo don Alonso,—le váis á marear y á sofocar,—añadió con aparente severidad.

Y las criaturas obedecieron al autor de sus días.

Que era en ellas la obediencia una de las cualidades más salientes y la que más contribuía á la felicidad de aquella casa.

—Déjales, hermano; sus caricias me regocijan en extremo, y siempre el recibirlas me agrada;—le objetó don Pedro.

—Ve su mercé...

—Véis, señor.

Dijeron los niños.

—¿Qué te trae por aquí á estas horas y con una noche tan mala?—se apresuró á preguntar don Alonso al recién llegado.

Y su esposa doña Beatriz esperó con visible impaciencia la respuesta de su cuñado.

Don Pedro vaciló por algunos segundos, y al fin dijo:

—Nada... Ya te diré,—prosiguió con cierto misterio,—cuando estemos tú y yo solos.

—¿Segun eso, traes algo que no puedes decirnos?—exclamó sin poderse contener doña Beatriz.

—No,—la dijo don Pedro;—os repito que no es nada grave... La presencia de los niños, de los aquí congregados...

—Nos iremos, si os estorbamos... Así como así es la hora de cenar.

—Estorbar precisamente... eso nunca,—prosiguió don Pedro.—Sin embargo...

—¿Rezábais el rosario?—preguntó el marido de doña Catalina con el propósito decidido de variar de conversación.

—No; Teresa acababa de leernos el santo del día,—le contestó su cuñada, que es la que antes había hablado.

—¡Santa Eulalia!... ¡Mártir admirable!

—¿No es cierto, tío?—interrumpió la niña Teresa, que aún seguía pensativa en alto grado por lo que había leído.

—Sí; mucho.

—Es hora de recogerse, niños... Os daré de cenar, y á la cama,—dijo doña Beatriz, comprendiendo que era la manera única de cortar aquella situación; y después que sus hijos besaron la mano á su padre y á su tío, salió con ellos y los criados de la estancia.

Quedaron solos los dos hermanos.

—Ahora puedes hablar sin riesgo de que nadie nos importune,—dijo don Alonso.

—Así lo haré, hermano,—le contestó don Pedro, y añadió luego que estuvieron sentados:—He tenido carta de Madrid, en la que nos piden que autoricemos á María para irse con sus tíos los marqueses de las Cuevas; el anciano Gonzalo, su mayordomo, ha llegado hoy á Ávila con el fin de llevarla; desde luego he querido consultaros antes una resolución que es dudosa para Catalina y para mí.

—¿Ha de ser precisamente tan pronto la partida?

—Mañana mismo.

—Pronto es.

—Así nos lo pide Valdespinar. Ya sabes que mis cuñados no tienen hijos.

—Ciertamente.

—Que son ricos, excelentes católicos, y...

—Convengo contigo en todo eso.

—Y quieren educar á María en mejores condiciones que aquí cabe educarla. He consultado el caso esta tarde misma con nuestro venerable prelado D. Fr. Francisco Ruiz [1], á quien el gran Cisneros tuvo por secretario y confesor...

—¿Y qué te ha dicho nuestro sabio y virtuoso Obispo?

—Que no debo por el momento disgustar á mis

---

1 Fué sucesor del célebre don Alfonso Carrillo de Albornoz, y duró su pontificado de 1514 á 1528.

cuñados, á quienes estima en mucho, especialmente á don Enrique, por su patriotismo, por los sacrificios pecuniarios que ha hecho y los servicios grandísimos que ha prestado á la causa por que nosotros hemos sufrido tanto.

—En ese caso...

—¿Opinas de igual manera?

—Creo que haríais mal desairando á vuestros hermanos...

—El viaje ha de ser mañana... Catalina y María vendrán á despedirse.

Aunque pueda parecer poco justificada, después de lo que dejamos dicho, la visita de don Pedro á la casa de su hermano, preciso es tener en cuenta lo que entonces significaba un viaje y lo que don Alonso era querido y respetado por sus hermanos.

Nada tiene, pues, de particular, que los padres de María deseasen contar antes de enviar á su hija á Madrid con su asentimiento y su beneplácito.

De otras varias cosas hablaron los hermanos de que no necesitamos hacer mención, hasta que llamando el dueño de la casa á su mujer, calculando que ya habría concluído de llenar sus deberes de madre, doña Beatriz se presentó en el comedor y supo lo que, ignorándolo, la tenía inquieta y desasosegada.

Al decirla que el prelado y su marido no veían mal alguno en que María fuese con sus tíos á Madrid, doña Beatriz no tuvo objeción alguna que

hacer al viaje de la niña. Y como fuese avanzada la hora para aquellos tiempos en que no sucedía lo que acontece hoy, que se hace con tanta facilidad del día noche y de la noche día:

Don Pedro se despidió de sus hermanos, y acompañado de uno de sus criados, que llevaba un gran farol de dobles mecheros, tornó á su casa.

Esperábale su consorte con impaciencia, y la luz, que permaneció encendida en el aposento conyugal hasta muy avanzada la noche, demostró que los padres trataron minuciosa y detalladamente el asunto en que todos, con la mejor buena fe, les aconsejaron transigir con la voluntad y con el gusto de sus hermanós los marqueses de las Cuevas.

Doña Catalina suscribió á todo con pena, y por respeto á lo que la opinión de tantas, tan doctas é interesadas personas había movido á su marido á autorizar el viaje de su querida niña, que su corazón destrozado no aceptaba, presintiendo quizás que habría de ser origen y principio de grandes males.

Conviene, en efecto, y de esto tenemos enseñanzas mil, que los hijos no se separen de sus padres en los primeros años; que vivan con ellos, que se eduquen bajo su vigilancia, pues no hay nadie que pueda reemplazarles con ventaja.

Sólo en casos muy concretos cabe preferir los colegios, y éstos sólo cuando están dirigidos con un

fin que no sea meramente especulativo é interesado.

La despedida y la partida para Madrid, de la que hemos hecho figurar en los libros anteriores, de María, se efectuó al día siguiente.

Toda la familia acudió á casa de don Pedro, y sólo cuando hubo marchado sintieron todos todo el peso de aquella dolorosa separación.

Por lo que á Teresa hace, principal objeto de nuestras atenciones, ya hemos visto lo adelantada que estaba, no sólo en su educación literaria y religiosa, sino en la precocidad de su entendimiento y de los sentimientos de su alma.

Era la niña, encanto de sus padres, lazo fuertísimo de unión entre los hermanos, fundando en ella su familia entera las más risueñas esperanzas.

La Santa explica todo ello, diciendo de sí misma: «que el tener padres virtuosos y temerosos de Dios, la bastaría, si no fuera tan ruín, con lo que el Señor la favorecía para ser buena.»

Y añade:

«Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y los tenía de romance para que los leyesen sus hijos.»

Lo que «unido,—prosigue,—con el cuidado que mi madre tenía en hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos santos, comenzó á *despertarme*, de edad (á mi parecer) de seis ó siete años.»

Ya véis, pues, justificado el por qué hemos comenzado esta parte de nuestro libro en el instante, en el momento crítico de la verdadera existencia de Teresa.

Es decir, el primero en que, según ella misma, se da cuenta de sí, y de cuanto nos interesa saber para juzgarla con acierto.

Momento que, si se desaprovecha, si se pierde en la vida, es dificilísimo recuperarlo; pues en tan tierna edad es cuando el alma percibe y retiene, recibe, guarda y atesora para más adelante.

De este tiempo depende todo, y de la educación que se recibe en él, y de los ejemplos que se ven, parten las inclinaciones y los afectos del porvenir.

Por ello Teresa, con el mayor juicio y el más recto criterio, se cuida de apresurarse á decirnos quiénes eran sus padres; y los pinta de tal suerte, que dejaríamos de ser sus fieles cronistas si con otro pincel que el suyo propio nos hubiésemos permitido retratarles.

«Ayúdame,—prosigue escribiendo la Santa,—no ver en ellos favor sino para la virtud.»

Y afirma que «tenían mucha.»

¡Qué bello panegírico de aquellos á quienes por voluntad de Dios debía la niña su existencia!

«Era mi padre,—nos dice,—hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos; y aun con los criados era tanta, que jamás se pudo recabar de él que tuviese esclavos, porque los ha-

bía gran lástima. Y estando una vez casa una de un su hermano, les regalaba como si fuesen sus hijos, diciendo que lo que no era libre, no lo podía sufrir su piedad.»

Y más adelante nos revela que «era de gran verdad, hasta el extremo, que nadie le oyó jamás jurar ni murmurar.» Y prosigue diciendo: «honesto en gran manera y en alto grado.»

Ocúpase luego la Santa de doña Beatriz, y dice:

«Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades.»

«Era,—añade,—de grandísima honestidad, y, con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della.»

Y tanto fué esto así, que «á pesar de morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento.»

Ved aquí tomados de tan hermoso origen y tan auténtica fuente los comienzos de Teresa; comienzos en que debíamos fijarnos, y sobre los cuales nos correspondía llamar la atención del lector, ávido y ganoso de conocerlos.

Nunca como hoy se hace preciso recordar los deberes de los padres en el seno, en el sagrado recinto del hogar; hoy, que se trabaja por destruirle ó desnaturalizarle, sin tener en cuenta que la base, el fundamento de los Estados bien ordenados, ha sido y es la familia; que sin la familia no hay pue-

blo ni nación que valga y sirva para algo, que no se vea de continuo expuesta á los más graves riesgos y peligros, y hasta en camino de verse reducida á la nada.

Aunque no escribamos un libro de moral, la moral debe resaltar y sobresalir ante todo en estos escritos nuestros.

Antes de la escuela, antes del maestro, los padres.

Los padres llenando sus sagrados deberes, más que con predicaciones y consejos, con el *ejemplo*.

El *ejemplo*, que es acción, puesto que los niños sólo acciones y actos aprecian, comprenden y ejecutan sin esfuerzo y violencia cuando los ven en los demás.

Por espíritu de imitación se obra en la primera edad de la vida, providencialmente predispuesta, como ninguna otra, para este efecto.

Y es esto tanto así, que, aunque demos siempre al *ejemplo* en el mundo la significación de una gran palanca, de una fuerza tal que él sólo por sí bastaría para determinar el curso de los acontecimientos y la razón principal de muchas cosas que suceden y pasan, nunca es tan eficaz como para la infancia.

Es el *ejemplo* semejante al sol que alumbra y vivifica:

Y da vida y energía:

Y sin el cual todo moriría, como sin aire y sin aliento la existencia acaba.

¡Oh! si los padres que tanto amamos y queremos á los hijos; que por ellos tanto nos afanamos, fuésemos como Teresa nos dice que fueron los suyos, á los que hemos visto presidir la velada cristiana, ¡otra cosa sería entonces la sociedad y el mundo!

Una vez que se retiró don Pedro, don Alonso y doña Beatriz se ocuparon largamente de la marcha de su sobrina María á Madrid, hallándola expuesta y peligrosa, en cuyo parecer ya podemos inferir, por cuanto de la joven llevamos dicho, que no anduvieron descaminados.

Avancemos más en estas noticias destinadas á ir enlazando la acción legendaria é histórica con la vida de la Santa.

Don Pedro Sánchez de Cepeda, tío de Teresa, había tomado una parte muy activa en los gravísimos sucesos políticos acaecidos en Castilla desde la muerte de Isabel la Católica hasta la época en que hacemos aparecer en este libro á su sobrina.

Esto le originó disgustos y enemistades que le hacían temer verse precisado acaso á abandonar la ciudad, y no fué poco lo que esto contribuyó, sin revelarlo á nadie, á la dolorosa concesión de que su hija María fuese á Madrid.

Por largo espacio de tiempo España fué teatro de sucesos de todos conocidos, pero cuyo recuerdo en parte hace á nuestro intento, y no parecerá violento traer aquí á manera de preludio y de preám-

bulo á los que nos toca referir más adelante detallada y minuciosamente.

Los reyes Fernando é Isabel, al unirse en matrimonio por amor, supieron llevar sus altos destinos de una manera tan cumplida, que asombra el resultado de su feliz y atinada gobernación.

Y tanto, que si la historia no nos lo atestiguara, nos parecería una ficción mucho de cuanto por ella está comprobado.

Cuarenta años y un solo reinado bastaron para que se efectuase el tránsito de la Edad Media á la Edad Moderna.

Más de tres siglos y treinta monarcas costó el que se efectuase el de la Edad Antigua á la Edad Media.

Los monarcas Católicos hallaron á España sumida en la mayor confusión y en el más deplorable estado.

Víctima de prelados opulentos y ambiciosos como Carrillo de Toledo; de nobles rebeldes como el marqués de Villena; de próceres pervertidos como Pedro Pardo; de ricos procaces como Alvaro Yáñez; de alcaldes prevaricadores como Alonso Maldonado.

Y como éstos que citamos, había numerosos por entonces en nuestra patria.

Sin seguridad en los campos, sin prestigio ni rentas la corona.

El pueblo, afligido, pobre é ignorante.

La Beltraneja, con amigos tenaces para sostener viva y constante la rebelión.

El rey de Portugal, Alfonso V, herido en su amor propio y despechado, y Luis XI acechando la hora de vengar humillaciones pasadas; las armas portuguesas en Castilla y en Guipúzcoa, las francesas; en la Península entera la nobleza peleando entre sí, sin respeto á la ley general del país.

¡Qué conjunto tan deplorable y lastimoso!

Apresurémonos á acentuar el cambio.

Los magnates, sometidos; los franceses, rechazados en Fuenterrabía; los portugueses, arrollados y vencidos; Luis XI, pactando paz con la reina de Castilla; la Beltraneja, en un convento.

¡Transformación llevada á cabo en un corto número de años!

Después de esto, la gran epopeya de la conquista de Granada, capaz por sí sola de inmortalizar un siglo, cuando más un solo reinado.

La lucha de ocho siglos, terminada.

La tosca cruz de madera de Pelayo, sustituía por la de plata de Fernando é Isabel, implantada sobre los muros ya cristianos de la Alhambra.

Un momento de reflexión.

¡La idea religiosa siempre!

Nos parece oir exclamar á algunos.

Y nosotros les diremos:

Sí... ¡siempre esa idea, como origen y fundamento de las glorias de la patria!

Preguntad á Covadonga, á Calatañazor, á Toledo, á Zaragoza, á Las Navas, á Valencia, á Sevilla, y, por último, á Granada, y aun hoy, después de tanto, no osarán negarnos que á la religión deben y á la religión cristiana, el ser libres de la humillación y de la esclavitud musulmana.

Y libres de la ambición y la rapacidad que las tuvo sumidas por espacio de largos siglos en la mayor desgracia.

No seamos ingratos los hijos del siglo XIX con lo que nos permite pronunciar orgullosos las palabras *progreso* y *libertad*, que nosotros no amamos menos que vosotros los más entusiastas.

Sólo que nosotros no las concebimos, ni esperamos verlas triunfantes por completo, hasta que las veamos cobijadas bajo la égida protectora del madero Santo de la cruz en que espiró Jesús, el Hombre-Dios, para redimirnos del pecado que las hace imposibles y las aleja cada día más de las naciones cristianas.

V.

Grandezas y desdichas de la patria.

Por qué ocultarlo?

¿Por qué no decirlo?

Grandeza y poderío tanto, se debieron principalmente á las altas cualidades, á los talentos y las virtudes de una mujer.

Nacida en Madrigal el año 1451.

Criada con don Alonso, su hermano, en Arévalo, cuya muerte misteriosa y prematura vino á llorar al monasterio de Santa Ana de Avila, del orden de San Bernardo, fundación del Obispo don Sancho Dávila, maestro y ayo que fué del rey don Alonso XI, y notario mayor de Castilla.

Hija de don Juan II, hermana de don Enrique IV, á quien dió pruebas de grandísima *lealtad*, la que después había de conseguirlas de los más díscolos, ambiciosos y turbulentos magnates.

Prenda de paz y de armonías en Guisando, sitio agreste y pintoresco, que visitamos hace muchos años, y á cuyo pié se ven los famosos toros de pie-

dra, desgastados por el transcurso de los siglos, y que constituyen uno de los monumentos más extraños y singulares, cuyo origen se ignora, atribuyéndose indistintamente á las dominaciones fenicia, romana, goda y agarena.

Proclamada heredera del trono castellano en 19 de Septiembre de 1468 en la nobilísima ciudad de Valladolid, en que escribimos este libro, llegando á ocuparlo á la muerte de don Enrique, acaecida el 11 de Diciembre de 1474, por extinguirse en él la línea varonil de Trastamara.

Casada sin pompa ni ostentación alguna con don Fernando de Aragón en 18 de Octubre de 1469, á quien su padre don Enrique hizo cesión de la corona de Sicilia, conservando la de Castilla hasta su muerte, ocurrida en 1474.

Ya habreis adivinado el nombre de esa mujer:

ISABEL I DE CASTILLA.

Nombre augusto, venerable, esclarecido, hermosísimo, poético y grande.

Nombre que, al colocarle en la página de un libro, le llena toda entera, como sucede con el de *Teresa de Jesús*, que hemos colocado antes en lugar de preferencia y distinción.

¡Cuántos recuerdos de grandeza y de esplendor despierta ese solo nombre, y cuán difícil la pretensión de encerrarlos en brevísimo espacio, como á ello estamos al presente obligados, para caminar

con cierto desahogo en el curso de nuestra narración!

Grande ha sido el tiempo empleado para la preparación de lo que hemos de consignar aquí, y titánico el esfuerzo para dejar tan sólo lo que hemos conceptuado por útil y conveniente á nuestro fin.

Hemos dado á esta obra el triple carácter de religiosa, histórica y nacional, y necesitamos justificarlo.

Aparte de que cuanto hemos dicho y vamos á añadir tiene íntima relación con personajes que fueron parientes de la Santa, y de otros de los cuales antes de ahora hemos hablado.

Es además indispensable, para juzgar una época histórica dada, conocer las anteriores inmediatas, y más aún, si para una nación, para un país, llegaron á ser tan notables como la que precedió á la en que vivió Teresa de Jesús.

¿Creéis que podríamos apreciar ésta sin evocar, sin determinar los más salientes acontecimientos de la que la precedió?

Recapitulemos, pues, y os rogamos tengáis en cuenta que lo consignado ahora ha de economizarnos mucho para después, siendo éste el sitio y el momento más oportuno para completar la correría histórica comenzada en el número anterior.

Coincidieron casi con los hechos que forman el período más glorioso de nuestra patria, adelantos,

progresos que los prepararon ó acrecieron en altísimo grado.

Uno, el más grande, el invento del arte tipográfico por Gutenberg.

¡El libro, primero!

¡Las revistas y el periódico, hoy!... Conductores admirables de la idea.

Elementos poderosos de civilización.

Lábaros sacratísimos de todas las emancipaciones de la especie humana.

Nosotros les saludamos como hijos agradecidos, con las energías mayores de nuestra alma y las efusiones más vivas de nuestro corazón.

Y al hacerlo, unimos á ese saludo á cuantos á ese arte se consagran, nuestros hermanos, sin cuyo auxilio y cooperación nada seríamos.

Procedieron con habilidad suma Fernando é Isabel en la gobernación de los dos reinos, bajo su cetro amalgamados providencialmente.

Hagamos un brevísimo inventario de cuanto hicieron en pro de la patria.

Crean la Santa Hermandad, auxiliándoles eficazmente en esta institución salvadora Alonso de Quintana, contador mayor de la reina; Juan de Ortega, prior de Villafranca de Montes de Oca, y Alonso de Palencia; siendo acaudillada por don Alfonso de Aragón, hermano del rey, duque de Villafranca, y caudillo ya memorable durante la guerra contra los portugueses.

Administraron personalmente la justicia, restableciendo esta costumbre laudabilísima que había caído en desuso durante los reinados anteriores.

Justicia paternal é igual para todos.

Confían [1] á Alonso Díaz de Montalvo, natural de Arévalo, nacido en 1405, la Compilación que lleva su nombre, sirviendo ésta de iniciación para otras posteriores más completas y acabadas.

Engrandecen el Erario; alivian y protegen á los débiles y someten á los grandes.

Establecen, puede decirse, el Tribunal de la Fe, ó del Santo Oficio.

Dan vida á los municipios, origen de las germanías, comunidades, sexmos, hermandades y merindades; agrupaciones admirables, y dignas de ser imitadas hoy más que nunca que la centralización lo absorbe y avasalla todo.

Cristóbal Colón descubre un Nuevo Mundo, merced á la protección de un pobre fraile, que es el primero que ve brillar en su frente los resplandores del genio, cuando pobre y abatido, en unión de su hijo, le ve llegar al convento de franciscanos de la Rábida, y como confesor que había sido de Isabel, hace á ésta su presentación en los días mismos de la toma de Granada.

¡Cédula memorable la que contiene el pacto de aquel soñador y visionario con los egregios esposos, fechada el 30 de Abril de 1492!

---

[1] En 1480.

El gran suceso, sólo por el abad de la Rábida é Isabel I comprendido y aceptado, se realizó.

Y el 12 de Octubre de 1492 Colón implantaba el estandarte de Castilla y Aragón en un suelo ignorado, y el 15 de Marzo del año siguiente volvía de regreso á España para patentizar la mayor de las conquistas por el talento realizadas.

Sucedieron á tantas grandezas la recuperación y reincorporación á la corona del Rosellón y de Cerdeña; la reconquista de las Canarias; el arreglo y organización de los consejos, de los tribunales civiles y eclesiásticos; la creación de las universidades y de otros institutos científicos y literarios, y las leyes suntuarias.

Aquella admirable mujer, Isabel I, aprendió en casi menos de un año el difícil idioma de la Iglesia, hasta el punto que en ella le hablaba y escribía su confesor.

Hizo en este mismo orden que sus hijas hilasen, cosiesen y bordasen, habilidades en las que élla sobresalía, haciendo venir para esto á España maestros extranjeros que las enseñasen; y más aún que de ellas, cuidó de su hijo el príncipe don Juan.

Ejemplo que sirvió de estímulo, y ya no hubo apego como antes á la ignorancia, trocándose en amor al saber la general indolencia pasada.

Hubo mujeres doctas, mujeres sabias, como doña María Pacheco y la marquesa de Monteagudo, hija de los condes de Tendilla.

Y florecieron bajo la protección de la reina de Castilla, la hija del célebre historiador Lebrija, como profesora en Alcalá de retórica y poética, y doña Lucía de Medrano, enseñando en Salamanca los clásicos latinos.

Llegando por todo ello á decirse por Pablo Giviro: «que no era noble español quien tenía aversión á las letras y á los estudios.»

Y las escuelas de Valladolid, Sevilla, Toledo, Granada, Cervera, Alcalá y Salamanca, llegaron á contar á miles los alumnos.

Y la célebre pragmática de 1480, concediendo á favor de los libros extranjeros su libre introducción en España sin pago de derechos, y la carta-orden fechada en Sevilla en 22 de Diciembre de 1477, excusando de pagar alcabalas, almojarifazgo, ni otro derecho alguno al impresor de libros de molde, á Teodorico Alemán, establecido en Murcia, patentizan lo que nos hemos propuesto hacer resaltar encomiando las grandezas de la patria.

En cuanto á nombres ilustres de sabios y literatos, no acabaríamos de citarlos si á ello nos viésemos empeñados, todos los cuales hicieron que la lengua castellana se perfeccionase y hasta que llegase á ser de moda el hablarla ó entenderla en las naciones extrañas que por tantos motivos nos envidiaban.

El *Cancionero general*, publicado en el primer tercio del siglo XVI, á que á grandes rasgos hemos lle-

gado, muestra es ostensible é imperecedera de lo que la poesía llegó á ser; Mena y Santillana sobresalen en él, é inician el romance morisco que tanta gloria debía proporcionar á España.

Y el teatro, la pintura, la arquitectura y la escultura, florecieron á igual compás.

Y las ciencias no quedaron á la zaga, tanto las sagradas como las profanas.

Y el arte militar adquirió vuelos fabulosos que no había logrado alcanzar anteriormente.

Atendían á todo y se multiplicaban los reyes católicos.

No hubo ramo á que no diesen vida y esplendor con sus acertadas medidas y exquisita vigilancia.

Viniendo á ser reducido espacio para tanta grandeza el suelo patrio, y haciéndose extensivo á tierras lejanas el poderío de los monarcas.

Roma, Nápoles, Milán, Venecia y Florencia, nombres son que van unidos al del famosísimo Gonzalo de Córdova y á los triunfos innumerables por el Gran Capitan alcanzados.

Y el de Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, símbolo es de la reforma de las órdenes monásticas y del clero regular, en quien Teresa de Jesús pudo inspirarse, si es que no recibiera inspiración directa de más alto.

Veamos ahora el reverso; que así son las cosas todas de la vida.

Á período tan floreciente, sucedieron horas de amargura, de lágrimas, de *desdichas* para la patria.

La gran Isabel, si bien veía recompensados sus desvelos y sus cuidados como reina, comenzó luego á sentir los rigores de la suerte en lo que tocaba á su felicidad como madre, perdiendo al ídolo que más amaba, al príncipe don Juan [1], y después de éste á la infanta doña Isabel [2], ya declarada y jurada como heredera de sus padres, y posteriormente al hijo de ésta, al infante don Miguel, en quien esperaba recayesen los tres reinos que gobernaban sus progenitores, Castilla, Aragón y Portugal.

Enferma y abatida, pero sufrida y resignada, creyó la reina que aún la restaba algún consuelo y alguna esperanza.

Aguardó impaciente la venida á España de su hija doña Juana [3], casada con el archiduque don Felipe de Austria, á quien correspondía de derecho la doble corona de sus padres, no atreviéndose á dar crédito á cuanto de su hija y de su yerno se decía.

La realidad acabó por agobiar su espíritu contristado, y su físico extenuado y enflaquecido.

Doña Juana amaba á su marido con frenesí, y su marido la correspondía con menos entusiasmo, ó acaso no la amaba.

---

[1] En Salamanca, el 4 de Octubre de 1497.

[2] En Zaragoza, el 23 de Agosto de 1498, al dar á luz al infante don Miguel.

[3] Se verificó en Enero de 1502.

Prescindiendo de esto, la situación de la infortunada heredera del trono era por todo extremo lamentable.

Tenían don Felipe y doña Juana un hijo, nacido en Gante el 24 de Febrero de 1500, y la desdichada princesa dió á luz un nuevo infante, á su regreso de Aragón para Castilla, en Alcalá de Henares, el 10 de Marzo de 1503.

El primero se llamaba Carlos; al nacido en España se le dió el nombre de Fernando.

Vuelto don Felipe á Flandes, empeños incomprensibles por parte de la desdichada doña Juana en seguir á su marido á todas partes, motivaron el que doña Isabel I viniese á Medina del Campo para contener á su hija.

No hubo medio de disuadir á la enamorada, que se embarcó para reunirse con el archiduque en el puerto de Laredo en la primavera del año 1504.

Llegamos al fin de nuestra excursión histórica.

El 26 de Noviembre del mismo año del embarque de doña Juana, la más esclarecida de las reinas, la dama más ejemplar, la esposa más fiel, entregaba su alma al Creador en Medina del Campo, despues de haber soportado sobre sus puras y hermosas sienes el peso de una corona durante treinta años, contando á su fallecimiento cincuenta y cuatro.

Regocijémonos por un instante.

El 28 de Marzo de 1515 nacía en Ávila la gran TERESA.

¡Ah!... si se hubiesen conocido la reina Isabel I y la Santa... ¡cuánto se habrían comprendido y auxiliado!

La pérdida de la reina dejó á España sumida en la mayor aflicción y el más grande desconsuelo.

El rápido inventario que acabamos de hacer de su reinado, ha exigido de nosotros estudiarle por entero, y al llegar á este momento nos sentimos vivamente impresionados, habiendo necesitado apresurarnos á citar la venida al mundo de nuestra heroína, para mitigar el sentimiento que nos ha causado consignar la fecha tristísima de la pérdida de *Isabel I*, cuyos restos venerandos reposan á la sombra de las torres musulmanas de Granada, por ella, casi sólo por ella, conquistada.

Cerróse con la muerte de Isabel el período de las *grandezas*, y se abrió el de las *desdichas* de la patria.

¿Las anotaremos todas?

De manera ninguna.

¡Fueron tantas!

Permítasenos hacer aquí un pequeño descanso, con tanto más motivo cuanto acaso nuestros lectores podrán sentirse algún tanto fatigados.

VI.

Nuevos quebrantos.

El rey viudo don Fernando de Aragón hízose cargo de la regencia hasta la venida de su hija doña Juana, que, según dejamos dicho, había vuelto á Flandes llevada por su amor conyugal, tan mal correspondido por el titulado Felipe el Hermoso, por el hijo del emperador Maximiliano de Alemania.

Y aquí se nos ocurre indicar cuán acertados han de ser los enlaces reales, para no traer en pos de sí complicaciones que jamás pueden después evitarse.

El de Isabel y Fernando fué acertado.

El que contrajo doña Juana, su hija, con el soberano de los Países Bajos, funesto en alto grado.

Juraron fidelidad á doña Juana como reina de Castilla, y á su esposo, don Felipe, los prelados, los grandes y los procuradores de las ciudades, reunidos en Toro el 17 de Enero de 1505, y el rey de Aragón se retiró á sus dominios tan luego como los esposos vinieron á España.

Fernando de Aragón, que había sabido compartir tan dignamente su misión con Isabel de Castilla; que se condujo con sus hijos nobilísimamente como si recibiera aún inspiraciones de la que había subido al cielo, eclipsó presto sus glorias pasadas, recelando del Gran Capitán Gonzalo de Córdova, ahondando divisiones y asechanzas extrañas contra España, y, sobre todo, contrayendo segundas é impopulares bodas con Jermana de Foix, sobrina del rey de Francia, Luis XII, é hija de Juan de Foix, señor de Narvona.

Reconocida en Valladolid doña Juana como reina, y Carlos, su hijo, como su sucesor el 12 de Julio de 1506, es decir, ya en vida de Teresa, el borgoñés don Felipe, de carácter inquieto, ambicioso y mal marido, murió en Burgos cuando menos se esperaba.

Y fué entonces cuando Jiménez de Cisneros, atendida la notoria locura de la reina, se encargó de presidir el consejo de la regencia, haciendo que viniera á Castilla el rey don Fernando, y obligándole á empuñar de nuevo las dobles riendas del gobierno.

Los triunfos de nuestras armas en las regiones septentrionales de África, y en especial la toma de Orán, habían dado renombre al Cardenal.

De 1508 á 1510, la incorporación á Castilla del reino de Navarra, aplacó en parte el disgusto de los pueblos hacia Fernando.

El brevísimo reinado de don Felipe I se había señalado por la preponderancia de los extranjeros, y los comienzos del de su hijo don Carlos dieron motivo por razón análoga á las célebres Comunidades castellanas, nota saliente que no podíamos pasar en silencio en esta correría histórica, cuya utilidad y provecho hemos de justificar más adelante.

El monarca aragonés murió el 23 de Enero de 1516, á la edad de sesenta y cuatro años, cuarenta y uno de haber compartido el trono de Castilla con Isabel, y treinta y siete después de heredado el de Aragón.

Reunidas las Cortes en Valladolid en 1517, rindieron pleito-homenaje á don Carlos, no obstante que vivía aún su madre doña Juana.

Cisneros, que le reservó la corona, murió bajo la pena de la ingratitud, enfermedad la más acerba para espíritus nobles y generosos como el suyo.

Ocurrió tan gran desdicha para España el 8 de Noviembre de 1517, pocos días antes del verdadero advenimiento al trono de la dinastía austriaca.

Hallándose en Cataluña el monarca recibió la noticia de la muerte de Maximiliano I, su abuelo, emperador de Alemania, cuya nación le había aclamado como sucesor suyo en el imperio.

Nunca hubiera acaecido esto; pues acariciando el proyecto vanidoso de tomar posesión personal

de su mando, ya nada pudo detenerle en España.

Las ciudades de Toledo, Segovia y Ávila manifestaron su descontento, y poco después su hostilidad declarada, especialmente la primera, que haciéndose eco de todas en 7 de Noviembre de 1519, expuso en una carta, dirigida á las demás, cuáles eran las exigencias que tenía cerca del rey.

Carlos desoyó con altivez estos ruegos, con lo cual ocasionó el levantamiento en armas de sus súbditos castellanos.

Durante la fugaz pero memorable campaña que por recobrar su independencia las ciudades y pueblos castellanos sostuvieron, fué cuando surgió la enemistad de que ya hemos hablado entre don Pedro Sánchez de Cepeda, tío de Teresa, y don Juan Manrique de Lerma, Corregidor de Madrid, y padre de don Luis, el auxiliar secreto del Santo Oficio.

Enemistad profunda, y que debía hacer arrepentir á don Pedro de haber enviado á su hija María á Madrid con los marqueses de la Cuevas.

Temía por ella el buen padre, reteniéndola en Avila, donde á cada momento ocurrían por entontonces motines y asonadas.

El 20 de Mayo de 1520 partió don Carlos para embarcarse en la Coruña.

No había aún salido de España el monarca, cuando Segovia inició el movimiento, dando la

primera el grito de guerra, no como suponen algunos contra el rey, sino contra sus favoritos los flamencos, y á motivo del olvido en que se tenía cuanto había ordenado en su célebre testamento la reina doña Isabel.

Perecieron á manos del pueblo en aquella sangrienta jornada dos alguaciles del Corregidor don Juan de Acuña, que estaba ausente á la sazón, y á su lado colocaron poco después los de la ciudad el cadáver mutilado de don Diego de Tordesillas, que habiendo ido á ver al rey, y desoyendo los prudentes consejos de Juan Vázquez, su compañero, cuando volvían de Galicia sin respuesta satisfactoria del monarca, que ya le tenía por traidor, creyó fácil dominar el tumulto popular.

Fué esta la primera chispa del voraz incendio que, lejos de contener, avivaron los del gobierno que residía en Valladolid, aun cuando trataron, con mejor voluntad que acierto, de contener las iras y satisfacer los agravios populares.

No queremos, empero, proseguir escribiendo por nuestra propia cuenta acerca de acontecimientos que no juzgan todos de igual manera y del mismo modo.

«Si razón y justicia hubo alguna vez para estos sacudimientos populares, tal vez,—dice Lafuente en su concienzuda y juiciosísima historia,—ninguna revolución podía justificarse tanto como la de las ciudades castellanas, puesto que éllas habían

apurado, en demanda de la reparación de las ofensas, todos los medios legales que la razón, el derecho natural y divino conceden á los oprimidos contra los opresores, y todos habían sido desatendidos y menospreciados.»

Y añade:

«El levantamiento no fué resultado de una conjuración clandestina, ni producto de un plan hábil y maliciosamente fraguado; fué un arranque de despecho, fué la explosión de la ira popular por mucho tiempo provocada; y si una ciudad tomó la iniciativa, su excitación no necesitó de grande esfuerzo, y apenas logró ser la primera, porque una tras otra se fueron las demás alzando, toda vez que en casi todas dominaba el mismo espíritu, y el movimiento fué tan espontáneo, que se acercó á la simultaneidad, y tan uniforme, que parecía combinado sin que precediera combinación.»

Y luego prosigue:

«El grito era el mismo en todas partes: venganza y castigo de los procuradores que se habían prestado al soborno, y habían sobrecargado al pueblo, faltando á los poderes é instrucciones recibidas de sus ciudades; que no gobernaran extranjeros; que los empleos de que se habían apoderado volvieran á ser desempeñados por españoles; que cesara la extracción del dinero á Flandes, que tenía agotado el Tesoro y empobrecido el reino; que se guardaran las leyes, costumbres, fueros y libertades de Castilla; que el rey otorgara y cum-

pliera los capítulos presentados en las Cortes por las ciudades; que volvieran las cosas al estado en que las dejó la inolvidable reina Católica; que el monarca residiera en el reino. Ni una palabra contra la autoridad real, ni un pensamiento de menoscabar las atribuciones que daban á la corona las leyes de Castilla.»

De modo alguno hubiéramos podido decir nosotros mejor ni en tan brevísimo espacio, lo que fueron las Comunidades, y nos convenía recordar al lector en este momento.

Hubo atropellos, vejaciones, desmanes en aquel unánime y patriótico levantamiento; pero ¿cuándo no los hay en tales casos?

«Las masas no reflexionan y siguen ciegas el movimiento que les imprimen los más osados, los ambiciosos, los resentidos, y no pocas veces los que por burlar las penas que, por sus anteriores crímenes tienen merecidas, se proclaman héroes, titulándose á sí mismos padres y salvadores de la patria.»

Esto mismo hemos dicho nosotros muchas veces en nuestras obras anteriores.

Ronquillo, por mandato del regente del Reino, el Cardenal Adriano, y los del Consejo, fué sobre Segovia, lo cual, al saberse, excitó los ánimos, las protestas se hicieron unánimes y sobrevino la lucha.

VII.

Los Sánchez de Cepeda y los Manrique de Lerma.

La ciudad natal de *Teresa*, como cercana á Segovia y tan hermanas entre sí que en todo se asemejan aun hoy mismo, fué el punto escogido para centralizar la acción comunal.

En Ávila se inauguró en 29 de Julio de aquel año [1] la *Santa Junta*, así llamada por acuerdo unánime de Dávalos y Padilla, jefes del movimiento, cuyo foco principal mantenían en Toledo estos dos personajes tan renombrados.

Toledo, Madrid, Guadalajara, Soria, Murcia, Cuenca, Segovia, Ávila, Salamanca, Toro, Zamora, León, Valladolid, Burgos y Ciudad Rodrigo, tuvieron sus representantes en aquella Junta.

Y no faltaron con tal ocasión en Ávila emisarios secretos del gobierno de la regencia.

Fuélo apasionado é intransigente don Juan Manrique de Lerma, no como traidor y desleal, sino

---

[1] 1520.

como gran amigo que fué del duque de Borgoña, y á la sazón partidario acérrimo de su hijo don Carlos y enemigo tenaz de doña Juana.

Que si no era deshonroso para don Pedro Sánchez de Cepeda formar en las filas de la Comunidad, no lo era tampoco para don Juan Manrique de Lerma pertenecer á la regencia, y ambas familias de ello se vanagloriaban tenazmente cuando dimos principio á esta obra, á pesar de los años transcurridos.

Las revueltas civiles son ocasión y motivo siempre de rivalidades que en otras ocasiones no tendrían fundamento ni razón de ser; pero que una vez suscitadas, se perpetúan y prolongan indefinidamente.

Pruébanlo las de las dos familias de los Sánchez de Cepeda y los Manrique de Lerma.

Dijóse desde un principio *traidores* á los de la Junta de Avila, y *tiranos* á los del Consejo; lo cual contribuyó no poco á colocar por larguísimo tiempo un abismo entre unos y otros.

Y este es un dato más que justifica lo que hemos dicho; y es, que no fué en un principio popular el levantamiento.

Don Hernando Dávalos, desposeído del corregimiento de Gibraltar; don Antonio de Acuña, Obispo de Zamora, ansioso de la mitra de Toledo y enemigo del conde de Alba de Liste; el fogoso esposo de doña María Pacheco y sobrino de Acuña,

á quien halagaba la idea de obtener el maestrazgo de Santiago; don Pedro Ginén, que apetecía dominar las merindades de Salvatierra y la señoría de Medinasidonia; don Pedro Laso de la Vega, que aspiraba á dominar por sí á Toledo; Quintanilla á Medina del Campo, y don Pedro Maldonado Pimentel á Salamanca; el licenciado Bernardino, que apetecía una plaza de oidor en la chancillería de Valladolid; Ramiro Núñez, verse dueño del señorío de León, y muchos otros por sus fines y medro personal particular se unieron al movimiento, viéndose arrastrados, una vez dado el impulso al aspecto que imprimieron á la Comunidad, dictadores surgidos de las masas, tales como el frenero Ucla, de Valladolid; Bobadilla, el tundidor de Medina; Pacheco, el alguacil de Palencia; Villoria, el pellejero de Salamanca, y Pinillos, el pelaire de Avila.

Desnaturalizado por estos últimos el movimiento comunal, llegó el caso de que muchos le desdeñasen; de lo que se complacía en extremo Manrique de Lerma, á quien hemos visto colocado en el corregimiento de Madrid en la época en que dimos comienzo á esta obra.

Las peticiones y súplicas discutidas en Avila se resolvieron en Tordesillas, donde permanecía en funesto estado la desdichada doña Juana, con intervalos de razón, pero de ordinario sumida, dígase lo que se quiera en contrario, en la inercia y el idiotismo de un amor llevado á la exageración, ra-

yante con las excentricidades y los delirios de la locura.

Por mucho que don Juan Manrique de Lerma procuró ocultarse en Ávila para conseguir su objeto, la casualidad le puso cierto día frente de don Pedro Sánchez de Cepeda, tío de Teresa, y desde entonces ambos apellidos fueron bandera de rivalidad irreconciliable.

Digamos cómo sucedió esto.

Una tarde del mes de Agosto se desencadenó casi repentina y súbitamente en la ciudad una horrorosa tormenta.

Muchos de los transeuntes se vieron precisados á guarecerse en los soportales ó portalones de las casas.

Y don Juan, que regresaba del paseo, lo verificó en el muy amplio del palacio de don Pedro.

Fino y galante el dueño de la casa, cuando lo supo se apresuró á bajar al zaguán á ofrecer hospitalidad más propia en sus mismas habitaciones á los cobijados en él, y con este motivo, entre ellos subió Manrique de Lerma.

Nunca lo hubiera verificado, teniendo como tuvo para él aquel sencillísimo hecho las más deplorables consecuencias.

Eran muchos de los allí recogidos amigos del dueño de la casa, y presto se suscitó, una vez reunidos, conversación general acerca de la situa-

ción cada vez más precaria de las ciudades y pueblos castellanos.

Cada cual emitió en confianza su parecer, y excusado es suponer que fuera éste contra la política del ausente monarca, del emperador de Alemania, de don Carlos.

Huído, se atrevieron á decir algunos, para no regresar jamás á España.

Escuchar esto don Juan y no poderse contener, fué todo uno.

—Mienten los que tal sostengan,—dijo con acento de ira.

Y cuantos allí estaban, que no habían reparado en él, volvieron la cabeza enojados.

—Lo repito,—añadió Manrique de Lerma en ademán de provocación.

—¡Traidor! ¡traidor!—exclamaron muchos.

Y á no mediar Sánchez de Cepeda, como señor de aquella morada, el amigo del duque de Borgoña y de la regencia á la sazón, lo hubiera pasado mal.

—¡Muera! ¡muera!—gritaron varias voces.

—Acabemos con él,—dijeron otras.

—¡Miserable!

—¡Villano!

Frases que obligaron á don Juan con notoria imprevisión á desenvainar su espada.

—¡Atrás, canalla!—dijo á los que le amenazaban y se le venían encima.

El tumulto se acentuó más, tomando parte en

él cuantos de fuera supieron lo que en el palacio de don Pedro acontecía.

Obrando como noble Sánchez de Cepeda, se interpuso entre todos, exclamando:

—Me basto yo para castigar al atrevido;—y retirando con violencia á los que cercaban al matrideño, todos le hicieron plaza.

Trabóse entonces entre ambos caballeros una lucha cuerpo á cuerpo, que los de Ávila presenciaban con júbilo.

Allí, en aquella casa, de improviso, sin que escenas parecidas fuesen raras por entonces, los llamados Sánchez de Cepeda y Manrique de Lerma ventilaron sin conocerse, sin saber sus nombres, larga y tenaz pelea.

Demostrando desde luego que ambos eran valientes y habilidosos.

Animaban á don Pedro sus convecinos, que le estimaban en mucho, y á favor de don Juan nadie se interesaba.

¿Qué le importaba á él?

Se había descubierto, se había vendido imprudente, y pagó su ligereza siendo desarmado por su contrario.

Furioso, rojo de ira y de vergüenza, don Juan arrancó con violencia de la mano de uno de los presentes la tizona, y arremetió con denuedo á don Pedro, que contra su voluntad se vió de nuevo precisado á defenderse.

Un segundo desarme acabó de trastornar á don

Juan, que, tomando una daga, quiso herir á Sánchez de Cepeda, y lo hubiera conseguido, si mal herido de una estocada recibida de improviso no hubiera hecho impotente su brazo. Viéndosele vacilar y caer desplomado sobre el pavimento.

¿Estaba muerto?

Al principio así se lo figuraron todos.

El lance terminó trágicamente, bien á pesar de don Pedro Sánchez de Cepeda, que llamando á su mujer acto seguido, la suplicó dispusiese lo conveniente para auxiliar al herido.

Doña Catalina del Aguila acudió solícita al llamamiento de su esposo, y haciendo trasladar al desconocido á uno de los aposentos interiores del palacio, hizo llamar á su médico, quien calificó la herida de pronóstico reservado; y recomendando la mayor quietud del caballero, salió de la estancia murmurando:

—No me gusta esto nada... nada.

—¿Creéis que muera?

—Mucho me lo temo.

Frases que dejaron amilanado á don Pedro y obligaron á sus amigos á retirarse, compadecidos en parte de lo tan sin preparación sucedido.

Sobrevino la fiebre, el delirio, y don Juan reveló durante él á sus bienhechores su nombre y la misión que le había llevado á Avila.

Cuando se divulgó el lance por la ciudad; cuan-

do se supo lo ocurrido con el espía, fué preciso, fué necesario todo el prestigio y el respeto que á don Pedro se tenía para que el pueblo no invadiera su casa, y arrastrase al que aparecía como agente de la regencia.

Los odios políticos no se parecen á ninguno, y don Juan, después de hallarse entre la vida y la muerte por espacio de muchas semanas, al sentirse mejor no reconoció el beneficio ni la merced recibida.

Insultó á Sánchez de Cepeda de nuevo con su desdén y su desprecio, y hasta llegó á proponerle un segundo desafío.

El hidalgo castellano no aceptó el reto, disculpando sinceramente lo ocurrido.

Y no contento con esto, influyó con su mujer para que por sí misma proporcionara la fuga al que los más exaltados pensaban juzgar é imponer el más severo castigo.

El de su *muerte*, con toda seguridad.

Don Juan salió de Avila de noche; pero ni aun así perdonó á su generoso bienhechor.

De entonces databa, pues, el odio de los Manrique de Lerma á los Sánchez de Cepeda.

Y don Juan no perdonó medio de perseguir á don Pedro, obligándole á sufrir serios contratiempos, especialmente desde que, sofocada la rebelión, se restableció el imperio de la ley y el despotismo de don Carlos.

No por pintar con tan negros colores á don Juan

creemos manchar su memoria, pues en él pudo siempre más el rencor político que su nobleza notoria.

Si hubiese logrado saciar su anhelo de luchar, de vencer ó ser vencido con don Pedro, todo habría entre ellos concluído.

Sánchez de Cepeda no halló nunca justa ni cristiana aquella revancha á que le provocó varias veces el padre de don Luis, y de aquí el rencor de éste por creerse con esa misma benevolencia herido en su honor más cruelmente.

Distrajeron á Manrique de Lerma ocupaciones y cargos importantes; el tiempo pareció enfriar aquellos tenaces odios; pero no perdonó nunca al que, comunero de corazón, seguía opinando de diversa manera que él.

De aquí, que no bien supo que don Luis amaba á María, le prohibiese toda clase de relaciones con la doncella, y al decirle su hijo que la joven le desairaba por consejo de su tía, sabedora por su hermana de cuanto sucedido había, se asociase gustoso á los proyectos de venganza del judaizante, de Natam Gutiérrez.

Hemos logrado reanudar en gran parte, como nos proponíamos, la novela, la historia y la vida de la Santa, empresa que nos ha ofrecido serias dificultades, y aunque no lo parezca, nos ha costado mucho.

Pero aún no la hemos concluído por completo.

Ni cabe que dejemos sin terminar acontecimientos históricos que precedieron ó coincidieron con el nacimiento de Teresa y el viaje de María á Madrid.

Sucesos que procuraremos condensar bebiendo en autorizadísimas é imparciales fuentes.

Sin inventar tampoco ahora nada, ni poner cosa alguna de nuestra parte, para evitar que se nos tache de poco exactos y verídicos, defecto muy común en toda obra de imaginación, en la que parece es todo lícito al autor, con tal de producir efecto y mayor sensación.

Como si al mezclar la historia con la novela no hubiese obligación de rendir culto á la verdad por temor de que ésta parezca una repetición de lo que en producciones serias y concienzudamente escritas aparece consignado.

Líbrenos Dios de incurrir en semejante defecto.

Las Comunidades castellanas carecieron de plan, de dirección acertada, y hasta de justificación en muchos puntos; por más que significasen en realidad un grito patriótico y nacional digno de elogio, y acreedor á las simpatías de la posteridad.

«Mancharon y afearon el movimiento,—dice Lafuente al juzgar sus actos,—en su principio los desórdenes, desmanes y crímenes, las escenas sangrientas que de ordinario acompañan al desbordamiento de las masas en los sacudimientos populares, y que si hacen mirar con justo horror y fun-

dado estremecimiento estas revoluciones, son al propio tiempo un cargo terrible para los que, abusando del supremo poder ú obcecados, no las evitan, ó á sabiendas las provocan.»

Y prosigue:

«En los primeros movimientos, todos los excesos que cometían los amotinados eran producidos por una irritación patriótica que los conducía y arrastraba á ensañarse con los que llamaban traidores. Ahorcaban tumultuariamente á los procuradores desleales, incendiaban sus casas, fundían sus alhajas y destruían sus haciendas; pero despues de esto ya cometían estos mismos desmanes con menos generosidad y desprendimiento.»

No cumplieron su misión los comuneros.

Carecieron de energía y de voluntad para remediar los males de que se lamentaban.

Y no contentos con esto, cometieron otros.

Padilla [1], Bravo [2] y Maldonado [3], no lograron, cuando les fué preciso, contener á los descontentos que comenzaron á desertar de sus filas, mermadas, sobre todo cuando el rey agregó á su consejo en calidad de co-regente al almirante don Fadrique Enriquez que vivía retirado y desengañado en sus posesiones de Cataluña.

Desoyéronse los consejos de este hombre honra-

---

1 Por Toledo.
2 Por Segovia.
3 Por Salamanca.

do y sincero patriota, y la derrota de Villalar acabó con las Comunidades castellanas.

No insistamos sobre este desastre, que tan sólo recordarle nos hacía al caso.

La trágica muerte de los tres famosos caudillos, Padilla, Bravo y Maldonado, y la de los que perecieron en Toledo por orden del sanguinario prior de San Juan, llenaron de estupor á los pueblos.

Ved, si no, en prueba de ello, lo que dicen verídicos cronistas é historiadores por nosotros consultados:

«Poco más de un año había transcurrido, y el 26 de Agosto de 1522 don Carlos vino á Valladolid; pasó luego á Tordesillas á visitar á la reina doña Juana, su madre, y dos meses después, y cuando hacía año y medio de la derrota de los comuneros en Villalar, y cerca de uno de la rendición de Toledo, último aliento de la revolución; decapitados los principales caudillos, tranquilo y sosegado todo el reino, y sin que nadie pensara ni pudiera pensar en moverse, entonces, y sólo entonces, otorgó el monarca, con sangriento sarcasmo, su famosa *Carta de perdón*, leída por su escribano de cámara en la plaza de Valladolid el 28 de Octubre, y que como sucede muchas veces, le valió el título de clementísimo y el que se pondere aún su generosidad y su indulgencia.»

Para empañar estos merecimientos, bastará que digamos aquí, que en un sermón predicado por

Fr. Antonio de Guevara para conmemorar la batalla de Pavía [1], decía al rey este gran enemigo de los comuneros, con objeto de excitarle á la compasión, lo siguiente:

«Más seguro es á los príncipes ser amados por la clemencia, que no ser temidos por el castigo... Los que á V. M. ofendieron en las alteraciones pasadas, dellos son muertos, dellos son desterrados, dellos están abscondidos y dellos están huidos: razon es, Serenísimo Príncipe, que en albricias de tan gran victoria se alaben de vuestra clemencia y no se quejen de vuestro rigor. Las mujeres destos infelices hombres están pobres, las hijas están para perderse, los hijos están huérfanos y los parientes están afrentados; por manera que la clemencia que se hiciere con pocos, redundará en beneficio de muchos.»

Demostración inequívoca de cuanto hemos expuesto hasta aquí, explicar puede los efectos terribles de los disturbios nacionales y el odio tenaz que los Manrique de Lerma tenían á los Sánchez de Cepeda.

Odios y enemistades que más adelante han de darnos motivo para interesantes episodios en la narración interrumpida, para entrar de lleno á referir las niñez de *Teresa*, como lo verificaremos ahora desembarazadamente sin ninguna dificultad ni entorpecimiento alguno.

---

[1] Que tuvo lugar en 1525.

Hemos dado á conocer la situación de las cosas en España al venir al mundo la heroína principal de esta obra, y cuenta que sólo así nos hubiera sido dable comprender y explicar muchas de las cosas que respecto á sus primeros años nos refiere la misma Santa.

VIII.

Lo que puede la imaginación y lo que impresiona un sueño.

Dió de cenar, desnudó y acostó por sí misma, según lo verificaba de ordinario, doña Beatriz á sus hijos, la noche de la velada cristiana, complaciéndola en extremo el oirles rezar.

Oraciones breves, como de niños; pero ya tiernas, expresivas y fervorosas.

Estampó un beso apasionado en las frescas y sonrosadas mejillas, en los labios purpúreos ó en las tersas y nacaradas frentes de aquellos pedazos de su alma, y diciéndoles con acento cariñosísimo:

—Hasta mañana, si Dios quiere, queridos míos.

Les dejó, yéndose á reunir con su esposo don Alonso y su cuñado don Pedro, según dijimos en el número primero de este libro.

La niña Teresa no se durmió tan pronto como otras veces.

Permaneció despierta largo rato.

Al fin sus párpados se cerraron.

Y soñó.

Nos interesa, nos importa, por motivos que diremos después, conocer su sueño.

Fuertemente impresionada por la lectura, su ya viva y precoz imaginación le representó cuanto Santa Eulalia había hecho para alcanzar y conseguir el martirio.

Después de esto se verificó en su sueño una metamorfosis extraña.

Y ya no fué la heroína cristiana la protagonista de su sueño, sino ella misma.

Cuando á la mañana del siguiente día su virtuosa madre vino á la alcoba, halló vestida á Teresa y arrodillada ante un cuadro de Nuestra Señora del Carmen.

Procuró no hacer ruido por no distraer á la niña, complaciéndola en extremo aquella muestra de su devoción.

Un niño colocado de rodillas, con las manitas juntas, los ojos fijos en un crucifijo ó en una imagen, orando con fervorosa piedad, es y será siempre asunto interesante y encantador para un cuadro.

Pero ese encanto acrece, si á esos niños que así rezan, quienes les contemplan son sus padres.

No cabe indiferencia, ni aun ateismo que resista una emoción semejante.

Al apercibirse Teresa que doña Beatriz estaba

allí viéndola y aguardándola, se alzó repentinamente y corrió hacia ella.

La madre la recibió en sus brazos.

Doña Beatriz había podido oir parte de la oración de la niña.

—Virgen Santísima,—dijo;—dadme fuerzas, dadme valor para llevar á cabo mi deseo.

Y sin adivinar lo que pudiera significar lo que decía Teresa, doña Beatriz sintió un vago temor, una inquietud que no pudo explicarse.

Pero en el momento que Teresa, los ojos llenos de lágrimas, pálida y temblorosa se refugió en su seno, y permaneció algunos minutos sin proferir palabra, su alarma se acentuó más.

—¿Qué tienes, hija mía?—le preguntó.—¿Qué te sucede?... ¿Qué te pasa?...

La niña no respondió.

—¿Estás enferma?

Y Teresa no supo qué contestarla.

Al fin la dijo:

—No, no tengo nada... He soñado...—murmuró.

—¿Alguna pesadilla?...—replicó su madre sonriendo.

—¡Oh! no, madre mía... Mi sueño ha sido tranquilo...

—¿Entonces por qué tiemblas?

—He soñado que me separaba de tí, de mi amadísimo padre... Después me he visto ante un hombre muy feo, con muchas barbas, que estaba sentado bajo un dosel... Aquel hombre tenía un mirar muy

fosco, y me decía, entre otras cosas...: Reniega de tu fe, Teresa; reniega de Jesús y de la Santísima Virgen...

—¿Y tú, qué le contestabas?—preguntó la esposa de don Alonso, como si lo que la niña le decía fuese verdad.

—Yo le contesté con energía: ¡Nunca! ¡nunca!

—¡Ah! ya caigo... Lo que nos leiste anoche.

La niña continuó hablando:

—A poco me sacaron fuera de aquel salón y me llevaron á un calabozo oscuro y lóbrego... Al ir á mi encierro ví mucha gente que me miraba con compasión... Yo seguía repitiendo con energía: ¡nunca! ¡nunca!... ¡Alabados sean Jesús y María Santísima, su madre bendita!

—¿Eso decías?—volvió á preguntar doña Beatriz, interesándole el relato de Teresa.

—Sí; algunos lloraban... Yo no sé por qué lloraban, madre mía.

Doña Beatriz escuchaba cada vez más absorta á su hija, sin comprender, ó no queriendo comprender el alcance de sus palabras.

Había, empero, en el acento de la niña, en su cara, en el brillo de su mirada tales resplandores, que no era dable sustraerse á una secreta fascinación por todo lo que con ingenua sencillez iba diciendo.

Teresa prosiguió:

—Yo les decía: no lloréis... Ved que yo estoy contenta, y nada temo confesando que soy cristia-

na... Porque yo creo, madre, que debía de estar entre enemigos de nuestro Dios, de nuestra santa religión... Y creo más: que me amenazaba el martirio.

La noble castellana se estremeció al oir las últimas palabras de su hija.

Hasta aquel instante no alcanzó lo que el sueño de Teresa podía significar; al comprenderlo, toda asustada la abrazó fuertemente.

¿Sería aquéllo un presentimiento?

¿Algo á manera de profecía?

—¡Ah! no, no, hija mía,—exclamó entonces.—Para salvarse, para ir al cielo, no hace falta tanto; no es necesario sufrir el martirio... Hay muchas maneras de agradar á Dios, y esa... No es que yo no la envidie y la desee; pero para tí, no.

Y al decir esto, abrazaba con terror y emoción visible á la niña.

—¿Pero es verdad, madre, que hay enemigos de Jesús?—preguntó Teresa á doña Beatriz.

—Ya lo creo,—se le escapó decir á ésta.

—¿Gentes capaces de perseguir y hasta de hacer morir á una persona si no reniega de María, de esa divina criatura que me habéis enseñado á querer y amar más que á vos misma?...

—Sí...—dijo con voz tenue la esposa de don Alonso.

—¿Pero esos no serán españoles?—añadió Teresa en un arranque impropio de sus años, como mucho de cuanto ya la niña decía y hacía.

—No;—respondió la castellana más resueltamente aún, con no menos amor y entusiasmo patrio.

Amor y entusiasmo perdido, por desgracia, en nuestros días, y que nosotros quisiéramos poder renovar con estos libros, por alguien juzgados con tanta benignidad.

¿Qué habría doña Beatriz contestado hoy?

¡Pobre nación la nuestra si no acierta á conciliar presto la creencia en el único Dios verdadero, y las aspiraciones de su dicha y su felicidad material, que nosotros no afeamos!

El desnivel es notorio; el antagonismo funesto del progreso y la libertad con la religión del crucificado, ha de traernos, tarde ó temprano, un cataclismo que cuantos estiman á España debieran procurar evitar.

Teresa, con esa candidez de las criaturas, por precoces que sean, que al fin era una niña y no hemos de olvidarnos de ello, añadió:

—¿Serán esos que dicen fla... mecos?

Doña Brígida, al oir esta última pregunta de su hija, pregunta propia de sus seis á siete años, no pudo contenerse, y celebró la gracia dándola multitud de besos.

—Flamencos, flamencos,—querrás decir.

—Eso, eso... fla... flamecos.

Los que no seáis padres, los que no tengáis hijos pequeñuelos, no comprenderéis la significación y el gran valor de esto que escribimos.

Eran por entonces, según hemos dicho, en Castilla los flamencos, á quienes protegía de una manera inconveniente el monarca Carlos, la pesadilla de todos, y su antipatía, como es natural, se hacía extensiva hasta por parte de los niños.

Nuestra principal heroína lo era en realidad, y como cosas de niña tomó su madre al fin lo que su hija la dijo acerca del martirio, explicándose todo ello por la lectura que ya conocemos.

Lectura no de un día, sino que se hacía en aquella casa todos los días del año.

Ya no se leen las vidas de los santos, á pesar de ser un vasto arsenal de los mejores ejemplos.

Vinieron, al llegar á este punto la conversación, algunos hermanos de Teresa en busca de doña Beatríz, y saludándola con demostraciones afectuosísimas, lograron distraer á la dama, y concluyeron por llevarse á Teresa al comedor á desayunarse.

Allí aguardaba don Alfonso á sus hijos, y su mujer no quiso referirle nada de lo que le había dicho la niña, porque no se disgustase.

No fué para Teresa una impresión pasajera y fugaz la del sueño.

Sin que lo notaran sus padres volvió á leer la vida de Santa Eulalia, mártir, y no le satisfizo aún aquella sola lectura.

Repasó los pasajes que más fuertemente la habían conmovido, hasta aprenderlos casi de memo-

ria; facultad que, como todas, tenía á la sazón la niña admirablemente desenvuelta y despejada.

Siendo común este desarrollo armónico en cuantas criaturas están llamadas, si sobreviven, á tener grandes cualidades y talentos en el mundo.

—¡Oh!—decía Teresa,—esto no se me ha de olvidar... Quién sabe si alguna vez, —reflexionaba,— me hará falta saberlo para repetirlo ante alguno de esos pícaros que no quieren á Dios. ¡Habráse visto malvados tales!... Y lo raro es que pueda haberlos aún... Que así fuese cuando la santa vivía... pero ahora...

Y así pensando, la niña sentía hacia los enemigos de Jesucristo cuanta animadversión cabía en su corazón.

Hemos dicho mal; en el corazón de Teresa no tuvo nunca cabida el odio... Teníalos compasión, lástima, y su deseo más vehemente hubiera sido convertirlos.

Como si aun siendo tan niña tuviese ya la intuición de las comparaciones, Teresa leyó luego «la Pasión meditada,» y entre el *Año cristiano* y este precioso libro halló que lo mejor que podía hacer era imitar á Jesús, y morir por Jesús, como Jesús había muerto por nosotros.

Y desde aquel momento, desde aquella hora, el pensamiento constante de la niña fué el martirio.

Sentía hacia un fin como el que había leído mu-

chas veces y soñado, una atracción intuitiva, pertinaz, misteriosa, irresistible.

Ignoraba lo que era el dolor, mimada y querida como estaba por sus padres, por sus hermanos, por sus tíos y sus parientes todos.

Sólo le horrorizaba la sangre cuando la vió correr, ocasionada por el ciego desbordamiento de los motines populares.

Que como en Segovia y Medina del Campo no dejó de haberlos en Ávila.

La sangre vertida en holocausto de amor por Jesucristo, parecíale á Teresa que debía deslizarse con dulzura y placer del cuerpo humano.

Nadie la había dicho, nadie la había enseñado estas cosas.

Tampoco las abarcaba por entero como nosotros las abarcamos.

Pero ya desde entonces meditaba sobre ellas y le preocupaban.

Iba de unas á otras con la veleidad y la inconstancia propias de sus tiernos años; pero ya en Teresa había, sin embargo, en esto, mucho, muchísimo que no era común, que no era natural y ordinario.

Algo que podemos decir, algo que podemos calificar de intuición divina.

¿Y por qué no afirmarlo resueltamente así?

Tengamos el valor de llamar á las cosas que á la Santa se referían, en el orden espiritual, por sus

nombres, sin temor á la crítica, sin temor al desdén de la indiferencia y la impiedad.

Teresa era vaso de elección escogido por el Señor.

Y más adelante hemos de verla responder tan por completo á los designios divinos, que estos preludios, estos comienzos de su vida hallarán completa justificación y podrán explicarse.

Si en vez de una obra narrativa y descriptiva, de una obra como la que escribimos, hiciésemos un libro teológico y filosófico, estas ligeras reflexiones tendrían mayor amplitud.

Diríamos y probaríamos con autoridades irrecusables, que el amor que hacia Dios sentía Teresa, niña, era el mismo que había de desarrollarse en su corazón hasta el más alto grado.

Amor que consiste en buscarle, en elevarse á su conocimiento, en darle gracias, en glorificarle, en desear unirse á Él y participar algún día de su vida divina; fin supremo que se consigue por medio de la piedad y la virtud acá en la tierra.

Al presentir Teresa que el buscar á Dios es el fin natural de los hombres como criaturas razonables y dependientes del Creador, demostraba ya que su alma poseía el instinto de la investigación sobrenatural de Dios por el único mediador posible: por la fe.

La infantil criatura tenía fe; fe tan vehemente que la hacía desear el martirio, sin saber casi aún

lo que Dios merece de nuestra parte, y menos lo que el martirio significaba.

—En vano me amenazarán los gentiles,—solía decirse allá á sus solas, como si se preparara para el sacrificio, y lo tuviese como cosa evidente y cierta.

¿Había, me preguntarán algunos, por entonces mártires que la niña hubiese podido ver?

No; no los había.

Como para algunos no los hay hoy, y no los hay hoy porque no los quieren ver en parte alguna, aunque entonces, como ahora y siempre, los haya en realidad.

Mártires misioneros que derraman su sangre en países lejanos, en lugares remotos, en regiones á donde llevan la cruz, único símbolo de civilización, de adelanto y emancipación verdadera, por la que mueren fecundando la tierra sin que se estime apenas su abnegación y su heroismo.

Mártires, acá mismo; en nuestra patria, á nuestra vista, que lo sacrifican todo por llenar sus penosos deberes en pro de la humanidad.

Fijáos un poco, y los veréis, como los vemos nosotros, por vuestros propios ojos.

Y ya que de esto nos ocupamos, algo diremos por nuestra cuenta, que al caso hace, aunque estas digresiones parezcan enojosas á algunos, y tengamos precisión de economizarlas, de no abusar de ellas.

¿Acaso la consideración misma del universo, preguntaremos á los materialistas para quienes cuanto llevamos escrito parezca violento, no quita toda excusa al olvido del verdadero Dios?

El gran apóstol San Pablo dijo á este propósito, que Dios nos ha puesto en este mundo con el fin de que le busquemos *á tientas*, ó lo que es lo mismo, por sus obras, admirando en ellas su acción providencial y su omnipotencia.

Y esto es exacto.

Si el hombre no hubiera caído en una ceguedad inconcebible y en una ignorancia deplorable, hija de la soberbia, del orgullo y de la corrupción, aun antes de recibir la gracia de la revelación y de la palabra de Jesucristo, habría debido naturalmente buscar á Dios como autor único de toda vida y toda felicidad.

¿Pero podían los hombres, antes de Cristo, encontrar á Dios á *tientas*, como dijo San Pablo?

Esta ingeniosa imagen, como suya, está precisamente dicha para los hombres que andan en las tinieblas, y para los que, ciegos, caminan sin querer ver durante el día.

San Pablo la emplea evidentemente en este doble sentido.

La ceguera espiritual de los politeistas ha sido siempre demasiado grosera.

Buscar á *tientas*, supone la privación de vista ó de luz involuntaria; la doble privación que sufrían y sufren aún las naciones sumidas en la idolatría.

Estaban y están ciegas, privadas de la luz divina; pero poseen la intuición natural.

Ahora bien; si tal era y es la condición de los gentiles, ¿cómo podían y podrán buscar á Dios á *tientas?*

Pues como vosotros, los que hacéis alardes de materialismo é incredulidad voluntaria.

La ceguera y las tinieblas de los gentiles y la vuestra, ni tenía ni tiene un carácter fatalmente absoluto: fué y es excusable en aquellos á quienes enseñaba el apóstol; y en vosotros, como en ellos, es fruto voluntario que hubieran podido y podríais sacudir con sólo el rayo de luz que penetra en la conciencia á presencia de cuanto nos rodea y podemos admirar.

Más aún: el que está sumido en espesas tinieblas, puede, si quiere, dirigirse con ayuda de las manos ó del oído, porque la privación de un sentido no hace que queden impotentes los demás.

A la vista, en presencia del hemisferio, del cielo y de la tierra, ¿cabe desconocer ni negar la existencia de Dios y su providencial gobierno? Esto debía bastar á la humana estirpe para adorarle con reconocimiento y piedad.

Muchos autores paganos dieron testimonio con sus *confesiones* de este pensamiento de Pablo, y muchos de los actuales incrédulos le dan igualmente, pareciéndonos mentira que no se les ocurra á todos.

Sí, se ocurre; pero se apresuran á desdeñarlo y á desvanecerlo algunos.

Los gentiles, como vosotros, testigos de las obras naturales, pudieron llegar como á *tientas* no sólo al *conocimiento*, sino al *convencimiento* de Dios, y por este medio llegar á recibir de su bondad la ciencia de la salvación eterna.

Y si bien la Iglesia nos enseña que este conocimiento natural de Dios, á que nos referimos, no es bastante para la salvación, no nos negaréis que, cuando menos, es una predisposición á entrar en la vía sobrenatural abierta por Jesús.

Abandonemos este terreno.

Nosotros no tenemos disculpa; nosotros sabemos lo que los gentiles ignoraban, y aun ignorándolo, tenían pruebas inequívocas para no poder negar á Dios voluntariamente.

¡Ah! Ellos no le negaron abiertamente; los únicos que se atreven á *negarle* son los que, queriendo hoy satisfacer sus pasiones sin freno, sin medida alguna, encuentran en negarlo un medio, al parecer sencillo, de acallar los gritos de la naturaleza con sus maravillas y las voces de su conciencia con sus remordimientos.

Dios no ha estado nunca ni está lejos de cada uno de nosotros.

Su inmensidad lo llena todo y le hace estar presente en todas partes.

No estamos en Él como en determinado sitio, es cierto; pero sentimos su presencia universal.

Los paganos recibieron y reciben hoy, sin pen-

sar en ello, una impresión profunda de esta presencia de Dios.

Los que no lo somos, *¿cabrá* que no la sentimos? Mentira parece; pero así es, y lo consignamos con amargura.

Teresa, niña, sentía, además de habérselo imbuído sus padres, el santo temor de Dios y la afición á la virtud.

Viviendo en el medio ambiente de la educación cristiana, única capaz de hacer respirar al alma los perfumes embriagadores de la gracia, la hija de don Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz Dávila y Ahumada se anticipaba ciertamente á recoger el fruto de su acertada educación; pero á ella atribuye ella misma en su vida lo que en la senda de la perfección adelantaba.

Educación perdida hoy ó desnaturalizada por lo menos, y á la que se debió tanta virtud en medio de tanto extravío en España en el siglo XVI, luego que la conducta de los Reyes Católicos dejó de influir poderosa y enérgicamente en las costumbres y en la manera de ser de los pueblos.

Las guerras civiles desmoralizan más que las guerras de nación á nación y de pueblo á pueblo, y así podemos conceptuar en mucha parte á las que suscitaron las Comunidades enfrente de un gobierno que dejó casi de ser español por la época en que tenían lugar los sucesos que de la vida de la Santa relatamos.

IX.

Impresiones vivísimas que hirieron á Teresa en su infancia.

Los presentimientos ó temores de Sánchez de Cepeda vinieron á confirmarse en breve.

Antes de su vuelta á Madrid, el viejo mayordomo del marqués le llamó aparte y le entregó una carta con encargo que no la leyera hasta que hubiese salido de Avila.

Don Pedro, hombre incapaz de faltar á sus promesas, cumplió fielmente la hecha á Gonzalo.

Y sólo cuando se fueron los parientes y amigos que acudieron para despedir á María, y vió que su esposa se encerró en el oratorio de la casa, no tanto para rogar al Señor que se dignara proteger á su hija, como para dar rienda suelta á su dolor y llorar á sus anchas, don Pedro se retiró á su aposento y abrió la carta que el servidor de sus cuñados le había dado.

Aquel papel contenía lo que vamos á transcribir.

«Querido pariente: no es sólo el afecto que os profeso y el que mi mujer tiene á vuestra hija, de que yo participo, lo que me ha movido á solicitar permitáis tener á María en Madrid, con nosotros, al menos por algún tiempo.

»La tranquilidad en que las cosas parecen haber quedado con la derrota de las Comunidades, no es más que aparente.

»La venida á España del rey ha traído complicaciones ocultas, que me hacen temer por vuestro reposo, y os encargo vigilancia y precaución.

»No comuniquéis á nadie lo que os digo en ésta; pero vivid prevenido.

»Vuestro tenaz enemigo Manrique de Lerma gana cada vez más en el favor de los pérfidos consejeros que rodean al monarca, cuyo perdón recientemente otorgado no ha sido más que un medio solapado é hipócrita para acabar de apagar los residuos del voraz incendio que durante tanto tiempo nos ha tenido en perpetua alarma.

»Libre de María, á quien nosotros habremos de guardar mejor, podréis tomar vuestras medidas con más independencia, en la certeza de que la marquesa y yo procuraremos hacer por ella como si fuésemos sus padres.

»Estad seguro, hermano, que velo cuanto puedo por vos; pero puedo bien poco, mientras que los que adularon al Consejo de la regencia adquieren de día en día mayor preponderancia.

»El rey, que no conoce nuestros hábitos ni nues-

tras costumbres; que apenas pronuncia algunas palabras de nuestro idioma, no cabe que sacuda el yugo que tantos daños nos ha causado y ha de causarnos todavía.

»Lo sucedido, ha de traer largo cortejo de infortunios.

»Evitad vos el que os amenaza.

V...»

La carta leída por don Pedro carecía de nombre; sólo tenía una letra, que nuestros lectores habrán comprendido era la inicial del apellido del concuñado de aquel á quien iba dirigida; de quien ya hemos hecho mención antes de ahora en este libro, si bien con fecha anterior á los sucesos que al presente vamos relatando.

Completemos las noticias por lo que hace al enemigo personal del tío de la Santa.

Tan luego como don Juan abandonó á Ávila, protegido por la oscuridad de la noche, y el auxilio eficaz que le prestara la esposa de don Pedro, lejos de irse á Madrid, se vino á Valladolid á dar cuenta de lo sucedido al regente Adriano y á los del Consejo, con alguno de los cuales tenía una amistad íntima, una amistad estrecha.

Su valor le había hecho cometer una imprudencia, que pagó con una herida que estuvo á punto de hacerle perder la existencia.

Y aquella herida, aunque no se la había causa-

do la espada de don Pedro, había sido él en realidad la causa de recibirla.

La misión que le dieran sus amigos fracasó desde el instante en que, no pudiendo contenerse, se dió á conocer la tarde de la tormenta.

Permanecer en la ciudad, cuna de nuestra principal heroína, habríale originado la muerte.

Le salvó el matrimonio Sánchez de Cepeda, y él, fanático en política, no tuvo gratitud para aquella familia; la miró como enemiga, y la persiguió con la tenacidad que caracteriza á los políticos de todos los tiempos; gentes sin entrañas, sin corazón, sin más Dios que el egoismo y la vanidad de la preponderancia.

Los Sánchez de Cepeda sufrieron mucho durante el período de la lucha de las Comunidades, y la animadversión contra ellos por parte de don Juan, no estaba aún satisfecha después del tiempo transcurrido.

Minaba sordamente y hasta cuanto le era dable el terreno en que podían asentar su planta los de Ávila, quienes tuvieron en él un enemigo constante é irreconciliable.

Inquina que no la comprenderán algunos de nuestros lectores; pero que nosotros la hemos visto y la vemos en nuestros días en muchos para poder darla como cierta, para poder afirmarla.

Con la ira y con el despecho de lo que conceptuaba humillación el padre de don Luis, á quien hemos visto llegar á Corregidor de Madrid en el

período en que dimos principio á la leyenda, y ahora hemos abandonado para referir sucesos anteriores, don Juan fué un riesgo para Sánchez de Cepeda, y lo fué tanto mayor, cuanto que este apellido sonaba á los del Consejo, «á Castilla y Comunidad;» á enemigos temibles, importantes, de quienes hubieron de temer mucho en la ruda contienda que hubiese llegado á ser de gravísimas consecuencias para el monarca niño, que no podía sospecharse hubiera de llegar algún día á titularse el gran emperador Carlos V, á no malograrse tan presto, á causa de las rivalidades, envidias y traiciones que minaron la causa y concluyeron con sus caudillos.

Halló don Juan acogida benigna cuando se conoció lo ocurrido en Avila, y la manera con que se había expuesto por amor y lealtad á la regencia, y con ella á los flamencos, á quienes pocos fueron más adictos que Manrique de Lerma lo había sido desde la venida á España del archiduque Felipe, marido de la desdichadísima doña Juana.

Todo esto lo sabía el tío de Teresa, é influído había grandemente en la autorización dada á María para ir á Madrid.

La carta de Valdespinar acabó de persuadirle de lo acertado de aquella resolución.

¿Dijo algo de todo ello al Obispo y á su hermano don Alonso?

Quizás el consejo que éstos le dieron, obedeció á

estar enterados de los manejos de don Juan contra la persona de don Pedro, especial y particularmente.

Desembarazado Sánchez de Cepeda de su hija, á quien amaba entrañablemente, podía en realidad obrar con mayor libertad y desembarazo.

Y así lo hizo entender en parte á su mujer y á sus hermanos, pasados algunos días de la marcha de su hija á la villa del oso y del madroño.

Los acontecimientos no tardaron en complicarse más aún de lo que lo estaban para el castellano.

Manrique de Lerma, contrariado al ver que los caudillos de Avila se libraron de los tremendos castigos á que él les conceptuaba acreedores, y entre los cuales contaba á don Pedro, trabajó por que se decretase alguno especial y concreto para aquel su enemigo, y lo consiguió al fin.

Dióse comisión á un grande amigo de don Juan para el caso, quien partió de Valladolid para Avila secretamente, y llegado allí esperó la ocasión más oportuna para llevar á cabo con mejor éxito su poco envidiable comisión.

Valdespinar logró apoderarse de aquel secreto, y una mañana Gonzalo se presentó en la casa solariega del tío de Teresa.

Su presencia, como era natural, alarmó en extremo á doña Catalina.

—¿Traéis noticias desagradables de Madrid?— preguntó al mayordomo de sus hermanos.

—Vuestra hija María goza de perfecta salud, señora;—la contestó el fiel servidor.

—En ese caso...—añadió la dama.

—Vengo á cumplir otra misión bien distinta de la primera.

—No adivino,—replicó la castellana.

—Cosas son que no atañen á vuestra merced directamente, sino á vuestro marido y mi señor don Pedro.

Y como en este momento se presentase Sánchez de Cepeda, que venía de ver á su hermano don Alonso, y se admirase de ver allí al anciano, éste le dió cuenta del peligro que corría, de las órdenes secretas que contra él se habían dictado, y de la poca confianza que su amo y señor tenía acerca de su alcance, no conociéndolas.

—El señor marqués teme contra vos alguna traición de parte del emisario de Valladolid, íntimo de Guillermo de Lacroix, señor del Gebres, ayo, maestro, y, según todos, favorito del Rey.

Sin pérdida de momento, aquella misma noche salieron de Avila don Pedro y doña Catalina, dejando encargo á Gonzalo de hacer saber á sus hermanos la causa de su huída, á fin de burlar al portador de los mandatarios ocultos de Valladolid.

Al tener conocimiento de lo ocurrido el padre de Teresa, se congratuló de la marcha de don Pedro; no así sus hijos, que al saberla la deploraron con lágrimas, siendo preciso que doña Beatriz

les consolase, asegurándoles que volvería pronto.

Teresa, que persistía en sus ocultos proyectos, vió en la ausencia repentina de don Pedro un motivo para anatematizar un mundo en que se cometían desafueros é injusticias tales, á más de las infinitas que había apreciado ya, atendida su penetración, y lo que era motivo constante en Castilla de la preocupación general.

Había oído las tristes hazañas del célebre alcalde Ronquillo; los horrores del sitio de Segovia; los incendios de Medina del Campo; el cerco de Tordesillas, y su alma, abierta ya á la compasión y la caridad, se sublevaba contra tamañas injusticias.

—Tío Pedro,—decía,—por ser bueno y generoso le persiguen, y tú, padre y señor, también has experimentado quebrantos de consideración en tus bienes, y necesitas vivir con cuidado.

Cuando se expresaba de esta suerte, don Alonso la abrazaba entusiasmado.

Presto se supo en Ávila que la orden contra Sánchez de Cepeda era de destierro, al parecer; pero que envolvía cláusulas y pormenores de mayor severidad.

¿Para qué quería la niña más pruebas de lo poco que podía esperarse en esta vida de los hombres?

Había oído referir la derrota de Villalar; la trágica muerte de los caudillos de la causa nacional, y aunque no pudiese apreciar lo poquísimo que se agradeció la conducta de los vencidos, al tomar una

parte activa y casi decisiva en la guerra de los franceses, auxiliando á las tropas del monarca, también de esto llegó á apercibirse.

No entendía de política, pero sí de amor y de entusiasmo patrio, sentimientos que distinguían á sus padres y á su familia toda, que ella oía encarecer á cada momento, y que se fueron infiltrando en todo su ser.

Si no perseguidos, al menos no estimados, Antón Vázquez Dávila, Sancho Sánchez Zimbrón y Gómez Dávila, amigos de su padre, y hasta con él emparentados, iban á casa de don Alonso con frecuencia á condolerse de lo mal que iban las cosas y del predominio constante de los flamencos.

En vano habían clamado los pueblos; el rey no tenía enmienda en lo de atenderles con preferencia á los naturales de su reino.

El destierro de su tío Pedro impresionó á Teresa, y llegó á temer más aún, que sucediese á don Alonso, su padre, una cosa semejante.

Tenía la niña, á más de su despejo natural, la experiencia que da vivir en un período de agitación y de tumultos diarios, como á nosotros todos nos la ha dado el largo catálogo de motines, de asonadas y perturbaciones que desde niños hemos presenciado.

Se dice hoy que las criaturas se anticipan, que los jóvenes parecen viejos, y lo mismo debía suceder en los comienzos del siglo XVI en España.

Grábanse ciertas cosas muy mucho en el cora-

zón, y llegan al alma, despertándola y acibarándola antes de tiempo.

Repetíanla que los extranjeros esclavizaban á los españoles; que el rey continuaba dominado por ellos; que los pueblos sufrían, y aquellos ayes continuados la hacían mella.

Estaban recientes medidas de rigor que llevaron al patíbulo á Alonso Saravia, á Pedro Maldonado Pimentel, al licenciado Bernardino, á Francisco de Mercado, y millares de veces sorprendió á su madre llorando las desdichas de la patria.

Así creció la Santa.

En aquel medio ambiente que la cercaba, se fué despertando su razón, abriéndose su inteligencia y afirmándose sus sentidos, aun en el orden que podemos calificar de tangible y material.

Sólo llegó Teresa á encontrar descanso y refugio, desde muy niña, en lo único que proporciona estos alivios al que teme y sufre:

En la religión.

En ella observó que hallaban sus padres y sus parientes consuelo á sus contrariedades.

En la religión, pues, buscó Teresa prematuramente, ó mejor dicho, *providencialmente*, todo bien, toda ventura y toda esperanza.

Poco á poco se fué replegando, aislando de cuanto la hacía daño, la hacía sufrir, y á veces hasta la causaba espanto.

Y no hubo egoismo en cuanto hizo Teresa en

este sentido, sino por el contrario, abnegación, grandeza de alma, como veremos en breve.

En una edad en que sus demás hermanos y sus amiguitas jugaban, Teresa se inclinó ya á la meditación, al estudio, al recogimiento y á la oración, siendo por ello el asombro de cuantos la rodeaban y la querían entrañablemente.

Su madre, doña Beatriz Dávila y Ahumada, sufría mucho, estaba muy enferma, y los médicos llegaron á suponerla dañada de un modo incurable.

Esto la afligía en extremo.

Comenzó por pedir al Señor su salud; hizo limosnas cuantas podía en su corta edad, aplicando esta buena obra por el completo alivio de su querida madre.

Hubo, pues, causas exteriores y de familia que á Teresa impresionaron vivamente en su infancia, las que, unidas á la lectura, labraron más y más en ella una resolución heróica.

No vamos á inventarla nosotros; es élla la que nos la refiere con el encanto con que lo dice todo: con la ingenuidad y la modestia de la verdad.

Pero esto merece capítulo aparte.

X.

Una resolución heróica.

Comenzaba á percibirse la claridad indecisa del nuevo día, y don Alonso Sánchez de Cepeda permanecía aún sentado, abatido, ojeroso y triste á la cabecera del lecho conyugal.

La noche pasó para él con indecible angustia.

Su amantísima esposa doña Beatriz llevaba cerca de tres semanas postrada, víctima de aguda y pertinaz dolencia sobre aquel lecho, y lejos de acusar mejoría su estado, comenzaba á inspirar serios cuidados.

Cogida una de las manos de la enferma por bajo de la ropa que la cubrían, resistía el calor calcinante que la abrasaba, como si de esta manera pudiera conseguir robarla parte de su mal, aun á costa de su salud y su existencia.

Inquieto ante la postración de aquel ser querido, no tuvo paciencia para esperar que viniera el médico á la hora acostumbrada, y le había mandado llamar, esperándole con ansia.

Sus hijos todos debían dormir, y así que el facultativo llegó, hizo que le condujesen á la cámara en que se hallaba.

El médico, luego que pulsó á doña Beatriz detenidamente, hizo una mueca que no pasó desapercibida para el marido, que seguía sus menores movimientos.

—¿Descansa?—le preguntó á media voz.

—Salgamos fuera,—le dijo por toda respuesta el interrogado.

—¿La dejamos sola?...

—No importa,—replicó el doctor, cada vez más hondamente preocupado.

Y salieron, en efecto, á la sala contigua.

Una vez allí, el médico habló á don Alonso:

—No debo ocultaros nada: sois hombre, y acreditado tenéis vuestro valor.

—¿Qué váis á noticiarme?

—Que doña Beatriz está muy grave.

—¿Lo creéis así?

—Así lo juzgo, y sabéis que mi experiencia...

Al hidalgo castellano se le arrasaron los ojos de lágrimas.

—La enfermedad,—prosiguió el hombre de ciencia, que era un anciano, enjuto, de fisonomía inteligente,—ha tomado de ayer á hoy caracteres que me hacen desconfiar.

—¿Teméis un desenlace funesto?

—Temo que, si Dios no lo remedia, esto pueda concluir de un modo fatal.

Un grito exhalado á espaldas de los que hablaban, creyendo hallarse solos, les hizo volver la cabeza.

La niña Teresa estaba allí, y habiendo oído las postreras frases del doctor, cayó desmayada sobre el suelo. Acudieron en su auxilio, y la llevaron á la cama sin sentido.

La pobre criatura, que no podía dormir, había sentido salir en busca del sabio médico; se incorporó en su lecho, esperó y oyó cuando el llamado vino, á pesar de las precauciones tomadas por don Alonso para que sus hijos no se apercibiesen de lo que ocurría, de lo que pasaba.

Una vez en la alcoba de su madre el recien llegado, la niña había querido saberlo todo, y á medio vestir, cubriéndose con un pañuelo, se encaminó al gabinete contiguo al en que doña Beatriz estaba.

—Este golpe puede matarla,—dijo el médico después de recetar lo conveniente para hacer volver en sí á Teresa.

Don Alonso se sintió anonadado ante este nuevo peligro.

—Animáos... Esto puede dominarse; lo otro es lo que acaso no tenga remedio,—le dijo el doctor.

Y el amanecer de aquel día fué horrible en la casa de Sánchez de Cepeda.

Día memorable, porque daba la coincidencia de ser el 28 de Marzo de 1522.

A las cinco de la mañana de aquel mismo día, del año 1515, había nacido Teresa, según una apuntación escrita de puño y letra por su padre, sin que se sepa anotase las fechas del nacimiento de los otros hijos que tuvo.

Y ese día, tan felizmente marcado, se presentaba con las probabilidades de dos desgracias irreparables: la de doña Beatriz, y la de la tierna niña, ilusión, encanto y ventura de aquella casa.

—¡Qué coincidencia! ¡qué coincidencia!—repetía don Alonso, más que sentado, caído sobre un sillón, llorando como si fuese una criatura.

—Llorad,—le decía el médico,—y confiad en que Dios nos inspirará... Necesito una consulta inmediatamente,—añadió.

Y Sánchez de Cepeda hizo que saliesen en busca de los dos médicos de más fama que había en la ciudad por aquel entonces.

En el ínterin, el resto de la familia, apercibida de lo que ocurría, se había levantado, y en Ávila se conocía, con zozobra de muchos, lo que en aquel hogar acaecía.

Las gentes se agolpaban á las puertas del edificio, y vieron llegar á los dos médicos, abriéndoles paso en silencio.

Uno de ellos era el famoso Juan Bravo, natural de Piedrahita.

Alguno se acercó á éste, y le dijo en ademán suplicante:

—Que no se muera la que es alivio de los pobres.

—Que no perezca,—añadió otro al escuchar lo dicho por el primero,—la que es fundadísima esperanza de todos.

Ruegos hermosísimos que registramos en demostración de lo muchísimo que se quería en Ávila á doña Beatriz y á su hija.

Los doctores se reunieron después de dejar á Teresa vuelta en sí de su desmayo, y reconocer, sin que se apercibiera de ello, á doña Beatriz, opinando unánimes que su estado era casi por completo desesperado.

Don Alonso quiso presenciar la consulta; pero sus hijos mayores se lo impidieron, mientras enviaban propios en busca de los hermanos ausentes, excepción hecha de don Pedro, que todavía se conceptuó peligroso el que volviese á la ciudad.

La conferencia de los médicos duró mucho tiempo. Tenían grandísimo interés en salvar á la enferma.

Acerca del estado de la niña convinieron que no ofrecía riesgo alguno.

La ciencia, por lo que hace á la dama, se creyó impotente para vencer la enfermedad, ó por lo menos lo declaró así por boca de aquellos galenos.

—Sólo un milagro,—dijeron; porque en aquellos tiempos se expresaban así los médicos.

Y presto se hizo público su dictamen con verdadero pesar de la ciudad; pesar tan sólo mitigado

algún tanto por la opinión que merecía á los facultativos la complicación que surgió por el desmayo de la niña, cuyo aniversario era.

Advertir debemos que el nombre de Teresa era por entonces poquísimo usado.

Ella debía hacerle célebre en el catálogo de los Santos.

Pocos, muy pocos de los que nos lean habrán dejado de pasar por trances parecidos, por horas de inquietud é incertumbre tales.

El estado de doña Beatriz no permitía que se la administrasen los Santos Sacramentos, lo cual mortificaba grandísimamente á don Alonso, á sus hijos y á sus parientes.

Debía aprovecharse el momento oportuno para aconsejar que la enferma se dispusiera espiritualmente, y todos le aguardaban, sin ninguno excusarse ni rehusar ser el primero á notificárselo.

¡Cómo han cambiado las cosas!

Hoy sucede al contrario; hoy se teme dar á los dolientes lo que se conceptúa un golpe que puede apresurar su muerte.

¡Qué error!

El prelado acudió á la casa; fueron á ella los representantes de las familias más distinguidas de la ciudad, que por entonces la moda no había introducido aún el uso de las tarjetas, ni el de las listas, con lo que en la actualidad se miente millares de veces un interés que no se tiene, yéndose muchos

de los que así creen cumplir con la amistad y el parentesco, á distraer sin la menor preocupación.

Avila se conmovió al saber la situación de doña Beatriz, quien en lo mejor de su vida iba á abandonar el mundo.

Y las conversaciones no giraron toda aquella mañana sobre otra cosa, que acerca del ningún alivio y la ninguna mejoría de la dama.

Tenía,—nos dice de sí misma la protagonista principal de este libro,—un hermano «casi de mi edad, á quien yo más quería, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí.»

Y prosigue:

«Juntábamonos entrambos de continuo á leer vidas de Santos.»

Lo cual no excluía que diariamente leyesen en familia el *Año Cristiano*.

Y «como veía,—escribe,—los martirios que por Dios pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y *deseaba* yo mucho morir ansí.»

El *deseo* de Teresa, acrecentado con el sueño que ya hemos referido, acariciado en secreto y transmitido luego á su hermano Rodrigo, hizo tal mella en el corazón de éste, que era poco mayor que ella, que en ambos se agigantó por instantes, hasta constituir en los dos una verdadera preocupación.

Después que Teresa volvió en sí, y pudo darse razón de la desgracia que les afligía, se vió aco-

metida de aquel deseo de una manera vivísima, y como nunca había experimentado.

Rodrigo, que supo el síncope que había dado á su hermana, acudió á su alcoba; y como todo era confusión y trastorno en aquella casa, los dos hermanos se encontraron solos, sin que don Alonso, después de encargar á su hija quietud y sosiego, se cuidara de ella, encerrándose en la alcoba donde su mujer continuaba aletargada bajo el aplanamiento, bajo el narcotismo de una fiebre altísima, que á nada cedía ni se truncaba.

La aflicción del castellano era inmensa.

Teresa y Rodrigo pudieron, pues, discurrir acerca del estado de su queridísima madre con toda libertad. Hablaron de esto por largo tiempo como si fuesen personas mayores, y hasta llegaron á fijarse en lo que sucedería si doña Beatriz muriese.

Y de una á otra cosa vinieron á parar al *deseo* de que apenas nos da ejemplo la historia de ningún bienaventurado.

—Rodrigo, escúchame;—dijo de repente Teresa.

—Te oigo, hermana;—la contestó el niño acercándose más á su cama.

—Ya conoces,—prosiguió la niña,—aquel sueño que tuve cuando leímos el martirio de Santa Eulalia...

—Me acuerdo perfectamente, por más que han transcurrido algunos meses.

—Pues bien; «no por amor á Dios que yo entienda tenerle, sino por gozar de los grandes bienes que leemos hay en el cielo, sabes bien que habemos discurrido repetidas veces de qué medio nos valdríamos para alcanzar nostros el martirio.» [1]

—Es verdad.

—«El Señor nos ha dado ánimos algunas veces, y hemos estado á punto de irnos á tierra de moros para que nos descabezasen.»

—Pero como ignoramos tú y yo el camino, no nos hemos ido,—dijo Rodrigo completando el pensamiento de su hermana.

—Y luego «el tener padres ha sido para tí y para mí el mayor embarazo para llevarlo á efecto.»

—¿Qué quieres decirme?... ¿Piensas que si madre muriese?...

—¡Oh! no sé si entonces...

—¿Y padre?...

—¡Pobrecillo! ¡Sufriría mucho!... Yo no sé dónde ni por qué hace rato que pienso que si nosotros supiésemos ser buenos hijos, debíamos hacer una cosa...

—¿Cuál?

—Ofrecer á Dios nuestras vidas por la salvación de nuestra madre... ¿Qué falta hacemos tú y yo en el mundo? Pero élla... Élla hace á todos mucha falta.

---

[1] Siempre que podamos transcribiremos con las menores variantes las palabras mismas de la Santa.

—Comienzo á comprenderte.

—Y si hiciésemos al Señor ese ofrecimiento ahora, en este momento mismo, es casi seguro que nos oiría.

—¿Lo crées así?

—Así lo siento.

—No hay por mi parte ningún inconveniente.

—¿Quieres, querido mío, que pongamos en ejecución nuestra oferta?

—¿Cómo?

—Aprovechando la confusión que reina en esta casa y la licencia que élla nos da para marcharnos.

Teresa, conforme hablaba á Rodrigo, se había ido excitando, y transmitió á su hermano el fervor, el entusiasmo de que su corazón estaba lleno y su alma impregnada.

Aquel tierno niño tenía como Teresa una organización privilegiada.

Se sentía encendido como su hermana en el amor hacia su Dios, y ambos habían hablado tantas veces sobre aquel intento, que fácilmente acogió Rodrigo el plan descabellado, insensato si queréis pero heróico, que discurrido había la niña.

Plan propio de criaturas sin reflexión, sin juicio; pero imbuídas, empapadas en las máximas más puras y en los sentimientos religiosos más ortodoxos.

Ni Teresa ni su hermano sabían, en efecto, dónde

había tierra de moros, ni el camino que para llegar á ella, en su caso, debían seguir.

Ni si era largo ó corto; asequible á sus fuerzas ó no.

Pero brotó en la mente de la niña aquel proyecto, y con la irreflexión de sus pocos años lo acogió Rodrigo creyéndole facilísimo.

—Muriendo nosotros descabezados,—prosiguió diciendo la niña,—por la salud de nuestra madre, ella vivirá; y como nosotros somos niños, iremos al cielo.

—¿Al cielo?—murmuró Rodrigo.

—«Ya sabes, hermano, que en el otro mundo, pena y gloria es para siempre.»

—Sí, para siempre.

—«Siempre, siempre;»—repitieron los dos.

Y estas palabras no las inventamos; que la Santa las trae en sus Memorias, escritas por orden de su confesor.

—Mira, Rodrigo,—dijo de pronto Teresa,—ve á tu cuarto; prepárate mientras yo me visto, y salgamos.

—¿Ahora?

—Sí; por la puerta del huerto nadie nos verá marcharnos.

—¿Y cuándo llegaremos?

Teresa calló por un instante.

—Antes de la noche;—contestó resueltamente.

—¿Pero tú sabes?...—volvió á insistir Rodrigo.

—Preguntaremos.

—¿Y si notan nuestra ausencia?...

—No la notarán. «Pongamos en manos de Dios este negocio y nos saldrá como deseamos.»

Cuantas veces hízolo así Teresa, Dios no la abandonó. Ya lo veremos así confirmado.

Rodrigo no necesitó que le dijese más.

Dejó á su hermana que se vistiese; se fué al cuarto donde dormia con otro de sus hermanos; tomó un cayado y alguna ropilla, y citado con Teresa para encontrarla fuera del huerto de la casa, salió, y sólo tuvo que esperarla algunos instantes.

La niña apareció con no menos decisión que su hermano.

Ambos se persignaron; echaron una mirada al hogar paterno donde dejaban á su madre moribunda y á su padre bien ajeno de lo que sucedía, y los niños no creían malo, antes bien bueno y meritorio, y emprendieron su expedición.

Expedición formal y seria para ellos; cándida é inocente para nosotros, si no nos ponemos en su caso, y tenemos presente cómo los niños proceden en todas sus acciones, en todos sus actos.

¡La marcha!...

¿Hacia dónde?

¡La huída!

¿Para dónde?

Oigo exclamar á algunos; y, á la verdad, no podemos contestarles.

Teresa y Rodrigo no tenían edad para reflexio-

nar, para hacerse á sí mismos la pregunta que podéis hacernos á nosotros, y no hemos tenido inconveniente en colocarla aquí, porque en nada de cuanto escribimos nos duelen prendas, procurando, como procuramos, inspirarnos en la realidad de la vida.

Nosotros recordamos que por móviles diversos hemos visto ejecutar á niños de más edad aún que los dos hermanitos, actos tan irreflexivos, tan descabellados, tan insensatos, ó más si queréis, como el que hemos comenzado á narrar.

Y esto por eludir, por evitar una reclusión, un castigo, una simple amenaza.

Sin dirección fija; sin dirección determinada.

¿Qué sabían ellos de eso?

Teresa y Rodrigo no se cuidaron tampoco de estos pormenores tan interesantes, tan indispensables en un orden común y ordinario.

Ni para qué habían de preocuparles semejantes precauciones.

La infancia no reflexiona; siente. La reflexión viene luego; viene con la edad, con los años, con la experiencia, con los desengaños.

Los niños obran por móviles pueriles, de cuyas consecuencias no pueden darse cuenta.

La edad de Rodrigo y de Teresa era tiernísima para pensar; y al salir de casa de sus padres no pensaron, sintieron: quizás más de lo que podía esperarse de ellos.

Pero lo hemos dicho ya: los dos hermanos eran precoces para *sentir*.

Sentían ya enérgica y poderosamente el *bien*, como otros sienten antes de tiempo el *mal* á los años que ellos contaban.

El Señor les había dado «excelentes inclinaciones,» según nos dice Teresa.

Tan excelentes, que aun obrando como hemos dicho, y como vemos que Teresa obraba, añade con modestia suma: «que se supo aprovechar muy mal de ellas.»

Y al juzgarse con tal severidad, nos da á entender cuán grande sería su virtud, que aún no la creía apropiada á sus deseos.

Nos tacharéis de exagerados; calificaréis de imposible ó violento acaso lo que decimos.

Habrá quienes entiendan resolución reprensible la que nosotros calificamos de *heróica*.

Y unos y otros andarán descaminados en sus juicios; porque se trata de un acto, de una acción que patentiza elocuentemente que en las almas de aquellos dos niños existían gérmenes á cual más hermosos, á cual más grandes; afectos á cual más dignos de admiración y de alabanza.

El amor á Dios, y su confianza más absoluta en Él.

El amor á su madre, y su abnegación por que se salvase con su espontáneo sacrificio del riesgo que la amenazaba.

No es inverosímil, pues, ni violento por el *bien*,

lo que os podemos afirmar que hemos visto hacer millares de veces por el *mal*.

Una criatura precoz en travesura, en instintos perversos y depravados; imbuída por malos ejemplos ú hostigada por padres sin entrañas, huye, y huye de su casa á la edad que Teresa y Rodrigo contaban.

Y huye sin necesidad de saber á dónde, con tal de huir.

La huída, sólo la huída le basta.

Os permitimos que avancéis un poco más.

¡Dejar Teresa y Rodrigo á doña Beatriz moribunda!

¡Abandonar á don Alonso, á quien tanto amaban, y de quien la niña asegura «que era de él la más querida.»

¡Y á sus hermanos, «que no la desayudaban en cosa ninguna para servir á Dios!»

Absteneos de censurar esto que la Santa misma nos refiere, y nosotros, como fieles cronistas suyos, aunque temamos y nos estremezca serlo ante la idea de no acertar á desempeñar nuestro cometido debidamente, lo transcribimos.

Porque no sólo es verosímil, sino natural y lógico lo que escribimos, dadas las premisas que con todo cuidado dejamos acentuadas en los números anteriores.

A diversas ideas, á distintas enseñanzas... actos diversos, diametralmente opuestos y cuya fácil explicación se concibe con sólo conocer, con sólo

fijarse en la impresionabilidad, la irreflexión de las primeras edades de la vida.

En nuestros días, hallándose en boga otras ideas y otras enseñanzas, la infancia y la juventud se asombrarán acaso de que las de otras edades, las de otras épocas nos ofrezcan resoluciones de cierta índole, olvidando las que se ejecutan y llevan á cabo con harta frecuencia en la actualidad.

¿Por qué, pues, extrañar ni conceptuar inverosímil la anticipación hacia el heroismo cristiano en Teresa y en su hermano Rodrigo?

Seamos consecuentes, seamos lógicos, y no apliquemos un criterio distinto para juzgar el pasado que para juzgar el presente.

A padres despreocupados, á padres descreídos y hasta incrédulos, hijos que lo son desde los comienzos de su existencia.

A padres piadosos, creyentes y excelentes cristianos, hijos como la ínclita heroína cuyo nombre ponemos al frente de cada una de las páginas de esta producción.

Iremos más lejos.

A épocas como el siglo XVI; á períodos como fué para España el de los Reyes Católicos, los tipos admirables que aquel gran siglo nos ofrece.

A edades como la nuestra, de groseros materialismos, los que da de sí la generación presente.

Y toda esta minuciosidad, y todo este deteni-

miento le creemos necesario para ir predisponiendo al lector para lo que ha de venir más adelante, y de que fueron preludios no más los hechos que recogiendo vamos en la niñez de Teresa.

¿Qué preferir?

¿Por qué optar?

¿Por niños como los hijos de don Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz Dávila y Ahumada?

¿O por niños cuyos padres celebran como una gracia que manchen sus labios con palabras groseras que lastiman, que hacen daño?

¿Por niños á quienes se incita y se provoca á la ira, á la venganza, al acometimiento, si por ventura alguno les causa la más pequeña molestia ó les ofende en algo y no responden á esa incitación y á esa provocación agresivamente?

¿Por criaturas que sufren pacientes y perdonan generosas; que devuelven bien por mal; que rezan balbuceando y se enternecen ante la más mínima desgracia?

¿O por pequeñuelos que vagan; que no van á la escuela; que no respetan la ancianidad; que no saben la doctrina; que no conocen la moral?

Nosotros nos contentamos aquí con hacer el parangón entre unos y otros, dejando que sean nuestros lectores los que contesten á las preguntas que hemos consignado.

Ciertos, ciertísimos, que si no lo queréis con-

fesar, en el fondo de vuestra conciencia no hallará ninguno dudosa la elección.

Con esto nos basta, esperando que alguna mella harán en algunos las consideraciones que dejamos apuntadas.

XI.

La plegaria.

Seguimos á Teresa y á Rodrigo.

—Nada hemos sacado de casa para comer, —dijo la niña á su hermano.

—No, me he olvidado de ello.

—En todo caso, pediremos limosna. Así nuestra peregrinación por la salud de madre será más grata á los ojos del Señor, y le moverá más fácilmente á dispensarla la salud, objeto también de nuestras ansias.

No se dijeron más los dos niños por el momento, y prosiguieron su marcha.

Como era tan de mañana, y á esta hora no suelen salir de casa las gentes acomodadas, los dos hermanos pudieron hacer su atrevida é inocente excursión sin que les viera persona alguna conocida, ni nadie adivinase cuál fuese su propósito.

—Irán á la escuela,—dijeron algunos.

—¡Qué bellos niñitos!—exclamaron otros.

Y como marchaban despacio y modestitos, no faltaron gentes sencillas del pueblo que les detuvieran para besarles al contemplar lo que suponían demostración inequívoca de la confianza que en ellos, al dejarles solos tan de mañana, tenían sus padres.

—El niño llevará á la niña á la escuela en que se eduque.

—Y él se irá luego á la suya.

—¡Qué preciosidad!

—¡Qué encanto!

La niñez inspira estos y otros sentimientos análogos á los corazones rectos, sanos y generosos, siendo para nosotros la mayor prueba de crueldad el que una persona no ame ó no se interese por la niñez.

Recojamos en este punto con avidez las sublimes enseñanzas de Jesús.

«Aconteció que un día llevaron á Jesús unos niños; á muchos de ellos sus madres los traían en brazos, y á todos se los presentaban para que el Señor les tocase, les impusiese las manos, les bendijese, y orase por ellos.

Sus discípulos, al verlos acercarse á Jesús, los rechazaban, y también á las que les presentaban.

Jesús les llamó y dijo, reprendiendo la inoportunidad oficiosa de los Apóstoles:

—Dejad venir á mí los niños, y no los recha-

céis, porque el reino de Dios es para los que se asemejan á ellos.

—En verdad, os digo,—añadió Jesucristo,—que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él.

Y después de expresarse así, abrazaba á los niños, les bendecía, y les imponía las manos.»

. . . . . .

«En otra ocasión que los discípulos del Salvador viajaban con el Señor, se les ocurrió el deseo de saber cuál de ellos era el más grande.

Jesús, que caminaba delante de ellos, y leía sus pensamientos, luego que llegaron á la casa á donde iban, les preguntó:

—¿Sobre qué disputábais en el camino?—haciendo como que lo ignoraba.

Guardaron silencio los discípulos, no atreviéndose á decir al Maestro cuál había sido el motivo de su acalorada controversia.

Jesús entonces se sentó, y llamó á los doce. Ellos se acercaron, y se decidieron á dirigir al Señor esta pregunta:

—Maestro, ¿quién crees que es el más grande en el reino del cielo?

Jesús les respondió:

—El que quiera ser el primero, que se ponga el último y se haga el servidor de todos.

Después llamó á un niño, y tomándole por la mano, le puso en medio de ellos, cerca de él, y después de haberlo abrazado, dijo:

—En verdad, os digo, que si no os convertís, y sóis semejantes á los niños, no entraréis en el reino del cielo.

Y añadió:

—El que se humillare; el que se haga humilde como este niño, será el más grande en el reino del cielo.»

Y no satisfecho con aquella lección, prosiguió diciendo:

—«El que recibe en Mi nombre á uno de estos niños, Me recibe á Mí mismo, y al recibirme, no recibe á Mí solamente, sino á Aquél que me ha enviado. El que sea más pequeño entre todos vosotros, será el más grande. Y el que os dé, aunque no sea más que un vaso de agua fría en Mi nombre, á vosotros, ó al más pequeño de estos niños, porque pertenecéis al Cristo, en verdad, os digo, que no perderá su recompensa.»

Y prosiguió hablando:

—«El que escandalizare á uno solo de estos pequeñitos, que en Mí creen, mejor fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino, y lo arrojasen con ella en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no es posible que no haya escándalos: es necesario que los haya; ¡mas ¡ay! de aquel hombre por quien viene el escándalo!»

¿Habrá, después de esto, quien no ame y á quien no interesen los niños?

—«Tened cuidado,—exclamó en otra ocasion el Señor,—de no despreciar nunca á ninguno de estos pequeñuelos. Porque os declaro, que en el cielo los ángeles, semejantes á los niños, ven sin cesar la faz de mi Padre. El Hijo del Hombre ha venido á salvar lo que estaba perdido.»

Y no juzgando haber dicho bastante, prosiguió:

—«Si un hombre tiene cien ovejas y una sola pierde, ¿qué pensáis que hace entonces?... ¿No deja las noventa y nueve por ir á buscar la que se le ha extraviado?... Y si llega á encontrarla, ¿no es cierto que la perdida le causa más alegría que las otras noventa y nueve?... De esta manera misma, vuestro Padre, que está en el cielo, no quiere que perezca uno solo de estos niños.»

¡Qué sabiduría! Qué profundidad! ¡Y qué conocimiento del corazón humano revela todo cuanto dijo Jesús acerca de los niños!

¿Habló nadie como Él, antes ni después de Él?

Jesús habló, no como hombre, que nada sabe, sino como Dios que era y lo sabía todo.

Teresa y Rodrigo causaron la admiración, el asombro de muchos que les vieron aquella mañana cruzar la ciudad y encaminarse al campo en dirección al puente que hay sobre el río Adaja, que nace en las vertientes del puerto de Villatoro y se desliza por el valle de Ambrés.

Ninguno era capaz de adivinar las heróicas in-

tenciones de aquellas dos criaturas que, en su cándida inocencia, iban sin saber por dónde ni á dónde, sin recursos, sin apenas provisiones, sin más ropa que la puesta y el pequeño hatillo que Rodrigo llevaba al hombro, pendiente del bastón de uno de sus hermanos, único indicio de viaje en el que los vecinos de Avila no reparaban, ó si se fijaban en él no hicieron caso, é iban como la niña dice: «á que los moros les descabezasen.»

Así salieron de la ciudad, llegaron á las últimas casas, y Teresa se detuvo.

—No pasemos adelante,—dijo á su hermanito.

—¿Ves ese edificio?

—Sí.

—Pues entremos en él á pedir al Señor y á la Santa Virgen que nos auxilien en nuestro viaje.

Y los niños penetraron en una Iglesita que se alzaba entonces contigua á un hospital, que luego fué ermita de gran devoción, y hoy, como otros edificios análogos, asilo y ermita han desaparecido.

Llevaba el hospital el título de San Lázaro, y en su capilla ó Iglesia se veneraba á Nuestra Señora de la Caridad.

«Es fama y tradición indubitable, dice el padre Fr. Diego José de Cádiz [1], que los dos hermanitos entraron en el templo del hospital de San Lá-

---

1 Misionero Apostólico del Orden de Capuchinos.

zaro;» opinión que confirma un insigne biógrafo de la ciudad.

Según el Sr. Carramolino [1], el edificio á que nos referimos «fué reparado por el Obispo don Francisco de Rojas Borja, y una vez derruído, se aplicaron sus rentas al titulado de Dios, quedando en pié, sin embargo, la ermita.»

Y añade:

«Allí, según la tradición constante y no desmentida, en aquella iglesia de San Lázaro, donde se veneraba la Virgen de la Caridad, entró la niña Teresa de Cepeda y Ahumada á hacer oración, cuando, acompañada de su hermanito Rodrigo, emprendía su viaje para obtener el martirio que apetecían sus tiernos corazones, encendidos por un fuego celestial.» [2]

Cuando Teresa y Rodrigo penetraron en la Igle-

---

[1] En su erudita *Historia de Ávila*.

[2] Hecho perpetuado, habiéndose establecido en memoria de aquella visita una solemne procesión, que se verificaba la víspera del día de la Santa, conduciéndose á la catedral la imagen de la Virgen, desde cuyo templo la acompañaba el cabildo hasta el convento de Carmelitas Descalzos, casa nativa de Teresa, donde se celebraba la festividad, y por la tarde se la trasladaba de nuevo á su ermita por el patronato de la Santa.

Destruída la ermita, la Virgen de la Caridad tiene hoy su culto en la iglesia Catedral, en la capilla de los marqueses de Velada, y á ella se ha trasladado también la bella efigie de San Lázaro.

Otra particularidad, según el elegante y concienzudo historiador Avilés, ya citado, hacía notable esta ermita, y es que en el domingo de la Cuaresma, llamado de Lázaro, se trasladaban anualmente desde esta ermita, donde tenían un descanso interino, á la de Santa María Magdalena, sita en el Mercado Grande, los restos mortales de los que morían ajusticiados, para darles sepultura más solemne y duradera.

sia, apenas habría unas seis ú ocho personas dispuestas á oir el Santo Sacrificio de la Misa.

Los hermanitos entonces resolvieron detenerse hasta que se celebrase, y le oyeron con mayor fervor que otras veces.

Sus tiernas almas estaban imbuídas por un pensamiento, por una idea avasalladora, sublime.

Por la del *sacrificio voluntario de su existencia* en aras de su fe y en beneficio de su madre moribunda. ¿Cabe una mayor abnegación y muestra más ostensible de la religiosidad y del cariño filial de aquellas dos criaturas?

No se concibe este doble impulso llevado á la práctica por dos niños, sin la cooperación de la voluntad soberana de Dios, en recompensa de sus anticipadas virtudes. Así lo juzgan panegiristas de Teresa, y nosotros añadimos que, recorriendo las vidas de los héroes cristianos, no recordamos haber registrado un solo rasgo que supere á éste de la protagonista de nuestro libro.

Pero cuando los dos hermanitos se sintieron con dobles alientos, con arranques é impulsos sobrenaturales, fué después de haberse retirado los asistentes á la Misa, y hallándose solos, completamente solos en la iglesia, Teresa se arrodilló á los pies de la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, y pronunció en alta voz, siguiéndole Rodrigo, la siguiente plegaria:

—Madre y señora, bendito sea tu nombre. Virgen santísima, ampáranos... Nada de reposo, nada

de descanso, hasta que logremos morir por Jesús. Te ofrecemos, Virgen soberana, nuestras vidas para que, benigna, otorgues salud á nuestra madre, consuelo á nuestro padre y amparo á nuestros hermanos.

—Amén, amén,—repitieron diferentes veces.

Breve, pero tiernísima plegaria que debió subir, cual humo purísimo de fragante incienso, hasta las gradas del Altísimo.

A la hora, en el instante mismo que los dos hermanitos elevaban al cielo su sentido ruego, don Alonso veía con júbilo abrir los ojos á doña Catalina, mirar en torno suyo con extrañeza, y por último la oyó exclamar:

—Parece que me siento mejor.

Y era evidente que la enferma no se engañaba.

El noble castellano y cuantos rodeaban á doña Beatriz, apreciar pudieron que, pidiendo agua, la bebió con ansia y hasta con placer.

—Hace mucho que no te he visto con tan buen semblante;—dijo don Alonso con acento apasionado á su mujer.

—Y tú, en cambio, esposo mío, estás anonadado... El sueño me ha repuesto tanto, que deseo ver á los niños,—añadió la enferma.

—Te molestará su presencia...—replicó su marido.

—Por el contrario; me hallo con fuerzas que no he sentido hace muchos días.

Y don Alonso salió en busca de sus hijos para complacer á doña Beatriz.

Al llamamiento del padre acudieron los de la casa.

—¿Y Teresa?—preguntó el castellano.

Ninguno supo contestarle.

—¿Y Rodrigo?—volvió á preguntar.

El silencio de todos causó inquietud al hidalgo.

—¿Nadie les ha visto?

Y temeroso de impacientar á la enferma, hizo que entrasen sus hijos en su alcoba.

Su madre estaba transformada, y hasta llegó á incorporarse en su lecho para recibir á los que hacía días no había visto ni por ellos preguntado.

XII.

Consecuencias admirables de un hecho sencillísimo.

Confirmó la ciencia con laudable franqueza la extraña y repentina mejoría de doña Beatriz Dávila y Ahumada.

No explicándosela de un modo natural, se abstuvo de calificarla de milagrosa; que esto no era de su incumbencia.

Pero tampoco se opuso, sistemática y ciega, á que pudiera serlo.

Proclamó el *hecho* como *raro* y *excepcional*; pero se abstuvo, juiciosa, de ridiculizar la piedad y el cariño de don Alonso, de sus hijos, de sus parientes, de muchos de sus amigos y de casi la totalidad de los habitantes de la población, que atribuyeron aquel cambio inexplicable á la intervención directa de la divina voluntad.

Obraron los médicos cuerdamente, y como creyentes que eran y admiradores entusiastas de las virtudes de la dama castellana.

¿Se procede hoy, en general, de la misma manera? No.

Bueno es que de esto nos ocupemos antes de pasar más adelante, ya que ocasión propicia se nos presenta de ello y encuadran aquí doctrinas que nosotros debemos inculcar, atendido el criterio católico que informa nuestros libros.

No esperemos para ello á prodigios reales que han de venir; aprovechemos un hecho sencillísimo, para sacar de él consecuencias admirables que predispongan el ánimo del lector á otras mayores que han de venir después.

Son muchos los que dicen:

—Si viese un milagro, yo creería en él.

Jesús contó ya á los judíos que se expresaban de igual manera la parábola de *Mal rico*, y después de pintarles los terribles tormentos que sufría, puso en su boca estas palabras, dirigidas á Abraham:

—Os suplico, padre mío, que enviéis á Lázaro á la casa de mi padre para que advierta á mis cinco hermanos; no sea que también éstos vengan como yo á este lugar de lobreguez y de tormentos.

Abraham le respondió:

—Ya tienen á Moisés y á los profetas... Que los escuchen.

—No, padre Abraham,—dijo el mal rico;—sólo yendo algún muerto á hablarles creerán en él, y harán penitencia.

Abraham le replicó entonces:

—Si no escuchan á Moisés ni á los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitara.

Leed ahora, después de las admirables palabras de Jesús acerca de esta materia, otras que no podéis imaginaros sean de un insigne corifeo de la incredulidad.

«Acaba de descubrirse, dice un escritor, cuyo nombre os diremos luego, el secreto de resucitar á los ahogados; se ha buscado ya el de resucitar á los ahorcados; ¿quién sabe si aun en otros géneros de muerte se logrará devolver la vida á cuerpos á quienes se creía privados de ella?... Por lo que hace, añade, á la verdadera resurrección de un muerto, por pasmoso que pudiera parecerme espectáculo semejante, no querría presenciarlo por nada en el mundo; porque, ¿qué sé yo lo que podría sucederme, y si en vez de hacerme creyente, me volvería loco?»

Pues esto, que encierra una terrible y profunda intuición de un incrédulo, lo escribió Juan Jacobo Rousseau. [1]

¡Ah, orgullosa incredulidad humana! ¡Siempre serás la misma!

En nada has variado desde el día en que Jesús decía á la ceguedad judáica, que no creería aun cuando uno de los muertos resucitara.

---

[1] *Cartas de la Montaña.*

Continúas siendo la misma.

Y al sondearte, por poco que sea, se ve claramente que no crees, no por insuficiencia de razón, porque toda razón puede llegar á la fe, sino por miedo y por espanto de ver claro y de ir por el camino recto.

—Si hubiera visto un milagro,—dicen muchos, —creería.

No se hablaría así si se supiera en qué consiste la verdadera creencia.

Nosotros debemos consignar aquí en qué consiste la buena, la laudable creencia.

Pues consiste en anonadarse ante el Ser Supremo, á quien tanto debemos, y que puede muy bien castigarnos legítimamente en cualquier momento, de una vida, de una existencia que le debemos y no le agradecemos.

¿No es ya un prodigio su tolerancia y su condescendencia?

No asentaron los médicos que la mejoría de doña Beatriz fuese un milagro, ni aseguramos nosotros que la resolución heróica de Teresa y Rodrigo, yéndose tan niños á tierra de moros á que los *descabezasen*, lo fuese.

Sólo nos toca acentuar tan extraña y singular coincidencia.

Los niños ejecutan un acto heróico, impropio de su edad, y nacido del fondo cristiano de sus corazones.

Parten, se detienen, elevan al cielo una plegaria

fervorosísima ante la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, y doña Beatriz recobra la salud, cuando un instante antes se hallaba á las puertas de la muerte...

¿No es esto para que lo meditemos con algún detenimiento?

¿No procuran justificar los novelistas modernos sus extravíos y aberraciones?

Imitarlos, es en nosotros un deber, tratándose de hechos que pueden calificarse de manera dudosa ó negarse descaradamente.

La ciencia médica del siglo XVI, en uno por lo menos de sus más ilustres representantes, declara singular el cambio de doña Beatriz, y deja á la piedad que crea en el prodigio.

Como tal le proclaman don Alonso, sus hijos, sus deudos y muchas otras personas en Ávila.

Desconocen la causa, y ya afirman el efecto.

Esta es la fe; esta es la creencia verdadera.

La grosera, la material, la que salta á la vista, si así podemos llamarla, no tiene nada de particular; y si nos es lícito decirlo vulgarmente, no tiene mérito, no tiene gracia.

Hay en la actualidad otros que dicen:

—Queremos creer.

Y se atreven á solicitar para ello el testimonio de un prodigio.

Esto no deja de ser peregrino.

No agotaremos nunca estas materias, por más

que sobre ellas hayamos escrito repetidas veces, ni diremos lo bastante, dada la insistencia de los que no opinan de igual manera que la Iglesia, á quien se ataca por modos distintos y diferentes, todos igualmente impíos, falsos ó especiosos cuando menos.

No tenemos inconveniente alguno en aceptar lo que ya antes hemos confesado: que son hoy escasos los milagros, comparados con los prodigios de la primera edad del cristianismo; que Dios los hizo entonces con profusión. Pero no porque sean ahora menos frecuentes que en un principio, porque no se hagan tan contínuamente, ¿hay derecho para decir que ahora no haya milagros?

No olvidemos que, aun cuando los milagros sean hoy relativamente raros, siempre los hay, porque en la religión divinamente instituída por Dios, hay, habrá siempre santos, y el Señor, además del espectáculo sorprendente de sus virtudes, manifiesta con prodigios la santidad de la vida de sus siervos y adoradores.

¡Cuántas apariciones maravillosas que es difícil negar, han ocurrido en nuestros días; cuántos hechos sobrenaturales; cuántas curaciones milagrosas se han efectuado en nuestro siglo, y aun en nuestra misma época!

Pero admitamos que nada de eso fuese cierto; que la creencia en las cosas que se ponen en duda por algunos fuese efecto del arrebato, del entusiasmo, de una fe ciega é irreflexiva, como mu-

chos se aferran en afirmar; hay un hecho que prueba que Dios persiste en manifestar de tiempo en tiempo su poder por medio de milagros; hecho que no podréis negarnos: la canonización de los santos.

Y estas canonizaciones han tenido y tienen lugar.

¿Quién ignora, siendo creyente, las minuciosas precauciones que se toman cuando se trata de llevar á cabo, de ultimar un acto tan solemne?

¡Qué sabia lentitud!

¡Qué procedimiento tan complicado!

Vedlo, si no:

Instancias renovadas; proceso informativo; proceso de *non cultu;* instrucción de la causa ante las congregaciones de ritos, *ordinaria* y *extraordinaria*, y todo esto no es, por decirlo así, más que el preliminar.

De admirar es, ciertamente, los terribles asaltos que ha de sostener una vida humana ante un proceso de canonización; y, no obstante, esos asaltos se dan ahora como siempre por la Iglesia, y sólo después de éllos sale perfectamente comprobada la santidad.

Admitamos más aún: que el prodigio sea hasta excesivamente raro; mucho más: supongamos que ya no exista; ¿no cabe explicar la ausencia de él, por frecuente que fuese antes?

Si hoy son menos, ó si no existieran los milagros, hay otra razón, á más de las que ya hemos explanado; hay, que ya con ellos se ha conseguido

el objeto del establecimiento y la consolidación de la doctrina evangélica...

¡Prodigio superior á todos los prodigios!

Dios, en su alta sabiduría, proporciona á cada edad razones distintas para asegurar su creencia; y nada puede decirse contra esto, con tal que las pruebas que concede á unos no sean inferiores á las que ha concedido á otros.

Ahora bien; ¿podemos quejarnos de los motivos de credulidad actual que poseemos?

No es de extrañar que los judíos del tiempo de Jesús dijeran:

—Todos estos milagros son muy hermosos, todo esto es sorprendente; pero nosotros estaríamos mucho más seguros si viéramos que el éxito coronaba estas obras, si viéramos sólidamente establecida la doctrina que se nos anuncia; entonces no tendríamos duda alguna.

Opúsose á este género de argumento la frase de Gamaniel, cuyo profundo sentido conmovió á cuantos la escucharon.

—Si esta obra viene de los hombres,—dijo,—se destruirá por sí misma; pero si viene de Dios, por mucho que hagáis, no podréis destruirla, y os expondréis á combatir contra Dios.

Ahora bien, á la sazón no hay disculpa.

Esa obra subsiste ahora, la vemos, la tocamos, vivimos en medio de ella, ó por mejor decir, vivimos su propia vida.

Suponed que desapareciera del mundo el cristianismo; ¿qué sería del mundo?

Le vemos, no circunscripto á un pequeño espacio, no aprisionado en una sola casta, sino esparcido por la redondez de la tierra. ¿Cómo atreveros á negárnoslo?

No hay un sitio en la inmensidad del Universo donde no haya aparecido la obra cristiana; luego es la obra de Dios, luego Dios es quien la conserva, y esto es un prodigio latente, vivo, un testimonio irrecusable, no menos sorprendente que el hecho de su establecimiento.

Cuando se mira de cerca la cuestión del establecimiento del cristianismo, y de su conservación tan tenazmente perseguida, no puede menos de reconocerse que los hombres son incrédulos porque quieren, y á pesar de que una serie de misterios naturalmente increíbles á nuestra razón se nos imponen con la fuerza avasalladora y la majestad de un hecho irrecusable.

Añadamos á esto:

Cuando vemos esos campos cubiertos de miés que prometen al labrador abundante cosecha; cuando contemplamos esas innumerables espigas ondulando como las olas de un mar muellemente acariciado por la brisa; esos árboles cargados de fruto, ante nuestra vista tenemos un prodigio que, por ser anual, no es menos evidente, y ante él obligados estamos á remontarnos al principio de ese hecho... Al labrador, que en el otoño anterior confió

á la tierra la semilla que aquélla le devuelve pródiga y generosa centuplicada, ó á la mano que plantó esos árboles tan ricos y esplendorosos.

Y en presencia, á la vista del campo abundantísimo de la Iglesia, que vemos extenderse ante nosotros; á presencia de esos millares de espigas de que nosotros mismos formamos parte, ¿no ha de ocurrírsenos la idea de llegar hasta el divino labrador, ó el divino plantador que sembró esa miés, ó plantó esos árboles cuyas espigas y cuyos frutos desaparecen para ser inmediatamente reemplazados por otros?

Hay, por desgracia, muchas almas ligeras y distraídas que no paran su atención en aquel milagro del orden moral, como tampoco notan ni se fijan en estos prodigios del orden natural.

Pero ellos existen; son palmarios é indiscutibles.

Atrás, incrédulos; repetimos una vez más.

Dejad que la ciencia respete lo que no alcanza, ni concibe, ni se explica; que por eso la ciencia no es menos grande, ni se humilla el sabio porque obre como obraron los médicos de doña Beatriz, de la madre de Teresa, al reconocer en su restablecimiento algo que no provenía de su mano y proclamaron con grandeza de ánimo.

Que don Alonso y los suyos, y muchos otros, atribuyeron á un prodigio, ignorando lo que nosotros sabemos ya y vamos relatando, comentándolo á la vez para hacer más útil, más provecho-

sa nuestra narración, sin asegurar por ello, ni dar como cierto que la plegaria de los dos hermanitos en la iglesia de San Lázaro, y la sola oferta de su martirio movieran al cielo á hacer un milagro.

Nosotros no vamos tan lejos.

El prodigio, sea de esto lo que fuere, es evidente, se nos impone en el último término; ¿para qué nos hace falta más?

La verdad y la divinidad de la religión que profesamos, y por la cual Teresa y Rodrigo huyeron de su casa, resplandecen como el sol; sólo los hombres que se tapan voluntariamente los ojos para no ver esa luz, se atreven á negarla.

Compadezcámosles, si es que no hemos logrado convencerles.

Apuremos aún la materia, que mucho nos faltaría por decir si tratásemos de completarla de una sola vez.

Desde el momento en que concluyó la conversión de la sociedad en que vivimos, pudo concluir sin extrañeza alguna la obra de los milagros.

Nada quedaba ya por convertir.

Los hombres todos nacer debemos convertidos, y debemos creer por la fe de nuestros antepasados.

Si hemos perdido la fe, si nos hemos *pervertido*, nuestra es la culpa; Dios no nos debía ya nada; y aun para salir de esa incredulidad culpable y voluntaria, no tenemos más que reiterar este género de reflexiones que con preferencia á otras hemos

empleado, aprovechando un hecho sencillísimo, y que se repite con frecuencia, para que produzcan un doble efecto y mayor sensación.

Ha sucedido con el cristianismo, con esa creación moral, como sucede con la naturaleza y la creación material.

Dios creó el cielo y la tierra; ¿cómo los creó? Necesariamente por un prodigio de su infinito poder. Desde entonces subsiste la naturaleza, y ya no hace el Señor milagros de ese género. Los seres se reproducen naturalmente en virtud del milagro primitivo de la creación.

Pues lo mismo decimos del cristianismo con el gran Augusto Nicolás.

«El cristianismo subsiste, continúa y se perpetúa en la sociedad de la que es vida, sin que haya necesidad de renovar los milagros que fueron precisos al principio de su creación.»

En resumen; si el milagro es hoy más raro, es, porque no es absolutamente necesario.

Aun suponiendo que no se viese ninguno, no tendríamos derecho para quejarnos, porque Dios ha provisto y provee á todo, proporcionándonos motivos de creencia, si no más poderosos, tan poderosos por lo menos, tan eficaces como el milagro propiamente dicho.

No son necesarios los prodigios para probar la divinidad de la religión cristiana, porque ésta ha conseguido su objeto; porque el establecimiento del

cristianismo, fundado sobre milagros, y su conservación, gran milagro permanente, son hechos que sólo la ceguedad impía desconoce.

Vosotros, los que nos leéis, bondadosos, no sóis de aquellos para quienes Teresa y Rodrigo no serán sino dos niños locos é insensatos, y hasta ingratos á los autores de sus días, dignos por ello de una severa reprensión.

No los vemos así nosotros, ni los veréis vosotros, admiradores de la gran heroína, asunto principal de este libro.

Para vosotros, como para nosotros, aquellas dos criaturas, buscando un martirio que no podían hallar, obraban á impulsos de esa sublime filosofía que acabamos de asentar.

La sentían, si no la conocían; la preludiaban, si no la poseían por entero; ella les impulsaba; les arrastraba; les hacía confiadamente esperar: para su madre enferma, la salud; para su padre y hermanos, el consuelo; para ellos, la gloria eterna, la gloria para *siempre*, frase que repetían, como hemos visto, y nos lo asegura Teresa misma con su admirable ingenuidad.

Algunos preguntarán:

¿Por ventura no están hoy los infieles, relativamente á la doctrina de Cristo, en el mismo estado en que los judíos estaban en la época de la venida del Mesías? ¿Por qué no está Dios obligado á hacer milagros en favor suyo?

Contestaremos á éstos para concluir este capítulo, ya demasiado largo:

No hay paridad alguna entre los infieles de hoy y los antiguos judíos de ayer, porque para éstos no existía el cristianismo, mientras que para los infieles existe.

Los infieles no tienen hoy más que tomarse el trabajo de abrir los ojos; por consiguiente, el milagro no es absolutamente preciso para ellos, puesto que ante sí tienen el hecho de la existencia del cristianismo, y los *milagros subsistentes* que resultan del cumplimiento de las promesas de Dios, todas cumplidas, todas satisfechas.

Unid á esto el celo del Apostolado, que á ninguna parte del mundo deja privada de la divina luz del Evangelio, y sus multiplicadas obras de caridad, que son por sí solas otra prueba suficiente y manifiesta de la verdad de la doctrina católica.

Y cuenta que no hacemos más que indicar este orden de pruebas, sin entrar en su desenvolvimiento, porque esto nos haría traspasar los límites que en estos libros nos hemos impuesto.

Los infieles, lo mismo que los que tengan deseos de creer, no carecen de medios para llegar á la verdad.

Teresa y Rodrigo, niños, sabían más que los sabios presuntuosos del siglo en que vivimos; sigámosles en su huída y nos convenceremos de ello.

Sus padres, sus hermanos, sus deudos y sus ami-

gos sabían también mucho más que los que lo fían todo al análisis del espíritu humano, tan factible, tan engañoso, tan voluble, tan vario y tornadizo al creer como creían. Prosigamos, y nos persuadiremos de ello.

¿Queríais, deseábais que entrásemos de lleno en la vida de la gran Santa?

Pues ya véis que procuramos satisfacer vuestro deseo; deseo que nos complace hayáis significado para alentarnos más y más en una obra que temíamos pudiera parecer árida é ingrata en una época de incredulidad y positivismo.

¿No es así?

Nos congratulamos por ello, y con nosotros se congratularán cuantos no pudieran sospecharlo ni creerlo.

Hay creencias, hay fe... Aún tenemos esperanzas de regeneración y bienestar para la patria.

XIII.

Inquietudes, aflicciones y esperanzas.

A medida que la mañana avanzaba, el estado de doña Beatriz era cada vez más favorable en el sentido de una mejoría ya resuelta y franca.

Quiso ver á sus hijos, de quienes no se había ocupado hacía muchos días, y don Alonso salió en su busca, llamándoles á todos con muestras del más grande regocijo y la mayor complacencia.

—¿Qué es esto?—se preguntaba.—¿Qué ha sucedido aquí?...

Y reconocido al Ser Supremo, sus labios murmuraban una de esas oraciones que, no ajustándose á un formulismo habitual, son la expresión espontánea de los sentimientos del alma.

Oraciones que brotan del corazón, que se escapan sin orden, sin método, de nuestros labios; pero que son siempre las que más dicen y las que más desahogan un pecho henchido por la gratitud y el amor hacia Dios.

¡Benditas oraciones!

¿Quién de vosotros no ha rezado así alguna vez?

¿Quién, bajo la acción inesperada de un fausto suceso, no ha procedido del mismo modo?

La alegría, sobre todo, es la más propensa á esta clase de manifestaciones de parte de un pecho cristiano.

Don Alonso, al salir de la alcoba conyugal, se sentía tan regocijado, que corrió por las habitaciones de su casa convocando á los suyos y haciéndoles apresurar su ida á la cámara de la enferma.

—Id, que os llama... Id todos, que os espera.

—¿Quién?—preguntaron algunos de los individuos de la familia.

—¿Quién ha de ser?... la enferma; mi esposa; vuestra madre, que se siente como nunca, que parece otra... ¡El Señor sea bendito y alabado!

Y todos, ante estas exclamaciones, acudieron presurosos á la cámara de doña Beatriz.

Don Alonso regresó antes que ninguno.

—Ya les he dicho que vengan; no tardarán... ¿Pero te molestará el que entren tantos?

—De manera ninguna;—dijo la enferma con verdaderos ánimos y tranquilizadora entereza.

—Ellos lo desean no menos que tú...—prosiguió el castellano.—¡Si vieras lo que han sufrido!... Yo no sé; pero se me figura que sus lágrimas y sus rezos han movido al Señor á hacer contigo un prodigio...

—Y qué, ¿tú no has rezado?—preguntó sonriendo doña Beatriz á su marido.

—Ya lo creo...—respondió don Alonso cogiendo una de las manos de la enferma.

Y la llevó á su boca y la besó apasionadamente.

—Las de todos, las de todos,—prosiguió doña Beatriz;—porque todos me amáis y todos sóis buenos cristianos.

—¿No te duele la cabeza?

—No... Te aseguro que parece que no he estado enferma.

—Acaso han exagerado los médicos...—dijo don Alonso para tranquilizar á su esposa, aunque estaba persuadido de lo contrario.

—No; no tratéis de ocultármelo... ¿Y para qué? Yo sé que he estado muy grave.

—Ese sueño tan largo, tan prolongado...—murmuró el caballero, siempre con la misma intención de alejar del ánimo de su mujer cuanto pudiera inquietarla.

—Acaso...—respondió doña Beatriz, al sentir que los suyos se aproximaban.

En aquel instante entraron dos de los hijos de don Alonso, habidos de su primer matrimonio con doña Catalina del Peso y Henao; es decir, don Juan y doña María, muy encariñada esta última con Teresa por ser la mayor y tener á su hermana como si fuese una hija, joven juiciosísima, y á la

cual doña Beatriz adoraba, así como en ella idolatraban sus hijastros.

Que allí donde reina la virtud, no hay rivalidades, sólo explicables al calor de la envidia y de las torcidas pasiones humanas.

¡Cuántos errores y cuántas preocupaciones pudiéramos combatir sobre este particular!

La enferma tendió una mano á los recién llegados, que sus hijastros besaron enternecidos repetidas veces, y doña Beatriz los atrajo á sí, estampando un ósculo apasionadísimo en sus frentes, al que ellos respondieron, especialmente María, con cariñosísimos y entrañables abrazos.

—¡Madre!... ¡madre!—repetían.

Y no pudieron pronunciar, por los sollozos que les ahogaban, una palabra más.

Don Alonso contemplaba aquella escena profundamente afectado y enternecido.

Doña Beatriz, su segunda esposa, había ganado por completo el corazón de los hijos que tenía de su primer matrimonio, tanto como si fuesen suyos; más aún si cabe, porque tuvo especial cuidado de distinguirse y esmerarse más con ellos, para que no notaran nunca la falta, el vacío de su madre.

¡Qué lección! ¡qué enseñanza!

Y cuenta que esto debe hacer toda mujer virtuosa y buena; toda mujer de juicio, de talento, que ame á su marido y sepa, tenga ó no hijos, apreciar lo mucho que se adoran estos pedazos del alma, y lo sensible que es para un cariño verdadero las ofen-

sas, por pequeñas que sean, que se hacen á los que se llevan ya á un segundo enlace.

Pero, ¿es esto lo que acontece comunmente?

No diremos, como muchos, que sea imposible que así suceda; pero cuando así es por excepción, ¡cuánto se estima y agradece! ¡y cuánto se admira un proceder semejante!

La prevención á las segundas nupcias, sobre todo cuando se tienen hijos de las primeras, nace en gran parte, y es natural, por lo difícil que es poseer un alma tan generosa, tan noble, tan recta, por parte de quien acepta la sustitución del cónyuge fallecido al lado del cónyuge superviviente, que acontezca lo que á don Alonso con doña Beatriz pasaba.

Pero, ¡ah! cuando se tiene la dicha de hallar esas cualidades en quien ocupa un vacío que no se llegó á saber soportar... ¡qué estimación y qué gratitud se debe á quien de ellas da pruebas, y qué idea tan elevada formarse debe de la persona, hombre ó mujer, que así sabe conducirse!

Y esto, que no se cree fácilmente, nosotros, por fortuna nuestra y harto favor de Dios, podemos afirmarlo aquí, á trueque de disgustar á alguien, en elogio debido, en elogio justísimo y en alabanza merecida de una criatura que nos interesa, y á quien amamos mucho, que por razones comprensibles no nombramos, y lo tiene en largos años confirmado y lo confirma siempre y en todos sus actos.

Los autores somos hombres, y cuantos nos lean

deben estas nobles y honradas expansiones perdonarnos.

Sirvan, pues, á quien aludimos, estos renglones de pequeñísima recompensa á lo que en este concepto la debemos, y nunca jamás la pagaremos bastante.

Y no como esposos, sino como padres principalmente, y en nombre de un ser á quien conmoverán hondamente estas líneas cuando las lea, y apreciar pueda su exactitud y el valor que para él deben tener aquí y en estos momentos estampadas.

Entraron luego en la alcoba de doña Beatriz, casi en tropel, los hijos del segundo matrimonio de don Alonso, los hermanos enteros de Teresa, como los llaman sus biógrafos, y se abalanzaron al lecho de su madre.

Doña Beatriz no pudo contenerse esta vez; se incorporó sobre las almohadas, no sin miedo por parte de su esposo, y besó á sus hijos con la efusión que sólo son capaces de besar en el mundo las madres.

La maternidad hace de la mujer en la tierra un ángel; por eso el mundo casi no concibe, ni se explica, una mala madre.

—Te aireas demasiado,—la dijo don Alonso.

—No importa,—le contestó su mujer; y siguió por largo rato abrazando y besando á granel, sin distinciones, sin preferencias, sin contar los besos que daba á los pedazos de sus entrañas.

De repente, la apasionada madre se fijó en algo que su alegría no la había consentido hasta entonces reparar, y don Alonso temía el momento en que de ello se apercibiera.

En lo que fué, ya lo habrán adivinado nuestros lectores.

—¡Aquí faltan dos de mis hijos!—exclamó doña Beatriz.—¿Dónde están?—preguntó con inquietud...—¿Están enfermos?—añadió sin dar tiempo á que contestase nadie á sus primeras preguntas.

—No,—la dijo don Alonso.—Teresa ha sentido alguna molestia esta mañana á primera hora, y quizás...

—¿Molestia, dices?...

—No te alarmes, está ya bien... acaso por esto no habrá venido, ó no se habrá levantado.

—¿Y Rodrigo, su hermano?—preguntó doña Beatriz,—¿también está delicado?

—No; ése no... Estará con Teresa; ya sabes que siempre andan juntos, que parecen dos enamorados;—prosiguió en tono de broma el castellano haciéndose visible violencia, porque la ausencia de los niños no era nueva para él y le comenzaba á producir alguna zozobra el que habiéndoles enviado á buscar hacía tiempo, no les hubiesen encontrado.

Y como su madre no viese salir á ninguno, añadió:

—¿Pero qué hacéis que no váis á enteraros?... Ve tú, María; y si Teresa está enferma, que no se

levante... Creo que si sigo así no tardaré en poder ir yo misma á su cuarto... Y si ese pícaro Rodrigo la acompaña, dispuesta estoy á transigir con que venga, me dé un beso y se vaya al lado de su enamorada.

¿Reflejaremos bastante en estos diálogos lo que aquella familia se quería y se amaba?

Esperamos, si no, que el buen juicio y el talento de nuestros lectores supla lo que en esto echen de menos por nuestra insuficiencia.

María, al fijarse por vez primera en la ausencia de sus hermanitos, corrió en su busca, y don Alonso aprovechó esta circunstancia para seguirla y adquirir noticias de los ausentes.

Su tardanza se iba haciendo inexplicable; nunca había ocurrido una cosa semejante.

¡Y en qué ocasión sucedía esto!

En vano recorrieron el padre y la hija la casa, el huertecillo contiguo, para hallar á los niños.

Nadie daba razón de ellos ni dentro ni fuera.

Los vecinos á quienes preguntaron no les habían visto.

Doña Beatriz debía ignorar el resultado negativo de las investigaciones de cuantos buscaban á los dos hermanitos, y se hacía imposible, sin embargo, aquietar su natural impaciencia y su disgusto.

Don Alonso llegó á sentirse profundamente alarmado.

La ausencia de los dos hermanitos agravaba por

un lado la situación de su ánimo, y por otro constituía para él una esperanza.

Doña Beatriz seguía reiterando sus preguntas, y á cuantos entraban á verla les decía:

—¿No han parecido aún?

Pasadas algunas horas no fué posible engañarla, para evitar al menos que se levantase y ocurrir pudiera una complicación desagradable.

—Han salido,—la dijeron.

—¡Tan temprano!—exclamó.

La falta del bastón y de algunas ropas de Rodrigo causó á todos doble extrañeza, sin acertarse á explicar este detalle, esta circunstancia.

La enferma llegó á empeñarse en ir por sí misma en busca de los niños, cuando oyó que las campanas anunciaban el medio día y sus hijos no entraban en su alcoba.

Su esposo, afligidísimo, trató de disuadirla, de impedir aquella imprudencia, y logró al fin apaciguarla, asegurándola que los niños parecerían.

—Ten confianza en mí; lo que yo no haga no has de hacer tú... el cielo, que te ha mejorado tanto, no querrá que nos suceda una desgracia... Es una travesura de niños... reprensible, quién lo duda; pero...

Pusiéronse en juego todo género de investigaciones, y fué entonces cuando hubo algunos que dijeron haber visto á las dos criaturas á primera hora, como si se dirigieran á la escuela.

Otros puntualizaron sus señas, y se adquirió el convencimiento de que Teresa y Rodrigo fueron los que tanto llamaron la atención aquella mañana.

—Llevaba él un bastoncito al hombro, y pendiente de la punta un hatillo pequeño.

—Ella iba con otro palo, como si fuesen de camino.

—Su aire era tranquilo.

—No parecían tener miedo.

—Ni ir á hacer ninguna picardía.

—¡Oh! eso de ningún modo.

—Daban envidia.

—Yo me los hubiese comido á besos.

Así hablaban cuantas gentes sencillas se apresuraron á noticiar á los señores de Sánchez de Cepeda lo que acerca de los niños se fué recogiendo, una vez interesados en tranquilizar á sus padres.

Todo era singular en aquella ausencia de Teresa y de Rodrigo.

Ni uno ni otro habían dado jamás el menor disgusto; eran dóciles, cariñosísimos, aplicados, humildes.

—¡Cómo explicar esto!

—¿A dónde han podido ir?

—¿Qué idea es la suya?

—¡No cabe dudar!... ¡Ellos eran!—se dijeron al fin unos á otros en casa del hidalgo castellano.

Al saber doña Beatriz lo que se decía en la ciudad, su imaginación de madre recordó el sueño de

Teresa, y se fijó la primera en que la ausencia de los niños significar podía una huída concertada entre ambos hermanitos, con el fin de encaminarse á tierra de moros.

Este pensamiento llevó á su corazón angustiadísimo algún consuelo, alguna esperanza.

El proyecto en sí, aunque descabellado, no ofrecía riesgo alguno, y así lo creyeron los esposos al trasmitirse sus nuevas impresiones.

Pero la corta edad de los intrépidos y resueltos viajeros no era para tranquilizar á sus padres por completo.

Podían extraviarse, ser víctimas de alguna agresión, de algún peligro inesperado.

—Que recorran los alrededores de la ciudad... Que les busquen fuera de murallas,—dijo doña Beatriz, ya enterada de todo.

Y don Alonso halló los cálculos de la enferma fundadísimos y trasmitió sus órdenes, permaneciendo por precaución á su lado.

—Lo malo es que éllos no saben... ¡Oh! ¡Si llegase la noche sin parecer esos muchachos,—exclamó la madre.

Y su marido se estremeció al oirla hablar así.

Conocidos son los abruptos y peligrosos alrededores de Ávila.

A principios del siglo XVI lo eran más de lo que son ahora.

Colocada la ciudad sobre un estribo roto por el

río Adaja; construída en lo más alto de una colina que forma uno de los estribos del Guadarrama, ro-déanla hoy, y la estrechaban por entonces más aún, montañas abruptas que llevaron el nombre en lo antiguo de Montes Carpetanos, sierras de Avila, y de los cuales son notables los puertos llamados del Pico, Menga y Villaloro, límites un día de las provincias romanas Lusitania y Tarraconense, y en aquel entonces formaban parte del reino castellano.

Los temores, las inquietudes por las tiernas criaturas eran fundadísimos; tenían una explicación racional en el orden natural, y claro es que sus padres y deudos no pensaban en el prodigio, en el milagro.

En lo que vamos refiriendo no le había en el orden material; de existir, en el proceder de los hermanos, nosotros le veríamos en el orden moral, y no pequeño.

Teresa y Rodrigo, después que oraron en la Iglesia de San Lázaro, salieron del templo, y á esta primera detención se debió, sin duda, el que no se diera con el itinerario que habían seguido.

Nadie reparó en ellos en el templo del Asilo de San Lázaro; ninguno habló, pues, á sus padres de esta visita.

Eran, pues, cuantas noticias recogían incompletas, y no pasaban del casco y de las vertientes de la ciudad; ninguna se refería á fuera de murallas.

Porque bueno es que digamos que los hermanos,

no conociendo el camino, pudieron, hasta para llegar á San Lázaro, ir por calles y plazas, aunque descendiendo siempre al cauce profundo del Adaja.

Hablábase en Avila por entonces de varias cuadrillas de gentes de mal vivir, á quienes la Santa Hermandad perseguía sin resultado hacía tiempo; y como hay gentes tan singulares que, hasta sin dañada intención, se complacen en ser portadoras de malas nuevas, no faltó quien de esto hablara á los padres de los inocentes expedicionarios.

Doña Beatriz, al referir á su marido lo ocurrido á Teresa la noche del 10 de Diciembre anterior, y cuanto en ella y en Rodrigo su hermano había observado desde entonces, produjo en su ánimo la admiración cristiana de que ella se sentía poseída, al ver que habían sido capaces ambos de llevar á cabo una resolución semejante.

Y se esperanzaron ante esta idea, hasta que las noticias de los bandidos vinieron á destruir su confianza.

Alternativas crueles que estábamos obligados á acentuar en este pasaje de la vida de la Santa.

Doña Beatriz y don Alonso se alegraban de que Teresa no hubiese ido sola, de que la hubiera acompañado su hermano Rodrigo.

—Nada podemos temer por lo que hace al fin cristianísimo que se proponen los niños,—decíanse para calmar su disgusto,—pero si á pesar de esto les sucediese algún contratiempo...

—Si no pareciesen antes de finalizar la tarde...

—Si se hiciese de noche...

Y vuelta á la inquietud después de la confianza; y vuelta á la aflicción y á desvanecerse las esperanzas.

Sólo teniendo hijos; sólo habiendo sentido las zozobras que á don Alonso y á doña Beatriz mortificaban, es dable apreciar su sufrimiento y el de todos los moradores de aquel hogar, de aquella casa y hasta de los de la ciudad entera.

XIV.

El encuentro.

Cuando los niños Sánchez de Cepeda salieron del templo de San Lázaro, en el que se veneraba la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, en vez de continuar su camino se internaron en un lugar á propósito para almorzar.

El aire de la mañana había abierto su apetito, y Rodrigo ofreció á Teresa las escasas provisiones que sacara de casa de sus padres.

—Acepto,—dijo la niña;—y gracias á tu previsión...

—¿Te sientes mejor?

—Sí; y ahora parece que echo de menos el no haberme desayunado.

Colocando sobre una piedra lo que Rodrigo llevaba en su hatillo, y sentándose sobre otras, los hermanos se pusieron á comer con suma complacencia.

No hemos de olvidar que eran dos criaturas.

Pan, queso y almendras tostadas, era lo que el niño, pensando más en Teresa que en sí propio, había tomado al salir, pareciendo á los dos tan frugal comida el más opulento almuerzo.

Teresa se sintió en extremo complacida por algunos instantes, y hasta relativamente de buen humor. Su carácter era vivo é impresionable.

—Y luego que comamos esto,—dijo á su hermano,—¿qué piensa darme el refectolero?

—Tú lo has dicho,—le respondió Rodrigo;—imploraremos la caridad... Yo supongo que esos pícaros moros estarán cerca.

—Así lo presumo yo.

—Pero, ¿no te has enterado?...

—¿De qué?

—Del lugar donde han de descabezarnos.

—Lo de menos es el lugar.

—Pero si no le sabemos...

—El Señor nos llevará á él derechitos... Ya verás.

«De oir sería,—dice un bibliógrafo de la Santa,—de oir sería á estos dos tiernos pimpollos discurrir acerca del objeto de su viaje.»

Y á la verdad que, dada la índole de este libro, no podemos excusarnos de hacerles hablar, acomodándonos á la situación en que los niños se encontraban.

Situación ambigua y difícil; extraña mezcla de regocijo y de pesar, de alegría y de dolor.

—Cuando nos echen de menos, ¿qué sucederá?—

dijo Rodrigo de repente, cambiando el curso de la conversación.

—¡Como madre está así!...—murmuró Teresa, y quedó pensativa por algunos instantes.

—¿Si habremos hecho mal?...—exclamó con amargura é inquietud; siendo esta la primera nota de sentimiento y de dudosa desconfianza que la niña profirió desde que habían salido de casa de sus padres.

—Pues tuya ha sido la idea,—la contestó Rodrigo.

—Sí; pero no me negarás que tú la tenías aceptada hace mucho tiempo.

—Eso es cierto.

—Y ahora que la hemos puesto en práctica no nos conviene vacilar.

—Yo no vacilo; pero temo que va á ser este el primer disgusto, y no pequeño, que demos á nuestros padres.

—Cuando sepan por qué nos hemos salido de casa...

—¡Oh! eso es verdad.

—¡Morir por Dios!

—Dices bien.

—¡Y conseguir la gloria!

—¡Y para siempre!

—¡Para siempre!

Y esta reflexión disipó el efecto de sus anteriores reflexiones, haciéndoles persistir en sus propósitos.

—Adelante,—exclamó Teresa.

—Adelante,—la contestó Rodrigo.

No quiso Dios que aquel hermosísimo arranque, que la heróica resolución de los hermanos fracasase por su voluntario desistimiento.

Habría perdido gran parte de su incalculable valor, y la posteridad no la registraría hoy como un gran ejemplo.

Teresa había arrastrado á su hermano, y ahora, en su modestia, hacía recaer sobre Rodrigo el mérito entero de aquella acción, de aquel acto, uno de los más hermosos que registran los anales de los escogidos, de los bienaventurados.

Porque á la verdad, esto de apetecer el martirio lo han demostrado muchos; lo de no rechazarlo y no temerlo, ha sido cosa freeuente en los escogidos del Señor.

Mas á la edad tiernísima que Teresa contaba, quererlo, desearlo y buscarlo, como ella lo buscaba, con la candidez propia de sus pocos años, y á la vez con la insistencia, el ardor y el entusiasmo de un período de virilidad y de entereza consciente, esto excede á todo elogio y supera á toda ponderación.

No os atreveréis á desmentirnos.

De aquí que panegiristas de la Santa, aun cuando pasan muy de ligero este rasgo, no dejan de alabarle en las obras todas que hemos registrado para llenar nuestro cometido, y si cabe decir sobre

la protagonista principal de ésta, una nueva palabra que exceda en alabanza y gloria suya á todas las anteriores.

Notando con placer que, á medida que avanzamos en nuestra gran tarea y recogemos datos y oimos á cuantas personas doctas tenemos ocasión de consultar, se enciende en nosotros más el cariño y la admiración hacia Teresa, ornamento de la Iglesia y legítimo orgullo de la madre patria.

Alegrándonos cada vez más de haber concebido la idea de escribir este libro á continuación de nuestros tres anteriores, y con preferencia á otros que tenemos pensado dar á la estampa, contando con el favor público que, lejos de decrecer, aumenta hacia nuestros pobres trabajos literarios.

No por lo que valgan en sí, sino por su índole, por su carácter, por su fin, por sus tendencias.

Consolémonos; así como pasa por axiomático que «el vacío atrae,» atracción y atracción irresistible se siente á medida que más se engolfa uno en estas materias, y se ensanchan los horizontes de la virtud, de la santidad y de la gracia.

Y si eso nos pasa á nosotros, seguros estamos que pasará de igual manera á nuestros lectores, hallando vivo placer en este género de obras, en cuyo cultivo procuramos adiestrarnos más cada día, y éllos han de hallar mayor interés en nuestras páginas.

La época demanda cada vez con mayor urgencia producciones que contrarresten las que se con-

sienten y toleran con daño de las costumbres, de la moral pública y privada, sin freno, sin cortapisa alguna.

Teresa y Rodrigo hablaban ya sin mirar otra cosa que la dicha inefable de morir por Jesucristo, y de ofrecer su vida por la salud de su madre.

Eran dos ardorosos cristianos y dos excelentes hijos.

Y lejos de haber en ellos egoismo ni ingratitud, veréis, como nosotros vemos en los hermanitos, dos almas de un temple superior á lo que de su corta edad podía esperarse.

Había en ellos *precocidad*, no hemos de ocultarlo; pero precocidad asombrosa en el orden religioso y filial, sobre la cual nos cumplía llamar en este instante la atención de una manera especial y concreta.

Precocidad santa; precocidad sublime que debíamos acentuar y poner en parangón con otras *precocidades* que el mundo encomia, que el mundo elogia, que los hombres ensalzan, sin extrañarse de ellas, porque son dolorosamente frecuentes.

Precocidades que asustan, que causan espanto.

Teresa y Rodrigo deseaban dar su vida por Jesús. ¡Cuántos y cuántos no la sacrifican hoy en la más tierna edad por su incredulidad precoz y su falta de fe, de creencias y moral cristiana!

Tolérase en todo la ponderación, el elogio y hasta el ditirambo, menos en lo que atañe y con-

cierne á los sentimientos religiosos, cuando no se comete la injusticia de desconocer su mérito, de negarlos ó de vituperarlos, que hasta esto se va, haciéndose en cambio la apología del vicio.

Las horas pasaban; las horas transcurrían, y aquellos dos niños sentíanse con nuevos y mayores bríos para proseguir su marcha.

Terminada su frugal comida, pero suficiente para reponer sus fuerzas físicas, algún tanto quebrantadas, Teresa dijo á su hermano:

—Vamos.

Y Rodrigo se levantó decidido y resuelto más aún de lo que estuvo al principio de la mañana.

—Por nuestro Dios y por nuestra madre,—añadió Teresa.

—Por ellos...—repitió su hermano.

Y emprendieron su peregrinación, esta vez dirigiéndose á la embocadura del puente sobre el Adaja.

No volvieron á continuar su marcha sin volver sus ojos á la ciudad, sin contemplarla con lágrimas y exhalar un hondo suspiro.

—¡Valor, Rodrigo!—dijo Teresa.

—¡Valor, Teresa!—contestó Rodrigo.

—Por Dios hacemos esto...

—Por la salud de madre nos vamos á tierra de moros á que nos descabecen.

—Y para ganar el cielo para siempre...

—Sí, para siempre.

Y repitieron al unísono:

—¡Para siempre!...

—¡Para siempre!

Frase que entusiasmaba, que hacía arder sus corazones, y movido había su espíritu á «su infantil conato de caminar en busca del martirio,» como llama á su resolución el señor Carramolino.

—¡Al martirio!—exclamó Teresa en alta voz.

—¡Al martirio!—repitió su hermano con acento de pelea.

Y esta frase sublime, síntesis de las ansias de aquellos dos niños, la repercutió el eco, y fué escuchada con asombro y extrañeza suma por un caminante que venía hacia la ciudad, que atravesado había ya el puente del Adaja, y que no pudo menos de impresionarse vivamente.

—¿Qué oigo?—se dijo.—Voces de ángeles han pronunciado con energía y resolución una frase incomprensible... ¡Al martirio! ¿Qué quiere decir esto?...

El suceso no era para producir en el ánimo de cualquiera un efecto diferente.

El caballero no veía persona alguna, y había oído aquella exclamación, aquel hurra cristiano.

Y esto en la soledad del campo, cuando menos podía explicárselo.

A la parte del Noroeste de Avila, en un sitio en el que hoy se alza una cruz y se titulaba ya entonces de los *Cuatro postes*, el caballero divisó al fin

dos niños que caminaban apareaditos y con paso acelerado.

Salióse del camino para dejarles pasar tan luego como bajó la cuesta que de la hondonada del río parte hacia el lado opuesto del puente, y observó oculto lo que aquellas dos criaturas, lo que aquellos dos niños se proponían.

—Éllos han sido, sin duda,—pensó,—los que han pronunciado las palabras que han llegado á mi oído.

Los hermanitos iban tan ensimismados, tan distraídos, que no vieron al caminante.

Fué entonces cuando éste reconoció á Teresa y á Rodrigo.

—¡Mis sobrinos!—exclamó.

Y redoblando su curiosidad y avivando su interés, espió sus menores movimientos.

Era el caminante, en efecto, tío por parte de su padre de los dos fugitivos.

Sabedor de la situación desesperada de su parienta doña Beatriz, venía de Salamanca.

Y según se dice, este pariente de la Santa se llamaba don Francisco de Cepeda.

Al ver que sus sobrinos se disponían á traspasar el puente y á subir la cuesta, don Francisco salió á su encuentro.

—¿A dónde váis, niños?—les dijo.

Por suavidad y dulzura que quiso imprimir el caballero á su acento, á su palabra, á su pregun-



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 6, Madrid

¿A donde vais niños?

ta, aquella voz asustó á los niños, que se quedaron sin respiración, sin aliento.

Ni uno ni otro se atrevieron á levantar la vista del suelo.

Aquella voz debía serles conocida, y, no obstante, fué para ellos completamente extraña, siendo preciso que don Francisco se aproximase á sus sobrinos, cogiese la mano de Rodrigo y de su hermanita, y prosiguiese hablándoles:

—Queridos míos, ¿no me reconocéis? Soy yo, vuestro tío, que os ama en extremo.

Ni aun después de estas frases cariñosas y tranquilizadoras las criaturas salían de su estupor, y continuaban rilando como azogados.

—Miradme bien... No tengáis miedo...—añadió el viajero.—Por grande que sea vuestra falta,—se aventuró á decirles,—yo os disculparé. ¿Cómo está vuestra madre? ¿Ha muerto y el dolor os hace intentar una locura?

La acción de los niños era tan extraña, que bien pudiera significar lo que su tío temió por un instante, no acertando á adivinar lo que aquello significaba.

Don Francisco se expresaba como era natural que se expresase, como cualquiera se hubiera expresado en un caso análogo.

¿Cómo presumir el objeto, el fin verdadero de aquel viaje de las dos criaturas?

Sin embargo, resonaba aún en sus oídos la frase que los niños habían proferido, y como don Fran-

cisco conocía las costumbres de la familia, cambió de idea é interrogó en otros términos á Teresa y á Rodrigo.

—Decidme á dónde váis; cuándo habéis salido de casa, y por qué... No me ocultéis nada; vamos, hablad... Pero ante todo, ¿doña Beatriz vive?

Teresa fué la primera que se repuso de la sorpresa, y se arrojó llorando á los brazos de su pariente.

—Nuestra madre está gravísima,—dijo.

—Y en tal momento...

—Sí; hemos resuelto ofrecer por ella nuestras vidas.

—¡Ahora caigo! Eso del martirio significa...

—Que vamos á tierra de moros á que nos descabecen,—respondió el niño.

Preciso fué al viajero contenerse para no soltar una carcajada por lo que al proyecto de aquellos inocentes se refería: se opuso á ello, empero, las noticias de la castellana.

—Vamos, vamos, sed razonables y dejad esos proyectos para mejor ocasión... Veníos conmigo á la ciudad.

Los hermanitos no supieron oponerse á la orden de su tío, y le siguieron.

La tarde había avanzado entretanto.

Don Francisco de Cepeda, llevando delante á sus sobrinos, entró con ellos en Ávila gozoso de restituirlos al seno de su familia, á quien suponía

acongojada por la doble coincidencia de la gravedad de doña Brígida y de la ausencia de los niños.

El regreso de éstos se anunció acto seguido que penetraron en la población, así como don Francisco supo regocijado á seguida el alivio casi milagroso de su cuñada.

Don Alonso, al oir á su hermano en el zaguán, bajó apresuradamente, y al ver á los niños subió la escalera gritando:

—¡Están aquí ya!... Vienen con su tío Francisco.

Y su esposa que le oyó ya no pudo contenerse, y se lanzó fuera del lecho con fuerzas superiores á lo que de su estado podía prometerse.

—¡Hijos mios! ¡hijos del alma!

Y Teresa y Rodrigo entraron en la cámara arrodillándose á los pies de su madre.

—Perdón, perdón,—decía Rodrigo.

—Madre, ¿estáis ya buena?—preguntó Teresa.

Y durante algunos minutos aquella expansión fué indescriptible.

Los niños estaban allí buenos y sanos; la madre, enferma de gravedad aquella mañana, no se cuidaba de sí misma, y don Alonso, don Francisco, y María, la hermana mayor de Teresa, y sus demás hermanos, formaban un grupo conmovedor.

La Iglesia nos dice: «la niña Teresa lloraba su regreso con abundantes lágrimas.»

Y añade:

«No porque la riñese su madre, sino porque cre-

yendo (en su modestia) que lo ocurrido naciera de Rodrigo, que era mayor, éste se disculpaba con que la niña le había movido, y por élla, sólo por élla, hubo de tomar aquel camino.»

Y concluye afirmando:

«Que lloraba, á más de todo esto y principalmente, por haberse defraudado su deseo del martirio.»

Uno de los propósitos de aquella huída estaba cumplido.

Doña Beatriz, que se volvió á su lecho á ruego de don Alonso y de todos los presentes, aseguraba estar perfectamente, y sólo por precaución los médicos la aconsejaron que no hiciese nada que pudiera ocasionarla un retroceso.

Don Francisco refirió el encuentro de los niños, y Rodrigo contó todo lo que dejamos relatado, asombrando á sus padres en que á la hora en que sus hijos rezaban á Nuestra Señora de la Caridad, la enferma se había mostrado animada y casi buena.

¿Cómo reprenderles, pues, por lo que habían hecho?

Les movió el cariño filial y las máximas que les inculcaron sus padres mismos; ¿qué tenían que oponer á esto? Antes bien rindieron gracias al Señor por cuanto aquel hecho, comentado en toda la ciudad, significaba.

¡Cuánto no contribuyó á cimentar la fama de Teresa entre sus compatriotas aquella resolución que hemos calificado de heróica sin exagerar en

lo más mínimo ni ponderar la conducta de la tierna niña, á quien el mundo católico entero rinde la más ferviente adoración, y ésta crece por días, siendo Teresa de Jesús hoy tema, asunto de admiración y de estudio.

Lo cual proviene de los diversos modos con que se pueden considerar sus méritos.

«Cuando los héroes lo son por una sola hazaña ó un género de hechos, no cabe admirarlos sino viéndoles por aquel solo lado,» dice un ilustre escritor.

Pero Teresa, bajo todos conceptos, se nos ofrece no solamente sin tacha, si que también con verdadera grandeza.

Es *grande* por toda su vida, y como las manifestaciones de la vida son varias, diversos son asimismo los motivos de admiración y de amor con que esta mujer singular nos cautiva.

Y no por eso hay falta de unidad en estos conceptos con que hemos de juzgarla, no. Quien los separe, seguro esté que no conocerá á Teresa.

Hay, empero, en ella una cualidad que se sobrepone, la subordina y supera á todas.

Esa cualidad, es la *santidad*.

Prescíndase de esta excelencia, y pierden su más sólida base las otras grandezas.

Santidad prematura, instintiva, casi podemos llamar inconsciente é innata. Sin ella, ¿cómo explicar el hecho más culminante que de su niñez registra su historia?

Por eso, ese hecho ha sido por nosotros minuciosísimamente referido y circunstanciado.

Deseó el martirio; buscó el martirio; no lo consiguió de un modo formal y material, es cierto; pero pasó en todo como si le hubiese sufrido.

Si aquel arranque de la niñez de Teresa hubiera podido tener consecuenciás reales, la Santa las hubiera soportado con abnegación, con placer, con alegría.

Si en vez de su tío Francisco, los hermanitos hubiesen hallado un impío, un hereje que, oyéndoles confesar á Cristo, les hubiera descabezado, ellos se habrían dejado descabezar y ganado gustosos la palma del martirio.

Rodrigo, por alientos de Teresa; Teresa, por propios alientos, como lo demostró al llorar «por haberse defraudado su deseo.» Pruebas dieron de que no fué en ellos pasajera vocación la del sacrificio de su existencia por amor á su buen Jesús y á su madre, sino persuasión completísima, no disminuída en mérito porque no llegase á consumarse.

Hicieron ambos cuanto en su mano estuvo; y no por desistimiento, sino por obediencia hacia su tío, regresaron al hogar paterno.

Donde aquella tarde y aquella noche todo fué regocijo y acción de gracias al Altísimo.

Digna consecuencia de la velada cristiana con que dimos principio á la niñez de la Santa.

XV.

Las ermititas.

NADA tenemos que inventar, nada que discurrir por lo que hace á la vida de la Santa. Teresa misma nos la da á conocer con detalles, con pormenores preciosísimos, conmovedores y del más vivo interés.

Según la edad, según la época de su existencia á que se contrae y á que se refiere.

Hay tal acento, por otra parte, de sinceridad en sus Memorias; tal sencillez y modestia en sus escritos, que sería en nosotros crimen imperdonable el privar á nuestros lectores de cuanto en este punto puedan desear, acudiendo, para conseguirlo con certeza, al clarísimo manantial á que han tenido que recurrir sus biógrafos, sus panegiristas é historiadores, si han querido llenar su cometido amplia y cumplidamente.

Dar corte descriptivo, corte de leyenda; hacer que tome vida y manifestación externa la gran Teresa y los personajes que la rodean... hé aquí el

solo compromiso que por nuestra parte hemos adquirido, y á que, por lo tanto, estamos obligados; procurando, por este medio, acrecentar la gloria de la Santa en cuantos lugares de la tierra se habla el rico, el armonioso idioma castellano.

El deseo por parte de Teresa de sufrir el martirio no tuvo, como hemos visto, cumplido éxito.

No le hubiera tenido de manera alguna, aun en el caso de no haber hallado á los niños su tío don Francisco.

Pero, ¡ah! llegada la noche, las dos tiernas criaturas se habrían con seguridad perdido, extraviado; ó cansados, rendidos, se habrían dormido, y acaso el frío, que aún se sentía, les habría dañado ó sido víctimas de algún animal dañino.

Dios no quiso que sucediera nada de esto, y por medio de un suceso natural les evitó peligros en que los hermanitos no pensaron.

Su inclinación, su gusto, su afán, su empeño, quedó patentizado en verdad; pero no se satisfizo por desistimiento propio ni por culpa suya.

Bastó, pues, y bastarnos debe á nosotros lo acaecido, para hacer notar que el sacrificio fué para Teresa grandísimo y su contrariedad vivísima.

—¿Pero no llevabas miedo?—la preguntaba su hermana María acariciándola y teniéndola sobre sus rodillas.

—Ninguno;—le respondió la niña.

—Y si en vez de moros hubiérais encontrado ladrones, ¿qué habríais hecho?

—Nada llevábamos que pudieran robarnos.

—¿Y si los lobos ú otros animales os hubiesen acometido?

—Les habríamos espantado.

—¿Cómo?

—Con la señal de la cruz.

La respuesta de Teresa revelaba su gran confianza en el signo sacrosanto de la redención, confianza que no le faltó nunca en los trances más difíciles de su vida.

Su hermana, por parte de padre, la besó enternecida, y contó á don Alonso y á doña Beatriz la entereza de Teresa, produciendo en ellos un gran asombro el descubrimiento de tan rara cualidad en la tierna criatura.

Reprendieron sus padres á los niños, más por mera fórmula que por enfado, y sólo al efecto de evitar que repitiesen un acto semejante; por lo demás, y á solas, no pudieron menos de felicitarse de tener unos hijos de tanto valor y tan decididos cristianos.

Para aquellos creyentes eran augurios dichosísimos la travesura y la entereza de los niños, y con ello recogían con usura el fruto de sus ejemplos y sus lecciones.

Había en la casa solariega de los Sánchez de Ce-

peda un huertecito, que aún se conserva, después de haber convertido en iglesia el edificio.

Huerto pequeño, y cuya vista inspira los afectos más conmovedores, las impresiones más dulces á cuantos le visitan, penetrados de respeto y amor á la Santa.

Este jardinito, este huertecillo está adosado actualmente á la parte exterior de la capilla de Nuestra Señora del Carmen, y sus tapias dan á la calle de Santo Domingo.

En vida de Teresa, la entrada de la casa de sus progenitores estaba por este lado del edificio, correspondiendo al piso alto las habitaciones que son hoy la capilla de la Santa, y la titulada del Carmen, que entonces eran la sala y alcoba en que vino al mundo la excelsa criatura de que venimos ocupándonos. [1]

La que á la sazón se titula *Capilla de las reliquias*, era el gabinete particular ó despacho de don Alonso, y se halla consagrada á San Elías.

---

[1] La capilla de la actual iglesia fué consagrada por el Ilmo. Sr. D. Pedro de Aya, religioso dominico y Obispo que fué de Avila; y la del Carmen, destinada hoy á comulgatorio, se halla situada en el crucero central. El año 1631, deseando el Ilmo. Sr. D. Pedro Cifuentes y Loarte edificar un templo en honor de Teresa en la casa donde nació, se principió la obra á sus expensas; pero cediendo posteriormente el patronato del mismo al Excmo. Sr. Conde-Duque de Olivares, éste la concluyó á los cinco años, estrenándose la iglesia y convento el 1636, siendo su interior, arquitectura y altares, correspondientes al gusto de la época de su fundación, participando de una gran sencillez y revelando el mejor gusto el frontis de dicho templo, que es de piedra de sillería, con una estatua de la Santa sobre la puerta, alzada en el sitio mismo que ocupó la casa y la huerta de los padres.

En el armario ó alacena que allí se ve, se veneran en varios relicarios un dedo índice de la Santa, el báculo con que caminaba en sus peregrinaciones, la suela de una de sus sandalias y un rosario con una cruz de madera de gruesas cuentas y engarzado en plata.

No cabe, ciertamente, penetrar en aquellos sagrados sitios sin experimentar devoción y recogimiento, hallando por ello oportunísimas las consideraciones que trae á este propósito uno de los más recientes admiradores de la Santa, en un opúsculo que tenemos á la vista. [1]

«Aquí, dice, aquí abrió por primera vez sus hermosos ojos aquella preciosa criatura, que con sus miradas había de robar el corazón de su amantísimo Jesús.

»Aquí se meció la cuna, y los ángeles velaron el dulce sueño de tan queridísima niña, á la que tantas vigilias y tantos cuidados la esperaban.

»Aquí extendió sus tiernecitas manos la que había de empuñar palmas de mártir en el deseo, ceñir corona de Virgen y manejar de manera admirabilísima pluma de Doctora.

»Aquí se fortalecieron aquellos pies, que, cual otro Apóstol, habían de recorrer más tarde caminos, pueblos y ciudades, por la gloria del divino Esposo.

»Aquí lactó y se nutrió aquella que con su celes-

---

[1] Don Benito García Arias, en sus *Recuerdo históricos de Ávila*.

tial doctrina, apacienta é ilustra en la actualidad á los sabios y á los santos.

»Aquí alentó aquel pequeño corazón que, inflamado en el amor de su Dios, tan grande y magnánimo había de mostrarse después al mundo.

»Aquí con su dulce sonrisa inundó de alegría tan hermosa niña los corazones de sus padres, á quienes amó y sirvió con entrañable y filial cariño.

»Aquí pronunció sus primeras palabras, la que con su discreción, sabiduría y dulzura había de robar el corazón de cuantos la escuchasen.

»Aquí aprendió á invocar los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, la que tanta gloria les procuró como hija y esposa verdadera.

»Aquí se desarrolló y creció tan purísimo cuerpo, víctima inocente después, de tantos dolores, austeridades y penitencias.»

Reflexiones hermosísimas que nos hemos permitido reproducir aquí, porque son las más apropiadas para expresar los afectos del alma de cuantos aquellos memorables sitios visitan, y las que nosotros nos hicimos al penetrar en ellos, bien á la ligera y de pasada.

Anduvo don Rodrigo retraído muchos días sin reunirse con su hermana Teresa.

Tenía miedo que le invitase á hacer una nueva escapada, toda vez, y atendido á que al niño le hicieron grande impresión las atinadísimas observaciones de sus padres.

La quería tanto, sin embargo, que aquel retraimiento duró poco.

Halláronse al fin los dos hermanitos en uno de los tránsitos de la casa, y Teresa, deteniendo al niño, le dijo:

—Parece, hermano, que huyes de mí estos días... ¿Estás enfadado por haberte echado la culpa de nuestra expedición á tierra de moros?... ¿Qué había de hacer sino atribuirte, como mayor en edad, la gloria, si gloria había en ello, de nuestra hazaña?

—Sí; buena la hicimos; ya ves cómo nos han regañado,—la contestó su hermano.

—No lo creas; según María, nuestros queridos padres han estimado en mucho nuestra buena intención y buen propósito... Sólo se han hecho los enfadados para intimidarnos.

—¿Eso te ha dicho María?

—Al verme triste, con revelármelo me consoló la otra tarde...

—¡Oh! No sabes el peso que me quitas con tus palabras; gracias, hermanita...

—No lo volveremos á hacer.

—¡Ah! Eso no.

—Dicen que para que el Señor nos proteja, no es preciso que nos descabecen... Mira, me ha ocurrido otra idea, «ya que nos es imposible ir á donde nos maten por Dios.» [1]

---

[1] Las palabras que marcamos son de la Santa.

—Dímela luego.

—Pues es muy sencilla: «¿quieres que nos hagamos *ermitaños?*

—¿Cómo es eso?

—Yo conozco un sitio muy á propósito para ello.

—¿Cuál es?

—¿Quieres que te lo muestre ahora mismo?

—Deseándolo estoy.

—Pues ven conmigo.

Y Teresa condujo á su hermano al jardín ó huertecillo, que aún subsiste, y mostrándole un gran montón de piedras, ladrillos y tejas que había en un rincón, prosiguió:

—¿Ves esos materiales de desecho?

—Sí los veo...

—Pues con esos, un poco de argamasa y algunos días de trabajo, podremos hacer una ermitita; no es preciso que sea muy grande; en cogiendo tú y yo...

—¡Qué cosa tan bonita será eso!

—Y una vez hecha, tú y yo nos haremos ermitaños.

Rodrigo halló más factible y mejor esta nueva industria de la piedad de su hermanita que la anterior, y la aceptó con júbilo.

—No digamos nada á nadie;—le advirtió Teresa.

—Lo que quieras;—la respondió su hermano.

—«Preciso es en las cosas buenas proceder con

humildad para que valgan algo á los ojos de Dios, que por oculto que sea lo ve todo.»

Admirable filosofía en una niña, que venía á confirmar la precocidad que ya hemos visto que Teresa tenía para el bien, y de la cual nos ha de dar mayores pruebas en lo sucesivo.

—No diré nada á nadie. ¿Quieres que empecemos desde luego?

—No; por hoy, con saber que aceptas mi idea me basta.

—Desde mañana...

—Sí; desde mañana.

Y los niños se separaron.

Al siguiente día pusieron manos en aquel juego infantil, que era un como preludio de lo que debía de ser para la heroína principal de esta obra ocupación *formal* y seria en los años más floridos de su existencia.

Ensayaron las dos criaturas por unos cuantos días su habilidad, y no lograron su objeto; les faltaba ingenio, experiencia, costumbre, pero no por ello se desanimaban.

Más tarde, fijándose los niños en otras obras, abrieron una zanjita, la rellenaron de piedra, mezclada con un poco de cal que hubieron de proporcionarse en otro rincón del huerto.

Y colocando sobre ellas otras mejor pulimentadas, á manera de sillares, y luego ladrillos de plano, alzaron las paredes, dejando una entrada capaz para penetrar en la ermitilla, y dos huecos que

la sirvieran de ventanas, llegando á formar un cuadrado cerrado, al que sólo faltaba colocar el techo.

Trajeron para esto palos y ramas secas de la leñera de la casa, y se dieron tal traza, tal maña, que en unas dos semanas la obra quedó concluída á su satisfacción y contentamiento.

—Falta una cosa,—dijo Teresa entonces.

—No adivino...—la contestó Rodrigo.

—El campanario,—observó la niña.

Y resolvieron poner una torrecilla á la ermita, y en ella colocaron una campanilla de metal, que el año anterior había servido para el collar de un borreguito que regalaron á Rodrigo.

Una vez concluído todo, proyectaron hacer un altarito, empleando algunos de los cuadritos que los niños tenían en sus cuartos.

Levantáronse Teresa y Rodrigo con la ilusión de terminar el adorno interior de su para ellos perfecta ermita; y como aquella tarde fuese jueves y no tuvieran escuela, pensaron hacer el altar, solicitando de sus padres que les dejasen jugar en el huerto sin ir á paseo.

María, que había seguido curiosa la obra de sus hermanitos, notició á don Alonso y á doña Beatriz lo que hacían, y estos afortunadísimos padres pudieron admirar el nuevo rumbo que tomaban los gustos y las aficiones de Teresa y de Rodrigo.

—Dejadles hacer,—se dijeron.

Y sin que éstos lo supiesen, admiraron la constancia y el ingenio de los niños.

De vuelta de la escuela los dos hermanos, comieron con alguna inquietud, y al terminar la acción de gracias al Señor solicitaron permiso para ir al jardín.

Diéronsele sus padres de buen grado, y convinieron en seguirles sin que ellos lo notasen; María fué invitada para que les acompañase.

Las dos criaturas escogieron los cuadros de sus habitaciones, los tomaron y salieron al huertecillo cargados con aquellos objetos.

La primera que penetró en el jardín fué Teresa.

El espectáculo que se ofreció á sus infantiles miradas fué desgarrador, fué terrible.

Exhaló un grito de espanto y se le cayeron al suelo los cuadros que llevaba, haciéndose los cristales mil añicos.

Rodrigo, que la seguía, se apercibió al punto del motivo por qué su hermanita había prorrumpido en aquella exclamación.

Y don Alonso, su mujer y María, que al principio se asustaron, al comprender lo sucedido no pudieron contenerse y prorrumpieron en una expansiva carcajada.

¿Qué había pasado que explique el susto de los niños y la risa de los que tanto les amaban?

Contraste singular y que estamos obligados á justificar.

Pues lo ocurrido sencillamente fué esto.

La noche anterior había llovido mucho, y la famosa obra de los hermanitos se había venido al suelo, se había hundido.

Una verdadera desgracia para los niños.

Algunas cuantas semanas de asiduo trabajo esterilizadas; una ilusión desvanecida; una complacencia de niños disipada.

¡Esto es cándido! ¡esto es inocente! se nos dirá. Así lo comprendemos; sobre todo, en una época en que se dan á los que leen, por lo comun, asuntos terroríficos, espeluznables.

La Santa es quien nos dice estas cosas en sus Memorias, las cuales hemos de seguir fidelísimamente.

«De que ví, pone en ellas, que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenamos ser ermitaños,» refiriéndose siempre á su hermano Rodrigo y á élla.

Y añade:

«En una huerta que había en casa procurábamos, *como podíamos*, hacer ermitas poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían.»

Y exclama:

Con lo cual y «ansí no hallábamos *remedio* en nada para nuestro deseo.»

Los que os sintáis con alientos, con bríos para oir cosas admirables, portentosas, predisponeos con

éstas, que aun siendo pueriles, son, sin embargo, de una significación, de un mérito y de un valor inapreciable.

¿Por qué? nos preguntaréis.

Porque la *niñez* no es edad estéril nunca para el resto de la vida, ni que deba despreciarse.

De la niñez depende en tanta parte el porvenir, que estudiar un niño es obligación precisa, indispensable, para sus padres.

Obligación que muchos olvidan ó tienen en poco, y cuando quieren enmendar su descuido, suele ser tarde.

«Como en todas las almas extraordinarias que surgen en períodos críticos de la historia, ha dicho recientemente un elocuentísimo orador sagrado, [1] refiriéndose á un grande hombre español,[2] los primeros destellos de su razón fueron ya las *esperanzas legítimas*, las *ilusiones discretas* del adolescente, así como los pensamientos de su adolescencia habían de ser los planes meditados y profundos de la edad madura.»

Palabras que no dudamos en aplicar, por lo exactísimas, á Teresa en el período en que la venimos estudiando.

A Teresa *niña*.

Niña preciosísima, adelantada hemos afirmado.

---

[1] El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco Sánchez Juárez, nuestro queridísimo amigo.

[2] A D. Alvaro de Bazán, en el elogio fúnebre pronunciado en la solemnidad de su tercer centenario.

¿En qué?

Pues oidlo:

En rasgos nobilísimos, generosos, entusiastas por todo lo grande, por todo lo heróico, por todo lo cristiano.

¿Se encauza por estos caminos en el día á los niños?

¿Se les lleva por semejantes derroteros?

Y si por ventura muestran las disposiciones de Teresa, ¿se admiran y se alimentan estas inclinaciones y estos gustos para que den más tarde provechosos resultados?

No, y mil veces no.

Estudiad esas tiernas criaturas; estudiad su carácter, y no forcéis jamás sus buenas y sus piadosas disposiciones.

Ved que de no hacerlo así, arrostráis la más tremenda responsabilidad.

Imitad á don Alonso y á doña Beatriz que, después de celebrar las inocentes amarguras de sus hijos, les proporcionaron los medios de que reedificaran con mayor solidez y mejores condiciones de estabilidad la ermita hundida por las aguas.

Hasta el punto que Teresa y Rodrigo llegaron á construir una capaz para colocar en ella los santos de su mayor devoción, con alegría y contentamiento de los niños de su edad que les acompañaban y hacían triduos y novenas, y procesiones en derredor del pequeño huerto.

¡Qué bellos entretenimientos!

¡Qué consoladores comienzos de una vida que había de llegar á producir el asombro del mundo y los regocijos del empíreo, los regocijos del cielo!

Quisiéramos para pasajes tales tener la imaginación, el talento de otros escritores que han sabido, con asuntos de este mismo género, hacer composiciones admirables.

Nos faltan recursos para llegar á nuestro deseo; pero éste es grande, es inmenso.

La niñez de Teresa ha sido materia de este libro, y si tenéis corazón, confiamos en que no os habrá, á pesar de sus largas dimensiones, fatigado.

LIBRO QUINTO

TERESA ADOLESCENTE

I.

El mejor camino.

A medida que Teresa avanzaba en edad, se cimentaban en ella los afectos, las inclinaciones que surgen de una acertada dirección cristiana.

La Santa misma nos refiere «que hacía limosnas como podía.»

Y con su habitual franqueza añade: «que podía poco.»

Dice luego: «que procuraba *soledad* para rezar sus devociones, que eran hartas.»

Y, por último, «que gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, y como que eran monjas;» pareciéndola «que deseaba serlo, aunque no tanto como las otras cosas que dejaba dichas.»

Por todo lo cual vemos claramente que había escogido el *mejor camino*.

Detengámonos aquí un momento.

¿Cuál es el mejor camino?... me preguntaréis.

Oid sobre esto la mejor respuesta que podemos dar á vuestra pregunta.

Conversando Jesús con sus discípulos, les dijo:

—Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?

Y ellos respondieron:

—Nada, Señor.

—Pues bien; ahora,—prosiguió diciéndoles Jesús, porque se acercaba su hora postrera,—el que tenga saco ó bolsa, que la tome; y el que no la tenga, que venda su túnica y compre espada. Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en Mí lo que está escrito: *Ha sido puesto entre los inicuos*.

Y luego:

—Ha llegado la hora en que lo que ha sido profetizado de Mí, va á tener cumplimiento.

Ellos le dijeron entonces:

—Señor, aquí hay dos espadas.

Y Jesús les contestó:

—Basta.

Después añadió:

—No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si así no fuera, yo no os diría:

Voy á prepararos el lugar... Y después que me hubiere ido, y que vuestros lugares estén preparados, vendré y os tomaré conmigo para que en donde Yo estoy, estéis también vosotros. Sabéis, pues, á dónde voy, y conocéis el *camino*.

Tomás, siempre desconfiado, replicó:

—Señor, si no sabemos á dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?

Jesús le respondió:

—*Yo soy el camino; Yo soy la verdad y la vida.*

Camino de salvación y de ventura eterna.

Por él llevaron á Teresa sus padres; pero más aún que sus padres, sus inclinaciones, las diposiciones de su alma y de su corazón.

Si hemos de encariñarnos con Teresa; si hemos de admirarla, de quererla y de imitarla, menester es que, estudiándola desde sus primeros pasos, no la abandonemos hasta que espira en Alba de Tormes en brazos de su amantísimo Jesús, cuyo sobrenombre lleva hasta el extremo del mundo, y haber olvidado, para citarla, sus abolengos, genealogías y apellidos.

Ha tomado nueva filiación; filiación santa y divina, con la cual es más conocida.

Y es que, como el mayor mérito y el mayor valer de esta privilegiada criatura había de consistir en las *prendas* y *perfección interior*, Dios la enriqueció desde su infancia, y más aún desde los albores de su adolescencia, de una *gracia* singularísima, y del

arte dificilísimo de saberla *manifestar* oportunísimamente.

El proceso de los caracteres es una de las cosas más difíciles de seguir y de apreciar. Sólo al interés de un padre, de una madre, es dable observarle en los individuos por regla general.

Ahora bien; Teresa nos economiza este trabajo, atendidas las revelaciones, las confidencias que nos hace; las cuales, por someras, por brevísimas que parezcan, y como consignadas á pesar suyo en ley de obediencia, son suficientes para estudiarla de niña, de adolescente, de joven, en las fases todas, en fin, de su preciosa existencia.

Inmensa ventaja para cuantos sobre ella han escrito, y para nosotros que emprendimos este libro con gran desconfianza y temor.

Al presente no abrigamos ya ninguno; sabemos en general el tono que debemos darle, sin por ello olvidar el que otros anteriores han llevado, y por ende obtenido el favor público.

Quiérese lo que nosotros temíamos no habría de gustar.

Se ansía el estudio *completo* de aquella mujer singular que supo elevarse á las mayores alturas de la virtud, de la sabiduría y la santidad; y este querer nos comprueba que á Teresa se la estima por lo que es, por lo que vale; es decir, en lo que constituye su excepcionalidad, su mérito y su grandeza.

¡Loor á los que esto nos han manifestado!

Cuánto asombrará esto, no ya á los descreídos, sino á los mismos que creen y se lamentan con razón del estado actual de la sociedad española.

—Hacen falta buenas lecturas,—se dice,—cuando tantas malas se dan á la estampa.

Ninguna más oportuna ni más á propósito para este fin, que una historia legendaria de Teresa de Jesús, que casi puede decirse que vivió ayer, desmintiendo á los que dicen:

—Ya no hay santos.

Los ha habido, como veis recientemente, y no nos costaría mucho demostrar que los hay en nuestros días.

¿Por qué no afirmar estas cosas á cuantos las desconocen, ó las niegan cuando menos sistemáticamente?

Teresa adoptó desde su niñez el camino del cielo, el *mejor camino*, predisponiéndose á recorrerlo todo entero desde el principio hasta el fin, sin separarse apenas de él, y haciendo que muchos otros la siguiesen.

Fueron sus padres sus guías; pero presto fué élla guía de sus padres y sus hermanos; de Rodrigo, y de María especialmente, que era la mayor, y llegó á estimar más que ningún otro de su familia su mérito, á la vez que se encariñaba con élla y la amaba cada día con mayor enternecimiento.

Las niñas de su edad la buscaban para oirla

hablar y para obedecer sus menores insinuaciones.

—Tú nos dirigirás.

—Manda, y te obedeceremos.

—Ordena, y verás cumplidos tus menores deseos, —la decian.

É ideaba juegos, siempre encaminados «á ensayarse en lo que había de practicar después en escala más amplia.»

Muchas veces Teresa, después de hacer en su ermitita del huerto fiestas religiosas, dirigía su palabra á los niños allí congregados, y los decía cosas preciosísimas, que sus padres oían sin que la niña se apercibiese de su presencia.

Nada se conserva de aquellos discursos, y es ciertamente un dolor que así suceda.

Nosotros, por lo que hace á lo que se refiere al *mejor camino*, no debemos vacilar en afirmar lo que élla inculcaría.

Sí; es Jesús el *mejor camino*; ¿por qué?... Porque en imitarle estriba la salvación.

Taller es el corazón donde se fabrican las buenas y las malas inclinaciones...

Dios nos ve desde el cielo, cuenta nuestros pasos, conoce nuestros pensamientos. Si tuviésemos esto presente, ¡con cuánto acierto caminaríamos en la tierra!

¿Queréis saber cuál es la *senda mejor?*

Pues fijáos en la que Jesucristo nos trazó con su *ejemplo*.

Jesús fué guía y ejemplo.

Vedlo con mayor detenimiento y más minuciosidad completamente demostrado.

Por su *humildad*, hasta el punto que, cuando hacía algún prodigio, decía á los que eran con ellos favorecidos:

—No digáis nada de esto.

Por su *mansedumbre*, haciendo que sus padres le llevasen á Egipto para librarse del furor de Herodes. Más aún: una vez que el pueblo trató de apedrearle, pasó por entre la muchedumbre, haciéndose invisible á sus enemigos.

Por su *fortaleza*, enseñándonos que la humildad no debe confundirse con la debilidad.

Por su *prudencia*, repitiendo sin cesar:

—Sed como la serpiente y como la paloma.

Por su *sumisión*, hasta morir, sin por ello mostrarse bajo ni servil, antes bien inculcando que la obediencia hipócrita es abominable á los ojos de su Padre.

Por su *castidad*, hasta el extremo de ser engendrado en las entrañas purísimas de una Virgen-Madre, y de rechazar, en cuanto á esta virtud se refiere, toda clase de calumnias y reticencias con la más severa indignación.

Por su *mortificación*, naciendo en un establo y muriendo en una cruz.

Por su *desprendimiento*, prefiriendo la pobreza, sufriendo toda clase de privaciones, y llegando á decir de sí mismo:

—Las fieras tienen sus guaridas, los pájaros sus

nidos y el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.

Por su *caridad*, inculcando estas doctrinas sublimes:

—Mi primero y último precepto es que os améis los unos á los otros como yo os he amado.

Y en otra ocasión:

—Tanto he amado á los hombres, que soy el buen Pastor dispuesto á dar la vida por mis ovejas.

Por su *conformidad con la voluntad de su Padre*, exclamando con el Profeta:

—Los preceptos todos se resumen en éste: «haced que su ley impere en vuestros corazones.»

Imitar á Jesucristo, hé aquí el *mejor camino*.

El que Teresa escogió desde niña, de lo cual nos ha dado ya pruebas relevantes y nos las dará mayores.

Tal es el deber principal de los padres en la tierra, aun cuando no siempre recojan el fruto de sus cuidados, de sus desvelos y sus ejemplos.

Que en esto, apenas si una tercera parte de los hijos aprovechan las lecciones de los que les dieron el ser, y esto cada día, cada vez menos.

Progresión que si nos entristece y nos hace augurar peores tiempos de los que hoy deploramos, no debe hacernos cejar en estos provechosísimos consejos.

El principio de autoridad se ha relajado hasta un nivel que asusta, dentro y fuera del hogar, has-

ta el extremo que sólo la violencia, mal inevitable á veces, podrá llegar acaso á restablecerlo.

¿Por qué aguardar, insensatos, á que esto suceda?

¿Por qué dejar que haga la *fuerza bruta* lo que puede hacerse con suavidad y con dulzura?

¿Sería esto prudente?

Hacer que los hombres pensadores se fijen en estas cosas, es el deber los escritores serios y concienzudos.

Pues bien; nosotros repetimos que no hallamos más que un solo medio para encauzar al individuo y la colectividad sin sacudimientos ni perturbaciones:

Que los padres hagan lo que hicieron los de Teresa.

Que los maestros hagan lo que hicieron los encargados de dirigir á Teresa.

Encauzar á sus hijos, á esos pedazos del alma, y á sus discípulos por el *mejor camino.*

Por la senda de la virtud, tomando por modelo á Jesucristo.

No copiamos á nadie; repetir debemos aquí lo que escribíamos hace muchos años,[1] y hace á nuestro propósito y encaja aquí perfectamente:

«¡Triste aspecto el que nos ofrece la sociedad ac-

---

1 En 1866. Las cosas no han variado desde entonces; lo que era en aquella época oportuno escribir, lo es hoy doblemente. Véase cómo nuestras ideas no han cambiado ni envejecido.

tual! ¡Espectáculo doloroso el que por todas partes presenta la tierra en nuestros días! Luchas estériles é infecundas, tumultos y asonadas, sangre que se derrama, intereses que se lastiman... Y no es España teatro exclusivo de males sinnúmero; es la Europa entera, profundamente perturbada, próxima quizá á transcendentales sucesos, el vasto escenario donde luchan el principio del bien y del mal, la causa santa de la verdad con el error y la mentira, el principio augusto de la autoridad con las teorías absurdas de una emancipación absoluta, y la desaparición de todo dique, de todo freno que contenga las pasiones desbordadas y evite un cataclismo que se anuncia mil veces, hasta con satisfacción, por los mismos que habrían de sentir mayormente sus dolorosos efectos y terribles consecuencias.

»No en vano se proclaman ciertas doctrinas, ni se halagan determinadas ambiciones, ni se arrancan con mano sacrílega del corazón y del hogar sentimientos salvadores. Para conseguir un fin no se piensa hoy en los medios; todos parecen aceptables, todos se creen buenos, menos los que lo son en realidad.

»Vivir de tal manera no es vivir, y si la Providencia no se apiada de nosotros, larga cadena de sufrimientos é infortunios nos espera.

»Asombra el ver cómo inteligencias elevadas, hombres de disposición y de ingenio, más diremos, quizá de buena voluntad, desprecian lo que está

al alcance de todos, de los niños y de los más ignorantes.

»¿Cómo desconocer que lo que tanto nos contrista y nos perturba; lo que seca las fuentes de la riqueza pública y destruye el arte, el comercio, la industria y el trabajo, es la consecuencia lógica, natural, inmediata de habernos separado del cauce que trazó la mano poderosa de Dios antes, y muy especialmente Jesús durante su peregrinación de sobre la tierra?

»Si las doctrinas puras, hermosas y eminentemente prácticas del Evangelio imperasen en todos sentidos; si el magnate, el poderoso, ciñera su conducta á los mandatos del Señor, y el pobre siguiera al pié de la letra las exhortaciones de Jesucristo, ¿fuera posible que el presente nos contristase tanto, y el porvenir nos ofreciese un aspecto tan sombrío y aterrador?

»Conocido el origen de los males que experimentamos, el remedio es infalible, es seguro, y está en nuestra mano. ¿Por qué no adoptarle? ¿Por qué no romper resueltamente con lo que nos aparta de Dios, con lo que nos impide imitar á Jesús?»

Terminemos.

«La dolorosa experiencia de calamidades pasadas; el triste espectáculo de males que todos sentimos, debe hacernos juiciosos y dirigir nuestras miradas á ese lábaro que se alza por cima de las más altas montañas y las diademas más encumbradas. La Cruz, las doctrinas que se desprenden

de la Cruz; hé ahí la medicina segura, ciertísima de las dolencias humanas.

»Abracémonos todos al Madero Santo, y seremos invencibles.

»No es el triunfo material el más seguro; aspírese al imperio moral, si no queréis que el adelanto y el progreso no se destruyan por sí mismos.

»Si aspiráis al bien, dad al pobre medios de vivir, de satisfacer sus necesidades; premiad con largueza la honradez y el trabajo; no déis al favor lo que se deba á la justicia, y no impidáis que el sacerdocio difunda la luz del Evangelio por toda la redondez de la tierra.»

La regeneración que anhelamos, para nuestra patria principalmente, ha de hacerse por opuestos medios que se ha llegado á producirse la confusión, el desorden, el caos en que vivimos.

Cimentar el progreso sobre la irreligión y la inmoralidad; creer ser felices con los adelantos y el desarrollo único de nuestras limitadísimas facultades, cual si fuéramos seres sin alma y sin corazón, es obrar con locura y manifiesta ceguedad.

Es no ir, en suma, por el *mejor camino*.

II.

Las devociones.

Por efecto de una relación misteriosa, de una paridad y semejanza altamente significativa para nosotros, así como en el orden histórico, á la vida cenovita precedió la eremética ó anacorética.

A los monjes ó solitarios,[1] los religiosos que vivieron en común.[2]

De igual manera á las industrias y artes infantiles que dejamos consignados, sucedieron en Teresa actos de un orden elevadísimo, *devociones* de que debíamos ocuparnos en un libro escrito en elogio y alabanza suya.

Ya que nos proponemos aumentar su devoción, y difundir y popularizar sus ejemplos.

Es la *piedad* aspiración fervorosa y sublime que nos eleva hasta Dios.

---

1 Etimología griega.

2 Alrededor del *cœnovium* primero, después en un edificio.

Afección compuesta de sentimientos que, por lo tiernos y delicados, son más propios, más comunes en la mujer que en el hombre.

Mezcla de respeto, de dulce y filial confianza, que abre y dilata el corazón.

Teresa, una vez escogido el *mejor camino*, marcha decidida por él y avanza tanto, que causan admiración los progresos que hace en la senda de la virtud.

No hay apenas en su alma transición de la infancia á la niñez, ni de ésta á la adolescencia, á la pubertad y á la juventud.

Leyendo su vida se observa este fenómeno singular, y donde más se acentúa y marca es en lo que atañe á la *devoción* y á la *piedad*.

Entusiasta la Santa por el bien y la belleza, sin conocer á Dios le siente y le adivina en el fondo de su alma.

Y esta intuición se manifiesta al exterior en cuanto á su existencia se refiere.

Progresa en el orden intelectual; pero todavía más en el afectivo y de la gracia.

Viva de imaginación, resulta más sensible de corazón.

Y es en ella el corazón quien dirige y subyuga al entendimiento y á la razón.

Su actividad, aplicada al trabajo, nos ofrece frutos prodigiosos; su corazón, aplicado al amor de Dios, obras del mayor provecho y utilidad.

Por eso hace limosnas en la medida que le es

dable, aunque sea corta, como nos dice en sus Memorias.

Y tenía días de la semana destinados á distribuir sus economías entre los necesitados.

Por eso anhela la soledad, y se la encontraban don Alonso y doña Beatriz millares de veces arrodillada ante una imagen ó la veían irse al templo en horas en que no había nadie.

Prefería la casa del Señor cuando estaba silenciosa y solitaria, á cuando se celebraban en ella los Oficios divinos con pompa y ostentación, sin que no por eso dejase de concurrir á ellos con sus padres y sus hermanos.

Que en especial los días de precepto, don Alonso tenía por costumbre ir en familia á llenar sus deberes religiosos, y jamás perdió esta práctica laudabilísima mientras le fué dable.

No necesitamos hablar todavía de mortificación, de abnegación ni de cruz; todas estas cosas vendrán más adelante.

Estaba Teresa en los comienzos de la virtud y de la santidad; comienzos como suyos, como fundamento y base de otros que habían de elevarse á la cumbre de la mayor excelsitud.

Ella había de remontarse hasta el Thabor con Jesús, y á semejanza de Pedro querer fijar su residencia allí hasta la eternidad.

Y el espíritu de su buen Jesús se infiltraba en ella, como van despertándose en un artista de ge-

nio sus disposiciones para sentir y expresar, y en un poeta para pulsar con valentía las cuerdas de su lira, hasta producir el arrobamiento y el encanto en los que le han de admirar.

El proceso de la devoción en Teresa es un proceso que camina rápido; pero con la certeza, con la evidencia y la seguridad de la verdad.

Proceso que seguiríamos gustosos desde su principio, y más lentamente que hemos de hacerlo si la índole de esta obra lo consintiese.

Teresa, debemos decir, empero, que multiplicaba cada vez más sus rezos íntimos y sus prácticas exteriores.

Sus lecturas místicas y sus conversaciones santas.

La fe es el principio y la raíz de nuestra justificación, y la fe era en Teresa tan inmensa como Dios nos la pinta, capaz de remover y trasladar las montañas.

Con esa fe quiso irse á tierra de moros «á que la descabezasen;» con esa fe emprendió sus trabajos arquitectónicos en el huerto de casa de sus padres, para hacerse ermitaña con su hermano Rodrigo.

Pues todo esto fué *poco* para ella desde que, habiendo oído en un sermón que *la fe sin obras no es absolutamente nada delante de Dios*, hizo formal empeño de no estar ociosa un momento, para que su fe fuese grata al Señor y fecunda para su perfeccionamiento espiritual y su mejoramiento moral.

Era una tarde del mes de Mayo.

El huertecillo de la casa solariega de los Sánchez de Cepeda, como nunca cultivado, ofrecía un aspecto encantador.

Las primeras flores entreabrían sus cerrados capullos, y el grato aroma que de ellos se desprendía llenaba el espacio.

Sentíase otro olor suavísimo, místico y santo: olor á incienso.

Se percibían voces de niños en una ya formal capillita, construída con verdadera inteligencia y solidez en uno de los ángulos de aquel verjel en miniatura.

Y á poco se escuchó el repique de una campanita volteada por uno de los hermanos pequeños de Teresa.

Las puertas del pequeño templo se abrieron, y entonces pudo verse un altar primorosamente adornado que ocupaba el testero principal de la capillita, y en el cual se veneraba un cuadro que representaba á Jesús junto al pozo, y á la Samaritana, que con el Maestro conversaba.

Al pié de aquel cuadro se leía esta inscripción: *Domine da mihi aquam.*

Siguiendo el sistema que tan del agrado viene siendo de muchos de nuestros lectores, recordaremos aquí el pasaje á que aludía, no con una gran verdad, aquella pintura.

Jesús dejó la Judea para ir á Galilea, y para ello tuvo que atravesar el país de los samaritanos.

Llegó á una ciudad llamada Sichar, contigua al campo que dió Jacob á su hijo José.

Allí estaba el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado del camino, se sentó en el borde de aquel pozo para descansar.

Era cerca de la hora de sexta.

Vino á poco una mujer de Samaria á sacar agua, y el Señor la dijo:

—Dame de beber.

Advertir debemos que sus discípulos no estaban con Jesús.

Habían ido á la ciudad á proveerse de lo necesario.

La mujer samaritana contestó al Maestro:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy samaritana?

Porque los judíos,—añadió,—no tienen trato con los samaritanos, al parecer.

—Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber,»—la contestó el Hijo del Hombre,—de cierto tú le pidieras á Él, y te daría agua viva.

—Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿Dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, y bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?

Jesús la dijo:

—Todo aquel que bebe de esta agua, volverá á tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le

diere, nunca jamás tendrá sed. El agua que yo le diere, se hará en él una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna.

La mujer exclamó:

—Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí á sacarla.

—Anda, llama á tu marido, y ven acá.

—No tengo marido.

Jesús, que sabía de antemano esta respuesta:

—Bien has dicho,—la replicó,—al decirme no tengo marido; porque cinco que has tenido y el que ahora tienes, ninguno fué, ni es hoy tu marido.

Lo que el Señor le contestó la llenó de confusión; era verdad.

Ella dijo:

—Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar.

—Mujer, créeme que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos... Mas se acerca la hora, y ya ha venido la en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque éstos son los adoradores que el Padre desea... Dios es espíritu, y es menester que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y en verdad.

La mujer volvió á hablar:

—Yo sé que el Mesías, que se llama Cristo, va á venir, y cuando Él venga, nos anunciará todas las cosas.

—El que esperas soy Yo, que hablo contigo.

La Samaritana se sintió acometida de emoción extraña, y cayó á los pies de Jesús.

A poco llegaron los discípulos, y se maravillaron de ver hablar al Maestro con aquella mujer. Pero ninguno se atrevió á decirle:

—¿Qué preguntas ó qué hablas?

La mujer entonces, dejando allí su cántaro, se fué á la ciudad y dijo á todas las personas que encontró:

—Venid, y veréis un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho. ¿Si será éste el Cristo?...

Salieron entonces los de la ciudad y vinieron apresuradamente á Él.

Hasta aquí el pasaje que el cuadro del altar de la capillita del huerto ó jardín de Teresa representaba; capilla mandada construir por sus padres en sustitución de las primeras ermitas que se caían por su propio peso ó destruía el temporal con disgusto é impaciencia de la Santa y de su hermano Rodrigo.

Iba á salir de aquel improvisado oratorio una procesión de infantiles creyentes, cuya seriedad y aplomo producía la impresión más dulce, más tierna y conmovedora.

El sonido de la campanita atrajo á doña Beatriz, á María y á varias otras personas de la familia y de la servidumbre de la casa.

Rodrigo, vestido de acólito, llevaba un incensario de peltre; dos amiguitos suyos, cada uno un candelero de hoja de lata puesto sobre un palo en forma de cirial, y otro de los hermanos caminaba pausadamente con un lienzo cuadrado, al que habían pegado toscamente una estampa de Nuestra Señora del Rosario en calidad de estandarte.

No creemos que estas cosas que aquí ponemos, por lo sencillas é inocentes produzcan una impresión distinta de la que nos proponemos.

Momento llegará en que, pasando de esto que parece *pueril*, nos tendremos que engolfar en pormenores de un orden elevadísimo, difícil y en extremo formal y serio.

Sin los contrastes no hay claro-oscuro en los cuadros de la vida, no hay verdad.

Y nosotros queremos que nuestro relato resulte verdadero y real.

Son gentes sencillas, gentes de pueblo, la gran mayoría de nuestros lectores; pero aunque no lo fuesen, pondríamos estas cosas, porque nos dirigimos á creyentes de corazón.

El que no lo sea ó carezca de ciertos afectos del alma, de ciertos perfiles de sensibilidad, arroje lejos de sí estas producciones nuestras.

Razón tenía el ilustre y desgraciado primer Pre-

lado de Madrid-Alcalá [1] cuando aseguraba que la vida de «su querida Santa» [2] era un manantial inagotable de asuntos poéticos é interesantes.

Quizás ella por sí sola sin la leyenda nos bastara para llenar nuestros compromisos en este libro, libro que el señor Martínez Izquierdo nos pidió millares de veces. [3]

De ver era aquellas tiernas criaturas congregadas en torno de Teresa secundando sumisas y fervorosas sus devociones.

Nada faltaba allí, y el espectáculo, aunque infantil, resultó desde un principio conmovedor y edificante.

Cuatro niñitos conducían sobre unas andas de pino la efigie toscamente modelada en barro del patriarca San José, y cerraban la procesión.

La Santa debía llevar la primera voz, seguirla el coro, y Rodrigo leer en un libro el *Fruto* del misterio.

Aquel día tocaba su turno al *Rosario*, «de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo;» nos dice en su vida:

TERESA.

Primer misterio.—La Anunciación á la Santísima Virgen y la Encarnación del Verbo.

---

[1] Ya le hemos citado antes.

[2] Así llamaba á Teresa de Jesús.

[3] Sobre todo, para el pasado tercer Centenario de la muerte de la Santa.

(Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.)

CORO.

Contestación á las oraciones de la Santa,

RODRIGO.

¡Oh, Jesús!... Llenad nuestras almas de la más profunda *humildad* ante el augusto misterio del Anuncio á María por el ángel Gabriel y la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas.

TERESA.

Segundo misterio.—La Visitación de la Santa Virgen.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, María!... que llevásteis á la casa de vuestra prima Isabel las bendiciones del cielo, visitad mi pobre alma para que sea por vos purificada.

TERESA.

Tercer misterio.—La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, María!... Alcánzanos el desprendimiento de Jesús tu Hijo divino hacia los bienes de la tierra para que gocemos por completo los del cielo.

TERESA.

Cuarto misterio.—La Presentación del niño Jesús en el templo.

(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, madre!... Antes morir que faltar á la sumisión y la obediencia á Dios en primer término, al Vicario de Cristo y á nuestros padres en la tierra.

TERESA.

Quinto misterio.—Jesús hallado en el templo.

(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, Dios! Dispuestos estamos á escuchar y admirar tu doctrina sublime.

TERESA.

Sexto misterio.—Cristo en el jardín de los olivos.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Divino Señor! que habéis lavado nuestros pecados con vuestras lágrimas; dadme una pura contrición para no ofenderos jamás ni siquiera con nuestro pensamiento.

TERESA.

Séptimo misterio.—La flagelación de Jesús.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Nuestro amor por vos, ¡oh, Jesús! no sería verdadero si no os acompañásemos en los dolores de vuestra pasión, é hiciésemos penitencia por vuestro amor.

TERESA.

Octavo misterio.—La corona de espinas.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Sólo mortificando mi orgullo y mi amor propio, recogeré fruto, Señor, de vuestra sacrosanta corona.

TERESA.

Noveno misterio.—Jesús llevando al calvario su cruz.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Acepto, ¡oh, Señor! las mortificaciones de mi estado, como vos os dignásteis aceptar el peso de vuestra cruz para santificarnos.

TERESA.

Décimo misterio.—La crucifixión.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, Jesús! ¡oh, María! no acierto á pronunciar conmovido una palabra más.

(Aquí los niños hicieron una brevísima pausa, y se arrodillaron por unos segundos con la mayor devoción.)

TERESA.

Undécimo misterio.—La resurrección.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

¡Oh, buen Jesús! herid mis ojos con una luz tan brillante como la que deslumbró á Pablo en el camino de Damasco, á fin de que sea un hecho mi conversión.

TERESA.

Duodécimo misterio.—La Ascensión.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Hacedme, mi Dios, desear el cielo.

TERESA.

Trigésimo misterio.—Las lenguas de fuego.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Espíritu Divino, llenad mi ser; iluminad mi entendimiento; guiad mis pasos.

TERESA.

Cuadragésimo misterio.—La Ascensión de María.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Concédeme, Madre querida, una santa muerte.

TERESA.

Quinquagésimo misterio.—La coronación de la Santísima Virgen.
(Oraciones y coro.)

RODRIGO.

Confianza tenemos en Vos, reina del cielo.

Y terminados los misterios, se dió por concluída la solemne fiesta infantil de aquella tarde.

III.

La madre y la hija.

Fueron las primeras artes, las primeras industrias de Teresa preludio hermosísimo, en materia de piedad y devoción, de las que había de emplear después.

Debe la Iglesia á la educación de las buenas madres cristianas multitud de santos que adora en sus altares, y la de nuestra heroína, doña Beatriz Dávila y Ahumada, repuesta de su dolencia, aunque siempre achacosa y delicada, cultivó por sí misma las bellas disposiciones de sus hijos, y en especial las de Teresa.

Ninguno de sus pequeños utilizaba mejor que la Santa sus asiduas y constantes lecciones, siendo para don Alonso un gratísimo entretenimiento el presenciar los ejercicios de escritura, de lectura y de labores de su hija.

Imposible nos sería seguir el curso de los progresos y los adelantos de Teresa; sólo abarcándo-

los en conjunto, cabe que se conciba lo que llegó á ser bajo la dirección inmediata y directa de su madre, quien, lejos de educarla, como algunos suponen, para el claustro, dióla una instrucción amplia y general, en términos de que la Santa habría brillado en el mundo de igual suerte que se distinguió en la religión, de haber consagrado sus aptitudes naturales y sus talentos á la vida del hogar y la familia.

Mientras permaneció en ella y la vivió su madre, lo demostró así en todos sus actos.

No fué tampoco Teresa una persona de limitados y escasos conocimientos: aprendió cuanto entonces se enseñaba, y ya hemos dicho lo que adelantado había en España por aquel entonces la educación literaria de la mujer.

En lo que doña Beatriz no pudo enseñarla por sí misma, púsola maestros, que la ayudaron á enriquecer sus privilegiadas disposiciones.

Sobresalía entre las cualidades de Teresa una, de que debemos hacer mención en este momento.

Una que no es muy frecuente, y que no obstante recomendar debemos como indispensable y necesaria para esa mitad ó porción del género humano, á quien es más necesario aún el *sentido moral* que cualquier otro, aun el de una ilustración de que rara vez puede utilizarse, y de que se ve obligada á prescindir las más de las veces.

Teresa fué desde su adolescencia, sin por ello

rayar en presuntuosa ni altanera, celosísima de su decoro, de su honra, de su dignidad personal.

En este punto, sus padres y sus maestros quedábanse atónitos de sus razonamientos, y más aún del esmero, del cuidado que ponía en no desmentir, ni aun en sus pasatiempos y distracciones, esta *nota* saliente de su carácter, esta condición superior de su alma y su corazón, que al unísono marcharon siempre en este punto sin desafinarse nunca, sin desafinarse jamás.

«¡Oh, criatura! comienza por reconocer tu dignidad...»—exclamaba el Papa San León en una de sus homilías.

Y no parece sino que Teresa, empapada é imbuída en esta máxima sublime, la puso en práctica desde antes de los albores de su juventud.

¡Desgraciada, en efecto, la mujer, que por una falsa modestia llega á perder el respeto propio, el respeto de sí misma!

La que desde niña no tiene una convicción profunda de su decoro y su respeto, vése privada de una de las más fuertes barreras que en el curso de la existencia pueden librarla y defenderla de las mudanzas del corazón, y de los engaños y las seducciones del mundo.

Cariñosa con los pobres, caritativa con los necesitados, era Teresa, desde que se dibujaron en ella los atributos, los rasgos distintivos de su personalidad, un conjunto perfecto de lo que es muy difí-

cil de amalgamar y reunir en una misma criatura:

La modestia y la dignidad, el decoro y la afabilidad.

Haciendo, aun por esto solo, las delicias, el encanto de cuantos la trataban, quienes sin necesidad de humillarse y sin violencia alguna reconocían de buen grado su notoria superioridad.

Sus amigas de la infancia, sus compañeras de estudios, cuantos trataban á la adolescente Teresa, se veían subyugadas por ella, y la Santa aprovechaba este dominio sobre los otros para encarecerles con su ejemplo la posesión del *bien supremo*, que es en lo que estriba en definitiva la plenitud de la vida en el sentido espiritual y de conciencia, á que ella supeditaba todos sus pensamientos y sometía todas sus acciones.

«Lo que está en Dios, está allí por su voluntad Omnipotente, y existe con las condiciones de existencia que el Señor la concede y da... Nada hay que pueda hacer invasión, ni moverse, ni vivir, ni subsistir sin la voluntad de Dios.»

¿Podrá tachársenos de exagerados y de ditirámbicos si afirmamos después de esto que el prodigio creador á que aludimos en el orden espiritual y de la gracia, se realizó en Teresa á medida que le fué preciso, que le fué necesario para llenar su misión sobre la tierra?

De ninguna manera.

Sin acudir á este orden de ideas nos sería difícil explicar ni comprender lo que con Teresa ocurría

y observaban sus padres, y más particularmente su madre, en la tarea gloriosísima de su educación.

Teresa traspasó el período de la niñez á la adolescencia y el de ésta á la pubertad con rapidez suma; más aún que en lo físico, en lo intelectual y en lo moral.

Siempre representó más edad y acrecentó su hermosura, su gravedad en el modo de conducirse, sin violentar la vivacidad de su ingenio, de que dió pruebas hasta en los últimos años de su vida, conservándose como tradiciones auténticas dichos y agudezas que se le atribuyen y que no podemos poner en duda.

Hubo en la educación que su madre dió á Teresa pormenores y detalles del más grande interés, debiendo apresurarnos á consignar aquí dos solos que demuestren la altura de sus sentimientos y la grandeza de su corazón.

Oid el primero.

Conocidas son las célebres *Ordenanzas de Ávila*, y que á sus sabios y discretos preceptos se debió que en la ciudad morasen sin ser molestados por largo tiempo moros y judíos. [1]

Esta circunstancia hizo que doña Beatriz inspi-

---

1 Tenían muchas de ellas por principal objeto, á pesar de la ojeriza con que se las miraba, proteger y amparar á las razas hebrea é israelita en el ejercicio libre y tranquilo de su respectivo culto; en la libertad de celebrar ordenadamente sus asambleas y la dispensa de las cargas públicas incompatibles con la observancia del sábado y sus demás prácticas.

rase á su hija Teresa el más vivo interés hacia estos dos pueblos, hacia estas dos razas, más agradecida la primera que la segunda, por regla general, á las caridades que la hacían.

—Dar á los nuestros solamente,—decía la dama castellana,—no es proceder con verdadero amor al prójimo.

Y muchas veces la madre y la hija, acompañadas de un criado fiel, se internaban valerosas en la judería ó morería, y repartían limosnas, y visitaban enfermos y atraían á muchos á la verdad.

Orgullosos los judíos con sus promesas y prerrogativas mal comprendidas é interpretadas, es fama que se condujeron en la ciudad de Ávila como se han conducido en todas partes, en cuantas naciones y pueblos les han acogido benignamente, antes y después de la venida al mundo del verdadero Mesías, á quien, ciegos, desconocieron y crucificaron.

Nada más pertinaz y obcecado que un judío; nada más intolerante y despreciativo de las creencias de los demás que un israelita.

Añadid á esto su condición revoltosa, inquieta y altanera, interesada y levantisca, y os explicaréis sin dificultad alguna la historia antigua y moderna de ese pueblo.

No eran los judíos de los comienzos del siglo XVI que moraban en Ávila, distintos de sus progenitores, de los anteriores á la época de la venida del Mesías, que todavía desconocen.

Obrando y conduciéndose los españoles con la raza hebrea, como se condujeron los pueblos antiguos, recogieron idénticos frutos.

¿Qué hay en ellos de perpetuo é inalterable?

¿Qué les produjo, antes de Jesucristo, las vicisitudes de que fueron víctimas?

Su tenacidad, su ceguera y su ingratitud, de que dieron siempre innumerables pruebas.

Ahora bien; siguiendo un procedimiento análogo los generosos, y el suyo los ingratos, cierto día los judíos tolerados de Ávila intentaron saciar su sed de venganza, y acometieron en tropel á los vendedores de la ciudad con el pretexto de la profanación del sábado.

Indefensos los acometidos, corrieron despavoridos en todas direcciones en busca de armas.

—¡A ellos! ¡A ellos!—gritaban.

Y la alarma, cundiendo por la ciudad, hizo que nadie se entendiera, y que alentados los judíos, acreciesen en número y se conceptuasen invencibles.

En vano las autoridades reunidas acudieron á contener el salvajismo de los israelitas.

Aquella jornada habría sido sangrienta y terrible, si una niña, ídolo de todos, no se hubiese presentado ante las turbas de uno y otro bando y las hubiese contenido y hecho deponer sus armas.

Aquella niña, ya adolescente, fué Teresa, llevada por su madre de la mano como única esperanza y único recurso, pedido á don Alonso por los pró-

ceres de la ciudad y por cuantos se interesaban por la pacificación de Ávila.

Fué este rasgo consecuencia de la acertada edución de la heroína principal de esta obra, desconocido por muchos y que nosotros hemos recogido, como otros que iremos colocando en ella á medida que hallemos oportunidad y ocasión propicia para consignarlos.

Registremos el segundo:

Así siguieron las cosas para Teresa, cuando llegó para ella y toda su familia un día, una hora venturosa y solemne.

La de su primera comunión.

Punto en el cual creemos oportuno detenernos por algunos instantes.

IV.

El retiro.

No contenta la madre con la preparación habitual y constante de su hija para confesarse, quiso esta vez que Teresa se preparase de un modo especial para su primera comunión, y de acuerdo con don Alonso resolvió consagrarse con ella á un *retiro*.

¿Sabéis lo que es un retiro?

La Santa lo aprendió de su buena madre, que la dijo:

—Época es, hija mía, de salvación por excelencia, un retiro. Tiempo consagrado de un modo especial al recogimiento, á la penitencia y á la oración; de recogimiento no forzado y penoso, sino voluntario y tranquilo, durante el cual interrumpirse deben con gusto las distracciones, los juegos y pasatiempos, los estudios, las visitas y los paseos. En el que, en una palabra, es conveniente imponer silencio al exterior para recogernos en nosotros mismos y escuchar tan sólo la voz del cielo.

—¡Qué hermoso es eso, madre mía!—exclamó Teresa.

—¿Deseas, ahora que lo sabes, hija mía, hacer un retiro para prepararte á tu primera comunión?

—Ya lo creo que lo deseo,—contestó la adolescente.

Y después de este sencillo diálogo, doña Beatriz y su hija, previo el consentimiento de don Alonso, se encerraron en un cuarto de su misma casa, y nadie volvió á verlas durante tres días, ni aun para salir á comer á la mesa de familia.

¿Qué hicieron durante estos tres días la madre y la hija?

Debemos consignarlo para ejemplo, y ya que se nos ofrece ocasión de seguirlas de cerca en un negocio de tal importancia; en un negocio que debe atenderse siempre con el mayor cuidado por cuantos llevamos el nombre de hijos de Cristo.

Cristo... el más poderoso Señor de la tierra; el Soberano de los soberanos; el dueño omnímodo y absoluto de todo lo creado; autor del cielo y de la tierra; aquel á quien el Universo entero no puede contener, cuyo trono está sostenido por los ángeles, y ante quien tiemblan y adoran los serafines, repitiendo sin cesar:

—*Santo, Santo, Santo, es el Señor, nuestro Dios.*

—Si Noé,—prosiguió diciendo doña Beatriz á Teresa;—si Noé dedicó cien años á construir el Arca que había de guardar los restos del género

humano; si Moisés cubrió de púrpura y oro los artesonados del antiguo Tabernáculo; si Salomón agotó las riquezas y la magnificencia del Oriente para levantar al Señor un templo inanimado, que, después de todo, no era más que sombra y figura del templo augusto del Señor, ¿qué deberás hacer, amada niña, cuyo corazón, arca viva, piadoso tabernáculo, verdadero templo del Espíritu Santo, cuando vas á recibir, no una piadosa familia, no las Tablas de la Ley, ni el Arca del desierto, sino al Creador del hombre, al Autor de la Ley? ¡Qué grandeza! ¡Qué sublime dignidad! Pero,—añadió, —¡qué deber tan estrecho te impone un beneficio tan inmenso de hacerte santa y pura!... ¿Comprendes ahora por qué nos hemos apartado de todos y buscado en este aposento soledad y recogimiento?

Teresa, que por doña Beatriz misma estaba, como hemos visto, imbuída en las más santas doctrinas y las puras prácticas, no necesitó más para abrazarla y repetirla:

—¡Ah! sí, madre mía; recuerdo ahora las veces que me habéis dicho antes de ahora, que Jesucristo enseñó esto á sus discípulos antes de que recibiesen el Espíritu Santo. Más aún: que él mismo, mi Jesús, nos dió este ejemplo antes de dar principio á su vida pública, retirándose al desierto, en el que permaneció durante cuarenta días ayunando y rogando á su Padre por nosotros.

—Pues bien, recojámonos más aún; —prosiguió doña Beatriz.

Y así lo verificaron.

Instruyéronse la madre y la hija á un mismo tiempo en la necesidad de la confesión, como único y solo medio de obtener la remisión de las ofensas hechas á Dios.

Y aprendieron:

Que la confesión no es sólo en el orden religioso, sino en el orden humano, la que redime, la que predispone á la gracia y al perdón por parte del corazón humano ofendido.

Sólo cuando Adán exclamó:

—He comido del fruto prohibido...

Dios le prometió un Redentor.

Y hasta que David se arrojó á los pies del Profeta y lloró su pecado, no escuchó de sus labios:

—Tu crimen te ha sido perdonado.

Y sólo cuando el hijo pródigo exclamó:

—He pecado contra el cielo y contra vos; no soy digno de llamarme hijo de Dios ni hijo vuestro.

Su padre pronunció estas sublimes expresiones:

—Mi hijo no existía... Ahora ha vuelto á la vida.

Y le estrechó entre sus brazos.

Caín fué maldito por no confesarse.

Magdalena la hemos visto grande y glorificada por sola su confesión.

Y enseñó doña Beatriz á Teresa estos y otros ejemplos, á los cuales agregó el de Santo Tomás, el de San Pedro y San Agustín.

—¿Quiénes son los mejores?—la decía;—los que

se confiesan como es debido, como es necesario.

Y la refirió con notable oportunidad el siguiente ejemplo, para hacerla comprender el apresuramiento con que cometido un pecado contra Dios, se debe acudir al tribunal de la penitencia: [1]

Un joven vivia cristianamente,—la dijo,—pero teniendo la desgracia de frecuentar una mala sociedad, el ejemplo le arrastró á cometer un pecado mortal.

Al volver aquella noche muy tarde á casa de sus padres, se acostó; pero no pudo pegar sus ojos... Sin cesar se le presentaba su falta ante su imaginación, y los remordimientos le martirizaban.

Prometió entonces confesarse en cuanto se levantase; y esto no bastó para calmar sus temores.

—¿Qué hizo, pues?—preguntó Teresa.

—Se levantó decidido á ir en seguida en busca de su confesor. El buen sacerdote vivia separado del pueblo; era necesario atravesar un bosque, y la noche estaba muy oscura.

Le falta valor para ir tan lejos; vacila, duda, y torna á su cuarto, renovando á Dios su promesa. Los remordimientos se acrecientan, le acusan, le desgarran, le martirizan. Por último exclama:

---

[1] En la serie ya larguísima de nuestros escritos y nuestros trabajos místicos y religiosos, muchos de ellos inéditos, hallamos multitud de ellos que nos interesa al presente reproducir, atendido el deseo natural en nosotros de difundirlos y popularizarlos más.

No me dormiré con este pecado sobre mi conciencia.

—¡Admirable!

—Y levantándose de nuevo, sale á la calle, atraviesa la campiña, y llega por fin al bosque. El terror se apodera allí de un modo terrible de su imaginación. Cree oir el rugido de alguna fiera; parécele que surgen espectros de la oscuridad; se detiene temblando; pero se arma de la señal de la cruz, invoca á María y al ángel de su guarda, sigue su camino, y llega á casa del confesor.

Daban en aquel instante las dos de la madrugada. El confesor, al reconocerle, le recibe con bondad; admira su valor, oye su confesión, y le absuelve.

—¡Esto es hermoso, madre mia!—dice Teresa enternecida.

—El sacerdote le ofrece refugio seguro, hospedaje; pero nuestro joven, queriendo que sus padres ignoren su salida, vuelve á su habitación lleno de alegría, y se acuesta con la conciencia tranquila.

—¿Y qué sucedió después?

—Óyelo y no lo olvides... A la mañana siguiente, no viéndole sus padres ni ninguno de la familia salir de su cuarto, conferencian, vacilan, dudan, llaman al fin á la puerta y no responde. Entran... ¡estaba muerto!

—¡Ah! ¿qué hubiera sido de él,—exclamó Teresa, después de conocer este suceso,—si hubiese dejado su confesión para el día siguiente? ¡Cuán feliz fué por haber escuchado la voz de su conciencia!

Lo que dicho por Teresa, demuestra el fruto que de lo referido por su madre había sacado inmediatamente.

Por lo tocante á la *confesión sacrílega*, doña Beatriz leyó en las obras de San Antonio el siguiente pasaje, que Teresa escuchó atentamente:

«Una joven de alto rango había sido educada en las máximas de la mayor modestia. Tentada vivamente en una ocasión, tuvo la desgracia de entregarse á un pecado vergonzoso. Confusa, desgarrada por los remordimientos, no se atrevió, sin embargo, á descubrirle á su confesor, y le omitió en la confesión.

»Después de sacrilegio tan horrible, se aumentó su confusión; hallábase en una especie de infierno, pero no pudo vencer su vergüenza.

»Para calmar sus remordimientos se decidió á entrar en un convento, esperando que, en la confesión general que necesariamente hacen las que abrazan tan santo estado, tendría valor suficiente para confesar sus culpas; pero ¡ay! disfrazó de tal suerte su pecado, que el confesor no pudo sospechar que fuese culpable.

»Murió más tarde la superiora del monasterio en que estaba, y las demás religiosas la elevaron á aquella dignidad. No la desempeñó por mucho tiempo, porque poco después cayó gravemente enferma; se le administraron los últimos Sacramentos, que en apariencia recibió con piedad, pero que en realidad los profanó.

»Pensó entonces en confesarse, pero á poco no estuvo ya en estado de hacerlo; cayó en un delirio, que no la abandonó hasta el último suspiro, y murió en tan lastimoso estado.

»Las religiosas, testigos de su vida penitente, creían piadosamente que estaría en el cielo; pero cuando una de ellas acudió á orar sobre su tumba, y á encomendarse á sus oraciones como á las de una santa, permitió Dios que se le apareciese la difunta en el estado de la más terrible consternación, y la dijese:

—»No me invoquéis; dejad de rogar por mí; estoy condenada al fuego eterno, y mi condenación proviene de haber omitido un pecado que debí confesar.»

El recuerdo de Judas sirvió de igual suerte á doña Beatriz para hacer comprender á Teresa las consecuencias de una *comunión sacrílega*.

—¿Quieres conocer,—la preguntó,—las consecuencias de la comunión sacrílega? Sigue á Judas después de su crimen. ¿A dónde va? Atormentado por los remordimientos, no tiene reposo... El recuerdo de su divino Maestro, á quien había vendido, no le abandona. Ve á Jesucristo lleno de bondad y de dulzura, unas veces cargado de cadenas, abofeteado, cubierto de ignominias; otras arrastrado de tribunal en tribunal, condenado á la flagelación, espirante sobre infame patíbulo. ¡Y todo por culpa de su traición! Este pensamiento le desgarra y desencadena en su alma horrible tem-

pestad de remordimientos. Cree ver próxima á caer sobre su cabeza la venganza divina... Y se suicida.

Después de esto, al hablarla de la *confesión ferviente*, la inculca estas doctrinas saludables y consoladoras:

—El Evangelio nos dice que San Juan descansó sobre el pecho de Jesús en la última cena; ¿quién podrá decir lo que pasó en su corazón? ¡Cuán dulce alegría debió inundarlo! Pues lo mismo te sucederá á tí, hija mía, si tu corazón está bien preparado.

—Sí; Jesús mío,—dijo entonces Teresa,—esplendor del cielo, delicia de los ángeles, descended sobre mí y hacedme, bondadoso, experimentar la alegría de los Santos.

—¡Oh! hija mía; esa alegría se siente, no se expresa; es una alegría angélica que el mundo no puede proporcionar. Es como la alegría de un buen hijo, que, separado por muchos años de sus queridos padres, ve aproximarse el feliz momento en que ha de abrazarlos... Mírale; vuela en su camino; ¿quién le da alas? El amor. No le habléis de detener su carrera para tomar algún descanso ó entregarse á algunos placeres. ¡Oh! esas alegrías son falsas, comparadas con la que hace latir su corazón; no comprende más placer que el de abrazar á su padre y á su madre... Mira; ¿hacia dónde dirige sus ojos? Hacia el país que le vió nacer. Si logra descubrir el árbol que da sombra á la

casa paterna, ó el campanario de su antigua Iglesia, ¡cuántos transportes, cuántas exclamaciones de alegría se escapan de sus labios!

Aquel que se ve allá á lo lejos, dice á su compañero de viaje, aquel es mi pueblo...

Por último llega; contémplale en brazos de su anciano padre, de su buena madre... Llora; pero llora de alegría... ¡Es feliz!...

—Así, así llegaré yo, madre, al pié del comulgatorio.

Y Teresa, al hablar así enternecida, derramaba copiosas lágrimas.

Se acercaba el día de la comunión; el retiro concluía; el retiro terminaba; el día tercero tocaba á su fin.

Y después de meditar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el alma y el corazón de Teresa parecieron desbordarse, no poderse contener en los límites estrechos, reducidos, de la materia.

Tal fué la emoción que en ella produjo el *retiro*, su contricción, su dolor, su arrepentimiento ante las leves ofensas que habría podido hacer á Dios.

Hallándose en este estado se presentaron en el aposento en que se hallaban la madre y la hija, el confesor de Teresa, Fr. Vicente Banou, del Orden de Santo Domingo, que lo era también de don Alonso, su padre, y éste, atención que agradecieron en extremo las dos retiradas, y que acabó de hacer fructíferos los ejercicios á que, por consejo

del primero, se habían entregado durante aquellos tres días que terminaron la víspera de la primera comunión.

Doña Beatriz relató minuciosamente cuanto habían leído, meditado y orado; las privaciones que se impusieran en el sueño y la comida, y todo lo aprobó la sabiduría del maestro, del teólogo y el director espiritual de Teresa.

Tomando entonces la palabra el sacerdote del Señor, dirigiéndose con acento paternal á la Santa, la dijo:

—Hija mía, el cielo es el reino del Señor, es el palacio eterno en que despliega todas tus magnificencias. Es la patria de los ángeles, de la gloria, de la felicidad; allí es en donde los elegidos gozan por toda una eternidad y entre torrentes de delicias de la vista de Dios. ¿Anhelas tú el cielo?

—¡Oh! sí, padre espiritual, le anhelo;—exclamó Teresa profundamente conmovida y encendida en amor divino, cual el día en que se huyó con su hermano Rodrigo á tierra de moros.

—Pues si así es, odia el pecado.

—Le odio.

—Detéstale.

—Le detesto.

—Promete al Señor no volver á cometerle.

—Lo prometo.

—Pues bien, hija mía, el pecado nos cierra las puertas del cielo. Represéntate á tu alma excluída del cielo por el pecado, y ya la oigo proferir estos

lamentos desgarradores: ¡Adiós, hermoso cielo, patria mía!... Adiós, sagrada morada, donde tan dichosa debía haber vivido... Adiós, ¡oh, Jesús! que quisísteis ser mi pastor y mi padre... y yo no acepté vuestro ofrecimiento... Al perderos, lo pierdo todo... ¡Adiós para siempre!

—¡Oh! padre; leéis en mi interior como si mi alma fuese un libro abierto ante vuestros ojos.

—Pues aún debo decirte más, hija mía. ¿Has meditado en la pasión del Señor? pues prosigue meditando en ella. Ven conmigo á Jerusalén, aproximémonos á la ciudad... ¿Qué escucho? Suenan clamores, voces... ¡Qué ruido tan extraño!... Entremos é indaguemos la causa... Todos hablan de un hombre preso ayer noche, y á quien se va á condenar. Todos corren; corramos también. ¡Ah, hija mía, qué espectáculo tan doloroso! Mira por entre la muchedumbre aquel hombre á quien atan fuertemente á una columna. ¡Dios mío! ¡cuántos verdugos le rodean! Los veo armados de látigos... Principian las torturas... Se multiplican los golpes con horrible barbarie... Salta la sangre en abundancia, desgárrase la carne...

—Gracia, verdugo, gracia,—gritó Teresa sin poderse contener, y como si presenciase en realidad lo que el padre dominico Banou la decía, el cual, viendo el efecto que sus palabras producían en la adolescente, prosiguió lleno de Santa Unción:

—Cesad, cesad... ¡Por criminal que sea ese hombre, bastante ha expiado ya su crimen! Pero,

¿qué veo? Le clavan en la cabeza crueles espinas... Se encarnizan con él... ¡Desgraciado! ¡Y parece tan bueno! ¡Muéstrase tan resignado!... ¿Qué crimen habrá cometido?—Vas á saber su crimen,—me replica un desconocido que escucha mis palabras.

Y después de una breve pausa:

—Pero no se han saciado aún; sigamos hasta el fin ese lúgubre drama... Traen una cruz, que colocan sobre los lacerados hombros de aquel hombre de dolor... Verdugos, ¿á dónde queréis conducirle?—Allá arriba, á aquella montaña ignominiosa.—Pero, ¿qué pretendéis hacerle sufrir?—La muerte más cruel. Queremos arrastrarle, destrozarle, martirizarle, arrancarle el último suspiro entre los más atroces dolores...—En efecto, hija mía, míralos marchar. Arrastran á su víctima con indecible refinamiento de crueldad. Llegan, por último, á la fatal montaña, y se arrojan con feroz alegría sobre el sentenciado. Tíranle de los brazos y de las piernas con cruel violencia... Introducen los clavos con fuertes golpes... Levantan la cruz, y queda el paciente expuesto á la vista, á la burla y á los insultos del populacho. Padece un doble suplicio; en su corazón, que no encuentra simpatía alguna, y en su cuerpo, que sufre en este instante los más incomprensibles dolores... ¡Ah, hija mía, gran criminal debe ser ese hombre!

—¿Gran criminal? no; no, padre; es la inocencia misma.

—¿Por qué se le condena entonces?

—¡Ah! sufre por un gran culpable, cuya vida quiso salvar.

—¿Luego lo sabes?

—¡Oh! sí... Me lo ha enseñado mi madre bendita, y mi padre; me lo habéis confirmado vos... Ese culpable soy yo; yo, que estoy arrepentida.

Entonces el sabio dominico no necesitó más, y sentándose en un sillón confesó á Teresa, y luego que hubo concluído, extendió su mano y dijo:

—Ye to absuelvo de todos tus pecados.

Y doña Beatriz y don Alonso se confesaron también con la mayor compunción y alegría del venerable.

Así terminó el retiro, y se preparó el gran día que todos esperaban con ansia.

V.

La primera comunión.

Llegó para Teresa la aurora del nuevo día, y fué élla en la casa la primera que, dejando el lecho, se postró de rodillas y renovó sus arrepentimientos y sus promesas de la noche anterior, ante su querida imagen del Buen Pastor.

Para la solemnidad sagrada habíanla hecho un traje riquísimo, todo nuevo, que doña Beatriz la presentó, segura de causarla una grata sorpresa.

Y así fué, en efecto, que al fin Teresa era una niña; era, por lo anticipada y precoz, casi una mujer.

Y aunque á veces la titulemos la *Santa*, no lo era todavía, sino como los niños son santos en su mayor parte cuando están cristianamente educados.

Su hermana María, hermana sólo de padre, de quien ya hemos hecho mención, y de la cual élla escribe en su vida con tanto entusiasmo, diciéndonos que: «era de mucha honestidad y bondad,» quiso engalanar á la adolescente por sí misma, y lo

verificó á satisfacción y contentamiento de todos.

Parecía aquella mañana la casa de los Sánchez de Cepeda, casa de bodas; habiendo acudido á ella muy de mañana los hermanos de don Alonso, convocados de antemano para la gran festividad.

Incluso don Pedro, el padre de María, de la sobrina que estaba en Madrid con los marqueses de las Cuevas, á quien las circunstancias habían permitido volver á Ávila, y de quien, al parecer, no se ocupaba por entonces el vengativo don Juan Manrique de Lerma, caído momentáneamente en el favor del monarca por intrigas de otros cortesanos; que suele haber en los palacios de los reyes y en las esferas elevadas del poder, flujo y reflujo, horas de calma, pero momentos también de tempestad y de borrasca.

Que no nos hemos olvidado por completo de estos personajes, de quienes, si prescindimos ahora, en el paréntesis que á ruego de nuestros lectores hemos hecho, en breve han de ocuparnos de nuevo, reanudando el curso de la narración interrumpida para tratar casi exclusivamente de la Santa.

Teresa, cubierta de seda y flores:

Envuelta en un amplio velo de encaje de Flandes, que, partiendo de la cabeza, la llegaba hasta los pies:

Con la mirada baja, las mejillas teñidas por el rubor de la inocencia, los labios del color que ostentan las rosas en capullo, de líneas, de contornos

suavísimos y delicados, atraía las miradas, y tras ellas se llevaba los corazones.

—¡Está hermosísima!—decían.

—¡Encantadora!

—¡Parece un querubín!

—¡Un ángel de los cielos!

Y todos estos elogios los merecía la que al lado de su madre y de su hermana María, y rodeada de sus parientes se encaminaba al templo, dispuesto convenientemente para la ceremonia de recibir la primera comunión una porción de niñas de su misma edad, á las que sus padres y parientes acompañaban como á Teresa.

El Prelado de la diócesis iba á ser aquel día el celebrante, y á las puertas de la casa del Señor se agolpaba multitud apiñada de fieles que de los puntos más distantes de la ciudad habían acudido, sabedores de la fiesta.

Fiesta que las campanas anunciaban con su bullicioso y alegre volteo, infundiendo alegría, animación, movimiento y vida á la por lo común tranquila, sosegada y silenciosa capital, dada antes y aun hoy á estas solemnidades por el sentimiento católico que dominaba entonces y domina hoy en la mayoría de sus moradores, de sus honradísimos y laboriosos habitantes.

Cruzando por entre una fila de admiradores pasó Teresa, sin perder por un momento su actitud, su recogimiento, su gravedad; tomó puesto en el circo que para las que iban á comulgar se había

colocado en el centro, con el pavimento alfombrado y cubierto de flores.

La casualidad hizo que la Sánchez Dávila ocupase el testero principal, el sitio de preferencia entre aquellas criaturas, todas ellas remedo de los querubines del cielo.

¿No habéis asistido nunca á una de estas hermosísimas fiestas, de estas poéticas solemnidades de nuestra Santa Madre?

¡Oh! si así no fuese, no vaciléis en seguir nuestro consejo y nuestro ruego.

Id, id á una de esas primeras comuniones de niñas ó de niños, y por frío que sea vuestro corazón, por adormecida que esté vuestra alma, experimentaréis gratas sensaciones que no se borran nunca, que no se borran jamás.

Y si sóis en ellas una parte activa; si tenéis la dicha de figurar en el número de los privilegiados, y la de ir dispuestos, preparados, como Teresa habéis visto que se preparó por medio del santo *retiro*, entonces nada que no experimentéis por vosotros mismos podremos nosotros deciros.

Padres que tenéis hijos, no os privéis tampoco de la dicha y del placer que experimentaron los de la heroína principal de este libro.

Aunque vosotros tuviérais la desdicha de no practicar, dejad que vuestros hijos reciban estas impresiones en su adolescencia, que nunca os pesará haber seguido en esto nuestro consejo.

Encendiéronse los cirios del altar mayor, las ara-

ñas que pendían de las bóvedas sagradas, y las niñas entonaron un himno al Señor Sacramentado, mientras se exponía al Santísimo en el tabernáculo.

Luego aparecieron los ministros del culto, á los cuales seguía el Prelado con su séquito de dignidades, canónigos y familiares, y dió principio el Santo Sacrificio.

Antes de la comunión el Obispo ocupó un sillón de respeto en el presbiterio, y dirigió su palabra á cuantos habían de recibir el Pan eucarístico.

—Venid á Mí, os dice el buen Jesús; estáis en la sala del festín; la mesa está dispuesta... El pan que os está preparado es el propio cuerpo del Señor; alimentarse con Él es obtener la vida eterna... Haced, mis queridas niñas, que, con el humo del incienso, suban también al cielo vuestros suspiros de esperanza y de amor; sólo con el amor podréis reconocer y pagar dignamente el amor de vuestro Dios. Amad, amad cada vez más á Jesús, que el amor hace prodigios; amadle como le aman los Serafines; amadle, si posible fuera, como le ama la augusta María, y Dios, al descender á vuestra alma, la enriquecerá con todos los tesoros de su Padre, y os hará gozar con anticipación de las delicias del Paraíso, que todo aquí nos le representa... Esos cirios, símbolo de vuestra fe viva, nos enseñan que así se consumen de amor los Serafines, prosternados ante la faz del Altísimo; esos vestidos blancos, símbolos de vuestra inocencia, nos representan la pureza celestial de las Vírgenes que

acompañan al Cordero sin mancha. Esa brillante luz, esa mesa, ese altar, esa dulce emoción pintada en vuestros semblantes; esas lágrimas de alegría que dan á conocer el contento y la paz interior; el religioso silencio que reina en este recinto; todo, en una palabra, nos dice que á nuestros ojos, aquí, en este sagrado recinto, pasa algo que no pertenece á este mundo. En efecto; no es una imagen del cielo, sino la realidad misma la que descubro bajo el velo de la fe; es el Dios cuya posesión constituye la felicidad de los elegidos, el que viene á entregarse á vosotras, mis queridas niñas. Con Él han abandonado los coros de ángeles las estancias del cielo para ser testigos de la gran acción que váis á llevar á cabo, y para unir sus cánticos á vuestros cánticos, sus oraciones á vuestras oraciones. También vuestro humilde Prelado se unirá á esos bienaventurados espíritus para celebrar la solemnidad de este memorable día. Padres y madres, venid á tomar parte en la alegría de vuestras hijas; unid vuestros votos á sus votos, vuestros deseos á los suyos; vosotros principalmente, los que estáis en disposición de acompañarlas á la Santa Mesa, gozad del dulce consuelo que les causáis, sed felices con su felicidad.

Llegó el instante supremo, en el que dió principio la augusta ceremonia, y aquellos querubines de la tierra fueron tomando de manos del Prelado la Sagrada Forma.

Qué instante para Teresa, cuyos labios murmuraban:

—¿Cómo me atreveré, ¡oh, Señor! á aproximarme á vos, que sóis la grandeza infinita, yo, que sólo soy miseria y pecado? ¡Tened piedad de mí, Dios mío! Pronunciad una de vuestras omnipotentes palabras, y mi alma quedará más blanca que la nieve; pero, sobre todo, ¡oh, Jesús mío! venid pronto; yo no puedo vivir ya separada de vos.

El acto fué imponente, pausado, y duró largo rato.

Al retirarse á su puesto la Santa, oró de nuevo:

—Poseo al que ama mi alma, y siempre le seré fiel.

Concluída la comunión, el Prelado volvió á hablar.

—Jesucristo se os ha entregado por completo, —dijo;—entregáos á Él sin reserva, consagradle vuestra alma y vuestro cuerpo, consagradle principalmente vuestro corazón con todas sus afecciones; que en adelante sólo tenga cariño y amor para su Dios y para la virtud; consagrad á Jesús vuestra vida entera; no tengáis más pensamientos, más deseos, más afecciones, que los pensamientos, los deseos y las afecciones del corazón de Jesús; vivid con su vida, ó mejor, que en adelante sea Jesucristo quien viva en vosotras.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Alegráos, mis queridas niñas, pero con alegría tranquila, pura y santa; aprovechad todos los

instantes de este día afortunado; tened siempre abierta vuestra alma para recibir los favores que el cielo se complace en derramar sobre vosotras en abundancia; ¿qué podrá negaros Jesucristo, después de haberse entregado Él mismo á vosotras? Pedidle con confianza cuanto necesitéis; rogadle por vuestras queridos padres, y Dios les recompensará de todas las penas, sacrificios y asiduos cuidados que por vosotros se han impuesto. Rogad, mis amadas, por todos los fieles aquí presentes; al venir á presenciar vuestra felicidad, han hecho votos por vosotras al cielo; rogad, pues, por ellos; rogad por todos nosotros, y el Señor os colmará de sus bendiciones. Rogad, mis queridas niñas, por vosotras mismas; rogad las unas por las otras, para que ninguna de cuantas me estáis escuchando llegue nunca á ser infiel á su Dios. Si algún día tratase de seduciros el mundo con sus bienes ó con sus placeres; si el demonio y el infierno se desencadenasen contra vosotras; si vuestras propias pasiones os declarasen la guerra, entonces acordáos de la felicidad que experimentásteis el día de la *primera Comunión*, y purificada vuestra alma, volveréis á sentaros á esta misma Mesa Santa, y encontraréis en ella las fuerzas necesarias para vencer á todos los enemigos.

La fiesta había terminado, y cada cual tornó á su casa.

En la de Teresa la esperaban nuevas sorpresas:

regalos, obsequios de sus tíos, de sus hermanos, de sus padres; don Alonso dió á su hija un cubierto de plata, doña Beatriz un vaso del mismo metal, objetos sagrados que la Santa usó durante mucho tiempo.

La caridad fundió en una crítica y difícil ocasión aquel precioso metal, cuando los autores de sus días no vivían ya, para socorro de las necesidades de sus amadas hijas en Jesús-Dios.

VI.

Renovaciones, ofertas y juramentos.

No terminaron los ejercicios, las prácticas religiosas de la *primera comunión* de Teresa con la fiesta grandiosa y solemne de la mañana.

Hubo gran comida, recepción de cortesía y de afecto en casa de sus padres, que se mostraban orgullosos de tener una hija tan bella, tan discreta, tan fervorosa y buena cristiana.

—El Prelado,—dijo la Santa,—nos ha citado para la tarde y no debemos faltar.

Y á su voz, todos se pusieron gustosísimos en movimiento y se dirigieron al templo.

Las velas se habían renovado para lucir durante largo tiempo; las flores del pavimento, marchitas y pisoteadas á la mañana, habían sido sustituídas por otras recién cortadas.

Y sin que la casa del Señor hubiese cambiado, parecía tener algo de nuevo, algo que no se notó

en la fiesta de aquel mismo día, algo que la hacía parecer más alegre, más risueña, más agradable.

La fragancia de las flores secas que aún quedaron sobre el suelo; los vapores del incienso no disipados por completo; el aire tibio de la concurrencia pasada, y la hora... parecían contribuir á que la solemnidad que iba á tener efecto revistiera distintos caracteres.

El Sacramento permanecía, allí en el tabernáculo, expuesto, fijo, estable, paciente, esperando.

Y las niñas, al hallarle de nuevo, se prosternaron, dispuestas á renovar sus votos de la mañana, y á sentir los afectos que habían llenado su alma.

Tal era el objeto de la fiesta de la tarde, y el reverendo Prelado así lo expuso desde su sillón del presbiterio, después que se rezó el santo rosario, la letanía, y se cantaron los himnos más armoniosos y expresivos de la mañana.

—Dos campos hay en el mundo,—les dijo,—dos ejércitos, dos caudillos, dos jefes, dos banderas. En la una, se leen estas palabras: *Riquezas*, *placeres*, *honores*, y la muchedumbre las sigue precipitadamente. Se encuentra bajo ella bulliciosa alegría, los excesos de la locura y del placer. ¡Satanás es quien la lleva! En la otra, están grabadas estas tres palabras: *Humildad*, *pobreza*, *sufrimientos;* los combatientes que guía son escasos, apenas pueden contarse algunos miles; muchos que al principio la eligen, la abandonan luego para seguir la

opuesta. Cuanto promete parece duro y austero, grave y hasta opuesto á la naturaleza humana. Es Jesucristo quien enarbola esa bandera. Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre habéis recibido esta mañana. Faltaría á mi deber, niñas queridas, engañándoos... ¿Deseáis que diga la verdad?

—Sí, sí; lo deseamos;—contestaron las interrogadas con tal precipitación é insistencia, que el bondadoso Obispo se sonrió.

—Pues bien,—prosiguió hablando.—En el servicio de Jesucristo hay amarguras, penas, combates, penosas luchas. Es preciso vencerse, es preciso mortificarse; el Salvador os lo dice: *Pobreza*, *sufrimiento*, *humillación*, eso corresponde á sus soldados, eso ofrece á sus amigos... Mas á la vez, ¡cuántas dulzuras ocultas, cuántas recompensas secretas, cuántas alegrías íntimas pagan con generosidad esos sacrificios, más aparentes que reales! Nunca fueron más dichosos los Santos, que cuando el mundo los agobiaba de ultrajes y los tiranos los atormentaban; dichosísimos eran lo mismo bajo la cuchilla de los verdugos, que en la miseria, en el último grado de la ignominia y del dolor. ¿Por qué? Porque Jesucristo oculta á los suyos, bajo austeridades exteriores, alegrías puras y celestiales; porque el Salvador quiere que nos entreguemos á Él por completo, sin interés, para estar seguro de que se le ama, porque es digno de nuestro amor. Al servicio del demonio, por el contrario, si los placeres son seductores, son en cambio falsos; si las

alegrías son vivas y apasionadas, sólo duran un momento y dejan siempre como recuerdo el aguijón del disgusto y del remordimiento; si la vida es risueña, gloriosa, animada, es corta y atormentada secretamente por penas y sentimientos que devoran. Por último, si el camino que se recorre está sembrado de flores y cubierto por una multitud de efímeros goces, no es el *mejor camino*, y termina de repente en espantoso abismo; ese mismo abismo es... el infierno. Allí van á parar el hombre y la mujer de mundo con sus fiestas, sus juegos, sus espectáculos, sus libros corruptores, sus máximas detestables, su juventud sin ley y sin freno, su edad madura entregada á las voluptuosidades, su ancianidad degradada y envilecida.

El efecto que la palabra apostólica producía á las niñas, contuvo al Prelado.

—¿Queréis saber, mis queridas niñas,—preguntó, dando distinto giro á su pensamiento,—á dónde nos conduce Jesucristo?

—Sí, sí; lo queremos.

—Pues bien; consoláos. Si el ejército que le sigue es poco numeroso, está en cambio compuesto de lo que sobre la tierra hay de más grande, de más justo, de más virtuoso, de más santo. Si las alegrías son íntimas, no son por eso menos dulces. Responded, mis queridas niñas, vosotras que la experimentásteis esta mañana... ¡Ah! juntas todas las del mundo no valen lo que una sola de ellas; y un sólo día pasado en el Tabernáculo de nuestro Dios,

vale más que un siglo en los palacios de los pecadores. Y esa felicidad tan perfecta, esa dicha tan real, ¿qué es comparada con la felicidad que nos espera en el cielo, que es nuestra patria? Que el camino sea rudo, penoso, difícil, ¿qué importa, puesto que el viaje es tan corto? Allá arriba podemos regocijarnos y olvidar en las alegrías de una eternidad bienaventurada las penas fugaces y pasajeras de un momento. Hecha está vuestra elección, mis queridas criaturas; ¿no es cierto?

—Sí, sí;—respondieron aquellas dulces vocecitas, á las que se mezclaron algunas, las más graves y menos atipladas de sus padres.

—Pues decid conmigo en el fondo de vuestro corazón: *Renuncio á Satán, renuncio á sus pompas*, es decir, *á las máximas y á las vanidades del mundo.*

—*Renuncio.*

—Cubiertas aún con las gracias de Jesucristo, inundadas de sus beneficios, teñidos aún vuestros labios con la preciosa sangre de Jesús, ¿podríais encontrar atractivo alguno al mal que crucificó á vuestro Salvador, al mal que tanto habéis llorado, al mal que os haría dignas del infierno?... No, no. Os veo, os veo resueltas, mis queridas niñas, á renunciar de todo corazón al pecado.

—Sí, sí; renunciamos.

¡Cuán interesante y cuán poco común es lo que venimos colocando aquí en esta clase de producciones, en esta clase de libros!

¿Os parece impropio, inoportuno?

Seguros estamos de lo contrario; que enseñanzas de este género hacen falta fuera del templo, aunque las hayamos procurado acomodar á las que con frecuencia se dan á los fieles dentro del templo.

Cuanto más se escriba y cuanto más se difundan estas máximas, estos ejercicios, estas ceremonias santas, más se populariza su belleza, sus encantos y el fruto que debe sacarse de ellas.

Los festivales infantiles siempre son interesantes, dulces, tiernos, poéticos; pero si esos *festivales* son religiosos, á su belleza y sus atractivos naturales reunen el carácter de doblemente provechosos y transcendentalísimos.

Y seguros estamos que habrá madres que, leyendo estos últimos números de la *Teresa*, así se llama ya vulgarmente á nuestra obra, harán que sus hijas simulen en sus juegos las devociones, el retiro, la primera comunión, y estos ejercicios que siguieron á la mañana dichosa que dejamos descrita.

Aunque no copiando materialmente á la Santa, inspirándonos, sí, en multitud de pasajes de sus admirables escritos, de sus inmortales obras, ya que trasladarlas aquí no nos sea dable, ni éste sea nuestro propósito.

El Prelado no había concluído, ni el auditorio infantil que le escuchaba atento estaba fatigado.

—Amad, mis queridas niñas,—dijo,—amad á

vuestro buen Salvador. Él os ha amado hasta morir por vosotras, hasta alimentaros con su propio cuerpo, hasta comunicaros su vida, su divinidad, todos sus bienes. ¿No tendrá derecho á exigiros sacrificio por sacrificio, sangre por sangre, vida por vida? Si no lo exige, estad al menos dispuestas á concedérselo, y nunca vaciléis ante privaciones, siempre ligeras, que el amor hará fáciles, y á las que el amor dará inmenso premio. Ya comprenderéis la extensión y la dulzura al mismo tiempo de obligación semejante; porque, ¡es tan dulce amar, y sobre todo amar á Jesucristo, al amigo más fiel y verdadero!... Luego, que Jesucristo nunca cambia; como era ayer, es hoy y será siempre; los hombres dan ó retiran alternativamente su amistad; Jesús nos la otorga completa durante nuestra vida, y mientras nosotros la merecemos y no la desdeñamos. Todos los hombres, aun los mejores, tienen defectos; nadie hay perfecto en este mundo; pero Jesucristo, ¡oh! no tiene imperfección, es siempre infinitamente bueno, generoso, amable y amante.

Aquí hizo el Obispo una breve pausa.

—¿Cómo, después de haberle elegido, retirarle vuestro corazón, que le habéis entregado? ¿Quién mejor que Jesús conocerá vuestras penas, vuestras necesidades ni vuestros sufrimientos? ¿Quién mejor que él podrá aliviarlas, satisfacerlas, dulcificarlas? Hé ahí, mis queridas niñas, lo que ahora váis á *jurar* ante esos santos altares, en presencia de la

corte celestial que atentamente os escucha; delante de vuestros padres, de vuestros maestros, de los fieles en este recinto congregados, á la faz del mundo entero. ¡Nunca juramento alguno fué más solemne! ¡El mismo Dios va á recibirle! Váis á prestarle sobre los Santos Evangelios. Conocidas os son las obligaciones que os impone; libres sóis; deliberad, y ved si tenéis voluntad y fuerzas para decir conmigo... No amar al buen Jesús, locura es.

—Locura, locura es,—respondieron las niñas.

—No seguir su bandera, insensatez es.

—Insensatez es.

—Juro, juro amarle siempre.

—Juro amarle siempre.

—Amarle, hasta morir.

—Amarle, hasta morir.

—Hasta morir.

Cuantos pasaban por delante de la iglesia y escuchaban las voces infantiles, atraídos por ellas penetraban en el templo y se edificaban con aquel espectáculo hermosísimo, que desearíamos poder describir mejor y con mayor talento.

El Prelado concluyó:

—Terminemos,—dijo.—No satisfechas con haber jurado amar á Jesucristo hasta la muerte, yo espero que vendréis, por lo menos una vez á la semana, á oir á los ministros del Señor repetiros sus grandezas, sus perfecciones, sus bondades; que

acudiréis á ellos para reanimar el fuego de vuestros corazones, para confiar á su tierna solicitud vuestras penas, vuestras inquietudes, vuestros disgustos. ¡En los ministros del Señor encontraréis siempre padres, amigos; no lo olvidéis! Sean cuales fueren vuestras desgracias; sea cual fuere el abismo en que hayáis caído, tendedles vuestra mano. ¡Ah! no se harán esperar, y en su seno, con la inocencia volveréis á encontrar la paz y volveréis de nuevo á servir á Jesucristo. Servir á Dios, mis queridas niñas, es reinar. Los servidores de Cristo son reyes, no reyes como los de la tierra, á quienes derriba un soplo; no reyes á quienes la muerte acuesta en el polvo y al lado del último de sus vasallos, no. El reinado prometido á los cristianos es más poderoso y duradero; reinado sobre sus pasiones, á las que encadena y domina á su voluntad, sometiéndolas á la luz de la razón. En vano gime la naturaleza, en vano el corazón murmura; la naturaleza queda vencida, dominado el corazón, y el cristiano victorioso, más grande que Alejandro, que, subyugando al mundo, no podía dominar su cólera, lleva su victoria á los pies de Jesucristo, que le inscribe en el libro eterno de *vida*... La ley divina prohibe la mentira, la envidia, la blasfemia; la pasión las prescribe, pero el Hijo de Dios impone silencio á la pasión y la somete á su voluntad. ¡Cuánta grandeza, cuánta gloria! ¡Ah! mis queridas niñas, sólo amando verdaderamente á Jesucristo alcanzaréis esa grandeza y esa glo

ria; porque el amor es más fuerte que la muerte; porque nada hay imposible para el que ama.

Y con las palabras profundas, admirables, consoladoras del Obispo, terminó el día de la primera comunión, día hermosísimo en el transcurso de la existencia de los buenos; día que no se borra de la memoria, que siempre se recuerda con emoción y alegría.

VII.

Orfandad momentánea de Teresa.

Los años transcurrieron para la Santa sin otras contrariedades que las comunes y ordinarias de la vida, nunca por completo feliz y venturosa.

Fiel á sus juramentos sagrados, sostenida y guiada por su buena y cristiana madre, á pesar del decaimiento progresivo y rápido de la salud de la castellana, la adolescente cimentó en su alma de tal manera con sus lecciones y sus ejemplos el decoro y la virtud, que teniéndolo en cuenta no debemos extrañar cuanto acerca de este punto hemos de referir después.

Sólo con estos basamentos de granito, con estos comienzos sólidos y permanentes se llegan á resistir en el resto de la existencia los combates y las sugestiones del mal, en las distintas manifestaciones que reviste, cualquiera que sea nuestra edad, nuestra condición y nuestro estado.

Amaneció un día para Teresa en las postrimerías del año 1526.

¡Día terrible! ¡Día nefando

Que la Santa señala en sus preciosas Memorias con caracteres indelebles.

En el que nosotros debemos fijarnos por algunos instantes, ya que se nos ha pedido que tracemos por completo su historia, revistiéndola de los más minuciosos pormenores y los más interesantes detalles.

¿Y cómo no, después de todo, si aquel día iba á hacer época, á marcar una línea divisoria entre la adolescencia y la juventud, entre la dicha, la paz y el sosiego del hogar, y el abandono y la primera orfandad de la Santa?

¿Cabe proceder de otra manera en el curso de un libro como el que escribimos, cuando, á partir de aquel día, habremos de cambiar también nosotros el curso, no interrumpido hasta ahora, de nuestros elogios y nuestras alabanzas á Teresa, para recoger otras lecciones diversas, si bien no menos provechosas y necesarias?

¡Línea de negro color!

¡Trazo de desventura, de desolación y lágrimas!

Ninguno lo esperaba en la casa solariega de los Sánchez de Cepeda.

Nadie pudo presumirlo; nadie adivinarlo ni menos impedirlo.

El golpe fué rápid , certero y rudo; golpe que

á todos anonadó por completo menos á Teresa.

No porque para ella fuese menos sensible, sino porque Teresa tenía su alma mejor prevenida, mejor templada.

¡Oh! ¡Cuando la mano de Dios nos hiere de improviso, las fuerzas físicas son impotentes para resistir el dolor, y sólo los consuelos religiosos son los únicos capaces de contenernos en los límites de la prudencia y la razón!

Doña Beatriz Dávila y Ahumada venía experimentando un visible alivio hacía algunas semanas.

Todos estaban satisfechos; todos contentos de esta mejoría.

La víspera de aquel día, la noble dama fué con su hija Teresa á confesar y á recibir el Pan de los ángeles.

Dió luego con su esposo un pequeño paseo, llevándola don Alonso del brazo con orgullo, y saludándoles todos á su paso por la ciudad con el respeto y el cariño cada día mayor que inspiraban en Avila los nobilísimos representantes de una familia compuesta de patricios ilustres, que tanto se habían distinguido durante las Comunidades, y varios de los cuales se disponían á la sazón á ir á lejanas tierras á mantener el lustre del glorioso pabellón español, triunfante en todas partes.

De vuelta á casa los esposos se rezó el rosario, según costumbre; Teresa leyó la vida del Santo, y se hizo la colación con apetito y regocijo.

—Adiós, queridos hijos míos,—dijo la castellana á los pedazos de su corazón, y les besó con mayor efusión y detenimiento que otras veces.

¡Ninguno pudo presagiar que aquel adiós y aquellos besos fuesen los últimos, los postreros!

Se acostaron todos.

Don Alonso, que tenía que escribir algunas cartas urgentes, permaneció en su cuarto, no sin haber estampado antes un ósculo en la frente de su mujer, cuyos labios murmuraban una oración.

¡La última, la postrera también!

Corrieron rápidas las horas; dieron las primeras del siguiente día, y don Alonso, cuya fortuna se había resentido, necesitando cuidar por sí mismo de administrarla, prolongó sin sentirlo su tarea.

¡Ah!... Siempre que un padre de familia que ama á los suyos trabaja en horas en que duermen y descansan, ¡cuán satisfecha siente su conciencia, y cuán hermosísima plegaria envuelven sus vigilias y sus veladas!

Rezar así cumple á los hombres, sin que por ello estén dispensados de hacerlo como la Iglesia manda.

Pero no vaciléis en preguntar á sus ministros, y ellos os dirán, como nosotros, que el *trabajo* y la *honradez* son para Dios la mejor oración y la más grata de las plegarias.

Comenzaba ya á penetrar por las rendijas de las ventanas la claridad del alba.

Doña Beatriz, que en casos tales llamaba á su esposo repetidas veces para que viniese á descansar, aquella noche no le había llamado; ¿será que dormía profundamente?

—¡Está cansada!—pensó el caballero, dejando los papeles para continuar después la faena á que la ley de la necesidad le obligaba.

¡Ley hermosísima, yo te bendigo con toda la energía de mi alma!

Tenedlo por cierto; no hay nada más nocivo, más perjudicial que la holganza.

El que huelga, peca; al que todo le sobra y no há menester trabajar, de todo se hastía y se cansa.

Don Alonso estaba hasta satisfecho de los reveses de su fortuna; gran parte de ella había sido necesaria á sus hermanos, é hizo, sin que se la pidieran, de manera oculta y delicada, que llegara á sus manos; otra no pequeña porción la reclamó la causa de la libertad y de la independencia castellana, y don Alonso, como buen patricio, no sólo expuso su vida en la lucha de las Comunidades, sino que tuvo siempre su oro á disposición de los caudillos de los fueros de la razón y la justicia.

Los pobres, los necesitados, los enfermos, fueron constantemente para los padres de Teresa acreedores legales de su fortuna, y una buena parte de ella la impusieron por mutuo asentimiento para recoger sus réditos en el cielo.

Gastos supérfluos, ninguno; mezquindeces y tacañerías, nunca; economías indecorosas, jamás.

¡Qué acertada distribución!

Necesitar trabajar, es siempre mucho mejor que tener en abundancia sin tener precisión de adquirirlo; la propia adquisición proporciona la mayor riqueza... la paz de la conciencia, el sosiego del alma.

Ninguno es capaz de levantar su frente cuando el remordimiento de haber adquirido mal tortura el pensamiento.

Y esto, aunque el que tenga dé mucho; pues el dar en tales casos no basta.

Sólo lo que se adquiere por ley de trabajo, proporciona el placer de distribuirlo bien.

Lo mal adquirido, aunque se distribuya bien, no llena por completo el corazón, aunque en parte satisfaga... Y esto, con tal que lo mal adquirido no haya llevado en pos de sí vergüenza y lágrimas.

Penetrado de esta sana moral, que es á la vez la moral del Evangelio, don Alonso era de los que podían acostarse y reponer tranquilo sus fuerzas con el sueño de los hombres honrados.

Sueño sin desvelos, sin zozobras, sin inquietudes, sin visiones y sin espectros.

Se dirigió al aposento conyugal; penetró en él, procurando evitar el más pequeño ruido; se acercó al lecho, lanzó una mirada de amor sobre el rostro descubierto de su mujer, y se quedó frío é inmóvil.

—¡Es imposible!—exclamó corriendo á abrir la ventana.

Necesitaba ver mejor, no engañarse.

El primer rayo de sol que penetró por ella, cayó sobre aquel rostro hermosísimo, tranquilo, sosegado, pero marmóreo y lívido.

¡Doña Beatriz dormía el sueño eterno! ¡el sueño de los justos! ¡el sueño de que no había de despertar hasta la hora del tremendo juicio!

—¡Amparo! ¡Socorro!—se oyó decir en la casa solariega de los Sánchez de Cepeda, á la madrugada del día nefando de las postrimerías del año 1526.

Y todos despertaron bajo aquella impresión y corrieron azarosos al sitio de donde aquella voz acongojada y angustiosa parecía salir.

Y hallaron el cadáver de una santa, y á los pies de su lecho mortuorio, arrodillado, casi caído, á un hombre mudo, con el rostro pegado al embozo del cobertor, que besaba en medio de un delirio peligrosísimo millares de veces una de las manos blanquísimas y afiladas de la que había entregado su alma al Creador, sin sufrimiento, sin dolor, sin fatiga, sin extertor, santificada aún por el perdon del confesor y la recepción de Jesús Sacramentado.

—Respetemos el dolor de padre,—dijo María, la hija mayor de don Alonso, en voz baja á sus hermanos, y salió para impedir que Teresa entrase en la cámara mortuoria... Quería evitarla aquella impresión, temiendo que pudiera matarla.

La adolescente venía ya con Rodrigo, pálida, taciturna y como abismada en profundos y ocultos sentimientos.

—No entréis,—les dijo María;—madre se ha puesto muy mala.

—Déjame entrar á darla mi última despedida, —la rogó Teresa.

—No;—la suplicó con empeño su hermana.

—En vano me ocultas, María, lo que ha pasado, —añadió la Santa;—lo sé todo.

—¡Cómo!... ¡Mentira! ¡Te han engañado!

—Jesús es la pura verdad; Jesús no miente. Nuestra madre querida no existe ya; su alma ha volado al cielo.

María no supo qué responder, y ocultó el rostro entre sus manos.

—¿Jesús te ha dicho?...—murmuró á poco.

—Sí, hermana; el vacío que he notado al despertar, vacío que no se llenará nunca, no ha sido un débil presentimiento, sino una realidad, un aviso del cielo.

No cabía, pues, se hacía inútil é imposible todo disimulo, todo fingimiento.

La adolescente prosiguió su marcha sin que nadie la detuviera, sin que nadie se lo estorbara.

Penetró en la alcoba de sus padres, al parecer serena, pero desencajadas las facciones, muda y sin llorar, como se manifiestan siempre los grandes dolores que oprimen el corazón, que ahogan los suspiros, y para los cuales no se encuentran lágrimas.

Hijos que nos leáis, conduciros como Teresa se conducía.

Tened el valor del deber.

Evitad que no os domine la cobardía del miedo, ni el egoismo de no sufrir en momentos tales.

Acudid presurosos á la cámara mortuoria de los que os dieron el ser, de los que tanto hicieron por vosotros, y no los dejéis, no los abandonéis hasta que les den cristiana sepultura; que ni aun así les recompesaréis bastante su cariño, sus sacrificios y sus desvelos.

Teresa se llegó al lecho de su madre, la besó en la frente sin arredrarla el frío intenso que helaba sus labios, frío de muerto que no se parece á ninguno, y dirigiéndose luego á don Alonso le dijo:

—¡Padre!... ¡padre!

El hidalgo alzó su cabeza y no vió ó no reconoció á su hija.

—¡Padre! ¡padre!—repitió ésta.

Y su acento desgarrador penetró en las entrañas del castellano.

—¡Hija! ¡hija mía!—exclamó entonces como si despertase de un sueño.

Y ambos se abrazaron.

Sólo entonces se vieron deslizarse de los ojos de don Alonso gruesas lágrimas, que se mezclaron con las que á su vez derramaba Teresa.

Una y otro paladearon aquellas amargas lágrimas, y ya no se separaron del lado del cadáver, de aquellos hermosísimos y queridos despojos

que la muerte, lejos de afear, había hermoseado. Doña Beatriz, al morir, sólo tenía treinta y tres años, y ya la Santa nos ha dicho que quedó muy bella después de su muerte.

El marido y la hija hicieron más después de fortalecerse uno á otro: amortajaron á la castellana por sí mismos, tarea dolorosísima en la que les ayudó María.

Toda la familia, toda entera, la que dejamos citada, acudió á la casa mortuoria.

Y todos, conforme fueron llegando, se arrodillaron, oraron y lloraron ante el cadáver de doña Beatriz, tranquilo, hermoso, sonriente, ligeramente sonrosado, tanto, que más que muerta, la señora parecía dormida.

Oraciones y lágrimas; esto reclaman nuestros padres, nuestros amigos, nuestros hermanos, cuando pasan á mejor vida.

No exclamaciones ruidosas, ni actos de violencia y desesperación.

Nunca como en momentos tales se conocen los sentimientos de una familia; jamás se ve quiénes de ella creen, y quiénes dudan.

Los que creen, lloran y rezan; los que no creen, se mesan los cabellos, se tiran por los suelos, gritan, maldicen, blasfeman, y cada vez se sienten dominados más fuertemente por la amargura de su impotencia para devolver á la vida el ser perdido.

Cuando á la mañana siguiente sacaron el cadáver para llevarlo á la iglesia, don Alonso, Teresa y María siguieron el cortejo fúnebre, á pesar de los ruegos de muchos de sus deudos y amigos para que no lo verificasen.

Y asistieron á la misa que en sufragio del alma de doña Beatriz se celebró con asistencia de muchísimas gentes.

El entierro de la noble castellana, más que entierro fué una verdadera manifestación pública de cariño y de reconocimiento hacia las virtudes de la señora.

Hasta el cementerio siguieron don Alonso, María y Teresa el cortejo, y el marido y los hijos mayores de éste echaron sobre la sepultura flores cogidas en el camino, de un modo casi inconsciente y automático, porque ya no obraban por propia voluntad, sino como por efecto de una fuerza oculta y misteriosa que les sostenía en pié, cuando sus piernas flaqueaban y su cabeza ardía, y su corazón latía con las irregularidades y las intermitencias de la fiebre.

Habían necesitado un supremo esfuerzo sobre sí mismos; la naturaleza había agotado los recursos todos de que podía disponer, y se la habían reclamado y exigido.

Don Alonso y María, al ser llevados materialmente á su casa, no se daban cuenta de nada; hubo que acostarlos precipitadamente, y los médicos temieron los efectos de aquella crísis tremenda.

«En las grandes aflicciones de la vida, la gracia fortifica la naturaleza, pero no destruye sus movimientos», dice el P. Ventura de Raulica. Y añade: «inspirando la paciencia, endulza y modifica el sentimiento; pero no lo extingue.»

Esto sucedió á Teresa, principalmente en aquel trance dolorosísimo de la muerte de su madre.

—¡Dios me la había dado,—decía,—Dios me la ha quitado! ¡Bendito su nombre sea!

Y no necesitó sostén material para volver del cementerio á su casa.

La extrema palidez de su hermoso rostro, de ordinario encendido; la manifiesta alteración de sus facciones, indicaban la inmensidad de su dolor y la profunda amargura que atormentaba interiormente su espíritu.

Tristeza, empero resignada, valerosa, y que indicaba estar sostenida por la poderosísima mano del Altísimo, cuyo nombre repetía sin cesar.

—¡Jesús! ¡Jesús mío!—la oían decir los que iban á su lado.—¡Huérfana tan joven! ¡Sin madre tan de improviso!... ¡Señor, Señor, dadme resignación, auxiliadme con vuestra gracia!

Al llegar á su casa surge de repente en el ánimo de Teresa una idea, un pensamiento, como si viniera del cielo.

Aprovecha la confusión del duelo, y *huye* como en otra ocasión.

Pero esta vez huye sola, no busca á Rodrigo,

su hermano, no se acuerda ni se cuida de nadie.

Sale por la misma puerta que saliera para ir á tierra de moros «á que la descabezaran,» sin que la viese persona alguna, y se encamina al templo.

Al templo de sus oraciones cuotidianas, de sus confesiones, de su primera comunión. Está abierto por casualidad, aunque no lo esté por lo común á aquellas horas.

No hay nadie en la casa del Señor; sus naves están vacías por completo.

¡Qué ocasión tan propicia!

¡Qué coyuntura tan favorable!

—No lo he perdido todo,—piensa la huérfana. —Aún me queda en el mundo alguien más que mi padre, que mis hermanos, que mis tíos. Alguien que velará por mí en mi orfandad, en el vacío inmenso que la muerte de mi madre ha hecho en mi alma, ha hecho en mi corazón.

Y postrándose afligida ante una imagen de Nuestra Señora, nos dice ella misma en su Vida, la suplicó «que fuese su madre, con muchas lágrimas.»

—¡Oh, María!—exclama.—¡He perdido mi consejo, mi sostén y mi guía! ¡He perdido mi madre! Huérfana ya, vengo á rogaros que me adoptéis por hija... ¡Ah! velad, velad ahora por mí, y yo os amaré siempre.

Así se expresó Teresa ante la imagen de la Virgen Santísima, y al punto se sintió «aliviada de

la congoja que la ahogaba, de la opresión que sentía su pecho, y que momentos antes parecía iba á matarla.»

Y añade la Santa misma, después de acentuar este pasaje de su existencia:

«Paréceme, aunque se hizo con simpleza, que me valió; porque conocidamente he hallado á esta Santa Virgen soberana, en cuanto me he encomendado á ella, y al fin me ha tornado á sí.»

—Habéis hecho por mí,—prosiguió orando Teresa al pié del altar de María,—¡oh, Madre mía! mucho más que mi madre, tan querida, á quien debí la existencia. ¿Os tendré menos amor que á ella? ¡No, no! Mi madre me ha dicho millares de veces: debes á María Santísima más que á mí, pues la debes á Jesús-Dios... Si hasta hoy he desconocido los inviolables deberes de hija, de hoy en adelante los cumpliré con mayor fidelidad. Y puesto que, honrando, respetando y amando á mi madre, depositando en ella mi confianza y queriendo reproducir sus virtudes, pude parecer que os he olvidado á vos, madre querida, ¡oh, María! veréis en mí, desde hoy, *amor*, *respeto*, *confianza*.

Y después:

—«¡Ah! sí: aún mejor que mis labios lo dice mi corazón. Sí, os amo, y mi mayor felicidad consistirá en consagraros mi alma y mi corazón. *Os respeto*... Lo juré á vuestros pies, ante el altar santo, frente á vuestra augusta imagen... ¡No me abandonará ya el recuerdo de mi verdadera madre!

Siempre la tendré presente, y para evitar el mal, si se presenta, me bastará recordar que mi madre me ve y me oye. Sinceramente lo deseo; mi más ardiente anhelo es conservar la túnica de inocencia que de vos, ¡oh, María! he recibido. Pero, ¡ay! ¿Cómo podré conseguirlo, pobre niña, débil, sin experiencia, sin fuerza, sin valor? Por eso me abandono á vos sin reserva. *Confianza filial, confianza ciega...* Como cuando niña corría á arrojarme en brazos de mi madre, de mi madre muerta, cuando creía divisar el más pequeño peligro, así también volveré los ojos á vos, ¡oh, María! os tenderé las manos, me arrojaré en vuestro seno tan pronto como vea aparecer al enemigo. ¿Qué podré temer entonces? ¿Fuísteis alguna vez invocada en vano? No, nunca; apelo á todos los siglos pasados. Así que, llena de confianza, os entrego, ¡oh, María! mis deseos, mis proyectos, mi porvenir, mis esperanzas, mi vida y mi muerte.

Al alzarse Teresa del altar de María estaba fortalecida, estaba casi consolada.

Cuando volvió á casa de su padre, viudo, infundió á todos resignación y esperanza.

VIII.

Devoción y culto á la Santísima Virgen.

Ocasión oportuna es esta de inculcar *la devoción y el culto á la Santísima Virgen.*

Teresa nos dió ejemplo con su conducta de lo que hacer debemos nosotros, y fijarnos en este particular es responder á ese ejemplo como es debido. Apresurémonos, pues, á levantar una muralla entre los sofismas de los impíos y la fe de los buenos; impidamos que uno solo de estos últimos vacile; hagamos por atraernos la voluntad de los primeros, ó que huyan avergonzados ante la evidencia y la razón, ante la justicia y los motivos poderosos de la *devoción* y *culto* á la Madre de Dios, á nuestra madre.

No puede ponerse en duda que la divina voluntad debe ser la regla de nuestros deseos; de lo cual se deduce que, estando la devoción á la bienaventurada María basada sobre la divina voluntad, preciso es convenir en que esta devoción es santa

y sólida. Conocida nos es la voluntad divina por lo que Dios mismo ha hecho, por lo que nos ha enseñado con su ejemplo. Si consideramos lo que ha hecho, veremos que nadie ha amado y honrado tanto á la bienaventurada Virgen María como Él, que la eligió por madre.

¿No debemos nosotros imitarle?

¿Pueden ser más justos nuestros sentimientos que cuando se conforman con los de Dios?

¿Hay nada más razonable, que honrar y amar á la que Dios amó y honró tanto?

Los herejes dicen con tono enfático, que Dios no tiene necesidad de la santa Virgen; no lo negamos en absoluto.

La Iglesia reconoce que Dios se es infinitamente suficiente á sí mismo; pero si prefiere servirse de algún medio, es justo que nosotros nos conformemos con sus designios.

En el orden de la naturaleza no necesita Dios causas segundas: su omnipotencia no está ligada á ellas. Sin embargo, en la vía ordinaria nosotros necesitamos indispensablemente de su concurso.

Tenemos necesidad de luz para guiarnos, de fuego para calentarnos, de manjares para alimentarnos, de maestros para aprender las ciencias, de artesanos para las artes, de labradores para cultivar la tierra; en el orden de la gracia, necesitamos de igual suerte de santos, de ángeles para guardarnos, de predicadores que nos enseñen los Miste-

rios, de Sacramentos para llamarnos cristianos y partícipes en las excelsas misericordias de Dios, que no necesita, sin duda alguna, de estas cosas, pero que quiere, sin embargo, que nosotros nos sirvamos de ellas.

Por ello, si bien es verdad que Dios no necesita de la Santísima Virgen, quiso, sin embargo, servirse de María para tomar cuerpo en sus castísimas entrañas, y obrar el grande, el profundo Misterio de la Encarnación.

Ninguna precisión tenía de María para recibir las aplicaciones que su infancia exigía, y no por esto dejó de aceptarlas.

Cuando quiso obrar sobre su Precursor y santificarle, quiso tambien que élla tuviese parte en la influencia de su gracia, y con esto nos revela el poder que la otorgara; es decir, lo que la Santísima Virgen debería hacer en las demás obras de la gracia, y la participación que la concederá en sus divinos designios sobre la estirpe humana.

Es evidente.

Cuando á la Santísima Virgen recurrimos, entramos en los designios de Dios, y lejos de disgustarle en lo más mínimo, hacemos una cosa agradabilísima á sus ojos, puesto que nos conformamos con su divina voluntad. Los herejes insisten, diciendo que Dios es un Dios celoso, y que á nadie da su gloria; pero no se trata, de modo

alguno, de eso. La Iglesia reconoce esa verdad, y rechaza lo contrario como una idolatría; pero reconociendo á la vez que sólo á Dios se tributan los honores supremos y que le son debidos, enseña que á su Santísima Madre pueden también tributarse honores, siquiera sean inferiores á los que se le tributan á Dios. No podrán negarnos los mismos herejes que en la vida civil hay honores justos que se tributan á las personas de la tierra, y que éstos son mayores á proporción que las personas son más ricas ó más altas en dignidad.

¿No nos ha mandado Dios honrar padre y madre? ¿No nos enseña su divina palabra lo que debemos á los soberanos de la tierra?

Los mismos herejes, ¿no recurren á las oraciones de los demás, sin temor de desvirtuar en nada lo que deben á Dios? «Vamos derechos á Dios,—decía Lutero,—sin dirigirnos á la Virgen;» y no dejaba, sin embargo, de recomendarse á las oraciones de otros desgraciados herejes como él.

La voluntad de Dios, con respecto á la devoción de la Santísima Vírgen, se nos manifiesta también por los milagros que hizo en favor suyo: y ésta por sí sola sería una prueba concluyente de cuanto dejamos consignado. Esto nos da á conocer cuán agradable le es esta devoción, y, por lo tanto, cuán santa y sólida. Que es dable, que no es posible que Dios autorice el error.

Llena está la historia de milagros auténticos he-

chos en favor de la devoción á la Santísima Virgen; y lo que el Concilio general de Nicea nos declara, es en este particular un testimonio que no puede razonablemente rechazarse.

¿Hay, acaso, algún reino católico, alguna provincia, algún pueblo ó lugar en que la omnipotencia de Dios no haya obrado milagros en favor de cuantos han recurrido fervorosos á su Santísima Madre?

Esos milagros, que sólo pueden ser efecto de la omnipotencia de Dios, publican altamente su gloria en Aquélla por quien ha hecho tan grandes cosas.

Avancemos todavía más:

La voluntad de Dios nos es también conocida por la Iglesia, que está inspirada por el Espíritu Santo. Por eso el apóstol dice, escribiendo á Timoteo, «que debe recurrirse á ella, y la llama columna y sostén de la verdad.»

Y la Iglesia, hablando por los Sumos Pontífices y los Concilios generales, no sólo aprueba la devoción á la Madre de Dios, sino que nos exhorta á ella, y se vale de muchos medios para honrarla de una manera particularísima; ved las fiestas que celebra en su nombre y su gran solemnidad, las oraciones que recita en su honor, las iglesias y capillas que bajo su advocación dedica á Dios, y las numerosas asociaciones que admite, como la del Santo Rosario, del Sagrado Escapulario, de Nuestra Señora del Carmen y otras.

La piedad general de los fieles es también otra prueba de que la devoción á María es obra y está inspirada por Dios.

Si los Santos Padres se aprovecharon de los usos de algunas iglesias para sostener ciertas verdades contra los herejes, como San Agustín, que se valió de un himno de San Ambrosio contra los Pelagianos, porque se cantaba en muchas iglesias, ¡qué fuerza no tendrá la práctica general de los católicos, y más si se reflexiona que no es sólo una práctica del pueblo sencillo, sino de Papas y de los Prelados, de los reyes y príncipes, y de las más sabias universidades!

En esta piedad universal se ve el cumplimiento de las proféticas palabras de este cántico:

Todas las naciones me llamarán Bienaventurada.

Y tanto es así, que hasta los turcos la tienen en gran estimación, le atribuyen privilegios extraordinarios, y reverencian los lugares donde estuvo durante su vida.

Esta devoción, en los primeros siglos establecida, ha continuado en la sucesión de las edades, llegado felizmente hasta nosotros, y nunca acabará.

Su culto, lejos de ser supersticioso, está conforme con el espíritu de la Iglesia, y es santo y sólido, porque está basado en la voluntad de Dios.

Es una gran injusticia desdeñar la devoción á la Santísima Virgen y las prácticas en honor suyo establecidas. Si algo debe sentirse, dice San Ber-

nardo, «*es que no haya bastante devoción á la Madre de Dios,*» puesto que juntos todos los honores de los ángeles y de los santos, y de la humanidad entera, no se aproximan ni con mucho al honor que Dios la hizo eligiéndola por Madre.

Lo repetimos; nadie la ha amado ni honrado tanto como Dios.

Si somos, pues, verdaderos cristianos, preciso es que, como miembros de Jesucristo, participemos de sus afecciones. Por eso debemos amar y honrar á María de manera especialísima. A tan santa devoción, sólo se oponen los demonios, los impíos, los que carecen del Espíritu de Nuestro Señor.

Tengamos la más sincera devoción á la Reina de los ángeles, como la tenía Teresa, y la renovó al pié del altar de María, después de muerta su madre; y puesto que Dios quiere valerse de élla para llevarnos á Él, para llegar santamente, recurramos á la Santísima Virgen.

Verdad es que Dios desea la salvación á todos los hombres, que no quiere que perezca uno solo; San Crisóstomo enseña esta verdad en sus Homilías, cuando dice: «que Dios quiere la salvación de todos los hombres, aun de los réprobos; que Jesucristo murió para salvarnos; que si algunos se pierden, es por culpa suya.»

En la Epístola á los Romanos, Pablo hace esta pregunta: «Si todos han pecado en Adam, ¿en qué consiste que unos se salvan y otros perecen?»

Y contesta:

En que no han acudido ni acuden todos á Jesucristo, que llamó á todos los hombres, y á todos los amó.

Es una verdad, como escribió el gran Apóstol á Timoteo: «que Jesucristo vino al mundo para salvar á los pecadores.» Él es el único mediador entre Dios y los hombres; Él quien le satisface y les salva por sus propios méritos.

Pero Moisés lo es también en cierto modo, añade, y los Santos lo son cuando piden por nosotros, como hacemos nosotros los unos por otros, por los méritos de Jesucristo.

En este sentido han llamado los Santos á la gloriosa Virgen nuestra mediadora, y han dicho que por ella ha dado el Hijo de Dios el precio de nuestra redención; que élla es el canal por donde pasan sus gracias, y que tiene un poder muy especial, superior al de todos los Santos y á todos los ángeles, con la divina majestad.

San Bernardo dice: «que María es toda para todos; que á todos ha abierto el seno de su misericordia, y que allí encuentra el cautivo, libertad; el enfermo, salud; el triste, consuelo; el pecador, perdón; el justo, gracia.»

Y luego:

«El Hijo de Dios quiere que vayamos á Él por su Santísima Madre. Alabemos al Padre de las misericordias y al Dios de todo consuelo; bendigá-

mosle, porque nos da en nuestras penas un consuelo tan grande, estableciendo á la Santísima Virgen por abogada, Señora y Madre nuestra.»

Títulos que la Iglesia le da.

Alabándola con la Iglesia, nuestras alabanzas serán con arreglo á justicia. Su autoridad es mayor que la de los que se atreven á sostener que hay exceso en los elogios que se tributan á María.

Los herejes, los impíos, por decir algo, dicen que esas alabanzas son excesivas; pero más conveniente y más justo es, seguramente, hablar y escribir como los Santos, é imitarlos, que no imitar á Lutero y Calvino. Preferible hablar, vivir y morir como los Santos que alabaron á María, y conformarse con la Iglesia que persevera constantemente en sus alabanzas, que no desistir de ellas porque se escandalicen unos cuantos desgraciados apartados del seno de la verdad.

Recordemos que es incomparablemente más dulce, más conveniente y más honroso formar en el número de los últimos, ser verdadero servidor de la Madre de Dios, que alcanzar los primeros cargos del mundo; que su servicio es preferible á los mandos y las riquezas; y en un tiempo en que se desliza cierta malignidad contra su devoción, debemos redoblar nuestro celo en cuanto se refiera á su honor.

Sostengamos, pues, sus excelencias y prerrogativas, conformes con el espíritu de la Iglesia.

Concluyamos:

Si Dios prometió á Abraham, su servidor, que bendeciría á quien le bendijera, y maldeciría á quien le maldijera, con mayor razón colmará de sus gracias y favores á los que bendigan á su inmaculada Madre, y maldecirá á los que de ella sean enemigos.

Dice un pasaje de los *Proverbios*, pasaje que la iglesia aplica á María, «que los que la aborrecen aman la muerte.»

Y en el libro de los *Cánticos*, «que *los que tienen el corazón recto la aman.*»

Si está predicho en el libro del *Génesis*, en el capítulo que ya hemos citado, que «*todas las naciones serán benditas por Abraham*,» nosotros podemos con razón decir, que lo serán por la bienaventurada Virgen, como lo canta la Iglesia en las festividades de su Concepción y de su Natividad, que ha destruído la maldición del pecado, y ha repartido la bendición de su gracia, confundiendo la muerte y dándonos la vida eterna.

Imbuída en estas doctrinas aquí compendiadas, es como Teresa, huérfana, eligió por madre á la reina de los cielos y de la tierra, á María nuestra madre.

LIBRO SEXTO

JUVENTUD DE LA SANTA

I.

Amistades y lecturas.

TRANSCENDENTAL perturbación produjo en la casa solariega de Sánchez de Cepeda la muerte de doña Beatriz Dávila y Ahumada.

Teresa tenía razon; una madre sólo se sustituye con la que había escogido: con la que lo es por ministerio divino de todo el género humano.

Siguieron días de inmenso dolor y de amargura indescriptible en aquel hogar, huérfano de un ser como la dama castellana, que lo llenaba por entero, que lo embellecía y lo dirigía con su amor, con sus virtudes, con sus diarios y cuotidianos ejemplos y enseñanzas.

Los hijos mayores no se daban punto á llorar su pérdida; los pequeños, á buscarla desolados, creyendo... ¡inocentes! que se había ido para volver.

—Regresará presto,—les habían dicho para consolarlos; y ellos, en su candidez, lo creían así.

—¿Cómo puede ser esto?—se preguntaban.—¡Madre abandonarnos para siempre!... ¡No venir para ayudarnos á acostar y á rezar nuestras oraciones, oraciones que ella nos enseñó, y que rezaba con nosotros!... ¡Imposible!

¡Ah! los que se mueren no tornan á la vida, no vuelven al mundo.

—Debe irles muy bien por allá,—dice el vulgo, y al expresarse así proclama una gran verdad.

No es la tierra nuestra patria; no es la existencia humana nuestra existencia real y positiva.

Dios nos hizo para vivir aquí; pero el pecado nos trajo la muerte, y con ella el único medio de que podamos tornar á la vida sin fin, á la vida eterna, que es nuestra vida, y no ésta, fugaz y transitoria.

Vida de preparación, de premio ó de castigo, de expiación ó recompensa; consecuencia inevitable, libre y voluntaria una ú otra de nuestro proceder y nuestra manera de conducirnos.

Apoyado en la fe, alza el hombre su cabeza, y á los sombríos pensamientos de la *nada* suceden los pensamientos de la gloria.

Los niños, que sólo sienten, que no razonan, repiten al perder á sus padres:

—Volverán...

Y los esperan.

Y á cada momento creen escuchar sus pasos ó

les ven vagar, cual sombras, en torno de su lecho.

Y hasta les parece percibir millares de veces el beso de los que tanto amaron, cuando su imagen se les representa en sueños, sonrientes y cariñosos como en otros tiempos.

¡Cuán venturosos son los niños!

Ignoran lo que los mayores sabemos, pero presienten.

Nosotros sabemos que el hombre, al morir, es sólo el cuerpo el que desciende á la tumba; la razón, de acuerdo con el sentimiento, nos afirma que el alma es inmortal, que el alma no sucumbe al abandonar su grosera envoltura de tierra, de vil barro, que en tierra y barro se vuelve á convertir.

Pero que ha de revivir el día del juicio final.

Don Alonso y sus hijos mayores creían y sentían como nosotros sentimos y creemos; los niños esperaban como niños, para quienes todo es ilusión y esperanza.

Pero ¡ah! todos vieron pasarse las semanas y los meses sin que la pérdida inmensa que habían experimentado tuviese cambio alguno.

El noble castellano no había dado aún muestras del más pequeño alivio moral; permanecía silencioso, taciturno, retraído y hasta olvidado de sus deberes. En vano procuraban sus hijos y sus hermanos consolarle, distraerle; para él no había más que soledad, vacío inmenso en torno suyo.

Coincidieron por entonces sucesos en España, de

que ya hemos hecho antes de ahora ligera indicación, y se ofreció oportunidad á los varones mayores de incorporarse á los tercios castellanos para abandonar la casa de Ávila, y la abandonaron en efecto.

Vamos á ocuparnos en este libro con suma discreción y sobriedad de un período, en la vida de la Santa, distinto de los demás, paréntesis en su historia, en el cual no nos cumple otra cosa que consignar lo que élla nos dice, añadiendo tan sólo por nuestra cuenta las reflexiones á que se prestan la franqueza y la lealtad de la escogida para heroína principal de nuestra obra.

Que aun en este terreno es admirable y nos enseña cosas de que no podemos prescindir, ni han prescindido cuantos nos han precedido en la gloriosísima tarea de darla á conocer y admirarla.

Había en aquella casa orden y recogimiento grande, y no la frecuentaban por ello, como sucede en tales casos, gentes extrañas.

Iban á ella con reiterada insistencia y en concepto de tales una parienta de Teresa y unos primos suyos, á quienes no designa por sus nombres ni nosotros debemos designar, y en ello no veía don Alonso mal alguno.

La parienta era, no obstante, dada á pasatiempos, y los primos á chanzas y diversiones que hicieron grandísimo daño á su hija, siendo ella misma quien nos refiere estos pormenores, afeándolos con singular franqueza.

¿Hay nada más penoso que estas confesiones?

Pues la Santa las hace, como vamos á consignarlo reproduciendo sus propias palabras.

«Fatígame, dice, ver y pensar en qué estuvo el no haber, muerta mi madre, continuado en los buenos deseos que comencé... Y no he de quejarme por ello, que fué mía toda la culpa, porque no me parece os quedó, Señor, á vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra.»

Amistades y lecturas... hé aquí el escollo en que tropezó la joven, en los que tantas tropiezan y naufragan, y acerca de los cuales debemos escoger sus oportunísimas lecciones.

¡Oh, y cuánto podíamos escribir sobre esto!

Nada hay que exija más cuidado de parte de los padres, como los amigos que hayan de escoger, y los libros que en esta edad lean sus hijos.

Todo esmero, todo cuidado es poco en esta materia, y ¡cuánto se descuida, sin embargo!

¡Amistad!... palabra dulcísima, palabra encantadora que representa una de las más puras satisfacciones de la vida.

Un amigo es un hermano que no nos da la naturaleza, sino que escoge la voluntad.

Un amigo no es un compañero forzado, sino uno á quien preferimos y escogemos entre muchos, guiados por un impulso interior de que sólo nos damos cuenta cuando el prodigio está realizado; cuando el lazo que á él nos une tiene una fuerza

y una consistencia inmensa, acaso indestructible.

Por eso la amistad en la juventud es asunto que mucho debiera preocuparnos; pero como entonces carecen el hombre y la mujer de criterio propio, de criterio bastante para hacer una buena elección, de aquí el deber de los padres de hacer por sus hijos esta elección y este trabajo, apartándoles de las que juzguen perjudiciales compañías, fomentando las buenas y las honradas.

Teresa nos lo confirma:

«Si yo hubiera de aconsejar á los padres, dijérales que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí, añade, está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.»

Y luego.

«Tenía, dice, primos-hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatada, y pluguiera á Dios que lo fuera destos también, porque ahora (es decir, cuando escribía su vida), ahora veo el *peligro* que es tratar, en la edad en que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él.»

Estos primos de la Santa, que no hemos de cuidarnos de averiguar quiénes fuesen, cuando ella oculta discreta sus nombres, continúa diciendo: «eran casi de mi misma edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos y teníanme gran amor.»

Esto es natural, es tan humano, que la experiencia propia nos lo enseña.

Y procediendo como quien nada quiere ocultar que la humille y desfavorezca, prosigue:

«Y en todas las cosas que les daba contento, sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo peor que fué, mostrarles mi alma, lo que fué causa de todo mi mal.»

¿Cómo podríamos decir por nuestra propia cuenta lo que Teresa nos da á conocer de manera tan completa en lo tocante á sus amistades de la juventud?

No era esto bastante.

Va más adelante:

«De mi hermana... [1] no tomaba nada y tomé todo el *daño* de una parienta que trataba mucho en casa. Era ésta de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que entrase en casa, como si adivinase el mal que por ella me había de venir, y era tanta la dificultad que había para entrar, que no había podido.»

La muerte de doña Beatriz y la pena de don Alonso facilitaron lo que antes había sido dificultoso.

«A ésta que digo, me aficioné á tratar; con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería,

1 Alude á la que ya hemos citado, á María.

y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades.»

¿Cayó Teresa de súbito, de repente, en estos extravíos?

¿Fué en élla rápida la transformación?

No parece que así sucediera; más aún si se tiene presente que cuando su madre murió tenía apenas doce años, y al pintarnos su nueva situación, contaba catorce, y acaso más.

Dos años en el tránsito de un período á otro de la vida y en tales momentos, es mucho, muchísimo para poder cambiarse, para poder trocarse hasta de un modo radical.

Y Teresa no se cambió ni se trocó de este modo que decimos, ávidos de no omitir nada que á la Santa se refiera; porque su educación y su buen natural la mantuvieron á distancia respetabilísima del mal, no obstante sus nuevas compañías y amistades.

«No por ello, dice, me parece había dejado á Dios por culpa mortal (y bien sabía en lo que ésta consistía); ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra.»

Temor que ya hemos acentuado y que tuvo en élla «fuerza para no la perder del todo,» hasta el extremo que la parece «que en esto no se podía mudar; ni había amor de persona (amistad), que en esto la hiciese rendir.»

«En querer ésta (la honra) vanamente, tenía extremo; si bien los medios que eran menester para

guardarla no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento.»

Y añade á seguida:

«Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; mas como, por respetos humanos, no podían quitar la ocasión de entrar élla en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha.»

Y consigna:

«Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no lo pudiera creer; en especial, en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguna señal: y me parece me imprimía sus condiciones élla, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contr ella, y contra Dios.»

¡Cuántas que hacen lo que de sí dice Teresa, se verán admirablemente retratadas!

Escarmienten en la Santa, que para eso pone élla estas cosas en su vida, toda ella llena de sabiduría y asombrosas enseñanzas.

Con qué facilidad se aceptan amistades por las jóvenes de hoy día; con cuán poca discreción y pudor se varían y cambian; y á la que un día se prefiere, al otro se la desaira, y se va de flor en flor libando, cual abeja caprichosa, sin mirar si la flor escogida encierra azúcar saludable ó veneno mortífero.

Sed constantes, jóvenes, en vuestras amistades, si son buenas; no las troquéis por otras malas.

Buscad aquella sociedad que es conveniente y estímulo para buenas acciones; es decir, la que enseña, corrige y perfecciona; la que es humana, civil, compasiva, tierna y amorosa como la caridad de Dios.

Formad entre buenos aquella sociedad que siente cristianamente, que habla con sinceridad, que departe graciosamente sobre cosas útiles y agradables; aquella que intenta lo bueno, que lo ama y lo desea; aquella sociedad que es propagadora de la urbanidad grave, respetable, y emana del cristianismo; la que á todos mira bien y de todos es bien considerada.

Fué otro de los escollos en que la virtud de Teresa tropezó, la *lectura*.

Era por entonces cosa común la afición á los libros de caballería, que Cervantes había en breve de censurar en su inmortal Quijote.

No pudiendo doña Beatriz, en vida, por su estado de salud delicada, dedicarse á ciertas labores ni salir mucho de casa, habíase aficionado á esta distracción, y aunque á hurtadillas de sus hijos, dice la Santa misma, que leía de esos libros, y dejó de ellos bastante número en un estante.

Teresa dió por casualidad con aquel escondite, y hubo de tomar alguno en sus manos.

¡Nunca lo hubiese verificado!

Aquel hallazgo, si contribuyó á mitigar las penas de su orfandad, hizo en la joven una impresión profunda sobre su espíritu y su corazón.

Y confiesa que comenzó á tomar costumbre de leerlos «¡y que aquella pequeña falta la enfrió en sus deseos!» y que «fué causa que comenzase á faltar en lo demás, hasta el extremo de parecerla que no era malo gastar muchas horas del día y de la noche en ejercicio tan vano.»

Leía Teresa «á escondidas de su padre,» con lo cual daba á entender que ya no se conducía bien.

Precedieron ó coincidieron las malas amistades y las lecturas vanas... de cualquier modo, ambas la hicieron mucho mal.

Llegando esto á tal extremo «que si no tenía libro *nuevo*, no la parecía tener contento.»

¡Qué dato este tan natural y tan frecuente!

Y cuánto dice y enseña.

Con las lecturas sucede que, cuando peores son, más atraen, más seducen y más encantan.

La *lectura* es uno de los medios más acertados de enriquecer el alma de grandes ideas y generosos sentimientos, ó de emponzoñarla y pervertirla de la manera más veloz y rápida.

Dulce ó dañosa ocupación; noble ó perjudicialísima manera de emplear las horas y de ocupar utilísimamente los ocios y los descansos del trabajo, necesarios en la vida.

Leer, es palabra latina, que trae su origen del griego, y significa recolectar, cosechar, hacer la colecta; el lector serio se propone, como el jardinero y el labrador, enriquecerse, utilizarse del amplio y fecundo terreno de las ideas humanas.

Leer, es alimentarse, nutrirse; la lectura es alimento, nutrición del espíritu... Sólo Dios no necesita de estas dos clases de alimentos, del material ni del moral; su nutrición es su amor y su inteligencia infinita. [1]

Ni los ángeles mismos [2] están relevados del alimento; el Verbo eterno en su propia sustancia y la luz de Dios, constituyen su nutrición.

No es impropia ni grosera la comparación de la lectura como alimento del espíritu, á la del pan como alimento del cuerpo; la lectura nutre con acierto, inteligencia y reflexión, es un verdadero

---

[1] *Pane vitæ intellectus.*

[2] Según los SS. PP.

banquete espiritual; las ideas hacen en el alma el efecto de los manjares en el estómago; penetran en la inteligencia, se asimilan y forman en definitiva la sustancia vital del cerebro en equivalencia á la sangre que circula por la venas del cuerpo.

Estos dos fenómenos, comparados, resultan admirablemente idénticos.

Ved, pues, si hemos encarecido con razón la importancia y la influencia de las lecturas.

Consagrada Teresa á las de más boga en aquel entonces, sucedióla lo que no podía menos de sucederla.

De viva imaginación y rara inteligencia, gustó de lo que leía, y ella misma nos lo dice:

«Comencé á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa.»

Y lo comenta añadiendo:

«No tenía mala intención.»

Y asegura, que esto no bastó para impedir que la lectura hiciera estragos en ella en poco tiempo. Que breve fué el tiempo, durante el cual, *amistades* y *lecturas* desviaron á Teresa del camino recto de la virtud y la santidad, en el que tanto había andado y tanto hemos de verla progresar más adelante.

Amistades nocivas, dardos del corazón; lecturas perjudiciales, semillas venenosas del espíritu; am-

bas á dos trastornaron el cerebro de Teresa hasta el punto de conducirse con ligereza, obrar con impremeditación y verse en peligro de pecado mortal, llegando á componer, según se cree, en union de su hermano Rodrigo, un libro de caballería, que, á ser cierto, se ha perdido como otros varios trabajos suyos de esta época de su vida.

Un libro es como un depósito de grano dispuesto para sembrar; el oído hace en esta faena el efecto de la mano que arroja la semilla sobre la tierra, que aquí es el espíritu, el corazón, el alma.

La que está bien preparada, bien recibe; el alma, la que está bien dispuesta, con abundancia produce y devuelve ciento por uno.

La atención, es el surco; la meditación, el tiempo de la gestación... ¡Cómo comprenderéis la exactitud de estos ejemplos!

Que ponemos aquí para que los entiendan todos y se expliquen sin trabajo ni esfuerzo alguno lo que Teresa nos dice, y dejamos consignado, la sucedió con las malas amistades y los malos libros.

Los árabes tienen este proverbio: «La mejor compañía para pasar el tiempo es un buen libro,» y es exactísimo.

Y podemos citar aquí otros muchos no menos oportunos:

«La soledad no es soledad si se tiene un libro.»

«Los libros son compañeros que no se impacientan jamás, ni cuando los tomáis, ni cuando los abandonáis, porque os gustan ó fatigan.»

«La lectura es un placer, una utilidad y una enseñanza para el espíritu.»

«Un breve rato de lectura es más provechoso que una larga conversación.»

«No hay nada que se parezca á un buen libro.»

«La mujer, por lo mismo que permanece más retirada, está más propensa á sufrir los riesgos de la lectura.»

«Muchos libros debilitan el espíritu; pocos y buenos le fortifican.»

«Recargad el cuerpo de adornos y resultará abigarrado y mal vestido; recargad de ideas contradictorias el cerebro, y no podrá diluir ninguna y aparecerá recargado sin fruto ni provecho alguno.»

«Un amigo se cansa; un libro, jamás.»

«Una buena y escogida biblioteca es un campo de bellas flores donde el hombre y la mujer proceden como las abejas:

»Perciben la miel; vuelan de flor en flor,
y liban sin esfuerzo del dulce licor.» [1]

Hace más de veinte años escribimos esto.

Mírase, hace tiempo, con suma indiferencia la propagación de las malas lecturas, de los libros impíos y antisociales, y esta gangrena que amenaza seriamente arrancar de raíz las más preciosas

---

[1] Virgilio.

tradiciones y las creencias más puras, há menester en España un pronto y eficaz remedio.

No es bastante que se declame contra las malas doctrinas, si éstas se dejan circular impunemente; si los Gobiernos, guardadores de la moral pública y las costumbres, no se cuidan de asunto tan vital, y á la vez que con mano fuerte reprimen las malas lecturas, con otra no alimentan la publicación de buenos libros, procurando que vayan á parar á manos de todas las clases, estimulando al pueblo por medio de una noble emulación, á adquirir medios de instruirse y moralizarse.

Antes no se escribía tanto, pero se escribía mucho mejor; hoy escriben muchos por vergonzosa especulación, halagando las malas pasiones, en la seguridad de por estos medios conseguir mayores rendimientos.

Las lecturas que comprimen los movimientos generosos del alma; que destierran el pudor, guardián de la virtud; que agostan la flor de la inocencia, son detestables, como que borran, dice un escritor, de la frente de los hombres el hermoso distintivo que realza el rostro del que no se ha dejado contaminar con el soplo inmundo de los desórdenes: el distintivo del candor y la inocencia.

Los pueblos degeneran, descienden de su grandeza, á medida que son más corrompidos. Comparad los romanos, desde la época de Augusto, con los de los primeros tiempos; los vicios enervaron aquella república, que quedó aniquilada entre los

brazos de las huestes del Norte, dotadas del valor que inspiran costumbres sencillas y patriarcales.

La lectura de puro pasatiempo, las novelas y folletines son las que por lo común encierran en mayor grado el veneno de la sensualidad, el de la afición al lujo, y el de otras pasiones no menos vergonzosas y criminales.

Hay además otra clase de libros malos, que si bien circulan entre menor número de personas, no son por eso menos funestos; nos referimos á las obras que extravían y pervierten el entendimiento. ¿Qué puede esperarse de producciones que censuran la verdad, que destruyen el cimiento de las sanas creencias, que conculcan las santas tradiciones y anatematizan cuanto conduce al ejercicio de la virtud? Sólo la ruina de las familias y de los imperios.

Los libros que extinguen de uno ú otro modo esa llama celestial que arde en la conciencia del hombre, y de consiguiente debe arder en el hogar doméstico, crean en la sociedad el caos más espantoso, esa indiferencia, esa *nada* que ahoga en sus aguas el sentimiento y la virtud.

Es indispensable, importa mucho repetir estas ideas, estos principios, á fin de que los pueblos no se dejen arrastrar á la perdición, y los Gobiernos eviten la propagación de ese cúmulo de obras donde la juventud bebe el veneno de la duda, de la indiferencia y la vanidad; esos libros que, deificando la razón limitada del hombre, encierran en un

círculo mezquino del mismo modo las inteligencias humildes que las más privilegiadas.

Desgraciada sociedad aquella en que el escepticismo llega á dominar los corazones; para esa sociedad, para ese pueblo, no hay otra esperanza que un gran prodigio de la bondad infinita de Dios.

Procuremos alejar días de mayores calamidades para España.

Que los hombres que ocupan los primeros puestos den el ejemplo, que todos les imiten, y entonces el cauce natural de los adelantos útiles y provechosos seguirá su curso tranquilo y majestuoso, cumpliéndose en todo la ley providencial del progreso y el bien de la estirpe humana.

II.

Autoridad de la Iglesia en lo tocante á la censura y prohibición de los malos libros.

PROPONIÉNDONOS, según hemos dicho reiteradamente, no sólo deleitar, sino instruir y enseñar en estas producciones, ved aquí una cuestión que, como otras muchas que dejamos ilustradas, nos sale al paso, y debemos aprovechar la oportunidad de tratarla, siquiera sea con rapidez.

Nadie sabemos que se haya ocupado de este punto con mayor acierto que el doctor Fessler, catedrático de la Universidad de Viena.

La iglesia católica, instituída por Jesucristo para conservar en el seno de la humanidad la *verdad* que vino á traer del cielo, tiene que cumplir una doble misión:

Presentar á los hombres en toda su pureza la doctrina de que es depositaria, y *defenderla* contra el error.

Cualquiera que sea la forma bajo la cual apa-

rezca el error, ya sea que ataque al dogma, ya á la moral, la Iglesia debe preservar de él á los fieles, valiéndose de todos los medios posibles, y debe hacerlo por Dios, que la estableció para fundamento de la verdad y para ser su depositaria hasta el fin de los siglos; y debe hacerlo por sus hijos, porque á su cuidado se ha cometido el cargo de apartarles del error y librarles de todo peligro. Si así no lo hiciera, se haría reo de traición á su Dios y á los fieles confiados á su cuidado, y se apartaría de la vía que le abrieron Jesucristo y los Apóstoles, por la que el Espíritu Santo dirige sus pasos.

¿Cómo desempeñará este importante deber?

Jesucristo la ha dado para este efecto la *potestad* de enseñar y la de atar, haciendo de esta doble potestad el uso que exijan las circunstancias y el fin que se proponga conseguir, en lo cual procede ciertamente con la prudencia y moderación que caracterizan todos sus actos.

Donde basta señalar el peligro, le señala sin ir más lejos; donde no es bastante una advertencia, impone una prohibición, y donde la prohibición es ineficaz, fulmina un castigo, según la gravedad de los peligros que amenazan á la verdad y á la salud de las almas.

¿Conocíais esta doctrina?... ¿Habíais, si lo conocíais, meditado sobre ella?

Pues estos principios se derivan tan naturalmente de la constitución misma de la Iglesia, que nadie puede dejar de reconocerlos, reduciéndose

únicamente á una cuestión de aplicación todas las dificultades que pudieran suscitarse.

En efecto; épocas ha habido en que la fe ha sido tan viva, que ha bastado señalar el peligro de los malos libros para librarse de ellos.

San Pablo predica en Efeso; su palabra penetra los corazones, y cierto número de fieles que tenían libros de magia, los presentan á los apóstoles y se queman en público. En una época en que la fe era tan poderosa, no debía la Iglesia echar mano ni de una prohibición expresa, ni de vías de rigor; pero ha habido otras muchas en que ha sido necesario imponer prohibiciones y penas, y de aquí precisamente el desenvolvimiento de la legislación canónica en esta materia.

Apenas cesó para la Iglesia la época de las persecuciones, se vió obligada á recurrir á medios rigurosos para preservar á sus hijos de los peligros que lleva consigo la lectura de los malos libros. Arrio expuso sus errores en una obra titulada *Thalía*, y el Concilio de Nicea, después de haber condenado la herejía y hecho la confesión de fe que lleva su nombre, condenó el escrito del heresiarca y prohibió su lectura.

«Esta prohibición,—dice Fessler,—era la consecuencia necesaria de la condenación de la herejía y de la exposición de la fe por el símbolo de Nicea. Desde el momento en que está definida la verdad y es condenado el error, el mismo interés que ha

inspirado estos dos actos, obliga á la autoridad á tomar medidas que impidan la propagación del error y el menoscabo de la verdad.»

La misma boca que ha dicho:

—Esa es la verdad, seguidla.

Dice:

—Ese es el error, estad prevenidos, libráos de él, no le leáis, os lo prohibo.

La Iglesia cumple su deber.

Al poder temporal toca llenar el suyo.

—A los poderes públicos, ¿qué les importa,—se dice hoy,—este asunto?

¡Ah! siempre les incumbirá mantener el imperio de la verdad y preservar á sus súbditos de las agitaciones y trastornos que son las tristes consecuencias de la herejía.

Los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, siguieron esta senda.

Arcadio mandó buscar y recoger los libros de Eunomio y de los Montanistas, é hizo que fueran quemados á presencia de los jueces; Teodosio el joven proscribió las obras de Nestorio, condenadas por el Concilio de Efeso, y Marciano las de la secta Eutiquiana.

San León el Grande, desde su advenimiento, descubrió gran número de Maniqueos, é hizo quemar sus libros. No contento con preservar del contagio á los habitantes de Roma, adoptó medidas para combatirlos en otras partes, según consta de la carta que escribió á Toribio, Obispo de Es-

paña, donde los Pricilianistas amenazaban causar los mismos daños que los Maniqueos de Roma.

Por este tiempo se encuentra el primer *Índice de libros prohibidos*, publicado por el Papa Gelasio.

En el Concilio de Roma del año 496, se indican los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, y después se enumera cierto número de libros falsamente considerados por los herejes, como inspirados y atribuídos por ellos á los apóstoles y á los discípulos del Salvador, y un buen número de obras de escritores eclesiásticos, en las que, mezclado el error con la verdad, se contienen peligros para los fieles. [1]

En el siglo VI debemos hacer mención de los escritos de Teodoro, de Mopsnesto, de Teodoreto y del Obispo Ibas, condenados por Justiniano y por el Concilio V ecuménico; y los de los fautores del Monetelismo condenados por el Papa San Martín en el Concilio de Letrán y por el Concilio VI ecuménico.

En esta misma época fueron condenadas las falsas Actas de los Mártires, en las que se confundía la historia con la fábula.

Si echamos una ojeada sobre el siglo VIII, veremos que el Concilio II de Nicea mandó, bajo las

---

[1] Este Indice es muy corto, y no es de extrañar, porque no habiendo aún imprenta, no era tan fácil la propagación de los malos libros.

penas más severas, que los que tuviesen libros favorables á la herejía de los Iconoclastas, los entregasen en la Biblioteca patriarcal de Constantinopla.

La Iglesia, en esos primeros siglos de su existencia, consideró como una parte importante de su misión proscribir los malos libros; y en los Concilios generales, al mismo tiempo que difunde y sostiene la verdadera doctrina, estigmatiza el error, condena al hereje obstinado y anatematiza los libros de que se ha servido para propagarle.

Además de los Concilios, cumple con este mismo deber el Papa, que es á quien pertenece en la Iglesia la autoridad suprema de enseñar y gobernar; cumplen también con este deber los obispos, asociados en su esfera de acción á aquel poder supremo, y, por consiguiente, la Iglesia, prohibiendo tal ó cual libro, obra en virtud de este doble poder.

La prohibición puede extenderse á tres cosas diferentes: á conservar los libros, á leerlos, á propagarlos por copias ó impresión.

En la Edad Media fueron condenados muchos escritos que atacaban ó comprometían la verdadera doctrina; tales fueron los de Juan Scot, Oríjenes de Godescale sobre la predestinación, de Berenguer de Tours, del famoso Abelardo, de Gilberto de la Porea, de Arnoldo de Brescia, de David de Dinam, y de Amauri de Bena, que procuraban dar al panteismo una fisonomía cristiana; así como los libros del Abate Joaquín, que suministraban á

los fanáticos de esta época armas contra la autoridad de la Iglesia.

Digno es de notar, como lo hace el doctor Fessler, que la condenación de estos dos últimos escritores fué consignada en el *Corpus juris*, como si desde entonces surgiera el presentimiento de los males que había de causar el *panteismo* y la negación de la autoridad de la Iglesia.

Las demás condenaciones de esta época recaen sobre libros supersticiosos, como la pretendida carta de Jesucristo, que se suponía caída del cielo; los Penitenciales, anónimos favorables á la relajación; folletos contra las órdenes religiosas, libros de magia, interpretaciones arbitrarias del Apocalipsis, y, por último, poesías obscenas.

Gregorio IX, para que fuera inofensivo el uso de los libros en que la verdad estaba mezclada con el error, dispuso que fuesen corregidos por hombres competentes, y mediante esta corrección pudieran ser tolerados. Ya se comprende que este trabajo era sólo aplicable á libros que tenían mucho más bueno que malo.

El importantísimo descubrimiento de la imprenta en fines de la Edad Media, vino á dar al error una inmensa facilidad para propagarse, y ante él la Iglesia se vió obligada á tomar nuevas medidas. La imprenta, que desde un principio sirvió casi exclusivamente para la reproducción de los libros de Iglesia y de los clásicos, no tardó en po-

nerse al servicio del error, y la Iglesia se vió obligada á ocuparse de este nuevo peligro. [1]

El *protestantismo*, que parece por disposición providencial coincidir con la venida al mundo de Teresa de Jesús, obligó á multiplicar las precauciones y los medios de defensa; era ésta para la Iglesia una cuestión importantísima. La condenación fulminada por Leon X contra los escritos de Lutero, por la famosa Bula *Exurge Domine*, fué renovada por Adrián VI, y los Concilios particulares reprodujeron las mismas prohibiciones en los territorios amenazados por el error. El gran número de malos libros que aparecían todos los días y en todos los puntos, hizo desear que se formaran catálogos que, redactados con cuidado, señalaran los peligros que contenían á los pastores y los fieles. [2]

---

[1] El primer ejemplo de prohibiciones relativas á libros impresos, se encuentra en las Constituciones de Nicolás Franco, Legado de Inocencio VIII en Venecia, el cual prohibió la lectura de *La Monarquía*, de Antonio Roselii, y de la *Tesis* del famoso Pico de la Mirandola, que arrastrado por un interés miserable de vanidad se complacía en amontonar paradojas y sofismas. El Legado ordenó al mismo tiempo que fueran examinados previamente los libros que se hubieran de imprimir. Disposiciones análogas se encuentran en una Constitución de Alejandro VI, de 1501, y en los Decretos del Concilio de Letrán, bajo León X, donde se impone á los delincuentes una doble pena: la excomunión y la multa.

[2] Estos primeros Catálogos fueron publicados: en Flandes, por orden de Carlos V, en 1540; en París, por la Sorbona, en 1542; en Lovaina, por la Universidad, en 1546; en Venecia, por el Nuncio Della Casa, en 1548, y estos diferentes *Index*, formados en puntos particulares y locales, no tardaron en ser refundidos en un Índice general. Tal fué el redactado por orden de Paulo IV, é impreso en Roma en 1547. Este Índice comprende tres categorías de libros, clasificados por orden alfabético. La primera clase comprende los nombres de todos los jefes ó fautores de las últimas herejías. Todos ellos están prohibidos. La segunda, los libros escritos por auto-

El Concilio de Trento tenía que ocuparse de esta cuestión, y de ella se ocupó, en efecto, desde la sesión cuarta, con ocasión del abuso que los protestantes hacían de la Sagrada Escritura; mas como estos decretos se referían casi exclusivamente á la Sagrada Escritura, no fueron bastantes para reprimir el mal, y el Concilio, en la sesión 18.ª, encargó á una comisión, compuesta de dieziocho individuos, la redacción de un *Índice oficial*, la cual, después de un maduro examen, creyó que lo mejor que podría hacerse era reproducir con ciertas modificaciones el *Index* de Paulo IV, en el que se conservaron el orden alfabético y las tres categorías diferentes, y fué así publicado por Bula de Pío IV, de 24 de Marzo de 1564.

Contiene este curioso documento cierto número de reglas, que, sin comprometer la fe y la moral, son bastantes para proteger los intereses de la ciencia; *regulæ indices* que comprende los principios generales, según los cuales pueden distinguirse los libros malos de los buenos, y por medio de los que los pastores y los fieles pueden reconocer si tal libro, que no está en el Índice, debe ó no ser considerado como malo y prohibido. [1]

---

res católicos, pero contrarios á la fe y á las costumbres; y la tercera, los libros anónimos. Esta primera edición no fué puesta en venta hasta 1559, en que apareció la segunda con las adiciones necesarias.

[1] Las reglas son diez, y pueden verse en la obra de que tomamos estos curiosísimos pormenores históricos y comprobantes de la tesis que lleva por epígrafe este número.

El Papa San Pío V convirtió la comisión del Concilio de Trento encargada de la redacción del *Index*, en «Congregación del *Index*,» que tuvo el carácter de permanente desde la organización definitiva de las Congregaciones por Sixto V. Esta Congregación es la encargada de revisar y corregir los Índices publicados ó que se hayan de publicar en las diferentes partes del mundo: someter á un examen profundo los libros sospechosos de la segunda clase, y permitirlos cuando á ello hubiere lugar; examinar los libros nuevos que aparecieran contrarios á la fe y á las costumbres, y, por último, corregir por medio de *Index* expurgatorios los que, aunque buenos en sí mismos, contengan algunos errores.

El número siempre creciente de nuevos libros hizo tan difícil la redacción de estos Índices expurgatorios, que fueron abandonados después de algunas tentativas imperfectas.

La prohibición hecha por el Papa ó por los Obispos de leer tal ó cual libro obliga por el solo hecho de su promulgación.

Hay tres categorías de libros prohibidos: primero, los libros puestos en el Índice; segundo, los libros prohibidos por las reglas del Índice; tercero, los libros recientemente condenados.

El Índice es el catálogo oficial en que el Papa, ejerciendo en su plenitud el poder legislativo y el doctrinal, da á conocer á los fieles los libros con-

denados por él ó por sus predecesores, porque son peligrosos á la fe ó á las buenas costumbres. Ningun católico puede leer los libros puestos en el Índice sin autorización de la Santa Sede, ó de su Obispo. [1]

En la casi imposibilidad de sujetar hoy este punto á una reglamentación determinada, entiende Fessler, y nosotros con él, que lo más oportuno es tomar por norma la instrucción que Pío IX promulgó en 2 de Junio de 1848, y por la que, dulcificando las prescripciones del Concilio de Letrán y la regla décima del Índice, declara: «que la censura eclesiástica recaer debe solamente sobre la Santa Escritura, la teología, la historia de la Iglesia, el Derecho canónico, la teología natural, y, en general, sobre todos los libros de moral ó de religión.

En cuanto á las penas fulminadas contra los que infringen las prescripciones relativas á la censura y á la lectura de los libros prohibidos, han sido diferentemente renovadas por los Sumos Pontífices, y están vigentes en España.

Algunos autores teólogos ó canonistas han creído que la ley del *Index* no era obligatoria ni en Francia ni en Alemania, al menos en cuanto á la ex-

---

1 Entrando la prohibición de libros en las categorías determinadas por las reglas del Índice y por las adiciones hechas por Clemente VIII, Alejandro VII y Benedicto XIV, y habiendo sido esta prohibición renovada por León XII, en 1825, no puede decirse que esté derogada.

comunión, en virtud de una costumbre regularmente establecida; el doctor Fessler parece seguir esta opinión, pero nosotros creemos, con el cardenal Gouset, que es imposible admitir la legitimidad de esta costumbre, y, por consiguiente, los transgresores á ella incurren en las penas eclesiásticas.

¿Qué diremos de la tolerancia actual en materia de impresos que dañan y perjudican de manera tan notoria á la sociedad?

Lamentar su aparición y contrarrestarla con todas nuestras escasas facultades, pero con la inmensa fuerza, ya probada, de nuestra voluntad.

III.

Riesgos para Teresa y engaños de don Alonso.

Horas hay en la pendiente del mal, instantes supremos y decisivos.

Teresa estuvo á punto de perderse, y perderse para siempre; de caer, quizás para no levantarse nunca, para no levantarse más.

¿Qué la contuvo?

La cualidad, la *nota* saliente que antes de ahora hemos acentuado con marcadísima intención.

El amor de sí misma; la estimación, exagerada si queréis, de su propio decoro, de su honor, de su decoro personal.

Estaba en la edad de las ilusiones, de los vivos deseos, de las risueñas y francas esperanzas.

A sus oídos llegaron acentos que lisonjean, que envanecen.

Elogios de su belleza, que el espejo... ¡maldecido espejo! justificó.

Y á un acto de débil complacencia siguieron otros

de desvanecimiento. Y allá á sus solas, Teresa dejó de ser consecuente con sus devociones de niña y adolescente.

Estos son los comienzos de todo mal.

Las frívolas lecturas á que se entregó con pasión, llenaron su cerebro de imágenes fantásticas, de actos de galantería, de heroismo forzado y de mentido valor.

Su imaginación fogosísima llegó á evocar seres de un mérito exagerado.

Y oyó con deleite llamarse hermosa. Y desconociendo las tristes realidades del porvenir, viéndose libre de toda tutela, de toda dirección inmediata, halló disculpas á sus ensueños, sin medir la transcendencia que podían tener.

Su hermana María proyectaba un enlace próximo; sus hermanos, menos Antonio, no se cuidaban más que de prevenirse para la carrera de las armas, y su padre no salía apenas de su aposento.

Aquel hogar, tan tranquilo y recogido antes, se vió de pronto invadido por jóvenes de la misma edad de Teresa, que á la confianza del parentesco unían escasa aprensión y un gran desenfado.

¿Cómo extrañar, pues, lo que la sucedió?

A iguales causas, idénticos efectos; no olvidéis esto, lectoras.

Hubo, á más de lo dicho, un caballero que la historia no nombra, que puso sus ojos en Teresa.

La joven no advirtió en un principio aquella inclinación.

Era amigo de su hermano Rodrigo, y ella le otorgó su amistad y gustó de su trato.

Sobornando á una de sus criadas, el hidalgo logró que llegara á manos de Teresa un billete, una esquela de amor.

Nuestra heroína, en vez de rechazarla ó enseñársela á María, la leyó, y si no contestó á la primera, á la tercera, á la cuarta... aceptó, por fin, ella misma lo confiesa, «pasatiempos de buena conversación.»

Esto fué todo.

Después de esto la Santa añade:

«El interés cegó á la sirvienta, y á mí la *afición.*»

Es decir, la inclinación que traspasa la línea de la simpatía y se aproxima al amor.

¡*Afición* peligrosísima, riesgo inminente para ella, y que á tantas hace caer en el pecado!

Que el artífice se equivoque; que el filósofo se engañe; que el estadista se ofusque; que el político se alucine y tome por bueno lo que es malo, nada de esto produce tan terribles perturbaciones y consecuencias tan desastrosas como las que causan las ilusiones.

No diremos por esto que Teresa se las hiciese hasta el extremo que tantas otras se las hacen; pero

se las hizo, y nos lo revela ella misma con su natural llaneza y reiterada ingenuidad.

Dios, que se complacía en colmarla con sus gracias, en adornarla con su gloria, que sostuvo sus vacilantes pasos en el camino de la virtud, Dios es olvidado, siquiera momentáneamente, por Teresa.

El ángel de su guarda llora amargamente.

No se separa de ella, pero ¡ay! no la reconoce.

También el ángel se olvida, y entonces, extendiendo sus alas de blanca pluma, se aleja.—¿A dónde váis?—exclama un escritor célebre.—¿A dónde os dirigís, ángel fiel? ¿Váis á la montaña á llorar por la inocencia y la pérdida de esa alma tan querida antes? ¿O váis al cielo á romper la corona inmortal que debía ser un día su eterna recompensa?

¡Oh! esto último no sucederá.

¡Pobre alma! ¡Cuán grande es tu infortunio, cuántas tus desgracias! ¡Tú, que debías bendecir para siempre á tu Creador en la asamblea de los ángeles; tú, que debías contemplar por toda una eternidad á la belleza, siempre antigua y siempre nueva!...

Pero ¡ah! no acertaste á reprimir tus pasiones, á resistir las *malas amistades* y las *lecturas ligeras*, y éllas te han venido á colocar al borde del abismo.

¿Por qué seguir martirizando á nuestros lectores por largo tiempo?...

Sin embargo, este asunto merece alguna atención, y no podemos menos de consagrársela, ya que para ello se nos ofrece ocasión.

Leed con atención.

El alma que llega á caer en el pecado, pierde su inocencia y el mérito de sus buenas obras.

«Todas nuestras obras,—dicen los libros santos, —se escriben en el libro de la vida, y con arreglo á ellas seremos juzgados. Colocadas en la balanza de la justicia divina, ellas serán ó nuestra recompensa ó nuestra condenación.»

—No me acordaré,—dice el Señor,—de las obras que el justo haya hecho, si llega un día á abandonarme.

Para haceros pensar un instante en tan terrible verdad, supongamos un alma que ha conservado por mucho, por muchísimo tiempo, la belleza de su inocencia.

Para no marchitarla, ha ejercido una continua vigilancia sobre sí misma.

Ha hecho pacto con sus ojos á fin de evitar los malos pensamientos; su boca no ha proferido mentira ni blasfemia, y su oído nunca se ha prestado á escuchar discursos vanos ni seducciones engañosas.

Ha practicado la virtud de la abnegación impuesta por el Evangelio; la caridad y la paciencia han hecho sus delicias; jamás el pobre llamó en vano á su puerta, y se ha complaçido en enjugar las lágrimas que el infortunio, en sus infinitas manifestaciones, hace verter.

Ha amontonado riquezas espirituales sobre riquezas espirituales, tesoros de gracia...

Pues ésta, así pintada, era el alma de Teresa, sin exageración y ditirambos.

Vedla ahora:

¿Qué la queda de tantos sacrificios y heróicas virtudes?

¡Ah! Tiene aún apariencias de vida; pero en realidad está próxima á la muerte.

¿Sucumbirá? preguntamos por segunda vez.

¿Morirá?

¡Oh! si contemplamos á un moribundo, se hiela la sangre en nuestras venas.

No cabe ver sin espanto aquel rostro pálido y desfigurado; las mejillas que se hunden, los labios que palidecen, los ojos que se extinguen y la nube espesa que comienza á cubrirlos con el sueño eterno; todo el cuerpo se estremece, y el alma, unida á él con lazos tan íntimos, tan fuertes, lucha con violencia contra la muerte, que los quiere separar.

Tal es el estado á que Teresa llega.

¿Se precipitará en el hondo abismo del pecado mortal?

Fieles historiadores de Teresa, apresurémonos á asegurar que no.

Estuvo expuesta, sí; se halló en las ansias y la agonía del que está próximo á la muerte del pecado; pecó, como ella dice, pero no pecó mortalmente.

Pero ¡ah! si no llegó á caer, tenedlo en cuenta, fué por los antecedentes que de su existencia pasada dejamos consignados.

¿Tenemos nosotros un caudal de merecimientos igual ni aproximado al que Teresa tenía?

¿Podemos esperar, como ella, de parte del Señor, el favor de tendernos á tiempo su mano poderosa para evitarlo?

Pensaba Teresa, ya lo hemos visto, en el universo, y el universo la hablaba de Dios.

Miraba al cielo, y su pensamiento volaba á seguida hacia las regiones que Dios promete á sus elegidos.

La virtud tenía para ella hermosos atractivos, y los sacrificios más penosos eran en ella la expresión de su más perfecta obediencia.

La oración era el alimento de su alma, y la piedad la salvaguardia de su corazón.

Al presente, todo ha cambiado; mira estremecida los bordes del abismo, y aún tiene valor para retroceder ante su inmensa profundidad.

Conservó en parte su virtud en medio de los escollos más temibles, y supo encadenar sus pasiones...

—¿Nos sucederá esto á nosotros?

Sondeemos nuestra conciencia antes de contestar á esta pregunta.

Llegáos al Paraíso, dice San Juan Crisóstomo.

—Adam,—habló el Señor al primer hombre,—¿dónde estás? ¿Por qué temes? ¿Por qué ese espanto?

—Es,—respondió él,—que he oído la voz de Dios.

Pero esa voz, pregunta á su vez el santo, ¿no es la de nuestro Criador? ¿No estábais acostumbrado á oirla todos los días? ¿Qué tiene hoy de sorprendente para tí?

Y añade:

¡Ah! ¡Su voz es bien distinta! Vuestro Dios ha hecho resonar una voz terrible entre los árboles del Paraíso. ¿Es un grito de ira? ¿Es un grito de venganza? No; es aún una voz dulce y amiga.

—Adán, ¿dónde estás?—le dice.

Y, sin embargo, el primer hombre, el hombre del Paraíso tiembla, huye, se oculta.

¿Qué había en el fondo de su corazón? ¿Qué es lo que había?... La conciencia de su pecado... Él sabía que su corazón no estaba puro, que sus manos no eran inocentes. Sentía poderoso y terrible ese aguijón que no deja reposar ni de día ni de noche; sabía que era culpable por no haber resistido á la voz seductora del tentador, y veía ya en lontananza ese océano de desgracias que iban á caer sobre él y sobre toda su desgraciada posteridad.

¿Os pasaría á vosotros lo que á Adán si oyéseis la voz de Dios?

Si así fuese, apresuráos á escuchar el grito de vuestra conciencia.

Busquemos en la historia ejemplos que vengan á recordarnos el gran poder de la conciencia cuando aún escuchamos su voz.

Ved á David, culpable de homicidio y adulterio. ¡Oh! no es ya aquel rey poderoso y querido del Señor, sino un infortunado que se revuelca con angustia en la habitación más retirada de su palacio. Insensible á todo: á la gloria, á los honores, á los triunfos, á los laureles, cree siempre ver humear la sangre de Urías que le echa en cara su crimen.

El placer pasa, pero el sentimiento queda.

Pecar, es sólo un instante; haber pecado, es un dolor eterno; el placer sólo dura el momento del pecado; el suplicio dura tanto como los remordimientos, y los remordimientos no se extinguen sino con el perdón y la gracia.

No son necesarios ni demonios, ni condenados, ni torturas, para tener en este mundo el infierno del pecador.

Testigo Herodes, que veía en Jesucristo á Juan Bautista sacrificado por el placer de un instante; testigo aquel joven libertino que creía siempre ver á un niño, á quien había corrompido, y que murió súbitamente; testigo Teodorico, rey de los visigodos, que suponía ver en la cabeza de un pescado servido á su mesa la cabeza de Simaco, á quien injustamente había hecho perecer; testigo, en fin, aquel emperador romano que, manchado con la sangre de su hermano, se imaginaba siempre verle á su lado con una copa llena de sangre, diciéndole:

—Bebe la sangre de tu hermano.

«La inocencia y la paz son inseparables,» dice la Escritura.

Para tener paz, es necesario tener justicia.

¿Qué hacer? me preguntaréis después de esto, si por acaso no escucháseis ya el grito de vuestra conciencia.

¡Ah! el que llega á ser esclavo del pecado mortal, no experimenta la necesidad de la salvación.

La *salvación*, objeto de tantos cuidados, la única meditación de las almas cristianas, no le conmueve.

Camina de error en error, de ilusión en ilusión, como el insecto que revolotea sin cesar de llama en llama, hasta que encuentra en los atractivos de una luz engañadora el principio de su peligro, de su riesgo, y al fin su muerte.

¿Le hablaréis, por acaso, del cielo y de sus inefables delicias?

¿Le diréis que los ojos del hombre jamás han visto, ni sus oídos escuchado, ni su corazón comprendido la inmensa, la santa, la buena felicidad que prepara Dios á los que le aman?

Él no lo ignora, se le ha repetido y se le repite mil y mil veces, y á pesar de esos gritos, mil veces repetidos, continúa aprisionado en las vergonzosas cadenas del pecado mortal.

¿Le daréis, con un santo doctor, el consejo de descender con su pensamiento al infierno durante

su vida, para huir de verse precipitado en él después de su muerte?... ¡Vanos terrores!

La idea de la separación de Dios, de las eternas llamas encendidas por su justicia, de los lloros y del rechinar de dientes, arrancados por la desesperación, del peso infinito de esa eternidad que debe pesar sin término sobre el culpable, no alarma ni espanta á su alma.

No la cree; se ríe, se burla de ella.

—Paparruchas, patrañas,—exclama.

¡Oh! desdichado, le diremos nosotros:

—¿Qué has hecho de aquella delicada conciencia que te hacía temer el menor pecado y temblar al solo pensamiento de cometerle? ¿Qué de aquellos piadosos pensamientos, inefables delicias de tu corazón? ¿Dónde están ahora aquellos deseos de ganar el cielo, donde reina el Dios que bendice y perdona? ¿Dónde aquellas comunicaciones íntimas con Dios, y aquellas asiduas preparaciones á la oración? ¿Dónde aquellas aspiraciones, aquel divino amor vertido en el corazón de Jesucristo, dicha de los santos y alegría de las almas puras?

¡Ah! ¡Todo ha desaparecido, nada queda de esos recuerdos tan dulces y conmovedores!

Ese es el abismo en que el pecado mortal sumerge al fin al alma que tiraniza.

Don Alonso Sánchez de Cepeda no había podido reconciliar el sueño.

Desasosegado, inquieto en su lecho, prefirió vestirse á permanecer acostado.

Era verano.

No quiso encender luz, iluminada como estaba su alcoba por la luna, cuyos rayos penetraban por la ventana entreabierta que daba al huertecillo de las ermititas que ya conocemos.

Aquel huerto, testigo de tantas infantiles devociones de sus hijos, de que doña Beatriz, su inolvidable esposa, tanto gustaba.

El padre de Teresa se vistió ligeramente; hacía calor. Salió al aposento, se sentó en un sillón y evocó, como de continuo, la imagen querida del ser amado.

Aquella idolatría era más que disculpable en el cristiano; estaba justificada, era legítima.

Amar á quien nos hizo dichosos... ¿qué tiene de extraño?

Y don Alonso lo había sido con doña Beatriz Dávila y Ahumada; y la parca había venido á romper bruscamente aquella existencia.

Ella desde el cielo le miraba; don Alonso desde la tierra la contemplaba.

Diríase que en aquel momento solemne de silencio, de quietud, las almas de los esposos, separadas, volvieron á unirse como cuando en la virtud y el bien se identificaban.

Y se comunicaron de nuevo en un éxtasis deliciosísimo y venturoso.

Estas ilusiones no son patrañas.

Son algo que nadie se explica, pero por lo que casi todo el mundo pasa; y pasa tanto más, cuanto mayor es el empeño que en disfrutar de ellas se pone en determinadas circunstancias.

María, la hija del primer matrimonio de don Alonso, no había aún contraído su proyectado enlace con don Luis, ó don Martín Guzmán de Barrientos, hacendado de Castellanos de la Cañada; pero la boda debía efectuarse en breve.

Por una coincidencia que no debe extrañarnos, María tampoco pudo aquella noche pegar los ojos.

El calor se dejaba sentir de una manera tan molesta, que acaso esto contribuyó á que los dos permaneciesen desvelados.

María no se levantó, pero tampoco se había cuidado al acostarse de cerrar las maderas de la ventana de su cuarto.

A las altas horas de la noche, el más pequeño ruido se percibe, se siente con facilidad.

El que sacó de sus ensueños á don Alonso é hizo que María se incorporase en su cama, no fué ruido que pudiera pasar desapercibido.

Fué un agudo, un prolongado silbido.

—¡Qué es esto!—exclamó el noble castellano.

—¡Dios mío!—murmuró temblorosa María.

Pasaron algunos minutos.

Nada se oía ni fuera ni dentro de la casa.

—¡Algún gracioso!

—¡Algún libertino!

De repente, los desvelados sintieron algo extraño que llamó poderosamente su atención.

Una puerta del interior de la casa, que debía permanecer cerrada, se había abierto.

Por la escalera que se bajaba al jardín descendía alguien que, á pesar de haber tenido la precaución de descalzarse, como la escalera era de madera, se sentía el crujir de sus pisadas.

No cabía dudar.

Don Alonso se alzó del sillón y oyó distintamente que al huertecillo salía alguien.

Corrió á la ventana.

No se había engañado; una sombra negra atravesaba la calle central del huertecillo y se dirigía á la puertecilla por donde se fugaron los niños cuando su huída á que «los descabezasen.»

—¿Quién á tales horas se permite?...—se preguntó, oprimiendo los puños de coraje.

Y corrió á tomar su espada.

María, que sintió también los pasos de la persona que descendía por la escalera, se echó un abrigo, y valerosa y resuelta salió al corredor.

Al abrir la puerta de salida al jardín, el resplandor de la luna iluminó la escalera.

La realidad se imponía.

Alguien se proponía salir de casa furtivamente, ó alguno, de acuerdo con persona de dentro, esperaba que le abriesen.

¿Con qué fin?

No podía ser con ninguno disculpable, con ninguno bueno.

Lo que á seguida pasó, lo fué con mayor rapidez que nosotros tenemos que tardar para contarlo.

El ó la que cruzó el paseo central del huerto, llegó á la puertecilla de salida y la abrió.

Un caballero, embozado en su capotillo, á pesar del calor que hacía, apareció de la parte de afuera y exclamó:

—Creía que ya no venías... Bien me has hecho esperar después de hecha la seña convenida.

Por bajo que el de la parte de fuera quiso hablar, el eco de su voz llegó á la hermana de Teresa, que, avanzando hacia el sitio en que estaban, produjo ruido moviendo las hojas de los arbustos y rosales del huerto, y les asustó.

Ninguno de los dos esperaba aquella sorpresa.

El ó la de dentro cerró con violencia la puerta, diciendo:

—Idos.

Y el que había silbado, al encontrarse burlado y por temor de ser reconocido, huyó.

. . . . . .

Don Alonso, temeroso de cometer una imprudencia, se contuvo y escuchó algunos instantes, mientras se desarrolló en el huertecillo la escena que dejamos bosquejada.

Pero como sintiera ya distintamente ruido de abrir y de cerrar puertas, encendió una luz y salió al descansillo superior de la escalera.

La persona á quien halló, que subía del piso bajo de la casa, era su hija María, sola, á oscuras.

—¿Qué es esto, María?—exclamó.—¿De dónde vienes? ¿Á dónde has ido á tales horas y sin luz?

La virtuosa doncella, á pesar de un esfuerzo supremo sobre sí misma, como no esperaba encontrar á su padre, quedó suspensa.

¿Qué contestar?

¿Qué decir?

¿Qué hacer?

¡Todo la condenaba! ¡Todo la hacía parecer culpable!

Don Alonso, que tenía de su hija la más alta idea, el concepto que merecía, al quedar sin respuesta no supo tampoco volver á preguntar á María ni qué hacer.

Después de reflexionar, el caballero encontró preferible evitar mayor alarma.

Y con tono severo, que indicaba á las claras su enojo, dijo á María:

—No es esta hora propia de salidas ni de entradas... Idos á vuestro aposento... Evitemos que nadie se aperciba... y mañana explicaréis, como hija sumisa y honrada, á vuestro padre lo sucedido.

Don Alonso tornó á su cuarto, y María volvió al suyo, menos trastornada aún por el encuentro con su padre y lo que éste le había dicho, que por lo que en el huertecillo había pasado.

IV.

Por obra de María.

ENVUELTAS en un mar de dudas y de congojas halló el nuevo día á tres personas en la casa de Teresa.

A don Alonso, su padre; á María, su hermana, y á la que, sorprendida en el huertecillo por esta última, esperaba y temía ser objeto de los más duros reproches.

En materias de seducción, el hombre ha sido y será siempre poco escrupuloso.

Aun los incapaces de una acción fea alardean de las que en este terreno son capaces de hacer.

¡Ah! si las mujeres se persuadieran de esto, no habría tantas víctimas de odiosas intrigas ni tan amargas decepciones y funestos desengaños.

El hidalgo que había osado dirigir á la heroína principal de esta obra billetes que élla, en vez de rechazar, recibió y leyó con deleite, recompensó con largueza estos primeros servicios, y su gene-

rosa esplendidez le allanó el camino para discurrir otros mayores.

María, que siendo la hija mayor, á doña Beatriz había reemplazado, se condujo cual celosísima guardadora de aquel hogar noble y honrado; pero si en su exquisita vigilancia pudo impedir el curso de una intriga inicua y vergonzosa, no la fué posible apreciar por el momento toda su gravedad é importancia.

Deseaba y temía sondear aquel misterio, y vino á centuplicar sus dudas y sus recelos la obligación en que estaba, como buena, de tranquilizar á su padre.

—¿Qué le diré?—preguntaba.

Don Alonso, por fortuna para ella, se quedó traspuesto al amanecer de aquel día, y tardó algo en despertar á causa del desvelo pasado.

Un golpe tenue, dado por la parte exterior en la puerta del aposento de la joven, cortó el hilo de sus reflexiones y agitados pensamientos.

Acudió presurosa á la puerta, y abrió sin vacilación alguna al que con tal sigilo y cautela llamaba.

Una mujer con el traje en desorden, el cabello mal recogido, pálida y temblorosa, penetró en el cuarto de María y se arrojó á sus plantas.

—¡Perdón, señora!... ¡Perdón y gracia!...—exclamó.

La altiva y noble hija de Sánchez de Cepeda

miró con desprecio é indignación á aquella mujer.

Era la misma á quien había sorprendido en el huerto la noche anterior.

Antigua servidora de sus padres, de quienes había recibido grandes mercedes.

—Alza,—la dijo.—Y dílo todo, todo; no me ocultes nada.

—¿A ese precio me perdonará su mercé?

—No anticipo sobre ese punto palabra alguna...

—¡Oh! no me alzaré del suelo, señora, sin conseguir de vos...

—Veré... Habla;—contestó María para poner término á aquella enojosa situación.

La recién llegada se alzó y cerró la puerta por dentro pasando el cerrojo.

—¿Por qué cierras?

—Tengo cosas gravísimas que revelaros.

—Dí presto.

—Mi pecado es grande, señora,—prosiguió la desmelenada mujer, entrada en años, con visible emoción;—he sido una ingrata, una pérfida, una miserable, y me arrepiento.

—Explícate,—la interrumpió María alarmada.

—Sin vos, señora, anoche sucede en esta casa una gran catástrofe, una gran desgracia.

—No adivino... tu lenguaje... tu actitud...

—¡Oh! He sido engañada, seducida, tentada por los malos...

—¿Quién era el que dió un silbido penetrante en la calle? ¿Quién al que abriste la puerta del huer-

to y á quien yo oí hablar sin entender lo que decía?

—Os debo la verdad, señora... Un malvado, un ladrón.

—¡Ladrón!—exclamó sin poderse contener la hija de don Alonso.

—Sí; ladrón de los más viles, de los más miserables... Ladrón de honras...

—¿Y quién había de ser la víctima de tan inicua intriga?—se apresuró á preguntar María, temiendo adivinar lo que la sirvienta la dijese.

—Vuestra hermana más querida, señora.

—¡Teresa!...—gritó María haciendo ademán de castigar á la criada.

—Teresa... sí...—prosiguió ésta.—Pegadme, si quereis, señora; lo merezco.

—¿Y ella sabía?...—añadió María rehaciéndose.

La sirvienta no contestó. Doblemente criminal, su silencio era una impostura, el recurso ideado para obligar á María á perdonarla.

La astucia de esta mujer era igual á su codicia é ingratitud.

Falta de criterio, no conociéndose ni mirándose al espejo, había dado oídos á promesas de un criado del enamorado de Teresa y creído en un matrimonio, cuando ya no podía ni debía pensar en semejante cosa.

A ciertas edades, en la mujer, la esperanza de unas bodas las trastorna.

—¿De suerte?...—murmuró María.

—Que aquel hombre debía ocultarse en el jardín; llamar yo á la hermana de su mercé con cualquier pretexto, y...

—¡Oh! no prosigas, ingrata, no prosigas. ¡Una cita amorosa!

—Eso...

—¿Mi hermana conoce á ese hombre?—preguntó la joven.

—Doña Teresa ha recibido cartas.

—¡Cartas!...

—Sí...

—¿Que tú le has dado?

—Perdón, repito, señora...

—¿Y ese hombre?...

—Acabo de saber...—prosiguió la sirvienta, dispuesta á valerse de una nueva impostura para aplacar las justas iras de sus amos.

—¿Qué?

—Que no venía solo... Que traía consigo criados ó amigos dispuestos para...

—Concluye...

—¿Me autoriza su mercé para decir cuanto sé ahora y antes ignoraba?

—Dí.

—Dispuestos para cometer un crimen.

—¡Dios mio!... ¡Calla!... ¡calla!... ¡Cielos santos! No quiero saber nada...

—Los que con él venían parece que...

Dos fuertes aldabonazos dados á la puerta exte-

rior de la casa cortaron bruscamente la palabra á la sirvienta.

Don Alonso dió un salto en el sillón sobre el cual dormitaba, y cuantos en la casa permanecían acostados se incorporaron en sus lechos.

—El alcalde,—dijeron desde la calle.—Abran al alcalde.

Aquella intimación, hecha en una casa como la de Sánchez de Cepeda, era un suceso inusitado.

El caballero, que se preciaba de ciudadano sumiso á la ley, por lo mismo que era y valía, al contrario de lo que suele suceder hoy, que los que debieran dar tal ejemplo son los que la conculcan con más cinismo y mayor descaro, y lo que ellos hacen en este punto ha transcendido al pueblo, se apresuró á ordenar á los criados que abriesen, y él mismo salió en persona á recibir al magistrado de la ciudad.

—¿Qué se os ofrece?—le preguntó, descubriéndose ambos con ceremoniosa cortesía.

—Deseo hablar con vos, don Alonso,—le respondió el de la larga vara.

—Cuando gustéis; mi casa es vuestra.

—Gracias.

Dirigiéndose el alcalde á los que venían con él, les dijo entonces:

—Mientras yo permanezca con tan noble caballero, ninguno se mueva, ni se permita á nadie de dentro la salida de esta casa, ni á ninguno de fuera que penetre en ella... Estoy á vuestras ór-

denes,—añadió contestando al padre de Teresa.

—¿Sospecháis de mí, señor alcalde?—exclamó el noble castellano con aire de impaciencia.

—De vos, no... De alguien que tenéis á vuestro servicio, acaso... Á eso vengo, bien á pesar mío; á molestaros tan de mañana y con tal aparato, á lo que me fuerza la necesidad de cumplir con mi deber, seguro de que cuando conozcáis el negocio que me trae sabréis excusarme.

Aquella revelación, oída por la sirvienta que había salido al ruido y en pos de su ama del cuarto de María, hizo que la pérfida, aterrada y desvanecida, no pudiera sostenerse.

El desmayo de aquella mujer llamó vivamente la atención de don Alonso, é hizo sonreir al alcalde con aire de triunfo.

Lo que sospechaba debía ser cierto.

—¿Cómo es ello?...—preguntó á María.—Esa mujer se ha trastornado...

El alcalde exclamó:

—Vamos pronto á vuestro cuarto.

Y ambos se dirigieron al despacho que conocemos, encerrándose en él con grandes precauciones para no ser oídos.

¿Qué pasó en la cámara de don Alonso?

Lo diremos luego.

Entre tanto que el magistrado popular conversaba con Sánchez de Cepeda, María arrastró á su ha-

bitación á la sirvienta, y luego que volvió en sí la dijo:

—No me ocultes nada, te ordené antes, y ahora te lo exijo. Lo que no has concluído de contar debe ser espantoso, debe ser horrible. ¡La justicia en esta casa! ¿Qué has hecho? Acaba.

—¡Oh, señora! Salvadme, y todo os lo diré, todo.

—Tu crimen es grande, y aún no lo adivino. ¿De qué se trataba?

—De un rapto, señora.

—¿De quién?... ¡Ah! no lo digas, lo adivino... ¡De Teresa! ¡de mi hermana!... ¿Y tú lo sabías? ¡Oh! es indudable que se sospecha de tí... La venida del alcalde...

—Me temo, señora, que me compliquen sin merecerlo... Soy inocente: os lo aseguro... Me han engañado...—y la pérfida se retorcía los brazos demostrando que mentía y la conciencia la acusaba.—Alguno que me quiere mal...—prosiguió diciendo con espanto creciente;—sin vos preveo el tormento... la muerte quizás.

—De suerte que la venida del alcalde supones que sea...

—De seguro vienen en mi busca, vienen á prenderme.

—¿Qué hacer?

—¡Oh! evíteme, señora, el bochorno de verme conducida á la cárcel.

María dió crédito á la sirvienta, ó se compadeció de ella; reflexionó por algunos momentos.

—Espera aquí á que yo vuelva.

Y salió de la estancia.

María se encaminó al aposento de su padre.

—¿Se puede entrar?—preguntó desde fuera.

—Es mi hija María...—exclamó don Alonso.—¡Oh! su venida... Con vuestro permiso,—añadió.

Y abrió la puerta.

—Pasa,—continuó, dirigiéndose á la joven, y volvió á cerrar la puerta.

—Padre y señor, si me dáis vuestro permiso...

—Habla por compasión... ¿Tú no eres culpable?

—¿Habéis dudado de mí, padre, un solo momento?

—¡Oh! no... dudar de tí... pero tú venías del huerto.

—Es verdad.

—Sola y á oscuras...

—También es cierto.

—Explica lo ocurrido, que por mi parte nada he podido decir al señor alcalde.

—Pues yo lo sé todo.

—¡Todo!—exclamó el magistrado.

María había tomado su partido.

El que más cuadraba á los nobles sentimientos, á la hidalguía cristiana de su corazón.

Salvar á la sirvienta; tranquilizar á su padre; aconsejar á Teresa; esto había resuelto.

Se hallaba, pues, en la primera parte de tan nobilísimos propósitos.

¿Cómo la desempeñó?...
Admirablemente.

La noche anterior la ronda había sorprendido á varios de los criados del galán que en malhora había Teresa escuchado.

No pudiendo escapar, se les registró, y les hallaron cuerdas, una escala, una mordaza.

—¡Ah! pillos, ladrones;—exclamó el jefe de la ronda nocturna de la ciudad, y los condujo á la cárcel.

Ante el temor del castigo, ó el castigo mismo, que éste es á veces necesario, alguno *cantó*, como se dice en lenguaje curialesco.

Y dijo que una de las sirvientas de don Alonso estaba sobornada y era cómplice en un odiosísimo plan: en el de robar á una de sus amas.

Y aquí tenéis sencillamente explicado un suceso que no por mero capricho hemos referido, sino para comprobar el riesgo de las jóvenes por los malos criados á quienes cabe de uno ú otro modo sobornar y suelen asociarse á un plan de seducción, por funesto que sea y descabellado.

Teresa nos dice que fué víctima de malas sirvientas, y lo que aquí ponemos lo confirma.

¿Es inverosímil lo ocurrido anoche en casa de don Alonso?... ¡Ah! á no ser por obra de María, ¿qué habría sido de Teresa?

El alcalde venía á golpe seguro, sin sospechar en manera alguna del dueño de la casa ni de sus hijos.

Sólo de la mala, de la traidora y pérfida sirvienta á quien la piedad de María iba á salvar.

María expuso con llaneza lo que sabía, confirmando los datos adquiridos por la autoridad.

—En una sola cosa, señor, os han informado mal;—añadió.

—No me negaréis, señora,—la interrumpió el alcalde,—que la puerta se abrió por alguien de dentro.

—Así es la verdad.

—Pues entonces...

—Cabe lo que decís, sin tanta responsabilidad para una pobre ilusa.

—¿Ella ignoraba?...

—Así lo creo.

—¿Os lo ha dicho?

—Me lo ha asegurado.

—¿Es la desmayada?

—La misma.

—¿Respondéis de su inocencia?

—Doy crédito á sus palabras... Creía que se trataba...

El alcalde frunció el entrecejo.

—¡Oh! ¡esa!... ¡esa!... A quien mi mujer, que en gloria esté, distinguía tanto...—murmuró don Alonso anonadado.

—Ella ignoraba los proyectos de los sorprendidos; creía que se trataba de un nuevo billete, de una serenata.

—¿Lo creéis así?

—Os lo aseguro... Ha estado en mi aposento, y todo me lo ha confesado arrepentida y llorosa.

María, juntando las manos, exclamó:

—No la apreséis; dejádnosla.

—¿Y Teresa?—preguntó Sánchez de Cepeda con vacilación.

Hasta entonces no se había atrevido á hacer aquella pregunta á su hija María.

—¡Ah, padre mío! Teresa, estoy segura que no sabe nada, ni conviene que se entere... Ha dado oídos á ciertas amistades, hecho caso de malas lecturas, y...

—Pero...—murmuró don Alonso reflexionando sobre lo ocurrido la noche anterior;—yo oí un silbido...

—El que yo percibí,—le interrumpió María;—y como era á las inmediaciones de casa, me sobrecogí... Escuché... Sentí pasos en el tránsito; luego bajar la escalera, y salí de mi cuarto...

—¡Oh! yo pensé hacer lo mismo, pero me contuve.

—Al notar que abrían la puerta,—continuó María,—que da á la huerta, no vacilé ya en seguir á la que salió, y... Al sentirme el de fuera, escapó, y la de dentro cerró la puerta que debía dar paso á los que conceptuaba incapaces de una infame acción.

—Ahora lo comprendo todo,—dijo el alcalde.—El castigo será tremendo para los malvados. Y

ahora, señor, perdonad si os pido permiso para retirarme...

—¿Sin la sirvienta?

—Como lo deseáis.

—Gracias, gracias,—exclamó María.

Y el magistrado, tomando nota del nombre de la criada, por si acaso, salió de la casa acompañándole hasta el zaguán don Alonso y dándose en él repetidas veces la mano con muestras de antiguo conocimiento y de respetuoso afecto.

Hecho público que sirvió de vindicación á la ida de la justicia á casa del padre de Teresa, á cuantos de tal suceso estaban asombrados.

María corrió á noticiar á la antigua sirvienta lo que había hecho por ella.

Digamos lo que la joven hizo después para completar su obra.

V.

Teresa salvada.

No era bastante lo ejecutado por María; necesitaba hacer algo más.

Don Alonso no podía estar tranquilo, mientras la pérfida que tan mal había pagado beneficios recibidos permaneciera en su casa.

La joven volvió al despacho de su padre, que al verla la dijo:

—¿Dónde está esa mujer? Quiero...

—¡Oh! señor, sed generoso.

—Imposible.

—Dejadme terminar mi obra.

—¿Qué te propones?

—Que ahora, dentro de un momento, esa desdichada salga para su pueblo.

—¿Sólo eso?...

—Con orden de no volver más á Avila, bajo pena de entregarla á la justicia.

—¿Ella sabía, acaso?...

—Dadme, señor, palabra de...

—¡Oh! ¿qué quieres decir?

—Que el peligro corrido ha sido inmenso, ha sido grandísimo.

—¿Tú sabes?...

—Yo sé que mi boda es imposible.

—¿Cómo?

—¡Oh! sí; yo no puedo dejaros, padre mío; yo no puedo abandonar esta casa en que la falta de vuestra esposa, de... mi madre... sólo por mí puede ser reemplazada.

—Explícate.

—Teresa no es, señor, la que era.

—¿Qué dices?

—Hemos dormido todos; vos y yo principalmente.

—¡Dormido!

—Amistades y lecturas han dañado á ese ángel.

—¡Amistades!... ¡Lecturas!

María refirió á su padre cuanto sabía, y lo que, ciega antes de lo ocurrido la noche anterior, no había creído peligroso y grave, pero lo que, dado su talento, supo medir en un momento.

—¿Serás capaz de sacrificar tu dicha? ¡Ah! no, no; eso no puede suceder,—dijo don Alonso, y reflexionó por algunos instantes.—Ve á que esa mujer salga de casa sin que yo la vea, y vuelve, que tengo que hablarte.

María dispuso el viaje de la mala sirvienta para su pueblo, que estaba cerca, y como lo sucedido

había ocurrido muy de mañana, el resto de la familia apenas si pudo apercibirse de ello, ó al menos sospechar lo que significaba.

La favorecida y perdonada por intervención de la joven virtuosísima, sin la cual los sucesos habrían tomado un giro muy diverso, acogió con júbilo la orden, si bien calculando lo que perdía con la expulsión de aquel hogar que había estado á punto de comprometer; y algunas horas después, antes de mediar el día, salía acompañada de un criado para no volver más á la ciudad.

Así salen de las buenas casas los malos criados.

Y entonces les importaban tales cosas mucho, cuando ahora no les importan nada; que tambien en esto hemos cambiado y perdido, no siendo lo que eran las relaciones de los amos y los sirvientes; relaciones relajadas con daño de las costumbres, y de cuyo mal debemos lamentarnos.

María lo previno todo, y nadie sospechó el motivo de la marcha de la sobornada.

En cuanto al seductor sin escrúpulos, que diciendo querer á Teresa, embustero como tantos otros, acaso pensó en robarla y en perderla, que esto no está depurado, seguro de su candidez y su inocencia, que en tan poco demostró estimar, al saber la detención de sus cómplices huyó de Avila y nadie volvió á saber de él.

Había procedido con iniquidad suma y con engaño; era un falsario, como tantos otros, capaz de

una villanía en materias de galantería, como si ésta lo disculpase todo.

¡Ah! no en pocas cosas debe dar el hombre pruebas de más nobleza y caballerosidad, que cuando de amores se trata.

Conducirse como el vil raptor de Teresa se condujo, es ser, lo diremos sin ambajes, un miserable, un bandido, indigno de toda disculpa.

La edad no justifica bribonadas como algunos sostienen: la edad no autoriza al hombre para un mal comportamiento.

Respetad á la mujer, pensando siquiera en vuestras hermanas, en vuestras madres; respetad á la mujer, si quereis no sufrir acaso la pena del Talión, que en este terreno cuesta muy cara.

María volvió al cuarto en que la esperaba don Alonso, é insistió en que aplazaría sus bodas.

El viudo despertó aquel día del letargo en que le había sumido su desgracia, y comprendió que no era, como hasta entonces había procedido, como mejor honraba la memoria de doña Beatriz.

—Seré otro,—dijo al fin.—Me cuidaré de mis hijos, y tú te casarás, según está pactado.

En aquella conferencia de padre é hija quedaron acordadas dos cosas definitivamente y á un plazo brevísimo:

El casamiento de María, y la entrada en un colegio de Teresa.

El amor fraternal de la joven hizo al padre com-

prender lo que su hija valía, y la abrazó con efusión.

—¡Perdona, perdóname, María!—la dijo con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué he de perdonaros, padre?

—La ofensa que anoche te hice.

—No la estimé por tal, sino por amor la tuve.

Y volvieron á estrecharse hija y padre entre sus brazos.

Después de una breve pausa, don Alonso continuó hablando.

—Ahora falta convencer á Teresa.

—De que así sea, si para ello me autorizáis, yo me encargo.

—¡Ah! con sumo gusto. ¿Quién como tú puede hacer este milagro?

—Dios me ayudará, como anoche me ayudó para salvar á mi hermana.

—Has dicho bien; tú, tú sola la salvaste; completa tu obra.

—Sin conseguirlo, no me caso.

¡Qué hermosísima fraternidad.

¡Qué conducta tan edificante la de María!

No en vano la elogia la Santa, diciéndonos lo que era, lo que valía y dejamos consignado.

Don Alonso salió aquel día á la mesa y conversó con sus hijos con mayor expansión; como si no hubiese pasado cosa alguna.

—El alcalde vino equivocado,—exclamó en un instante oportuno.—Creyó hallar aquí á una criminal.

Teresa palideció sin poderlo evitar.

La salida repentina de la sirvienta de los recados y las cartas la tenía inquieta.

—¿Habrán sabido?...—pensaba.

¿Es que conocía lo del rapto?

Apresurémonos á desvanecer esta sospecha, si por acaso alguno de nuestros lectores la abrigara, que no lo creemos.

Era vana, superficial, ligera, confiada.

Quería al aparente caballero, en quien, como noble que era, no sospechó perfidia, ni engaño, ni doblez.

Antes bien le juzgó hidalgo, y caballero y enamorado.

Que en conceder estas cualidades á los que se muestran rendidos, no son muy tardías las jóvenes; antes bien se las otorgan á un advenedizo, á un desconocido, á las primeras de cambio.

¿Pasó por su mente la idea de un enlace como el de su hermana María?

¿Se sintió con vocación al matrimonio, á formar una familia?

Si así fué, en esto la Santa no pecó.

Anduvo ligera, impremeditada.

Faltó en no decir á su padre lo que sucedía, ó al menos á su hermana María.

Se expuso, estuvo al borde del precipicio; pero no

cayó en él por la previsión y el celo de su hermana.

—A veces, donde menos se piensa...—prosiguió diciendo don Alonso con cierta intención.—No siempre debemos fiarnos... Oculto entre flores vive el áspid... Y luego, el soborno, la codicia... Fiarse de gente desconocida, es también un peligro; de aventureros pérfidos, un riesgo inminente.

Teresa se ahogaba; no podía contener las lágrimas que se esforzaban por salir fuera á denunciarla.

—¡Por favor!...—dijo María á su padre, en voz baja.—¿No véis lo que sufre?

El padre tuvo compasión de Teresa y varió de conversación.

Pero la pobre ilusa se levantó de la mesa y corrió á su cuarto á llorar amargamente.

—¿Habré sido vendida?...—se preguntó.—¿Lo ocurrido esta mañana se relacionará conmigo?

María, de acuerdo con don Alonso, se presentó de improviso en el cuarto de Teresa.

—Hermana, ¿por qué lloras?—la preguntó al entrar; y la joven, avergonzada, no tuvo valor para contestar una sola frase.

—El mal tiene remedio siempre,—prosiguió María;—sobre todo, cuando el mal no ha llegado á serlo tanto que nos ruborice... Alza la frente, Teresa.

La así interrogada la levantó y sostuvo tranquila la mirada escudriñadora é inquisitiva de su hermana.

—Así, así lo he asegurado á padre;—dijo María llena de inmenso regocijo, abrazando á Teresa.

—¡Oh! nunca, nunca hubiese sido capaz...—exclamó ésta.

—¿Amarías á un hombre que hubiese ideado perderte?

—No sé, hermana, si es amor lo que experimento, lo que me aleja de Dios, lo que me ha separado de tí... Pero el que aludes es incapaz...

—¿No te ha faltado?

—Jamás.

—Hipócrita y embustero;—pensó María.

—Puedo enseñarte sus cartas.

—Dámelas.

Teresa sacó de un arca en que guardaba su ropa, ya entonces muy abundante y caprichosa, un paquete y lo entregó á su hermana, que, desatando el cordón de seda que le sujetaba, tomó una de las epístolas y la abrió.

—¿Ves este nombre puesto al pié de esta carta?

—Sí.

—Pues acaso no es el suyo: la que os servía de correo me lo ha dicho antes de marcharse.

—¡Imposible!

—Fingir grandezas, ensartar embolismos, es muy de galanes sin intención buena, sin intención sana.

Teresa se sintió desconcertada.

María prosiguió enterándose de aquellas cartas,

en las que no había, en las que no halló nada que fuese ofensivo para su hermana.

La virtuosa María respiró con libertad; Teresa había dicho verdad.

No convenía decir á Teresa lo que su noble corazón no había de creer; y así, que su hermana se abstuvo de decirla cuanto al frustrado propósito del caballero se refería.

—¿Encuentras algo?...

—Nada que ceda en tu desdoro... Demasiada pasión, excesivo fuego para ser sincero.

—¿Eso te parece?

—Sí.

—Lleva un buen fin.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi prima, que le ha desdeñado...

—¡Y ahora le encarece!...

—¿Por qué no?

—Porque eso no hace nunca una mujer. ¿Era su amigo?

—Por eso no se guardan rencor.

—Porque te mienten.

—¿También la que se ha ido hoy?

—¿Te refieres á la sirvienta?

—Sí; á ella me refiero...

—¡Oh! ¿padre sabe?...

—Algo no más; yo soy la única que lo sé todo.

—¿El matrimonio es malo?

—No, ciertamente.

—Tú te piensas casar pronto...

—Pero mientras tú tengas ciertas amistades, jamás lo verificaré.

—No adivino.

—Necesito estar en casa, vigilar á quien desde niña he querido, más que como á hermana menor, como á hija.

—¿Á mí?

—Sí, á tí; que ya no me quieres.

—¡Oh! eso no es verdad... Estás severa conmigo... Yo te amo como siempre.

Y Teresa corrió con verdadera pasión á abrazar á su hermana.

—¿Serás razonable?

—Sí.

—¿Harás cuanto yo te diga?

—Sí.

—¿Dejarás esas compañías que tanto te perjudican y esas lecturas que te causan tanto daño?

¡Ah, todo se sabía todo estaba descubierto; hasta lo que hacía más á hurtadillas!

—¿Y he de renunciar á casarme?—preguntó Teresa.

—Ignoro si tu vocación te llamará á ese estado; pero caso de que así fuere, haráslo sin duda con un hombre digno, con un hombre honrado.

—¿No lo es el que me ama?

—Ni te afirmo que sí, ni que no.

—¿Y esos libros?

—Esos libros que lees emponzoñan tu alma y pervierten tu corazón.

—¿Lo crées así?

—Te lo afirmo por mi cariño.

—¿Y padre sabe?...

—Padre ignora mucho de lo que yo conozco, y tiene un proyecto.

—¿Sobre mí?

—Que debe agradarte.

—¿Cuál?

—Que entres en un colegio.

Teresa quedó anonadada bajo el peso de aquella revelación.

María, una vez hecha, no creyó que debía insistir ni hablar más, y se salió de la estancia.

No por vocación, no por gusto, sino por obediencia, Teresa, luego que se celebraron las bodas de su hermana con Guzmán de Barrientos, se mostró dispuesta á satisfacer los deseos de su padre don Alonso, dándole en ello un gran placer en medio de los sinsabores que acibaraban su vida, ó sean la marcha de sus hijos y el enlace de María, aunque este último se hiciera á contentamiento de todos.

A ésta se debió en gran parte el prodigio de persuadir á Teresa á dejar gustosa la libertad de su casa por las pláticas y el rigorismo de un monasterio.

¿Cuándo?

Cuando estaba para cumplir los dieziséis años.

Que ya hemos avanzado en este relato de la vida de la Santa hasta el año 1531, habiendo durado

sólo su extravío de seis á poco mayor número de meses, según nos lo afirman todos sus biógrafos é historiadores.

El sitio escogido por don Alonso para que su hija permaneciera honesta y recatada hasta elegir estado, ante el grave riesgo que corría de mantenerla en casa sin privar á María de un enlace ventajoso, fué el convento de monjas Agustinas de Nuestra Señora de Gracia, célebre á la sazón por la virtud y sabiduría de las religiosas que en él se consagraban á la enseñanza, razón por la cual se educaban en él muchas jóvenes seglares de las principales familias de Ávila.

Fué primero Beaterio, el cual vino después á parar en Convento, situado fuera de la muralla, casi al pié de la gran torre del Baluarte, en el ángulo sudeste del circuito murado, y próximo al portillo que sólo se usa ó habilita cuando la necesidad lo exige.

Pasa por cosa cierta que lo fundó en 1509 una virtuosa dama, hija de la ciudad, llamada doña María López, inspirada por el Vicario general de la Orden, el P. Fray Juan de Sevilla, [1] que vino en persona á posesionarse del edificio, bajo el Pontificado de don Alonso Carrillo.

—«Era ésta,—dice el señor Carramolino en su

---

1 Se dice que era varón de gran virtud y que profetizó á los Reyes Católicos la toma de Granada.

ya por nosotros celebrada historia,—la antigua iglesia parroquial de los niños mártires de San Justo y Pastor.»

Y añade:

«Sabido es que durante la ocupación de la ciudad por los sarracenos fué mezquita; y así lo demostró una inscripción arábiga que se hallaba esculpida en la techumbre del antiguo templo, y que se derribó para hacerle de nuevo, de la cual se deducía que su antigüedad podía remontarse á más de quinientos años; es decir, al siglo X.»

La construcción del templo actual es del gusto del Renacimiento, de muy bien sentados sillares de claras piedras jaspeadas. Se debió la de la capilla mayor á don Pedro Dávila, contador mayor del emperador Cárlos V, en el año de 1551 y siguientes, y hasta su conclusión á un hijo suyo de su mismo nombre.

Se sabe que fué vicario-rector de este convento el esclarecido Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. [1]

Esta resolución suprema de don Alonso, acorda-

---

[1] Tal fué la casa donde recibió nuestra Santa Teresa de Jesús por espacio de dos años una santa instrucción como educanda interna, hasta que en 1532 pasó á tomar el hábito carmelita en la de la Encarnación. Tambien se honra este convento con haber tenido de religiosa suya por algún tiempo á la señora doña Ana, hija del gran don Juan de Austria, vencedor en Lepanto, que habiendo profesado en el convento de Madrigal, vino castigada al de Gracia como complicada en la causa del Pastelero de aquella villa.

da con María, su hija mayor, antes de sus bodas, debía salvar á Teresa de gravísimos males, ya incipientes, y que hubiesen llegado á tomar gran incremento.

No lo quiso Dios en sus altos designios, en sus altos juicios, ni era natural que lo permitiera tratándose de una criatura que de niña, de adolescente y de joven habíale dado tan relevantes muestras de su virtud y recibido de Él tan señaladas gracias.

La contradicción sólo existe en las obras de los hombres.

Si la criatura hubiese sido arrojada á este mundo al azar y la ventura, sin título de nacimiento y sin relación con su Creador, su destino sobre la tierra estaría limitado á seguir los caprichos del momento y las inclinaciones todas de su corazón; pero no es así.

El hombre existe, y la razón misma de su existencia le une con vínculos estrechos al autor de su vida; tiene un sitio señalado de antemano, fijo, evidente, seguro en el plan divino, diferenciándose en esto, muy particularmente, de los demás seres de la creación, colocados y retenidos en un lugar por ciego instinto, ó por la fuerza irresistible de la voluntad suprema.

El hombre es inteligente y libre, y precisamente porque reune estos atributos extraordinarios, cabe que se resista á los designios de Dios y hasta que

desarregle la sabia economía de los planes y proyectos del Hacedor; lo cual sucede, por desgracia con demasiada frecuencia, siendo el origen de la gran mayoría de los males que nos afligen y contristan.

Pero esto no significa de manera alguna un fatalismo grosero como quieren algunos, ni se contraría con las predestinaciones.

La libertad subsiste; el eterno principio de justicia no se altera.

Cuando en el principio del tiempo plugo á Dios contemplar su obra en el seno de la creación, vió que todo estaba bien; su infinita sabiduría ligaba admirablemente en un todo perfecto las diferentes partes de que aquélla consta y se compone, y los seres seguían todos la senda de su vocación, constituyendo una unidad perfecta, asegurando el orden de la manera más absoluta.

Ese orden admirable fué destruído, alterado por el hombre, y la naturaleza entera gime desde entonces y arrastra la cadena del infortunio.

El hombre, autor y consumador de su inmensa ruina, debía sentir, y siente más que nadie, los efectos de la culpa original, y para rehacer la obra que destruyó, y volver al sitio que el Creador le destina, es necesario que lo obtenga por sí mismo, que lo pida en sus oraciones, y que lo espere de Dios, á quien ha ultrajado.

Solicitada y seducida Teresa por opuestas co-

rrientes, por inclinaciones contrarias á sus naturales y anteriores inclinaciones, se separó del objeto que el Señor en su providencial pensamiento la tenía designado.

De esto provinieron incesantes, laboriosos y vanos esfuerzos, tentativas sin éxito, é irremediables infortunios.

Tengamos presente todo esto y nos explicaremos cómo, aun sin la obra de su padre y de su hermana María, se habría salvado.

Seguros de que Dios tiene sus designios particulares sobre cada uno de nosotros, y que quiere que correspondamos á ellos con fidelidad, obligación tenemos imperiosa de conocer su santa voluntad, de escuchar su voz que nos llama, y de seguir las inspiraciones de su gracia.

Porque no siempre encontraremos un padre y una hermana como Teresa, ni siempre lo mereceremos como Teresa lo merecía.

Rogad, rogad; volved á rogar.

Consultad con hombres sabios y prudentes, con esos hombres á quienes Dios ha comunicado una parte de su espíritu, hombres de verdadera luz y de discernimiento, cuando vayáis descaminados ó dudéis de lo que hacer debáis.

Y si después de tomadas esas precauciones, vuestra inclinación se fortifica, se arraiga y persevera, no dudéis ya de la voluntad divina, y seguid las inspiraciones de vuestra conciencia, que ciertamente ese será vuestro deber, y en esto

estribará vuestra corrección y vuestra enmienda.

Que nada os detenga ni os arredre, y por más que intereses mundanos, malas lecturas ó consejos de vuestros parientes y amigos os quieran hacer retroceder, no los escuchéis.

Todo lo que no es seguir á Dios, como dice la Escritura, es andar por caminos de la carne y de sangre; por sendas falaces y engañadoras; por sendas de perdición.

VI.

En el que damos á conocer cómo y por qué medios aspiramos á escribir con acierto la vida de la Santa.

La entrada de Teresa en el convento tuvo lugar el 28 de Marzo de 1531, día en que cumplía los dieziséis años.

No era la edad propia para este género de reclusión, á juzgar por lo que hoy sucede; pero ha de tenerse presente que por aquel entonces los padres ejercían dominio é influencia sobre sus hijos, y fué bastante que don Alonso significase á la Santa su deseo, para que ésta lo aceptase sumisa, y fuese sin resistencia al convento que la designaron y el día que la dijeron.

No entraba en las miras de Sánchez de Cepeda que Teresa fuese monja; antes bien no lo deseaba, por lo que se vió después.

Comprendió, empero, que en un asilo tan afamado ponía á la joven fuera de todo riesgo, y el pronto y feliz resultado de sus acertados cálculos

le patentizó que había obrado cuerdamente colocando una barrera entre el mundo y su hija.

Fué dolorosa en extremo aquella separación, á pesar del especial cuidado que se puso por todos en no hacerla aparecer como un castigo por los sucesos que dejamos referidos.

Las bodas de María justificaron la ida de Teresa al convento, pero en realidad, en el fondo de aquella determinación de don Alonso entró por mucho la gran exposición que corrió la joven Teresa de ser arrebatada violenta y pérfidamente á su cariño y á su hogar.

Que á peligros tales conducen las inexperiencias y ligerezas de las jóvenes en admitir agasajos y escuchar fácilmente lisonjas de gentes que no se conocen bien, de personas que seducen y engañan.

En este punto hemos visto muchos y muy terribles desengaños sufridos por jóvenes que, por lo demás, no tenían defectos, ni malas costumbres, ni mucho menos perversas inclinaciones.

Las gracias, la belleza de Teresa, que cada día aumentaba, y su natural amoroso, su misma inocencia y candidez, eran, como dice uno de sus panegiristas, «portillos por donde el infierno penetró;» y aunque fué en muy escasa medida y es élla quien más encarece lo sucedido, no por ello debe dejar de producir escarmiento y temor.

Si una joven como Teresa claudicó en algo; si un alma como la suya se resfrió; si sus momentáneas distracciones, no culpables en gravedad, cau-

saron en élla tales estragos que hizo que los llorase toda su vida .. ¿qué no deben temer las demás?

Que Teresa no cometió pecado mortal, ni grave falta, asegúranlo sus confesores, la Sagrada Rota, cuando afirma «que aunque exagera mucho las culpas, jamás cometió pecado mortal, ni perdió la gracia;» y Gregorio XV en la Bula de su canonización, en la cual se lee: «que guardó entera su castidad en cuerpo y alma desde niña, y su corazón se conservó toda su vida sin mancha, ni aun de pecado venial de advertencia.»

Persuádenos de esto, además, el horror singularísimo que tenía á las cosas poco honestas, y, en último término, la confesión que ella misma hace de su *sana intención* y *angelical pureza*, siendo su amor á esta virtud divina la causa de que exagere y deplore sus pequeños desvíos.

A la consulta que la hizo una de sus hijas con respecto á determinadas tentaciones, Teresa la contestó:

«Confieso no la puedo aconsejar en lo que me pregunta, porque por la misericordia de Dios ignoro el camino de caer en tales culpas.»

¡Privilegio pasmoso, en verdad!—exclama uno de sus biógrafos;—no sentir ciertos estímulos.—Y añade:—esto es propio de los ángeles; y lo alcanzaron por gracia después de grandes luchas algunos santos; pero *ignorar el camino* estaba reservado á la angélica Teresa, así como también el no ser red con su belleza para perder almas, antes sí para

ganarlas á Dios, asegurando sobre este particular la misma Sagrada Rota:

«Que cuantos la conocieron y trataron miraban su persona, no como sujeta á impresiones de carne y sangre, sino como un ángel, que vivía libre de toda infección.»

Confirma, además, cuanto dejamos dicho, el célebre P. Yepes, cuando asegura que «en el rostro y compostura de la Santa se manifestaba su castidad, y con ella atraía y aficionaba á la pureza, siendo la persuasión más eficaz para la castidad, la vista de su semblante.»

Aún hay más: sólo el besar sus cartas servía al Sacerdote que ella convirtió á Dios, y á otras personas para vencer las tentaciones.

«¡Oh, limpia! ¡oh, celestial Teresa!—escribe Alarcón;—si algo ha entretenido mi pluma tu singular pureza, es porque quisiera, Santa y Maestra mía, hablase muy alto al oído de todos tu ejemplo, sobre todo en estos corrompidos días, y brillase tu casta virginidad entre la oscura llama y negra humareda que levanta la carne, especialmente de la atolondrada juventud, gran parte de la cual arde en impureza como madera seca.» Y concluye: «Dios oiga y cumpla mi deseo.»

También, aunque sin títulos para ello, es el nuestro ese deseo; que siempre nos ha causado honda pena contemplar una de esas bellas criaturas, cuyo rostro angelical respira candor y pureza, y á quienes el descuido de su propio decoro priva

de tan inmensa ventaja y tan excelso privilegio para ser queridas, para ser amadas y á la vez respetadas.

Teresa os lo dice: «no caigáis en afeites ni vanidades, en galas y perfumes; ved que á mí estas cosas estuvieron á punto de perderme, y perderme para siempre.»

La salvó la mano de Dios, y el esmero, el cuidado que en esto puso don Alonso; ejemplo que también conviene acentuar para cuantos, teniendo hijas, vacilan en cuanto á la manera de asegurar su salvación.

Cómo y por qué medios aspiramos á escribir con acierto la vida de la Santa, ya los damos á conocer. ¿Os atreveréis á negar nuestra sinceridad y buena fe?

Leed, pues, todos con atención este número.

Refiérese que algunos días antes de la ida de la joven Teresa al convento, estando las religiosas orando en el coro, apareció de repente una luz en forma de estrella que, dando vuelta sobre la cabeza de todas, al llegar á una de ellas, llamada doña María Briceño, pareció entrársela dentro del pecho, y no se volvió á ver más, quedando las monjas admiradas y sin poder entender ni explicarse lo que aquello significase.

Coincidencia rara es que á esta doña María Briceño estuviese confiada la custodia ó magisterio de las educandas seglares, y que ésta fuese la que

recibió á Teresa cuando, admitida previamente, la presentó don Alonso en aquella santa casa.

Tomóse luego aquel extraño fenómeno por una especie de predestinación de lo que ocurrir debía, ingresando bajo la dirección de la Briceño la gran Teresa, refulgente estrella del universo, del mundo católico, del mundo cristiano.

—Aquí hallarás buenas amigas, excelentes compañeras,—la dijo la maestra de las educandas seglares al encargarse de ella y conducirla de la mano al interior del convento.

Durante algunos días se dejó á la Santa jugar y conversar á su gusto, sin sujetarla á régimen alguno.

—Es conveniente desimpresionarla,—repitió la Briceño, sin que por esto dejara de vigilar de cerca cuanto la nueva educanda hacía.

Es este proceder propio de maestros expertos y habilidosos.

La sumisión y la obediencia no podían, empero, cambiar por completo el estado moral de la joven Teresa cuando ingresó en el convento.

La conducta que con ella se seguía era, pues, acertada; pero no era dable obtener una transformación radical en pocos días.

El enemigo del reposo humano, que no descansa, puso á Teresa tentaciones, y consiguió aún que sus amistades y sus afectos se sublevasen contra ella.

Dícenos estas cosas ella misma:

«Los primeros ocho días sentí mucho, y más aún la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no el estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad,» es decir, con frecuencia.

Traía un desasosiego, que al tiempo que indica, y cree que aun antes de él, «estaba muy más contenta que en casa de su padre.»

Y prosigue:

—«Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento á donde quiera que estuviese, y así era muy querida; y aun cuando estaba entonces enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, religión y recatamiento.»

De esta manera nos trasmite la Santa sus primeras impresiones en el convento, y añade:

«Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos.»

Y va más adelante:

«Mas como no había lugar, [1] presto se acabó todo, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar al bien de mi primera edad, y ví la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos...

---

1 Es decir, no la dejaban, la vigilaban de cerca.

»Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar á sí.»

Y de repente exclama:

«¡Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido!

»Una cosa tenía, que parece me podía ser de alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es, qué era el *trato* con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien; é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas me decían no iba contra Dios.»

Por esto hemos tenido, ya antes de ahora, gran cuidado en advertir que ni don Alonso ni María revelaron nunca á Teresa, y en esto anduvieron acertadísimos, lo ocurrido la noche en que sorprendieron la odiosa, la cobarde y vil intriga que contra élla se tramaba, fuese ó no culpable en ella la sirvienta, ideásela ó no el caballero, ó sólo sus criados por creer que la agradase, que todo puede ser.

Y no hemos de aventurar malos juicios, cuando la Santa no los tenía respecto de este extremo.

Vamos á relatar hechos de una alta significación moral y religiosa, y es deber en nosotros no desnaturalizarlos ni tergiversarlos por mero capricho.

De la ignorancia provino evidentemente en la Santa la confianza, y bien pudo atribuir la ausencia del caballero á negocios urgentes; todo, menos á vergüenza y temor de lo que la noche aquella del huerto había pasado.

Guardó al hidalgo afecto en su corazón, inclina-

ción por largo tiempo en su alma, y como esto mismo debió decir á su confesor y á las personas que la rodeaban, no es de extrañar que las juzgasen lícitas y honestas como eran; que el querer en las jóvenes es natural.

Y nosotros, lejos de censurarlo, lo aplaudimos.

El caballero amigo de don Rodrigo tornó á Ávila, sin duda pasada la tormenta que sólo sobre los criados descargó; sobre aquellos á quienes la justicia sorprendió con cuerdas y utensilios nada buenos, y que dirían por entero la verdad, ó la desfigurarían por miedo ó por soborno, que todo esto sin mengua de la Santa lo podemos suponer; y no hubiera estado bien que cuando escribió su vida entrase en estos pormenores en que entramos aquí al escribir su historia por completo y de manera que no la ha escrito nadie antes.

—No para ser monja te llevo al convento,— le dijo su padre al conducirla á aquella santa casa.

Y como ella tampoco tuviese por entonces al claustro vocación, de aquí que no sospechara mal ni tomase á ofensa el que sus amigas del mundo la hablasen del caballero, y hasta que éste tratara de verla y disculparse de su ausencia, amase ó no á Teresa honradamente.

Hemos de suponer, llenando los vacíos que las Memorias de la Santa contienen, que de haberse descubierto algo serio y formal contra el caballe-

ro, si la justicia no, don Alonso y Rodrigo mismo le hubiesen castigado.

Y más duramente, porque nobles y valientes eran, como ya lo tenemos dicho y demostrado.

Tornó á insistir Teresa en sus aficiones, luego no hubo contra él nada concreto; y que tornó á insistir, aun después de entrar en el convento, es élla, la Santa misma, quien lo da claramente á entender en lo que dejamos puesto.

Permitidnos un pequeño paréntesis.

Nuestra misión, en cuanto á lo que atañe directamente á Teresa, está señalada; otra cosa de lo que venimos haciendo y hemos de proseguir haciendo, sería profanar en vez de ensalzar su memoria.

Y para ejemplo de muchos hemos deseado hacer y proseguimos esta obra.

En lo que élla dice, decirlo casi como lo dice, con las solas y pequeñas variantes que para entenderla mejor juzgamos necesarias, será nuesta tarea más grata.

En lo que no dice, en lo que calla, proceder con cautela, ser muy parcos en suposiciones y aun en acomodarlas á lo que dentro del espíritu que debe informar este libro, no haremos nada de más, ni que reprocharse pueda.

No de otro modo deben tratarse asuntos de esta índole.

Libertad completa, libertad sólo en lo imagina-

tivo, y aun ajustándolo al tono que más cuadra á lo fundamental y sustancial de la historia.

Tales son nuestros deberes y nuestros compromisos; deberes y compromisos que el público mismo nos ha trazado con su buen criterio y su buen juicio.

¿Serán distintos los lectores de esta obra, que los de las anteriores que hemos dado á la estampa en estos cuatro años últimos?

No lo pensamos en absoluto; pero sospechamos que el *nucleo* principal de ésta pudiera ser otro, á juzgar por las indicaciones hechas al editor, que éste nos ha transmitido, y á las cuales venimos respondiendo fidelísimamente.

Sabíamos de antemano que la leyenda casi no cabía en lo tocante á la vida de la Santa. Si esto se nos hubiese impuesto; si esto se hubiera exigido imperiosamente, habríamos desistido de escribir ésta, la más difícil de las producciones que hemos acometido.

Ahora, por lo que sabemos, caminamos sin dificultad.

Vendrá luego la parte imaginativa, suspendida de propósito, á refrescar el rigorismo de la exactitud y la verdad histórica; pero ésta no perderá nunca su carácter; explicación que debíamos apresurarnos á reiterar, para los que, por gustar más de la novela, pudieran echarla de menos, como antes los deseosos de la vida de la Santa nos la pidieron con insistencia y con empeño.

Que es nuestra empresa escabrosísima y preñada de inconvenientes, alcanzarse debe á cuantos nos leen.

De nuestra parte ponemos, para llevarla con acierto, cuanto nos es dable, ninguno puede tampoco dudar esto á la altura en que estamos, y cuando puede verse que acudimos á todos lados, y mezclamos con el arte posible, dado nuestro escasísimo talento, lo severo con lo agradable, lo místico con lo profano, procurando con todo hacer un ramo que ofrecer y colocar bajo el amplio y suntuoso pedestal en que descansa la fama, el nombre y la santidad de *Teresa de Jesús*.

VII.

La impiedad confirma cuanto llevamos dicho de la Santa.

No conocíamos ni sospechábamos que pudiera escribirse, en España al menos, una obra como la que la casualidad ha hecho llegar precisamente en estos días á nuestras manos.

Si antes la hubiésemos leído, no habríamos escrito de otra manera, sin embargo, que lo hemos hecho, acerca de la *niñez*, la *adolescencia* y la *juventud* de Teresa.

Instintivamente nos hemos anticipado á destruir suposiciones *atrevidísimas* que en ella se hacen acerca de acontecimientos que el autor tiene la franqueza de admitir y señalar como ciertos, y que nosotros no hemos omitido.

Convenimos en ellos: ya esto es mucho.

Pero ¡ah! la impiedad no se para en barras, y en esta ocasión ha hecho vanos esfuerzos para herir sentimientos que nosotros, sin creernos hipócritas ni fanáticos, hemos de procurar mantener á

despecho de gentes á quienes no hemos de tachar de ignorancia ni mala fe, sino de lamentable extravío.

Las obras destinadas á defender la verdad son hoy tanto más precisas, cuanto que se toleran y consienten otras en que la verdad se ataca con descaro y se mantiene sin ambajes el error.

Peor aún cuando se hace esto con apariencias de sinceridad y por hombres de talento.

«Eran los padres de Teresa, se dice en la producción á que aludimos, *buenos* castellanos viejos, aficionados á leer portentos de santos, actas de mártires y relatos milagrosos. Llevaban á misa á sus hijos todos los días, á comulgar todos los domingos, y á funciones devotas y religiosas frecuentemente.»

Nosotros hemos dicho lo mismo que el autor del libro á que aludimos; ya véis que en ello coincidimos.

«Don Alonso de Cepeda era *hombre muy de bien*, aficionado á leer «buenos libros,» éstas son palabras de su hija. Su vida habíase deslizado tranquilamente durante su primer matrimonio: no fué tan reposada luego, cuando contrajo segundas nupcias con la madre de Teresa; pues á causa de los cuidados que traen siempre consigo los hijos, en siendo muchos, fueron grandes los trabajos que pasó y las penalidades que le conturbaron.

»Doña Beatriz de Ahumada era señora de muy

bello rostro, de muy excelente disposición y entendimiento, de *costumbres intachables*, asaz devota de la Virgen y de rezar el rosario; apacible, á pesar de sus enfermedades casi continuas, y muy amante, como todas las buenas madres, del bienestar de sus pequeñuelos. Su temprana muerte agostó en flor las mejor fundadas esperanzas del esposo, y dejó sin dirección ni guía la enseñanza de sus hijos.»

Así hemos retratado nosotros á los dos cónyuges.

Pinta luego á la Santa, y dice:

«Penetrante, viva, aplicada Teresa, predominaba en ella, desde los primeros años de su infancia, el espíritu... La lectura de las *Actas de los mártires*, la hacía prorrumpir en suspiros, formar proyectos, hacer votos y desear seguir el ejemplo que los bienaventurados le ofrecían.

»Consecuencia y producto *legítimo* de aquel continuo rezar, leer vidas de santos, presenciar martirios con la imaginación, y oir hablar de felicidades celestiales para *siempre*, cosa que la pobre niña no comprendía entonces, fué el deseo vehemente que la acometió por irse á tierra de moros, para que, como á otros santos había acaecido, la cortaran también la cabeza en defensión de la fe de sus padres, empresa meritoria que le abriría de par en par las puertas del celeste Empíreo.

»Y de tal modo se imaginó que podían salir bien aquellas soñadas invenciones que fraguaba,

que ni comió, ni durmió, ni bebió, ni reposó hasta que pudo conseguir que un hermanito suyo (ya de diez años cumplidos), prometiera acompañarla en su pueril expedición.

»La *buena* niña (sí; *buena*, *buenísima)* daba indicios, harto tempranamente, de lo que había de ser en edad más madura... Todo lo dispusieron los bellos infantes con sigilo y á hurtadillas, y convinieron en que una mañana, al despuntar de la aurora, dejarían la casa paterna y la noble ciudad de Ávila, para pasar á tierra de moros...»

¿De suerte que esto pasó y fué verdad?

La impiedad lo confirma. ¡Qué triunfo para nosotros!

No para nosotros, no; para la Santa, de donde lo hemos tomado.

Teresa lo dice; nosotros sólo hemos procurado acentuarlo con los más interesantes y bellos detalles.

Podéis, pues, ya sin rebozo creer en ello, hasta los más descontentadizos y cavilosos.

No sólo el pueblo ignorante, sino los sabios, los críticos. Os lo afirma un crítico, y si queréis, añadiremos un sabio.

Pasando luego á otro período de la vida de Teresa, se dice en la obra á que venimos refiriéndonos:

«Mientras vivió su *buena* madre, fué *exageradamente religiosa* (preciosa confesión de parte de un

descreído), porque tal era la educación que de ella había recibido; cuando falleció su madre, estuvo en potencia propincua de convertirse en desvanecida doncella (lo fué, hemos dicho); porque las compañías que la rodeaban, tendían á sumergirla en el *abismo horroroso* del materialismo grosero.»

Es cierto, ciertísimo; nosotros no hemos mentido; vedlo confirmado:

«No se crea que decimos una exageración, no: sólo expresamos una verdad; sólo asentamos un hecho que, en las mismas palabras de Teresa y de algunos de sus biógrafos, encuentra su comprobación más cumplida y exacta.

»No bien había salido Teresa del duodécimo año de su vida, perdió á su aún joven y bella madre; entonces quedó entregada á *todas* las furias del mundo.» (Si no á *todas*, á las más peligrosas, como dejamos dicho.)

«Su padre, persona de *buenos sentimientos*, de rancias preocupaciones de hidalguía, y rodeado de numerosa «prole,» encontraría algunos obstáculos, por más que fuesen sus desvelos, para inspeccionar á cada momento la conducta de sus hijos, principalmente la de Teresa, tan *engreída* y tan *maniática* desde su delicada infancia.»

¡*Engreída* la humilde!... Mentira... ¡*Maniática* la que tales pruebas de sensatez daba!... Desvarío.

«Consecuencia de esto fué, que aquella adolescente, que antes siempre tenía en sus manos las *Actas de los santos mártires*, se inclinara después

con una delectación intensísima á repasar libros de caballerías; y como en ella todo era *imaginación*, así como antes se entregaba á imitar á los mártires, dábase luego á imitar el estilo de aquellos libros, el lenguaje amoroso de sus damas, y soñaba con apuestos caballeros, y vislumbraba un porvenir risueño entre el bullicio del mundo.

»Mecida dulcemente su imaginación por tan frágiles ilusiones, no pensaba, no hablaba, no escribía nada que se relacionara con el ideal que se había formado; por esto cayó en la tentación de escribir algunos capítulos de un libro de caballerías, inventando aventuras y lances, al modo de los que relataban las obras que tanto la seducían.»

Ved cómo nosotros hemos dicho verdad; no la hemos ocultado.

Bueno es que la impiedad se vea precisada á reconocer, no la nuestra, sino la admirable *franqueza* de la Santa.

«La deducción de todo esto era lógica, natural, tangible.»

Nosotros la hemos acentuado también.

«Aquella adolescente, que antes se dedicaba incesantemente á la oración, al ayuno, al retiro, gustaba después usar galas, parecer hermosa, ser adorada, oir frases aduladoras. Teresa de Ahumada se había transformado: antes, todo espiritualidad; después, todo sensualismo.»

Esto no; *coquetismo*.

«Y la transformación era tanto más pronuncia-

da y patente, cuanto más avanzaba en edad. A medida que su belleza física se perfeccionaba, su vanidad acrecía: á medida del adelanto de su pubertad, sentía más en sí el fuego de las tentaciones: á medida que se alejaba de leer portentos del cielo, se aficionaba con más ahinco á los pasatiempos mundanales. Prendíase cuidadosamente; ostentaba sayas costosas; collares y pendientes de valor la adornaban; primoroso corpiño ceñía su talle; vistosos chapines comprimían sus breves y delicados pies.»

Cierto: ella lo dice; nosotros lo dejamos también consignado.

«Portento de belleza Teresa de Ahumada á los quince años; expresión acabada de las gracias femeniles; *discreta*, *inteligente*, *hechicera*; sabiendo atraer las miradas y cautivar las voluntades; dominada por el mundanal amor, por vanidades é ilusiones consumida, por multitud de peligros rodeada, y sin el amparo de una buena madre que la condujese por el tortuoso camino de la vida, estaba expuesta á caer en esas faltas de irreflexión ó ligereza en que incurren generalmente las doncellas, cuando obedecen ciegamente á sus caprichos, *sin mancilla de su honra*, aunque no sin tacha de su seriedad y menoscabo de su buen nombre.»

Ya véis cómo no hemos dicho nada que no diga el autor á quien aludimos.

«Infatuada aquella joven con la hermosura de su rostro, con la gallardía de su cuerpo, con lo

privilegiado de su imaginación, sin correctivo (tenía el más fuerte: su educación y sentimientos religiosos) que la detuviese en el sendero de las vanidades, rodaba insensible y fatalmente hacia el fondo del precipicio de las pasiones.»

Se consignan luego por el autor las amistades nocivas de Teresa.

«Teniendo esto presente, se comprenderá que no podían ser de utilidad alguna aquellas continuadas visitas á la pobre desamparada hija de doña Beatriz. Abrigando aquellos mancebos pensamientos demasiado dados á los bullicios y dobleces del mundo, éllos verterían más de una ocasión, en el corazón de Teresa, el veneno de sus disipaciones, locuras ó ensueños. Y de aquel trato tan íntimo y tan frecuente, que exacerbaría la imaginación de Teresa, no sabemos si resultaría *algo bueno*: lo que sí sabemos y podemos decir, es que no era de esperar nada *santo* (la burla y el sarcasmo). Somos poco aficionados á formar conjeturas, y, por tanto, no nos detenemos en algunas observaciones que sobre aquellos tratos y visitas se nos ocurren (se lo agradecemos); tratos y visitas en su mayor parte clandestinos, pues se verificaban á escondidas del padre y aun de los hermanos mayores; pero es indudable que algunas faltas se cometerían en ellos. Jóvenes y adolescentes unos y otros; perturbada la imaginación de Teresa con sus lecturas amorosas; irreflexivos, inexpertos, ¿qué podía esperarse de aquel choque continuo de

voluntades sobrexcitadas, sino locas imprudencias? La verdad es que la hija de don Alonso de Cepeda estuvo agitada desde sus catorce hasta sus diezisiete años, es decir, en la época más crítica de su mocedad, por los peligrosos tratos, por las conversaciones imprudentes y por las malas compañías, ¿qué mucho, pues, que muchedumbre de peligros la rodearan?...»

No nos hacéis gracia de nada.

Es élla quien se nos da á conocer... ¡La engreída, la maniática!

Nada hasta aquí reprochable, ¡nada! más que algunas frases que con toda intención hemos borrado.

Que no puede exigírsenos tanto en el terreno en que nos colocamos, por más que aceptemos la lucha en el campo á que se nos llama y se nos provoca.

¿Hacéis esto vosotros? ¿Diréis que sí?... Pues no es exacto.

—¿Dónde está nuestra divergencia?—preguntaréis.

Está en la *intención* aviesa con que la impiedad, revestida de la autoridad, del estudio y del talento, da todos estos detalles tomados de la Santa, y admite como evidente lo que nosotros hemos admitido con muy distinta, con muy diversa intención: dañada la primera, *destructora;* intención pura, sincera y edificante, la que llevamos nosotros.

La impiedad no sabe lo que hace; se ciega y da

armas, porque se *contradice* á sí misma, mientras nosotros somos *consecuentes*.

El autor á que aludimos, no se detiene ante ciertos obstáculos, los *salta*, y cae... ¿En qué? en el *absurdo*.

¡Qué absurdo es *conceder* para *negar!*

Esta es casi siempre, por fortuna, la consecuencia de todo intento torcido y dañado.

Los biógrafos y cronistas de Teresa, hasta el más autorizado de todos, el P. Pedro de Rivera, no ocultan ni tergiversan nada de lo que la Santa con noble lealtad da encargo de darnos á conocer para edificación y más admirarla.

¿Hacen lo que ella, por lo común, los héroes del mundo?

No.

La difamación no tiene entrañas.

Vedlo por estos hipócritas pasajes confirmado:

«Tenemos por cierto, dícese luego en el libro que copíamos, que Teresa *exageró mucho* en su edad madura, ya casi cercana á la vejez (achaque de todos los viejos), las ligerezas é impremeditaciones que, por *inexperiencia*, cometió en su juventud; nos hallamos *firmemente persuadidos*, con el P. Rivera, que «sus pecados no debieron de ser más que de ponerse á peligro de algún pecado ó pecados graves con aquella conversación y trato que tenía con algunas personas, por ser éllas, ó de poca edad, ó de no mucha virtud, que fácilmente pudieran caer, y

Teresa, de su natural ser muy amorosa é inclinada á querer de veras á aquéllos con quienes tenía amistad; y *convencidos* estamos, por último, de que eran dictadas por una *excesiva humildad*, muy cercana al *completo menosprecio de sí misma*, esas afirmaciones de su gran ruindad y de sus enormes pecados, que con tanta insistencia hace...»

Queriendo negarlo todo, nos lo concedéis todo.

Como vosotros decís, hemos dicho «que Teresa no entró en el monasterio por inspiración de Dios, ni por expreso deseo suyo; que antes bien, *era enemiguísima* de ser monja, y aun encerrada en la casa de corrección donde la había depositado su señor padre, no dejó de sufrir tentaciones y desasosiegos á consecuencia de sus aficiones amorosas.»

¿Para qué tales *confesiones*, si después se desvirtúan?

Nadie ha dicho otra cosa distinta antes que nosotros, ni nosotros la decimos diversa.

«Don Alonso de Cepeda, enterado del *peligro que corría* el buen nombre de su hija, de lo cual tanto se murmuraría ya, determinó encerrarla en un convento. *Era en aquellos tiempos lo procedente*, y ya se ve que para esto no se necesitaba que ningún poder sobrenatural tocase corazón alguno, sino que hubiese un padre ó una madre lo suficientemente celosos para saber cumplir con sus sagrados deberes. ¿No era muy posible que, ya que no hubiese habido hasta entonces motivo de reprensión grave

contra Teresa, porque muchas veces la generalidad llama *faltas* en las jóvenes lo que sólo es una *ligereza inocente*, resultado de la viveza de carácter ó de irreflexión; no era muy posible, decimos, que alguno de aquellos jóvenes que frecuentemente la trataban, calavera tal vez, sin porvenir, se enamorase de Teresa, y pretendiera y soñara con ser su esposo, acaso con *sencillo y puro agrado de la doncella*, y que Alonso de Cepeda, sin temor á nada de lo que pudiera resultar contradiciendo á su hija, ó impidiendo la entrada en su casa á todos los que la habían convertido en albergue de pasatiempos, tomara por prudente consejo corregir las irreflexiones de su hija?...»

En todo conformes; en todo de acuerdo, menos en el *fondo* de desdén y de amarga incredulidad con que la impiedad se expresa por medio de uno de sus corifeos, enemigo declarado de Teresa, á quien nosotros no necesitamos defender en la noble tierra que sustentó sus plantas; pero cuya difamación rechazamos con toda la energía de nuestra alma.

«Nuestra obra, afirma el autor del libro que hemos de combatir al detalle, ya que se nos presenta ocasión, tiene por norma la certeza, por guía la razón, por juez la historia, por principio la extirpación de los absurdos visionarios, por medio la sinceridad, por fin la propagación de verdades, propia y muy conveniente para disipar los erro-

res de la ofuscación ó los delirios de las conciencias preocupadas.»

Pues esta producción nuestra, humilde como es y todo, tiene otra tendencia: la de mantener una gloria nacional, un timbre esclarecido de la patria, reconocido por propios y extraños que no están *ofuscados* ni *preocupados*.

Que no es estarlo, *creer* y *confesar* lo que todos creen y confiesan; y atreverse á *negarlo*, osadía y soberbia acusa en quien á tanto se compromete, y á las primeras de cambio claudica y nos presta armas tan poderosas como las que dejamos aceptadas de buen grado.

¿Qué deducciones saca la impiedad de lo que Teresa nos revela en sus Memorias?

Las que son más opuestas y más contrarias á la naturaleza humana que se confiesa endeble, caída, capaz de claudicar, y se salva.

Y tiene el heroismo, propio de la virtud, de confesar á lo que debe su salvación, sin atribuírselo á sí misma, cuando sin violencia alguna pudiera hacerlo.

Virtud positiva, riesgos y caídas por efecto de amistades venales, inclinaciones irreflexivas y lecturas fantásticas...

Tal es Teresa *niña*, *adolescente*, y luego *joven*.

¿No véis ejemplos de esos á diario, siquiera no sea en cuanto á la virtud, en la misma medida?

¿No es ese el proceso de casi toda la humanidad?

¿Por qué, pues, aceptar á Teresa franca, mo-

desta, humilde é ingenua, para después pretender sacar un mal partido de esas cualidades tan poco frecuentes, y tan meritorias en último caso?

¡Atrás la *impiedad* destruída con sus mismas *inconsecuencias!* ¡Paso á la *verdad* que se impone, como lo dejamos demostrado en este número!

Cuanto llevamos dicho de la Santa es verdad por confesión de los enemigos de su nombre...

Ya véis si podéis estar seguros y envanecidos de poseerla, admiradores y entusiastas de Teresa.

No somos los fanáticos ni los hipócritas los que lo decimos; son ellos, lo despreocupados y los espíritus fuertes.

El triunfo es nuestro.

VIII.

Teresa educanda.

La entrada de la protagonista principal de esta obra, su ingreso en el monasterio de Gracia, nos coloca en el deber imprescindible de tratar, siquiera sea ligeramente, de la *educación* en general, y de la de la mujer en particular.

Problema difícil, escabroso, y acerca del cual se proclaman hoy, como en otros muchos puntos, las ideas más absurdas y extravagantes.

La *novela* tiene en la actualidad muchas y grandes exigencias, si ha de llenar su misión social; es como el periodismo: lo abarca, lo comprende todo.

Si sólo hubiéramos de hacer *historia*, ó sólo divagar á nuestro antojo por el campo de la imaginación y la fantasía, nuestra tarea sería fácil.

Pero hemos ofrecido satisfacer á la vez muchos y variados gustos, bajo una sola condición: la de no faltar á la verdad en lo que hace á la historia, ni

desnaturalizar de modo alguno la leyenda religiosa.

Y creemos haberlo cumplido.

Y como aquí la *historia* es la de una mujer juzgada; ¿qué diremos? *santificada* por la Iglesia, de aquí que las distancias se estrechan, y debamos ceñirnos, en lo tocante á la historia y la leyenda, á límites que de manera alguna podemos ni debemos traspasar.

Mentir, exagerar, ponderar, es cosa facilísima, y á que los ingenios más limitados nos tienen acostumbrados:

Sacar las cosas de quicio sin conciencia, con un fin, con un objeto determinado, el de producir efecto:

Fantasear personajes, aun cuando tengan personalidad y carácter propio reconocido, indiscutible, sancionado por el tiempo;

Esto, por más que sea el colmo de la licencia y la libertad, se hace todos los días y á cada paso.

Nosotros no lo hemos hecho ni lo hemos de hacer, y á pesar de eso hay muchos que leen con interés y agrado estos libros.

En el terreno histórico no tenemos la presunción de la originalidad, ni la de la excentricidad, ni la de la novedad, á que tantos y tantos sacrifican la verdad.

Transcribimos lo que debemos transcribir; copiamos lo que debemos copiar; somos *vulgares*... ¡Vulgares!... cuándo el vulgo lo forman, no clases os-

curas é ignorantes, crédulas ó fanáticas, como opinarán algunos, sino autoridades.

¡Autoridades hoy! no las hay; es *moda* serlo cada cual de sí mismo, sin respeto ni consideración á los demás.

Autoridades, sí; diremos muy alto... Que sólo el orgullo satánico é insensato de la impiedad se atreve y osa rechazar.

No es en nosotros *pié forzado*, sino voluntario, el no romper jamás con la tradición, con la creencia, con el dogma y la fe.

Arcas santas que nunca, nunca debieran profanarse; porque ellas solas, solo ellas encierran la verdad.

La locura y la insensatez humana consiste en buscar la dicha, la felicidad y el progreso, en parte diversa, cuando en el terreno de las creencias ha sido Dios mismo quien ha relevado á la criatura en qué consiste y dónde están.

Teresa, tipo excepcional, sí; pero tipo posible dentro de la más exigente *realidad*.

No de esa *realidad* forzada, fingida, con que algunos pretenden alucinar, sino de la que cabe en las esferas de un orden superior, y que no estarían á nuestro alcance, si ella misma no fuera la que se nos revelase y se nos diera á conocer, como ha podido verse hasta aquí.

Suponemos que la mayoría de los que nos lean se escandalizarán al decirles que hay, que ha habi-

do quien se ha atrevido á pretender rebajar y empequeñecer la excelsa figura que con su solo nombre llena esta obra, invocando el sagrado nombre de la *verdad*.

Por si alguno hubiese que aceptase esto que rechaza nuestro corazón, ¿debemos dejarlo sin correctivo y sin contradicción?

No.

La verdad está en sí misma, no en lo que á antojo y á capricho se quiera decir.

La verdad está en la fidelidad del escritor, cuyo primer deber es no mentir, no engañar al lector.

Antes de pasar adelante, no quiero dejar de trasladar á este libro un capítulo, interesante ciertamente, que hice para «Mis recuerdos,» hace muchos años. [1]

En él consigné de una manera que me complace, hoy como entonces, la opinión que había formado de la educación que yo he recibido de mis queridísimos maestros los PP. Escolapios.

En ese mismo libro hay una *nota* no menos interesante, y que, muy posterior á la época en que escribí lo que voy á transcribir, viene á dar mayor fuerza é importancia á las líneas anteriores.

«La educación, decía, es la base de la felicidad ó el infortunio del hombre.

»De ella pende su porvenir, y en ella se forman

[1] En 1847.

para siempre las ideas, los sentimientos del corazón.

»Si la educación ha sido buena, buenos serán los actos de la vida; si mala, éstos serán malos y execrables; verdad innegable ciertamente y que nos extraña verla combatida por algunos.

»Dése una buena educación á todos, y no serán, seguramente, tantos los males que aflijan á la humanidad; que la instrucción es una deuda del gobierno para con el pueblo, dice oportunamente un autor moderno. Enséñese al hombre el conocimiento de sus deberes para con Dios, para consigo mismo y sus semejantes, y veremos cómo esas masas enorgullecidas con falsas ideas se hacen útiles al país, á sí mismos y á sus familias.

»En nuestro siglo se ha adelantado mucho, pero se ha perdido la moral y la religión. Se han hecho famosos químicos, célebres matemáticos; pero la mayoría suelen ser terribles materialistas que no creen en Dios, porque les parece haber encontrado *la verdad*, *la causa de todo*. [1]

---

1 Veo con placer que lo mismo que escribía en 1847, consigné después en un artículo, continuación de otro publicado por mí en el número 464 del año II del periódico *Las Novedades*, el 31 de Julio de 1852, y que no se publicó por efecto de los rígidos preceptos de la ley de Imprenta. Copio algunos de sus párrafos para que puedan ser cotejados con el texto:

«.....Dejo dicho que el pensamiento dominante en la actualidad es la prosperidad, el adelanto, y ahora tengo que añadir que, desgraciadamente, ese adelanto es sólo *material* y no *moral;* que ese adelanto será de ruina y de perdición, por hallarse basado en el interés y no en las consecuencias del saber y la prosperidad; «no debiéndose medir, como dice el Dr. Oña, una civilización por la suma mayor de intereses perecederos, sino por la de los permanentes y duraderos.»

»¡Orgullo humano!... ellos, que han comprendido un poco no más de la creación, debieran ser los que proclamaran mejor que hay un Dios; los que bajaran su cerviz ante Él y le confesaran como el principio de todas las cosas, la causa primaria. Así serían verdaderos sabios y lograrían ser admirados por la ancianidad y la virtud.

»La educación antigua (ó sea anterior á nuestra época), se considera como viciosa, porque no se

---

»Muchos se dedican hoy á aumentar la circulación y el comercio, y nadie se acuerda de levantar la voz en medio de ese laberinto industrial, para recordar que antes de todo debe estar la *educación;* que antes de admitirse en nuestro país las mejoras que han hecho la ruina de otros, debemos prepararnos á recibirlas mejor que ellos, para que no suframos los mismos resultados. Cuando el vapor, los telégrafos y caminos de hierro acorten las distancias, no serán sólo, como describe Chateaubriand, las mercancías las que viajen, sino también las ideas, que habrán recuperado el uso de sus alas.

»Ahora bien: á los que tanto se ocupan de aquellas mejoras, ¿no les estremece la profecía de este grande hombre?

»Si con los productos de la industria extranjera han de venir á nuestro suelo las ideas; si ese roce inmediato ha de introducir en nuestra nación la indiferencia, el cinismo de otros países, ¿cuál habrán sido las ventajas y los resultados de sus decantadas mejoras?... Si al lado de la prosperidad individual se encuentra la degradación social, ¿á qué abandonar nuestras antiguas costumbres? ¿á qué dejar el camino trazado por nuestros abuelos, si el nuestro ha de engrandecer nuestra prosperidad material á cambio de arrancar la pureza, la religión y la felicidad de nuesíro corazón?.....

»Prepárese á la sociedad, instrúyase moralmente á todos los hombres, y después no harán mal los adelantos que no sirvan para destruir totalmente el trabajo, que es el único medio de conservar la libertad.....

».....Aún no es tarde; dispóngase á nuestra nación, en ella hay menos que trabajar que en otras para arreglar las costumbres; aún se recuerdan las antiguas ideas, aún no se han olvidado esos dogmas tiernos y sublimes que nos legaron nuestros mayores; el corazón español es religioso.

»La forma ha permanecido cristiana, aunque parezca lo contrario; el fondo ha estado conforme con el dogma, aun cuando se entienda haberse alejado. Sus oídos han retenido el cento del cielo.»

ocupaba de esas fórmulas que, según algunos, nada dicen ni á la inteligencia ni al corazón, y ha sido sustituída por *otra*, variada continuamente, y que por último caerá por sí misma, para servir de risa á nuestros sucesores y de vergüenza para los que con ella tanto se engríen y envanecen.

»Hoy, en la mayor parte, en muchos de los colegios, sólo se nos hacen olvidar los principios que una madre cariñosa inculcara en nuestro corazón, y salimos ignorando completamente cuanto fuimos á aprender.

»Sólo los institutos religiosos de hombres y mujeres conservan sus humanitarias, sus útiles y sagradas instituciones después de largos siglos de existencia; la revolución los ha respetado en parte, y sólo por una protección especial del cielo han podido salir triunfantes y conservarse algunos.

»No los ataquéis impía y sistemáticamente.

»En sus colegios se aprende á ser primero cristiano, después hombre ó mujer, y de ellos han salido capacidades reconocidísimas que han contenido el desborde de la época actual. Acostumbrados desde jóvenes á estudiar para enseñar, lo saben hacer perfectamente, y en ello no llevan un interés, una mira especulativa, sino la satisfacción, el cumplimiento de un voto penosísimo hecho al cielo.

»No creemos necesitar mucho para convencer á los que nos lean de la falsedad de estos dicterios que personas sin talento, sin buenos principios ó alucinados suelen darles.

»Existen multitud de personas que sin conocimiento de causa acusan á los sacerdotes y á las monjas de dar una educación atrasada; suplicamos á los que así piensen, que se tomen la molestia de leer á *Lamartine*, á *Chateaubriand*, á *Bossuet*, ó que estudien *los reglamentos de sus Colegios*, y si éstos no les bastan, recorran los numerosos beneficios que en Francia, en España y otras naciones han reportado esos Institutos; pregunten á sus buenos discípulos, y, últimamente, si esto no les fuese aún suficiente para convencerlos, abiertas están y han estado siempre las puertas de sus Seminarios, tómense el trabajo, antes de juzgar por opiniones ajenas, de recorrer algunos, y si después de todo esto pretenden sostener sus absurdas suposiciones, sin escrúpulo alguno les calificaremos de torpes ó visionarios.»

Cuantos mancillan el nombre de Teresa, comienzan por ser inexactos, arbitrarios, falseando su personalidad.

Los que así obran, principian por censurar, por anatematizar la educación que se dió á Teresa á los dieziseis años, aunque disculpen á don Alonso como padre, en cuyo sentido no les admira que la llevase á un monasterio, ganoso de su felicidad y porque la amaba con delirio.

Pero aseguran á renglón seguido, que Sánchez de Cepeda se equivocó siguiendo las preocupaciones de su siglo.

«Nada de educación religiosa, dicen; nada de educación religiosa á la mujer.»

¿Cuál nos ofrecen en cambio?

Aquí lo de siempre: el vacío, la negación.

La educación religiosa, sobre todo de la mujer, es mala, es peligrosa.

¿Por qué?

Después de grandes, de muestras extraordinarias de piedad; más aún, de santa predestinación, Teresa se resfría de sus afectos é inclinaciones religiosas.

Sólo mediante un sacrificio heróico de María, renunciando á sus bodas, cabe que el amor paternal quede algún tanto tranquilo y sosegado...

La hija mayor de Sánchez de Cepeda está dispuesta á ese sacrificio; se presta á aplazar su enlace con un hombre que la ama y á quien ella corresponde con su amor.

—¡Imposible!... ¡imposible!—dice don Alonso. —No puedo sacrificarte.

¿Hubiera hablado de manera distinta todo buen padre?

Después de reflexionar, encuentran ambos el medio, el recurso del convento, y lo consultan con Teresa.

La joven acepta con una sola condición: la de no ser monja.

—Tampoco yo lo deseo, ni lo pretendo,—contestó el anciano, sin que en esto faltase á la verdad.

Que don Alonso quería á su hija adorada para sí, y se proponía que, pasado cierto tiempo, volviese á su casa...

En esto coincidían los dos.

Y lo confiesa también la impiedad, sin ver que la conducta del padre de Teresa encierra un mentís anticipado á los que se atreven á poner en duda la *vocación* posterior de la Santa.

No fué impuesta, no fué forzosa; fué la suya vocación sincera y espontánea.

Ya lo veremos más adelante.

—¡Para élla y su padre!...—os oímos decir con cierta reticencia.

También para esa reticencia impía tenemos contestación.

Ni el padre, ni Teresa, ni las religiosas... Aquí os vemos de nuevo sonreir...

Las religiosas tampoco.

Exagerais, suponiendo que cuantos reciben educación en los Institutos religiosos se ven seducidos, cuando no forzados, á pertenecer á la Orden que se encarga de la dirección de su juventud.

Esto también es inexacto.

Haced una estadística (argumento moderno decisivo), haced una estadística de los que, educados en establecimientos dirigidos por el sacerdocio ó por las monjas, abrazan el estado clerical ó regular, y os convenceréis que no estáis acertados al afirmar que cabe, ni aun ese riesgo, dentro de los

conventos, monasterios ó casas de educación regidos por monjas ó por eclesiásticos.

¡Ah! La inmensa mayoría de los que atacan y censuran la *educación religiosa* de la mujer, no se atreven á señalar, ni aun á decidirse por otra, á no ser los visionarios, que quisieran trastornar el mundo, convirtiendo á la mujer en lo que no es, ni debe, ni en general puede ser.

Nosotros, que tenemos la imprescindible obligación de abordar cuantos problemas encierra la historia de una mujer como *Teresa de Jesús*, y los venimos abordando con valentía y con arreglo á nuestras más arraigadas convicciones, no hemos de rehusar éste que nos sale al paso aquí.

Conocemos y confesamos que puede tener sus inconvenientes en casos determinados la educación de un monasterio:

Que no á todas las jóvenes conviene esa educación;

Pero de esto, á conceder, ni por un solo instante, que tengan razón los que aludidos dejamos, hay una distancia inmensa.

No entró niña, Teresa, en el convento de educandas seglares de más fama y nombradía de la ciudad de Ávila; entró cuando era ya casi una mujer.

Llevóla don Alonso allí en un momento crítico de su existencia, rodeada de peligros, de seducciones; conceptuándose incapaz de contrarrestar el

influjo de una mala amistad, de la lectura de ciertos libros, y hasta de su inclinación hacia el caballero de quien tenía motivos para dudar se condujera como tal...

¿Cabe mayor justificación?

¿No obran hoy mismo muchos padres del mismo modo que lo verificó Sánchez de Cepeda? Conocemos á muchos que proceden con juicio; que declaman, y se contradicen luego, cuando de la educación de sus hijos se trata.

Nosotros no les censuramos por ello; pero hacemos notar esta coincidencia en que no todos se fijan y tiene una alta significación en apoyo de las doctrinas que sustentamos.

Sin base religiosa, no concebimos buena educación; sin creencias, no comprendemos satisfaga á ningun padre la dirección de sus hijos.

Pero tratándose de la mujer, ¿podréis negarnos que lo único acertado es prepararla en su juventud para que llene su misión en la tierra?

¿Cuál es ésta?

Pues no es otra que el *amor* y el *sacrificio*; amor y sacrificio como hija, como esposa y como madre.

Sólo la religión, y la religión del Crucificado, ha hecho que la mujer ocupe en el hogar su verdadero y legítimo sitio.

Sólo la religión cristiana predispone su alma para *querer* y *sufrir*, destino sublime de esa mitad del género humano en el mundo, y que si sabe y

llega á llenar, hace con seguridad la dicha de los demás.

Todo otro destino, con raras excepciones, es contrario á la mujer y perturba y altera el orden de la familia, y por reflejo inevitable el orden social.

¿No es esto lo que habéis visto siempre en vuestras madres, en vuestras esposas, en vuestras hijas?

¡Cariño y sacrificio!... hermosísimos privilegios de la mujer buena en todas las clases sociales, desde la más alta y aristocrática hasta la más pobre y humilde.

¡Amor y abnegación! atributos exclusivos de toda mujer, llenados los cuales, ni la podéis, ni la debéis exigir más.

Pues á ellos la predispone y prepara la religión.

La mujer sin religión, es un ser mítico, inconcebible; ser que en general no ha existido nunca, y plegue al cielo que no exista jamás.

El hombre, y principalmente la mujer, sin creencias, sin esperanzas de recompensa... ¡ah! esto es un absurdo que no cabe en cerebros medianamente organizados. La ciencia de Dios, no es obstáculo á los demás conocimientos que el hombre y la mujer pueden adquirir.

«Para todo hay tiempo» dice la Escritura; pero lo primero es y será siempre lo primero.

Sin Dios, nada podreis hacer, y vuestros cono-

cimientos todos serán vanos y estériles, si no los asentáis sobre tan inquebrantable cimiento.

¡Cuántos sabios se han perdido en sus propios pensamientos por haber arrojado lejos de sí á Dios, que era el único que podía darles la verdadera ciencia!

—Haré perder,—dice el Señor,—la prudencia á los fuertes y la sabiduría á los hijos del siglo.

Bien sabemos que el cumplimiento de todo deber encuentra siempre obstáculos.

Petulancia juvenil, fogosidad de carácter, voluntad caprichosa, complaciente pereza...

Para vencer todo eso, hay necesidad de aplicar la imaginación, de dominar el corazón y de recurrir á la cooperación de un estimulante saludable y provechoso.

¡Ah! la humanidad está hecha así: quitadla la esperanza de una recompensa.

—He inclinado mi corazón hacia vos, dice el Salmista, á causa de la recompensa.

Sin ella, la estirpe humana, dado sus destinos en el mundo, sucumbiría bajo el peso de esos destinos, y más particularmente la mujer, que casi sólo tiene en la tierra los de querer, los de amar, y padecer y sufrir.

Haced que *quiera* á medida de lo que está llamada á *sufrir*.

No hay otra teoría de educación que reemplace con ventaja á ésta, por lo que se refiere á la mujer.

Ésta es la que Teresa recibió en el monasterio á que su padre don Alonso la llevó, y á lo cual debió su salvación.

No concebimos á la humanidad entera sin fe; pero mucho menos á la mujer.

Nuestro siglo, en su orgullo, rechaza la herencia de confianza y de amor de los anteriores, y es evidente que, para muchos, la fe no existe, se ha trocado en impiedad, y hasta la virtud misma se oculta tímida para librarse de las miradas de los malos.

Todos hacemos sacrificios en aras de la cobardía, del interés ó del qué dirán; todos, casi todos, nos dejamos arrastrar por el falso respeto humano, y tememos mostrarnos valerosos en presencia de la sociedad que concede ejecutorias á la mentira y rechaza toda virtud.

Tengamos el valor de oponernos una vez más á las corrientes del error cuando le encontramos tan palmario, como, en lo que se refiere á la educación de la mujer, se ha generalizado hoy.

Se tiene corazón, energía y valor para todo, menos para la defensa de los intereses del alma y para proclamar en lo que estriba la gloria de Dios.

Se resiste á los obstáculos; se lucha contra los peligros; se muere por la defensa de una idea, de un partido, y no se sabe, ó no se quiere, ni combatir á los enemigos de Dios, ni padecer por su gloria.

Nada se perdona ni parece costoso en defensa de un pasajero interés, y todo parece mucho en defensa del cielo. ¡Oh, ceguedad de los hombres! ¡Oh, increible cobardía de las almas!

¿Quién podrá darnos el secreto para sondear ese mal profundo?

¿El deber de combatirlo y la energía y el valor bastante para señalarle?

Cuando de fe se trata, sólo los que la poseen pueden transmitirla; cuando de creencias religiosas se há menester, sólo los que las poseen cabe que las enseñen.

¿Negaréis esto?

Pues si no podéis negarlo, tendréis precisión de convenir con nosotros, en que la educación de Teresa fué la más acertada, la mejor, la única que podía responder á los deseos de su padre, y á lo que su madre doña Beatriz hubiera hecho á vivir.

El fruto primero que la Santa recogió en el monasterio de Gracia, fué el buen ejemplo; después de él, la *paz del alma*.

IX.

El buen ejemplo.

Es siempre Teresa la que nos da á conocer lo que estamos llamados á consignar.

Dícenos ella misma, que lo que más impresión la hizo en el monasterio de Gracia, fué el *buen ejemplo*.

El hombre no vive sólo para sí, sino que se debe á los demás; es decir, á la sociedad de que forma parte.

Si pudiéramos vivir sólo por y para nosotros mismos, estarían de más los instintos, y las necesidades legítimas de nuestra alma no tendrían objeto ó no podrían verse satisfechas.

Si, pues, no podemos vivir sólo para nosotros; si hemos menester de los seres que nos rodean, lo que principalmente debemos á nuestros semejantes, es un *buen ejemplo*.

Extraviar á los demás por causa de nuestros

propios extravíos, es propinarles á sabiendas un tósigo mortal.

Pero ese deber se acentúa aún más en los padres, tutores, maestros ó directores de la juventud.

Imbuídas en estas máximas hermosísimas las profesoras, las maestras de Teresa, se le dieron tan perfecto, tan cumplido, que á los pocos días experimenta la Santa sus efectos saludables.

Hemos experimentado en nosotros mismos un efecto análogo, un efecto semejante.

Existen dos medios eficacísimos de persuasión: la *palabra* y el *ejemplo*.

La maestra de Teresa, doña María Briceño, comprendiendo desde luego la capacidad y notables disposiciones de su discípula, empezó por aconsejarla, no lo que quería, sino lo que debía querer.

La misma Santa nos lo dice:

«Comenzando á gustar de la buena y santa *conversación* de esta monja, holgábame mucho de oirla cuando me hablaba de Dios, que en todo era muy discreta y sabia.»

Danos Teresa á conocer á seguida el orden ó método de persuasión con ella empleado:

«Comenzóme á contar,—dice,—cómo ella había venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: *muchos son los llamados y pocos los escogidos*; ponderóme luego el premio que da el Señor á los que todo lo dejan por él, y así, insensible-

mente, esta buena compañía desterró en mí las costumbres que había tomado de la mala, y volvió á poner en mi pensamiento deseos de cosas eternas, de cosas del cielo, de cosas de Dios, de cosas santas.»

Aún subsiste la escuela donde Teresa se educó, convertida en sacristía interior.

Aún se conservan el confesonario y comulgatorio que élla usó, y son los que están en la iglesia del monasterio, teniendo el primero pintada en su parte superior la misteriosa estrella que se apareció á las religiosas y que se entró en el pecho de su venerable Maestra, significando la refulgente estrella que de ella había de nacer.

Existe además en la iglesia, en el altar junto al comulgatorio, un cuadro que representa á la Santa en actitud de ser instruída, teniendo una inscripción que así lo da á conocer.

Después de estos recuerdos vivos, ¿habrá quien dudar pueda de una existencia tan reciente, tal como ella misma nos la pinta y refiere, y sus ilustres y contemporáneos biógrafos confirman?

¡Ceguedad incomprensible!

No; digámoslo por su propio nombre: notoria, evidente impiedad y mala fe.

La *palabra* es susceptible de engaño, y por eso el hombre no la da con facilidad entero crédito; el *ejemplo*, en cambio, no puede engañar; de aquí

que se le conceda en todos sentidos tanta autoridad, tanto poder y transcendencia.

Varias son las causas que deben inclinarnos á dar *buen ejemplo*; pero la primera y principal es la de ser miembros de la Iglesia de Jesucristo.

Merced señalada, con efecto; título glorioso, es pertenecer á esa gran sociedad, sociedad augusta, fundada por el Salvador del mundo.

¿Y qué menos puede hacerse para corresponder á esa distinción, que no deshonrarla con una vida licenciosa y contribuir á su gloria, á su extensión y mayor brillo?

Pues bien; sólo dando *buen ejemplo*, cumpliremos esas dos sagradas é imprescindibles obligaciones.

El resultado de un buen ejemplo será mostrar á la faz del mundo que la Iglesia es santa, puesto que sus individuos marchan ayudados por Dios, y á grandes pasos, por el camino de la perfección; será patentizar á los incrédulos é indiferentes, que las virtudes que el catolicismo impone son practicables, puesto que los fieles no sólo se someten á ellas sin repugnancia, sino que rinden culto de un modo ostensible y sin vanidad á las que parecen más penosas y más difíciles.

Por otra parte, el *buen ejemplo*, no sólo mantiene á los inconstantes en el cumplimiento de sus deberes, y trae al redil á las ovejas descarriadas, sino que anima á los justos y contribuye á su santificación.

Lo sucedido á Teresa en el monasterio de Gracia, patentiza lo que aquí ponemos.

El amor á nuestro prójimo, que es la ley de Dios, por otra parte y entrando en un orden de consideraciones diverso, nos impone también la obligación del *buen ejemplo*.

En efecto, como miembros de la comunión de los Santos, debemos ayudar á nuestros hermanos á alcanzar su salvación.

«Dios ordena que nos cuidemos del prójimo,» dice el Eclesiástico, y el modo eficaz con que podemos ayudarle, es sin duda el buen ejemplo.

—Que tu luz brille á los ojos de los hombres,—decía doña María Briceño á Teresa,—para que viendo tus buenas obras, glorifiquen á Nuestro Padre, que está en los cielos.

¡Desgraciado del que escandalice!

—«Al que escandalizare á uno tan sólo de los pequeños que creen en Mí,—dijo Jesucristo,—más le valdría que con una rueda de molino al cuello se le arrojase al fondo del mar.»

—«Os he dado,—añade el mismo Salvador,—os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo que yo he hecho.»

Ninguna de nuestras acciones, ninguno de nuestros actos es indiferente al prójimo; todos llevan en sí, ó la edificación, ó el escándalo.

El *buen ejemplo* atrae simpatías, inclina la voluntad y subyuga la razón.

El poder del ejemplo es inmenso, sus consecuencias incalculables, tanto para el presente como para el porvenir, para los contemporáneos como para nuestros descendientes.

Ahora bien, preguntaremos: ¿Estamos bastante persuadidos de esas verdades?

¿Nos edificamos mutuamente?

¿Tratamos, por cuantos medios nos incumben, de atraer á nuestros hermanos á la virtud?

Preciso es convencerse de que no se puede ser verdadero cristiano, ni puede amarse al prójimo, si no se cumple el precepto del *buen ejemplo;* precepto que obliga á los que están unidos por el parentesco, la dependencia ó la amistad; pero que es mayor en los padres respecto de sus hijos; en los amos, para con sus criados ó inferiores; y en los Pastores, porque deben ser dechados del rebaño de Jesucristo.

Todo buen católico debiera dar ejemplo con la práctica de buenas obras, de piedad y de fe, aunque sólo fuese para reducir al silencio á los impíos, dándoles á conocer la verdad y las excelencias de la virtud.

Nada es más molesto al libertino, que la presencia del hombre virtuoso.

Seamos siempre lo que debemos ser; seamos buenos, y el vicio, en vez de mostrarse al descubierto, tratará de ocultarse, y no encontrando sitio en que poder librarse de nuestra vista, se aver-

gonzará de su soledad y dejará su puesto á la virtud.

Nuestro propio interés nos impone también la obligación del buen ejemplo, puesto que al inclinar á los demás á la virtud, es seguro, evidente, la practicamos nosotros mismos.

Procurando la salvación del prójimo además, hacemos una obra meritoria á los ojos de Dios, y por ella obtendremos infinitas gracias.

Por el *buen ejemplo* de sus maestras, Teresa logra detenerse en la pendiente del mal.

Se rehace, se cambia, se transforma, y en pos de esto alcanza el segundo beneficio que dejamos acentuado: la *paz del alma*.

X.

La paz del alma.

¡Fruto hermosísimo! ¡Fruto admirable de la educación religiosa de Teresa!

La paz del alma.

¿Cómo pasar en silencio este resultado del ingreso y permanencia en el monasterio de Gracia, de la Santa?

Con él concluímos este libro, uno de los más interesantes de nuestra obra, porque le consideramos uno de los más prácticos.

La virtud es un tesoro de paz, manantial seguro de alegrías íntimas, de felicidad, en una palabra.

Vosotros, los que servís á Dios de corazón, sabéis cuán pura es esta felicidad.

Y aun mejor que vosotros lo saben los que después de haberla gustado, tuvieron la desgracia de caer en las agitaciones de la duda ó del pecado.

Esto pasó á Teresa.

«Atajado á tiempo el peligro y rotas las cadenas

que comenzaron á sujetar su magnánimo corazón, no es mucho que renaciera en ella la antigua *paz de su alma*, mucho más sabrosa y dulce que la que el mundo ofrece á sus seguidores.

»*Paz* que nace del cumplimiento del deber y de la práctica de la virtud.

»*Paz* que sólo disfrutan los que se apartan del mal y se aficionan al bien.

»*Paz* que todos ansían de igual manera, que muchos persiguen, que únicamente existe en el recogimiento y en la oración.»

Había Teresa abandonado su fervor religioso, su piedad se había resfriado, dejó de ser caritativa por cuidarse de sí misma, de engalanarse y perfumarse, y desde aquel instante se trocó su dicha interior en inquietud y desasosiego.

Volvió á gustar de pláticas santas, de consejos saludables, de lecturas útiles y provechosas, abandonando las de vano y puro entretenimiento, y su corazón comenzó á latir suave y moderadamente, reviviendo, que sólo revivir tenían en su alma, los pensamientos y los deseos de la gloria.

No está por lo común recompensada aquí la virtud, la abnegación, la caridad, ni el heroismo; el malvado es muchas veces el más dichoso, y el pobre no tiene otro consuelo que los tristes derechos que lleva consigo el infortunio y la miseria.

Hay, no obstante, un premio envidiable para el bueno aquí en la tierra: *la paz del alma*.

Costó á Teresa volverla á poseer, pero comenzó á poseerla luego que volvió á su camino de antes, del que momentáneamente se había separado, y nunca por completo, como sostienen sus más ilustres biógrafos, y ella misma atestigua.

En nombre de la doctrina católica, la única verdadera, os afirmamos por esto que los bienes, los placeres, la fortuna, y la salud misma, no deben preocuparnos tanto, si es que en efecto anhelamos una ventura más positiva en el cielo, y hasta aquí en el mundo, el sosiego y la paz de nuestras conciencias.

¡Qué más falso, qué más frágil, que las satisfacciones puramente humanas! ¿Hay una sola que nos ponga á cubierto de grandes infortunios y contratiempos? ¿Valen tan fútiles objetos que sólo en ellos pensemos olvidando lo esencial, lo que nos sigue hasta la tumba?

Tal proceder no es cristiano, ni siquiera razonable.

No nos extraña que el mundo califique de venturosos á los que poseen esas vanas dichas y esas engañadoras felicidades. Lo raro, lo singular, es que nosotros, llamándonos hijos de la Iglesia, no busquemos los verdaderos bienes en este destierro, en este valle de lágrimas y de miserias.

Al cielo, al cielo debemos elevar nuestros corazones y nuestros suspiros.

Es más: aun cuando la dicha pudiera encontrarse en este mundo, el verdadero cristiano no debe

considerarse como dichoso, ni dar este nombre, sino á los que pertenecen á Dios y son fieles á su ley.

Esto decía siempre y á todas horas doña María Briceño á Teresa, y la joven llegó á persuadirse de ello.

Desengañaos: si durante un período más ó menos dilatado habéis poseído las riquezas de la gracia; si habéis gustado las dulzuras de la piedad; si habéis reunido méritos y buenas obras; si habéis logrado, como la Santa, estar santificados por la práctica de las virtudes cristianas y el cumplimiento de vuestros deberes; si habéis pasado los días con la alegría de un corazón puro y amigo de vuestro Dios, como élla, sólo volviendo á esas complacencias hallaréis la *paz del alma.*

La sorpresa de la protagonista principal de nuestra obra fué grande, cuando al cabo de algunos meses de permanencia en el monasterio comenzó á experimentar lo que tan dichosa y feliz la había hecho durante su niñez y su adolescencia.

Un nombre pronunciado por Teresa, el que había de llevar hasta el punto de oscurecer sus apellidos ilustres, bastó para obrar en élla la transformación que dejamos indicada.

Ese nombre, ya lo habréis adivinado cuál fué: nombre santo y terrible á la vez, conocido de uno á otro continente; manantial de salud y origen de

consuelos inefables; nombre más grato que la miel más suave, y con el cual no pueden compararse ni los más armoniosos cánticos, ni los más expresivos pensamientos, ni los afectos más íntimos. Esperanza de los penitentes, consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores.

Ni la palabra puede decir, ni la escritura expresar, la dicha que experimentó Teresa al volver á pronunciar, fervorosa y arrepentida, ese nombre divino, que constituye las delicias de los ángeles y de los santos en la corte celestial.

En su alabanza vibran las arpas de los querubines y de los serafines, y la gloria entera se postra ante él, la tierra se estremece, y las criaturas, poseídas de noble entusiasmo, lo aclaman grande y admirable...

Ese nombre tan poderoso y tan grande, fué el nombre de JESÚS, hijo de Dios vivo: nombre augusto que jamás será bastante amado y bendecido.

Al poseerlo de nuevo su corazon, brilló en él la verdad con todo su esplendor, y la parecieron pequeños y fútiles todos los dones de la tierra.

¡Oh! Si pudiéramos comprender, como Teresa, la eficacia toda de ese divino nombre, y el inmenso amor en que por nosotros se abrasa noche y día, y se abrasará hasta la consumación de los siglos, ¡cuán presto recobraríamos, como la Santa, la paz, la dicha y la ventura de nuestras almas!

San Bernardo dice: «Brilla, alimenta, unge y sana.»

Parafraseemos esta cita, que de manera tan cumplida se confirmó en Teresa.

Antes de ser conocido este divino nombre, se hallaban sumidos los pueblos en las más densas tinieblas: la ignorancia era el triste patrimonio de la humanidad, que, careciendo de nociones exactas acerca de Dios, de la caída del hombre, del misterio de su regeneración, del alma y sus destinos en la vida futura; desconociendo el mundo físico y los elementos que le componen, sólo la fatalidad y la casualidad dominaban por doquiera.

En el instante en que fué conocido el nombre de *Jesús*, brilló sobre los pueblos una viva luz, y desaparecieron las tinieblas de la ignorancia, como desaparecen las estrellas en presencia del sol; la humanidad conoció sus deberes, y los inmortales destinos que la estaban reservados por el misterio de la reparación; adquirió ideas exactas de Dios y del Verbo, de sí, de la creación y sus espléndidas maravillas.

Con inspiración divina anunciaba el profeta Isaías la virtud de este divino nombre, cuando exclamaba:

—Jerusalén, levántate; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor se ha alzado sobre tu cabeza. La tierra se verá cubierta de tinieblas, y los pueblos sumergidos en sus profundidades; pero el Señor se elevará, y en tí será vista su gloria. Los pueblos caminarán al resplandor de esta viva

luz, y los reyes al amparo de tan divina aurora. Levanta tus ojos, y mira ese cúmulo de pueblos que se han reunido y que vendrán de lejos para contemplarte. Lo repito, levántate, y serás alumbrada, ¡oh Jerusalén!

Y la profecía se cumplió, y en Teresa obró el portento de la *paz de su alma.*

«No es el maná material del desierto de Sinaí, sino alimento espiritual que harta á cuantos tienen hambre,» dice un doctor de la Iglesia. [1]

El recuerdo tan sólo de este nombre divino, es un principio de fuerza; repara nuestros sentidos, debilitados por penosos trabajos, ó tal vez ¡ay! por funestas pasiones; corrobora las virtudes cristianas y nos infunde valor para practicarlas; hace florecer las buenas obras y enciende las más castas afecciones.

¡Ah! ¡cuán ingrata es el alma y cuán grande su insensibilidad cuando el nombre de *Jesús* no la llena con su inefable dulzura.

Este divino alimento, transmitido por el nombre de Jesús, es el que cantaba en sus famosos éxtasis el rey Profeta.

—Alabaré, Señor, vuestro nombre,—decía,—y le proclamaré y le confesaré públicamente. Con él gozaré y me conmoveré de alegría; que vuestro nombre sea bendito, ¡oh, Dios de nuestros padres! que en vuestra cólera no habéis olvidado vuestras

---

[1] San Bernardo.

misericordias. Sólo vuestro nombre obra prodigios; ¡bendito sea en todo lugar y tiempo! Que los que han conocido vuestro nombre esperen en vos, y no abandonéis jamás á los que á él han recurrido.

¿Queréis la paz de vuestra alma? Invocad el nombre de *Jesús*, y las virtudes todas afluirán á ella, cual rápido é impetuoso torrente.

La fe con su poder y grandeza, la esperanza con sus santos consuelos y sus castas dulzuras, la caridad con sus tiernos é impetuosos ardores, la sabiduría con sus consejos y saludables enseñanzas, la castidad con sus atractivos y divinos encantos; todos los bienes os llegarán con ese divino nombre.

Teresa le invoca, le pronuncia, arrodillada al pié de los altares, y al instante se transforma, y al momento asegura el sosiego, la *paz de su alma*.

¡Don divino! ¡Don celestial que había perdido y que recobraba para no perderlo jamás, según élla nos asegura!

Y la que fué franca en confesar su caída, debe ser creída al decirnos lo que la cambió y regeneró igualmente.

Se encuentra alguno, como Teresa, sumido en las angustias de la tristeza... Invoque el nombre de *Jesús*, y se verá libre de todo dolor.

Se cae en el crimen, se está á punto de abandonarse á la desesperación... Invoque el nombre de vida, y se apercibirá en seguida de la fuerza supe-

rior que vivifica nuestro ser y se apodera del corazón.

Vacila alguno en su camino... Que marche por la senda trazada por Jesús, y de repente dejarán sus pasos de ser inciertos y vacilantes.

Vosotros, los que en este triste destierro os sentís víctimas de innumerables sufrimientos, invocad el nombre de *Jesús*, y os veréis libres de vuestros dolores y vuestras penas; los que habéis perdido alguno de vuestros hijos y no podéis encontrar consuelo en vuestras angustias, invocad el nombre de *Jesús*, y vuestro corazón, atribulado por la tristeza, renacerá á la esperanza y á la vida; esposas que habéis visto desaparecer á vuestros esposos, y que, sumergidas en las penas de una triste viudez, no encontráis por todas partes más que el desgarrador recuerdo del objeto que os ha arrebatado la muerte, invocad el nombre de *Jesús*, y este divino nombre cicatrizará vuestra profunda herida; pecadores que habéis perdido la gracia de Dios, y para quienes, quizá, ha llegado á ser la iniquidad una bebida y un alimento cuotidiano, invocad el nombre de *Jesús*, y desde el instante mismo reconoceréis la locura del vicio, y diréis á la faz del siglo á vuestros instigadores al mal:

—¿Por qué me engañásteis?...

Vosotros todos, quien quiera que seáis, ricos ó pobres, justos ó pecadores, invocad tan dulce nombre, y encontraréis paz y tranquilidad.

No tan sólo es dulce y admirable el nombre de

Jesús como virtud y poder; lo es tambien como recurso eficaz de salvación, y Teresa nos convence de esta verdad.

Y no sólo Teresa, llamada de *Jesús* en el orbe entero, sino cuantos á Él acuden confirman la misma creencia.

¿Quiénes son, en efecto, los que le invocan?

Vedlo:

La madre tierna y cariñosa que, llena de solicitud por el ser que ha dado al mundo, le enseña á balbucear tan dulce nombre.

El padre que, queriendo hacer de su hijo un ciudadano honrado para la tierra y un predestinado para el cielo, le enseña á depositar toda su confianza en él.

La esposa fiel que, anhelando atraer á su esposo al camino de la penitencia, se prosterna á los pies de la Cruz, diciendo:

—¡Oh, Jesús, mi divino Salvador! tened piedad de mi esposo, y convertidle.

La hermana que, al ver á su hermano envuelto en el torbellino de culpables pasiones, é insensible al saludable grito de la conciencia y de los remordimientos, implora piedad pronunciando ese nombre, que abate los cedros del Líbano y encorva los cipreses de la montaña.

El guerrero que, expuesto sobre el campo de batalla á las mortíferas balas, exclama:

—¡Jesús, salvadme y devolved vuestro hijo á un

padre y á una madre, ó un esposo á su esposa que suspiran por su feliz regreso!

El mendigo que, soportando con resignación sus privaciones y su miseria, pone toda su confianza en el Dios Salvador, que se hizo pobre para enriquecernos.

El preso que, expiando su falta por medio del castigo, pronuncia de vez en cuando ese augusto, ese divino nombre, y encuentra, repitiéndole, un consuelo para sus males y una dulce resignación para sus desgracias.

El enfermo que, postrado en el lecho del dolor, y restándole muy pocos instantes de permanecer sobre la tierra, espira pronunciando ese santo nombre que le sirve de viático para el largo viaje de la eternidad.

La esposa del Señor que, velando al pié de los altares cual lámpara solitaria, repite á cada momento:

—¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios mío, mi Maestro; mi Rey! tened piedad de vuestra pobre sierva, que os bendice y os ama.

El anciano, en fin, que, al borde de la tumba, le invoca, encontrando en él fuerzas suficientes para continuar su camino hasta las costas de la patria celestial.

¿Podéis negarnos esta verdad?

¿La negaréis en Teresa, que la confirma en el hecho de recobrar su tranquilidad, su dicha, su sosiego, su paz perdida?

Dichosa, mil veces dichosa el alma que invoca con confianza el nombre de *Jesús*, porque ese nombre tendrá para ella una virtud omnipotente, que la pondrá al abrigo de las seducciones de Satanás y de las ilusiones del mundo, que la recordará los más brillantes triunfos del Hombre-Dios y la más heróica piedad.

Invocadle, pues, con frecuencia, cuantos leáis este libro, si queréis poseer la vida.

Invocadle en vuestros sufrimientos y en vuestras penas, en vuestras tentaciones y en vuestros temores; cuando estéis sanos y cuando os halléis enfermos; tanto en las cadenas de la esclavitud, como en las dulzuras de la libertad.

Invocadle durante la noche, invocadle durante el día.

Que esté siempre en vuestra boca; que jamás se borre de vuestros corazones, y será para vosotros:

Lo que es para el viajero fatigado el manantial de agua viva que encuentra en el desierto:

Lo que es para el labrador la deseada lluvia que cae sobre sus agostados campos:

Lo que es la sonrisa de una madre para su hijo:

Lo que es para el prisionero una débil luz en su oscuro y lóbrego calabozo:

Lo que el techo, bajo el cual nació, vale y significa para el desterrado:

Lo que es para el cautivo la mano que rompe sus pesadas cadenas:

Lo que es la palabra del anciano que cuenta á sus descendientes, conmovidos, una vida llena de buenas obras:

Lo que es para el enfermo la mano que arregla su lecho:

Lo que es la esperanza, en fin, para el hombre que cruza por la tierra.

Sin estas paráfrasis y estas deducciones no cabe escribir con provecho, escribir con fruto una historia, una vida de Santa Teresa.

LIBRO SÉPTIMO

EL DEDO DE DIOS.

I.

Dolencia grave.

No podemos ni debemos todavía interrumpir nuestro relato volviendo la vista á los acontecimientos que dejamos en suspenso á la conclusión del libro IV, para engolfarnos en la vida de la Santa, asunto fundamental de esta obra, solicitado y pedido con empeño.

La *niñez*, la *adolescencia* y la *juventud* de Teresa, llevan ya una extensión mayor que nos habíamos propuesto, que habíamos pensado.

Ninguno, hasta el presente, les ha dado tanta.

¿Se entenderá por esto que habremos traspasado los límites que llevar debían en una obra en la cual nos hemos comprometido á estudiar, á dar á conocer por *completo* á una de las figuras más bellas é interesantes de nuestra historia patria?

Mujer humilde, pero cuyas portentosas hazañas fueron fecundísimas para la tierra, y lo fueron aún más por lo que toca y se refiere al cielo.

No esperamos por parte de nadie una crítica de este género, una crítica semejante.

Nada huelga de cuanto llevamos dicho; todo ha surgido, todo lo ha dado de sí y de un modo natural el asunto.

¿No es esto cierto?

Al presente surge por orden cronológico en la vida de la Santa una materia importantísima, y no menos transcendental é interesante.

En la que la impiedad se ceba con ensañamiento singular en nuestros días, y que merece, por lo tanto, una doble atención de nuestra parte.

Inquietos, los que á sí mismos se califican de espíritus fuertes, de almas de acerado temple y de despreocupación evidente ante el espectáculo, siempre magnífico, de una *unanimidad absoluta*, en cuanto á juzgar y á pensar de Teresa, tanto durante su vida como después de su muerte:

No pudiendo soportar el *mortificante* sentir de tantas autoridades como atestiguan cuanto llevamos dicho y hemos de decir más adelante, han izado bandera, han levantado lo que, con inmodestia suma, llaman cruzada de verdad.

¿Contra quién, diréis?

Asombráos... ¡Contra la salud y hasta el cabal juicio de la Santa!

Y nos la ofrecen, por compasión todavía y por no chocar más de frente contra el empuje de la evidencia, como una *enferma*, como una pobre loca, como una desdichada demente.

¡Gran recurso! ¡Recurso supremo!

Teresa es un ser extraordinario por sus virtudes, por sus talentos, por sus obras, por sus acciones:

No se parece á ninguna otra; es un raro portento;

Así lo proclama por unanimidad el mundo entero.

Pues bien; sólo para unos cuantos desdichados, dignos de compasión, va á ser... ¡una *enferma!*

—¡Ya dimos con la clave, con la explicación de todo!—exclaman engreídos.

No os canséis en proseguir leyéndonos los que tengáis la inmensa penumbra de pensar de manera diversa que todo el mundo, de dar crédito á las *nuevas* teorías y á los flamantes descubrimientos hechos para destruir el testimonio de tantas generaciones.

¡Vano, inútil empeño!

Vuestros ídolos, que los tenéis, son de barro; los nuestros son de piedra mármol, de bronce, de plata y oro al parecer, pero son ídolos como *Teresa de Jesús*, á quien la baba inmunda de la mentira ó la calumnia no habrán de manchar jamás.

Están en el cielo, así lo creemos firmemente; ni allí ni á nuestros corazones podréis llegar.

Tenéis el pueril orgullo de la excentricidad; nosotros el del más profundo respeto á la antigüedad, y á la opinión constante de los siglos, que valen más que vuestro criterio individual.

Os parece denigrante conformaros con la opinión ajena; nosotros, de la propia desconfiamos siempre.

Creemos que hay locos, ¡infelices!... ¿no hemos de creerlo?... Pero proclamamos á la vez, sin ambajes, ni reticencias, ni distingos, que los santos no podéis, sin ser unos insensatos, llamarlos locos.

Que hay quien se ve dominado por las pasiones y los malos instintos; ¿qué nos diréis de esto á nosotros, que hace muchos años administramos justicia?

Dignos de compasión son todos, absolutamente todos los criminales, pero no son enfermos, empero, para quienes las clínicas y los hospitales serían el solo y único remedio.

¡Ojalá fuese así! Nadie más que nosotros se alegraría de ello.

Los que son tan compasivos con los *malvados*, se muestran hoscos é intolerantes con los *buenos*.

¿Por qué este fenómeno, que se va haciendo como de moda y se infiltra en la legislación con el propósito de variar las costumbres?

Haced en pro de la desgracia cuanto queráis, que nunca llegaréis á lo que ha hecho y hace la caridad cristiana; nada os opondremos en contra; pero dejad á la virtud en paz, y á la creencia

sosegada; respetad la libertad del bien cuando ella no os hace ningun daño.

¿No reparáis que os hacéis *sospechosos* con vuestra oficiosidad, por desterrar de entre los hombres la virtud y la piedad, las creencias y la fe?

Estuvo Teresa año y medio, poco más ó menos, en el monasterio de Gracia.

Una mañana, ¡mañana nuevamente triste y funesta para la familia de los Sánchez de Cepeda! don Alonso estudiaba ó leía en su cuarto.

Casi al tiempo mismo, con intervalo de breves instantes, llegaron dos recaderos á su casa: el uno venía de Ortigosa; el otro del convento en que su hija Teresa se encontraba á satisfacción y contento del noble castellano.

—¿Qué ocurre?—preguntó algo receloso al primero que llegó don Alonso.

Y el interrogado le entregó, sin articular palabra, por toda contestación una carta.

Su silencio inquietó al jefe de la familia de los Sánchez de Cepeda.

Se trataba de su hermano, á quien quería con delirio.

Abrió la epístola; era del mismo don Pedro, del esposo de doña Catalina del Águila, madre de María, la joven enamorada de don Juan Hispaleto, del pintor, del viaticado, á quien dejamos en Madrid en casa de los marqueses de las Cuevas, en hora crítica, en momentos solemnes, que han de

tener en breve que volver á ocuparnos con la detención que merecen.

La aparición de la gran *Teresa* en esta obra ha venido á eclipsar los personajes con quienes relacionamos al principio de ella á nuestros lectores.

¿No desean muchos saber lo que fué de ellos?

Satisfaremos cumplidamente su natural curiosidad, con la doble ventaja de haber logrado enlazar todo nuestro pensamiento, dándole al fin, á pesar de lo difícil que era, mayor unidad y atractivo.

La carta que abrió don Alonso contenía sólo dos renglones:

«Me amenaza una gran desgracia; necesito de tí, hermano; te espero; vente.

PEDRO.»

—¿Podéis decirme?...—preguntó don Alonso al portador, no acertando á adivinar lo que aquello significaba.

—Nada sé, señor; nada puedo decir á su mercé.

—¡A Ortigosa!...—exclamó el caballero, y ordenó que lo dispusieran todo para el viaje inmediatamente.

Observando con más detención la carta de don Pedro, el hidalgo avilés llegó á apreciar señales evidentes de haber caído sobre el manuscrito alguna lágrima, y esto acrecentó sus temores.

—Las cartas de familia,—pensaba para sí,—¡qué terribles son!

El mensajero que había traído aquélla, era una persona escogida expresamente para que don Alonso no supiese por él cosa alguna.

Vivía en un pueblo inmediato al en que el matrimonio residía, y allí le había ido á buscar un criado de toda confianza de don Pedro.

—La más pequeña indicación puede hacer daño á mi hermano,—había dicho el padre de María, y su viejo y leal sirviente le había comprendido.

¡Cuán pocos son hoy los criados que así entienden á sus amos!

En aquellos instantes, cuando tanto sufría, llegó el segundo mensajero.

Era del monasterio de Gracia.

—Teresa,—dijo el que lo traía,—se ha puesto mala repentinamente, y urge que su mercé acuda al convento.

—¡Disyuntiva fatal!—dijo con visible abatimiento el castellano.—A los dos puntos no puedo acudir al mismo tiempo,—prosiguió, combatido por angustiosa incertidumbre.

—¿Decís que mi hija?...—preguntó al fin.

—Está grave,—contestó el enviado por las madres agustinas.

—¿Han llamado al médico?

—En el acto.

—¿Y qué ha dicho?

—Yo no sé fijamente; pero á juzgar por la gran alarma que domina á la superiora, y á la maestra

de las educandas, y á las condiscípulas de la hija de su mercé, y...

—Basta.

—Que vuestra hija, señor, debe estar muy grave, es lo único de que he podido cerciorarme.

La gente vulgar se complace en dar malas nuevas; los hay en esto inexorables.

—¡Dios mío!... ¡Al convento!...

Contraorden completa; don Alonso se olvidó de su hermano para acudir á donde su amor de padre le llamaba.

Advirtió al que había traído la carta de don Pedro, que le esperase, ó se volviese, si lo creía preferible; que él iría á Ortigosa tan luego como pudiera, añadiendo:

—Ya comprenderéis... Primero que mi hermano... ¡pobre hermano mío! primero que mi hermano es Teresa, es mi hija... Decidle lo que me pasa, lo que me sucede.

Y siguió transido de dolor, desatalentado, al demandadero del monasterio.

Recorrió con rapidez vertiginosa, á pesar de su edad y sus achaques, la distancia que separaba su casa del convento de las Agustinas de Gracia.

Al llegar vió que le esperaba en el locutorio doña María Briceño.

—Hemos creído, señor, de absoluta precisión llamaros, y llamaros con urgencia.

—Hablad, señora.

—Vuestra hija, que anoche se acostó buena y

sana, contenta, alegre, como ella es, esta mañana...

—¿Qué?...

—La ha dado un síncope, un accidente.

—¡Santa Virgen!

—Del que no ha vuelto aún.

—¡Oh! ¿Y qué habéis hecho?

—Cuanto la prudencia aconseja en tales casos; ha venido vuestro médico don Juan, y permanece á su lado.

—Llevadme al punto á donde esté.

—Procurad serenaros un poco... haceros superior. El médico no sabe con certeza si oye y no ve, ó si ni ve ni oye.

Condujo la maestra de las educandas al afligido padre á donde se hallaba su hija rodeada de la superiora, de otras varias religiosas y educandas.

El hombre de ciencia examinaba, profundamente preocupado y reflexivo, á la enferma.

—No se acerque su mercé,—dijo éste á don Alonso.—Voy á advertirla, por si acaso... Estamos en un momento crítico; esto es un espasmo, un verdadero fenómeno nervioso.

Don Alonso necesitó un gran esfuerzo sobre sí mismo para contenerse; el médico colocó sus labios casi al oído de la joven, y la habló:

—Aquí tenéis á vuestro padre; ha venido á veros... ¿Me oís, Teresa?

La accidentada no hizo el más pequeño movi-

miento; pero sus ojos, que permanecían abiertos, se llenaron de lágrimas.

—¡Oye! ¡oye!—exclamó el docto facultativo.—Acercáos; habladla vos.

—¡Hija! ¡hija mía!—gritó don Alonso casi con acento desgarrador, y asiendo una de las manos de la que yacía postrada en cama.

La misma inmovilidad; de súbito, más rígida, más intensa y acentuada.

—Hemos perdido terreno,—exclamó el facultativo.—Ahora, ni nos ve, ni nos oye.

El estado de Teresa infundía pavor, infundía miedo.

El médico parecía, empero, tranquilo.

—¿Qué creéis que sea esto, doctor?

—Necesito tiempo para explicármelo por completo; puede ser mucho, y no ser nada; un estado pasajero que podremos dominar. ¿Ha sufrido esta educanda alguna emoción?

—Que sepamos, ninguna,—contestó la Briceño.

—¿Algún disgusto? ¿algún susto?...

—Tampoco.

—Mirad, doctor, parece que se muere; su rostro acusa una gran pena,—dijo repentinamente la Briceño.

—Eso no es para mí un síntoma alarmante; entiendo que la enferma no sufre física ni moralmente.

—¿En ese caso, la descomposición de sus facciones?...

—Las vengo observando con sereno espíritu.

—¿Y pensáis?

—Que la ciencia tiene recursos para dominar este primer ataque.

—¿Y luego?...

—Dios dirá.

—Aliviáis nuestro corazón.

—Nos quitáis un peso enorme del pecho.

A todos inspiraba igual confianza el sabio; sin ella, habrían desesperado de todo punto.

Qué ventajosísima situación la de un médico en el que se fía; para curar, es necesaria esta circunstancia; lo hemos visto prácticamente millares de veces.

Lo reconocemos y confesamos así; la historia, es historia.

La medicina estaba por entonces muy atrasada, pero no tanto como algunos se empeñan en afirmar.

Cierto, ciertísimo que en multitud de casos las personas piadosas hacían lo que se hace hoy y se hará siempre: «recurrir á la oración, á la súplica, al escapulario, al santo rosario, al agua bendita.»

¿Qué mal halláis en esto, si consuela, si alivia, si hace esperar?

¡Es mucha crueldad la de los que, sin darnos *nada*, en cambio nos quieren arrebatar esto!

Las monjas rezaban; las compañeras de Teresa rezaban tambien; el médico veía, observaba, estu-

diaba, y no permanecía inactivo un solo momento.

¿Qué más queréis?

Cada cual estaba en carácter; cada cual llenaba su puesto en aquella escena.

Los cuidados que prodigaba el doctor á la enferma eran exquisitos, y como de quien no obra por un ciego empirismo ó una rutina cómoda, cuando no se quiere trabajar ni estudiar.

Empirismo puro... aquí está el mal de muchos médicos antiguos y modernos; para esto son preferibles los curanderos.

La situación que dejamos ligeramente descrita se prolongó muchas horas, notándose alternativas súbitas y repentinas en la paciente; unas prolongadas, y más acentuadas otras.

Teresa no recobraba por completo el sentido; obraba inconsciente y automáticamente.

Cuando podía contestar, decía:

—Estoy bien.

—¿Sufres?

—No: he dormido.

A la caída de la tarde pudo articular algunas palabras más, pero siempre concluía diciendo:

—He dormido mucho.

Aconsejó el médico quietud, silencio, vigilancia y nada de alimento; la comida, en los males nerviosos, suele exasperarlos, ocasionar nuevos y mayores accesos.

Los agentes externos son fatales; es preciso á

todo trance evitar su acción sobre el organismo dislacerado.

—¿Seguís creyendo, doctor, que esté mal?—preguntó don Alonso.

—Mañana os hablaré con mayor convencimiento.

—¿Hay riesgo de muerte?

—No lo espero, pero la dolencia es grave.

El médico se fué á descansar; había pasado todo el día en el monasterio.

Al volver don Alonso á su casa, le dijeron que el de Ortigosa, cansado de esperar, se había ido.

No se acostó, ni pudo pegar los ojos, como decirse suele, en toda la noche.

Había ordenado le avisasen cualquier novedad, y convenido en que tirarían una piedra á la ventana de su aposento en caso urgente.

Era la manera de comprender con certeza que se trataba del estado de su hija.

Pasaron las horas, y poco antes de amanecer, un ruído seco, dado sobre los postigos de madera, hizo estremecer al castellano.

—¡Oh! el aviso convenido,—exclamó, y abrió la ventana temblando como un azogado.

—¿Sóis don Alonso Sánchez de Cepeda?—dijo una voz desde la calle.

—Sí... ¿venís del convento?

—No; de Ortigosa vengo.

—No comprendo,—murmuró el hidalgo.

Y bajó al zaguán y abrió al desconocido.

El que había arrojado el canto á la ventana del cuarto de Teresa, era un antiguo servidor, un fiel criado de don Pedro, natural de Avila, y á quien el padre de Teresa reconoció al momento.

—¿Tú aquí?...—le preguntó más sosegado.

—Sí, señor.

—¿Has encontrado en el camino?...

—Antes de aproximarme á la ciudad, he utilizado varios atajos para llegar más pronto.

—¿Es decir?...

—Que no he venido por el camino ordinario.

—¿Qué sucede en casa de tu señor? Habla, dí presto.

—Subamos, y lo sabrá su mercé.

—¿Mi hermano está enfermo?

—No, señor.

Don Alonso pareció respirar con más libertad, y precedió al mensajero.

Subieron.

El desconocido traía una nueva carta, más lacónica aún que la primera.

«Encomienda á Dios el alma de mi esposa; tu afligido hermano,

PEDRO.»

El castellano arrebujó entre sus dedos aquel papel y elevó al cielo sus ojos.

—¿Cómo ha sido ello?—preguntó pasados algunos instantes en que se vieron mover sus labios recitando una oración.

—Doña Catalina, la cuñada de su mercé, ha su-

cumbido de un ataque cerebral... Tres horas antes creíase buena y sana... Y lo estaba en efecto.

—¿Y cómo te se ha ocurrido tirar una piedra?

—El señor me lo ordenó así.

Era esta una señal de antiguo convenida entre los hermanos, en la época de las revueltas, en tiempos de las Comunidades, para no llamar la atención si uno ú otro tenían que trasmitirse alguna noticia ó se necesitaban.

El empleo de aquel modo de entenderse le había propuesto don Alonso á la Briceño, muy lejos de imaginarse lo que iba á suceder.

Estas raras coincideneias son más frecuentes de lo que parece, si en ellas se fija la atención.

—¿Y María?

—Permanece con sus tíos en Madrid.

—¿Nada puede saber, por consiguiente?

—Nada.

—¡Pobre niña! ¡quedarse sin madre!... Como mis hijos, como mi Teresa.

Amaneció, y el demandadero de las monjas vino á decir á Sánchez de Cepeda que el estado de la enferma no había cambiado, era el mismo del día anterior.

Las cosas, por lo tocante á la dolencia de Teresa, siguieron así durante una semana.

A un síncope seguía otro, y sólo pasada otra, se fueron haciendo más cortos, menos graduados y menos frecuentes los ataques.

Llegó á temerse que aquel mal se convirtiera en demencia, y hasta se citó con elogio el ya famoso asilo del *Nuncio* de Toledo, única casa de Orates que se conocía en España en aquel entonces, y en donde no es exacto que se diese á los enajenados un trato cruel y anticristiano.

El médico se inclinó más bien al *histerismo*, y acaso al fin diagnosticó la enfermedad de Teresa de esta manera: *padecimiento* terrible y desorganizador, cuyo foco principal radica en el sistema nervioso cérebro-espinal, pero al que conceptuamos un error científico atribuirlo siempre á las causas que la impiedad se atreve á determinar con respecto á Teresa de Jesús.

Los orígenes de este mal son, dada su rareza, inexplicables casi siempre en un principio, y esto pudo suceder al facultativo de la Santa.

¡Pobres de los que sólo aciertan á moverse dentro del círculo de sus propias preocupaciones!

Nosotros, sin ser en materia médica competentes, hemos procurado leer lo suficiente para escribir este libro, precisados á explicar en él sucesos que arrancan del primer ataque de Teresa, cuando estaba de educanda, y que obligó á don Alonso á volverla á su casa, luego que se puso un poco mejor, viniendo, para asistir á la paciente, de Castellanos de la Cañada, donde vivía, feliz y dichosa con su marido, su hija mayor.

II.

Mala fe con que se juzga la dolencia de la Santa.

No es exacto que Teresa saliese del convento «casi con tan vanos pensamientos como había entrado,» ni lo es «que por esto se declarara en ella una intensa afección moral, que la dejara momento de sosiego.»

Hay, en cuanto se dice en este particular, una intención aviesa y depravada.

Ni fué para Teresa el monasterio «sitio de corrección,» como afirma el autor á quien, sin citar, anteriormente hemos copiado.

¿Qué datos? ¿Qué nuevos descubrimientos autorizan á nadie para expresarse así, para hacer semejantes afirmaciones?

Copiaremos á la impiedad, para mejor rebatirla luego.

«Algunos *descontentadizos*, escribe á este propósito el autor á quien aludimos, no llevarán á bien que pretendamos estribar todas las *exageraciones religiosas* de Teresa en sus padecimientos físicos, y segu-

ramente no habrá de faltar alguien que *destemplada* y *neciamente* nos *injurie*, por querer propagar estas *nuevas ideas*, cuando tan *admitido ha estado hasta ahora* lo que tuvieron por conveniente referirnos los cronistas de la *Santa*... Pero lo mismo las *displicencias* sensibles de los unos como las *despreciables diatribas* de los otros, serán siempre altamente extemporáneas; porque ni la odiosidad nos guía, ni la sistemática oposición nos induce, ni vanidad mezquina nos mueve al escribir, ni la certeza quedará jamás empañada ante nuestra *sinceridad reconocida*. Móviles *elevados* nos impulsan; nobles propósitos nos animan: *designios santos* de enaltecer la ciencia; esclarecimiento de verdades y confusión de ficciones.

»No pretendemos, prosigue, hacer *odiosa* á Teresa de Ahumada como monja, ni queremos, ni debemos ofrecerla al criterio del lector como conjunto de imperfecciones: achacar á irreflexiva temeridad ó á indiscreta ligereza nuestras observaciones, sería sumamente injusto, hasta el punto de tocar en los límites de la mala fe. En su cualidad de *santa* é *inspirada de Dios*, quisiéramos poder creer, para *sublimar á Teresa:* en su cualidad de fundadora, anheláramos encomiarla: en su cualidad de mujer de pasiones fuertes, la encarecemos; pero, para ser justos, es preciso que no dejemos pasar desapercibido ninguno de los pormenores que puedan descifrarnos el *enigma* de su dolorosa vida, y ofrecernos el misterioso hilo de sus arrebatados actos, y pre-

sentarnos tal cual ella fué, por medio de un exacto ensayo estereotípico, la imagen real de su existencia.

»No vamos á formar, añade, como *opinarán algunos*, un catálogo de *enfermedades á nuestro capricho* para explicar sus sobrenaturales actos, no: lo que vamos á hacer es á *patentizar* las causas de sus padecimientos cerebrales y nerviosos, á demostrar qué créditos merecen sus delirios, y á manifestar de un modo terminante, y con el propio irrecusable testimonio de sus palabras, que *Santa* Teresa sufría cruelísimos males físicos.»

Vayamos despacio.

Vayamos por partes, que el tema lo merece, cuando se trata de la defensa de la verdad, y de la gloria de nuestra heroína.

No nos arredra pasar por *descontentadizos* á los ojos de sus enemigos, con tal que aprecien nuestra sinceridad los que la amen como nosotros.

No fueron *exageraciones religiosas* las esclarecidas virtudes de la Santa; ni para rebatir este atrevido aserto hemos de caer en la *destemplada* y *necia injuria*.

Tampoco hay para qué emplear *despreciables diatribas*, ni mantener *rancias ideas* enfrente de *ideas nuevas*, si éstas, como sucede aquí, no tienen otro fundamento que *móviles* que se dicen elevados, y *designios santos* en favor de una ciencia que reconocemos y enaltecemos, que no atacamos cuando

se emplea en bien de la humanidad; que no es ciencia cuando se emplea en su daño.

No daremos á un enemigo declarado de la excelsa co-patrona de las Españas, el placer de herirle ni el de ofenderle, ni á los que piensen como él, que serán seguramente poquísimos y muy contados.

Igualarnos en este sentido á los orgullos de sí mismos, fuera caer en un defecto análogo.

No os arredréis, lectores sencillos y de buena fe; estamos vosotros y nosotros en posesión de la verdad, y no debéis temer ni tememos nada.

Queremos *consciente* la creencia, enfrente de la incredulidad descarada, por más que se cobije, hipócrita, bajo alardes de sinceridad; que no es sincera sino apasionada, ya que no sea, y, á sospecharlo nos inclinamos, sórdidamente interesada.

Para esto, y sólo para esto, hemos venido intencionalmente preparando el ánimo de los que nos lean, fortaleciendo sus convicciones, ilustrando con detenimiento puntos y materias que tienen aquí una aplicación directa y decisiva.

¿Lo habremos conseguido?

La leyenda-histórica tiene grandes exigencias en la época moderna; sobre todo, si además de esto tiene por base la religión, y va encaminada á enaltecer timbres de la patria que se aspira á oscurecer, cuando no á borrar por completo.

Si ha habido un Renán, ¿cómo extrañar que haya quien se *singularice* en España negando á

Teresa de Jesús lo que aquél se atrevió á negar á Jesús mismo, al Dios-Hombre, al mártir del Gólgota?

¡Ah! si escribiésemos un libro de polémica, ¡cuánto no tendríamos que escribir sobre el tema de este número, en el que hace algunos días no pensábamos, y hemos querido añadir, después de saber lo que vosotros no sabríais acaso!

Que Teresa, la gran Teresa de Jesús, ha tenido su pequeño Renán.

¡Oh, cuánto envidiamos en este momento la sabiduría y la elocuencia de Augusto Nicolás!

La pluma del ilustre y esclarecido reivindicador de Cristo nuestro Señor.

Las palabras que el divino Redentor de los hombres dirige al ciego de que nos habla el Evangelista, encuentran diariamente su aplicación entre los cristianos.

El número de los que no quieren ver, es cada día más innumerable.

Por doquiera se encuentran hombres que, faltos de la luz de la fe, no saben ni de dónde vienen ni á dónde van.

Para salir de ese estado de ceguedad deplorable, y por mil estilos peligroso, les bastaría exclamar ante Jesucristo, como el ciego del Evangelio:

—Señor, haced que vea.

Y el divino Salvador les concedería en el mismo

instante la luz. ¡Ah, cuán hermosa y en cuántos sentidos necesaria es la luz de la fe cristiana!

Sin ella, el hombre se atreve á los mayores excesos, á las más terribles aberraciones.

Creo, dice el pobre en su cabaña, el niño sobre las rodillas de su cariñosa madre, y es más sabio que los genios más vastos del paganismo, y que los grandes filósofos de nuestros días, alumbrados tan sólo con las luces de la razón.

Nadie, sin el auxilio de la fe, ha podido aún elevarse por sí mismo al conocimiento *cierto y libre* de lo más importante de la verdad, aun de lo más insignificante.

Dios, sólo Dios se ha reservado para sí el privilegio de elevar hasta Él el espíritu del hombre, de poner en su corazón la creencia, don sobrenatural, divino en su naturaleza y en sus efectos, y que al faltar hace que todo falte, como sucede al que ha tenido valor para afirmar que Teresa fué tan sólo una enferma.

No hemos concluído aún de dilucidar este punto capital.

Volveremos sobre él para evitar aquí el hacernos pesados.

III.

La vocación.

DISPENSADNOS.

Os hemos ofrecido no separarnos de la forma ordinaria de nuestros libros, á la que sin duda debemos una no pequeña parte del favor que se les dispensa.

Pero el principal atractivo de estas nuestras humildes producciones, es el fondo ortodoxo y perfectamente ajustado á la verdad que los informa; éste parécenos que ha de ser el motivo, la causa principal de su lisonjero éxito.

Cuantos en su envidiable candidez juzguen imposibles ciertos atrevimientos y determinadas osadías, se escandalizarán acaso; pero bueno es que las conozcan, no por sorpresa, sino dichas por quien atestiguado tiene que no ha de engañarles ni vive engañado.

Si el sacerdocio católico ataca la impiedad en

sus múltiples manifestaciones, ¿será ocioso que nosotros, seglares, procedamos de igual manera?

Carecemos de misión especial y de autoridad formal; pero tenemos una que nos hemos impuesto gustosos hace muchos años, y en la que persistimos cada vez con mayor entusiasmo.

Y á ella nos alientan sinceros plácemes que llegan á nuestro oído, sin envanecernos ni engreirnos; lo decimos sincera y lealmente.

Porque no creemos esté en nosotros el motivo del elogio y la alabanza, sino en lo que hemos aprendido en los que tenemos por guía, en los que son nuestros maestros.

Teresa, á quien don Alonso trajo como cariñosísimo padre á su casa; á quien su hermana María cuidó con esmero, viéndola sufrir enfermedad traidora é insistente, no estuvo, como se afirma, perpetuamente enferma.

Se mejoró, al fin, aunque no fuese por *entero;* que en lo de que la Santa sufrió grandes dolencias, no están, cual se dice, desacordes sus biógrafos, [1] ni en esto podían estarlo, cuando es élla quien las refiere detallada y minuciosamente.

De la sinceridad de esto, como en otras cosas de Teresa, se abusa lamentablemente.

Nada hay más hábil en apariencia, que una torcida y dañada intención.

---

[1] Ni entre el P. Rivadeneira y el P. Rivera hay contradicción.

«Estuvo cargada de enfermedades, dice el padre Rivadeneira; muy molestada, añade, de mal de corazón, del dolor de ijada, y de perlesía y otros achaques, y por espacio de cuarenta años sufrió graves padecimientos y dolores continuos, nacidos de tanto desconcierto y desproporción que tenía en los humores.»

Lo cual no obsta para que el P. Rivera nos diga «que Teresa tenía un muy sano, agudo y asentado juicio, una muy alegre y apacible condición, y una complexión muy buena;» tanto más, cuanto que en otro capítulo escribe «que la Madre, es decir, Teresa, padeció desde su mocedad grandes enfermedades.»

Sí; no vacilamos en afirmar por nuestra parte, con la Santa misma, que multitud de padecimientos, á cual más agudos, torturaron aquel delicadísimo organismo, aquella complexión física.

Pero se afirma, sin datos seguros para ello, que la afección grave que atormentó á la *Santa* fué una terrible neurosis cerebral y ganglionar, tan poco conocida entonces, y que hoy se llama el histerismo.

Ya véis que no hemos tenido inconveniente en aceptar esta presunción; pero sólo por lo que toca al período de su existencia que al presente nos ocupa, que en este momento historiamos.

¿Desvirtúa esto, en el caso de ser exacto é indudable, que no lo es sino relativamente, cuanto á la santidad de Teresa afecta y se refiere?

¿Porque una mujer padezca ataques de *histerismo*, se deduce, acaso, que no pueda ser santa, ó que la santidad sea en definitiva un puro *histerismo*?

Escandalizáos.

Pues á tal absurdo se llega, y se tiene esto por un descubrimiento asombroso y decisivo para contradecir la *verdad*.

Lástima nos da el *histerismo* cerebral de los que así razonan y se quedan tan tranquilos y satisfechos de sí mismos.

Que Teresa tuvo «dolores de cabeza, vértigos, vómitos, manías, jaquecas violentas, irritabilidad, tristeza, ganas de llorar, melancolía, temores, curvatura, contracciones, calambres, impaciencia, sueños agitados y otros desarreglos intelectuales ó físicos:»

Que esto pudiera pasar á Teresa en muchos ó en todos de sus accesos;

¿Qué implica esto?

Lo que negamos, es que en la Santa la dolencia que aquí apuntamos se hiciese *crónica*, porque no nos lo dice *élla*; y sólo que lo dice lo *suponen* los que nos la presentan maliciosamente *enferma siempre*, para achacar, impíos, á *enfermedad*, lo que fueron en élla *misterios sublimes* en que no quieren fijar su soberbia y petulancia ciertos autores.

¿Cómo extrañar, pues, el proceder de los que así se conducen?

Para ellos no hay *nada* fuera de nosotros mis-

mos; Dios no es Dios; el prodigio, el milagro no existen; lo sobrenatural es un mito...

Acaban por, siendo ellos los engañados, decir de los santos, que se engañaron...

Aún tenemos que agradecerles tamaña merced.

Los que esto dicen, los que se expresan así, no quieren ensañarse, ni ir más lejos, ni blasfemar con mayor crudeza y descaro.

Dios les contenga.

Felicitémonos por ello.

Hay otros que los califican... No queremos manchar las páginas de esta obra dándoles el placer de reproducir sus impías frases.

Basta y sobra con las que dejamos apuntadas, con la venia y el perdón anticipado de los que pudieran no creer que el mal se atreviera á tanto.

Pues se atreve á muchas cosas que nosotros tenemos el deber de rebatir y rechazar; y así lo hemos ofrecido hacer, y así se nos ha llegado á conceder un puesto, siquiera sea el más humilde, entre los escritores católicos de nuestra patria.

Ya por esta época de su vida nos revela la Santa que surgían en su interior «pensamientos de ser monja;» pensamientos, añade, «que luego se quitaban y no podían *persuadirla* á serlo.»

Eran éstos, principios de su sincera, noble y espontánea *vocación*.

Y decía:

—Hacedme, Señor, conocer el camino en que debo entrar.

Y esta breve plegaria calmaba millares de veces sus dudas, sus incertidumbres, que las tenía grandes; que toda resolución de esta índole, cualquiera que sea, cuesta penas y trabajos, y lleva consigo amarguras, decaimientos cuando menos.

Desgraciados de vosotros, si una vez dentro de la senda de Dios, miráis atrás, porque temerse debe que os retire el Señor una porción de sus gracias, gracias que sólo se obtienen por medio de nuestra perseverancia y de nuestra fidelidad; testigo Saul, cuya vocación se manifestó por medios extraordinarios; testigo el infortunado Judas, y tantos otros que, por su infidelidad, no lograron el fin para que fueron llamados.

Dos clases de personas se pierden y se condenan: unas, que no responden á las primeras inspiraciones de la gracia; otras, que no la siguen hasta el fin; escollos igualmente funestos y peligrosos.

Guiadas las primeras por la ligereza, la distracción, la inconstancia, no pueden conocer las sendas de Dios.

Sometidas las segundas á sus gustos é inclinaciones, pasando de un deseo á otro, no queriendo hoy lo que ayer apetecían, impotentes para fijarse definitivamente, aparecen á los ojos de Dios como la higuera seca sobre la que había caído la maldición.

¡Ah! ¡Cuántas gracias se pierden de este modo y cuántas vocaciones no se cumplen!

Ved á ese que, encantado con los atractivos de una gracia privilegiada, quería entregarse á Dios y dedicarse á su servicio; contempladle bien.

Una ocasión imprudente, una circunstancia peligrosa, le hace dudar; no hay nadie en el mundo que le tienda la mano, y pronto cambia su gusto y se debilita su primera y noble inclinación.

No siente ya aquellos deseos ardientes, vivos y generosos, aquella voluntad enérgica que parecía que nada podría torcer.

Se despiertan luego las pasiones en el fondo de aquel corazón agitado, y para calmarlas y ahogarlas serían menester sacrificios, dominarse imperiosamente, recurrir á Dios con oraciones fervientes; y en vez de esto, ¿qué hace?

Confía en sí mismo, razona, delibera, vacila por el presente, se espanta del porvenir, se entristece, se desespera, como el rico de que nos habla el Evangelio, que se dirigió al Hijo de Dios para saber cómo podría llegar á la vida eterna, y al oir la respuesta del Maestro, se retiró triste, abatido, porque le parecía muy difícil el camino de la perfección.

Hay otros que pierden su verdadera vocación, porque padres ó parientes, ciegos y apasionados, los violentan en sus deseos; padres y parientes culpables, al contrariar de ese modo las miras del Señor.

Los unos habían resuelto que perteneciera al mundo, soñaron para él honores y fortuna, y lo pierden de un modo seguro y lamentable: otros anhelaban para su hija un casamiento ventajoso, una posición brillante; y para conseguir una y otra cosa, nada perdonan; educación profana, máximas mundanas, vanidades, placeres, todo se la otorga, y así se tuercen las inclinaciones de esas almas tiernas, á las cuales el dulce rocío de la gracia habría hecho posible y asegurado el buen éxito de la buena semilla.

Si la voz del cielo llega alguna vez á despertar á los que dejamos citados, no es para ellos más que un eco débil y apagado; la voz de las ambiciones y de las vanas esperanzas, en cambio, les hablan mucho más alto; sólo ésta es oída, sólo ésta es comprendida y escuchada.

Así es como, por culpa de esos infelices y despiadados padres ó parientes, se extingue y se tuerce para siempre, y de un modo irreparable, una vocación cierta y sublime.

Otros padres ó parientes afirman, que no pretenden ni quieren contrariar absolutamente las vocaciones y los llamamientos de sus hijos.

—Anhelamos,—dicen,—que acierten.

Y se limitan á experimentarlos para que no tomen á ciegas un partido.

¿Qué hacen para esto?

Procuran contrariarles en su verdadero gusto é inclinación, presentándoles muchas veces las di-

ficultades y los peligros de la condición por ellos preferida.

Les inspiran todo cuanto puede oponerse á sus deseos; procuran engendrar gustos contrarios, ensalzando por lo común cualquier estado que no sea el que ellos han elegido, y despreciando las ventajas y la felicidad del que quieren seguir.

Conducta no menos temeraria es esta, y poco prudente.

¿Qué es esto más que alargar con una mano el veneno, sin presentar con la otra el contraveneno?

Proceder de tal modo, es sujetar á los jóvenes á las más fuertes tentaciones y lanzarles á un peligro evidente.

Y la experiencia nos dice que esto es lo que sucede por lo común, cuando, sobre todo, un joven ó una joven quieren dedicarse á Dios.

En vano será disimularlo; la felicidad en la tierra depende, ante todo, de seguir nuestra vocación.

Dios sólo nos ayuda con sus gracias cuando seguimos el camino que nos señala.

Alejándonos de esa senda, resistimos á su voluntad, nos oponemos á sus miras y á su plan.

Nos alejamos voluntariamente de Él, y Él á su vez se aleja de nosotros con sus dones y gracias.

¡Desgraciado, pues, muy desgraciado, el que, infiel á su *vocación*, marcha y navega en este mundo sin los resplandores de la luz divina y del socorro del cielo!

Por negarse á soportar el yugo del Señor, yugo dulce y ligero, se verá obligado, no á llevar, sino á arrastrar el de su voluntad, nacida al calor de bastardos intereses y torpes pasiones.

¿De qué provienen esas quejas amargas, esos lamentos, esos gritos de agonía que por todas partes resuenan en el mundo?

¿De qué ese disgusto casi universal, ese malestar, esas angustias que torturan á tantos?

Preguntadlo á cuantos la ambición, la intriga y el interés han lanzado en sendas extrañas, separándoles del objeto que les fué asignado por el Creador.

Sus quejas se traducen en largos gemidos. Cuántas veces, ¡ay! conducen á la desesperación.

Es una gran verdad, que hoy día cada cual, á riesgo de perderse, se lanza al mundo sin otra guía que el interés y la pasión. Se corre, por lo común, tras el éxito y la fortuna, para encontrarse, después de laboriosas investigaciones, con la decepción y la ruina.

No podrá negársenos esto que aquí ponemos.

Y aun suponiendo que la fortuna sonría á algunos, que el éxito corone á otros, ¿encontrarán por eso el reposo, la paz, la dulce alegría, en el seno de la felicidad? No.

Las amarguras, los sufrimientos, son compañeros inseparables, séquito seguro de esas conquistas, de esos triunfos efímeros, en que no toma parte la voluntad divina.

Que la juventud se persuada de que la elección de estado interesa en el más alto grado á su salvación; que comprenda que antes de entrar en una profesión y de tomar un partido, es necesario rogar, consultar á Dios, y guiarse por los consejos de personas sabias y prudentes.

Que se reflexione, porque en ello estriba el logro de los más caros intereses y la eterna salvación.

Jóvenes; á vosotros, sobre todo, debemos dirigirnos, porque os halláis todavía en el día de la elección.

Elegid bien, os diremos; elegid el camino de vuestra *vocación*. Los que tenéis la dicha, la ventaja de tener buenos padres, es decir, padres religiosos y temerosos de Dios, confiáos sin temor al padre prudente, á la madre cristiana, á ese ser dulce y cariñoso, iniciado en todos vuestros gustos é inclinaciones, porque desde la cuna viene estudiando vuestro corazón, y sintiendo con vosotros todos vuestros afectos; descansad en ella, tratándose de vuestra vocación.

¡Pero van siendo tan escasas esas madres desinteresadas y verdaderamente cristianas! Por doquiera se encuentran en la vida padres poco previsores, madres llenas de ambición, que, sin tener en cuenta el alma y los intereses espirituales de sus hijos, les empujan y casi les obligan á seguir un camino de perdición, falseando sus buenos instin-

tos, la vocación, que les habría proporcionado la vida eterna.

Sólo la impiedad ha sido capaz de calumniar y ofender la memoria de don Alonso, la de su hija María, la del tío de la Santa, la de don Pedro, el retirado de Ortigosa, desde que perdió en hora inesperada á su esposa doña Catalina del Aguila.

Que en casa de su padre, y en la de su tío, y en la de su hermana María, en Castellanos de la Cañada, pasó Teresa desde su salida del monasterio de Gracia hasta que cumplió los veinte años.

Pero nada tenemos que inventar de nuestra parte en este punto; oigamos á la Santa:

«En este tiempo, dice, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, por lo cual hube de tornar á casa de mi padre.

»En *estando buena* lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, que era extremo el amor que me tenía, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy.

»Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien también andaba el Señor disponiendo para sí... [1]

---

[1] Alude á don Pedro, que se hizo fraile después.

Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios, y de la vanidad del mundo. Hacíame se los leyese, y aunque no era amiga de ellos, [1] mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto, que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción.»

Y exclama:

«¡Oh! ¡válame Dios, por qué terminos me andaba Su Majestad disponiendo para el *estado* en que se quiso servir de mí, que sin *quererlo yo* me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén.

»Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, ansí leídas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo *nada*, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y á temer si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi *voluntad* de *inclinarse á ser monja*, ví era el mejor y más seguro estado, y ansí poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.»

¿Quién sería capaz de relatar de manera tan hermosa y clara lo que la Santa nos da á conocer.

Prosigue aún más:

«En esta batalla estuve *tres meses*, forzándome á

---

1 Todavía no; ¿queréis más ingenuidad?

mí mesma con esta razón. Que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece que me movía un temor servil, que amor.

»Poníame el demonio, que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada; á lo que me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por Él; que Él me ayudaría á llevarlos.

»Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas *tentaciones* estos días.

»Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud.

»*Dióme la vida* haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las *Epístolas de San Jerónimo*, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mis padres, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.

»Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen.

»Lo que más se pudo recabar de él, fué que después de sus días haría lo que quisiese.

»Yo ya me temía á mí, y á mi flaqueza no tor-

nase atrás, y ansí no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.»

Nada queremos añadir de nuestra parte.

La enfermedad fué real, positiva; pero no por ello se hizo *crónica*, como pretenden algunos.

Salió del monasterio de Gracia y estuvo en casa de su padre, de don Pedro, su tío; y su hermana mayor, María, la llevó á la suya de Castellanos de la Cañada.

Sin que la impulsasen á ser religiosa, ni hiciesen otra cosa que procurar su salud, como lo consiguieron.

Nada de violencia, ni consejos, sino comienzos, iniciaciones de una verdadera *vocación*.

IV.

En el que relatamos de nuevo á la impiedad con sus mismas armas.

No concedemos derecho á la impiedad para forjarse una *Teresa de Jesús* distinta de lo que fué, según sus propias confesiones, y lo que acerca de ella han escrito sus panegiristas é historiadores.

Aplicado á los *héroes* todos de la tierra este sistema, no quedaría ninguno.

El procedimiento será muy cómodo; pero es esencialmente falso é inaceptable.

¿Basta, por otra parte, poner á un opúsculo de poco más de doscientas páginas, y aunque tuviese dos mil, el pomposo título de *Teresa de Jesús ante la crítica*, para poder afirmar excátedra: «nadie ha dicho verdad hasta nosotros; todos mienten ó han mentido; todos son unos impostores, ó cuando más, unos cándidos que se mueven á impulsos de temores pueriles ó absurdas preocupaciones?»

La hidalguía, la franqueza de esa gran figura á quien el mundo entero ha rendido y rinde homenaje de sincero cariño y de admiración; esa lealtad y esa franqueza que nos viene sirviendo para dar mayor realce y mayor mérito á la Santa y á cuantos, basados en ella y en el trato y conocimiento de su personalidad, han escrito hasta ahora, se aprovecha, se utiliza, no diremos con torcidos y dañados móviles, pero sí con el poderosísimo de una incredulidad manifiesta, de una prevención injustificada y sistemática contra toda religión positiva, contra todo lo que es divino, prodigioso y sobrenatural.

Bueno es insistir en esto en un libro destinado á ir á manos de muchos.

Nos acusáis de *fanáticos* por creer, y no debe extrañaros que, á nuestra vez, os tildemos nosotros de *ciegos*, por no querer ver.

¿Será más dañosa, más perjudicial nuestra credulidad constatada, que vuestra ceguera voluntaria y desprovista de toda razón?

Aseguráis «que váis á presentar la *vida de Teresa*, no bajo el aspecto pobrísimo, raquítico, falso, que hasta ahora se ha hecho, sino de una manera crítica, luminosa, analítica, filosófica y razonada en una palabra, como era ya indispensable; ofrecéis trazar un cuadro en donde se pueda ver á Teresa pintada al natural, con sus fortalezas y debilidades, con sus ensueños, con sus enfermedades, con sus defectos é inclinaciones propios, con su modo de proceder

mismo; un retrato exacto y verídico de la Santa...» (haremos gracia á vuestra inmodestia.) Y para esto comenzáis por jactaros de la imparcialidad que da una incredulidad absoluta...

Habláis luego en nombre de la ciencia, atribuyéndoos la única, la sola ciencia.

Váis más lejos aún:

«La sociedad española, decís, marcha hacia su perfeccionamiento moral é intelectual con empeño decidido, y cada año que transcurre, será, por consiguiente, menor el número de afectos que contará Teresa de Jesús.»

¡Pobres ilusos!

Los hechos os desmienten; el éxito de este mismo libro debiera convenceros de lo contrario.

No contentos aún, añadís:

«Cuando la crítica y la verdad histórica hayan concluído con tantas preocupaciones como para acrecentar su importancia se han venido sosteniendo, tarea que acometemos nosotros los *primeros* con el *generoso* y *noble propósito* de defender los fueros de la razón ultrajada y de la sinceridad desconocida, con seguridad que no habrán de consignarse, como hoy sucede, cantidades en el presupuesto de gastos de la Nación para el sostenimiento de la casa donde nació la monja abulense, seguramente que entonces se comprenderá por todos, como ya se comprende hoy por los hombres pensadores (confesáis, no obstante, que sóis los *primeros*) cuán arbitrario es llamar santa, y fundadora, é inspirada de

Dios, y compatrona de las Españas, á Teresa de Jesús.»

¡Ah! ¿No véis que vuestro pretencioso lenguaje pugna con el de la unísona, fiel y constante crítica de los siglos y la sanción de la Iglesia, maestra universal de todos los hombres?

¿Y con el sentimiento cada vez más fervoroso hacia la Santa?

Permaneced firmes en vuestras creencias los que nos leáis y hayáis oído hablar ó leído el breve opúsculo á que aludimos, ú otro cualquiera del mismo género.

Respetadnos, para que os respetemos; nosotros no cometeremos jamás la vileza de empequeñecer, siguiendo el ejemplo que se nos da, tratándose de la protagonista egregia de nuestra obra, á ninguno de los seres á quien la posteridad ha colocado sobre sus frentes una corona de laurel y de gloria.

Nadie más respetuoso con todos los nombres legítimamente admirados y ensalzados, que los que veneramos sinceramente aquellos que en el orden religioso y católico han adquirido justa y merecida fama.

Respetadnos, para que os respetemos, os diremos una vez más.

¿Queréis polémica, á pesar de eso?

Pues la aceptamos.

Hemos dicho, y si no lo hemos dicho lo consignamos aquí copiando vuestras palabras mismas,

que Dios «tocó con su dedo omnipotente el corazón de la joven, convirtióla de irreflexiva en juiciosa, y de aficionada á las cosas del mundo en adoradora de las dulzuras del claustro;» sólo que nosotros hablamos en serio, y vosotros en son de crítica y de censura amarga.

Ni nos engañamos, ni tratamos de embaucar á nadie; el que no quiera creernos, peor para él; nos inspira compasión, nos causa lástima, pero nunca odio ni desprecio, que esas pasiones no se anidan nunca en nuestro corazón.

Vosotros, sí, que con una crítica que no es otra cosa que *crítica individual*, desprovista de todo fundamento serio y formal, de toda autoridad más que la propia, sostenéis lo contrario, fundándoos en que ni su padre, ni sus hermanos, ni sus parientes querían se hiciese religiosa... «Ni ella misma,» añadís; y nosotros lo hemos puesto también, tomándolo de sus confesiones y sus Memorias.

Pues deducid quién está más en lo cierto.

Precisamente porque así ocurrieron los hechos, y no obstante surgió en Teresa el propósito de ser religiosa, es por lo que atribuímos su *vocación* á ese *dedo* poderoso del Altísimo, al *dedo de Dios*, que la tenía reservada para grandes empresas y grandes cosas.

Os rebatimos con vuestros propios argumentos, con vuestras mismas armas.

Su pasajera inclinación hacia el caballero, no

pasó de «pasatiempo de conversación;» no fué «amor romántico y profano,» como afirmáis á capricho y porque así lo queréis atropellando la verdad histórica; no fué tampoco su vocación al claustro «romántico amor religioso,» como le calificáis á vuestro antojo, sino inclinación que puso en ella el *dedo de Dios* y á que supo responder, como veréis más adelante, hasta merecer el excelso, el soberano puesto que ocupa, y del cual vuestras diatribas y excentricidades no podrán privarla mientras no hagáis otros más famosos descubrimientos, que no podréis hacer, que no los haréis seguramente.

¿Para eso habéis hecho tantos estudios? ¿Habéis leido tanto?

Pues afirmaros podemos que nosotros no escribimos de memoria, y hemos leído cuanto podáis haber leído; sólo que si por vuestra parte lo habéis hecho con una prevención preconcebida, nosotros no hemos tenido más prevención que el respeto que merece cuanto ante la *crítica* sensata é imparcial aparece *comprobado*.

Descartando, al escribir esto, otro orden de ideas y sentimientos de que al presente prescindimos para mejor combatiros.

Vosotros, después de esto, erguís con orgullo vuestra frente; nosotros la inclinamos.

¿Qué es más, la humildad ó la soberbia?

Por humildes queremos pasar, no por altivos y petulantes; no envidiaremos nunca vuestra pueril satisfacción.

A tan osado y á tan exagerado amor propio ha podido llegarse.

Mentira nos parece, pero es por desgracia una realidad.

Y de aquí el modo singularísimo y extravagante de apreciar la situación física y moral de Teresa en el período de su vida á que hemos llegado.

El que siguió á su salida del monasterio como educanda; el que precedió á su entrada como novicia en el convento de la Encarnación de Avila.

Oid todavía más:

Se llega á afirmar que Teresa fué una *histérica* ó una *alucinada*.

¡Ya se resolvió la duda; ya está hecha la gran conquista del progreso libre, del juicio individual y de la crítica de sensación y de novedad!

¡Pobres seres que sólo rastrean por el suelo, sin mirar jamás al cielo, y con eso se contentan!

¡Infelices sabios para quienes toda sabiduría que no sea la suya es ignorancia!

No sigáis sus consejos, ni sus apreciaciones; ellas hacen el vacío en torno del alma, y ¡desgraciado el ser condenado á resistir y sobrellevar los infortunios de la vida sin resignación, sin fe, sin creencias, sin esperanzas!

Por esto, tantos hallan preferible la muerte, y se la dan, como si de ella dispusieran á su antojo.

Tienen la cobardía de la amargura, del dolor, de la contrariedad, sin Dios... La más insoportable de todas las cobardías, de la que á lo más ins-

pira compasión; pero que no se admira por nadie.

El *histerismo* primero.

No hemos negado que Teresa pudiera padecer esta enfermedad; que fuese élla la que obligó á su padre á sacarla del monasterio de Gracia, y eso que esto es mucho conceder, puesto que no afirmándonoslo ninguno de cuantos pudieran hacerlo, podríamos negarlo en redondo.

Pero pudo ser, y esto basta.

Los síntomas que de su mal conocemos por sus primeros escritos, estudiados por Monneret, por Niemeyer y otros, se traducen en manifestaciones y fenómenos histéricos... pues estuvo histérica Teresa de Jesús.

¿Y qué, aunque así fuese?

Pero era preciso otra afirmación tan rotunda como la primera, y se hace.

La Santa *no se curó*... aquí ya no podemos ser tan condescendientes, toda vez que sabemos que se curó en el período que medió entre su educación y su entrada en el convento.

¿Quién ha dicho al autor del opúsculo, cuya lectura, á la vez que rebatimos nos asombra, que la Santa no tuvo, no halló un médico, un práctico é ilustrado facultativo que conociera su mal y le aliviase primero y le curase después, cuando es ella misma quien nos revela que se alivió primero en casa de don Alonso, y luego se curó en la de su hermana María?

Esto es lo atestiguado; lo otro es presuntivo,

porque la sana sólo nos dice que volvió á padecer después.

¿Se escribe así la historia?

¿Es esto crítica?

Comparad una con otra, y os dejamos tranquilos deducir las consecuencias.

La *melancolía*, se añade después.

«Si se nos dice, prosigue autor tan atrevido y tan valiente, que la enfermedad de Teresa no era el histerismo; si así se nos demuestra, lo cual creemos dificultoso; [1] si admitimos en hipótesis que el histerismo no era el padecimiento primordial, la afección más destructora de la monja de Ávila, [2] habrá que convenir entonces en que el mal que la agobiaba á todas horas y en todos los momentos, era ese desarreglo psíquico que llamamos la alucinación.» [3]

Ya lo véis.

Lo esencial es procurar destruir con una presunción sin tasa y sin medida; con una mal llamada *crítica*, no aceptable, ni aceptada; con el fanatismo, lo diremos claramente, de la incredulidad; despreciando el preciso, el necesario, el único criterio en todos los órdenes de la vida, de la inteligencia y de la razón que es dable.

---

[1] No lo hemos intentado, aun pudiéndolo hacer.

[2] ¡Con qué desdén trata el autor á la Santa!

[3] No vemos la precisión de afirmarlo así.

El criterio de la credulidad.

Negar por negar; suponer por suponer; fantasear por fantasear, es tarea cómoda, pero que por fortuna no arrastra, ni convence, ni persuade jamás.

«¡Lucha horrible entre el ascetismo de la Santa y el hipnotismo ó la alucinación de la religiosa!»

Mentira.

Todos son golpes de un efecto contraproducente.

Ni una ni otra cosa.

Lo veréis después demostrado, cuando entremos en el estudio de Teresa, como *Santa*, de lleno y por completo, que entraremos con valentía y decisión, ya que es preciso y así lo demanda el atrevimiento impío, que nunca creímos que llegara, ni se atreviera á tanto.

Que nos perdonen los buenos si abrimos sus ojos y les revelamos cosas en que acaso en su inocencia envidiable no pudieron sospechar.

Pero si nada se libra hoy de cuanto hay de grande y respetable, ¿cómo Teresa, que lo es en tal medida, habría de librarse?

La impiedad se ceba ciega con los atletas, con los gigantes, pretendiendo empequeñecerlos porque le causan envidia; con Teresa, el efecto de su conducta resulta completamente opuesto.

Y hemos creído deber anticiparnos á destruir presunciones que pudieran entorpecer el curso de este libro, con tanto más motivo, cuando desde este momento de la vida de Teresa es desde el que se forma empeño en desfigurar la verdad.

Nos falta aún rebatir otro extremo.

La *locura*. ¡Ah! á ésta no se llega, no se quiere llegar; pero torcida, hipócrita é intencionalmente.

«No era *loca* Teresa de Jesús... No diremos jamás tal absurdo; pero, según la ciencia médica *presente*, [1] mucho más beneficiosa á la humanidad que la pasada, [2] las facultades cerebrales de la Santa, excitadas fuertemente por un trabajo imaginativo de larga duración, por una pasión viva ó una percepción insólita, podrían y deberían producir, durante un sueño agitado, ó también estando despierta y en total integridad de su razón, una ó varias alucinaciones, las cuales estarían en relación directa con el género de ocupaciones á que dedicaba su atención y su inteligencia.» [3]

Todo el que se consagra á ciertas ocupaciones ó cultiva de cierto modo su inteligencia, padece alucinaciones; tenéis razón. Vuestra vanidosa presunción nos lo confirma.

¿Quién será capaz de contradecirla, de contrariarla?

Escribís con tal seguridad y tal firmeza, como si el pedestal en que se apoya vuestra crítica personal fuese de granito.

Un trozo que no tiene desperdicio:

«Aquella mujer, atormentada constantemente en el infierno de sus padecimientos, no podía por me-

---

[1] Monneret.

[2] ¿Basta que así se diga?

[3] Toda polémica es así imposible.

nos que tener alteradas sus facultades sensitivas. Entregada á la lectura de libros de santos, quiere imitarlos, y es tal la *perturbación mental* que esto produce en élla, que, impulsada por los desórdenes de su histeria recrudecida, procura dar, ó da ciertamente, formas, nervios, sangre y vida á sus más ó ménos exageradas fantasías. En vez de seguir un prudente sistema curativo, se entrega á la manía de no comer, á la monomanía de no dormir, al delirio de no querer escuchar los consejos de las personas prudentes»... [1]

¡Cuánta insensatez!

¿Habréis visto enfermas de esa clase; las habréis asistido; no habréis logrado curarlas?... Pues todas son incurables.

Ya conocemos vuestro único sistema de curación para ciertos y determinados estados patológicos; á un mal, otro mayor; en todo hacéis lo mismo.

¡Donosa medicina! ¡Ciencia sublime!

Procedéis y obráis como hombres sin conciencia; ¿para qué otra cosa que mirar al hombre como carne que vive, que palpita.. ¿Cómo?... Mecánicamente, solo, para pudrirse después?

Teresa estuvo enferma; lo dice ella; ¿cómo no creerla? Se *curó*... esto también lo dice, pero no nos conviene creerlo... pues lo negamos como otros muchos extremos, porque sí.

---

1 No hay nada más cómodo; se crea un fantasma, se le viste, se le presenta como un ser real; ya está todo hecho.

Ved de relieve la crítica de la impiedad.
Histérica, alucinada, *melancólica*.

«Tenía contra sí Teresa otro padecimiento perjudicialísimo. [1] Nos referimos á la *melancolía*, esa enfermedad del ánimo, que es poderosa para destruir por su base la mejor y más sana complexión física. Aunque no hubiera sido más que como consecuencia de su afección más rebelde, el histerismo, aquel mal moral hubiese minado su existencia; pero como á ello se unían las condiciones especiales de carácter, de excentricidad y monomanía de la Santa, la melancolía se mostró en ella con una intensidad indecible. [2] Los efectos que produce esta enfermedad en el acometido, y más si se halla dominado por las preocupaciones religiosas, son gravísimos. Médicos muy ilustres aseguran que los melancólicos suministran ejemplos numerosos de desarreglo en sus facultades... Ideas religiosas, [3] llevadas al extremo, se apoderan de los enfermos, y entonces el nombre de *enajenación alucinatoria*, [4] puede tan sólo convenir para designar las prácticas excesivas de una religión exagerada, el ascetismo, la vida contemplativa y el éxtasis. Y precisamente la teomanía religiosa embargaba las facultades intelectuales de Teresa.»

---

[1] ¡Allí estuvísteis para verlo y afirmarlo hoy!...
[2] Síguese escribiendo con idéntica seguridad que si se viese...
[3] Religiosas... ¿y por qué no de otra clase?
[4] Al fin salió la *locura*, aunque parece que no se quería.

Era preciso anticiparse á contestar á las observaciones que surgen de cuanto dejamos dicho, y el escritor prosigue:

«No han faltado autores que, con objeto de oponerse de antemano á los que *demostraran* que Teresa había padecido de melancolía, han pretendido sostener que estaba libre de todo humor de tristeza, hasta el punto de afirmar que «era jovial y afable.»

¿Se quiere más previsión?

Suponiendo, cuantos conocieron á la Santa, que había de desfigurársela tan caprichosa y acomodaticísimamente, se apresuraron á decir que fué «alegre y cariñosa.»

Terminemos este penosísimo número.

Locura ó santidad, el problema planteado modernamente por el más célebre y el más ilustre de nuestros modernos dramaturgos; la obra á nuestro juicio mejor y más acabada que ha producido su fecunda pluma y esclarecido ingenio. [1]

¡Cuán cómodo es censurar á quien no se puede defender!

¡Todo fué causa en Teresa de *enfermedad* que no *supieron curar* los médicos de su época!

Eran unos ignorantes; los materialistas modernos son los únicos sabios.

---

[1] Así la calificamos en una serie de artículos publicados en el diario *La Política*, con aplauso de su autor mismo, el Sr. D. José Echegaray.

La ciencia no excluye ni se opone á la fe; ya lo hemos sostenido muchas veces.

Teresa *curó*, según el propio relato que dejamos hecho, y al cual cabe sólo atenerse, á no *fingir* para sobre esos fingimientos basar una crítica tan falaz como la que para rebatirla mejor no hemos dudado un momento en colocar en parangón con la nuestra... Decimos mal; con la crítica universal.

Elegid ahora; escoged.

Seguros, segurísimos estamos de que no habréis de vacilar; pero si fuese así para vuestro daño, os suplicamos sigáis leyéndonos, que momento oportuno llegará en que ampliemos las observaciones que aquí debíamos sólo ligeramente iniciar como preparación necesaria á lo que vendrá más adelante, á lo que vendrá después.

V.

Las «Epístolas de San Jerónimo» deciden á Teresa á ingresar en el claustro.

Don Pedro Sánchez de Cepeda, al perder á su mujer de manera súbita é inesperada, según sabemos, cayó en un estado de nostalgia, de melancolía tal, que rechazando hasta las caricias de su hija que quiso permanecer á su lado, la obligó á volver á Madrid para quedarse solo y aislado en su casa de Ortigosa.

María tenía motivos para desear estar en la villa con sus tíos, y aconsejada por los médicos y hostigada por los marqueses, estuvo poco tiempo al lado de su padre.

Á este pariente atribúye la Santa, de quien dice «era ya viudo y muy dado á la virtud,» uno de los móviles más fuertes que acabaron de determinarla á ser religiosa.

Dióla don Pedro á leer las *Epístolas de San Jeró-*

nimo, y los tipos de aquellas santas mujeres, presentadas por el enérgico y austero dálmata, la produjeron el más grande entusiasmo.

Colocado este insigne Padre de la Iglesia en la historia del mundo en un momento supremo; testigo ocular de transcendentales sucesos en la existencia de la humanidad; joven aún, se aparta de la senda del mal y abraza entusiasmado la cruz de Cristo.

Ocultándose como avergonzado de sí mismo, escribió libros portentosos, y entre ellos las *Epístolas cristianas*, echando, según tenemos dicho antes de ahora, [1] los cimientos del espiritualismo cristiano que debía servir de principal elemento para la cultura futura de los pueblos de Europa.

Eso que hoy tanto se decanta por sibaritas modernos, bien distintos del gran Jerónimo, la igualdad del esclavo y del señor, la fraternidad universal de los hombres y la emancipación social de la mujer, se halla consignado en los libros del nacido en Stridón, punto situado entre los límites de la Panovia y la Dalmacia.

San Jerónimo es, á la Iglesia de Occidente, lo que Orígenes fué para la de Oriente, con la ventaja de que en el primero hay más estudio y más conocimiento de la antigüedad.

Dios ha concedido á cada época, á cada siglo

---

1 En nuestra *Historia de la elocuencia cristiana*.

un auxiliar poderoso é invencible de su doctrina santa, por lo cual el triunfo de la verdad resulta un prodigio, un milagro, en el que debiera fijarse más la atención de nuestros pensadores.

La voz de Jerónimo, dulce y grave, triste y apasionada, revestida de todos los tintes que conmueven y arrastran, que seducen y encantan, voz de ciencia y de piedad, halló eco en el corazón, en el alma de Teresa, y vino á ser rayo de luz en el estado en que ya se encontraba, y la habían puesto los ejemplos y las malas lecturas de que ya hemos hecho mérito antes de ahora.

Poseyendo el insigne escritor en alto grado la ciencia de las almas, Teresa vió en sus escritos, con asombro, algo, mucho quizás, de lo que pasaba en el interior de su conciencia.

La franca y noble confesión de sus extravíos la representó los suyos; la vivacidad de su espíritu se amoldaba á la movilidad del suyo, y el presente que la hizo don Pedro á su paso para casa de su hermana, acabó por desterrar hasta los menores resabios de sus pasadas lecturas caballerescas, de que nos hemos ocupado.

El parangón tenía que producir su efecto, y le produjo admirable, hondo, profundo y casi decisivo.

Los dolorosos recuerdos de su juventud, breves y pasajeros, se trocaron en Teresa en manantial fecundo de nobles pensamientos, tiernos, patéticos y delicados.

El estilo desigual, cortado unas veces, flexible y animado siempre, del gran Padre de la Iglesia latina, resultó, como no podía menos, el mejor para la Santa, y se enamoró de él, admirada de que otros fútiles y baladíes la hubiesen encantado.

Contribuyó, pues, á que se operase en Teresa un gran cambio, el regalo inapreciable de su tío Pedro, y á éste gustó verla aficionada á él.

¿No es así como se escribe la historia?

Ha habido escritores ilustres que han comparado á Jerónimo y á Agustín; nosotros los hemos juzgado reuniendo lo que tuvieron de común, pero no hubiesen sido tan adecuados á la situación, al estado de ánimo en que Teresa se encontraba, las obras de éste, como lo fueron las de aquél.

La eleccion, ó por qué no decirlo y repetirlo millares de veces, *la mano poderosa de Dios* influyó en esta casual coincidencia, en este detalle, al parecer insignificante, y que fué acaso decisivo para el nuevo rumbo que tomó Teresa.

De amiga del mundo y de la soledad; de apasionada por el lujo y las pláticas profanas; de soñadora y visionaria, si queréis, con venturas que sedujeron brevísimo espacio de tiempo su imaginación, Teresa se trueca en reflexiva, en reposada, y halla encantos que no sospechaba en la soledad.

Halla en Jerónimo la ciencia del corazón, y la aprende completa de tan gran maestro.

Posee, en efecto, el Padre de la Iglesia el arte

de gobernar las almas que un Pontífice de la Edad Media denominaba «el arte de las artes,» y, como el solitario, se hizo Teresa intolerante, pero intolerante para sí, no para los demás.

La diferencia entre Agustin y Jerónimo estriba en el amor del primero á la humanidad; y el entusiasmo del segundo, por el esfuerzo, por la contrariedad y el sacrificio.

Nota saliente esta última, no sólo de los escritos de Teresa, como veremos al juzgarlos, sino en su manera de ser, á partir de este período de su vida, á que hemos llegado á través de un relato minucioso y como hasta el presente nadie se había cuidado de hacer.

Esto sí que era ya necesario.

Novedad que tiene este libro con relacion á cuantos se han escrito acerca de Teresa de Jesús; deleitándonos en darla de este modo á conocer.

En lo que casi se confunden Agustín y Jerónimo, es en las *Cartas* de este último, en sus Memorias, y en las *Confesiones* del primero.

Si Teresa hubiese comenzado por San Agustín, no hubiera sido lo que fué leyendo á San Jerónimo.

¿Tanta influencia concedéis á las lecturas?

Ya lo hemos dicho; son decisivas las más de las veces, y esta vez lo fueron para Teresa, como en parte lo habían sido sus anteriores de fábulas y de caballería.

Para aquéllas tenía en su alma raíces profundas que germinaron poderosas, pujantes, hasta hacerla

no sólo escribir como escribió, sino producirse como se produjo, para pasar sin esfuerzo de la oración al estudio, del trabajo más asiduo y constante, á la meditación.

En Jerónimo, que no en sus enfermedades, es donde la Santa se educó, y de donde parte la fuerza secreta y misteriosa que la impulsó el resto de sus días, hasta que pasó de la lucha incesante de la vida á la paz eterna.

Ya nos convenceremos de esto que apuntamos aquí, porque la Santa nos habla de su estancia en Ortigosa y de las *Epístolas de San Jerónimo* que le dió su tío Pedro á leer.

Leyó y meditó á Jerónimo, y fué como él en muchas ocasiones.

«Jesucristo es mi vida y la muerte es una ventaja.

»Nada es demasía.

»No admiramos sólo al Creador en el cielo, en la tierra, en el sol y en el Occéano; le admiramos en los elefantes, en los camellos, en los caballos, en los bueyes, en los leopardos: y no sólo en éstos, sino en las hormigas, en los mosquitos, en los gusanos y los más pequeños insectos de la naturaleza.

»Un corazón entregado á Jesucristo, se aplica á darle gusto, lo mismo en las grandes que en las más pequeñas cosas, sabiendo que tiene que darle cuenta algun día de sus palabras más ociosas.

»Toda carne es heno, y toda gloria pasa como la flor de los campos.

»El rayo hiere siempre las cumbres más elevadas.

»La caridad vive siempre en el corazón; estamos unidos en espíritu, estrechémonos con afecto.

»El paganismo establece una diferencia entre el crimen viril y el femenino, y esto es injusto é inmoral: de un lado y de otro los mismos derechos, las mismas obligaciones.»

Ved en estos pensamientos, recogidos de San Jerónimo, cómo en el siglo IV se expresaba el Santo á la faz entera del mundo pagano.

Los que se dicen partidarios de la emancipación de la mujer, deben leerlos con asombro; su aspiración está realizada; el cristianismo ha señalado á la madre un trono soberano en el hogar doméstico, un puesto de honor y de respeto, de acción y libertad en el mundo, allí donde cabe hacer el bien, otorgar una gracia, enjugar una lágrima y aliviar un dolor.

Las mujeres de Juvenal, Tácito y Marcial, de la decadencia romana, eran esclavas; las que Teresa admiró en San Jerónimo, eran libres; las primeras tenían privilegios odiosos, las segundas derechos augustos.

La protagonista principal de esta obra, Teresa, al ir á casa de su hermana María, se llevó, con autorización de su tío Pedro, las *Cartas* y el famo-

so *Canon* [1] del vigoroso anciano que lloró los funerales del mundo con elocuencia inimitable; y allí, en Castellanos de la Cañada, recobrada por completo su salud, leyó y releyó, entre otras, las máximas que hemos traducido, para demostrar que de ellas hay en las obras de nuestra heroína multitud de reminiscencias.

Allí, al lado de sus hermanos, piadosos, excelentes cristianos, Teresa se aficionó al recogimiento del claustro: la celda del anciano parécele jaula de oro digna de ser ambicionada.

Las ideas de San Jerónimo sobre el estado religioso, no se parecían á ningunas; creíaselas casi imposibles para regir una sociedad viviente; en ellas se inspiró Teresa, para despues traducirlas en preceptos y en acción, como hemos de ver oportunamente.

El santo padre de la Iglesia latina, en virtud llega á la abnegación, y sólo tiene por vida común, verdaderamente religiosa, el ascetismo; por castidad, la virginidad, y por ciencia, la divina.

Su vida es un martirio voluntario y sin límites; ya veremos que la de Teresa lo fué igual; San Jerónimo tuvo el mismo modelo que Teresa: el modelo de ambos fué Jesús.

Nosotros podíamos haber titulado con propiedad á esta obra, por lo que hace á la vida de la Santa,

---

[1] Modelo de biografías elocuentes.

La gran Teresa, según su propia biografía, como Dolci titula á la suya de Jerónimo; pues hemos de ajustarla en todo y ser fieles á lo que élla nos dice y se halla comprobado.

Debió leer la Santa la *Vida de San Pablo el ermitaño*, escrita por San Jerónimo, de que indudablemente sacó tan preciosos datos, tiernas y poéticas escenas el autor de *Los Mártires*.

Y abriendo su corazón de nuevo á las impresiones de la gracia, repasó con amargura en el alma los días de descuido y de infidelidad á sus primeros sentimientos, y lloró amargamente. Y tornando sus ojos á Jesús volvió á ver en la escuela de tan divino Maestro lo que valía su alma, lo que es la salvación y la santidad. Y acudió arrepentida á Jesús, autor de nuestra fe; á Jesús, primicia de los elegidos; á Jesús, santificador de las almas, de quienes es luz, verdad y vida.

En esa escuela de la sabiduría increada se conoció á sí misma, no en enigma y al través de las sombras de sus imperfecciones, sino en verdad, tal como era ante Jesucristo, que es el esplendor mismo de la verdad, á quien no se escapa uno solo de los secretos más íntimos del corazón, y pudo exclamar:

—¡Oh, precioso conocimiento, sin el cual no cabe salvación posible!

Conocer á Dios y conocerse á sí mismo, es la ciencia toda de un alma y la suprema sabiduría.

En efecto; ¿cómo podremos imitar á Jesucristo,

si antes no hemos aprendido á conocerle? ¿Y cómo podremos conocerle, si no le estudiamos en sí mismo, en sus obras para imitarlas, en su voluntad santa para someternos á ella? El Apóstol lo ha dicho.

«Para ser santo, es necesario ser como Jesucristo, hijo de Dios y modelo de los hombres.»

Teresa no necesitaba estudiar mucho acerca de esta materia; la conocía, no la había olvidado; lo único que había hecho, era lo que hacemos muchos conociéndola, dejar de acomodar á ella sus pensamientos y sus actos.

La lectura de San Jerónimo fué para Teresa luz y ciencia de salvación; luz de sabiduría divina que llenó su alma, y no contenta con eso, de vuelta á casa de su padre tuvo pláticas con un su hermano menor llamado don Antonio, y éste, que ya tenía comienzos de vocación religiosa, la escuchó entusiasmado.

—Tornemos, tornemos al estado primitivo, hermano; al estado de gracia, que sólo y por completo en el claustro podremos encontrar; no olvidemos que la semejanza de nuestros primeros padres con Dios, provenía de su estado de santidad, de justicia y de inocencia; la gracia que los unió á Dios, constituía la vida de su alma, y por eso ejercían imperio soberano sobre todos sus miembros.

—En el estado de inocencia, he oído á mi confesor,—le dijo en otra ocasión,—que todo cuanto

Adán y Eva veían y todo cuanto se decían, les movía á una dulce contemplación de las cosas divinas, porque los sentidos estaban bien dispuestos y perfectamente sometidos á la razón. Pero después del pecado, todo cambió; viéronse despojados de todos los dones de la gracia y de la santidad. Su espíritu, por su rebeldía contra Dios, no pudo ya contener al cuerpo que se erigió en soberano. Ya no era Adán aquel hombre noble y perfecto en quien brillaba la imagen de la divinidad; sintió que se había deslizado en él algo de degradante y de vil; su espíritu, tan brillante antes, se cubrió de espesas tinieblas; su corazón, tan puro y abierto á las más castas emociones del amor, tuvo vergüenza de sí mismo, y sintió ya como el presentimiento de los desórdenes que iban á mancharle cada vez más. De suerte que el pecado había envilecido y degradado todo su ser, noble imagen del Creador.

Y su hermano se sentía conmovido al escucharla.

—La criatura, pues, hermano mío, debe afanarse en este mundo por reconstruir el edificio de esa perfección perdida, y para ayudarnos en este trabajo se hizo Jesucristo hombre perfecto. Nuevo Adán, se nos dió como modelo del hombre. Hijos de Dios, pero hijos degradados, aprendamos á conocer á Jesucristo, nuestro hermano, nuestro modelo. Las desgracias del hombre y su degradación han provenido del orgullo y de la desobediencia; por lo tanto, sólo por medio de las dos virtudes opuestas,

es como principalmente se nos muestra Jesucristo como modelo del hombre caído. Jesucristo se humilla hasta tomar la forma de un esclavo, practica la más profunda humildad, desde el portal hasta el calvario. Su obediencia es tan perfecta como su humildad. Durante su vida mortal, se somete en todo á las órdenes de Dios; sólo desea cumplir los mandatos de su Padre que está en los cielos. Oid su grito de agonía en el Huerto de los Olivos:

—Padre mío, Padre mío, haced que pase de mí este cáliz... Pero no se haga mi deseo, sino el vuestro.

El Salvador sólo ve la voluntad de su Padre, y con su sumisión absoluta quiere que se glorifique á Dios.

¡Qué hermoso lenguaje!

Teresa no es la misma que fué por brevísimo tiempo; se ha trocado, se ha cambiado, y ahora ya no está mala, ya no está enferma; está buena, ha recobrado su alegría, su juventud, su salud por completo.

Está en la plenitud de su hermosura, de su belleza, y ya no se cuida de ésta, y tiene amistad, no con aquella parienta de que no hemos de volver á ocuparnos, sino con una doña Juana Juárez, que era religiosa del convento de Carmelitas de la Encarnación de Avila.

Allí iba, pues, Teresa muchas tardes, y tenía en ello sumo gusto y singular complacencia.

La religiosa de la parte interior del locutorio y la joven de la parte exterior departían largas horas, y una á otra se abrían su corazón y expansionaban sus almas.

¡Cuánto se miente y se exagera, cuando no se calumnia á las monjas!

Pobres mujeres, las más, cuya manera de ser y de sentir desconocen los que de ellas se ocupan, y ahora parece que vuelve á ponerse en moda el escribir sobre ellas los que no han pisado nunca un monasterio.

Ya restableceremos la verdad sobre esto como de otras muchas cosas.

Humildad y sumisión... ¡cuán lejos están de estas virtudes la mayoría de los hombres!

Y ellas fueron las que practicó el Señor.

¿Queréis saber si seréis del número de los elegidos?

Mirad al modelo que Teresa mira desde este momento.

¿Sóis humildes, obedientes, sumisos y resignados, como lo fué Jesús? ¿Estáis, á ejemplo suyo, dispuestos á cumplir la voluntad del cielo?

Vuestra conciencia contestará á estas preguntas, como contestó la suya á Teresa.

—Sí... sí...—la decía esa voz interna que á todos habla.

Y libre de los férreos lazos que la retenían cautiva del pecado, se reviste con la estola de la justi-

cia y de la santidad, y vuelve á encontrar su semejanza con Dios, con su Creador.

Sólo dando estas muestras visibles de santidad que da Teresa, seréis discípulos y hermanos del Salvador; sólo sujetando vuestra conformidad á la del cielo, como Teresa, apercibiros podréis, y tenerlo por signo seguro de vuestra predestinación.

Una última y postrera reflexión.

Sabemos que si nos parecemos á Jesús, nos salvaremos; sabemos también en qué consiste esa semejanza; pero lo que no sabemos, ó en lo que nos engañamos muchas veces, es en tomar las ilusiones por realidades, creyendo ser humildes, sumisos, virtuosos, santos, porque lo deseamos y hablamos de santidad y de virtud. ¡Ah! ¡Cuántos se han perdido por esa ilusión!

Se desea parecerse á Jesucristo, y nada se hace para lograrlo: deseo estéril é infecundo.

Se habla de santidad; se habla de virtudes; se habla del cielo; se habla con gusto de cuanto ha dicho y hecho Jesucristo, y nada se hace, nada se practica de lo que Él hizo y practicó.

¡Oh, cuán lejos se está entonces del perfecto modelo! Y si el hijo de Dios no es nuestro modelo, ¿cómo podrá ser nuestra recompensa?

Concepto saludable, y á la vez pavoroso.

Cuando un pintor trata de hacer un cuadro, coloca á la vista el modelo que debe guiarle; emplea toda su habilidad, pone toda su atención en repre-

sentarle en la tela, tal como es; toma una y otra vez el pincel; añade, quita, modifica sin cesar su obra, hasta que encuentra perfecta semejanza entre el cuadro y el modelo. Entonces solamente juzga de la belleza y de la perfección de su trabajo.

Lo mismo hizo Teresa durante su vida entera, desde el momento en que se decidió por abrazar el estado religioso, moviendo á su hermano á imitarla.

VI.

Ella y su hermano llevan á cabo su proyecto.

En los últimos días de Diciembre del año 1533,[1] en ocasión que don Alonso se hallaba ausente, salieron de su casa los dos hermanos.

Teresa, para solicitar ser admitida en calidad de novicia en el convento de la Encarnación; don Antonio, para pedir su ingreso en el de dominicos de Santo Tomás.

La leyenda da por cierta la mutua conformidad de los dos hijos de Sánchez de Cepeda al tomar esta resolución; así como aparece conteste en cuanto á que el castellano «se apesadumbró en extremo cuando supo lo que había pasado.»

Fué María esta vez, como siempre, la encargada de aliviar al noble del dolor que sufría; que, aunque católico ferviente, era al fin don Alonso padre, y era lógico que el natural hiciese sus efectos.

---

[1] Según otros, 1535.

Y no salieron los jóvenes sin pena del hogar paterno, á juzgar por lo que la misma Santa dice con referencia á esta salida, cuando asegura que «no creía sería mayor su padecer cuando muriera, y que la parecía que cada hueso se le apartaba de sí,» añadiendo que, «á no darla ánimo el Señor, no lo hubiera podido soportar ni sufrir.» [1]

No tuvo que recorrer la afligida, pero resuelta doncella, un largo trecho para llegar al convento, en el que la esperaba su grande amiga Juana Juárez, que la recibió en sus brazos con entrañable amor.

Conocía sus inclinaciones, sus dudas, sus temores; había logrado disipar estos últimos con sus consejos y reiteradas enseñanzas, y estaba satisfecha de su obra.

La llegada de Teresa era un triunfo que se la debía en gran parte, y así lo reconocieron todas las religiosas cuando les presentó la postulante, que, con humilde ademán y postrada de rodillas, exclamó:

—Quiero ser religiosa.

Al pronunciar estas palabras, se le fué tras ellas

---

1 «No creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, y como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.»

el corazón y comenzó á sentirse libre del peso que oprimía su alma.

Alzóla del suelo la Prelada, y con acento suave la indicó que aquel su deseo se vería cumplido, si después de algunos días persistía en él de un modo formal, consciente y decidido.

—Es además necesario la licencia de vuestro padre. Entre tanto, hija mía,—prosiguió,—la madre Juana cuidará de vos, y en este tiempo no haréis nada; ver y observar lo que la regla nos prescribe, lo que la regla nos manda.

No era ésta tan estrecha y rígida como ha sido después; los religiosos de ambos sexos, en su mayor parte recibían y devolvían visitas, paseaban cuando su salud lo exigía y el médico lo ordenaba; en una palabra, no había completa clausura.

La discreta y erudita María Pinel, religiosa del convento en que Teresa quería ser admitida, hizo su historia dedicándola á la primera mujer de Felipe V, doña María Luisa Gabriela de Saboya, conservándose aún tan precioso Códice, con el cual está completamente de acuerdo la narración del beneficiado Fernández Valencia, del que se sirvió el señor Carramolino para darnos de este edificio ciertas noticias que debemos anticipar aquí, por parecernos ser lugar á propósito y oportuno.

«Reuniéronse en el año 1467 catorce piadosas mujeres, con el santo, con el laudable objeto

de vivir en comunidad, retiradas del mundo y consagrando su vida á la oración. Fijaron tan extraño número como preciso y reglamentario en nombre y memoria de Jesús, de María y de los doce Apóstoles, obteniendo la protección de don Gutierre Alvarez de Toledo, hijo de don García, duque de Alba, que las cedió las rentas que poseía de varios préstamos en el obispado; con esto, y con la iglesia de *Todos los Santos*, que por entonces existía entre el Mercado chico y la parroquia de San Vicente, que antes había sido sinagoga, y las casas contiguas á ella del mayorazgo de San Miguel del Arroyo, se fundó el beaterio, que gobernó y presidió, en tiempo del obispo don Alfonso de Fonseca, la señora que más trabajó para lograr aquel intento, cuyo nombre era doña Elvira González de Medina.

»Los votos que al principio hacían eran *simples*; posteriormente, entre las opiniones diversas que se suscitaron, prevaleció la regla del Carmelo, de cuya época data el verdadero origen de las carmelitas de Avila.

»Por muerte de la doña Elvira fué segunda superiora del beaterio doña Catalina del Águila, y habiendo tomado el hábito doña Beatriz Guiera, hija del señor de Origüelas, caballero distinguido de la ciudad, vino á ser la tercera, á su regreso del religioso y observantísimo convento de Alba, á donde se había retirado durante el gobierno de doña Catalina.

»Ya por entonces comenzo á ser mayor la rigidez y disciplina monástica, si bien aún, como dice la Santa, «en su tiempo dejaba mucho que desear.»

»Adiestrada é imbuída del mejor espíritu, doña Beatriz propuso á sus compañeras, y obtuvo de ellas, que se constituyesen en verdadero convento y comunidad de Carmelitas.»

Después de esta pequeña historia, añade:

«Era el local estrecho é incómodo, y para ampliarlo, compraron, previas las licencias necesarias, unas casas de labranza y una huerta contigua que había sido osario de judíos, hasta su expulsión general en 1492, en el sitio donde hoy existe el convento, extramuros de la ciudad y en parte más septentrional, siendo obispo don Alonso Carrillo, que favoreció mucho la fundación.

»Faltaba la iglesia, que al cabo se edificó, aunque pobre y pequeña, y el día 4 de Abril de 1515, el mismo en que, por coincidencia admirable, recibía el bautismo la niña Teresa de Cepeda y Ahumada en la parroquia de San Juan, se dijo la primera misa en el convento de la Encarnación, á que había venido y en el que debía habitar por espacio de más de veintisiete años, santificándole con sus virtudes, con sus padecimientos, con su sabiduría, con sus escritos, con sus éxtasis y arrobamientos; del que había de salir capitaneando otras muchas religiosas, hijas todas de tan santa casa, para ser ya la gran *Teresa de Jesús*, reformadora

en toda la cristiandad de la antiquísima regla del Carmelo.

»Tan miserable era el edificio, prosigue el cronista fiel de la ciudad, tan pobres y desmantelados estaban su iglesia y su coro, cubiertos á sola teja vana, que según doña María Pintel, la discreta cronista, mientras rezaban los Divinos Oficios se les nevaban los Breviarios en las manos, y en los ardientes soles del estío podían leer en ellos, aunque estuviesen cerradas las ventanas, con la clara luz que por los agujeros del tejado se introducía.

»Y sin embargo de ser tan pobre, llegáronse á reunir en él hasta ciento ochenta monjas.

»Más de un siglo vivió en tanta estrechez comunidad tan grande, no siendo más abundante ni delicado su alimento, hasta que, posteriormente y extendida la fama de la santidad de su hermana y madre, la ya canonizada Teresa de Jesús, á fines del siglo XVII, en el XVIII se repararon, ó más bien se edificaron más suntuosamente la iglesia y convento, y se construyeron las robustas paredes de su huerta, en los términos que hoy se ostentan.»

Y añade, para completar de encarecer los timbres del edificio que nos ocupa:

«No necesitó de grandeza exterior para ser eminentemente grande y rica de gracias y favores celestiales tan santa casa. En ella tomó el hábito de religiosa la joven Teresa; en ella la visitaron y confortaron San Juan de la Cruz, penitenciario y capellán del convento; San Pedro de Alcántara,

San Luis Beltrán, San Francisco de Borja, los venerables Baltasar Alvarez, Julián Dávila, Juan de Briviesca; los ilustres dominicos Pedro de Ibáñez, Domingo Báñez y otros varones escogidos de Dios, ornamento del siglo de oro de la ciudad.

»En ella escribió la primera de sus obras, que fué el *Libro de la vida;* de ella salió para hacer la primera fundación en su convento de San José de Avila en el año de 1562, verificándose antes la tremenda transverberación.»

Por último:

«Una pobrísima y reducida estancia, hoy capilla, que á la sazón estaba fuera del convento, y ahora está dentro de su huerta, sirvió de pobre vivienda á San Juan de la Cruz, compañero de la Santa en la empresa de la reforma de la Orden del Carmelo.»

¡Qué grandiosos recuerdos los recogidos con tan exquisito cuidado, y cuya inserción aquí ha de economizarnos enojosas digresiones!

En aquel mismo sitio hemos de ver á la *Santa* largo tiempo; llegando allí á serlo, á conquistar y merecer este nombre, que la impiedad, por esfuerzos que haga, no conseguirá nunca arrebatarle.

Ya diremos del convento mayor número de cosas y curiosas particularidades.

Pongamos algo, ya que se nos ofrece ocasión propicia para ello, del lugar escogido por don Anto-

nio para entregarse á Dios, que era, sin disputa, uno de los más notables de la ciudad de Avila, cuya historia parece haberse escrito con piedra, atendidos los monumentos famosos que todavía, y á pesar de la ciega devastación de nuestro siglo, encierra.

Gloria de la ínclita Orden de Santo Domingo en España, fué, en efecto, la *Universidad*, *Palacio real* y *Monasterio*, que todo esto era el sitio en que el hijo de don Alonso fué admitido desde luego; era conocida en él su virtud y su vocación, sus estudios y sus excelentes aptitudes para el claustro.

El primer convento de dominicos edificado en el mismo lugar que ocupa el suntuoso que describe largamente el señor Carramolino, fué pobre y humilde; «le levantó, según la tradición, la religiosidad de la ilustre señora doña María Dávila, de la noble casa de los marqueses de las Navas, viuda de don Fernando de Acuña, virrey de Sicilia, que había estado casada en primeras nupcias con don Fernando Núñez Arnalt, tesorero de los Reyes Católicos, y su construcción tuvo lugar hacia el año de 1478.

»Establecido en España el Tribunal de la Inquisición, encargado de perseguir como enemigos de la unidad de la doctrina católica á los judíos y herejes que no se reconciliaban con la Iglesia, declarábanse del Fisco los bienes de los que incurrían en este crimen; y los Reyes Católicos pusieron es-

tos caudales, que bien pudieron conservar para sí, á disposición del primer Inquisidor general, para que, según su prudencia y juicio, los invirtiese en fines piadosos.»

Ya hemos dicho que tan alta dignidad era privativa de un dominico. por cuya razón no es de extrañar que con asentimiento de los Reyes pensase éste en ensanchar y engrandecer el convento primitivo de su Orden, que había en la ciudad, correspondiendo á la grandiosidad de sus gigantescos pensamientos el no menos gigantesco y grandioso convento de Santo Tomás de Avila.

Dióse principio á esta obra en el año de 1482, y se terminó en el de 1493, siendo enriquecida con cuantos primores artísticos eran hasta entonces conocidos.

«Situada fuera de la población, al extremo Sudeste de la ciudad, llegábase á ella por el gran rodeo de la calzada que del Barco á Madrid atraviesa el barrio llamado de la Feria, ó por un fragosísimo camino que desde las inmediaciones de la parroquia de San Pedro se despeñaba.» [1]

Pero dejemos referir íntegramente lo demás que acerca de este monumento dice el ilustre cronista de Avila, que no es en nosotros costumbre atri-

[1] Posteriormente, en 1803, se construyó la cómoda calzada llamada Cuesta de Santo Tomás, en la que, entre otros grandes obstáculos que hubo que vencer, fué uno el romper y hacer que desapareciese un peñasco de tal magnitud, que se le llamaba la Peña Gorda; levantando allí, para memoria, un pilar que todavía se conserva.

buirnos lo que no es nuestro y sí propio de autores tan competentes y esclarecidos.

«Un anchuroso vestíbulo, cubierto de tres arcos de piedra, daba entrada al espacioso atrio, ó gran patio en que está encerrado el templo, todo de sillares de granito en sus muros y de areniscas jaspeadas en sus bóvedas, tan delicadamente asentadas, que apenas se distinguen sus junturas.

»De gusto puramente gótico, su alta y esbelta fachada presentaba un gran arco volado, bajo del cual, adornando su rica y costosa puerta, se hallaban ocho grandes figuras que representaban los cuatro insignes Santos de la Orden, Domingo, Tomás, Luis Beltran y Santa Rosa de Lima, y otros cuatro patronos de ella, Juan Bautista, Juan Evangelista, San José y Santa Catalina: y el lugar del centro le ocupaba la Santa Cruz. Sobre el arco, y bajo el rosetón ó gran estrella que daba luces al coro, se veía un águila colosal, escudo de Carlos V, en cuyo centro se ostentaban las armas de España; y en el ángulo izquierdo de la fachada, entre los dos contrafuertes Noroeste, á la altura del pavimento del coro, surgía un caracol que, convirtiéndose en una columna hueca, con oportunas lucernas, conducía desde el coro al examen y cuidado de las extensas bóvedas de la iglesia.

»Era ésta grande, magnífica, y su figura una perfecta cruz latina. El altar mayor, cuyo retablo medía setenta piés de altura, estaba sobre un arco

de veintiocho de elevación, que arrancando de los estribos del crucero, daba lugar á un extenso presbiterio, á que conducía desde la sacristía una espaciosa escalera interior. El retablo presentaba en diversos cuadros de su compartimento la vida de Santo Tomás, al cual, en el pavimento del templo y bajo el mismo arco del altar mayor, se consagró otro en que se le veía de grande escultura, y se le veneraba como el especial patrono de la juventud escolar de la Universidad, establecida en sus magníficos claustros.

»El coro, que estaba á mayor altura todavía para dominar bien el altar mayor, era tan anchuroso, que contenía hasta setenta y tres asientos en su admirable sillería; que así calificamos, porque quizá es de las más hermosas que se conocen. Fantástica en toda su composición, de una exquisita y delicada filigrana piramidal, esencialmente gótica: sus dos primeros asientos, separados de los otros por las puertas que daban entrada al coro y al órgano, eran dos tronos dedicados á los regios fundadores los monarcas Católicos; y se nota la singularidad en toda la sillería, de no verse en ella signo alguno católico ni religioso; lo cual se atribuye á que fué obra de un célebre tallista judío condenado á muerte, y al que se indultó bajo la condición de labrarla.

»Como éste había muchos en España.

»Una sola tribuna hay en todo el templo, mirando al altar mayor, á donde los reyes concurrian

á los Divinos Oficios, desde el piso alto del claustro real, que conducía á sus habitaciones.

»En medio del crucero está el magnífico sepulcro del malogrado príncipe don Juan, lecho lujosísimo del más fino alabastro, en que descansa al descubierto, vestida de toda gala y armada de guerrero, la estatua yacente.

»Las partes componentes de esta cama mortuoria, los medio-relieves y figuras alegóricas que la ciñen, y cuantas bellezas artísticas reconocen en este monumento los amantes de la escultura, no pueden ser objeto de estudio detenido en esta narración. [1]

»Andrés Salazar Dávila, hijo de los fundadores de la primera capilla, y su mujer doña Leonor, y don Juan Dávila, abad que fué de Alcalá la Real, fundaron otras, dotándolas de varias obras pías.

»La sacristía, salón gótico, largo y espacioso, era por constitución el enterramiento de los religiosos; y entre estos sus hermanos, y sin signo

---

1 A ambos lados del templo hay además tres capillas de particulares fundaciones; mereciendo especial mención las dos más inmediatas al crucero, ó sean las de San Luís Beltrán, que está al lado del Evangelio, en la que hay un hermoso sepulcro de mármol, aislado, en forma de túmulo, y en el que yacen dos figuras del tamaño natural, que representan las de don Juan Velázquez y su mujer doña Juana, hija de esta ciudad, ambos nodriza y ayo del príncipe, al cual ni aun después de muerto quisieron abandonar, haciéndose labrar su sepultura cerca de la de su señor; y la del lado de la Epístola, donde se venera un Santo Cristo, y es para nosotros celebérrima, porque en ella estaba el confesonario en que el padre Domingo Báñez oía y dirigía á nuestra Santa Teresa de Jesús, y ante esta sagrada imagen fué donde sintió un delicioso éxtasis, de que habremos de hacer mención más adelante.

alguno de distinción, se mandó enterrar el fundador del convento, fray Tómás de Torquemada; sus restos descansan en el medio de su espacio, bajo la única gran piedra de pizarra que allí se muestra.

»En tres grandes cuadros ó secciones podemos comprender dividido este gran edificio, que se determinan y sirven por sus tres claustros altos y bajos, el del *Noviciado*, el del *Silencio* y el de los *Reyes*.

»A la derecha de la fachada de la iglesia, y en forma humilde ó provisional; humilde, si así se hizo en consideracion á sus religiosos moradores; provisional, si es que se pensó en una portada más majestuosa y que correspondiese al todo del convento, estaba la portería que inmediatamente conduce al claustro del Noviciado, establecido alrededor de un patio de cinco arcos por banda de columnas octógonas. Aunque perfecto en sí este departamento, que por entonces era la cárcel de los reos que juzgaba el Tribunal de la Inquisición, oscurecía el gran atrio de la iglesia y no dejaba lucir el segundo y majestuoso claustro del Silencio; y antes de llegar á él aparecía dentro del vestíbulo la escalera destinada exclusivamente al Noviciado.

»El claustro del Silencio, que está cerrado, era todo de hermosa bóveda gótica en su planta baja, y de madera la techumbre de la alta: el patio que forma es digno de estudio por su belleza. Dos fes-

tones adornan sus paredes en la cornisa de cada planta; la baja es un juego alternado de las armas de la ilustre casa de Santo Domingo de Guzmán, y en medio de ellas un ramo de azucenas, símbolo de la pureza, y las antiquísimas de la Casa Real de Castilla, el yugo y coyundas del arado y un haz de saetas celtíberas atado con otra coyunda, jeroglíficos que todavía se observan sobre el arco de la muralla del Mercado Grande, ya que han desaparecido las de la destruída puerta exterior del Alcázar.

»El segundo festón presenta en los huecos de cada arco un granado cargado de fruto, y es porque se hizo muy poco después de la conquista de Granada, y se quiso así perpetuar su memoria. De este segundo claustro arrancaban en sentido contrario las escaleras para el coro y para el altar mayor; en su inmediación estaba la sacristía; en otro ángulo el gran refectorio, y en último término un salón cuadrado, que la tradición supone que era la sala del Tribunal de las causas de Fe.

»A su derecha nacía la alta escalera que conducía á las viviendas de los religiosos, con tal estudio fabricada, que á proporcionados tramos y descansos de ella salen los largos tránsitos destinados á las respectivas clases y grados de los individuos de la comunidad. La bóveda del cuadro de esta escalera ostenta en sus ángulos cuatro retratos de Pontífices dominicanos, Inocencio V, Benedicto XI, Pío V y el P. Juan Vercellis, vestido todavía de

dominicano, con la tiara que le presentan dos ángeles, y á la espalda la muerte con su guadaña, que no le permitió sentarse en la silla de San Pedro, para la que estaba destinado.

»De la sala del Tribunal, de que dejamos hecha mención, se entraba al extenso y magnífico claustro Real que aparece abierto en sus dobles arcadas alta y baja. En él estaban todas las cátedras de Filosofía y Teología de su Real y Pontificia Universidad.

»La planta alta del claustro Real estaba dedicada al Palacio, morada y esparcimiento de nuestros Reyes. Se entraba por una gran portada, que está al Norte del edificio, donde se halla la espaciosa escalera que conducía á dos extensos y magníficos salones, que aún ostentan vestigios de sus pinturas, y á otras cámaras y habitaciones destinadas á su real servicio. Eligieron los Reyes Católicos este retiro para la estación del estío; dos veranos le disfrutaron, pues la prematura muerte de su hijo el príncipe D. Juan, que amaba con entusiasmo este gran convento, los alejó de lugar de tan tristes recuerdos, y los religiosos jamás volvieron á ocupar las solitarias estancias por respeto á sus excelsos dueños.» [1]

---

1 Dos siglos después, en el punto más oriental del convento se labró una anchurosa y cómoda enfermería, obra del dignísimo dominicano D. Fr. Pedro de Ayala, virtuoso y venerable obispo de Ávila: en la magnífica iglesia de Santo Tomás se adora la Sagrada Hostia, rescatada de manos de los verdugos del Santo Niño de la Guardia.

Hasta aquí el señor Carramolino.

Si dulce, suave y recogida fué la impresión que á Teresa hizo el convento, á su hermano Antonio, por más que lo conociese, produjo verdadero entusiasmo el lugar que, fieles á nuestro propósito, hemos dado á conocer, sirviéndonos para ello de un libro afamado. [1]

Y desde el día siguiente al en que llevaron á cabo su propósito, los dos hermanos ya parecían en ellos connaturalizados.

A ellos los llamó su vocación.

Cumplióse, realizóse al fin lo que hemos denominado *El dedo de Dios*, cuya poderosa influencia y cuyo poder infinito se manifestó, así en la protagonista principal de esta obra, como en su hermano; ambos *cera blanda* desde este instante de su vida para todo lo que el Señor les tenía predestinados y predispuestos en recompensa de sus merecimientos.

---

1 Nosotros hemos estado en Ávila tan sólo unas cuantas horas.

VII.

No era ignorancia, sino verdadera sabiduría, la que á los hermanos impulsaba.

No podemos, aunque quisiésemos, abandonar ni por un instante la materia que nos ocupa, ni interrumpir á capricho el curso de un relato que era por la gran mayoría de nuestros suscritores apetecido y deseado, y que, á pesar de su aridez, procuramos hacer variado, movido é interesante.

Avínose don Alonso á lo resuelto por sus hijos, y hasta se vió precisado á dar gracias al cielo que á tan buen camino les había guiado y conducido, reconociendo la influencia benéfica de su bondadosa intervención, de su diestra omnipotente en tales sucesos, conduciéndose en ello bien al contrario de cuantos censuran sistemáticamente estas inclinaciones, cuando no las atribuyen á fanatismos y exageraciones místicas, ó, yendo más lejos, las califi-

can de ignorancia inexplicable en un siglo de tantas conquistas y tantos adelantos.

Ciegos, no ven, ó altivos, no reconocen que por la variedad y la divisibilidad se consigue en el mundo la armonía, y que por ello ha de haber acá en la tierra personas de gustos é inclinaciones diversas.

No aplaudiremos por ello la *exageración* en nada, que la Iglesia no la quiere, y la evita y hasta la *condena* en lo que cae bajo su dominio y jurisdicción, poniendo su veto á las *vocaciones religiosas* que no son verdaderas y que tantos daños originan, como beneficios producen los nobilísimos impulsos que llevan á los claustros á hombres y á mujeres que se encargan de pedir por nosotros, [1] ya que en la existencia accidentada de la vida nos falta tiempo material á los más para rendir al Señor los homenajes que le son debidos como autor de todo lo creado.

Don Alonso autorizó al fin á Teresa para la toma de hábito de buen grado, y luego que se hubo convencido que aquella era la vocación de su hija y la voluntad de Dios.

El acto revistió toda la solemnidad que la Iglesia tiene establecida para estos casos, y con asistencia de muchas familias de Avila que experi-

[1] Aunque fuese este solo beneficio el de las comunidades religiosas, ya nos parecería bastante.



Lit.de J.M.Mateu Barquillo 6,Madrid

La superiora cortó el cabello á la Santa

mentaron las emociones más dulces, más tiernas y conmovedoras.

La ceremonia se efectuó el 2 de Noviembre de 1533.

¿La describiremos minuciosamente?

No lo creemos necesario.

Muchos de los que nos han leído, habrán seguramente sido testigos de una dación de hábito á una de esas criaturas á quienes el mundo compadece y los buenos cristianos envidian.

Radiantes de alegría, bellas, pudorosas y hasta ricamente engalanadas las más, truecan sus galas de boda por el tosco sayal, y esta resolución la llevan á cabo sin violencia alguna, como producto de su sincera vocación y espontánea voluntad.

Quiso Teresa, y así se lo rogó encarecidamente á la priora del monasterio, cortase previamente y por sí misma su abundante cabellera; acto que no siempre es público, pero que esta vez lo fué y precedió á la toma de hábito de la futura novicia.

La postulante, con el traje que llevaba en el mundo y que encontró más apropiado para demostrar su deseo de despojarse de toda pompa, de toda ostentación profana, salió del convento rodeada de su padre, de sus hermanos, parientes y amigos, y volvió á entrar en el coro, quedándose todos los asistentes y convidados de la parte exterior de la reja que le separaba del templo.

El momento, el instante en que la madre superiora *cortó el cabello á la Santa*, fué conmovedor, y

está representado en esta obra por *una lámina* en la que el acuarelista [1] ha hecho tanto por su parte para interpretar nuestro pensamiento, que nada queremos decir por la nuestra que desvirtúe lo que su sentido pincel ha representado habilísimamente.

Todos los asistentes de dentro del coro y de fuera de él, derramaron lágrimas al ver caer, segadas por la tijera, aquellas trenzas gruesas y abundantísimas, y al recogerlas en una bandeja de plata una de las religiosas para ofrecerlas al Señor.

Después de esta tierna y significativa ceremonia dió comienzo la de la *toma de hábito* y la *dación del velo*, que sin interrupción y á seguida quiso recibir la futura novicia cuya historia escribimos.

Ya la tenemos, pues, en el convento.

—¿Qué hacen los frailes y las monjas?—oimos preguntar á muchos.

—¿Qué utilidad prestan?—añaden otros.

La vida de Teresa y de millones de privilegiados seres como ella, es la contestación mejor que podemos dar á esas preguntas impertinentes, y por lo común torcidamente hechas, con apariencias de un interés por la humanidad que no se siente, ni se tiene, ni cabe suponerle en los más que las hacen.

A nuestra vez, preguntamos:

—¿Qué importan á los enemigos de la religión los conventos y los que entran en ellos?

---

1 Señor Barneto.

—¿A qué tanto empeño en denigrar á los que optan por el claustro, y hasta en destruir sus viviendas, muchas de ellas ornamento y gala de las naciones y los pueblos?

—Destruyamos los nidos, y los pájaros no volverán á poblarlos,—díjose á principios de nuestro siglo, y á impulso de tan inicuo objeto se llevaron á cabo hechos vandálicos, destrucciones sacrílegas, cuyo recuerdo ruboriza nuestras mejillas, no ya como católicos que somos, sino como amantes entusiastas de las ciencias y de las artes, que se han visto precisadas á tomar rumbos tales, que nada apenas hay en ellas de dejo y de sabor de épocas mal llamadas de retroceso y oscurantismo en que unas y otras florecieron.

A Teresa y á su hermano llevaron al convento sucesos que hemos procurado puntualizar de manera que se entienda justificado lo que los jóvenes ejecutaron, aun antes de obtener el asentimiento y el permiso de su padre.

Mas para los que así no piensen, tenemos aún argumentos decisivos.

No fué *ignorancia*, sino *sabiduría*, lo que á los hermanos impulsara.

Demostrándolo así su comportamiento durante su noviciado.

Los que guiados por la verdadera sabiduría entran en un convento, no es extraño que en él se

conduzcan como los Sánchez de Ahumada se condujeron, y nos dicen sus historiadores y panegiristas sin discrepancias ni disidencias.

Sólo las hay, con la *verdad histórica*, entre los que sólo se inspiran en su propio juicio para fingir *dificultades* donde no las hubo; *resistencias* y *martirios*, donde no cupieron en mayor extensión que en sus Memorias nos da á conocer la Santa misma.

«Olvidéme decir, escribe en éllas, cómo en el año del noviciado pasé grandes *desasosiegos* con cosas que en sí tenian *poco tomo;* mas culpábanme sin tener culpas hartas veces, y yo lo llevaba con harta pena é imperfección, *aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba.*

»Como me veían procurar *soledad y llorar por mis pecados* algunas veces, pensaban era *descontento*, y *ansí lo decían.*

»Mas no era ansí. Era aficionada á todas las cosas de religión, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio.

»Holgábame de ser estimada.

»Era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y la ignorancia no quita la culpa.

»Alguna tiene no estar *fundado* el monasterio *en mucha perfección.* Yo, como ruín, íbame á lo que veía falto y dejaba lo bueno.»

En los anteriores párrafos condensa Teresa toda

su vida de *noviciado;* todo un año de espectación, de *postulismo* y *probación;* de demanda y de escuela de sí misma; de sus fuerzas y aficiones, que esto y no otra cosa es el *noviciado* en los institutos monásticos.

En menos trecho no se puede decir más, ni referir las cosas con más certeza, exactitud é ingenua lealtad. Las mismas cualidades, las mismas dotes de siempre, de que en vano procuran sacar partido los que, sólo desfigurando ó extremando la verdad, pueden deducir lo que no hubo, ni hay por lo general en esas postulancias, en la inmensa mayoría de los *noviciados;* tiempo que, por el contrario, se ansía termine presto, como á la Santa y á su hermano sucedía, y élla nos lo confiesa cuando afirma «que todo la era llevadero por el deseo que de ser monja tenía.»

¡Cuán diversa pintura es esta, de la que otros han hecho de noviciados fingidos, ó que sólo podemos en parte concebir en determinados y excepcionales casos!

Dada, aunque fuese con pena, su autorización por don Alonso, en aquel mismo año constituyó el anciano la dote de su hija por medio de escritura pública, renunciando la Santa su legítima para no perjudicar á sus hermanos.

Hecho esto, Teresa entró de lleno en la vida conventual con ardoroso anhelo en lo fundamental,

por más que en *algo* se la resistiesen ciertos oficios mecánicos á que en su casa no la habían acostumbrado.

¿Quién es capaz en las órdenes monásticas de adivinar lo que á cada individuo de ellas les está reservado?

Por eso una sabia previsión tiene en ellos introducidas costumbres, que á la simple vista, no profundizando su objeto ni su alcance, parece que no tienen razón de ser.

Así, no obstante, se procede para juzgarles.

La prueba que con esas prácticas se hace, no es «prueba material de habilidad, ni de resistencia, ni de fuerza;» es prueba de abnegación y de obediencia, de actitud completa y absoluta, para lo que si no existiera sería imposible la vida de los conventos, como lo es para muchos la vida misma de familia, por no preparar la voluntad á la sumision y al desprendimiento ni al combate de pasiones que, si no se saben y logran dominar, acaban con toda paz, toda armonía y todo sosiego.

«¡Esclavitud! ¡Clausura!»

«¡Cuánto más grande es Dios en la libertad y el infinito!»

Así lo afirma la incredulidad, [1] y se mofa y se burla de ese Dios, cuyo nombre pronuncia hipó-

---

[1] No queremos que se nos tenga por inventores; cuanto decimos se ha dicho en un libro salido de las prensas mismas en que se tira este nuestro.

crita para tener el gusto de negarle después de un modo osado y hasta brutal, reconociendo como único ídolo á quien adora el placer material, cuya apología hace sin los atavíos siquiera de la vergüenza y del pudor.

«¡Vergüenza! ¡pudor!... palabras huecas, campanudas, falsas: no hay más que el materialismo grosero... lo demás, es ignorancia, no es sabiduría.»

¡Ah! ¡Lo que consume la salud y la vida, para dejar tan sólo la imbecilidad y la muerte!

Toda idea grande y fecunda está de más para el impío, para el ateo.

Oigamos su manera de razonar: [1]

«Seguir con la vista el vuelo de las aves; cegar ante el disco del sol; ver sus rayos inundando de clara luz el campo, las agrupadas casas, cuanto se alcanza á distinguir en un amplísimo horizonte... Adivinar las fuerzas inmortales de la naturaleza, el trabajo de recomposición y destrucción, la vida universal de los seres; recordar las noches serenas y estrelladas, los mundos astrales; preguntarse si en ellos habrá otros habitantes que irán, como los de la tierra, aislados y suspendidos en la inmensidad, como el aeronauta por su navecilla, como los átomos de polvo adheridos á una bala de cañón, siguiéndola en la rapidez de su curso; lle-

[1] Tomamos los párrafos que siguen de una obra recientemente dada á luz, que no queremos citar ni menos dar á conocer el nombre de su autor... La fama, la nombradía del *escándalo*, no la envidiamos.

gar á comprender las masas estelares que se ciernen como archipiélagos inmensos en el occéano de los cielos, las masas de estrellas, los universos, con sus millones de soles y de sistemas planetarios, rodeados de inmensos desiertos; y sin saber definir técnicamente nada, acertar con la preexistencia de la vida, ó sea con la atracción, la luz, el calor y la electricidad, que hacen que lo espiritual perciba el universo exterior y pueda tener una acción directa sobre la materia.»

Y procede así, para deducir luego excátedra, con la vanidad del criterio individual:

«Que Dios, espíritu puro, ó, mejor dicho, puro espíritu, consciente de sí mismo en cualquier parte infinitesimal del universo; personal, pero sin forma; infinito, eterno, es decir, sin extensión ni duración; tan realmente presente en un punto como en otro; tan activo en las obras de la naturaleza terrestre, como en las manifestaciones más sublimes de las esferas superiores del espíritu, no há menester ni culto, ni adoración.»

Cuanto en este sentido se ha escrito, esto sí que es ignorancia pura; nosotros somos, poseemos la sabiduría; sabiduría de *negación* enfrente de la ignorancia de la *afirmación*.

Se engañan los que así razonan y así piensan.

No vacilamos en decírselo por si nos leen, que no nos leerán.

Nuestra heroína había tenido ocasión de elevar-

se ya, según hemos visto, hasta los más difíciles problemas, y de aquí que en vez de forjarse un dios á la manera de los que no creen en Dios, tenía noción exacta, completa y acabada del verdadero Dios; Ser superior á todos lo seres, espíritu infinitamente grande y perfecto, cuya presencia llena el Universo entero; que puede cuanto quiere, [1] que hace cuanto desea, de quien todo depende y dimana, y al cual ninguno otro supera, ni excede en concepto alguno; infinito, grande, poderoso, principio y fin de todas las cosas, ante quien cielos y tierra tiemblan de respeto... Tal era el Ser al que la Santa y su hermano daban el nombre de Dios.

Ahora bien: ese Dios que no podemos negar que existe, porque todo en nosotros y fuera de nosotros le proclama; ese Dios demasiado grande para que podamos comprenderle; Dios poderoso, misterioso, eterno y solitario, quiso salir de su silencio.

Quiso crear, y creó.

Llamó los espíritus á la vida, y á su voz salieron los espíritus de la nada, y miles de millones de ellos le adoraron. Llamó las estrellas, y las estrellas, ocupando regiones sin límites, proclamaron á porfía su grandeza y su gloria. Llamó al sol,

---

1 Según Teresa, «querer en Dios, es poder.» ¡Hermosísima y acertada idea del Supremo Hacedor!

y el sol empezó á recorrer su camino sin interrupción. Llamó á la tierra, y la tierra, con sus valles y sus montañas, con sus arroyos y ríos, con sus animales y sus plantas, se desplegó á su mandato como una tienda en el espacio.

Hizo más:

Llamó al hombre, á quien plugo hacer Monarca del mundo, y el hombre salió de las manos de Dios.

Le concedió inteligencia, y con ella el hombre comenzó á ver y á conocer los misterios y las leyes de la naturaleza, la grandeza y la magnificencia de la creación; la majestad, la omnipotencia, la eternidad, la perfección soberana de su autor; en una palabra, de Dios.

Esta es la verdadera sabiduría.

Le tenía á su vista, oía su voz, contemplaba su semblante, y deslumbrado se prosternó ante Él, diciendo:

—¡Mi Señor y mi Dios!

No es esto lo que creen los impíos; pero es lo que creían Teresa y don Antonio, y nosotros debemos creer.

Los cielos, la tierra, las tradiciones y la historia proclaman unánimes la gloria de Dios, sus perfecciones y los milagros de su diestra, y los descendientes del primer hombre se prosternaron ante su Creador; reconocieron su providencia; vieron su ojo soberano que velaba sobre el mundo y

sobre ellos; le pagaron tributo como á su Señor; le hicieron ofrendas y sacrificios; le rogaron y cantaron sus alabanzas.

¿No es esta la historia?...

La que vosotros escribís, sí que no lo es; sino un tejido grosero forjado por vuestro orgullo y vanidad, por vuestro ciego materialismo.

VIII.

Prosigue y concluye el asunto del anterior.

No queremos hacernos difusos ni pesados, pero tampoco podemos dejar á medias asuntos que, una vez iniciados, merecen por su índole mayor desenvolvimiento y extensión.

Lo que los impíos califican de ignorancia, hemos dicho nosotros es verdadera sabiduría, y nos importa mucho dejarlo probado.

Abel, presenta al Altísimo las primicias de sus rebaños; Caín, los primeros frutos de la tierra; Enox, acrecienta su culto; Jubal, le consagra los instrumentos músicos; Noé, al salir del Arca, le levanta altares en la cima de los montes, y todos los pueblos descendientes del Patriarca, al esparcirse por la tierra, la cubren de monumentos sagrados.

Sólo unos cuantos insensatos no quieren religión positiva, ni culto, ni reglas, ni preceptos... libertad absoluta para negarlo todo; tiranía para el que reconoce y confiesa algo, por poco que sea.

Nínive, Babilonia, el Egipto, la Idumea, la Fenicia, la Siria, Grecia y Roma, levantan templos de incomparable magnificencia, templos cuyas ruinas admiramos todavía.

Nada de esto quieren los impíos; lo critican, lo censuran.

Y si alguno se digna proclamar la existencia de Dios, quiere que sea un Dios en que el hombre no piense, porque Dios no piensa ni se ocupa de él.

¡Donosa sabiduría!

La Judea, por la majestad, la grandeza y la verdad de su culto, superó á todos los pueblos; también es esto cierto y aparece comprobado, mientras que en la cima de las montañas, en la profundidad de los bosques, y hasta en la inmensidad del desierto, el Galo, el Germano, adoraban á su modo, bajo la bóveda de los cielos, al Gran Espíritu.

Siempre, y por donde quiera que dirijamos la vista, la oración, el himno sagrado, la fiesta religiosa, el sacrificio y el altar, la adoración y el sacerdocio, el culto y el templo de Dios.

Pues bien; todo esto no tiene para la impiedad fundamento sólido; el mundo entero se ha equivocado; sólo ellos poseen la verdad; verdad que hiela, que atrofia el entendimiento, que anonada el corazón, que aspira, á lo sumo, á que creamos en Dios, sin amarle, y, por lo tanto, sin adorarle.

La adoración es una bajeza; la sumisión un engaño.

Libertad para no creer...

Quedáos con ella, mientras á nosotros nos hace llevadera la vida y soportables las desgracias que nos afligen la seguridad en el creer que llevó á los dos hermanos al noviciado ávidos de consagrarse en él á la virtud y al bien.

Según nos ha dicho recientemente uno de los modernos reformadores de la humanidad, cuyos extravíos deploramos, si Teresa y Antonio hubiesen tenido de Dios la verdadera idea que él supone, no habrían entrado en el convento.

¡Pobre míope!

En la necesidad de adorar á Dios, sin embargo, muchos hombres, muchos pueblos tributaron á todo homenaje; á todo, menos al Dios de verdad.

No hubo fuerza física ó moral, ser superior, bueno ó malo, á quien no se dedicasen altares.

Se adoró al cielo, al sol, á la luna, á las estrellas, á la tierra y á su fecundidad, á los monstruos de la naturaleza, á las más viles inclinaciones, á los grandes malvados de la historia; y á Satanás, en fin, bajo mil diferentes nombres.

El error mismo reconoció á Dios; sólo los pretenciosos sabios de nuestro siglo no le reconocen.

Todo recibió el homenaje de los hombres en particular y de los pueblos en general.

Dios, que desde el principio se había mostrado al hombre en su grandeza y en su poder; Dios,

que se había revelado muchas veces en el castigo y la justicia, al salir del Edén, en el Diluvio, en Babel, en Sodoma y Gomorra; Dios, que hasta para con su pueblo había hecho testigos de su alianza el terror y el espanto, Dios quiso reaparecer de nuevo ante el hombre para salvarle y unirle á su persona.

Y no ya con los terremotos y rayos como en el Sinaí, ni con la cólera y las catástrofes del diluvio; no con el esplendor y la majestad del edén, sino con la mansedumbre de nuestra propia naturaleza, haciéndose hombre como nosotros.

Y dijo, como tal, millares de veces:

—Venid á Mí, escuchadme; porque soy dulce y humilde de corazón.

—Soy el cordero de Dios.

Y los hombres le vieron curando enfermos, resucitando muertos, consolándoles en sus dolores, perdonándoles sus pecados, llamándoles hermanos y amigos.

Y muchos oyeron su voz, mil veces más dulce que las demás voces de la tierra; y le admiraron y le amaron, y le siguieron á la montaña, viéndole espirar por ellos en una cruz.

Ya no hay disculpa; ya no hay engaño posible.

Desde entonces quedó restablecido para siempre el conocimiento de Dios por Jesucristo, el amor de Dios por Jesucristo, el culto de Dios por Jesucristo.

No hay otro más que éste, y en él estribaba la

sabiduría de la novicia; la de Teresa en particular, única de la que debemos hacer especial mención, y en quien debemos fijarnos.

—¿Á dónde van esos hombres?

Son los Apóstoles; dejadles; van á conquistar el mundo para Dios por Jesucristo.

¿Cómo?... Adorándole, confesándole y derramando por él su sangre.

—¿Á dónde van esos seres superiores llamados cristianos, cuyas virtudes admiran con estupor los hombres del siglo?

Van á combatir por Dios, por Jesucristo, por su amor; á servir de protesta viva contra los que se están quietos, y no se mueven y nada hacen.

—¿Á dónde van esos hombres, esas mujeres, esas vírgenes, esos pequeñuelos?

Van, antes del combate, á adorar y recibir á Jesucristo, su Dios y su amor.

¡Ah! se escucha á lo lejos rumor, eco de cánticos sagrados... es en las catacumbas.

Satanás, los falsos dioses, las pasiones humanas, las hacen encarnizada guerra, pero la victoria será suya.

Por el amor y la protección de su Dios, por su paciencia, por su dulzura, su caridad, su muerte, vencerán á Satanás, á las pasiones y al mundo.

Avancemos algunos siglos más.

¿Véis á esos hombres, cuyos hermanos sucumbieron á millares bajo la cuchilla de los verdugos; á esos hombres que gemían y oraban en las

entrañas de la tierra, al pie de proscriptos altares, que no habían podido levantar á la faz del sol? ¿Los véis ahora marchar al triunfo?

Van á tomar posesión del imperio romano; van á plantar la Cruz sobre el soberbio Capitolio; van á posesionarse de los templos que la gentilidad había consagrado al vicio.

¡Ah! Ved, ciegos, al Cristo entrar triunfante en los santuarios todos del universo, seguido de su Madre, de sus Evangelistas, de sus Apóstoles, de sus Doctores, de sus Mártires, de sus Confesores, de sus Vírgenes...

Sin templos, sin altares, no ven á Dios; al revés que os sucede á vosotros, que decís, hipócritas, que le véis y le admiráis en el universo.

¡Mentira! ¡Blasfemia!

Vuestra soberbia os hace creeros sabios, cuando sóis ignorantes; más ignorantes que el último de los que creen.

Pequeño recinto es, ciertamente, en el que se reune el pueblo; juntad con el pensamiento todos esos pequeños recintos, y decidnos luego cuál no será su magnitud.

Unid los lugares, los sitios en que se adora á Dios, y veréis si no es mayor, si no es más inmenso que vuestra fría ponderación.

¡El universo!... Templo es ese tan dilatado, que acabáis por no veros dentro de él, ó veros, en vuestra soberbia, más grandes, más gigantescos que el artífice de lo que nosotros no os diremos que

no sea un templo, puesto que proclamamos que es obra de Dios; pero que no es suficiente para contener á Dios, que sólo cabe, en su grandeza, dentro del alma, dentro del corazón.

Lo que hay es, que la sabiduría de Teresa era, á la vez que más humana, más humilde; que más real, mucho más práctica.

Y porque era sabia, verdaderamente sabia, lejos de entrar en el convento, de no hacerse monja, lo *deseó ardientemente*, y sufrió el largo tiempo de un año para lograr pertenecer á la comunidad de religiosas de la Encarnación de Ávila, y trocó sus galas por humilde sayal, y el regalo por la mortificación, y la libertad por la sumisión y la obediencia, y las anchuras del siglo por la estrechez del claustro.

¡Ignorantes, locos, insensatos los dos hijos de don Alonso!—exclama el mundo.

¡Sabios, sapientísimos, cuerdos y acertados!... como veremos serlo á Teresa en el curso de esta historia, en la cual hemos avanzado más lenta y circunstanciadamente que seguramente entraba en nuestros propósitos, y ahora no nos pesa, porque tal necesitaba ser nuestro libro, como es en un siglo en que es atrevimiento y osadía hablar de vocaciones y de noviciados, de conventos y de santos, de milagros y de prodigios, que no sean los que el hombre descubre por una dirección dada á su acti-

vidad y á su inteligencia, distinta de la que dieron á la suya los principales personajes de nuestra obra.

De todo há menester el hombre, mezcla, levadura de barro y espíritu de cuerpo y alma.

Y no habéis de ser tan vanos, que sólo llaméis sabio al que lo es según el cuerpo y no según el alma.

Sabiduría que, sin el conocimiento de Dios, no es sabiduría, sino vaguedad, incertidumbre, tinieblas, decaimientos y desesperaciones.

Los hombres, que son todo materia, ¿cómo explicarse cuanto vamos á seguir escribiendo?

No conciben á la monja perfecta, como no se explican la perfecta casada.

Para ellos todas son lo mismo... que las que conocen y tratan.

Casadas perfectas y monjas perfectísimas existen; vosotros no las véis; vuestra sabiduría no las concibe; está muy por las nubes, y la virtud en la tierra se oculta y esconde humilde.

Vosotros sacáis á la superficie, con un realismo no pocas veces asqueroso, á vuestras heroínas del vicio y de la depravación, á quienes vosotros las lanzáis, las mas de las veces, en ese camino; dejad que nosotros saquemos para ejemplo á las que lo han sido de la Iglesia, y á quienes tampoco habéis respetado, calumniándolas sin piedad.

Habrá malas entre muchas, ¿quién os niega lo contrario?

Pero la mayoría son buenísimas, y el darlas á conocer en un modelo tan perfecto y tan acabado como Teresa, es necesario.

Esto nos hemos propuesto, esto hemos ofrecido, y esto venimos haciendo sin temor á las burlas de los que piensen de manera distinta, seguros de que son más los que nos respeten, por lo que, basados en datos exactos y fuentes acreditadísimas, consignamos.

IX.

Manera de pensar, querer y obrar de Teresa como novicia.

TERESA, en soltando una palabra ó proponiéndose algo para el *bien*, no sabía retroceder. Había ido al convento, entrado en el noviciado por su vocación, y llevó tras sí la voluntad de los suyos, que ocasiones mil tuvieron para reconocer que «no era en ella una ilusión ni un acaloramiento lo que había hecho.»

Pero quien de esto hubo de persuadirse más, fué su maestra la Briceño y las religiosas todas, para quienes la joven educanda fué un modelo.

Oyéronla cierto día exclamar:

—En Dios tenemos la vida, el ser y el movimiento. [1]

Y ante esta profunda máxima desearon que la explicase.

La novicia no se hizo rogar, y dijo:

---

[1] Palabras del gran Apóstol.

—La grandeza del cristiano la constituyen la nobleza de su origen y su magnífico destino nacido de Dios, y que volverá á Dios; pero no debe olvidar que para esto tiene que cumplir una misión temporal en este mundo. Su gloria y su felicidad dependen del modo con que cumpla esa misión. Si esta vida presenta días tan amargos, horas tan tristes, quejas tan justificadas, y algunas veces ¡ay! casi disculpables impaciencias y murmuraciones, es porque con frecuencia desconocemos los designios de Dios. Aprendamos á ser *sabios*, [1] aprendamos á vivir como debemos vivir, confesando al que nos otorgó el ser, el movimiento y la vida. ¡Y nada tendrá que reprocharnos! La redención nos ha dado una nueva vida.

—¿Y cuál es ésta?—la preguntaron.

—La vida de gracia,—contestó la novicia.

Era evidente que el Espíritu Santo hablaba ya por boca de Teresa y la inspiraba.

Y los hechos corroboraron aquel parecer unánime.

Operóse, pues, durante su noviciado en Teresa una transformación beneficiosa, y que debíamos acentuar antes de dar por concluso este importante período de su vida, sobre el cual tan poco se ha escrito antes de ahora; transformación de su espíritu, de su corazón y de sus costumbres.

---

1 De nuevo la verdadera sabiduría sobre el tapete.

Y comenzó ya á *pensar*, á partir de esta hora, como Jesucristo; á *amar* como Jesucristo, á *obrar* como Jesucristo, en lo que consiste el gran secreto de la vida divina en el hombre de que nos habla San Pablo.

Estudiemos cada uno de estos puntos.

¿Cuáles eran los pensamientos de Teresa, y qué juicio formaba de las cosas todas? Sus pensamientos estaban fijos y eran todos de Dios.

En todas partes, en el seno del Universo, en las criaturas y en sí misma, veía el poder, la grandeza, la sabiduría de Dios.

En sus oraciones y en sus trabajos, siempre aparecía Dios á su espíritu; siempre unida á Él pasaba los días y las noches sin distracción y sin angustias, á no ser cuando el enemigo la tentaba.

No somos nosotros los que lo inventamos; es élla quien nos lo dice.

Esforzarse por imitarle en este punto, primer paso de la vida interior y primer deber de las almas piadosas.

¿Imitamos nosotros el espíritu de Jesucristo? ¿Están en Dios y pertenecen á Dios todos nuestros pensamientos? ¡Ah! no; si así fuese, no tendríamos tantos pensamientos inútiles y vanos, que son la causa de ese tumulto y de ese desorden que agita nuestro espíritu, y nos impide recogernos.

Y cuenta que no se trata de esos pensamientos malos ó peligrosos, cuyas funestas consecuencias

son tan desastrosas, tan funestas, sino solamente de los pensamientos inútiles que halagan el espíritu. Si tenemos que dar cuenta de una palabra ociosa, ¿creéis que el Señor será más indulgente con un pensamiento vano? ¿No es todo, en suma, perder el tiempo? ¿Qué relación puede tener con Dios esa clase de pensamientos?

Y si no la tienen, ¿cómo podrá, el que de ellos es juguete, *amar* á Dios con todo su espíritu como Teresa lo amaba?

Ya véis aquí una deducción útil.

Algunos, para evitar esos desórdenes del pensamiento, se colocan voluntariamente en soledad exterior; no es suficiente: lo que principalmente y sobre todo se necesita, es una imaginación solitaria, una imaginación que no pase por esos largos sueños en que flota el espíritu en pasatiempos de vanidad y de ilusión. ¡Cuántos hay que queriendo ocuparse de Dios, al momento se fastidian!

«Con un poco de perseverancia, verán cambiarse muy pronto el fastidio en hábito dichosísimo;» la Santa nos lo dice, siendo en élla esta costumbre la que «constituyó toda la fuerza y el consuelo de su vida.»

«Bien sé, añade, que nunca podemos estar unidos á Dios, como el alma de Jesucristo, que estando unida á la divinidad, no podía dejar de pensar en Dios; pero no por eso deja de aceptar auxilios exteriores para dirigir y fijar sus pensamientos; y en eso es en lo que podemos y debemos imitarle.»

Huir del mundo, no es bastante; el recogimiento, la oración, la vigilancia sobre la imaginación y los sentidos; ved ahí lo que Teresa hacía ya de novicia, y esos medios, auxiliada por la gracia, la dieron una unión íntima é inefable con Dios, unión que en ella hizo su gloria y sus delicias como en todos los demás santos.

Cuando los pensamientos están de ese modo dirigidos por Dios y hacia Dios, los *juicios* no pueden menos de estar conformes con los de Dios, como lo estaban los de Teresa.

—Juzgo,—decía,—con arreglo á lo que oigo.

¿Y qué oía? ¿qué consultaba?

Los juicios de Dios, para hacer de ellos la regla de sus juicios; de ese modo siempre resultaban justos y equitativos.

¿De quién tomamos más ordinariamente consejo nosotros antes de pronunciar nuestros juicios? ¿Consultamos á Dios? ¿No consultamos casi siempre á nuestras pasiones y á nuestros intereses? De este modo, ¿podemos responder de que nuestros juicios sean siempre justos y equitativos como los de la heroína de este libro? Y si no lo son, ¿cómo podrán estar conformes con los de Jesucristo?

En nuestra ceguedad, llamamos bien al mal, y virtud á lo que sólo tiene, á lo más, apariencia de ella; el vicio, por el contrario, se modifica con arreglo á nuestras ideas más ó menos falsas; de ahí proviene que alabemos hoy lo que censurábamos ayer, y que con frecuencia despreciemos en

los demás lo que aplaudimos en nosotros mismos.

No informaréis bien vuestros juicios, sino conformándoos con Jesucristo, gran modelo de Teresa; acostumbráos, como élla, á celebrar dentro de vosotros mismos una especie de consejo, y en vuestras indecisiones, consultad á Dios.

Antes de formar un proyecto, de tomar una resolución, preguntad á Dios, escuchadle.

¿Queréis juzgar bien? Colocáos en el estado en que quisiérais hallaros en el momento de la muerte. Juzgadlo todo bajo el punto de vista que entonces apeteceríais, y no tendrán vuestros juicios la falsedad y la injusticia que le imprimen de ordinario otros móviles que los que á Teresa movieron desde su noviciado.

Y porque la sucedió lo ponemos aquí; si así hiciéreis, no diréis con el mundo: ¡dichoso el que es rico y poderoso! sino que exclamaréis, como Teresa exclamaba:

—¡Dichosos los que lloran y sufren persecución!

Y se conceptuaba dichosa, y lo era tanto, que todas se miraban en élla como en un espejo, aunque su humildad se resistiera.

Acaso por ello pone ciertas cosas, que en esto de ponderarse débil y flaca, la Santa no andaba escasa nunca, antes bien lo cacarea y vocifera para que se la tenga en menos.

Cualidad de modestia que debemos hacer notar cada vez con mayor insistencia, y á medida que de élla reunimos mayores pruebas.

No sólo debemos pensar como Teresa, sino *amar* también como élla amó.

Estudiando su corazón, conoceremos los preciosos quilates de su cariño hacia Dios.

Siempre unida en pensamiento y en espíritu á Él, la Santa no podía sino *amarle* y *glorificarle*.

¡Con qué cuidado, con qué esmero y con qué solicitud trata Teresa, desde su noviciado, de cumplir en todo la voluntad de Dios!

Su deseo desde entonces es que todos le conozcan y glorifiquen; pero más principalmente se cuida de conocerle y glorificarle élla, y á ese cuidado acomoda y ajusta los movimientos todos de su corazón.

¿Dudaríais de ello oyéndola decir de continuo y no satisfecha aún: «¡Dios mío, qué poca semejanza tiene mi corazón con el de vuestro Divino Hijo! ¡Cuán diferente del suyo es mi amor! ¡En mis penas, en mis sufrimientos se enfría muy pronto mi amor á vos! ¡Qué mal he comprendido los ejemplos de tan perfecto modelo!»

Y otras veces:

—«He dado al amor de mi corazón un destino culpable; he amado á las criaturas en vez de amar á mi Creador.»

Y repasando su memoria añadía:

—«¡Cuántos objetos extraños he querido! ¡Qué insensata he sido! Los amaba, y al mismo tiempo quería amaros; esto no es posible por completo. Quería daros en mi alma un lugar preferente, ol-

vidando que fuérais el Dios celoso de que nos habla la Escritura. ¡Cuántos motivos de confusión para mí! ¡Qué desdicha tan grande si en ese estado hubiera tenido que presentarme ante vuestro Tribunal!»

Y se hacía estas otras reflexiones:

—«Cuando perdemos un pariente ó un amigo, cuando nos sale mal una empresa que halaga nuestra vanidad, necesitamos meses y aun años para consolarnos. ¿Somos tan sensibles á la pérdida de nuestro Dios y de su amor? ¡Qué frialdad por nuestra parte en cuanto le concierne! Nuestra indiferencia es tal, que nos importa poco que sea desconocido y que su santo nombre sea blasfemado; sólo experimentamos un ligero sentimiento cuando le ofendemos nosotros mismos. ¡Singular amor, en verdad, el que no sabe enternecerse, ni animarse, ni inquietarse! Y aún se quiere de ese modo que ocupe Dios el primer lugar.»

Digamos, por nuestra parte, con San Agustín:

—«¡Oh, Dios mío, belleza siempre antigua y siempre nueva! Yo os he desconocido; yo os he amado mal. Quitadme este corazón de roca y dadme otro nuevo, un corazón que sepa amaros mejor. Transformad mi corazón en el de vuestro Hijo; introducidme en su santuario; que sea á la vez tumba de mis afecciones culpables y cuna de mi inocencia y guardián de mi virtud. Que haya en mí un hornillo, siempre candente, donde se consuman mis imperfecciones y mis disgustos. Que su divino fue-

go ilumine y avive mi corazón, y haga que nada pueda extinguir.»

Y no sólo debemos pensar y querer á Jesucristo, sino obrar en armonía con sus enseñanzas y sus lecciones; lo cual procuraba Teresa en su noviciado, verdadera preparación, en ella, de su vida futura; vida que sólo podemos narrar y escribir, inspirándonos en sus escritos, de los cuales vamos entresacando millares de párrafos que, de otra manera, no podríamos copiar ni transcribir aquí.

Y son muchos los suscriptores que nos han pedido y nos piden este trabajo que no se improvisa fácilmente, y nosotros, no obstante, vamos casi improvisando.

En sus oraciones y en sus palabras todas, siempre era el espíritu divino el que hablaba y oraba en Teresa.

—«Por mí misma,—nos dice, parodiando á Cristo,—nada hago; por mí misma nada puedo hacer; no hablo de mí; lo que hago, lo hace el Padre celestial que vive en mí.»

Veía en Jesús, cuyo nombre había de tomar, su perfecto modelo.

—«¿Queréis ser criaturas interiores?—pregunta.—Pues imitadle,—contesta.

—»Sólo habréis hecho lo suficiente,—añade,—cuando lleguéis á un estado de gracia habitual; para parecerse á Jesucristo, hay que obrar por espíritu de gracia.»

Expliquemos esto:

No es violento suponer que, aun en vuestras buenas acciones, seáis arrastrados por cierta actividad natural, por una impetuosidad que os da vuestro gusto y vuestra inclinación hacia el bien; muchos hay así.

Lo que entonces hacéis es loable, sin duda, pero no lo es tanto el modo con que lo hacéis; no obráis por espíritu de gracia; deberíais esperar y seguir, ante todo, la impulsión del espíritu de Dios, y no prevenirla; hacer cada cosa en su tiempo y lugar; en una palabra, servir sólo de instrumento á la obra de Dios, y permanecer indiferentes entre sus manos, para que sea Él el que os determine á cuanto le plazca.

Esto nos revela la Santa que procuraba hacer, y vemos que lo hacía así.

Y esto no es misticismo: esto es práctica evangélica y cristiana.

Pero cuán pocos son los que buscan esa unión de la gracia y del espíritu; los que no obran por su propia cuenta.

Se abusa mucho de la bondad de las acciones, sin tratar de darse cuenta de la intención, que es su principio; sería necesario, para esto, tomarse el cuidado y los trabajos que Teresa, novicia, se tomaba ya, y había de acrecentar después hasta la suma perfección, hasta llegar á la santidad.

—«No es que queramos hacer santos,—decía,—

pero sólo en esto estriba y consiste la virtud verdadera.»

Hagamos callar el amor propio para dar libre curso á las advertencias de Teresa, y esta fidelidad será el principio de nuestra unión con el espíritu y el corazón de Jesucristo.

X.

«Si pasas el Jordán, encontrarás reposo.»

Las palabras que sirven de epígrafe á este número fueron oídas cierto día por Santa María Egipciaca, en ocasión de hallarse atormentada por los remordimientos y pensando en la manera de alcanzar su salvación.

Teresa las escuchó también durante su noviciado, cuando se acercaba la fecha de su profesión, siendo para ella voz misteriosa del cielo, oráculo santo, inspiración de su ángel custodio.

La ilustre penitente nos dice, á propósito de este misterioso pasaje de su vida, lo siguiente:

«No bien las percibieron mis oídos, tomé apresurada el camino que conduce al Jordán; fuí corriendo y llorando. Pasé el Río Sagrado; me interné en aquella soledad, evitando el encuentro de los mortales y esperando la venida de mi Dios, que salva á los grandes y los pequeños siempre que se vuelven á Él.»

¿Quién no ha escuchado en su vida algún orácu-

lo del cielo, alguna de esas voces secretas, profundas y misteriosas del corazón? ¿Quién, después de una infracción notoria de la ley moral, atormentado por su conciencia, no ha oído, como las dos heroínas cristianas, un aviso parecido, un aviso semejante?

—Pasa el Jordán y encontrarás reposo;—lee, oye ó medita Teresa en ocasión que recuerda con dolor su vida pasada, sus horas de distracción, y al punto adivina lo que aquel aviso, presentimiento ó intuición significa.

Es para ella este incidente un nuevo y más eficaz llamamiento hacia el claustro de los que la habían llevado al noviciado.

Y la impaciencia de profesar la devora desde aquel instante hasta la hora y el día señalado que no quiere se prolongue, pero que tampoco cabe anticiparlo.

Para Teresa, pasar el Jordán, era hacerse monja; era no pertenecerse; pertenecer á Dios.

Para nosotros, pasar el Jordán, es hacernos buenos y morir en estado de gracia; sólo así encontraremos reposo.

¿Qué otra cosa es el rápido río de esta vida pasajera?

Ondas que arrastran en su impetuosidad nuestros buenos pensamientos, nuestros buenos deseos y nuestras buenas resoluciones.

Pasemos valerosamente el Jordán, es decir:

rompamos con todo lo que nos impide aproximarnos á Dios.

Que nuestros pensamientos se eleven sin cesar hacia ese centro único de nuestro reposo.

Esto nos aconseja la Iglesia; pero ¡ah! la Iglesia no tiene para muchos la autoridad que ha recibido del cielo.

Rompamos apresuradamente con las preocupaciones del siglo; sobre todo, ya que no otra cosa, buscando el camino que antes de ahora hemos dicho que conduce al cielo; camino que encontraremos en los secretos y recónditos latidos de nuestro corazón.

Internémonos en la soledad de nuestro propio espíritu, de nuestra propia conciencia, y esperemos la venida de Dios, por el que nos serán enseñadas muchas cosas utilísimas y provechosas, que nos darán reposo y sosiego, paz y tranquilidad, ventura y dicha sin tasa y sin medida.

Sólo así comprenderemos, como Teresa, en qué consiste la salvación y cuánto vale; porque la salvación no es únicamente el grande, el importante negocio del hombre; es también el negocio propio y personal del cristiano, su negocio único é irreparable.

Pongamos la mayor atención en el desarrollo de esta verdad.

—¿Quién me ha dado el ser y la vida?—se preguntaba Teresa una noche, contemplando desde

su ventana un cielo oscuro, tachonado de estrellas.—¿Para qué estoy en este mundo? ¿Qué será de mí al terminar esta vida?

Y esta triple pregunta la dejó absorta y anonadada.

Ya la Santa comenzaba á serlo.

Fué entonces, aquella noche, cuando escuchó de nuevo, acaso y más clara, la voz misma de la penitente egipciaca.

Y nuestra novicia continuó así reflexionando:

—¿Quién me ha hecho lo que soy? ¿Por quién pienso, quiero y vivo? ¿Habré sido hecha por un ángel, un arcángel, un querubín, uno de los espíritus celestes é inmortales?

Y al punto se contestó casi en alta voz:

—No; mi dignidad es demasiado grande para que pueda ser obra yo de una criatura, por excelente que ésta sea.

Y exclamó:

—Dios, Dios, sólo Dios, que todo lo ha hecho, es el único capaz de haberme sacado de la *nada*. Mi existencia es obra de su bondad y de su poder; Él solo ha podido animarme con su soplo creador y divino, marcándome con el sello inmortal de la inteligencia y del amor.

¿Halláis una deducción, una consecuencia más lógica que ésta?

Los sabios del mundo, con todo su saber, no os darán otra respuesta más adecuada á lo que sentís dentro de vosotros mismos.

Pues oid ahora otro pensamiento que asaltó á Teresa, después de comprender una verdad que nos parece mentira se ponga en duda.

—Si somos obra de Dios,—discurrió la Santa,—hijos somos de Dios y le debemos respeto, obediencia, gratitud, amor como á padre y á creador que es nuestro.

Reemplazad esta filosofía con otra que se le aproxime, que se le parezca siquiera.

Tal dignidad y tan divino origen nos advierte que, como hijos del Hacedor Supremo, le pertenecemos, y debemos servirle en esta vida para disfrutar en la otra de la gloria y la felicidad que nos tiene reservadas y ofrecidas.

Revélanse así nuestros destinos en este mundo, y el magnífico que nos está dispuesto para después de esta vida; es decir, para luego de pasar el Jordán.

Conocido por Teresa su origen y su fin tan claramente, meditó acerca de lo importante que era para ella poner de su parte los medios de conseguir este último, en el que tan poco pensamos, engolfados en los negocios del mundo.

De este mundo fugaz, pasajero, y que hemos de dejar con seguridad en brevísimo espacio de tiempo, volviendo al polvo, al barro de que hemos sido formados, dejándolo todo, no llevándonos nada de lo que hayamos reunido, logrado y atesorado aquí abajo con tanta solicitud y empeño tanto.

Teresa dedujo la noche aquella que meditaba

abstraída y siempre contemplando las mil y mil luminarias del firmamento desde el alféizar de la ventana de la celda de la maestra de novicias, que dejandola allí había ido á coro, otras cosas más, no menos importantes.

Apuntarlas es nuestro deber.

La joven bajó maquinalmente sus ojos y contempló la ciudad, no dormida aún, y á través de las ventanas abiertas y de las puertas, divisó sombras de gentes que se movían, que circulaban de un punto á otro, y sintió hacia ellas compasión.

Ninguna se ocupaba más que de sus intereses temporales, de sus negocios, de ir y venir, de cumplir con la sociedad, de preparar la colación de la noche, y de pensamientos é impresiones tan sencillísimos y vulgares, su imaginación privilegiada la representó á tantos como sacrificamos nuestro reposo, nuestra salud por adquirir riquezas, oro, ¡mucho oro!... O acaso venden su conciencia y hacen traición á sus ideas para obtener y conseguir más fácilmente empleos, destinos, posiciones elevadas... Ó vierten hasta su sangre en aras de objetos fútiles, baladís y perecederos.

Vió á otros que, sin cuidarse del porvenir, se lanzan á los encantos de una vida dulce y voluptuosa, sin pensar en lo que son, de dónde vienen y á dónde irán... Otros que, en el seno de la más tenaz indiferencia, dejan dormir sus corazones, y si bien no llegan á entregarse por completo á los desórde-

nes de sus pensamientos y de sus deseos, nada hacen por asegurar la vida futura, descansando en no sé qué gracias que no les serán concedidas; á cuyo número vió con dolor pertenecían muchos de los cristianos.

Así, así comenzaron en Teresa las abstracciones de su espíritu, los éxtasis de su imaginación y su pensamiento, cuando aún no era monja, pero estaba próxima é inmediata á serlo.

—¿Qué son los bienes de este mundo y sus vanos y pasajeros goces?—se preguntó de nuevo.—¿Qué son los placeres y las muchas complacencias de la vida? ¿Qué vale la gloria? ¿Qué vale la ciencia? ¿Qué la juventud y la hermosura pasajera?

—Una hora más, quizás menos,—se contestó en el fondo de su ser,—y la muerte lo habrá devorado todo: bienes, fortunas, placeres, honores, salud y juventud.

«Todo perecerá, hasta los culpables deseos de los malvados.»

La vida futura, sólo ella es el negocio propio y personal del hombre; el que más le interesa, el que les importa en sumo grado, el que merece nos ocupemos de él más seriamente y sin descanso.

Tarea confiada únicamente á nuestro cuidado.

Asuntos mil hay que podemos confiar á otros, pero éste sólo puede ser practicado por nosotros mismos. San Agustín confirma esto, que para la novicia era evidente:

«Dios, dice, que nos ha creado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros.»

También esto merece censuras de la impiedad; ¿cómo dejar de ocuparnos de ello?

Máxima profundísima la del santo Doctor; máxima como de aquella inteligencia privilegiada á que Teresa tenía ya de novicia una verdadera afición, y de que había hecho un profundo estudio.

No se concibe á la *Santa*, á la *fundadora* y á la *escritora* insigne sin una gran preparación, y nos consta, sabemos que Teresa la tuvo; que cuando entró novicia tenía ya grandes conocimientos en materias religiosas, y que durante su noviciado los acrecentó admirando á la Briceño, á sus compañeras y á las Madres, que gozaban muchísimo escuchándola y oyéndola.

¡Cuán diversa fué su preparación, que la que finge osada y atrevida la impiedad, sin dato ni fundamento alguno para ello!

¡Y aún se atreve á sostener que se ha meditado y estudiado á la Santa!... Para mentir y difamar no hace falta saber ni estudiar; con un espíritu ligero y mal intencionado en todos sentidos, basta.

Lo que vamos á transcribir es curioso; los ejemplos se graban más fácilmente en la memoria que los mejores y más elocuentes discursos, y las páginas mejor escritas.

El fiel servidor, el ministro de un poderoso monarca, después de haber dirigido por mucho tiempo los negocios públicos y cuidado más de los intereses del Estado que de los suyos propios, y sobre todo de los de su alma, cayó gravemente enfermo.

En sus últimos momentos, su soberano se dignó visitarle.

—Señor,—le dijo el moribundo,—tengo una gracia que pediros como premio de mi largo y reconocido celo.

—Habla,—le contestó el rey, y añadió:—después de los servicios que has prestado á mis reinos, ¿qué podré negarte?... Pide.

—Pues bien, señor,—replicó el moribundo;—debo, dentro de un momento, á juzgar por mi situación,—y su voz se iba debilitando,—dar cuenta al Rey de los reyes de mi vida consagrada á vuestro servicio; otorgadme, os lo suplico, un cuarto de hora de vida, unos minutos para hacer una buena confesión.

—¡Ah! ¿qué me pides?—exclamó el rey lanzando un profundo suspiro,—no alcanza mi poder á concederte lo que deseas.

Y el enfermo espiró antes de que su señor terminase de decir lo que dejamos puesto.

Nadie, por grande y poderoso que sea, hay en el mundo que pueda suplirnos en el asunto completamente personalísimo de nuestra salvación.

El hombre acaudalado cabe que tome arrenda-

tarios para conservar sus bienes; los arrendatarios á su vez cabe que tengan criados que los ayuden en la explotación de lo arrendado; el rey, que se halla al frente de un vasto imperio, tiene ministros en los que descarga una parte del gobierno, elige generales para mandar sus tropas; pero no sucede lo mismo con la salvación.

La salvación es una fortuna que nos es tan puramente personal, que sólo nosotros mismos podemos explotarla, que sólo nuestros cuidados y nuestra vigilancia la pueden conservar.

—¡Salvación!...—Os oímos exclamar con maligna sonrisa.

—¿Y qué es ello?—nos decís con desdén y marcarda burla.

Negocio del porvenir; asunto del alma, en el que necesaria y forzosamente sólo nosotros podemos intervenir.

En los negocios del alma tenemos precisión de hacer de jefes y soldados.

El criminal confía á un letrado la defensa de sus bienes, de su reputación, y hasta su vida, si es menester; hay un proceso en el que sólo nosotros mismos podemos ser defensores: los que se relacionan con los destinos del alma; por lo que dice San Agustín: «que Dios nos ha creado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros.»

No juzguemos las cosas de la eternidad...

—¡Eternidad!

Nueva sonrisa desdeñosa y burlona.

¿Cómo sostendréis, por ventura, que todo acaba aquí abajo?

¿Os atrevéis á tanto?

Por desgracia así es.

No queremos sobre esto escribir cuanto nos ocurre en este momento; los pensamientos de Teresa, cada vez más profundos y más transcendentales, reclaman nuestra atención.

La vuelta de la Madre de las novicias, de doña María Briceño, se retrasó mucho, y la joven tuvo tiempo para completarlos.

Digamos cómo.

Vínole á las mientes, ampliando sus ya oportunísimas ideas anteriores, que en este mundo la criatura poderosa y afortunada puede muchas veces, sin mérito alguno, gozar de ciertos privilegios en el seno de la indolencia y aun en el de la ociosidad; dejar á otros el cuidado de aumentar sus riquezas, de velar por su nombre. Con dinero es posible, y para todo esto, el mundo está lleno de farsas, de errores y de mentiras. Pero á los ojos de Dios no hay más méritos que los que provienen de nuestras propias obras; no hay más provecho que el que resulta de nuestro propio trabajo.

Dios dejaría de ser justo, si no diera á cada cual según sus obras.

Hay más, se dijo la Santa:

—En el mundo puede quedar sin recompensa el

trabajo, permanecer desconocido y hasta postergado el mérito. Ciertas ventajas, lejos de ser justas, son de ordinario privilegio del favor.

Ahora bien, preguntamos:

¿Estáis seguros de recoger los frutos del campo que cultiváis? ¿De habitar la casa que edificáis? ¿Quién os asegura que no vendrá un extraño á despojaros del fruto de vuestro trabajo?... Esto no sucede nunca, por lo que hace á la salvación. El provecho ó el perjuicio será para nosotros solos; «si trabajáis, se ha dicho por quien podía decirlo, en vuestra salvación, ciento por uno recibiréis en este mundo, y vida eterna en el otro recogeréis; esa, esa será vuestra ganancia.»

Hay más:

«Si os perdéis, aun cuando seáis poderosos entre los poderosos de la tierra, todo lo habréis perdido.»

«¿De qué le sirve al hombre ganar todo lo que el mundo da de sí, si llega á perder su alma?»

Verdades que habréis oído millares de veces.

En todo esto continuó reflexionando aquella inteligencia superior, aquella inteligencia privilegiada:

—En el cariño, en las caricias de una madre se encuentra consuelo á la pérdida de un padre; casi nunca falta un amigo que nos ayude á soportar los infortunios; en las enfermedades nos queda el recurso de la medicina; si se nos arrebatan todos nuestros bienes, nos queda la esperanza de rehacer nuestra fortuna. ¡Pero sólo se tiene un alma sólo se muere una vez!

¡Ah! si tuviéramos dos almas, podríamos dar una al demonio y reservar la otra para Dios. Pero no; sólo tenemos un alma, un alma que salvar y que sólo por nosotros se salvará. Creada á imagen de Dios y rescatada á costa de la sangre de Cristo, pide todos nuestros cuidados, toda nuestra atención. ¡Insensatos los que en todo piensan menos en su alma! ¡Insensatos los que para todo tienen tiempo menos para cuidar de su alma! Llegará un día en que tendrán que abandonarlo todo, parientes, amigos, honores, fortuna; todo, menos su alma. Se les pedirá cuenta del empleo de su tiempo, del uso que hayan hecho de su salud y de sus talentos... ¿Qué responderán entonces?

No escribimos para impíos; escribimos para creyentes, para quienes, como para Teresa, la existencia del alma es indudable; escribimos para gentes que tienen fe, que de seguro quieren salvarse; pero á pesar de ese deseo del cielo solemos caer casi todos en un culpable abandono. Muchos se abstienen del mal, se guardan de caer en pecados que deshonran y degradan; pero sin cuidarse por ello de adelantar en la virtud, por la que nada ó casi nada hacen.

Teresa había pasado ya en parte por ese estado durante el período que terminó con su entrada de educanda.

¡Cuánto había adelantado desde su rehabilitación!

Era otra, estaba cambiada; y, no obstante, no había por ello llegado á la perfección.

Hay que tener gran esmero, mucho cuidado.

Para salvarse, no basta evitar el mal; es necesario también hacer buenas obras, y hacerlas segun el espíritu de Jesucristo, en cuyo espíritu comenzaba á penetrar Teresa, por lo que venimos viendo.

¡Cuántos pedirán un día su recompensa y les será negada!

Loco será el que espere salvarse sin esfuerzos, sin sacrificios, sin penitencias; poco cuerdo el que quiera amalgamar, en lo tocante al alma, el espíritu de Dios con el del mundo; el que practicando algunas obras de piedad, se limite á sacrificar algo de sus comodidades, de sus gustos, pero nada de su propia voluntad, como la Santa se disponía á sacrificar.

Unos brillaron por tal virtud; otros por otra; pero todos sufrieron, todos han debido su salvación á su semejanza con Jesucristo.

Esto es lo primero; lo que Teresa parecía dispuesta á hacer.

Escuchó, pues, como vemos, la novicia la voz del cielo, y se sintió enternecida, hasta el punto que cuando la Briceño entró en su celda, la vió de rodillas, y la oyó exclamar:

—Someto mi débil razón á la luz de Dios; someto mi propia voluntad á la voluntad de Dios.

Nunca la había visto más fervorosa, y al oir sus palabras se detuvo á la puerta.

—Entrad, entrad, madre,—la dijo la Santa luego que se apercibió de que no estaba sola.—He sentido voz del cielo, voz que me llama... Dispuesta me tenéis «á pasar el Jordán,» es decir, á profesar, á renunciar á las vanidades, á los gustos, á las comodidades del mundo, á arrojar lejos de mí esas mil miserias del corazón, á entrar animosamente en la tierra prometida, en las santas vías de Jesús; á escuchar sus palabras, á seguir sus preceptos y sus consejos; á encontrar, en fin, el reposo para mi alma que no he hallado hasta aquí.

Así, y no como supone la impiedad, estaba Teresa dispuesta y preparada para el claustro, para el convento.

Decir otra cosa, es mentir, es falsear la tradición, la leyenda y la historia.

Ya lo veremos aún más comprobado.

XI.

«Habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad.»

Nos falta añadir algo para dar una idea completa de las predisposiciones de Teresa antes de hacerse religiosa, de profesar, de concluir su noviciado.

La maestra de las que esperaban el día de sus anhelos y su felicidad, de modo alguno «de sus martirios y sus congojas,» como gratuitamente sostiene el *famosísimo crítico* á quien ni una sola de sus afirmaciones hemos de dejar pasar sin el debido correctivo.

Que á ello estamos obligados.

Doña María Briceño abrazó enternecida á la novicia, y quiso que la explicase las palabras que la había escuchado.

Teresa, á sus ruegos, la contó cuanto en su corta ausencia había preocupado su espíritu, y la en-

tendida esposa de Cristo, volviendo á estrecharla entre sus brazos, la dijo:

—Tan cuerdamente has pensado, hija mía, que si otros motivos no hubiese para ello, tu profesión sería, por ello, cosa decidida, cosa hecha.

—¿Y mi padre consiente?...

—Tan de buen grado, que no sólo ha dado su permiso, sino que todos tus hermanos le han escrito aplaudiendo tu resolución.

—¿Y los de aquí?...

—Contentísimos, contentísimos.

Quitóse á la novicia un peso de su alma.

La Briceño prosiguió:

—Todos están contestes en que no cabía desmintieses tus principios, ni que la protección de tu virtuosa madre te faltase para apartarte de la vida á que no estabas llamada, al parecer, desde el comienzo de tu existencia. Y no porque en el mundo no quepa dicha y ventura en unión de virtudes y santidad, sino porque ciertas almas predispuestas para la abstracción y el recogimiento no están bien en el siglo. Deseas escuchar la voz del cielo, la que inspiró á la santa penitente, cuyo ejemplo has recordado; pues aún te falta para completar el asombroso cuadro de las cualidades, cuyo perfecto modelo fué Jesucristo, considerar tal como era al exterior este divino Señor.

—¡Oh, eso debe ser muy hermoso, madre!

—Sí lo es.

—Decídmelo pronto.

—Por esta noche...

—Os lo ruego.

—Pediremos que nos sirvan la colación en este cuarto, y...

—¡Ah! el resto de la noche será magnífico... Gracias, gracias,—dijo Teresa llena de júbilo.

La religiosa salió á obtener licencia de la superiora para complacer á la joven, y aquélla se le dió de buen grado; sobre todo, cuando supo el motivo de tan desusada petición.

—No estaréis solas, egoistonas,—exclamó.—Yo os acompañaré y las que conmigo lleve.

—¿Me haréis tanta merced?—replicó la Briceño.

—Conozco lo que valéis, y siempre es bueno...

—Modestia pura en quien sabe más que yo.

Poco después del diálogo que dejamos transcrito, la maestra y la discípula cenaban solas, y concluído que hubieron, esperaron impacientes la venida de la superiora.

No se hizo ésta esperar, trayendo consigo á varias profesas y educandas, mientras las demás, hecha la oración de la noche, se habían ido á recoger.

El motivo justificaba aquel extraordinario.

Pues cuantos tienen las religiosas en el claustro son por el estilo.

—Vamos; aquí nos tenéis ya, madre-maestra, deseosa de oirla, deseosa de escucharla;—dijo la anciana que regía con mano experta y bondad suma el santo beaterio, la fervorosa comunidad.

—Procuraré no seros molesta,—contestó la Briceño.

—¡Molesta decís!...—exclamaron muchas de las recién llegadas.

—¡Ah! perdonad; me olvido con quién hablaba. Conozco vuestro espíritu, vuestra fe, y hablaros del Dios hecho hombre, que «habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad,» no puede cansaros nunca... Si lo que voy á explicar á Teresa y á estas otras, mis discípulas, sus compañeras, lo hiciese á gentes de mundo, á gentes superficiales y distraídas, mis temores tendrían explicación... Pero siendo á vosotras, no; vosotras creéis, y para creyentes hablo... Perdonad, pues, perdonad.

—Os escuchamos.

Con efecto, la atención de aquel pequeño auditorio, pero escogido, no podía ser mayor.

¿Se leerá esto?

¿Habrá quien pase de largo los números anteriores y éste, que tienen un fin elevadísimo, una tendencia práctica, y, sobre todo, un objeto principal encarnado con la tendencia principal de esta obra?

Lo lamentaríamos profundamente, y lo sentiremos por los que tal hicieran, á quien debemos advertir, que no de cosecha propia, sino de fuentes irrecusables venimos tomando cuanto escribimos, y mucho, muchísimo de ello en sustancia de las obras de la Santa.

Cuantos las conozcan, cotejar pueden con ellas no sólo el fondo, sino muchas veces hasta la forma, que si la variamos, no es por puro capricho, sino para acomodarla al gusto de nuestros días; variación que nos permitimos, confiados en que nos la perdonarán los más escrupulosos, en gracia del fin que con ello nos proponemos, y que sin que lo consignemos, lo adivinarían muchísimos fácilmente.

La Briceño ocupó un sillón á ruegos de la superiora, que colocó junto á sí á Teresa, en obsequio de la cual tenía lugar aquella velada, y después de hacer la señal de la cruz, comenzó á hablar.

—¿Váis, por ventura, á hacer una plática, ó á trasladar á las páginas de esta obra un sermón?

Pregunta que, por si acaso se hiciera alguno, vamos previamente á dejar contestada.

No tenemos tal propósito, ni abrigamos semejante pensamiento.

Sabemos bien á lo que nos hemos comprometido, lo que hemos ofrecido, lo que hemos hecho en nuestras tres últimas producciones, con aplauso inmerecido del público.

Pero hay más; aunque tuviésemos tan singular propósito y extraño pensamiento, carecemos de autoridad y competencia para escribir una plática, ni un sermón.

—Pero es que mucho de lo que lleváis puesto, á plática y sermón se asemeja;—se nos objetará.

Y tambien á esto, por si acaso á alguno se le ocurriese, vamos á dar contestación.

El asunto reclama, exige y demanda de nosotros cuanto escribimos ó tomamos de autores que, por no ser difusos, no citamos; y muchos de ellos acaso se ofenderían al ver que no les copiamos casi nunca literalmente, prefiriendo salir responsables de la vestidura, á que se nos tenga por plagiarios, ó á faltar á lo que el editor y el público tienen derecho á exigir de nosotros.

¿Qué?... Originalidad en la forma; en el fondo nada inventamos que la Iglesia no nos enseñe como maestra infalible en los asuntos que estamos en el deber de tratar.

El libro es nuestro; pero en ciertas materias tan ortodoxo, tan estrechamente ajustado á la doctrina y á la autoridad de la Iglesia, que no vacilamos en someterle á ella, como en la mayoría de nuestras producciones históricas y literarias lo tenemos hecho y practicado ordinariamente.

—En asunto que tan cerca toca al divino modelo,—prosiguió la maestra de novicias,—nada casi pondré de mi cosecha, que todo sería pálido y frío al lado de lo que sobre esto contienen las divinas Escrituras.

—¡Excelente exordio!—exclamó una de las religiosas, sin poderse contener.

—Véis... plática ó sermón tenemos.

Si como tal tomasen algunos los cien y cien números que á éste tienen que parecerse por precisión en esta obra, no se llamen á engaño; que sólo pensando de otra suerte es como se habrán equivocado.

Ya sabemos el modo, la manera de producir efecto, como conocemos la de ganar mucho dinero: produciendo ruido, escándalo; vendiendo nuestra conciencia; buscando fama en la escentricidad y el atrevimiento de nuestras concepciones.

Si esto no, ¿qué podéis esperar de un libro en que se trate de Teresa?

¿Qué podéis exigir al autor?

Que os haga historia verdadera; que os dé doctrina, y doctrina pura, variada y completa, á medida que lo vaya dando de sí la vida de la Santa.

¿No hubo muchos á quienes impacientaron los libros completamente episódicos é imaginativos con que dimos principio á este tomo?

Con más talento, con más erudición hallaréis quien escriba sobre Teresa de Jesús; de la manera, del modo con que nosotros lo hacemos, no conocemos producción alguna, ni en España ni en el extranjero.

de alternar aquí, pues, todo; pero preponderando por cima de todo el elemento moral, religioso y puramente católico.

Algo también hemos de poner de misticismo.

¿Cómo no, si el personaje principal de esta producción es la mística Doctora del Carmelo?

Monjas, conventos, fundaciones, prodigios, milagros... ¿Esperábais otra cosa? Sabemos que no.

Prosigamos ahora, después de esta pequeña digresión que explica los móviles á que responden esencialmente estos nuestros escritos.

—¿Cabía,—dijo la Briceño,—que las virtudes y altas cualidades interiores de Cristo, que Teresa me acaba de revelar ha meditado, dejasen de traslucirse al exterior?... De manera ninguna. Los que juzgan las personas de los hombres buenos, de los virtuosos y de los santos, con el fin de calumniarles, tienen antes buen cuidado de justificarse con una sola palabra: les llaman *hipócritas*, porque de lo contrario, hechos patentes destruirían sus asertos. De aquí que haya en el mundo, ¡pasmosa contradicción! hasta hipócritas del vicio; es decir, personas que por no aceptar las diatribas, los insultos y los desprecios de los malos, ocultan las cualidades verdaderas bajo un barniz aparente que los desfigura en ciertos y reiterados casos... ¡Desdichados!... Les falta valor, son cobardes.

Jesús es al contrario.

—Eso es exactísimo;—exclamó la superiora, llena de entusiasmo.

—Mucho tiempo antes de que viniese al mundo,—continuó la maestra, que bien merecía serlo,—lo había previsto el Profeta, lleno de gracia y

de belleza. Una dulce majestad resaltaba en su rostro, dulzura y majestad que subyugaba los corazones. Parecía que con la edad se aumentaban en él la sabiduría y la gracia.

—¿Os cansáis?

—¡Cansarnos, escuchando cosas tan hermosas!... No, ciertamente.

—Y si así fuese, podríais tener de nosotras compasión.

—De ese modo se habla cuando se cree, hermanas mías.

—Y cuando se siente.

—Y cuando se ama á Dios.

—Hagamos, pues, un breve proceso de su vida: Á los doce años apareció en el templo, y los doctores se admiraron de la prudencia y discreción de sus respuestas: á los treinta predica, y el mundo admira sus discursos, llenos de gracia y de modestia. Sus maneras, lejos de ser duras y austeras, son suaves, tolerantes y bondadosas. Jamás se entrega á una vana alegría, y «su palabra, dice San Pablo, demuestra la plenitud de la divinidad que residía esencialmente en su persona...» En esta escuela fué donde la Santísima Virgen, y después de Élla todos los santos, trataron de formar su *exterior*. Sabían que la modestia, cuando es sincera y cristiana, sirve para edificar al prójimo, y contribuye á mantener el recogimiento interior, que es el principio conservador de todos los bienes de la gracia.

—Así es como yo me he imaginado á Jesús;—dijo Teresa.

La maestra de las novicias seglares continuó:

—Oid ahora cuán exacto es lo que os dejo referido. Los contemporáneos de San Luis Gonzaga, cuando este santo se presentaba en público, admiraban su modestia; de San Francisco se cuenta, que recorría las calles de Asís edificando siempre por su modesto exterior.

—El mundo, en medio de todo, hace justicia al cabo y al fin á la virtud sincera, á la virtud que no pretende imponerse por desabrida y austera;—dijo una de las religiosas con gran oportunidad.

—La sensatez del vulgo es muchas veces preferible á la suspicacia de los sabios;—añadió otra de ojos vivos y penetrantes, á pesar de su avanzada edad.

—¡Ah! mis queridas hermanas, del extravío del vulgo son muchos responsables;—exclamó la superiora.

¿Halláis, por acaso, inverosímil esta escena con cuantos detalles la venimos procurando dibujar y referir?

Contesten por nosotros los que conocen la vida interior del claustro, ó tienen la fortuna de vivir en él.

—Veamos á Jesucristo en su vida íntima con los Apóstoles. ¿Cuáles son los hombres que elige para

compañeros de su obra divina, para confidentes de sus secretos? Doce hombres sacados de ese vulgo, de aspecto grosero, en general sin educación, sin cultura. ¡Cuánta dulzura, cuánta bondad y cuánta es su paciencia con ellos! Nunca los rechaza; en ninguna circunstancia les manifiesta desdén, ni menos desprecio; antes por el contrario, tolera sus dudas, les instruye con paciencia, les reprende con amor; en nada les hace sufrir. ¿Por qué quería el Salvador á sus Apóstoles? Porque éstos eran sencillos, entusiastas, desinteresados, bondad de corazón, adhesión á su persona, sincera piedad; ved ahí lo que en éllos más apreciaba. Jesús, además, no exigía de sus discípulos ningún servicio, y cuando recibía de ellos alguno, siempre se mostraba agradecido con la mayor bondad. Era verdaderamente el buen Pastor que había venido, «no para ser servido, sino para servir á los suyos;» era como uno de ellos, tomaba parte en sus trabajos, en sus alegrías y en sus penas.

—Habláis perfectamente, madre-maestra; esa debe ser nuestra conducta interior entre las personas con quienes estámos obligadas á vivir; edificante, buena, política, oficiosa, humilde, agradecida, llena de consideraciones y de respeto.

La superiora, al expresarse así, demostraba que sabía serlo.

Poco conocían de achaques humanos las religiosas que así hablaban la noche de la velada en que

las presentamos á nuestros lectores, y, no obstante, todas ellas se mostraban á la altura de la más elevada moral, y hasta de una consciente teología.

¿Por qué? Porque sabían recoger el fruto de sus lecturas, y retenían las enseñanzas que doctos varones las hacían.

Nosotros os diremos, para completar estas materias:

En nuestra casa, entre nuestros criados, entre nuestros amigos, y quizás entre nuestros propios parientes, se encuentran generalmente los primeros censores, los fariseos prontos á escandalizarse.

Sea cualquiera la posición que ocupemos, tratemos lo primero de hacernos irreprochables, tratemos de captarnos la estimación, y que se nos oiga, y se nos crea.

Facilísima cosa es destruir, pero no lo es tanto edificar; el mal se comunica con mucha mayor rapidez que el bien.

Debemos ejercer gran vigilancia sobre nosotros mismos, y principalmente sobre nuestras palabras y nuestras acciones; seamos exactos y metódicos, y llenaremos uno de nuestros más triviales deberes, no ya como cristianos, sino como hombres.

Debemos ser políticos, buenos y oficiosos, no con estudiada afectación, sino con espíritu de estimación y corazón amistoso.

La política cristiana no debe parecerse á la del mundo, que sólo consiste en concesiones incómodas y en ceremonias estudiadas y mentirosas.

Debemos ser sencillos y naturales, guiados por un sentimiento de delicadeza que á nadie hiera, dispuestos siempre á acceder á lo que de nosotros se desea, á menos que el deber no se oponga á ello.

Tengamos la verdadera humildad cristiana, esa humildad que se revela y se conoce hasta en las palabras, no vanagloriándonos de cualquier buena cualidad que podamos poseer, ni tratar de aparecer, ni mejor de lo que somos, ni aun siquiera como somos, teniendo siempre presente que sólo somos en definitiva, lo que seamos ante Dios, nuestro único juez.

El reconocimiento es una de las virtudes.

En rigor de justicia, ¿qué se nos debe? Bien poco, en verdad. ¿Qué tenemos que no lo hayamos recibido? Nada.

Pues si todo lo hemos recibido, mostrémonos agradecidos, procurando hacernos cada vez más dignos de los dones que nos han sido dados y concedidos.

No tenemos que vivir en este mundo con ángeles, ni con personas sin defectos.

Tratemos de ejercer en todo la caridad.

Si nosotros no somos perfectos, ¿por qué hemos de exigir la perfección en los demás?

Queremos que los demás, que los que nos rodean, y sobre todo dependan de nosotros, se corrijan, pues empecemos por corregirnos nosotros mismos.

Tales son los principios que se desprenden de cuanto doña María Briceño dijo aquella noche para complacer á Teresa, su discípula querida, su discípula amada.

Ya véis cuán distinta es la enseñanza cristiana, de la que se titula verdadera crítica en el mundo.

La maestra de novicias no había terminado, y prosiguió aún hablando por algún tiempo.

—Preciso es,—añadió,—observar un punto medio entre la dureza y la familiaridad, que degeneraría presto en puerilidad y en bajeza. ¿Quién sabe? Quizás muy pronto las bufonadas, las burlas poco modestas, las carcajadas, todo lo que prohibe San Pablo, se creería permitido. Semejante desorden sería la tumba de la devoción, la muerte del espíritu interno y el origen de una lamentable corrupción.

—Os falta, madre, considerar á Jesucristo en medio del mundo,—exclamó la superiora.

—Tenéis, madre, razón; pero en este punto no debemos olvidar que Cristo vino al mundo por obligación y para obedecer los mandatos de su Padre: por esto, cuantas veces hablaba con los hombres, lo hacía siempre con precaución y cuidado, aun cuando nada tenía que temer al contagio del mal. En sus relaciones con el mundo, vemos siempre al Señor acompañado de sus discípulos, como para manifestar á los ojos del público su pru-

dencia. Este comedimiento, que en el hijo de Dios era sabiduría, evitaba hacerle aparecer demasiado austero ó poco accesible. ¡Qué dulzura, qué compasión para con los pobres, para los afligidos, para los pequeñuelos! Sólo se le vió indignado contra los profanadores del templo, contra los hipócritas, contra los grandes que abusaban de su autoridad. Su celo irritó á sus enemigos, que, por odio y envidia, trataron de perderle. Hubieran querido sorprender en Él algunos defectos; pero Jesucristo, que era la inocencia personificada, les desafió más de una vez, y nunca pudieron articular nada positivo en contra suya. Dirigieron invectivas á su conducta, vomitaron groseras injurias.—Sóis un samaritano, un hombre poseído de los demonios, un glotón, amigo de los pecadores y de los publicanos,—decían.—Pero el fundamento de sus acusaciones, ¿dónde estaba? ¿En la conducta de Jesucristo, ó en la malicia de sus enemigos? Lo cual patentiza de lo que es capaz la envidia unida al odio.

¿Es esta la manera ordinaria de pasar las veladas, de ocupar las horas de recreo?

Pues las madres del convento en que estaba de novicia nuestra heroína, así pasaron la que el curso de nuestra narración nos ha hecho indispensable colocar en este número.

¡Ah! ¿por qué no esperar la misma suerte que el Maestro?

Donde quiera y en todas las edades hay enemigos de la virtud, y el que quiera ser bueno declaradamente, tendrá que sufrir por parte de los mundanos y de los hipócritas. De aquí dimanan y provienen las calumnias, los juicios temerarios, los falsos rumores urdidos y propalados por los impíos y los libertinos contra los hombres piadosos.

Siempre que por vuestra prudencia y sabiduría estéis seguros de no haber dado motivo á la calumnia, poco debe importaros que los malos hablen y peroren contra vosotros.

Tenéis el testimonio de vuestra conciencia, y eso os basta.

Todos podéis y aun debéis ser como fueron los apóstoles; cada cual con arreglo á su posición.

Somos cristianos, pues por ese título pertenecemos al sacerdocio real de que habla San Pablo; y es, por lo tanto, obligación nuestra ganar almas para la verdad con nuestros consejos, con nuestras palabras, con nuestros escritos.

Cuidad, sobre todo, de no *rechazar* á nadie con vuestra severidad ó vuestras exigencias; prevenid, por el contrario, las necesidades de los demás con maneras afables; en una palabra:

Ser como Jesús, en lo posible:

Ser todo de todos, estando siempre dispuestos á prestar servicio á todos.

Temiendo ofender á Dios, al prójimo, y á nos-

otros mismos, estaremos en el mundo como si no estuviésemos en él.

Esa es la regla verdadera, la regla saludable para los que no podemos ni debemos encerrarnos en la soledad de los claustros.

El toque de silencio vino á cortar la velada de que tanto provecho sacó Teresa, y todas se despidieron afables y cortesmente.

No deberes estériles é infecundos os hemos relatado; sino deberes de enseñanza y de ejemplo, sin los cuales ¿qué sería del mundo?...

LIBRO OCTAVO

LA PROFESIÓN.

I.

Teresa aspira llegar á ser Santa.

No basta reconocer y confesar las doctrinas que dejamos sentadas en los últimos números del libro anterior.

De nada habrían servido á Teresa las hermosas frases que llamaron la atención de la maestra de novicias doña María Briceño.

La aplicación práctica que de sus reflexiones hizo contemplando el firmamento tachonado de estrellas y la ciudad no dormida, la hicieron pensar.

¿En qué?... En llegar á ser Santa.

No os moféis, libre-pensadores, filósofos racionalistas, hombres despreocupados de nuestro siglo, de lo que aquí nos atrevemos á poner.

La *santidad* es lo único que podía hacer á Teresa parecerse al modelo divino, y en ella pensó la

novicia ínterin se acercaba el día de su profesión.

Vosotros no conocéis la santidad; acaso no creéis en ella; preferís la *indiferencia*, y aspiráis á que muchos lleguen á ser, si no incrédulos como vosotros, *indiferentes*.

¡Cuán triste es el estado de un pueblo indiferente!... El bien y el mal, el árbol que da la vida y el que produce la muerte, crecen en medio de ese pueblo, cuyos individuos pasan por él sin levantar la cabeza, sin alargar la mano y coger de sus frutos, en su mayor parte insensibles á todo, menos al interés y á los placeres.

Nadie les inquieta por sàber de dónde vienen, ni lo que será de ellos; con tal de gozar, están satisfechos.

Diríase que ignorar, es su alegría; gozar, su felicidad: mecidos en esa indolencia fatal, ni apreciar quieren las dulzuras de la esperanza.

¿No es esto mucho de lo que pasa á nuestra vista y en nuestros días? ¿Qué voz será bastante fuerte para despertar á esas desdichadas almas del sueño en que yacen? ¿Quién las arrancará del abismo en que yacen? ¡Ah! lo repetimos, y no nos cansaremos de repetirlo: esè es para un pueblo el estado más aflictivo y más desconsolador.

Preferible sería que agitasen su seno la violencia de los remordimientos ó las convulsiones de la desesperación; que allí donde hay violentos transportes, hay fuerza, y, por consiguiente, queda algún átomo, algún resto de esperanza.

¿No razonáis así, aun tratándose de otras cosas?

Ocasión tendremos de ocuparnos más de una vez de la *indiferencia*, gangrena social que corroe las entrañas de las sociedades y de los pueblos cristianos modernos.

A ella se ha llegado por una violenta exageración del más grosero materialismo.

¿Se prolongará este mal?

Procuraremos con nuestras escasas fuerzas evitarlo.

Esta nuestra obra no es una farsa, ni una novela inventada para producir efecto y amedrentar á los hombres.

La historia nos dice que nuestros primeros padres por haber perdido su inocencia fueron arrojados del Paraíso y desterrados de la divina presencia: y nosotros, pobres desterrados en este valle de lágrimas, sólo obtendremos nuestra purificación recuperando la primitiva inocencia, alcanzando, merced á nuestros esfuerzos, la *santidad*, que es la mayor suma de virtud á que Teresa desde su noviciado aspiró.

No es que digamos que fuese santa á la sazón, que lo fuese aún, como hemos repetido hasta aquí, aun llamándola y designándola así, sino que desde entonces se cuidó de serlo, frecuentando los sacramentos, que obraron en ella frutos de santificación.

—¿Por qué á nuestra entrada en el mundo,—se

decía,—recibimos el *bautismo*, sino para quedar marcados con el signo de la regeneración, signo sagrado y augusto que, separándonos de los demás hombres, nos marca con el carácter de santidad de los hijos de Dios?

—¿Para qué,—reflexionaba de continuo,—el sacramento de la *penitencia?* ¿Para qué todos los demás sacramentos,—añadía,—sino para inclinarnos y hacernos llegar á la santidad?

Poseemos el secreto, conocemos los medios; ¿qué nos falta?...

Oigamos de nuevo á Teresa; ella debe ser nuestra guía y nuestro oráculo.

«Si Jesucristo descendió á la tierra, si nació en un pesebre, si tuvo una vida tan laboriosa, si derramó su preciosa sangre en el Calvario, fué para *santificarnos*, para hacernos merecer las gracias, para darnos ejemplo.

»Es de fe que todas las gracias y dones que Dios nos hace tienden sólo á ese fin: y así como el demonio no nos tienta por un solo momento, sino con el designio de condenarnos, así también Dios no nos concede saludable inspiración, sino para *salvarnos* y conducirnos á la *santidad.*»

—Sed santos,—nos dice el mismo Dios,—porque yo soy santo: que aquel que es santo, se santifique más aún.

—Sed perfectos,—nos repite cien veces Jesucristo,—como es perfecto nuestro Padre celestial.

¿Por qué y para qué se repiten tanto esas advertencias en el Evangelio? ¿Por qué todos esos textos divinos se traducen en preceptos tan rigurosos, sino para enseñarnos la necesidad de ser santos?

Ninguno nos engañemos, sino por propia voluntad.

Avancemos más aún.

¿Qué es ser *santo?*... Ser santo es llegar á hacer en todo la voluntad de Dios.

Un hombre preguntó un día á Jesucristo:—¿Qué es preciso hacer para conseguir la vida eterna?

Y el Salvador le respondió:

—Guarda los mandamientos.

¡Ah, sí! Los mandamientos no son otra cosa que la expresión de la voluntad divina.

Santo es el que, vigilándose siempre, quiere lo que Dios quiere, ama lo que Dios ama, y obra, no con arreglo á las inclinaciones de su propia voluntad, sino siguiendo en todo la voluntad de Dios.

Así lo comprendió Teresa, así se lo enseñaron sus maestras de palabra y con su ejemplo, y ya veremos que llegó á ser santa.

Esto es rigurosamente exacto.

Después de la creación del mundo, cuando por un acto de la omnipotencia divina acababan de nacer todos los seres, vió el Eterno «que todo estaba bien;» ninguna tacha en aquella hermosa obra, nada viciado, nada manchado; todo brillaba

con los rayos de un santo y puro esplendor, y el hombre, que era la obra maestra, reflejaba en todo su ser su semejanza divina y su noble imagen, porque era puro é inmaculado. En aquel estado de perfecta inocencia tenía el hombre el privilegio de gozar de la presencia de su Dios y de conversar con Él. Privilegio dichoso, que fué destruído por el orgullo; privilegio que no volveremos á recobrar, sino siendo como Dios nos hizo y quiere seamos.

Ser *santo*, es estar sin pecado; huir del pecado; practicar la virtud.

No á todos nos es dable ser santos, y no por eso debemos desanimarnos; para ser buen ciudadano de un pueblo, no es preciso ser un héroe; pero sólo comenzando por el principio se llega al fin, y sólo de un buen patriota llegaréis á obtener un héroe.

Si la fe, según el Apóstol, nos hace *agradables* á Dios, la santidad nos pone en posesión completa de su ser; la santidad es la fe vivificada por las obras. Es decir, por esa fe viva, ardiente, que alimenta una caridad activa, una caridad conforme con las intenciones y los designios de Dios.

—¿Qué hago yo en este mundo,—se preguntaba la novicia,—si no trabajo para ser santa? ¿Para qué he sido criada sino para cumplir la voluntad del Creador? ¿Para qué tantas atenciones por parte de Dios sobre mí y sobre mi alma? ¿Para qué tantas luces, tantas rectas inspiraciones, tantas

gracias, sino para que comprenda la voluntad de Dios?

Y como ya antes de su profesión, como al terminar su noviciado, se hacía estas preguntas de continuo, allá en su celda, en el coro, en el recreo, en el lecho, el prodigio fuése realizando, no de un modo violento, sino paulatino y constantemente.

De la santidad proviene la salvación; si la una es el fin de nuestros destinos, la otra es el medio de conseguirlos; de suerte, que así como hemos dicho que Dios no nos salvará sin nosotros, tampoco nos hará santos sin nosotros, ni á pesar de nosotros.

Nos dará, como á Teresa, todas las gracias necesarias, pero será preciso que cooperemos con nuestra voluntad y nuestros esfuerzos.

Pero esa voluntad ha de ser firme, sincera y eficaz. El gran Ignacio lo ha dicho: «fe interior de caridad y de amor, que el Espíritu Santo escribe y graba en nuestros corazones para sostenernos, conducirnos y hacernos avanzar en las santas vías de la perfección, que es en suma la santidad; fuego de amor, el insaciable deseo de su mayor gloria, es lo que debe movernos y lo que habrá de elevarnos hasta Él.»

¿Sentimos impreso en nuestras almas ese deseo?... Entonces, ¿á dónde están nuestras obras?

Sin obras hasta en las afecciones humanas, toda seguridad es incierta; toda confianza, débil; toda promesa, inútil.

Teresa, niña, marchaba como mujer; después, siendo mujer, caminó como niña... Allá, en los tiempos de su huída, «á que la descabezasen» con Rodrigo, su hermano, y de sus ermititas en el huerto de la casa de sus padres, como robusta y fuerte; luego en las horas de distracción, de nocivas amistades, de malos libros y sirvientas codiciosas, como enferma.

Ahora, ahora novicia, es cuando comienza decidida y resuelta á caminar por la senda de la virtud que había de llevarla y la llevará á la santidad.

El proceso de los caracteres, de los merecimientos y de las gracias, es el mismo siempre, no ha cambiado, no varía ni variará.

Por eso nos incumbía hacer aquí el de la heroína principal de esta obra, como lo hacen todos los historiadores y novelistas de sus héroes, para que el lector los conozca, los admire y los imite, ó los odie y los repela, mirándose en ellos, para ser ó no ser como ellos.

No es bueno, no puede ser virtuoso aquel cuya alma es toda del mundo, nada de su Hacedor.

Así pasó á Teresa, y lo hemos visto: ahora que comienza á ser poco ó nada del mundo, y mucho y casi todo de Dios, es cuando se pone en vías de *santidad*.

Donde no está el espíritu de Dios, sino el del mundo, allí no hay verdadera santidad.

Por lo tanto, si queremos trabajar sinceramente

en nuestra santificación; si estimando nuestra salvación en lo que vale; si queremos ser santos como Teresa, es necesario que seamos sencillos, humildes de corazón.

Que no presumamos temerariamente de nuestras victorias pasadas, ni de nuestro fervor presente; porque, San Pablo lo dice: «el que está de pie, debe temer su caída.»

El apostol, ese vaso de elección, esa alma de fuego y santidad, teme, después de haber enseñado y santificado á los demás, ser reprobado; y aun después de haber reducido su cuerpo á la esclavitud, aún no se sentía libre del temor de no ser santo.

—¿Quién me librará,—exclama,—de este cuerpo de muerte?

¡Grito sublime!

Sansón y Salomón, al declinar su vida, perdieron su inocencia.

Una mirada de complacencia; una infidelidad á las inspiraciones del Espíritu Santo; cierta tibieza en la virtud, son indicios de una virtud y de una piedad agonizante.

Pero, ¿cómo resistir siempre á tantos enemigos de nuestra virtud?

¿Cuál será la poderosa palanca que levantará al alma por encima de tantas miserias?

¿Cuál será, en una palabra, el medio de conservar intacta la gracia?

Teresa nos lo dice:

«¡La caridad del Padre celestial! Esa caridad, tesoro del alma cristiana, es el fiel guardián de la fe y de la piedad; élla es la que nos separa del mundo y nos pone al abrigo de toda tentación importuna y de todo riesgo.»

Y en otra ocasión: [1]

«¿Queréis conservar en vosotros el amor de Dios? ¿Queréis dirigiros en todo con arreglo á su santa voluntad?... Tenedle siempre presente, vedle en todo; en el triunfo, como en la derrota; en el infortunio, como en la prosperidad; en las tentaciones, en las pruebas, como en el seno de los consuelos y de las alegrías del alma. Haced lo que Job, bendecid su nombre en todo tiempo y lugar.»

Vedlo más confirmado aún:

«Sí: la idea de la presencia de Dios, será el más seguro sostén de nuestras almas; fuerza en el combate, consejo en las empresas...

»El pensamiento de la presencia de Dios sostuvo á David contra sus enemigos, y le hizo perseverar en medio de sus desgracias y humillaciones; guió á los Apóstoles en sus viajes, les mantuvo en su fe, los fortificó contra todos los obstáculos, inflamó el celo de los confesores, guió á los mártires al lugar del suplicio, y salvó la inocencia de las vírgenes, activando las castas llamas de su amor.»

---

[1] Nos permitimos reunir los textos con el fin de hacerlos más adaptables á nuestro objeto.

—Habéis dicho *santidad*, y ahora pronunciáis la palabra *virginidad*...

Ya sabemos que ni en una ni en otra halláis excelencias, sublimidades, virtualidad.

Por esto son necesarias, sobre todo, esta clase de obras y escritos, cuando hay quien se atreve á poner en duda cuanto impulsó á Teresa y la preparó para merecer la corona de la inmortalidad.

San Francisco de Asís se pregunta:

—«¿Qué hago en este mundo si no procuro, si no trabajo en ser santo?»

Y exclama:

—«Árbol estéril, higuera seca, ya me amenaza el hacha; dentro de poco tiempo será arrancada y arrojada fuera. Miembro muerto, ocupo en la Iglesia de mi Dios, soy en él una plaza inútil; ¡ah! temer debo,—prosigue,—que otro se coloque en mi lugar, si no respondo mejor á mi vocación de cristiano y á los designios de Dios.»

Y por último:

—«¿Qué he hecho hasta ahora de tantas gracias, de tantas luces y santas inspiraciones?»

Concluyamos oyendo á Teresa postrada de hinojos pocos días antes de su profesión:

—Perdón, dulce Salvador mío,—decía,—si por largo tiempo he dejado dormitar la fe en mi alma, languidecer mi piedad, apagarse mi primer fervor. Quiero, de aquí en adelante, caminar en vuestra santa presencia y seguiros en todo y para todo.

Y en otra ocasión:

—Sed, Dios mío, en adelante, la luz de mis pasos, el objeto de mi amor, el apoyo de mis esperanzas, y la salvaguardia de mi alma. Quiero ser santa, tomo la resolución de serlo; que vuestra gracia me ayude á cumplir esta sincera y generosa resolución, hoy y todos los días de mi vida. Y cuando suene para mí la hora suprema que me anuncie que voy á abandonar este mundo, acabad de purificarme. Padre mío, Padre celestial, hágase vuestra santa voluntad, y no la mía.

Y después de tan hermosísima plegaria, Teresa resolvió formal y decididamente, fuése por exceso de amor ó por inspiración del cielo, llevar un nombre en la religión, en el claustro; el nombre con que es conocida, alabada y reverenciada en los altares: el nombre de TERESA DE JESÚS.

Jesús, niño, se lo confirmó, como lo dejamos grabado en la portada de esta obra, cuando, apareciéndosela después de la reforma del Carmelo, la preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Teresa de Jesús;—respondió la monja extasiada.

Y el niño se dignó decirla con su voz encantadora:

—Pues Yo, Jesús de Teresa.

II.

«Ahora, ¿qué te detiene?... Levántate y purifica tu alma.»

Las palabras colocadas al frente de este número, las habia leído Teresa millares de veces. Fueron las mismas que Ananías dijo al Gran Apóstol después de volver sus ojos á la luz y transformar su alma, de implacable perseguidor de Cristo, en propagador infatigable de la verdad.

Venirle á las mientes y ponerlas en ejecución, todo fué uno en la heroína de nuestra obra.

Eran ya los comienzos del mes de Octubre del año 1533, y á la fecha misma de su entrada en el noviciado, ni una hora menos, debía tomar el hábito.

Tales eran sus ansias, tales eran sus deseos.

—No en vano he tenido las cavilaciones de anoche,—se dijo á la madrugada del siguiente día, y se apresuró á buscar á su confesor.

Acogióla éste bondadoso, y escuchó de su boca cosas que le llenaron de asombro.

Los augurios eran excelentes; las disposiciones de la novicia para el claustro, cual deben ser, no de «impresionabilidad pasajera y fugaz,» sino producto consciente de una verdadera vocación.

No dejaba Teresa de tener experiencia; no era una de esas jóvenes que entran en el claustro sin pasar un solo momento por el mundo; de la casa al convento, del convento á la gloria.

¡Qué felices, qué dichosas deben ser las que así atraviesan por este valle de lágrimas y decepciones, de infortunios y desengaños!

Porque todo eso que alguno ha escrito en contrario con malevolencia cruel é insidiosa, es una mentira, es violentísimo, aun en el supuesto que la ciencia médica y las clínicas se lo hayan enseñado en algunos casos.

¡Qué aberración!

¡Suponer imposible y poco menos que inútil la inocencia, la castidad y la virtud en la tierra!

¡Creer la naturaleza como no es, por dicha nuestra!

Así caminan los incrédulos por el sendero de la vida, sin nada que les haga sonreir.

Son necesarios largos y perseverantes esfuerzos, para que un alma, creada como hemos demostrado á imagen de Dios, llegue á caer en esa dolorosa abyección en cuanto se refiere á la fe y á todo lo que es bueno y santo, puro y sincero, noble y leal.

Que á esto hace falta llegar para escribir de cierta manera; no siendo difícil colegir qué lucha será necesaria para lograr extinguir por completo las luces de la razón y ahogar las inspiraciones y remordimientos de la conciencia.

Porque esa apatía, esa indolencia en que vemos sumidas á muchas almas, es siempre el resultado del olvido de sus más caros destinos. ¿Qué otra cosa es el estado de esos desdichados, sino la extinción de toda ciencia en el espíritu, y de todo sentimiento de amor y de ventura en el corazón? ¿Quién no ve que la existencia comprendida de ese modo, destruye y anonada á un tiempo la voluntad y la fe? Y en definitiva, ¿qué es un hombre privado de esos atributos esenciales? ¿Qué es, como ser inteligente, más que un cadáver, del que se ha retirado la vida moral?

Luego la causa primera y fundamental de ese aflictivo síntoma del alma, es la extinción en ella de todo sentido recto, de todo sentido racional.

Buscan, prefieren á la luz el error y las tinieblas, y consiguen hacer á su derredor y dentro de sí mismos, la noche más profunda.

No debemos desesperar de curar el mal, por grande é inveterado que sea. Los tesoros del amor de Dios tienen remedios desconocidos á la ciencia de los que no creen en Él.

«Llegará día,—escribe el gran Bossuet,—en que todo será pospuesto, todo secundario, menos

las pasiones y los negocios.» El genio veia atacados sus dogmas, despreciada la religión y sus ministros, y adivinaba con exquisita penetración que del desprecio de la religión se caería pronto en la indiferencia para los deberes y las creencias. La incredulidad, relegada entonces á algunas clases superiores, no ejercía gran influencia sobre el pueblo; el libertinaje la hizo pronto más audaz y acabó por popularizarla, y esparciéndose, traspasó las fronteras y se difundió por todo el mundo cual torrente desolador.

¿A dónde no ha llegado hoy? ¿Qué país existe no infestado de tan pernicioso contagio?

El cristiano cae, claudica; pero se rehace y vuelve en sí.

El incrédulo que de todo se mofa y hace escarnio, concluye por ser esclavo de los más asquerosos vicios, sin que los remordimientos turben su sueño. Las amenazas de la otra vida y las recompensas, no son ya más que pueriles preocupaciones.

Sonreir con desdén al oir el sagrado nombre de Dios, se tiene hoy por una señal de talento y una prueba de valor.

Estando su inteligencia oscurecida con espesas tinieblas,—dice San Pablo,—separados de la vida de Dios, por la ignorancia que produce en ellos la ceguedad de su corazón, se abandonan por desesperación á la impureza y á todas las obras reprobadas; ¿encontráramos en la cabaña del pobre la fe

que era antes, que debía ser su consuelo y su esperanza?...

¡Ah! él también, también el pobre ha perdido la fe en su Dios y devora con envidia los momentos en que no le es lícito satisfacer algunos goces ó algunos apetitos que cuestan caros, dejándose seducir y engañar lastimosamente por quien se los promete para esclavizarle después y convertirle en escabel de su fortuna ó en instrumento docilísimo y enervado de sus venganzas.

Nosotros somos más liberales, más amantes del pueblo, que los que le pervierten con la malévola intención de que cobije sus miserias ó haga posible su dominación sobre la tierra.

Tiranos de nuevo cuño, se cubren con apariencias de oveja, y son lobos carniceros de las inocentes y cándidas criaturas que se dejan llevar de sus pomposas declamaciones.

Ni la adversidad, ni la fortuna, hacen cambiar ese estado; en el brevísimo espacio de esta vida se marcha al acaso, apoyándose, á lo más, sobre un *quizás*.

Ni un descanso serio en esta marcha, ni una reflexión sobre nuestro fin; algunos pasos más en el camino, y se llega á las puertas de la eternidad.

¡Insensatos!... Lleváis afanosos y perseverantes vuestra luz á las cosas que pasan, y dejáis á oscuras lo que es eterno.

Insaciable sed de lucro, ¡qué ceguedad produces en los mortales! Para tí no se tienen en cuenta ni

los caminos más largos y espinosos, ni las mayores fatigas, ni los más eminentes peligros.

Ganar, adquirir, acumular, enriquecerse... ese es el único móvil de la gran mayoría de los hombres de nuestro tiempo.

La fortuna... ese es el ídolo querido que atrae todas las miradas, recibe las adoraciones y despierta las esperanzas. Para ella nada hay indiferente; para conseguirla, todo se pone en práctica; todo, ¡hasta el crimen!

—Has hecho bien, hija mía espiritual,—dijo el confesor á Teresa;—has hecho bien en no detenerte en levantarte y venir á purificarte. Posees lo que hace falta: la *decisión*. Sin élla, todo es difícil, si no imposible, en la vida... Aquí no llegan esos arroyos de sangre y de lágrimas vertidas; el acento de esos prolongados gemidos, de esas quejas amargas, de esos dolores, de ese duelo universal que domina el mundo.

Y tenía razón el sacerdote.

Guerras bárbaras, atroces; luchas intestinas, divisiones, odios, rivalidades, envidias; los azotes todos que desgarran á la humanidad, afligian al mundo por la época en que la novicia buscaba en el confesonario la paz y la ventura de su alma.

Y se había levantado, y corrido anhelosa á purificarse.

¿Véis esos árboles cubiertos de flores? La verde campiña da bellas esperanzas para la cosecha; la

alegría se refleja en todos los semblantes; ¡tan grandes y fundadas son las esperanzas!

Sobreviene de repente un frío glacial, una mortífera helada, que destruye en un momento los frutos de tantos trabajos, y se tornan en llanto las alegrías, viéndose por todas partes tan sólo desastres, desolación y ruina.

—Mil veces,—dijo el confesor á Teresa,—mil veces más bella, mil veces más rica es un alma en estado de gracia.

¡Cuán hermosa es su túnica de inocencia!

Pero de pronto, ¡qué desdicha! ¡qué profunda miseria! Esa alma tan pura, tan radiante de santidad, infringe la ley, y la iniquidad la envuelve con sus vergonzosos andrajos.

Acaba de perder sus privilegios y sus derechos.

Tenía el sacerdote de Cristo razón.

En ese naufragio, todo desaparece, hasta el mérito de las buenas obras.

¿Querría el ministro decir por esto á la novicia que en la desdicha moral se pierde todo, hasta la esperanza del arrepentimiento?

No quiera Dios que alimentemos nosotros el error y la desesperación, no; pero es de fe que el pecador, mientras permanece en pecado mortal, está privado del premio de sus pasadas buenas obras, y esto es, como todo lo que con la religión se relaciona, lógico y natural.

En el estado de virtud, no digamos de santidad,

todo es meritorio, por ligero que sea; un suspiro de amor, la señal de la cruz, un vaso de agua dado á los pobres, todo es digno de eterna recompensa.

—¡Cuán bello y consolador es todo esto!—repetía Teresa á los piés de su confesor.

Nosotros no fantaseamos para escribir.

Los periódicos nos dan cuenta de personas de tal modo desgarradas por el recuerdo de un crimen, que no han creído encontrar descanso sino en la confesión pública del delito cometido; de personas que han preferido la muerte, á la vergüenza de sobrevivir á sus iniquidades, y han pedido la muerte al verdugo como único medio de acabar con los tormentos de su conciencia.

Teresa procede, como Ananías decía á Saul, y se alza de los piés del ministro de Dios purificada.

El 31 de aquel mismo mes de 1533, se otorgó por don Alonso Sánchez de Cepeda la escritura de dote de su hija.

Ya parecía no faltar nada.

.....

III.

«Hágase tu voluntad.»

FALTABA algo todavía; faltaba el último, el postrer requisito en Teresa para hacer su profesión como es siempre preciso, como es necesario antes de escoger estado, de elegir carrera, de casarse ó de entrar en el claustro.

Lo que no se hace por lo común; de lo que se prescinde casi siempre, y por eso estamos doblemente obligados á recogerlo como enseñanza de la heroína de nuestra obra.

—Hágase tu voluntad,—dijo Teresa repetidas veces después de su confesión, puesta de hinojos ante la imagen de un santo Crucifijo.

Y de sus bellísimos ojos se deslizaban, á la vez, abundantes y copiosas lágrimas.

¡Cuán interesante estaba en aquel instante la joven novicia!

Cualquiera que hubiese tenido la dicha de contemplarla, habría comprendido que aquellas palabras de sumisión al Creador, eran sinceras, salían del corazón, brotaban del alma.

Ésta, ésta debiera ser la constante plegaria de nuestra vida; oración saludable que ha sido para los justos el medio más poderoso de salvación; que fué la última oración de Jesucristo, pendiente del madero santo de la Cruz.

¡Cuántos motivos, y qué olvidados solemos tenerlos, nos hacen deber conformarnos con la voluntad de Dios!

¿Qué más justo?

¿Qué más meritorio?

¿Qué más consolador que unir nuestra voluntad á la voluntad del Señor?

La nuestra, por lo comun, no podéis negarlo, es ciega y casi siempre defectuosa en sus concepciones y pensamientos.

Incierta y flotante, suele dejarse ir de extravío en extravío; ó arrebatada por sus ilusiones, se decide por el error y el mal, si el cielo deja de iluminarla con su divina luz.

Tal debió ser lo que hizo decir á San Bernardo que «si los hombres no tuviesen voluntad propia, no habría infierno.»

¿Si amamos, si queremos á una persona, no se

lo demostramos procurando no desagradarla, tratando de hacer su voluntad?

Muestra de cariño, y de cariño verdadero, es en la tierra el querer y aborrecer lo que el objeto de nuestra inclinación aborrece ó quiere.

«Las pruebas de cariño, dice San Gregorio, son las obras, y cuanto más difíciles son esas obras y más trabajo nos cuestan, mejor prueban el amor.»

El Señor llamó á David «hombre, según su corazón,» y es porque David estaba sometido á su voluntad.

—He hallado,—dice,—un hombre según mi corazón, que cumplirá mi voluntad.

Eso es precisamente lo que ha hecho á todos los justos agradables al Señor.

La sumisión de nuestra propia voluntad á la de una criatura cualquiera, no es más que la unión de nuestros pensamientos y sentimientos con los pensamientos y sentimientos de esa persona.

Unión, quiere decir y significa conformidad, semejanza.

—Pero Dios,—oímos decir á algunos meticulosos,—es la *santidad*, y el hombre no es más que miseria y transgresión. ¿Cómo parecerse el hombre á un Dios todo santidad? ¿Cómo la criatura podrá tener los mismos pensamientos, los mismos sentimientos de su Creador?

El temor, la desconfianza, obra aquí de una ma-

nera contraproducente; en vez de enmendar, sirve para perseverar en el mal.

Teresa, por el contrario, no duda un punto de que así suceda, y exclama de nuevo:

—Hágase tu voluntad... Si he de profesar, signifícame, Señor, si es ese ó no tu deseo, si es esa ó no tu voluntad.

El espíritu infernal pone al punto en su imaginación este pensamiento:

«Sólo una mortificación continua, perpetua y absoluta, hará posible que se haga en tí su voluntad.»

La novicia recuerda entonces á San Agustín y se ve libre de la insidiosa tentación.

«Esa mortificación, escribe el angélico doctor, será muy ligera, y al fin y al cabo se convertirá en amor.»

¡Qué admirablemente comprendía San Agustín el corazón humano!

¡Y cuánto lo demuestra lo sucedido á Teresa!

Fijáos en lo que pasa en el trato ordinario de la vida, y comprenderéis, sin violencia ni dificultad alguna, que la sujeción á la voluntad de otro es una pena, una mortificación; pero si la sobrelleváis, no con paciencia, sino con gusto, y hasta convertirla en deleite... eso, eso es amor.

Renunciarse á sí mismo para abandonarse á otro, es el acto más generoso, el sacrificio más grande y sublime.

En cualquier otra clase de sacrificio, sólo ofrece

el hombre una parte de sí mismo, mientras que en éste se ofrece todo entero, y se entrega sin reserva á la voluntad ajena.

Si esto hacemos por un padre, por una madre, para probarles nuestro cariño; por una mujer, por un hijo, por un hermano ó pariente, y hasta por un amigo, ¿las leyes del corazón serán diversas tratándose de Dios?

No; son las mismas, son iguales.

Oid la voz dulce y paternal que dice:

—Hijo mío, entrégame tu corazón.

Ved el aprecio que el Señor hace del holocausto de nuestro corazón, es decir, de nuestras afecciones y sentimientos, ó, sea en suma, de nuestra propia voluntad.

—Levantáos, vigilad;—dijo el Hijo del Hombre á sus discípulos.

¿A dónde iba el Salvador del mundo al proferir tan significativas frases?

Iba á consumar el más grande de los sacrificios humanos, por ser como ninguno voluntario, muriendo en una Cruz, sacrificio con el que probaba, á la vez que su amor al hombre, su perfecta sumisión á las órdenes de su Padre.

¡Cuán otra se alzó Teresa después de someter á Dios su voluntad!

¡Qué paz, qué tranquilidad! ¡Cuánta dulzura, confianza y seguridad reinaba en su alma!

Dichosos los que se dejan conducir de ese modo

por la voluntad de Dios; nada les turba; ni las penas, ni los sufrimientos, ni las tribulaciones. La amargura en sus corazones se trueca en dulzura y consuelo; y los disgustos y dolores que pueden sobrevenirles, los reciben como señalado favor del que ha de recompensarles, y aunque así no fuera, todo lo merece.

—Esto es egoismo,—gritáis.

—Eso es fiereza,—añadís.

Mentís los que así escribís; sabéis que mentís, y, no obstante, habláis de una dicha que sin conocerla, envidiáis y apetecéis.

El dulce regocijo que se reflejaba en el rostro, en las palabras y en las acciones de los buenos; de un Antonio de Padua, de un Domingo, de un Francisco y de tantos otros santos, no se ocultó nunca ni pasó desapercibido para sus contemporáneos.

Por otra parte, no es á los buenos á los que Dios colma acá en la tierra de mayores satisfacciones.

A quienes ama, es á quienes prueba más.

«¡Qué idea más mezquina del Hacedor supremo, de la causa omnipotente é infinita!» se atreve á poner á propósito de esto el autor de la decantada *crítica* individual y personal á que antes nos hemos referido.

Y prosigue:

«El Dios de Teresa, de los inquisidores, de los

supersticiosos, sólo regala torturando, haciendo padecer, matando á muerte lenta; tiene complacencias bien extrañas; regocíjase en hacer sufrir á sus escogidos y predilectos; procura que en una vida de eterno penar se acrisolen suficientemente para obtener la felicidad perdurable; y consiente hasta en ciertas ocasiones, que el demonio, su implacable y perenne competidor, se cebe en las almas puras y contemplativas, y atormente sus cuerpos de la manera más cruel. ¡Oh, Dios de misericordia y de amor especial! ¡Oh, Dios sobre toda ponderación singular, el Dios de los visionarios!»

Sacrílego lenguaje que os parecerá mentira que se haya osado emplear; pues se ha empleado con toda esta crudeza que le transcribimos, y aún omitimos mucho con que no queremos manchar este libro.

Opongamos valerosa y resueltamente á ese lenguaje impío, otro que le sirva de compensación.

Para esto hacemos esta obra.

El Dios de los que aquí todo lo poseen, gozan, dominan, esclavizan y triunfan, es otro ciertamente; otro bien diverso... Pero ¡ah! no es el Dios verdadero, sino un ídolo miserable, pobre y raquítico, que no puede herirles, ni atormentarles, ni probarles.

¿Para qué?

Añadamos todavía más:

«Las aflicciones, los desprecios y los sufrimien-

tos son patrimonio de los buenos; los malos no necesitan pruebas; las penas y las tribulaciones son, en las miras de Dios, el crisol donde se depura la honradez y la virtud.

Y de este modo se realizan las palabras de la Escritura: «Todo se convierte en bien para los que aman á Dios.»

Y estas otras: «El justo no se afligirá por lo que pueda sucederle.»

—«Acato,—decía Teresa con frecuencia,—vuestros designios.»

Y escribía:

—«Bendigo la mano que me hiere; acepto las aflicciones que desconsuelan mi alma. ¿Qué sería de mí si me entregase á la tristeza de mis ideas y á la amargura de mis sentimientos?... Que vuestra voluntad se cumpla, es la súplica que os dirigiré en todos los riesgos y peligros á que pueda verme expuesta.»

Y cuando no tenía este espíritu, élla lo dice, «temía por su vida y hasta por su salvación temía.»

Sólo conjuraba todos sus temores, repitiendo:

—«Cúmplase vuestra voluntad y no la mía.»

¿Qué pudo Herodes contra Jesucristo con la bárbara degollación de los niños inocentes? ¿Qué los Fariseos, los Escribas y los príncipes de los sacerdotes contra Jesús?... Cuantas veces trataron de prenderle para hacerle morir, otras tantas fracasaron sus inicuos complots. ¿Sabéis por qué? Porque no era esta la voluntad de su Padre. Solamen-

te, cuando llegó la hora, tuvieron los grandes de la tierra poder sobre el Salvador, es decir, tuvieron poder, no para hacer lo que quisieron, sino para ejecutar simplemente lo que se había decretado en el consejo adorable de la Santísima Trinidad; su poder no alcanzaba más allá.

Los justos, los buenos, los desheredados de este mundo tendrán días de ruda prueba, de tribulaciones, pero estén seguros que ni las persecuciones de los impíos, ni los sarcasmos de los pretendidos sabios, ni las calumnias de los libertinos tendrán poder sobre ellos.

Esta es la más sublime de todas las filosofías, y, no obstante, es la que se arranca con mano sacrílega, ó se pretende arrancar, al menos, del corazón del pueblo, sustituyéndola con esas palabras crueles que hemos copiado para mejor refutarlas, y que dejan el vacío y la nada por todo consuelo y toda esperanza.

¡Pobre pueblo sin Dios!

Sin Dios que premie sus privaciones y sufrimientos y haga expiar á los malvados sus maldades.

¿Qué tenéis que objetar?

El Dios de los pobres es el Dios que acrisola, que prueba, que purifica á los que le aman... Pues no lo extrañamos; ¡ese Dios no queréis que sea el vuestro!

¡Bueno fuera que castigara dos veces á los buenos, y á vosotros os premiara otras dos.

—No hay más castigos ni más premios que acá en la tierra,—decís, y os quedáis tan serenos y tan tranquilos.

¡Podéis estarlo! ¡Lo poseéis todo!

Embusteros, falsos; vosotros sí que sóis hipócritas.

Lo que decís no es verdad; sufrís, padecéis y purgáis mucho; tenéis enfermedades, dolores, insomnios; se os mueren vuestros padres, vuestras esposas, vuestros hijos; os hacen traición vuestros amigos; la más pequeña contrariedad os inquieta y mortifica; y luego la muerte os sorprende cuando menos lo esperéis.

¡Somos iguales!

Tampoco, tampoco es esto.

Vosotros os desesperáis, rabiáis, blasfemáis; á instantes de placer suceden largas horas de hastío y de disgusto; tenéis manjares costosísimos, y carecéis de apetito; oro, mucho oro, y éste no es bastante para difamar, para injuriar ni herir el honor de los que reconocen á Dios y le alaban como Teresa.

Pobres sóis, en verdad, cuando podéis tan poco.

Nosotros esperamos, por el contrario, cuando sufrimos; vosotros no esperáis, ni cuando creéis gozar falsamente, ni cuando experimentáis tantas y tantas aflicciones como ni el poder, ni el mando, ni la sabiduría, y esos grandes adelantos que os envanecen y nosotros admiramos, según hemos dicho

varias veces, logran aquietaros por un solo instante.

La experiencia está en esto de nuestra parte.

Sólo la conformidad con Dios hace que surja, que se dibuje una tenue sonrisa en los grandes infortunios y las grandes calamidades que acongojan de continuo el corazón humano; lo mismo el vuestro que el nuestro.

Nos llamáis *locos*; respetad nuestra locura; *fanáticos*, ¿qué daño os hace nuestra inocente credulidad?... No seáis tan crueles; ya que creéis poseerlo todo, no nos arrebatéis lo que no os hace falta alguna, puesto que son patrañas, cuentos y antiguallas las que nosotros proclamamos, porque el asunto lo exige, porque la índole de esta obra lo reclama.

—¿A dónde váis á llegar si seguís así?...

Ojalá que se escapase á algunos esta exclamación; ella sería nuestro mayor elogio.

Lo que hace difícil la conformidad de la novicia de la Encarnación de Ávila, es que esa sumisión que élla tenía debe ser plena, entera, absoluta; es decir, que debe ser la misma en las penas que nos aflijan como en las prosperidades que Dios nos conceda.

Job decía:

—No, no me opondré á los santos decretos del Señor; encontraré, por el contrario, en mis aflicciones un motivo de consuelo.

San Agustín exclamaba:

—Quemad, Señor; cortad; nada me perdonéis en esta vida, á fin de que todo me lo perdonéis en la eternidad.

Y nuestra Santa iba aún más lejos:

—O sufrir, ó morir,—decía.

¿Cabe más?

IV.

«En tus manos está mi suerte.»

DISPENSADNOS por un instante, si por acaso os fatigan, si os parecen difusos estos preliminares que venimos creyendo necesarios para entrar, sin obstáculos, en el asunto que lleva por epígrafe el presente número.

Nos falta aún algo que poner, algo que consignar, algo que decir.

No paséis en blanco, por favor, estos números, si, como creemos, si, como estamos seguros, nos habéis seguido á través de consideraciones que hasta el presente no sabemos se hayan hecho al escribir la historia de Teresa.

¿Las hallaréis inoportunas?...

Se escribía antes para hombres de gran fe; hoy tenemos que no olvidar que nos dirigimos á una generación discutidora é inquisitiva, cuando no racionalista, materialista ó positivista...

¿Es esto verdad?...

No lo es tanto, por fortuna, como suponen algunos; pero nos basta, empero, que haya necesidad de escribir hoy de modo distinto que antes la vida de una Santa para verificarlo así, aparte los atractivos de la leyenda, que acaso se tendrán por demasiado olvidados, pero que nos proponemos reanudar en breve.

Por otra parte, hay que no olvidar que hacemos historia, y la historia tiene exigencias mayores que la leyenda.

Y que este nuestro, es un libro religioso, y como tal requiere y exige que se profundicen algo las cuestiones que con él se relacionan y tienen inmediata aplicación.

No es, pues, el capricho el que guía nuestra pluma; jamás hemos tenido que ser como al presente tan esclavos de un asunto cuyo triple concepto vamos procurando llenar con el arte que nos es posible, dadas sus grandes dificultades.

¡Ah! si supiesen algunos cómo hemos tenido que concebir esta obra; de qué suerte las circunstancias se nos han impuesto para satisfacer sus exigencias y hasta sus condiciones editoriales.

Teresa no dijo tan sólo cuando se aproximaba el día de su profesión:

—Hágase tu voluntad,—según dejamos puesto, sino que añadió estas otras palabras, complemento en el orden religioso de las anteriores:

—En tus manos está mi suerte.

¡Palabras profundamente cristianas!

—«¡Su suerte!...—oímos decir á los incrédulos. —¡Donosa suerte, ser monja!... ¡Llamarse, según San Cipriano, flores del jardín de la Iglesia, ornamento de la gracia, región de la espiritual alegría, viva copia de la eterna santidad, y porción la más ilustre del rebaño de Cristo!...»

Perdonadnos si copiamos, con repugnancia, estos pasajes de un libro impío.

Nosotros sí que podemos decir:

—¡Donosa manera de discurrir y sentir la vuestra!

Se nos provoca, se nos hiere en el fondo del alma y del corazón, y no podemos ser á esto indiferentes.

Debemos rechazar la mentira con la verdad.

Se emplea el sarcasmo, la burla, y ésta hace siempre un daño inconcebible, espantoso.

Lo hemos dicho, y lo repetiremos millares de veces: la religión nos veda odiar á cuantos no piensan y sienten como nosotros; y no porque ellos se conduzcan mal hemos de imitarles para juzgar sus libros, como, si llega el caso, juzgarán este nuestro, aunque pobre en sí; pero callarnos y conformarnos con el insulto, eso no.

En cualquier estado se sirve á Dios, como en cualquier condición se puede ser bueno... Esto no sólo no lo negamos, sino que lo hemos dicho; aplicado, sabio ó ignorante, cabe portarse bien ó mal.

Pero en ese estado que por burla llamáis *mon-*

fil, es, sin disputa, donde cabe más que en ningún otro la *perfección*.

Y no por lo *difícil*, como vosotros suponéis, sino porque más *fácil* es que la criatura aislada, desprendida de todo lazo que la distraiga y ocupe, se acerque y comprenda á su Creador.

Encarece el autor á que nos referimos, las preocupaciones de todas las demás situaciones y estados de la vida, mostrándose conocerlas perfectamente; sobre todo, en lo que tienen de ásperas y desagradables, que en esto no tiene desperdicio su experiencia.

Mas al penetrar, osado, en las de la virtud cristiana, se figura, y se equivoca de un modo lamentable, al creer *fotografiar* el estado religioso...

¡Un estado que odia, que detesta, que anatematiza, y hasta califica de contrario á la naturaleza!...

¡Y es médico!

Lo será en achaques fisiológicos, pero en virtudes cristianas carece de título, de competencia, y á esto se debe cuantos dislates comete forjándose fantasmas, creando males que sólo existen en su cerebro, en su imaginación apasionada, en su alma escéptica, en su corazón gastado, seco, hipertrofiado por errores, que basta tener la paciencia de leerle una vez, para conocer que están en él arraigados, y hasta constituyen en él una naturaleza artificial, que esa sí que no es la naturaleza verdad

que nos está concedida por el Divino Hacedor y nos ha sido dada.

Naturaleza artificial, que sólo vivir puede al violento empuje de las pasiones.

Pero dejemos ya digresión tan enojosa, que nos ha salido al paso, y continuemos desenvolviendo tranquilos y persuadidos el tema de este número, como si tales locos, como si tales insensatos no existieran.

—Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, Dueño y Señor mío,—decía Teresa en el límite de su entusiasmo;—sed siempre, siempre el Dios de mi corazón; escuchad mis protestas, recibid mis juramentos, mis votos, y escribidlos, para no borrarlos jamás, en el libro de la *vida*. Dignáos, desde el cielo donde reináis, echar una mirada sobre esta vuestra humilde servidora... Con la ofrenda que os hago de mí misma, os consagro cuanto constituye mi ser, todas las potencias de mi alma, todos los latidos de mi corazón, y todos los instantes de mi existencia. Cuanto soy y cuanto tengo; mi libertad, mi salud y hasta mi muerte.

¡Qué oración tan hermosa!

Por sí sola sintetiza nuestro pensamiento y el *tema* que hemos tomado, como los de los números anteriores, de la sabiduría divina, de los libros sagrados.

Temas verdad; no temas falsos, acomodaticios,

rebuscados ó inventados con la más dañada y pérfida intención.

Temas que demuestran, en quien los ha pronunciado, conocimiento del hombre, de su naturaleza, de su alma y de su corazón.

No ponemos en duda que estos sentimientos serán los de la gran mayoría de nuestros lectores; ¡pero cuántos habrá que habrán dejado de ser fieles constantemente, transigiendo con el mal y olvidando sus resoluciones!

Grande es la inconstancia del corazón del hombre, y poderosas siempre las seducciones del mal. ¿Quién sabe á qué mar será lanzada nuestra frágil barquilla?... ¡Pobres hijos de los hombres, bogáis en el occéano de este mundo, cuyo espíritu es todo distinto del de la novicia de Avila!

El espíritu del mundo es espíritu de malignidad, de hipocresía ó de escándalo; casi todo en el mundo es falsedad, ilusión ó mentira; casi todo en él está corrompido y viciado; todo, á veces hasta las virtudes mismas.

Comunicad con él lo menos que os sea dable para vuestras imprescindibles necesidades, porque su hálito emponzoña y mata.

Todo suele ser carnal en sus gustos y placeres; apenas si respeta los encantos de la inocencia, ni comprende las secretas alegrías del verdadero mérito.

El mundo es todo decepción, tedio y amargura.

¡Desgraciados cuantos buscan en él su felicidad; porque desde el momento en que esto sucede, verán desaparecer las buenas, las santas resoluciones, la piedad y el fervor, y quizás también la fe y la virtud!

Hablamos por boca de la Santa.

Sabemos bien que no se abandonan en un momento las resoluciones; se opone á ello, por lo común, un secreto orgullo. Pero poco á poco van disminuyendo las saludables impresiones, se debilita el fervor primitivo, no se ven las cosas bajo el mismo aspecto. Se desea por muchos conseguir la dicha, la salvación, pero se cree que para ello no es necesario atenerse á las exigencias de la religión.

«Velad, dice Teresa, constantemente sobre vosotros mismos, porque el mundo entero es una tentación continua, y los objetos todos que nos rodean están de acuerdo con nuestra debilidad para seducirnos. Velad sobre vuestro espíritu, para dirigir santamente los pensamientos; sobre vuestro corazón, para purificar las inclinaciones; sobre vuestros sentidos, para moderar su uso y hacerles redundar en gloria de Dios.»

La Santa dice en uno de los pasajes de sus obras:

«Redoblad la oración y obtendréis las gracias necesarias; gracias de consuelo en vuestras penas, de fuerza en vuestros momentos de angustia y des-

fallecimiento, de victoria y triunfo en vuestras pruebas y tentaciones; orad.

Y añade:

«Orad de continuo; orad siempre.»

Pasa á veces por la campiña un viento abrasador que seca las plantas, cuyos tallos agostados se inclinan hacia el suelo; sólo humedecidas por el rocío recobran su frescura y vuelven á levantar su lánguida cabeza.

En la vida de este mundo hay también vientos abrasadores que pasan por el alma del hombre más virtuoso y la secan; la oración, sólo la oración es el rocío que las hará recobrar su frescura.

V

El 2 de Noviembre de 1534.

Un año había transcurrido desde la toma de hábito y la dación del velo á Teresa, y la joven novicia se hallaba dispuesta á hacer su profesión en el interior del convento y en manos de su Prelada.

La campana de oficio dió la señal, y las religiosas se reunieron, según prescribía entonces el *Manual* ó *Procesionario de la Orden Carmelita.*

La protagonista de esta obra, henchida el alma de grandes deseos por reiterar sus votos, se presentó humilde y con sólo la túnica exterior de jerga y la toca, siendo llevada procesionalmente al coro, donde, arrodillada ante la superiora, mientras ésta y todas las demás permanecían sentadas, fué interrogada.

—¿Qué es lo que pide?—se la dijo.

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Or-

den y la compañía de mis hermanas,—respondió.

La Prelada entonces la dirigió una breve exhortación, y volvió á preguntarla:

—¿Quiere ser religiosa?

—Sí.

—¿Desea profesar?

—Lo ansío ardientemente.

—¿De propia voluntad?

—Sí.

—¿Y por sólo servir á Dios?

—Sí, con su gracia y vuestras oraciones.

Levantándose entonces todas las religiosas y las hermanas novicias, la joven lo efectuó á su vez y dijo con voz clara y entonación segura lo siguiente:

—Yo, la hermana Teresa Sánchez de Cepeda y Dávila, hago mi Profesión y prometo obediencia, castidad y pobreza á Dios Nuestro Señor Jesucristo, tomando para el claustro su santo y bendito nombre por distintivo de mi nuevo nacimiento, de mi nacimiento espiritual en este día, y á la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, y á nuestro R. P. General y á sus sucesores, y á vos V. Prelada y sucesoras vuestras, todo para mientras viva y hasta mi muerte.

Y entregó humilde la cédula que debía ser depositada en la caja de tres llaves de la comunidad.

Acto seguido se puso á Teresa, sobre la túnica exterior que llevaba, el hábito, ciñeron su talle flexible y airoso con una correa, se la colocó el escapulario, la capa, y de rodillas recibió los asperjes,

mientras se cantaban las preces y recitaban las madres las oraciones de rúbrica.

Un solemne

Te Deum laudamus

y el tañido de las campanas anunciaron á los que en el templo esperaban, que la Profesión de Teresa estaba hecha, y muchos prorrumpieron en exclamaciones, y otros en acciones de gracias.

Don Alonso, con la cabeza baja, ofreció al Señor aquel sacrificio, y aunque sus labios apenas si se movieron, por su mente cruzaron estas ideas:

—Ha hecho su voluntad,—pensó;—Dios fortalecerá su espíritu. Mi vida, Señor,—murmuró,—durará poco; aceptad mi conformidad como la prueba mayor que puedo daros del amor que os tengo.

Y siguió atento el resto de la ceremonia, mientras Teresa permaneció con los brazos en cruz, en el centro del coro, y sobre un paño de jerga arrodillada.

El salmo

Deus misereatur nostri

puso fin al acto.

Profesión que selló para Teresa la toma del hábito y dación del velo que dejamos ligeramente descripta antes de ahora.

¡Ah! la soledad, el recogimiento, el claustro... manantiales de perfección y de dicha, según élla lo entendía y no lo entiende el mundo.

La Priora, una vez en su aposento, habló de este modo á la profesa:

—¿Qué es una comunidad?—y le contestó acto seguido á esta pregunta:—una reunión de personas destinadas á vivir juntas, y que, con miras sobrenaturales, para conseguir la gloria y llegar á la perfección, siguen *leyes* que les están trazadas de antemano, y concurren juntas á su bien común. Sin esto, todo estaría seguramente desarreglado, y el retiro, lejos de ser el asilo de la santidad y de la salvación, se convertiría en lugar de confusión y desventura cierta. No hay mejor camino, según San Agustín, para llegar á Dios y obtener la perfección, que el exacto cumplimiento de una *regla*. Por no guardarla los hombres, está la sociedad pervertida y trastornada. Cuando Dios inspiró á los santos fundadores de las Ordenes el proyecto de establecer un instituto, puede decirse que les dirigió Él mismo en la ejecución de su piadosa empresa. Esto sentado, las sabias leyes que establecieron esos hombres, inspirados por el cielo, para ser los propagadores de la perfección evangélica, forman parte, en los designios de Dios, de la perfección religiosa. ¿Acaso puede adquirirse la perfección dentro del claustro, si no se practican fielmente esas santas reglas? Tienen, por conse-

cuencia, gran relación con su fin; es decir que, siendo la perfección el fin inmediato de las personas consagradas á Dios, la práctica fiel de las reglas bajo que deben vivir entra necesaria é imprescindiblemente á formar parte de su perfección. Así sienten y así obran las fervientes almas que están animadas del verdadero espíritu de su vocación; nada encuentran penoso, ni nada es pequeño á sus ojos. No se paran á considerar si lo que está prescripto puede parecer inútil; no tienen más idea que probar á Dios su fidelidad. Por eso tienen en tan alta estima todas las prácticas religiosas; por eso las cumplen con tan puntual atención; por eso su delicada conciencia se alarma con los más leves descuidos; por eso ejercen esa exquisita vigilancia sobre sí mismas para evitarlos.

La superiora, por lo que vemos, estaba realmente inspirada; todas la oían asombradas, mientras la nueva Profesa derramaba dulces lágrimas.

—¿No comienza hoy,—prosiguió la Prelada,—la época más feliz de tu existencia.

—¡Ah, sí!—contestó Teresa resueltamente.

—Pues sabedla, hermana, apreciar, sobre todo y ante todo, cumpliendo y observando nuestra regla. La obediencia debe ser como el alimento de vuestro espíritu, y con la práctica de esta virtud podréis apreciar la realidad de vuestra perfección. La obediencia es el alma de las comunidades; la obediencia es la columna principal que sostiene el edificio de una casa de oración; es la que mantiene en ella

la regularidad y el buen orden; un cuerpo sin alma, es un cadáver que horroriza siempre al género humano; una religiosa inobediente, es aún más horrible á los ojos de Dios. La obediencia es la antorcha, pues, que debe alumbrar vuestros pasos y dirigir vuestras acciones; es la virtud con que debéis familiarizaros en el curso de vuestra vida futura, para que llegue á ser como la sustancia de vuestro corazón.

—¿Y cómo he de, madre Prelada, entender esa obediencia para ser perfecta?—preguntó Teresa.

—¿Lo deseáis saber, hermana?

—Sí.

—Y todas deseamos oíroslo para grabarlo con caracteres indelebles en nuestra mente.

—Pues lo queréis, oid... Entiendo yo que para que la obediencia sea perfecta, es necesario que sea *pronta*, es decir, que no difiráis el obedecer, que no lo dejéis para mañana, y que os adelantéis, si posible es, á las órdenes que se os comuniquen. Que sea *ciega*, es decir, obedecida sin examen y sin juzgar los motivos que impulsan á los que os mandan. Y, por último, que sea *generosa*; lo que quiere decir, que conforme á ella se practiquen hasta complacer las cosas que se os presenten como más difíciles y más penosas. Así ejercieron los Santos esa virtud que hace conseguir á la criatura obediente las más brillantes victorias.

Dicho esto, la Priora abrazó á Teresa, y todas hicieron lo mismo; y aquel día fué de júbilo y de

expansión en el beaterio, donde comió don Alonso y otras varias personas en celebridad de la fiesta que había tenido lugar.

Tuvo la recién profesa «tan gran contento por su nuevo estado, que ya nunca la faltó.» Así lo dice en su Vida, y no sólo no tenemos motivos para dudar de ello, sino que, por el contrario, el resto de sus días váis á ver que fueron una perpetua prueba de haber acertado con lo más difícil que hay en la vida: con la elección de estado.

Y en cuanto la impiedad encuentra motivos de aflicción y contrariedad, halló Teresa gozo y satisfacción.

Las prácticas conventuales á que ya estaba acostumbrada, la parecían suavísimas, y se imponía voluntariamente otras mayores. Aquello de no tener vestido propio, de levantarse al alba para juntarse en el coro media hora más tarde con sus hermanas, adorar el Santísimo Sacramento, leer los puntos de la meditación, decir el *Veni Sancti Spiritus*, y permanecer en oración mental por largo rato; cantar luego las horas canónicas, Prima, Tercia y Sexta; oir misa, comer, recreación, labores, descanso, lección ú oración luego hasta Vísperas, y, acabadas éstas, labores y conversación espiritual hasta Completas; las letanías, hacer oración mental, silencio, paseo ú ejercicio corporal de cualquier otro género; cena á las seis: luego otra vez la recreación; después recibir las

obediencias; á las ocho y media tocar á Maitines, y dar comienzo al silencio mayor; Maitines y Laudes, examen de conciencia, la meditación, y todas las religiosas acostadas á las diez en punto...» Todo esto, poco más ó menos, no fué para Teresa hastío y monotonía, sino ocupación y empleo del tiempo muy á su gusto y de gran provecho para su alma.

Alma encendida en el santo fuego de la virtud hasta consumirse en él.

¡Sacar partido de todo cuanto decimos aquí para escribir un libro lleno de perversísimos conceptos y de sacrílegas mentiras!

Pues ese libro se ha escrito y publicado sin correctivo por parte de nuestras leyes, hechas en su mayor número para lo que se llama malamente la libertad, y no es otra cosa en definitiva, que el libertinaje, la licencia, y emplear la excentricidad y el escándalo como medio de adquirir nombre y fama...

No nos inspiráis envidia; lo que en nosotros llamáis hipocresía ó fanatismo, son convicciones arraigadas que no lograréis arrancar de nuestra alma.

Teresa profesa, ya es felicísima, felicísima cumpliendo sus deberes, llenando sus obligaciones, imponiéndose sacrificios, ayunos, contrariedades, humillaciones, cilicios, todo ese cotejo que os espanta y en que estriba la dicha de las reclusas en un convento.

Precisamente por entonces, y esto es importante, surgía del seno de la iglesia misma un espíritu inquieto, turbulento, ambicioso, soberbio, que había de originarla grandes amarguras y producir en su seno hondas perturbaciones.

Autor del cisma más hondo que ha existido: Martín Lutero.

Parecía la Europa, dice Balmes, destinada á civilizar el orbe entero.

Todo acusaba en ella una vitalidad que hacía presagiar que sus ideas, sus sentimientos, sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, se impondrían en breve y sin trabajo por los cuatro ángulos del universo.

De pronto, tan risueñas esperanzas se truncan, se desvanecen.

Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Hernán-Cortés, Magallanes, Sebastián Elcano, Luis Vives, Erasmo, Dante, Petrarca... ¡qué nombres y qué de sublimes sentimientos despiertan en nuestra mente!

Pues bien; el Protestantismo viene á esterilizar todos sus trabajos, sus triunfos y sus hazañas.

Y á partir de la protesta, todo cambia.

Estudiemos, siquiera sea de pasada, el verdadero espíritu del Protestantismo, aunque esto pueda parecer á algunos distraernos del objeto principal de esta obra.

No será así, ciertamente.

Vamos presto á mediarla, á poner fin al tomo

primero, y necesitamos entrar franca y desembarazadamente en el segundo, sin las trabas, los tropiezos y deficiencias de una ignorancia inexcusable.

Perdonadnos que hagamos historia una vez más, fieles al lema que nos hemos impuesto, para estudiar y conocer mejor á la gran Teresa de Jesús, que contrarrestar debía la marcha triunfante del error en su época.

Por esto precisamente se hace á su nombre bendito en nuestros días una guerra encarnizada.

VI.

Verdadero espíritu de la Reforma.

No es el asunto de que vamos á ocuparnos sencillo y fácil: trataremos, sin embargo, de encerrarle en los más estrechos límites posibles.

Por aquel entonces el espíritu humano, ¿por qué no repetirlo?... se alzaba á manera de gigante hasta una altura sorprendente; sentíase lleno de vigor y de fuerzas, como el hombre se siente en la flor de sus años; acometía las empresas más arduas; descubría nuevos horizontes en que desplegar su actividad; hacía que las artes, las ciencias y la civilización se desarrollasen en una escala inmensa, tomasen una nueva dirección y adquiriesen un brillo desconocido hasta entonces.

La Europa, no pudiendo contener en sí misma la abundancia de vida, la derramaba sobre nuevos mundos; de su seno partían naves á los países más remotos, y como centellas que arrancan de un foco

inmenso, esparcian por todas partes el calor y la luz.

El Cristianismo, después de haber triunfado del hierro y del fuego, de la superstición y de la barbarie; después de haber formado pueblos civilizados de las hordas salvajes salidas de los bosques del Norte, parecía haber alcanzado el momento de recoger el fruto de largos siglos de fatigas, la hora de reposar después del combate y de cantar el triunfo sobre los trofeos de sus enemigos.

Era aquel el día *crítico* de la razón, de la religión y de la humanidad; allí fermentaban los gérmenes del porvenir; el mundo comenzaba una carrera nueva; la felicidad ó desgracia de las generaciones futuras pendía de la dirección que entonces se tomase.

Nunca fué, por consiguiente, más necesaria que entonces la armonía de la razón y de la religión, pero desgraciadamente para la causa del cristianismo y de la inteligencia humana, el espíritu de las tinieblas inspiró á un oscuro fraile de Witenberg la orgullosa idea de establecer entre ellas nuevas relaciones, rompiendo los lazos que antes las unieran.

Bajo pretextos hipócritas y fingidos de armonía, proclama principios contrarios á los derechos del hombre, á los fueros de la religión, y de la mezcla de estos elementos, en vez de brotar la luz, brotaron las tinieblas; en vez del orden y la armonía, nacieron el desorden y la confusión.

De allí, como de una misma fuente, han salido los errores más opuestos, las exageraciones extremas, el despotismo y la anarquía, la superstición y la impiedad, el sensualismo y el racionalismo, la degradación y la esclavitud del hombre.

Lo vamos á demostrar.

Muchos hay que no conociendo la verdadera índole de la Reforma, la consideran aún como la causa de los adelantos y de la cultura de la época actual; otros, que la atribuyen el mérito de haber purificado el cristianismo de los errores que le corrompieron en los siglos de la ignorancia y del fanatismo... Oportuno es, pues, descorrer el velo que oculta su verdadero espíritu, presentándola como es en sí, para de esta manera precavernos de aquellos que, á nombre de ciertas ideas brillantes, pretenden, desdichados, introducirla entre nosotros.

El gran principio en que se funda todo el sistema de la doctrina católica, es la autoridad infalible de la Iglesia, y como consecuencia inmediata, la subordinación de la razón individual á sus decisiones soberanas.

Cuando el hereje, el incrédulo ó el pagano se sienten inspirados por la gracia del cielo para alistarse en el número de sus hijos, élla les presenta los títulos en que se funda la legitimidad de sus derechos, les manifiesta las prerrogativas que ha recibido de su Divino Fundador, y en nombre de

ellas les exige la renuncia de sus privadas opiniones, es decir, la *humildad* y la *fe*.

Los reformadores del siglo XVI pretendieron descubrir en esta conducta de la Iglesia, no el ejercicio de un derecho que legítimamente la compete, sino la opresión del entendimiento, el despotismo más arbitrario ejercido durante mil y quinientos años sobre la conciencia de los fieles, y la causa de todos los errores, de todos los crímenes que, á juicio suyo, habían manchado la historia de la religión, bajo la conducta de los monjes y de los Papas.

—¡Independencia!... ¡Reforma!...

Hé aquí el grito lanzado por Lutero y repetido por mil ecos desde casi todos los ángulos de Europa; hé aquí el programa de la nueva escuela, el tema de los titulados predicadores nuevos del Evangelio.

Hoy, que las pasiones excitadas por la Reforma han tomado una dirección diferente; hoy, que el Protestantismo, después de tres siglos de existencia nos deja al fin conocer el espíritu de que se hallaba animado, ofrece interés examinar á la luz de la filosofía y de la historia, qué es lo que ha hecho la Reforma; más aún: demostrar que proclamando el Protestantismo la independencia del hombre, le esclavizó, y predicando la reforma de la verdadera religión, estableció un principio destructor que debia producir en ella necesariamente una gran perturbación.

La mayor y más funesta de todas.

El examen de las doctrinas sobrenaturalistas de los reformadores en lo tocante á la condición del hombre con respecto á la divinidad; la marcha progresiva de la Reforma desde su origen hasta nuestros días descorriendo el velo hipócrita con que los herejes modernos cubren la negación del cristianismo, para de esta manera preservarnos del contagio de sus funestas doctrinas, medios son que nos conducirán lógicamente al fin que con este número nos proponemos.

El primer hombre, según Lutero mismo, fué colocado por Dios en un estado verdaderamente envidiable; dotado su cuerpo de la inmortalidad, gozaba de las delicias de la naturaleza, sin experimentar las incomodidades de la vida, ni temer el cáliz de la muerte, que tantas veces corta en flor las más risueñas esperanzas de los hombres. Sujetas sus pasiones á la voluntad, no sufría esas borrascas del corazón que producen los remordimientos, las melancolías profundas y el tedio de la vida; dotado su entendimiento de una luz sobrenatural, conocía perfectamente sus deberes para con Dios, y las bellezas de la creación que debía obedecerle como á Rey; subordinada dulcemente su voluntad á la divina, cumplía sin trabajo todos sus preceptos; revestida su alma con la estola de la gracia santificante, tenía un derecho indisputable

á la felicidad; como hijo de Dios, era suya la herencia de su padre.

Más aún:

Para colmo de su dicha, según los novadores del siglo VI, del siglo de *Teresa de Jesús*, todas estas prerrogativas eran esenciales á la naturaleza humana; el hombre no podía perderlas sin dejar de ser hombre, como no podía perder la inteligencia y la libertad.

Cualquiera creerá que en este último artículo del símbolo protestante fundarse debía de un modo indestructible la felicidad del primer hombre y los derechos de su descendencia hasta el fin de los siglos; pero bien lejos de eso, ese artículo es sólo el principio de esa tragedia, cuya *trama* es la desgracia del hombre y la injusticia de Dios, y cuyo *desenlace* es la canonización de las pasiones humanas y la injusticia del Criador.

Quebrantando nuestros primeros padres, continúan, el precepto impuesto por Dios, quedaron despojados de aquellas dotes que hacían su felicidad y constituían su naturaleza racional; y ésta quedó á juicio de Lutero y sus secuaces esencialmente corrompida, esencialmente mala, imposibilitada absolutamente para conocer la verdad más sencilla, para ejecutar el bien más pequeño, para vencer la tentación más débil; el virus del pecado, difundiéndose por todo el hombre, identificándose con él, cegó su entendimiento, encadenó su voluntad, dió á las pasiones una fuerza irresistible, dislocó por

completo la máquina humana, y el hombre dejó de ser hombre, como lo había sido hasta entonces.

—¿Sabéis,—se preguntaba,—qué será de aquí en adelante la historia del género humano?

Y respondía:

—Será la historia del error y del pecado que, constituídos como en germen en el hombre, se desarrollarán simultánea y necesariamente al través de los siglos.

La necesidad colocó el arma fratricida en las manos de Caín, y el remordimiento, la desesperación, el odio de Dios y de los hombres, son el castigo de un acto que no pudo evitar; aquel que le negó la luz para conocer el bien, y las fuerzas para practicarlo, no le dispensó por esto ni de practicarle ni de conocerle; aunque no podía cumplir la ley, quedó sujeto á la pena, y esta pena es su infelicidad temporal y eterna.

Caín es el tipo del hombre; los extravíos de su raza, y después de todo el género humano, son efectos de la misma causa, desarrollos naturales del pecado que el hombre no pudo evitar, pero que Dios se encargó de sumergir en el diluvio.

Cuando uno considera en los reprobados de que nos habla la Escritura, unos criminales que se rebelan contra Dios, que insultan la desgracia, violan el pudor y quebrantan libremente las leyes más sagradas de la naturaleza, se admira en su castigo la justicia del Omnipotente, que vela sobre las leyes, que protege con su mano la debilidad y la

inocencia; pero suponiendo por un momento que no pudieron evitar lo que ejecutaron, porque el Dios que les impuso la ley les precisó á traspasarla, y no obstante, los castiga por su transgresión, la razón, los instintos de la naturaleza, se ponen de parte de los hijos afortunados de Aumón y de Moab y en contra de la justicia del cielo.

La idolatría del pueblo judío, los crímenes de sus reyes, de sus sacerdotes y sus magistrados, son plantas nacidas del mismo germen, pero plantas que el terrible *Jheovah* tuvo cuidado de cortar con la segur de su ira, es decir, de las hambres, de las pestes, de las guerras y de la esclavitud.

Esta es la historia de todo el género humano.

El mundo se cegó, cayó en la idolatría y en los errores más absurdos; es cierto... ¡Ah! hasta aquí parece todo bien.

Deducción equivocada... ¡no podía menos de cegarse! ¡nació sin ojos y sin luz!

El mundo se corrompió, fué el teatro de todas las injusticias, de los crímenes más horribles; pero es porque nació corrompido, porque llevaba depositado en su seno el germen del pecado y no podía evitar sus consecuencias; si por esto han de llover desgracias sobre nuestras cabezas; si por esto hemos de ser eternamente infelices en la otra vida, después de haber agotado en esta el cáliz del dolor, sí... más valdría no haber nacido.

Ya estamos en pleno protestantismo.

Al menos allá... en los insondables abismos de

la *nada*, no llegaría á turbar nuestro reposo una mano infinitamente injusta.

Es una verdad eterna, y sólo desconocida por los reformadores, que donde no hay libertad, no hay pecado, y donde no hay pecado, no puede haber pena; el inocente jamás puede ser castigado.

Ahora bien; si el hombre obra sin libertad, ¿por qué se dice que peca? Si no es señor de sus acciones, ¿por qué se le considera responsable? Si es un instrumento muerto en las manos de Dios ó del diablo, ¿por qué se atribuye ni lo bueno ni lo malo que practica?

No; el hombre no es el autor del pecado.

Dios no colocó dentro de nosotros un germen fecundo de males; Dios no nos quitó la facultad de impedir su desarrollo... luego Dios no quiso que se desarrollasen; Dios no es, pues, el autor de la corrupción que anegó al mundo antiguo, que subyugó al nuevo... Dios no es el autor de los desórdenes que han tenido lugar en todos los siglos.

Mentira.

¡A contrarios absurdos, á opuestas deducciones arrastra tan sólo el orgulloso credo protestante!

Pero no creáis que los nuevos defensores de la independencia del hombre se contentan con hacerle esclavo de la necesidad de obrar mal, sujetándole, no obstante, á la pena, no; ellos van más adelante, quieren que sea castigado aun por las obras buenas que practique, aun por los sacrificios

que haga en obsequio de la verdad y de la virtud.

Partiendo los novadores del principio de la corrupción esencial de la naturaleza humana, infieren que todo lo que salga de ella ha de ser precisamente malo.

Y exclaman:

—¿Qué ha de arrojar un cadáver sino miasmas? ¿Qué ha de hacer una fuente emponzoñada sino infestar todas las aguas que de ella broten?

Las obras de los infieles y de los pecadores, como destituídas de la fe justificante, son propias de la naturaleza, y, por lo tanto, son siempre malas, sean de las que llamamos virtuosas, ó de las que llamamos inmorales. Oid más: ¿Sabéis qué fueron la sobriedad de Sócrates, la castidad de Jenócrates y el patriotismo de Mucio? Pues fueron un crimen.

Los reformadores no admiten diferencia alguna entre estas obras y la incontinencia de las Bacantes, el ateismo de los sofistas y la crueldad de Nerón: poco importa que el género humano admire á los unos y deteste á los otros; los protestantes les detestan á todos igualmente, por la sola y única razón de que todos igualmente son hombres.

Conforme á la naturaleza de las obras es el premio que les está preparado: cuando los infieles aman á sus amigos; cuando consuelan á un desgraciado; cuando cumplen con los deberes de padres, de esposos, de ciudadanos, ninguna otra cosa merecen, á juicio de nuestros adversarios, sino su condenación eterna.

¡Infelices!

¿Qué haréis?

Si cumplís la ley, se os castigará por el cumplimiento; si no la cumplís, se os castigará por la omisión. Y vosotros, ¡seres desgraciados! el más ligero de vuestros pensamientos es una culpa, vuestros deseos más racionales otros tantos crímenes, por la acción más insignificante os hacéis reos del infierno; ¡salid, pues, de ese estado miserable!

—¿Cómo?

Vuestra humildad irritará á Dios; vuestro arrepentimiento hará que derrame sobre vosotros con más abundancia la copa de su cólera; vuestro amor le excitará á odiaros con más vehemencia; semejante al hombre sumergido en un pozo de cieno, cuantos más esfuerzos hagáis para salir de él, más profundamente os atolláis en el fango; dormid, pues, en el lodo hasta que el libro de los decretos indeclinables señale el tiempo de vuestra salvación; y si por desgracia no le señalare, resignáos á perecer.

Pero la naturaleza humana, á pesar de su corrupción esencial, no comete toda clase de crímenes; ocasiones hay en que el entendimiento no conoce el mal, las pasiones están en calma, y la voluntad no se siente inclinada hacia él; entonces es Dios mismo el que hiere nuestros ojos con un rayo de fúnebre luz, aviva nuestras pasiones, precisa nuestra voluntad á ofenderle, y después de

haber consumado su obra, sonríe desde el trono de su eternidad. ¡Qué horror!...

Pues tales son las consecuencias lógicas del espíritu de la Reforma; tal lo que enseña y proclama sin espantarse de su obra.

¡Ceguedad incomprensible!

Perdonad, Dios mío, las blasfemias que consignamos bajo una hipótesis absurda.

No, no somos nosotros los que las decimos; son los enemigos de vuestra Iglesia.

Prosigamos el doloroso proceso.

Aun las mismas obras buenas de los justos pierden todos sus encantos, segun la doctrina de los reformadores; ellas son el resultado de una gracia fatal que arrastra al hombre á lo bueno, del mismo modo que la concupiscencia invencible á la voluntad omnipotente de Dios le arrastra á lo malo.

—¿Por qué admiramos la fortaleza de los mártires, si no pudieron negar á Jesucristo?

¿Por qué la pureza de las vírgenes, si fueron inaccesibles á la seducción de la carne?

¿Por qué las austeridades de tantos penitentes, el desprendimiento de tantos ricos voluntariamente pobres, el sacrificio de tantas víctimas sacrificadas voluntariamente en el altar de la caridad?

¿Por qué la gloria, en fin, de todos los Santos?

Semejante á tronco inerte, el hombre es arrebatado por el río claro de la gracia ó por el torrente

cenagoso del pecado sin poder decidir acerca de su suerte, sin influir para nada en la dirección de su camino.

Si le llevan por el del mal, será digno de lástima, pero no de odio; si le llevan por el del bien, será digno de envidia, pero no de alabanza, y mucho menos de admiración y merecimiento.

La aversión natural que nos causa el vicio, y el entusiasmo que nos inspira el heroismo, son ilusiones de nuestro corazón; el hombre no tiene acción propia de ninguna clase; más infeliz que las bestias, sigue, no el camino por donde le llevan sus instintos, sino el que *ab æterno* le marcó la vara inflexible del destino.

Hé aquí todo.

VII.

Después de la trama, el desenlace de la tragedia.

Ha llegado, felizmente, la hora de poder presentar á la faz del mundo las tendencias y el verdadero espíritu de la *Reforma*.

Ésta está herida de muerte desde el instante que no cabe ante la conciencia y la opinión pública mentir ni falsear sus propósitos é intenciones.

Animáos cuantos habéis leído el número anterior.

El hombre, no pudiendo menos de ser pecador, no podía ser justo; Dios, castigando la virtud, no podía premiar el crimen.

La Redención: hé aquí el talismán que ha obrado estas mudanzas portentosas.

—¿Para qué murió Jesucristo?

Segun los católicos, para darnos una libertad perfecta de obrar bien; segun los protestantes, para darnos una libertad completa de obrar mal.

Esto es absurdo.

Jesucristo fué humilde para que nosotros fuéramos impunemente soberbios; Jesucristo ayunó para que nosotros no nos mortifiquemos; Jesucristo murió clavado en una cruz para que pudiéramos entregarnos á todos los desórdenes.

¿Es esto medianamente razonable?

Pues esto es lo que se desprende de la doctrina protestante.

Según los católicos, los predestinados deben ser la imagen de Jesucristo; según los reformadores, los predestinados deben ser la *antítesis* de Jesucristo.

El que imita á Jesús, como Teresa, en la práctica de las buenas obras, no es cristiano, pertenece al partido de Satanás.

Antes de la Redención, el hombre no podía obrar sin hacerse reo del infierno; después de la Redención, puede pecar hasta que sus crímenes excedan en número á las arenas del mar, seguro de que luego que haya llenado la medida de la iniquidad será tan agradable á Dios como la esposa de los cantares.

La *impunidad*, según los protestantes, para los malos, es el gran fruto de la sangre de Jesucristo.

¿Podríais sospechar esto? ¿Habíais sondeado así el punto que tratamos en el número anterior y terminamos en éste?

Avancemos un poco más:

—¿Quién es ese Dios que antes todo lo condenaba y ahora todo lo absuelve?

—¿Quién es ese Dios, antes injustamente severo, y ahora injustamente benigno?

—¿Quién es ese Dios que murió para establecer sobre la tierra el reinado del pecado, asegurándole la impunidad cuando gemía bajo el peso de una justicia infinita?

¡Ah! no os arredréis ni os aflijáis, lectores de buena fe, sinceros y creyentes.

Ese Dios no es el Dios de los cristianos; es el Dios de los protestantes...

Así trastornó la Reforma todas las cosas; así confundió todas las nociones; así derramó por todas partes las tinieblas, cuando prometía la luz.

En medio de la confusión de doctrinas que reina en este sistema absurdo y desconsolador, sólo hay una cosa clara, sólo un punto culminante, á saber: Que antes de la Redención y después de la Redención, pecador ó justificado, el hombre es esclavo siempre, ó de la concupiscencia, ó de la gracia de Dios ó del diablo.

Y, sin embargo, ¡los reformadores se atreven aún á hablarnos de independencia y de libertad!

Los protestantes nos echan frecuentemente en cara que somos enemigos de la ilustración; que aborrecemos la libertad, la tolerancia, y, sobre todo, que no apreciamos debidamente la dignidad del hombre.

Cuando nos dirigen semejantes recriminaciones, podremos contestarles:

Miráos detenidamente á vosotros mismos; volved la vista hacia vuestro origen; meditad sobre la doctrina de vuestros maestros, y con la mano sobre el corazón decidnos francamente:

Primero. Si es un elemento de progreso el afirmar que el entendimiento nada puede conocer.

Segundo. Si os parece buen medio para vindicar la independencia de la voluntad, hacerla esclava de una fuerza irresistible.

Tercero. Si puede ser sólida la tolerancia cuando se condena á perecer á todos los infieles inculpables, á todos los pecadores que deseen arrepentirse, á todos los hombres que no crean que por sola la fe se les perdonarán los pecados.

Decidnos, por último, si el hombre tendrá mucho que agradecer á los que han hecho dé él un tronco, una piedra, una estatua de sal, alternativamente sujeto á la vara de Dios ó á la férula del diablo.

Que semejantes doctrinas se hubieran predicado en los siglos anteriores á Teresa de Jesús, en los llamados siglos bárbaros, cuando la Europa estaba envuelta en las tinieblas de la ignorancia, parecía una cosa natural, ordinaria; pero que se predicasen en el siglo XVI, cuando el espíritu humano se hallaba lleno de vida, cuando hacía descubrimientos tan admirables, cuando tendía osadamente su vuelo por regiones antes desconocidas... es una anomalía, ó por mejor decir, un contrasentido, un

sangriento anatema fulminado contra el progreso y contra la civilización.

Así es como cumplieron los reformadores y sus discípulos las brillantes promesas que hacían y todavía nos están haciendo.

No; ellos quieren engrandecer al hombre, y le degradan; quieren la luz, y aman las tinieblas; no quieren la independencia, quieren la esclavitud; se proclaman defensores de la dignidad humana, y nos arrebatan nuestros derechos más sagrados; nos convidan con la vida, y nos preparan la muerte; nos halagan para confundirnos; nos tienden una mano, al parecer amistosa, y es para clavar en nuestro corazón con más seguridad el puñal homicida.

¡Ah! no les creáis; vienen á vosotros cubiertos con piel de oveja, y en el interior son lobos, que sólo pretenden devorar nuestras prerrogativas, nuestras almas, nuestra felicidad.

Los extremos se tocan; las cosas opuestas no suelen estar muy lejos las unas de las otras.

La inteligencia humana, oprimida en cierto modo por las degradantes doctrinas de los reformadores, trató de vindicarse, pero de una manera terrible.

Y esto que escribimos ahora, lo hemos dicho hace muchos años.

Acaso á nuestra consecuencia se debe nuestro crédito.

Entonces comenzó una funesta lucha de la razón contra la revelación; de la naturaleza contra la gracia; del hombre contra Dios: la marcha y los resultados de esta reacción, es lo que constituye la historia del protestantismo.

Y sus funestos resultados los tocamos hoy, y no negaremos que se tocaron ya en tiempo de Teresa; en los siglos subsiguientes; antes y despues de la revolución.

El Jefe de la Reforma, despues de haber afirmado que la razón nada podía conocer, por la más chocante de las contradicciones concluyó por declararla juez único y soberano en las materias relativas á la fe y á la moral.

Este principio era demasiado resbaladizo; él constituía ciertamente el ariete más poderoso para combatir la religión antigua, pero era al mismo tiempo el flanco débil de la nueva Babilonia, lo que debía conducirla indudablemente á su ruina.

La doctrina del espíritu privado será siempre excelente para destruir, pero es un obstáculo para edificar.

Lutero, al asentar este principio, no quería la independencia para todos; la quería sólo para sí mismo; trataba de combatir la autoridad de la Iglesia para establecer la suya propia.

No lo comprendieron así Juan Calvino, Ulrico, Zuovinglio, Storch y otros; formaron sectas separadas, y tratando de reformar la religión á su ma-

nera, del mismo modo que lo había hecho el heresiarca Witemberg.

Lutero se quejaba ya amargamente, se enfurecía contra los sacramentarios, rugía contra todo lo que se le oponía, pero... ¡vanos esfuerzos!

Las ideas pueden más que los hombres; habla la lógica, y no es posible resistirse: él vió desechada su autoridad, sustituídas sus doctrinas por otras diferentes, impugnadas sus obras, y cuando bajó al sepulcro, el prestigio que había adquirido entre los suyos estaba á punto de extinguirse.

¿Sirve esto de lección?

¿La historia enseña lo que debía?

¡Ah! no: de error en error se va hasta el absurdo.

VIII.

Deducciones lógicas.

PERDONAD una digresión precisa y necesaria, que nos permitamos trasladar vuestro pensamiento á la edad misma á que hemos llegado en esta obra.

¿Sabréis sacar todos de las anteriores premisas, las deducciones lógicas que debían tener y han tenido?

Pues esta tarea se nos impone á nosotros de una manera precisa.

Llenémosla antes de continuar nuestro relato.

Llegar debía un tiempo, y ha llegado, en que la Reforma tuviese *conciencia* de sí misma, en que comprendiese su propia naturaleza, y entonces habría de seguir una conducta más franca, más desembarazada, y, sobre todo, más lógica.

Las herejías anteriores eran escuelas que tenían sus principios tan marcados como las de Sócrates ó Zenón, poseían un símbolo dogmático que

era preciso suscribir para ser contado en el número de sus afiliados: los antiguos herejes combatían la autoridad de la Iglesia y proclamaban francamente la suya; desechaban su magisterio y se declaraban maestros de los demás; establecían sus doctrinas particulares y no podían tolerar que otros usasen del mismo derecho, antes bien les anatematizaban, les declaraban fuera de su comunión, y el hierro y el fuego suplían en muchos casos la falta de razones.

Los herejes modernos, los que han comprendido el verdadero espíritu de la Reforma, y en ella el de todas las herejías, son otra cosa; observan una conducta muy diferente.

¿Son por ello menos temibles?

Se ha llegado al colmo, al *delirium tremens*; y los libre-pensadores modernos van más lejos.

El luteranismo, el calvinismo, el catolicismo, para ellos es igualmente verdadero ó igualmente falso; todo lo toleran; la verdad y el error, lo bueno como lo malo; ellos no tienen ningún símbolo, ningún principio fijo, nada que pueda considerarse como esencial en su sistema. El protestantismo ha llegado á ser una negación; sólo la negación le es esencial; todo lo demás le es indiferente.

Así, que no debe extrañarnos que en el espacio de un siglo la herejía haya recorrido más rápidamente por el camino de la negación que en los anteriores: el socinianismo y el racionalismo son de ello una prueba concluyente.

Los filósofos racionalistas se han aprovechado perfectamente del espíritu de la herejía, han sacado las últimas consecuencias del principio fundamental establecido por los reformadores.

Una vez erigida la razón en juez soberano de la revelación, es preciso reconocer en ella el derecho de negar cuanto no pueda ó no quiera comprender; por eso los nuevos *iluminados* desechan la inspiración sobrenatural de las Sagradas Escrituras; se ríen de todos los dogmas; ridiculizan todos los sentimientos religiosos, y concluyen por afirmar, ¿por qué extrañarlo?... que Jesucristo fué un impostor, los Apóstoles unos imbéciles, y el cristianismo entero un sistema filosófico como el de Pitágoras ó Platón, una legislación como la de Licurgo, un drama mitológico como la *Eneida* ó la *Odisea*.

En este punto la herejía se confunde con la incredulidad; el cristianismo no está perfectamente reformado, sino totalmente extinguido.

¡Ah! no; os diremos nosotros: os engañáis; no decís lo que sentís; fingís lo que os conviene fingir.

El cristianismo vive y vivirá, á pesar vuestro, sin mudarse, sin cambiarse, y como ha de subsistir á través de los siglos y las edades; «*siempre, siempre,*» como decía Teresa de Jesús, eterna y perpetuamente.

Mas no era este todavía el término natural de la Reforma.

El espíritu privado es un monstruo que lo mismo devora el error que la verdad, lo humano que lo divino, y sólo descansa cuando ya nada le queda que devorar.

Después de negarse uno por uno todos los dogmas, debía finalmente negarse al mismo Dios... Fichte, Hegel, Cousín y San Simón son los que han consumado esta obra de la iniquidad.

¿Conocíais esto?

Pues presagiado estaba; leed los libros que nosotros leemos para escribir éstos, y os persuadiréis de ello.

Sin embargo, la Reforma no ha podido detenerse en este punto; ha pasado por el ateismo como por el fuego, y sin abrazarle en toda su amplitud se ha fabricado un ídolo.

El ateismo es una negación que incluye implícitamente todas las negaciones; y una negación absoluta, universal, no puede menos de conmover profundamente el entendimiento humano, que tiende naturalmente á la verdad, y á la verdad infinita como la gravedad hacia su centro.

Al negar á Dios se ha negado la fuente del ser, el origen de la bondad, el fundamento absoluto de la verdad y de la ciencia.

Los lazos que unen á todos los seres se han roto; el punto donde todos confluyen ha desaparecido; la unidad no se encuentra en ninguna parte; bajo nuestros piés, á nuestra vista, la materia; sobre nuestras cabezas el vacío, la nada...

Pero aguardad un momento...

Sobre ciertas materias no tenemos que inventar nada; hemos escrito tanto hace años, que reproducirlas es para nosotros una gran satisfacción.

El vacío se llena de nuevo; ¡oh prodigio! Vosotros, que no creéis en los prodigios... la nada se ha tornado fecunda... La razón ha usurpado su trono á la divinidad...

El prodigio se realiza para los que no creen y niegan el prodigio.

Ella es la fuente de los seres, el vínculo que los une, el punto donde convergen, el gran centro de unidad en medio de la diversidad que vemos en el mundo.

La razón, reconociéndose á sí misma, se ha creado á sí misma.

La razón, conociendo al mundo, ha creado el mundo; la razón, conociendo á Dios, ha creado á Dios.

Y el alma, y el mundo, y el mismo Dios, no tienen otro origen que el *yo*, ni otro centro de unidad que el *yo*, alrededor del cual gira todo, con el cual todo se identifica.

Hé aquí, pues, á la Reforma produciendo, acaso sin querer, el *ateismo;* es decir, yendo más allá del ateismo, porque el ateismo crea una necesidad y el autoteismo la satisface. El ateismo arroja á Dios de su trono y el autoteismo coloca en él un ídolo.

El ateismo despoja á Dios del imperio del mun-

do; el autoteismo nos alarga su cetro: después de negar á Dios, el hombre no podía hacer nada mejor que divinizarse á sí mismo.

Y lo ha hecho así, y ya hemos llegado al colmo.

¿Cómo dejar de instruiros estas cosas?

Habríamos sin ellas dejado incompleta una materia de que acaso tengamos ocasión de hablar.

Esta doctrina es la última consecuencia del principio de la Reforma; hasta ella ha llegado, y no podía menos de llegar, el racionalismo y la impiedad, porque el germen destructor depositado en su seno por los primeros reformadores debía desarrollarse por completo, debía producir todos sus frutos; y no pasará de aquí, porque más allá no hay nada en el camino de la perfección.

La razón herética negando á Dios sus atributos uno á uno, negándole después su divinidad, y, por último, divinizándose á sí misma, haciendo suyas todas las prerrogativas divinas, ha cumplido perfectamente la misión que por su naturaleza debía desempeñar.

Ya nada la queda que hacer, porque nada la queda que negar: los herejes del porvenir no podrán hacer más que lo que han hecho nuestros racionalistas.

¿Qué negación, qué herejía podrá presentarse en lo sucesivo que no esté incluída de antemano en esta negación, en esta herejía universal?

¿Qué error podrá propalarse en los siglos futuros

que no esté previamente contenido en esta monstruosa *síntesis* de todos los errores?

Hasta aquí cuanto nos convenía dejar consignado tomándolo de fuentes de irreprochable ortodoxia y autoridad reconocida y evidente.

Nuestro libro puede ir á manos de todos; por eso le llamamos histórico, religioso, y eminentemente nacional.

LIBRO NOVENO

DESPUÉS DE LA PROFESIÓN

I.

Progresos en la virtud.

ESTRECHA, pobre y malsana, es la casa que habito, padre mío,—decía á su padre la nueva profesa, pasados algunos días de la ceremonia que dejamos descripta en el número anterior.—Lo que os afirmo es verdad,—añadió,—pero nunca me ha parecido, hasta ahora, la vida más hermosa y grata. Carecemos de recursos, somos muchas, y comemos mal y poco, pero la alegría reina aquí... Consoláos, padre; vuestra hija es feliz y os ama más que nunca.

—Habla así, habla así,—la contestó el anciano, como si se le quitase de encima un peso enorme, una penosísima preocupación.

La tenía intensa por temor de que su hija se arrepintiera de lo que había hecho.

—¿Y cómo expresarme, señor, de otra manera?

Os habla mi alma, os habla mi corazón. Soy incapaz de fingimientos; os digo, os digo la verdad... Los que no ven un convento más que á través de sus rejas y de sus muros, se le imaginan una prisión; pero es porque para ellos lo seria acaso, mientras que para las que entramos en él, voluntaria y libremente, como yo lo he hecho, sucede lo contrario... El monasterio es para nosotras el solo sitio donde podemos ser libres, el único lugar donde á nadie estorbamos con nuestros gustos, nuestras aficiones y nuestras prácticas. Aquí, padre mio, hay silencio, humildad; no se ven más que ejemplos buenos y edificantes; en cambio, fuera, todo es ruido, animación, exuberancia de vida; pero ¡ah! de vida que disipa los sentidos en vez de reconcentrarlos; que distrae en vez de proporcionar ventaja alguna religiosa y moral... Ya sabéis, padre querido, que os hablo por experiencia. No será completa, pero ha sido la bastante para que no me tengáis por una ilusa, por una visionaria.

—¿De suerte que estás satisfecha, hija mía?—preguntó con marcada intencion don Alonso á Teresa, y como si quisiera escudriñar con su mirada los más ocultos arcanos del corazon de su hija.

—Satisfecha hasta el extremo,—respondió la Profesa con el acento más ingenuo del mundo.

Y estos coloquios se renovaron muchos días, consolando por entero al inquieto y afligido padre de la Santa.

—Dios ha trocado la sequedad que tenía mi alma, en grandísima ternura;—decía en otra ocasión á su familia la religiosa carmelita, conversando en casa de su padre, donde iba de vez en cuando, y todos la escuchaban extasiados, porque su acento era el de la más sincera y nobilísima franqueza.—Dánme deleite las cosas todas de la religión, y aunque es verdad que ando algunas veces barriendo y ejerciendo otros oficios mecánicos á las horas en que en esta casa me entregaba al regalo ó la holganza, lejos de experimentar por ello contrariedad, gozo y alegría experimento... No os digo que me imitéis por eso... Cada cual llenar puede y cumplir su misión en el mundo á satisfacción de Dios con menos que yo hago y que yo necesito hacer para ser perfecta religiosa... Que es el camino estrecho, y la senda de la virtud áspera, y la cuesta del cielo empinada... Yo la subiré, empero, con el auxilio de Jesús.

Palabras estas últimas que causaron un verdadero asombro en cuantos las oyeron.

Palabras que deberán producir en muchos de los que las lean aquí, copiadas de la Santa textualmente, un verdadero escándalo.

Y nos dirán, á la par que don Alonso:

—¿Crees, hija del alma, que es más difícil tu elección que la de cualquiera de nosotros?—la preguntó su anciano padre, para quien conversar con su hija era ya la única cosa que le agradaba.

Oigamos ahora la admirable respuesta de Teresa:

—Créolo así, contra lo que el mundo opina en general, y yo misma antes opinaba. Una paciencia invencible en las injurias, en las persecuciones y menosprecios; sufrir las aflicciones, las calumnias, las miserias, las pérdidas, las enfermedades, las desgracias, los reveses y trastornos, como gracias que nos hace el Señor; vivir con abstracción de nuestros sentidos, olvidar nuestra delicadeza y afeminación; desear y conseguir que las mortificaciones impuestas ó hechas en nuestro cuerpo expíen las que los pecados de los demás abren en el corazón bondadosísimo del Señor... esto es mucho, ¡muchísimo!... Ser, en una palabra, mártires generosos de la religión, á señalarse por sólo llenar los vínculos y amables ligaduras de la caridad en favor de los demás y de uno mismo, como os sucede á vosotros, es muy distinto, es muy diverso.

Y los testigos todos de esta otra escena asintieron, á pesar de sus prevenciones contra el claustro, á lo que Teresa decía llena de entusiasmo y de fervor.

¿Asentirán de manera igual, á lo que Teresa decía, los enemigos sistemáticos del claustro, tan numerosos hoy, tan numerosos en nuestros días?

Seguramente que no; los conocemos bastante; hemos leído sus obras, sus diatribas, sus burlas y reticencias contra los que entran en un monasterio, lo mismo hombres ó mujeres.

Cuando se habla como Teresa hablaba á su pa-

dre y á sus parientes, ¿cabe poner en duda que élla dijese mentira, y vosotros, que no comprendéis la vida de la religión, digáis verdad?

Esto se separa de toda manera racional de pensar y discurrir.

Pues así razona y discurre la impiedad, y la que se da aires de crítica sensata y pretende imponerse, tiránica, á toda otra crítica por más que tenga en su abono la verdad.

No se entienda, empero, por lo que decimos, que vayamos á sostener que sólo haya buenos, y no sean ó puedan ser muchos los que, sin pertenecer al claustro ó al sacerdocio, sean buenos.

La Iglesia, sapientísima siempre, rechaza toda exageración, toda violencia; y nosotros, por ella aleccionados, en cuanto cabe, la rechazamos también.

Tenemos precisión de enseñar y combatir; tenemos una misión especial en estos libros, y es la de desarraigar preocupaciones y poner cosas que se sacan de quicio con frecuencia en su lugar.

Teresa habla como *religiosa*, y su palabra tiene una decisiva é indisputable autoridad.

Los que truenan contra el estado claustral y han perseguido y persiguen á las monjas y á los frailes, proceden por pasión, por deducción ó por engaño.

De aquí que estas instrucciones que vamos haciendo resaltar en esta obra, tengan un fin práctico,

una tendencia marcada: la de desterrar del pueblo la que le ha perjudicado tanto... la *incredulidad.*

Se le han hecho sospechosos, calumniándolos, los instintos religiosos, en donde tantos hijos del pueblo hallaban su dicha y su felicidad.

¿Qué se les ha dado en cambio?

Un arma homicida, una tea incendiaria, la piqueta demoledora de la anarquía y la destrucción general.

Observad esto que os decimos.

Los que han hecho del pueblo un instrumento dócil de sus ambiciones, le hablan, luego que logran el poder, de disciplina, de ortodoxia política, de respeto y de autoridad.

Y quieren que el pueblo trabaje y sufra en silencio bajo el látigo de su arbitrariedad.

Comparad esas cadenas con las suavísimas que á nuestra heroína aprisionaban dentro del claustro, y que de manera tan admirable nos sabe pintar.

Id más lejos.

Ved las que se titulan insoportables de la Iglesia católica, y comparad...

No os pedimos más, seguros que para el alma optaréis por las que encarece Teresa de Jesús, y para el cuerpo, por las que la Iglesia hace llevar á sus hijos como ley emanada de la imperfecta condición humana para merecer en la tierra y esperar fuera de ella una existencia mejor.

Resignación, sufrimiento y caridad aquí.

Recompensa y felicidad imperecedera allá.
Unión y armonía en la tierra.
Dicha y ventura en el cielo.

—Velad,—continuó Teresa;—trabajad en la única cosa que os es necesaria para reparar el tiempo perdido; emplearos en santas lecturas, en oraciones fervorosas, y en instruiros en Jesucristo; escuchad con atención y docilidad las palabras de verdad que os anuncia para ponerlas en práctica; esforzáos para ser más verídicos, esto es, mas sinceros, más castos, más benignos y más caritativos; haced que los ángeles del cielo se regocijen viendo en vosotros sencillez, candor, circunspección, modestia, unión, y no necesitáis más.

—Todo eso es muy difícil.

—Pues aún es más, mucho más, lo que yo tengo que hacer para llenar todos estos deberes. No hay alternativa; á vosotros en el mundo puede bastaros ser buenos; á nosotras casi se nos exige ser santas, ó por lo menos aspirar á la santidad, que es la completa identificación con el modelo divino, que para serlo de todos vino al mundo, y se dignó descender de los cielos. Nadie...—añadió, cada vez más entusiasmada, hasta el punto de fascinar con el brillo de su mirada, el resplandor de su rostro y el acento de su voz á los que la escuchaban,—nadie ha entrado en la gloria, nadie entrará si no tiene semejanza con Él... El divino modelo está colocado bastante alto para que

todos le podamos ver; sus obras son tan brillantes, que no cabe negarlas ni desconocerlas; su doctrina es tan clara, que no puede dejarse de comprender. El camino de la santidad está marcado; todos pueden seguirle sin temor de caminar entre tinieblas. ¿No es Jesucristo la luz del mundo y el sol de la tierra?

¡Cuánto había adelantado Teresa!

¡Cuánto había progresado!

Tenemos precisión de persuadirnos de ello para apreciar de lleno lo que ya valía Teresa.

—El espíritu de Jesucristo,—prosiguió diciendo la Santa,—es espíritu de humildad y de dulzura, de sumisión y obediencia, de fuerza y de fidelidad, de resignación y de paciencia, y este debe ser nuestro espíritu: principio de vida, de acción, de amor, de fuerza y de oración.

Don Alonso no pudo esta vez contenerse, y abrazó á su hija con entusiasmo.

Recordaba al oirla lo que muchas veces le había dicho su mujer:

—Ésta será célebre... Ésta será Santa;—solía exclamar, aludiendo á Teresa, y por sus ojos se deslizaban dulces lágrimas.

El vaticinio maternal parecía próximo á cumplirse.

—¡Qué consuelo!—decía.—¡Qué gran consuelo!

Y contemplaba á Teresa extasiado.

Sólo siendo padre, y padre bueno y cristiano, se concibe lo que decimos del castellano.

—¡Placer! ¡Consuelo en que su hijo sea santo! ¡Valiente inocentada!...

Así razonan muchos padres, y no diremos por ello que no amen y quieran á sus hijos. Les desean dichosos, verles ricos, en posiciones elevadas; y esto es natural y hasta disculpable.

Son muy pocos los que prefieren á todo y sobre todo que sean Santos.

Y, no obstante, lo que al padre de Teresa acontecía es digno de encarecerse, y nosotros, admirándolo, lo encarecemos con entusiasmo.

El *amor egoista* será lo que queráis; pero es amor sólo y puramente humano.

Progresaba Teresa, como se desprende de lo que dejamos dicho, á pasos agigantados en el camino de la virtud; se aproximaba rápidamente á la santidad, para que estaba evidentemente predispuesta y predestinada.

Recojamos las enseñanzas que de cuanto llevamos dicho se desprenden.

No, no; el Dios de Teresa, que es el nuestro, no ha cambiado; somos nosotros los que no somos como Teresa fué.

La bondad de Dios no nos falta; nosotros somos quienes faltamos.

Sólo á nosotros mismos debemos atribuir los males que nos afligen.

Se encuentran hoy ásperos y desabridos los dones de Dios, cuando no se arrojan del todo apenas los gustamos, semejantes en esto á los Israelitas, hartos del maná del Señor. Fijémonos en la ley de Dios, en la que Teresa encontraba tantos atractivos, y pensemos en cuanto nos disgusta á nosotros, y su notoria infracción cuán poco nos afecta y nos conmueve.

Para leer con gusto la historia de la Santa, hay que identificarse mucho con ella, sentir con ella, y por esto vamos nosotros procediendo en esta obra poco á poco y lentamente para darla á conocer, no presentándola de repente á la grande altura en que la hemos de ver.

Acaso se adivinará el fin, pero le vemos demasiado lejos; nuestra inconstancia nos arroja, como astros errantes, en un falso camino; nuevos Moisés, vemos la tierra prometida, pero acaso no la poseeremos.

Cada día del año, cada hora del día, añadía Teresa una hoja ó una flor á su corona, y del empleo de su tiempo dependía la certidumbre de su segura, de su evidente y próxima perfección.

La Profesa guardábase bien de malgastar un solo instante; todos los tenía perfectamente arreglados, dirigiendo á Dios todas sus cuotidianas operaciones; todo lo hacía Teresa con miras, con propósitos cristianos y sobrenaturales.

Era el suyo un trabajo incesante de cooperación

á la gracia, y Dios, como premio á tanta fidelidad, multiplicaba sus dones en favor suyo.

¿No es esto natural?

A méritos extraordinarios, concesiones extraordinarias.

La honradez y la justicia proceden así en la tierra; ¿se pretende que Dios se conduzca de manera diversa?

«Dadle, y os dará; mereced, y obtendréis.»

El pensamiento de salvación de aquella célebre noche de su noviciado, que recordarán nuestros lectores, lejos de debilitarse, crecía en ella á proporción de su empeño en caminar siempre á la vista de Dios.

Es de fe, que la gracia de Dios es absolutamente indispensable para salvarse; que sin la gracia no podemos tener ni aun pensamientos útiles á la salvación; pero lo es también que Dios nos da siempre la gracia necesaria, teniendo en cuenta la buena voluntad y los esfuerzos del hombre para merecerla.

Por esto se ha dicho con profundo sentido católico: «que nuestros primeros esfuerzos, si son efecto de una primera gracia, van siempre acompañados y casi siempre seguidos de otras mayores, y que estas gracias concomitantes, según que el hombre se muestra más ó menos fiel á ellas, se hacen más ó menos eficaces, y que de esta fidelidad depende la certidumbre de la salvación y la posesión de la santidad.»

No es menos cierto, y también de fe, que Dios *quiere* que todos los hombres se salven, y que si no nos salvamos, culpa nuestra será, y no efecto de la voluntad ni el deseo de Dios.

Nuestra libertad hace fuerza á su voluntad, porque sin nuestra libertad y nuestra voluntad no habría merecimiento alguno de nuestra parte, y sólo se cumpliría fatalmente su voluntad.

¿Va ninguna filosofía más allá?

La voluntad, el deseo que Dios tiene de salvarnos es ya una gracia; por eso el Apóstol nos asegura que todos somos llamados al conocimiento de la verdad, y por la verdad á la posesión de la lealtad.

Pero esta gracia hay que aprovecharla; hay que no despreciarla.

Otra nueva doctrina en que descansa la admirable economía cristiana.

Oigamos sobre esto á una autoridad irreprochable:

«El verbo de Dios es, para todo hombre que viene al mundo, la luz que le ilumina divinamente; luz interior que le instruye y advierte antes de obrar, le censura ó aprueba después, y á la que damos el nombre de *conciencia humana*.

»La conciencia es, pues, una regla interior, viva, siempre despierta para dirigir todos y cada uno de nuestros pensamientos, todos y cada uno de nuestros deseos, todas y cada una de nuestras obras

»Siempre recta, por lo que tiene de gracia de Dios, puede, por efecto de la malicia y de las pasiones del corazón, falsearse y dirigirnos al error, pero esto sucede causando disgusto supremo al Hacedor.»

Teresa, una vez religiosa carmelita, fué adquiriendo por grados, pero en brevísimo espacio de tiempo, la mayor suma posible de perfección.

Cuántas veces se la figuraba escuchar á Jesús que la decía:

—Estoy á la puerta de tu corazón.

Otras:

—Óyeme, que aquí estoy para darte santas inspiraciones; en tí estoy para prevenirte y fortificarte contra el mal, para dirigirte al bien.

No es precisa una gran infidelidad á la gracia la que, ciega y tenaz, sumerge al espíritu en espesas tinieblas y endurece por completo el corazón del hombre, no.

Basta, para no obrar bien, esa infidelidad que engendra en las almas el disgusto, la tibieza, y esa especie de indiferencia para las cosas de Dios.

La que se tiene en el mundo aun por muchos creyentes y fervorosos católicos.

«No os fiéis,—dice Teresa;—Dios es generoso para los que lo merecen, pero niega también su dulzura á las almas poco generosas, y según esta regla, podemos juzgarnos nosotros mismos.»

Hé aquí dónde está el peligro para la gran ma-

yoría de los creyentes: se nos presenta una ocasión propicia, útil, para adelantar en la virtud; no la rechazamos precisamente, porque somos incapaces de hacer á Dios injuria tan grande; pero la descuidamos ó nos aprovechamos mal de ella. En tal caso, en vez de adelantar en la perfección, habremos dado un paso hacia atrás; porque, en todos sentidos, no avanzar, es retroceder. «La gracia descuidada no pone al alma en abierta hostilidad con su Dios, pero la predispone á la tibieza y disminuye su amistad; y además, el alma privada de los frutos del bien, se hace menos ardiente para aprovecharlas en lo sucesivo, queda como indiferente á las demás gracias que se le han concedido.»

Esas, esas negligencias repetidas, á las que Teresa de Jesús tenía tanto miedo, son las que conducen á un estado habitual de tibieza; y de ese estado de tibieza al abuso de las gracias, sólo hay un paso.

—¡Ah! se abusa mucho tiempo de las gracias de Dios,—exclama la Santa desenvolviendo estas doctrinas,—sin caer en la infidelidad, origen infalible de perdición.

Es este el momento único y más propicio que ha de ofrecérsenos para prevenir al lector á penetrar en la vida íntima de la gran *Teresa de Jesús*.

Y no hallaréis violento, que así como por grados el alma piadosa de Teresa fuése haciendo fría en

su juventud, así luego, religiosa profesa dedicada generosamente al servicio de Dios, volviese á sentir las dulzuras de la piedad y los atractivos de un santo fervor.

«Caí,—dice,—en la tibieza; no fué aquello la noche del pecado, pero dejó de ser la dulce y clara luz que nos ilumina. Existían en mí algunos piadosos movimientos, algunas buenas inspiraciones, pero débiles y casi ineficaces. Colocada entre los límites del pecado y la práctica generosa de la virtud, mi alma tibia sólo se abstenía del mal, pero no hacía esfuerzo alguno para practicar las buenas obras que nunca dejé de entrever.»

Sólo temía Teresa el gran pecado, el pecado mortal, pero no por ello contaba como nada los demás.

¡Qué otra y cambiada está! hemos dicho algunas cuantas páginas antes, y volvemos á repetirlo.

¿Cabía dejarla de ofrecer así á la consideración de nuestros lectores?

¿No es ella la protagonista principal de esta obra?

¿Hacen otra cosa distinta los novelistas todos, los historiadores de un personaje cualquiera, de un héroe elegido para presentarlo como dechado, como ejemplo y modelo á la admiración de los demás?

Para escribir cuanto venimos consignando, hemos tenido precisión de procurar no identificarnos

con *Teresa de Jesús*, que esto no nos es dable; pero sí leer y releer muchas de sus obras, teniendo el cuidado de anotar y recoger sus enseñanzas.

Tarea de mayor lucimiento sería la nuestra, si nos hubiese sido lícito trasladar á estas páginas algunos trozos más de los escritos de la Santa, y tal como ella los escribió, que al acomodarlos tememos que muchos aparezcan, sin querer nuestro, pálidos y desfigurados.

¿Pero se tendrán por difusos é innecesarios? No lo creemos, no lo esperamos.

II.

Llevaba la ley de Dios grabada en su corazón.

Tenemos necesidad de completar el retrato, de seguir el admirable proceso de la Santa en el orden religioso y moral en que venimos presentándola.

Llegar debían para nosotros en esta obra momentos solemnes, cercados de dificultades y de exigencias; los tenemos predichos y presagiados, y han llegado.

Se nos ha pedido una producción más en el orden de las que llevamos publicadas hace algunos años, y de antemano supusimos que iba á ser ésta la más comprometida, pero á la vez la más importante, dada su novedad y el valor que para hacerla necesitábamos.

La emprendimos con fe, y ésta se acrecienta á medida que en ella avanzamos.

Hace mucho, empero, que sólo meditando y leyendo á Teresa, á sus biógrafos é historiadores, y repasando la mayoría de nuestros escritos de otra

época, hemos podido alimentar esta producción.

Pero, ¿cómo?

A expensas de recorrer un camino en el que apenas si podemos abandonar el estilo didáctico, el del elogio, la alabanza y el encarecimiento religioso y moral de la Santa, y el de combate rudo y enérgico á la impiedad, que ha osado, atrevida, esgrimir sus armas contra élla.

Nunca pudimos imaginarlo; pero esto dará doble interés y oportunidad á nuestro libro, seguramente.

Queriendo describir el Profeta al hombre sinceramente religioso, dice que es «el que lleva grabada en su corazón la ley de Dios;» ó lo que es lo mismo, «que trata de servir á Dios de corazón, con intención recta y verdadera.»

Las palabras de David marcan la diferencia que hay entre el verdadero y el falso servidor de Dios; entre la verdadera y la falsa piedad.

La verdadera piedad, es la que tiene su principio en el corazón, en un corazón recto y formado con arreglo á las verdades cristianas; la falsa piedad, es la que, descansando en un simulacro de prácticas piadosas, sólo tiene en algunos por objeto el interés, cuidándose poco ó nada de Dios, ni de su gloria.

Son pocos éstos, por fortuna, y de estos pocos se quiere sacar partido para generalizar ciertos ataques.

No podemos conformarnos con ellos, pero vamos á ser una vez más francos y leales.

Los falsos, los hipócritas, hacen más daño á la verdad que los incrédulos muchas veces.

La Iglesia, en esto maestra imparcial, está por cima de toda mentira, y es más severa que puedan serlo los escritores que se valen de armas tan gastadas para producir efecto entre los apasionados y los ignorantes.

Hipocresía, falsedad y mentira son los caracteres de esa piedad que Dios detesta y rechaza.

Verdad, sinceridad interior, son las señales de la piedad que la religión aprueba, y que es la única que merece los elogios del Espíritu Santo.

Tenía la primera la monja profesa de la Encarnación de Avila, no la segunda, y así lo demostraban sus obras, y patentizan sus escritos á cada paso.

Ya hemos recogido en otro sitio de esta obra los anatemas lanzados por el Hijo de Dios contra la piedad de los fariseos, porque aquella piedad no era más que hipocresía y mentira.

Jesucristo echaba en cara á aquellos hombres que reducían, como sucede á algunos en nuestros días, toda su piedad á ciertas prácticas, á ciertas costumbres, á ciertas ceremonias, sin cuidarse de los deberes de justicia y caridad.

Escrito está, pues, que si nuestra justificación

no es distinta de la de los fariseos, no entraremos en el reino de los cielos.

La multitud se escandalizaba al ver á aquellos hombres anatematizados por Jesucristo, porque los fariseos, con la apariencia de una piedad austera y regular, con el espectáculo de una vida retirada y ejemplar, excitaban á la vez la admiración y la edificación públicas.

Pero Dios, que penetra en los corazones, los confundió desenmascarándolos á vista de la engañada multitud.

¿Qué tendréis vosotros que decir más, que dijo el Maestro acerca de este punto, en el que insistimos por su inmensa importancia?

No fué patrimonio de los judíos de la antigua ley, el que entre ellos hubiese fariseos é hipócritas.

El escándalo de una piedad mentirosa se ha renovado con frecuencia entre los cristianos, y todos los días tiene que gemir la Iglesia por las devociones farisaicas de muchos de sus hijos.

Ya véis que no desconocemos y os presentamos dónde están los riesgos, dónde está el mal.

Así sólo responderemos á las exigencias que al presente se imponen á los escritores sinceros y verídicos.

Para resaltar á Teresa, no vacilamos en que comparéis su piedad á raíz y después de su profesión, con otras piedades que son en las que de ordinario os fijáis, y decís con aire de triunfo:

—¡No hay otras!

Mentira, exageración cuando menos, que debemos rechazar, colocando las cosas en su verdadero punto de apreciación católica.

Mirad, os diremos, esa persona; tiene determinadas horas para orar, oye misa, cumple sus prácticas de devoción.

Más aún: pertenece á alguna que otra cofradía ó asociación religiosa, y cumple exactamente las más minuciosas reglas de la misma.

Avanzaremos un poco:

Frecuenta los sacramentos, y lo hace, al parecer, con modestia y recogimiento, y como quien no quiere dar margen á la más ligera crítica... Es esto, al parecer, de lo que más se ocupa.

Ya tenéis un bosquejo tan gráfico como le podéis apetecer.

Véamosla ahora en el curso de su vida doméstica y social.

Si es orgullosa y poseída de sí misma; dura é imperiosa con sus criados; altanera é intratable; si se muestra de continuo severa y hasta injusta con los demás.

Si prevaliéndose de su vida regular y de su hipócrita virtud, á todos juzga mal, y para desacreditar al prójimo intriga en todas partes.

Si al alabarse á alguien delante de ella, que no sea ella, se ofende; y encuentra en cambio defectos siempre en las virtudes de los demás, desprecia el verdadero mérito, y le humilla y le empaña.

Si une la ironía á la crítica, y la alabanza que no puede impedir, procura que en definitiva recaiga sobre ella.

No os fiéis de esa persona; la Iglesia no transige con ella; os engañáis al decir que la cobija y aplaude.

¡Qué satíricas son sus palabras! ¡Qué agria y cáustica su entonación! ¡Qué de maledicencias, qué de juicios temerarios, falsos y calumniosos!

Si le conoce, revela públicamente un secreto, y cuando no, da á entender por lo menos que le posee con malignos equívocos, con restricciones maliciosas.

Y todo eso, sí, con un aire piadoso y devoto, con el que procura engañar á los crédulos, y hace á veces murmurar hasta la misma piedad.

¡Falsarios! ¡hipócritas! No oséis llamaros cristianos; vosotros hacéis un gran daño á la religión.

¿Brillan en personas semejantes la caridad, la humildad y la dulzura tan recomendadas por Jesucristo?

¿Dónde está en ellas la virtud?

¿Dónde la conciencia?...

No; no pretendáis confundir con la piedad ese incesante flujo y reflujo de miserias, ni acomodar la religión santa de Jesucristo con imperfecciones que sólo son vicios.

No, no; esas personas, lo diremos sin miedo, ya los véis, no tienen piedad; la pretendida piedad de esas gentes no es más que una máscara de que

se valen para cubrir sus vicios y sus defectos.

San Pablo nos dice que la caridad cristiana debe ser paciente, dulce y bienhechora; ¿cabe conciliar con la opinión del gran Apóstol esos odios secretos, esas adversiones desdeñosas, esas envidias que acabamos de describir?

Pues sólo con el dictamen de la Iglesia, emitido por autoridades tan respetabilísimas, podemos estar conformes.

¿De qué provienen esas sospechas injuriosas, esas bruscas iras, esos arrebatos inmotivados?

¿De qué dimana que en vez de prevenir las discusiones domésticas, los procesos entre familias, se deje traslucir por ellos cierto aire de alegría y satisfacción?

Bajo el pretexto de defender la gloria de Dios y los derechos de la religión, se reprende á los demás con amargura y animosidad, dando así apariencias de celo religioso, á lo que es en realidad perversión del alma, y ese celo aparente no es, en el fondo, sino la satisfacción natural de un capricho ó de una pasión.

¿Podéis, siquiera, imaginaros que una piedad, unida á tantos defectos, sea agradable á Dios?

¿Se cree, por ventura, cosa fácil, amparar tantas debilidades con sólo multiplicar las oraciones y las prácticas de devocion?

Error crasísimo.

Error que nadie anatematiza más duramente que

la Iglesia, excluyendo de su seno á los hipócritas y á los embusteros.

Os hemos presentado sin inconveniente alguno el fundamento de todo lo que escandaliza, y con razón, á la impiedad, y se afana en confundir con la virtud y la santidad.

Los santos no han sido así; Teresa no fué así; cometéis la mayor de las injusticias, si lo suponéis por un momento.

Esa piedad fingida é hipócrita lo es, porque no existe en el corazón; el amor de Dios y del prójimo, no son su principio ni su fin; es una falsa piedad, es una devoción que se desvanece tan luego como se la somete al crisol de la experiencia, á la crítica de la verdad.

La verdadera virtud consiste en un buen medio que excluya todo extremo vicioso.

Hay muchos que se ocupan del complemento de la ley sin cumplir lo esencial de la ley misma; que toman el consejo y dejan el precepto.

Personas hay que se dedican á prácticas y lecturas piadosas, cuando debieran atender á los cuidados indispensables de su casa, ó reclaman su tiempo urgentes intereses de familia.

Otras dedican á la oración un tiempo demasiado largo, que debieran consagrar al cuidado de sus hijos y al exacto cumplimiento de las obligaciones de su estado.

Esas lecturas, esas oraciones, esas prácticas de

piedad, excelentes en otra ocasión, son censurables y constituyen un verdadero desorden, porque no están hechas en su tiempo y lugar.

Oidnos con atención:

La piedad verdadera, la devoción ilustrada, ha entendido siempre y entiende las cosas de muy diferente modo.

Sabe distinguir lo que es precepto de lo que sólo es consejo; lo hace todo con juicio, con oportunidad, con orden y conocimiento.

Cumple el precepto por deber, y el consejo por amor.

Sacrifica su gusto y sus inclinaciones piadosas á las exigencias de las necesidades del prójimo, y todo lo que hace, sabe cómo y por qué lo hace.

La verdadera piedad es esa plenitud de fidelidad que lo reune todo, lo abraza todo, conforme á las intenciones de Dios.

Guiada siempre por el santo celo de agradarle, y de adelantar en la perfección, hace lo que está mandado, sin omitir lo que se aconseja.

Esto es lo que nos enseña el Evangelio.

¿Habíais parado mientes en estas cosas que entresacamos de las obras de Teresa, aunque cambiemos algo la forma de exponerlas á vuestro estudio y consideración? De seguro que no.

El desorden en la piedad lleva casi de ordinario consigo la hipocresía en la misma piedad.

Como su principio regulador no es entonces Dios, sino la pasión, y una pasión interesada, esa piedad no se sostiene para la gracia, sino para intenciones naturales, y por eso no es ni interior ni cristiana; es una piedad farisaica; es decir, una piedad superficial y mentirosa.

Huid de ella; pero no la confundáis con la piedad de Teresa de Jesús que todos admiraban.

—Ese pueblo,—dijo Jesucristo,—me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; semejantes á sepulcros blanqueados, pero llenos por dentro de podredumbre, cierta clase de gentes piadosas sólo son, por decirlo así, cadáveres de piedad, cuerpos sin alma, buenos para encerrarse en una tumba.

Oid sobre esto aún más directamente á Teresa:

«El corazón,—dice,— es lo que Dios pide; con el corazón quiere ser amado y adorado.»

Y Teresa, en el instante en que la venimos estudiando como fieles y exactos historiadores y panegiristas suyos, amaba ya y adorada á Dios con su corazón.

«La verdadera religión no consiste en la inclinación del cuerpo, ni en la modestia de la mirada, ni en la murmuración de los labios.»

No diréis que somos menos severos que vosotros con los hipócritas y embusteros.

«Amor del alma, amor del cuerpo; este es el que quiere Dios y lleva á Dios.

»Dios, que ve y escudriña los corazones, descu-

bre la hipocresía, y reserva para ella terribles anatemas.»

– Es un santo;—podrán decir los hombres.— ¿Á quién engaña ese falso devoto? ¿Á quién?... Á sí mismo.

«Podrá, durante su vida, obtener los elogios de sus semejantes, embriagarse con un incienso inmerecido; pero en el tribunal del justo Juez sólo obtendrá censura y confusión, dignos frutos de su falsa piedad.»

¡Ah! ¡qué desgraciados, y qué culpables al mismo tiempo, son los que se sirven de Dios para engañar á los demás y engañarse á sí mismos!... Seres que quemáis al pie de los altares un incienso que os mancha; almas degradadas que sólo dáis á Dios semblante de adoración y de amor, pero en cuyo pecho se anida la falsedad, estáis muy lejos de ser como la protagonista de esta obra.

—¿Qué motivo,—os oigo preguntar,—las hace obrar así contra sus más caros intereses? ¿Quién las obliga á negociar de ese modo su propia salvación?

¿Quién?... Preguntádselo á las pasiones del corazón; inquirirlo, si podeis, en el dédalo misterioso de las miserias humanas.

Notar hace el Evangelista que los fariseos, en la práctica, se proponían dos fines principales: lo especioso y lo útil; una vida desahogada y una dominación absoluta.

Para llegar á conseguirlo, nos los representa la Escritura recogidos en el templo, pasando los días y las noches en oración, llevando una vida austera y mortificada, hablando sólo de ayunos y abstinencias, gritando con indignación contra la depravación de las costumbres; haciendo, en una palabra, al exterior, todo lo que sólo hacen los santos con miras de verdadera piedad, y se empeñan en confundir los enemigos de toda religión positiva.

¿Qué conseguían con eso? Atraerse los homenajes y la consideración de un pueblo crédulo.

Porque entonces, como ahora, la mayoría, el vulgo, estaba dispuesto á juzgar de la religión y de la piedad de un hombre por la severidad de sus costumbres y la aspereza de su celo.

Ahora bien; ese desorden escandaloso que Jesucristo censuraba en los fariseos, se renueva hoy como entonces; la Iglesia tiene que sentir mucho por la piedad mercenaria é interesada de algunos de sus malos hijos.

Piedad que sólo tiene en cuenta la ambición y la ventaja propia; piedad falsa, criminal ante Dios y odiosa ante los hombres.

Leed ahora, y aprended de Teresa lo opuesto á lo que la impiedad aprovecha para sus fines particulares y pone de relieve, confundiendo de mala fe lo que no debe confundirse.

Teresa graba, desde el instante de su profesión, en su alma, con caracteres indelebles, la ley de

Dios; la lleva esculpida en el corazón, y la cumple.

¿Dónde?

Allí donde nadie la ve primero: en el interior de un beaterio, en la oscuridad de un monasterio; en el silencio y en el recogimiento de una casa de oración.

Huye del mundo para que el mundo no la vea ser buena, virtuosa, ni prepararse y prevenirse para ser santa.

Y escribe su vida de manera que patentiza toda ella su humildad.

Renuncia á cuanto el hipócrita atesora y reune codicioso.

Hace votos que son opuestos á recoger el fruto de la mentira, y sólo sirven para recoger el fruto de la verdad, no aquí abajo, en este mundo, sino en la otra vida.

Y su piedad, como verdadera y sincera que es, edifica, llega hasta nosotros y conmueve nuestra alma y nos inclina á Dios.

La falsa piedad es la que más armas ha proporcionado á los herejes y á los impíos.

Por eso se empeñan en que toda piedad no sea verdad, y la calumnian osados y con satánico empeño.

Sobre una base tan ruinosa apoyan los libertinos sus desórdenes y su proceder licencioso.

¡Cuántas criaturas débiles y espíritus enfermizos se han perdido por el espectáculo de esa falsa piedad.

En nuestro siglo, en que tanto languidece la fe; en que tantos cristianos buscan un pretexto á su deserción; en que el menor escándalo basta para dejarse arrastrar al mal, ¿quién podrá calcular las ruinas producidas por la falsa piedad?

¿Quién podrá determinar el poder de perdición que tiene el escándalo, cuando se da por los que mienten virtud y santidad?

Es, en verdad, «la abominación de la desolación» de que habla el Profeta.

Y no es eso todo.

El hombre, falsa é hipócritamente devoto, con miras de interés humano, se sirve de la religión para lograr sus fines. La estimación que obtiene con su piedad fastuosa, legitima á los ojos de los demás cuanto dice y cuanto hace: se creen sus promesas; se da crédito á sus palabras; se aprueban sus decisiones; se ratifican sus juramentos; se censura lo que él censura; se alaba lo que él alaba. Todo esto sucede; todo esto pasa.

¡Cuántas personas de mérito se han visto perdidas por ese poder engañador! ¡Cuántas otras, indignas de todo honor y consideracion, han debido su elevación y crédito á medio tan degradante!

¡Cuántas reputaciones empañadas!

¡Cuántas venganzas obtenidas!

¡Cuántos odios satisfechos por la influencia de una falsa piedad!

Una piedad semejante tiene hasta fuerza titánica

é irresistible hasta contra la virtud y la inocencia misma.

¿Hay algo que deba inspirarnos más indignación y horror?

Ya véis que no podemos recargar las tintas con mayor empeño.

Y lo hacemos así, porque ansiamos que esta obra llene por completo su objeto.

Y porque nada nos ha hecho más daño en la vida, que la hipocresía en todos terrenos, ni nada nos parece más repulsivo que un hipócrita ó un embustero.

Preferimos la impiedad á la hipocresía; aquélla puede leernos y arrepentirse; ésta, se reirá de cuanto aquí ponemos.

No vacilamos, pues, en decir á los que nos lean: huid con cuidado de cuanto pueda alterar los principios de vuestra fe y falsear las prácticas de la religión santa.

Ponéos en guardia contra las ilusiones de la piedad; sed francos y sinceros en todo, como verdaderos hijos de Dios...

Que vuestro corazón, puro y libre de toda mira mundana, sea el móvil único de vuestros ejercicios de piedad y devoción; no porque ésta sea completamente interior, será menos agradable á los ojos de Dios; una piedad verdadera é ilustrada, será para todos motivo de edificación, y para vosotros un medio de merecer la benignidad de Dios.

Tenemos derecho á todo.

Hemos sido más rígidos que vosotros podéis serlo con la mentida piedad; podemos ya sin ambajes ensalzar la de Teresa de Jesús, que fué piedad siempre sincera y grabada en su corazón.

Sólo mintiendo podréis rechazar lo que aquí afirmamos.

Sólo suponiendo en los verdaderos santos, como lo llegó á ser Teresa de Jesús, lo que mejor que vosotros conoce la Iglesia y condena en sus hijos, es decir, la falsa, la hipócrita y mentida piedad, es como podéis intentar manchar con vuestra perfidia la excelsitud de los buenos hijos de Dios.

¡Atrás toda diatriba y toda mentira!

Paso á la verdad comprobada y reconocida como tal.

III.

La Penitencia.

Dios pudo muy bien conducirnos á la suprema dicha, á la suprema felicidad, y el hombre trastornar, por medio de su libertad, los designios de Dios.

Y así sucedió, en efecto.

¿Cómo comprender el mundo, si no?

De aquí lo que los incrédulos no alcanzan ó se niegan á reconocer: la sabia economía del Creador.

Que vayan unidos los *sufrimientos* á los *merecimientos*; y que los *merecimientos* sean un medio de *justificación*.

El hombre, al trastornar el orden admirable de la creación, se hizo reo de ingratitud, y como tal, acreedor á castigo.

Desde entonces, los *sufrimientos* son como el recuerdo de su desobediencia, y precisos para alcanzar el perdón.

Sólo á ese precio se dignó rehabilitar el Creador al hombre caído; sólo con esa condición nos es dado subsanar nuestras faltas y volver á la amistad de Dios.

Lo dice el Apóstol: «sólo son verdaderos hijos de Dios y vivirán eternamente en su caridad, los que mortifican su carne y viven una vida completamente espiritual.»

Y en otra ocasión:

«Buscar la penitencia; aceptarla humilde y voluntariamente, es una de las mayores señales de predestinación.»

Y más adelante:

«Un hombre inmortificado no puede por entero agradar á Dios, ni guardar su ley, que es espíritu y vida.»

De esto dedujo Teresa, profesa ya, dos cosas igualmente importantes:

«Que la penitencia era una obligación para todos los hombres, y un precepto divino del que nadie podía exceptuarse.»

La necesidad de no equivocarse en punto tan esencial, nos obliga á discurrir sobre este punto.

—Comerás el pan con el sudor de tu frente,—dice el Señor.

—Morirás,—añade.

Y estos dos decretos terribles, formulados por Dios, resuenan en el mundo entero y se perpetúan de edad en edad, de generación en generación.

Peca David, y, para obtener su perdón, necesita sufrir vicisitudes y calamidades; necesita lavar todas sus iniquidades con lágrimas de arrepentimiento.

Allá, en la más remota antigüedad, exclama el profeta Jonás con voz amenazadora:

—Nínive, dentro de cuarenta días, si antes no haces penitencia, serás destruída.

Jonás había ido á Nínive de orden de Dios, y sus amenazas de ruina eran la expresión de la voluntad suprema de Dios.

Y que así era, la historia lo confirma.

En todas las páginas del Antiguo Testamento vemos el arrepentimiento y las lágrimas como medio de apaciguar la cólera de Dios contra los crímenes de los hombres.

Y como si esto no fuera bastante, parece que ha querido Dios colocar, con este propósito, entre los dos Testamentos, á Juan Bautista, «el más grande de los hijos de los hombres, porque es también el más grande de los penitentes.»

Juan predica, con efecto, á todos sin excepción, que hagan dignos frutos de penitencia, y desde entonces fué mejor conocida entre los hombres esta verdad evangélica, que nos demuestra la importancia toda de la penitencia.

«El reino de los cielos sufre violencia, y sólo á costa de nuestros trabajos nos será concedido.»

¡La gloria! ¡el cielo!...

Palabras vanas, huecas, vacías de sentido para la infatuada crítica moderna.

«Nunca la poseerán, dice Teresa de Jesús, los indiferentes y los incrédulos.»

¿Qué se les importa? ¿qué se les da á ellos?

Los que creemos en estas cosas, somos unos fanáticos, unos ilusos.

Teresa lo fué por ello en alto grado, segun se atreven á decir.

¡Pobres de ellos!

Aparece Jesús en el mundo; Jesús, ese gran penitente, ese maestro y modelo de perfecta penitencia, y todas sus instrucciones, toda su vida entera, nos habla y predica lágrimas y penitencia.

No nos sorprenda esto. «Adán se había perdido, y con él toda la humanidad, por un acto de funesta complacencia y de inmortificación de la voluntad y de los sentidos, y era preciso que el Cristo, nuevo Adán, expiase esa inmortificación con las lágrimas y la sangre del más doloroso sufrimiento.»

¡Ah! sí; su vida entera, desde el Portal al Calvario, no es más que una larga agonía y la más humillante y austera penitencia.

Por ese camino dirigirá en adelante sus pasos nuestra principal heroína, Teresa de Jesús, imbuída en la más perfecta noción de la doctrina cristiana.

En la cúspide del Gólgota encontrará la religiosa carmelita de Avila su generoso amor á la cruz

y á los sufrimientos; allí estará para élla la sanción real de la ley de penitencia.

De que el mundo huye de ella, egoista, y que la Santa la entienda como el medio mejor de santificarse.

El gran doctor de las naciones decía: «Castigo mi cuerpo y le reduzco á la esclavitud, porque temo ser reprobado.»

Y esto que Teresa había aprendido, lo practica y ejecuta cada vez con mayor decisión y empeño.

Un rudo y perpetuo combate sobre la tierra; una larga y dolorosa expiación de sus brevísimas distracciones y leves faltas... tal va á ser la existencia de Teresa de Jesús; tal fué desde este momento de su vida, en que la presentamos, sin omitir detalle, á nuestros lectores, antes de concluir la parte primera de esta obra.

Porque ya en el tomo segundo hemos de prescindir de esta clase de consideraciones que ponemos aquí, para descartarnos de cuanto haya de distraernos de la *acción* que constituye el género especial de estos libros.

Pedro toma la palabra en medio de la culpable Jerusalén para predicar penitencia, y los judíos que se convirtieron, dicen las Sagradas Escrituras, se daban golpes de pecho en señal de arrepentimiento, confesando sus pecados, y prometiendo los más dignos frutos de penitencia.

Cuando los Apóstoles, dispersos por el mundo entero, anuncian á los gentiles la buena nueva, la nueva de regeneración y salvación.

—¿Qué predican á aquellos pueblos, ávidos de voluptuosidad, de soberbia y placeres?...

Penitencia, sólo penitencia.

En la Cruz, y sólo en la Cruz, se glorifican ellos y quieren que se glorifiquen todos sus servidores.

La Cruz es el signo sagrado de salvación; y la Cruz, ¿qué nos recuerda?

—La penitencia.

Para hacer más comprensible á los pueblos y á las naciones su saludable necesidad, esa Cruz santa se eleva bien alta, de uno á otro hemisferio, coronando nuestros templos, donde velo alguno oculta á nuestra vista la autoridad de sus divinas lecciones.

La Cruz, desde tan sublimes alturas, repite á todos esta formidable enseñanza del Hijo del Hombre:

—En verdad os digo, que si no hacéis penitencia, todos pereceréis.

Atiende, escucha Teresa el oráculo divino, y su vida entera, desde su profesión, es una continua mortificación y perpetua penitencia.

Penitencia, sí; no os riáis de lo que decimos.

Y cabe en nosotros la *penitencia* si ofremos á Dios las penalidades de nuestro estado, y llenamos gustosos en él nuestros deberes, y soportamos

sin murmurar las mortificaciones que nos imponga su cumplimiento.

Por eso hemos dicho que una de las oraciones más gratas al cielo es el *trabajo*.

¿Os atreveréis á negarnos esto?

Tertuliano decía: «Dios deja la expiación á cargo de la voluntad del hombre penitente, y le pone en lugar suyo para hacer uso de su misericordia.»

Ved puestas de acuerdo la misericordia y la justicia.

Eso que no comprendéis ni os explicáis fácilmente, está en libros cuya lectura os aconsejamos.

Segun Tertuliano: «Dios da á la misericordia el perdón de los culpables, y á la justicia la obligación de hacer penitencia.»

O lo que es lo mismo:

Que la justicia hace que el culpable sea castigado, y la misericordia, que ese castigo provenga del culpable mismo, contrito y penitente.

Así se explica el ósculo divino, el ósculo misterioso y grande de la justicia y la misericordia.

Y de este principio podemos sacar, con Teresa de Jesús, la consecuencia siguiente:

«Que el carácter de la verdadera penitencia consiste en arrepentirse de haber amado lo que Dios detesta.»

Avancemos un poco más.

«La voluntad del culpable,—añade,—ocupa el lugar de la de Dios.»

Así, así razonaba Teresa elevándose á las alturas de la más alta teología.

¿Quién se la había enseñado?

La sumisión á Dios, y hacía penitencia. Vosotros no razonáis así y no hacéis penitencia.

Porque ella y vosotros sois distintos: la ofrecemos á nuestros lectores como *modelo* intachable.

A un siglo que razona, hay que razonarle; y por ello, esta nuestra insistencia por dibujar á Teresa de Jesús con todos los perfiles y los detalles que nos son dables, para que el retrato resulte acabado y de cuerpo entero, ante una generación en que ha habido quien ha osado profanar ese gran modelo que descuella entre los modelos más acabados de la cristiandad, que los tiene sublimes, que los tiene admirables.

Jesucristo, penitente, se interpone entre la justicia irritada de su Padre y la malicia del hombre transgresor.

El Dios-Hombre ofrece á su Padre los méritos de su pasión y de su muerte; y esta ofrenda inmensa, infinita, establece entre nuestras faltas y nuestras obras satisfactorias, una proporción tal, que el valor infinito de las unas tiene el poder de reparar la infinita malicia de las otras.

De esta suerte, la virtud de la penitencia es sumamente eficaz para borrar las transgresiones más grandes, y esto es lo que á Teresa inspiraba su gran confianza en la misericordia de Dios.

Porque su humildad creía necesitarla amplísima.

¡Qué diferente proceder el suyo al nuestro!

Lo que á muchos espanta, es la idea de la justicia divina.

—No por ser Dios misericordioso,—dicen,—dejará de ser justo.

Y este argumento, que es exacto, exactísimo, bastaría por sí solo para explicar la mortificación, la penitencia.

Ezequiel nos asegura «que el Señor no quiere la muerte del pecador, sino su conversión y su vida, y añade que, en cualquier tiempo y lugar en que se arrepienta, será recibido en los brazos de su infinita y divina misericordia.»

Esto lo sabe Teresa de Jesús, y lo primero que hace es arrepentirse; pero para hacer valedero y eficaz su arrepentimiento, se mortifica y hace penitencia.

Oid ahora otra esencialísima doctrina que rechaza la crítica moderna.

«Cuando Dios abandona á una criatura ingrata á sí misma, la concede largos días de prosperidad, lo cual, para un alma en este mundo, es el mayor de los males.»

Y en otro pasaje nos dice la Santa:

«Cuando, por el contrario, una criatura se hace acreedora á la gloria y á la eterna bienaventuran-

za, la humilla casi siempre, y la hace beber hasta las heces el cáliz de los oprobios y de los infortunios.»

Y como complemento, concluye afirmando:

«Para llegar á la gloria, es preciso que pasemos por el camino real de la Cruz.»

Máximas y doctrinas semejantes conviene consignarlas en libros que, por fortuna, tienen alguna resonancia, como sucede á estos que escribimos á ruego y satisfacción de personas doctas que con su bondad nos alientan á proseguirlos.

Abrid la historia, os diremos para concluir este número.

Desde las Catacumbas hasta los desiertos de la Tebaida, sólo se ve en los verdaderos cristianos el estigma sagrado de la Cruz, y las pompas saludables de la penitencia.

Todos los que han tomado con empeño su santificación en todas las edades de la Iglesia, no han creído poder ganar el cielo sin entregarse, como Teresa de Jesús, á prácticas de mortificación y penitencia.

Prácticas que redundan muy luego en alegría y satisfacción.

«Las privaciones, las resistencias, los combates contra nosotros mismos; todo lo que el mundo llama pena y dolor, se convierte en alegría y dulzura para los verdaderos creyentes.»

—Estoy inundada de consuelos,—exclamaba la

Santa,—en medio de mis más terribles padecimientos.

Y luego nos dice en el colmo de su entusiasmo:

—¡O sufrir, ó morir!

Y San Agustín:

—Quemad, Señor, torturad, atormentad este cuerpo de muerte, con tal que me perdonéis en la eternidad.

No debemos, ni podemos decir más.

IV.

La oración.

La lógica hilación de las ideas, el propósito de completar el cuadro detallado de la situación moral y religiosa de Teresa de Jesús, después de su noviciado, y á partir de su ingreso definitivo en la Orden carmelita:

El deseo ya indicado de desembarazarnos de determinados entorpecimientos con que no contábamos al planear esta obra, porque no los conocíamos:

La necesidad, en fin, de vindicar de ataques inverosímiles y de atrevidas afirmaciones la memoria esclarecida de la principal heroína de esta producción, nos han llevado demasiado lejos, y nos obligan al presente á ocuparnos, siquiera sea ligeramente, de un punto del más grande interés, de la mayor importancia.

La que tan bien dispuesta se encontraba para abrazar resuelta y definitivamente el estado religioso, no podía dejar de poseer lo que es, lo que

constituye el complemento de todas las cualidades que predisponen al alma á la santificación.

Teresa adquirió ya y mereció de Dios por esta fecha de su vida el don dificilísimo de la *oración*.

Había leído y releído las palabras de Juan:

«Pedid, y recibiréis.»

Y llenando por entero su alma, casi podemos decir en verdad que su vida era una plegaria; una continuada oración.

Ya lo veréis confirmado.

Si otras pruebas no hubiésemos dado de ciertas verdades que en vano trata la incredulidad moderna de hacer desaparecer de la conciencia humana, habría una decisiva que las abarca y comprende todas.

El hombre está interiormente persuadido, persuadidísimo de su degradación y su debilidad.

Por altivo, por soberbio que supongáis á un hombre, hallaréis siempre en el fondo de su ser una voz que le grita:

—Nada eres; nada puedes.

Relegada la criatura lejos de Dios, luz y fuerza del Universo; condenada á vivir en un lugar de destierro y servidumbre, pasa, en el seno de su miseria, días bien desgraciados.

Espesas tinieblas en el espíritu, un fondo de corrupción en el corazón... tal es el triste, pero inevitable patrimonio de su vida en este mundo.

¿Podéis negarnos esta verdad?

—¿Quién me sacará de este infortunio?—se preguntan pocos.

Aquí, en esto está el error que Teresa de Jesús combate valerosa con su ejemplo.

Y al que contesta en sus libros con estas frases, que, como otras muchas suyas, debieran esculpirse en mármoles y bronces:

—«Dios, sólo Dios con su gracia.»

Y va más lejos, y dice:

—¿Cómo podré comunicar con mi Dios? ¿Cómo podré exponerle mis urgentes necesidades? ¿Cómo, en fin, podrá escucharme?...

«Pedid, y recibiréis.»

Estas palabras son un curso completo de filosofía; oponed á ellas otras que digan más... En vano lo intentaréis.

La oración... es el medio, el recurso que Teresa emplea, y que nosotros todos debiéramos emplear.

No lo pongáis en duda: la fuerza de la oración es tanta, que sus acentos suben hasta el cielo, y sólo ante y merced á ese grito deprecatorio, descienden las bendiciones del cielo sobre la tierra.

La eficacia, el poder de la oración es tan grande, que mientras la palabra todopoderosa de Dios sólo se ejerce sobre criaturas, la oración de las criaturas tiene poder sobre el mismo Dios.

Puntos hay que tratamos ahora teóricamente, y

cuyo desenvolvimiento habrá de verse en la historia ó vida sucesiva de la Santa de un modo tangible, eficaz y decisivo.

—¿Qué es la oración?

Expansión del alma; desahogo preciso del corazón.

—¿En quién, y dónde?

En el divino Creador, en Dios.

La oración revela, patentiza el convencimiento de nuestra debilidad; más aún: de nuestra miseria y de nuestra impotencia.

La humanidad entera lo tiene reconocido así.

—¿Cómo oraba Teresa de Jesús?

Oid sus enseñanzas en este punto.

—«Cuando quiero orar,—dice,—procuro ante todo recogerme y entrar en mí misma; contemplo mi pobreza, mi insignificancia, y después de persuadirme de mí misma, mi pensamiento, mi deseo, estriba en salir de ella cuanto antes.»

Este trabajo es indispensable al hombre que quiere rectamente dirigirse á Dios.

—«Trabajo preparatorio que es ya, por sí sólo, una gracia de Dios.»

El deseo de vernos libres de nuestras miserias, por loable que en sí sea, resultaría estéril si no lo expresásemos así al autor de las gracias.

—«Esta expresión es lo que constituye verdaderamente *la oración*.»

¿Holgarán estas hermosas doctrinas entresacadas de los escritos de la Santa, y que sólo de este modo podríamos dar á conocer en esta obra?

¿Podréis tacharlas de inoportunas é impertinentes en una producción que lleva por título TERESA DE JESÚS.

No creríamos responder á las bondades que el público nos dispensa, si obrásemos de otro modo.

Recojamos otra sublime doctrina sacada de los libros de Teresa, profesa ya en el monasterio de la Encarnación de Ávila.

—«Tengo por cierto,—dice con el Apóstol,—que cuando rezo, no soy yo sola la que rezo, sino que Jesús ora en mí y yo oro con Él.»

La que, como hemos visto, logró estar en Jesús por medio de su esfuerzo en imitarle, no podía expresarse de otra manera al ocuparse de la oración.

Si Jesús estaba en élla, sus oraciones tener debían una fuerza, una virtud, una esencia como infalible y todopoderosa, á la que el Omnipotente no podría resistir.

Es Jesucristo mismo quien se ha comprometido diciendo:

—«Pedid, y recibiréis.»

Y muchas otras veces:

—«Cuanto pidáis á mi Padre en nombre mío, os será concedido.»

¿Qué puede haber para nosotros de más grande ni más consolador al mismo tiempo?

Ahora bien:

Por más que sea tan grande la virtud y el poder de la oración, no es siempre eficaz.

¡Cuántas veces pedimos y no obtenemos! ¡Cuántas llamamos y no se nos permite entrar!

—¿Dónde está, pues, la eficacia de la oración?— nos preguntarán cuantos sigan con interés estos estudios.

La contestación á estas preguntas la hallaréis también en Teresa de Jesús, maestra habilísima desde niña en esto de orar acertadamente, á que el mundo nos tiene tan poco acostumbrados.

Se ora, ciertamente, pero no siempre se sabe orar.

Toda petición mal hecha, aun aquí en la tierra; toda petición inoportuna, tiene un éxito siempre igual; es decir, un éxito negativo.

No hemos de vacilar un punto, en esto como en todo, de anticiparnos á los argumentos de la impiedad.

De igual suerte que hemos pintado al hipócrita, al embustero, al fariseo, con sus más vivos colores, sin que por ello aceptemos las conclusiones y las generalidades de los impíos, así también confesamos que son muchos los que oramos, y no sabemos, ó no queremos orar, como Teresa de Jesús oraba y sabía orar.

Ya la veremos, ya la contemplaremos en oración, y veremos hasta qué grados llegó en esto la Santa, á despecho de los que, no sabiendo com-

prenderla, no dicen sobre élla una sola palabra que sea verdad.

Para juzgarla con acierto, han estudiado poco.

¡Pedimos y no obtenemos!

¡Ah!

Parémonos un poco en esto.

¿Qué pedimos, qué buscamos?

¿Buscamos en nuestras oraciones la gloria de Dios y de su justicia?

¿Pedimos la gracia de nuestra santificación, que era el fin y el objeto de todas las oraciones de Teresa de Jesús?

No: osamos pedir, por regla general, lo que nos es dañoso, lo que nos es perjudicial.

¿Por qué nos quejamos de no ser escuchados ni atendidos?

La negativa misma á esta clase de oraciones, ¿no viene á ser en los altos designios de Dios una gracia señalada?

Le pedimos millares de veces una salud que no nos conviene; una fortuna que nos haría olvidar el cielo en el seno de la felicidad temporal...

¡Cuántos padres habrán solicitado con empeño la vida de un hijo que hubiera causado su ruina, su vergüenza y desesperación!

¿Podremos dolernos de esta clase de negativas?

Ciegos, mejor sabe Dios lo que nos concede que lo que nosotros le pedimos.

«Dejad á los malos la sustancia, el producto de

la tierra;» pedid á Dios, como Teresa pedía, ante todo y sobre todo, el rocío del cielo.

—Aumentad mi fe.—exclama la Santa.

¿Decimos esto nosotros?

—Dadme piedad, fervor, resistencia, valor, abnegación, victoria sobre cuanto frágil y débil reconozcáis en mí,—añade.

¿Es este, en caso de rezar nosotros, el fondo de nuestros rezos?

En vez de quejarnos de la ineficacia de nuestras oraciones, aprendamos á orar como Teresa de Jesús oraba, y entonces no tendremos razón ni motivo para quejarnos.

Las plegarias de la Santa estaban fundadas en la humildad, sostenidas por el fervor, animadas por la confianza, y coronadas por la continuidad y la perseverancia.

Provenían, además, de un corazón recto y puro.

Bien comprendía Abraham esta verdad, cuando exclamaba:

—Hablaré al Señor, aunque sólo soy polvo y ceniza.

«Hablaré al Señor,» es decir, al Dios creador del cielo y de la tierra, al Dios fuerte, al Dios de los ejércitos, al Dios tres veces santo, «yo, lleno de miserias y de necesidades; yo, gusano de la tierra y pura nada.»

El Salvador dijo á sus discípulos que rogasen de este modo:

Padre nuestro, que estás en los Cielos. Y el nombre de Padre, es nombre de confianza y de amor.

—Bendito sea Dios,—dice el Profeta,—que no ha rechazado mi oración.

Rogad, rogad con confianza, porque nada hay que honre tanto á Dios, como una confianza íntima, sincera é inquebrantable, cual la que Teresa tenía.

Mostrad con el buen Padre sentimientos de hijos, y presentáos ante Él con la sencillez de un corazon confiado.

¡Cuántas gracias, cuántas bendiciones fueron otorgadas á Teresa por esa confianza santa en la oración!

Moisés ora con confianza, y Dios abre paso á los Israelitas á través del Mar Rojo; eleva hacia Dios las manos, y se abren los cielos y cae el maná en el Desierto.

En la historia se refiere que el rey Jacobo de Aragón, no queriendo dejar partir á San Raimundo de sus estados, prohibió, bajo pena de muerte, el que se le dejase embarcar.

Raimundo, lleno de confianza en Dios, dijo entonces á uno que le acompañaba:

—Un rey de la tierra nos cierra el paso, pero el Señor de los cielos nos le abrirá.

Y su esperanza no fué vana.

Con la fe de Elías extendió su capa sobre las

olas, y recorrió de ese modo sesenta leguas por cima de las aguas.

Por último, nuestra oración, para ser como la de Teresa, debe estar coronada por la insistencia y la perseverancia. Si el que persevera en el bien se salvará, el que persevere en la oración será exaltado.

Mónica pide á Dios la conversión de su hijo Agustín; ora por mucho tiempo, y siempre con santa constancia; y, sin embargo, no obtuvo su conversión tan deseada sino diez años después de perseverancia.

Es tanta, por lo común, nuestra inquietud, nuestra impaciencia, que quisiéramos en todo cuanto pedimos ser escuchados en el momento mismo en que pedimos.

«Los momentos, dice un autor piadoso, parecen días; los días, años; los años, siglos.»

«Persuadámonos, dice Teresa, que si Dios difiere sus gracias, es quizás para dar más ardor á nuestra oración; para hacernos ejercitar la paciencia y la fe; para hacernos estimar más aún el bien que pedimos, y para que pongamos más cuidado en conservarle después de haberle obtenido.»

El hombre caído, no puede levantarse sin la ayuda de Dios, y esta gracia de santificación, sólo la conseguiremos orando y cumpliendo nuestros deberes, complemento de la oración.

V.

Reasumamos.

Si la acción de la gracia divina sostenía á Teresa en los progresos rápidos que hacía su virtud hasta tocar casi en los límites de la santidad, era porque la religiosa era constante en su fidelidad de corresponder á ella y merecerla.

Última, postrera reflexión que se nos ocurre para terminar de ofrecer á la consideración de nuestros lectores el estado del alma y del corazón de nuestra heroína; estado que, desconocido, no podía explicar después el cúmulo de favores y beneficios que hemos de ver recibió la religiosa del Señor durante su vida.

Favores, beneficios personalísimos, según la impiedad, que nosotros entendemos fueron altamente provechosos para el curso de las ideas y el mantenimiento de la fe cristiana en los siglos sucesivos, y que la han hecho subsistir y llegar hasta nuestros días viva y pujante cual subsiste hoy,

siquiera por lo menos en la generalidad de los pueblos, á despecho de los que la combaten sin tregua y sin cesar en nuestra patria.

Podremos equivocarnos los hombres, pero Dios nunca se equivoca.

Teresa sabía que sólo conseguiría el fin á que la destinaba el Omnipotente, empleando los medios que en su sabiduría la proporcionaba.

Nada más común que las alternativas del tiempo, en los que no nos conducimos como élla en el orden espiritual y de la gracia.

Hoy, una feliz disposición del alma para rechazar cuanto se opone á la salvación; mañana, todo lo contrario; todo nos parece erizado de dificultades y obstáculos insuperables.

Tan pronto nos elevamos hasta Dios, como el mundo y las pasiones nos hacen descender hasta el abismo; los días de nuestra existencia se suceden, pero no se parecen; al contrario de lo que sucedía con los de Teresa.

Hallaréis por ello cierta monotonía en la vida de la Santa; pero es la monotonía de la igualdad, y la de su constancia en el bien y en la virtud.

¡Cuántas precauciones, cuánta vigilancia deberíamos tener para que ni por un solo momento decayera nuestro entusiasmo.

¿Estamos siempre vigilantes? ¿Somos consecuentes?

Bien lejos de ello; y hoy más que nunca, en que la inconsecuencia y la inconstancia parecen haberse hecho de moda.

Si en los asuntos de la vida no podemos, sin perjuicio, perder una hora, tampoco, y esto es lógico, podremos sin igual perjuicio contrariar, insensatos, la voluntad de Dios.

Una consideración importantísima.

Si poseemos tal ó cual talento, Dios es á quien se lo debemos; si alcanzamos esta ó la otra dignidad, este ó el otro empleo; si disfrutamos en sociedad tanta ó cuanta consideración, siempre es al Supremo árbitro á quien atribuirlo debemos.

Así lo entendía Teresa de Jesús, y por eso lo utiliza todo en beneficio de su salvación y en bien de las personas todas que la rodeaban.

Que es inexacta la infecundidad de las obras de los Santos en el mundo, ni el egoismo que algunos les atribuyen para rebajarlos y denigrarlos.

—*Egoistas*,—dicen.

Y se equivocan los que de esta manera les califican.

La que es infecunda y perjudicial, es la soberbia de los que, orgullosos, todo se lo atribuyen á sí mismos, y enfatuados y altivos recorren el mundo endiosados de sí mismos, sin dignarse dirigir una mirada, ni tender una mano de auxilio á los demás, como no redunde en beneficio suyo el favor que otorgan.

Y de éstos hay á centenares en nuestra sociedad actual, que se dice democrática, y jamás ha sido más lamentable el desnivel social.

¿Por qué?... porque falta en la tierra quienes, valiendo algo, atribuyan su valer, como Teresa, á Dios, para hacerle redundar en beneficio del prójimo sin humillarle ni ofenderle.

En vez de estudiar sus obligaciones para cumplirlas bien, sólo se ocupan muchos de los privilegios y ventajas que se les presentan, sin pensar si ellos son en daño y perjuicio de los demás.

Privilegios y obligaciones son correlativos; pero para muchos parece que sólo se han hecho los primeros con absoluta independencia de los segundos.

Y aún se oye á esos hijos mimados de la fortuna:

—¡Igualdad!

¿Cuándo?

Cuando estan abajo, no cuando se ven encumbrados.

No les habléis á éstos de virtudes y de constancias como las que nosotros venimos encareciendo y relatando.

Se bastan á sí mismos, y son muchos los ilusos que, á fuerza de oírselo decir todos los días, se postran ante ellos y los inciensan, y los adulan, y no les dicen la verdad por todo cuanto hay.

Los Santos la han dicho al mundo de todas maneras y en todos los tonos; la han dicho, sobre todo, con sus ejemplos.

Al que se le ha dado *mucho*, también se le exigirá *mucho*.

Esta máxima evangélica y cristiana bastar debía, por sí sola, para confundir á los que nunca están contentos con su posición, ó á los que de ella abusan constantemente.

¡Ah! Si todos nos encerrásemos gustosos en la esfera donde la Providencia nos ha colocado para servirla en la medida de nuestras obligaciones, la tierra sería un paraiso.

Nos preguntamos: ¿para qué nos ha colocado Dios en nuestro puesto; qué es lo que quiere; qué es lo que espera de nosotros?... Investiguemos cuidadosamente los deberes que tenemos que cumplir, y cómo debemos conducirnos para que se realicen los designios del cielo sobre nosotros.

—«Pues este es el camino señalado por Dios,—exclama Teresa de Jesús, en uno de los inspirados párrafos de sus inmortales obras.—Camino recto y seguro,—añade;—aquí están las gracias y los medios de salvación.»

¿Son estas nuestras constantes preocupaciones? ¿Ponemos el mayor cuidado en edificar, especialmente á los que, por una ó otra causa, están en relaciones frecuentes con nosotros? ¿No somos, por el contrario, desdeñosos para los demás, y egoistas de nosotros mismos, ora por falta de justicia ó de caridad, ora por omisiones voluntarias y culpables de nuestros deberes?

Meditemos esto:

Dios pudo, sin lastimar los derechos de su justicia, abandonar al hombre culpable al eterno castigo de su pecado.

No lo quiso, ó, mejor dicho, intervino su bondad, y la promesa de un Mesías-Salvador fué el don más magnífico de la bondad divina.

Desde aquel momento, la esperanza debió unirse en el corazón del hombre á la fe y á la caridad.

El reconocimiento del hombre estriba y consiste en saber corresponder á un acto tan generoso de su excelso Bienhechor.

Nuestros deberes para con nuestro Creador son bien claros: consisten en corresponder fielmente á los misericordiosos designios de Dios.

Desconocer esos designios, ser infiel á esas gracias, es cometer el acto más injurioso y ultrajante, es usurpar criminalmente la gloria de Dios.

Tan hermosas máximas, tan rectos principios animan á Teresa, informan su vida y fueron el norte, la norma de su conducta, á partir de su profesión.

Conocemos á Teresa.

La hemos estudiado detenida y profundamente.

En lo sucesivo nuestra tarea será más fácil, porque habremos de basarla en cuanto de ella dejamos dicho, y nadie, que sepamos, hasta el presente, ha procurado estudiarla con tanta minuciosidad y detenimiento.

¿Lo merece?

¿Es acreedor á ese estudio una figura como la de Teresa de Jesús?

La opinión es unánime en este particular, y lo comprueba el éxito de esta obra.

El progreso moral de los pueblos no puede consistir, una vez proclamado el cristianismo, más que en el imperio de sus dogmas y en la práctica de sus preceptos, más aún si se tiene en cuenta que no se concibe ni cabe una buena moral sin un fundamento metafísico y religioso.

¿Halláis uno que se iguale al cristianismo?

No hemos creado á capricho; no os hemos presentado un fantasma, un ser inverosímil, sino un alma y un corazón real, tal como pueda apetecerle el criterio y el gusto moderno.

Por eso y para eso nos hemos detenido tanto y hemos escrito tantos números, más de los que creíamos y pensábamos que se podían escribir acerca de Teresa de Jesús.

¡Ah! estudiándola, la materia daría aún más de sí; seria inagotable.

Tendrán sabor místico, sabor religioso, deje y sustancia católica las páginas anteriores... pues si así es, habremos llenado nuestro objeto, habremos realizado lo que podían pedirnos y de nosotros exigir, no sólo los entusiastas de la sublime heroína principal de este libro, sino hasta los que, sin

conocerla á fondo, tal cual era, tal cual fué, la han calumniado, precisamente por no saberla estudiar ni saberla comprender.

En esos momentos supremos en que el alma se encuentra sumida en tenebrosa noche de luto y desesperación, una lectura detenida y concienzuda de cuanto dejamos recogido de las obras de Teresa, puede ser bálsamo de consuelo y de esperanza, puede hacernos mucho bien.

Sólo la religión posee el secreto admirable de curar nuestras heridas y remediar nuestros males.

VI.

¡Vive todavía! ¡Gracias á Dios!

Vamos á ver de nuevo á la monja profesa necesitada de auxilios, de remedios y medicinas corporales.

«La mundanza de la vida y los manjares, dice Teresa, me hicieron daño á la salud, y aunque el *contento era mucho*, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo veía, y otros muchos males juntos; y ansí pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho.»

«Era el mal tan grave, añade en otro lugar, que casi me privaba del sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, y era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no lo dieron los médicos de aquí, es decir, de Avila, donde escribe, procuró llevarme á un lugar á

donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y ansí dijeron harían con la mía.

»Fué conmigo esta amiga que he dicho, aludiendo á doña Juana Juárez, que tenía en casa y que era antigua.

»En la casa que era monja no se prometía clausura.»

Hasta aquí la Santa.

Salió, en efecto, Teresa del convento y permaneció algun tiempo en casa de su padre don Alonso, lo cual debió ser por el invierno del año 1535, y con licencia del Prelado, que antes del Concilio de Trento no se guardaba clausura tan rigurosa como se ha guardado, con harta previsión y sabiduría, después de él en los monasterios.

El punto elegido para que Teresa curara fué la residencia de su hermana, Castellanos de la Cañada, no lejos de Bezadas.

Mas como acaeciese que la enferma pasase por Ortigosa, ó porque así conviniera á los designios de Dios, ocurrió allí un suceso que vamos á referir.

No figura lo que vamos á contar en las historias de la religiosa de Avila.

La leyenda lo admite como verosímil, y no hemos de hallarlo violento, cuanto tanto hace al caso para dar digno término á este tomo, logrando sin violencia alguna enlazar de un modo natural la historia y la novela, lo exacto y lo comprobado,

con lo imaginativo y más ó menos fantástico que nos permitimos añadir.

Vino Teresa á casa de su tío Pedro, casual ó providencialmente, días antes de que su hija María, huyendo de Madrid, se presentase de improviso en la aldea.

La llegada de la joven sorprendió á todos; no se la esperaba.

El viudo se había acostumbrado á pasarse sin ella, siempre solo y ensimismado.

Retuvieron á María en la villa, por otra parte, sucesos complicadísimos, á partir de la inicua detención del pintor.

Sucesos que acto seguido relataremos.

—Qué otra y cambiada vienes,—la dijo su padre.

Y la joven, que en efecto estaba pálida y enflaquecida, no tuvo apenas ánimos para abrazar al autor de sus días, contentándose con suspirar y llorar.

Trató Teresa de estrecharla contra su corazón con el afecto que tenía, que profesaba á todos sus parientes, y María exclamó, sin darse cuenta de lo que decía:

—No me abraces, prima; no soy digna de tí.

Y encerrándose en su aposento, á duras penas, y sólo para alimentarse, lograron durante muchos días hacerla salir de él.

Por indiferente que fuese don Pedro á cuanto le rodeaba, la situación de su hija, su llegada inopinada y su estado le preocuparon hondamente, le inspiraron miedo, le infundieron pavor.

Y á todos la bella criatura inspiraba lástima, inspiraba compasión.

Teresa, atribuyendo á que su prima estuviese enferma como élla, fué la que menos en la casa se alarmó.

Es verdad que nuestra heroína había comenzado á leer por entonces un libro que la dió su tío, compuesto por el P. Francisco de Osuna, de la Orden de San Francisco; y á pesar de su estado, la Santa gozaba mucho con irse sola de paseo con aquel libro, «en el que encontraba deleite tan grande, que sus dolencias se calmaban y disfrutaba quietud.»

Tal era la situación de aquella familia en los momentos en que la presentamos á la curiosidad de nuestros lectores.

Una tarde de los últimos días del mes de Marzo, Teresa paseaba leyendo por las cercanías de un río con su traje de monja, que no quiso abandonar, á pesar de los consejos de los médicos.

Abstraída con lo que el libro decía se alargó de la casa de su tío, y se hubiese hecho más tarde aún para poder regresar á ella sin fatiga, si al levantar la cabeza no hubiese llamado su aten-

ción un bulto extraño que flotaba sobre las aguas.

—¿Qué es esto?—se dijo.

Y acercándose á la orilla exclamó aterrorizada:

—¡Es una persona! sí... ¡una persona!

Con efecto; lo que la corriente arrastraba era el cuerpo inerte, inanimado, de una mujer.

La aflicción de Teresa no tuvo límites.

Despertáronse en élla sus más nobles y generosos sentimientos.

Sintió impulsos de tirarse al río; pero no sabía nadar.

Luego el agua estaba muy profunda, y su fuerza de impulsión era grandísima.

El deshielo de las nieves había aumentado el caudal ordinario del río.

—¿Qué haré?—se preguntaba.

Y no la ocurrió otro recurso que dirigir al cielo una plegaria fervorosísima.

Recurso como suyo.

Ya hemos dicho cómo Teresa sabía orar.

Estaba sola.

Miró en derredor suyo, y observó con terror que nadie podía auxiliarla, y fija su vista en el cuerpo de la desgraciada, se sentía élla, al ver su impotencia, desfallecer.

—Señor, Señor,—exclamó,—no permitáis que esa desdichada sucumba.

Y no bien pronunció esta brevísima oración, un

obstáculo contuvo el cuerpo que flotaba sobre las aguas.

Teresa no vaciló.

Se descalzó decidida y resuelta; penetró en la corriente; avanzó resuelta, y quitándose una correa que sujetaba su túnica, la lanzó á donde el cuerpo permanecía detenido.

Su ansiedad fué grande y se prolongó mucho tiempo.

Pero como se enganchase al fin la hebilla de la correa en uno de los botones que adornaban el vestido de la infeliz, tiró hacia sí, y esto bastó para traer el cuerpo más cerca.

Ya no cabía dudar.

Dios favorecía sus deseos, ó la Santa, al menos en su piedad, así lo pensaba.

Penetró más adentro del río sin temor á su estado de extrema debilidad, y logró apoderarse de un pie de la desgraciada; se sintió más animosa, y logró al fin sacar á la ahogada, después de largo rato, á la orilla.

La esperaba una mayor sorpresa, un asombro incalculable.

Teresa reconoció en la infeliz á María, á su prima, á la hija de don Pedro.

La alegría y el temor contuvieron los latidos de su corazón.

—¡Ella! ¡María!—murmuraba, y no se atrevía á tocar el cuerpo de la que, inerte, permanecía sobre

su manto, del que se había despojado precisamente para penetrar dentro del río.

Pasado el primer estupor, se rehizo; palpó valerosa las sienes, y puso su mano sobre el pecho de la joven.

—¡Vive todavía! ¡Gracias, Dios mío!—gritó, y elevando el cielo sus ojos, puesta de rodillas y con los brazos en cruz, dió nuevas y rendidas gracias al Señor.

. . . . . .

Hemos llegado á un pasaje, á un momento, á un instante solemne en nuestra obra.

Nos sentimos rendidos.

Necesitamos descanso.

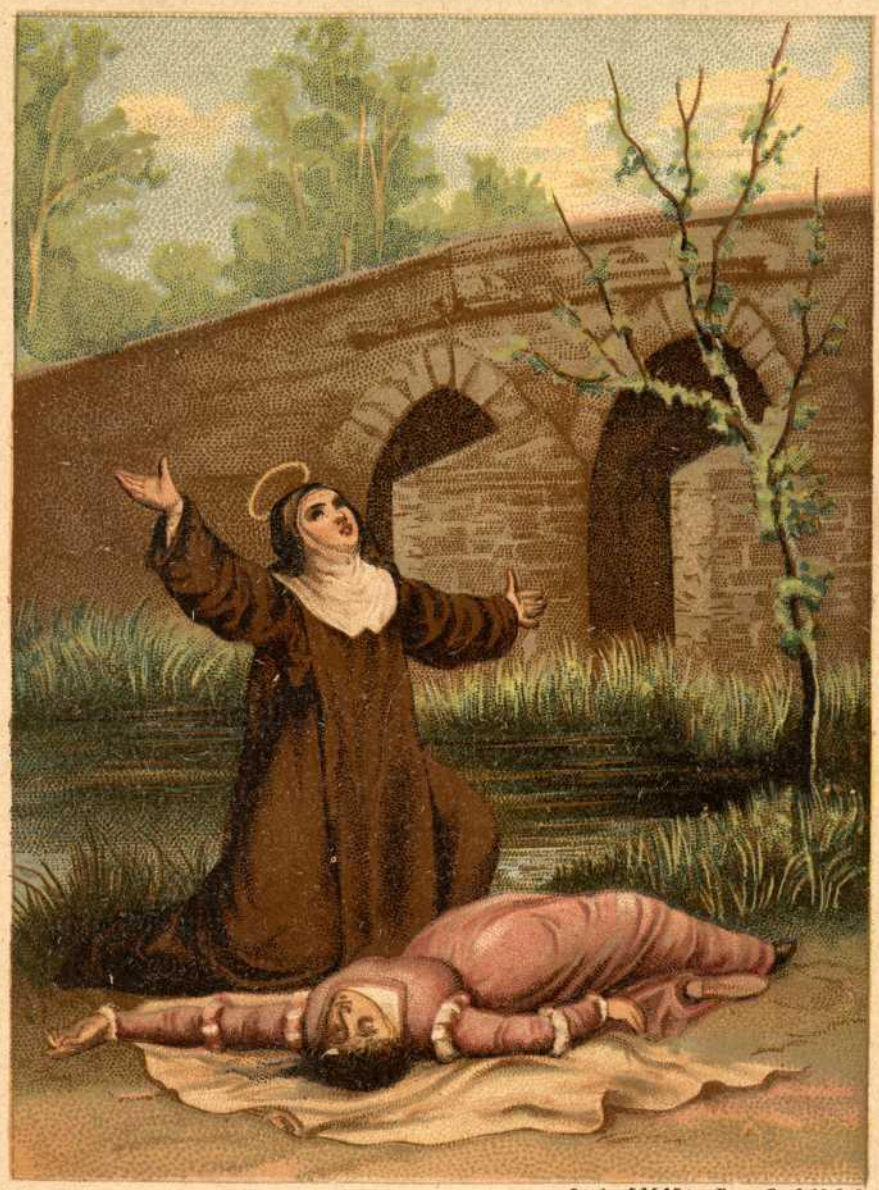
También han de haberle menester nuestros lectores.

No podemos dar á este tomo, aun queriéndolo, mayor extensión.

Acontecimientos interesantísimos reclaman de nosotros un retroceso largo y minucioso en nuestra narración.

Le haremos, amenizando así una producción que esperamos continúe, á pesar de sus dificultades para escribirla con acierto, mereciendo el favor público como hasta aquí.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 6, Madrid

—¡Vive todabia! ¡Gracias á Dios!

INDICE.

Números.		Páginas.
PREFACIO		5

Libro primero.

Dudas y misterios.

I.....	El Santo Viático.....	7
II.....	De cómo una buena obra puede dar margen á una trascendental resolución.....	22
III.....	Visita inesperada.....	39
IV.....	En donde se comienza á decir algo importante acerca del pintor.....	55
V.....	Los sucesos marchan con peligrosa rapidez....	68
VI.....	María.....	86
VII.....	Coincidencias singulares.....	101
VIII....	Premisas y consecuencias.....	112
IX.....	Una idea feliz.....	127
X.....	Para esperar... sentir.....	146
XI.....	La carta de Valdespinar.....	161
XII.....	El 8 de Septiembre.....	177

Libro segundo.

Enemigos ocultos.

I.....	Encuentro aprovechado.....	205
II.....	Desconfianzas y precauciones.....	222

Números.		Páginas.
III.....	Caer en el garlito.....	238
IV.....	El Judaizante.....	254
V.....	Pacto sacrílego.....	270
VI.....	Manuscrito interesante.....	285
VII.....	Continúa y termina el asunto del anterior.....	300
VIII ...	En el que se llega á saber lo que faltaba al manuscrito.....	314
IX.....	La Congelada.....	328
X.....	Problemas y dificultades.....	343

Libro tercero.

Odios inveterados.

I.....	De «cómo cabe algunas veces herir dos pájaros con una sola pedrada.».....	360
II.....	Preliminares necesarios.....	374
III.....	Recursos mágicos.....	386
IV.....	Se complementa el tema del anterior.....	399
V.....	Ilusiones ó realidades.....	408
VI.....	El triunfo del judaizante.....	422
VII.....	Detención de Hispaleto.....	434

Libro cuarto.

Niñez de la Santa.

I.....	La velada cristiana.....	454
II.....	Abolengos y genealogías.....	470
III.....	En el que se dice brevísimamente quiénes fueron los parientes más inmediatos de la Santa.	485
IV.....	De cómo nos importa ir enlazando la historia y la novela con la vida de la Santa.....	495
V.....	Grandezas y desdichas de la patria.....	509
VI.....	Nuevos quebrantos.....	520

Números.		Páginas.
VII.....	Los Sánchez de Cepeda y los Manrique de Lerma.....	527
VIII....	Lo que puede la imaginación y lo que impresiona un sueño.....	541
IX.....	Impresiones vivísimas que hirieron á Teresa en su infancia.....	556
X.....	Una resolución heróica.....	567
XI.....	La plegaria.....	585
XII.. ..	Consecuencias admirables de un hecho sencillísimo.....	595
XIII....	Inquietudes, aflicciones y esperanzas.....	610
XIV....	El encuentro.....	624
XV.....	Las ermititas.....	639

Libro quinto.

Teresa adolescente.

I.....	El mejor camino.....	654
II.....	Las devociones.....	666
III.....	La madre y la hija.....	682
IV.....	El Retiro.....	690
V.....	La primera comunión.....	704
VI.....	Renovaciones, ofertas y juramentos.....	713
VII.....	Orfandad momentánea de Teresa.....	723
VIII....	Devoción y culto á la Santísima Virgen.....	738

Libro sexto.

Juventud de la Santa.

I.....	Amistades y lecturas.....	748
II.....	Autoridad de la Iglesia en lo tocante á la censura y prohibición de los malos libros.....	766

Números.		Páginas.
III.	Elogios para Teresa y engaños de don Alonso..	778
IV.....	Por obra de María.....	794
V.....	Teresa salvada.....	807
VI.....	En el que damos á conocer cómo y por qué medios aspiramos á escribir con acierto la vida de la Santa.....	824
VII.....	La impiedad confirma cuanto llevamos dicho de la Santa.....	836
VIII....	Teresa educanda.....	850
IX.....	El buen ejemplo.....	866
X.....	La paz del alma.....	873

Libro séptimo.

El dedo de Dios.

I.....	Dolencia grave.....	886
II.....	Mala fe con que se juzga la dolencia de la Santa.....	902
III.....	La vocación.....	908
IV.....	En el que rebatimos de nuevo á la impiedad con sus mismas armas.....	923
V.....	Las *Epístolas de San Jerónimo* deciden á Teresa á ingresar en el claustro.....	938
VI.....	Ella y su hermano llevan á cabo su proyecto...	953
VII.....	No era ignorancia, sino verdadera sabiduría, la que á los hermanos impulsaba.....	969
VIII....	Prosigue y concluye el asunto del anterior.....	982
IX.....	Manera de pensar, querer y obrar de Teresa como novicia.....	991
X.....	«Si pasas el Jordán encontrarás reposo.».....	1001
XI.....	«Habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad.».....	1017

Números. Páginas.

Libro octavo.

La profesión.

I..... Teresa aspira á llegar á ser Santa..... 1034
II..... «Ahora, ¿qué te detiene?... Levántate y purifica tu alma.»..... 1046
III..... «Hágase tu voluntad.»..... 1054
IV..... «En tus manos está mi suerte.»..... 1066
V..... El 2 de Noviembre de 1534..... 1074
VI..... Verdadero espíritu de la Reforma..... 1084
VII..... Después de la trama el desenlace de la tragedia. 1097
VIII..... Deducciones lógicas..... 1104

Libro noveno.

Después de la profesión.

I..... Progresos en la virtud..... 1111
II..... Lleva la ley de Dios grabada en su corazón.... 1127
III..... La Penitencia..... 1143
IV..... La oración..... 1154
V..... Reasumamos..... 1164
VI..... ¡Vive todavía! ¡Gracias á Dios!..... 1172

TERESA DE JESÚS.

G 27652

R. I. G.